

Louisa May Alcott

MUJERCITAS

Louisa May Alcott

MUJERCITAS

Ilustrado por
Sory Ortiz Garcia

Traducción de Enriqueta S. Albanella

Título original: *Little woman*
Autor/a: Louisa May Alcott
Traducción: Enriqueta S. Albanella
(Editorial Molino, Buenos Aires, 1943)



Ilustraciones: Sory Ortiz García
Diseño de portada: Sory Ortiz García
Maquetación: Sory Ortiz García
Coordinador Editorial: Mateo Terán Guerrero
Asesor creativo: Mateo Terán Guerrero

Impresión: Biblioteca EntreTramas
Impres en Pasto, Colombia - Printed in Colombia



© Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro, incluyendo el contenido textual, visual y gráfico puede ser reproducido, almacenado en sistemas de recuperación o transmitido de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo, y por escrito de la Biblioteca entreTramas.

Las ilustraciones contenidas en esta obra son propiedad intelectual de sus autores y están protegidas por las leyes internacionales de derechos de autor, cualquier uso, reproducción o adaptación de este material, total o parcial, sin la autorización expresa del autor, está estrictamente prohibido y será sancionado conforme a la ley.

La Biblioteca EntreTramas es una iniciativa sin ánimo de lucro que busca enriquecer culturalmente a la comunidad a través de la difusión de obras de dominio público. Su propósito es promover el acceso a la literatura y al conocimiento, utilizando estas herramientas como medios para la transformación social.

Agradecimientos

A ti que estás leyendo este libro, por ser parte de esta experiencia, tu curiosidad y participación en las actividades propuestas son lo que realmente le dan sentido a esta reedición.

Prólogo

Hace 156 años, Louisa May Alcott nos presentó “*Mujercitas*”, una obra que ha trascendido el tiempo como un símbolo de resiliencia y la búsqueda de identidad en un mundo en constante cambio.

Las hermanas March, desafiaron las normas de su tiempo, y esa lucha por ser ellas mismas sigue siendo una fuente de inspiración hoy en día.

Que esta reedición te lleve más allá de simplemente leer este libro.
Quiero que sea una invitación a explorar *tu propia historia, tus aspiraciones y tu lugar en el mundo.*

Indice

Primera parte

<i>Capítulo 1</i>	19
<i>Capítulo 2</i>	37
<i>Capítulo 3</i>	51
<i>Capítulo 4</i>	65
<i>Capítulo 5</i>	81
<i>Capítulo 6</i>	97
<i>Capítulo 7</i>	107
<i>Capítulo 8</i>	117
<i>Capítulo 9</i>	133
<i>Capítulo 10</i>	153
<i>Capítulo 11</i>	161

<i>Capitulo 12</i>	175
<i>Capitulo 13</i>	199
<i>Capitulo 14</i>	211
<i>Capitulo 15</i>	223
<i>Capitulo 16</i>	235
<i>Capitulo 17</i>	249
<i>Capitulo 18</i>	259
<i>Capitulo 19</i>	271
<i>Capitulo 20</i>	283
<i>Capitulo 21</i>	293
<i>Capitulo 22</i>	309
<i>Capitulo 23</i>	321

Indice

Segunda parte

<i>Capitulo 24</i>	337
<i>Capitulo 25</i>	353
<i>Capitulo 26</i>	363
<i>Capitulo 27</i>	377
<i>Capitulo 28</i>	389
<i>Capitulo 29</i>	409
<i>Capitulo 30</i>	427
<i>Capitulo 31</i>	443
<i>Capitulo 32</i>	459
<i>Capitulo 33</i>	475
<i>Capitulo 34</i>	493

<i>Capitulo 34</i>	493
<i>Capitulo 35</i>	513
<i>Capitulo 37</i>	539
<i>Capitulo 38</i>	555
<i>Capitulo 39</i>	573
<i>Capitulo 40</i>	593
<i>Capitulo 41</i>	603
<i>Capitulo 42</i>	619
<i>Capitulo 43</i>	631
<i>Capitulo 44</i>	651
<i>Capitulo 45</i>	659
<i>Capitulo 46</i>	669
<i>Capitulo 47</i>	687





*Primera
Parte*



Capítulo 1

El juego del peregrino



avidad no será Navidad sin regalos —murmuró Jo, tendida sobre la alfombra.

—¡Es tan triste ser pobre! —suspiró Meg mirando su vestido viejo.

— No me parece justo que algunas muchachas tengan tantas cosas bonitas, y otras nada —añadió la pequeña Amy con gesto displicente.

—Tendremos a papá y a mamá y a nosotras mismas —dijo Beth alegremente desde su rincón.

Las cuatro caras jóvenes, sobre las cuales se reflejaba la luz del fuego de la chimenea, se iluminaron al oír las animosas palabras; pero volvieron a ensombrecerse cuando Jo dijo tristemente:

—No tenemos aquí a papá, ni lo tendremos por mucho tiempo.

No dijo “tal vez nunca”, pero cada una lo añadió silenciosamente para sí, pensando en el padre, tan lejos, donde se hacía la guerra civil.

Nadie habló durante un minuto; después dijo Meg con diferente tono:

—Saben que la razón por la que mamá propuso que no hubiera regalos esta Navidad fue porque el invierno va a ser duro para todo el mundo, y piensa que no debemos

gastar dinero en gustos mientras nuestros hombres sufren tanto en el frente. No podemos ayudar mucho, pero sí hacer pequeños sacrificios y debemos hacerlos alegremente. Pero temo que yo no los haga —y Meg sacudió la cabeza al pensar arrepentida en todas las cosas que deseaba.

—Pero pienso que el poco dinero que gastaríamos no ayudaría mucho. Tenemos un peso cada una, y el ejército no se beneficiaría mucho si le diéramos tan poco dinero. Estoy conforme con no recibir nada ni de mamá ni de ustedes, pero deseo comprar Undine y Sintran para mí. ¡Lo he deseado por tanto tiempo! —dijo Jo, que era un ratón de biblioteca.

—He decidido gastar el mío en música nueva —dijo Beth suspirando, aunque nadie la oyó excepto la escobilla del fogón y el asa de la caldera.

—Me compraré una cajita de lápices de dibujo; verdaderamente los necesito —anunció Amy con decisión.

—Mamá no ha dicho nada de nuestro propio dinero, y no desearía que renunciáramos a todo. Compremos cada una lo que deseamos y tengamos algo de diversión; me parece que trabajamos como unas negras para ganarlo —exclamó Jo examinando los tacones de sus botas con aire resignado.

—Yo sé que lo hago dando lecciones a esos niños terribles casi todo el día, cuando deseo mucho divertirme en casa —dijo Meg quejosa.

—No hace la mitad de lo que yo hago —repuso Jo—. ¿Qué te parecería a ti estar encarcelada por horas enteras en compañía de una señora vieja, nerviosa y caprichosa, que te tiene corriendo de acá para allá, no está jamás contenta y te fastidia de tal modo que te entran ganas de saltar por la ventana o darle una bofetada?

—Es malo quejarse, pero a mí me parece que fregar platos y arreglar la casa es el trabajo más desagradable del mundo. Me irrita y me pone tan ásperas y tiasas las manos que no puedo tocar bien el piano —y Beth las miró con tal suspiro, que cualquiera pudo oír esta vez.

—No creo que ninguna de ustedes sufra como yo —gritó Amy—; porque no tienen que ir a la escuela con muchachas impertinentes, que las atormentan si no llevan la lección bien preparada, se ríen de nuestros vestidos, difaman a nuestro padre porque no es rico y nos insultan porque no tienen la nariz bonita.

—Si quieres decir difamar dilo así, aunque mejor sería no usar palabras altisonantes —dijo Jo, riéndose.

—Yo sé lo que quiero decir, y no hay que criticarme tanto. Es bueno usar palabras escogidas para mejorar el vocabulario —respondió solemnemente Amy.

—No disputen niñas: ¿no te gustaría que tuviésemos el dinero que perdió papá cuando éramos pequeñas, Jo? ¡Ay de mí!, ¡qué felices y buenas seríamos si no tuviésemos necesidades! —dijo Meg, que podía recordar un tiempo en que la familia había vivido con holgura.

—Has dicho el otro día que, en tu opinión, éramos más felices que los niños King, porque ellos no hacían más que reñir y quejarse continuamente a pesar de su dinero.

—Es verdad, Beth; bueno, creo que lo somos, porque, si tenemos que trabajar, nos divertimos al hacerlo, y formamos una cuadrilla muy alegre, según Jo.

—¡Jo habla en una jerga tan chocante! —observó Amy, echando una mirada crítica hacia la larga figura tendida sobre la alfombra.

Jo se levantó de un salto, metió las manos en los bolsillos del delantal y se puso a silbar.

—No hagas eso, Jo, es cosa de chicos.

—Por eso lo hago.

—Detesto a las muchachas rudas, de modales ordinarios.

—Y yo aborrezco a las muchachas afectadas y pedantes.

—”Pájaros en sus niditos se entienden” —cantó Beth la pacificadora, con una expresión tan cómica que las dos voces agudas se templaron en una risa, y la riña terminó de momento.

—Realmente, hijas mías, ambas merecen censura —dijo Meg poniéndose a corregir a sus hermanas con el aire propio de hermana mayor—. Tienes ya edad, Jo, de dejar trucos de muchachos y conducirte mejor. No importaba tanto cuando eras una niña pequeña, pero ahora que eres tan alta y te has puesto moño, deberías recordar que eres una señorita.

—¡No lo soy! ¡Y si el ponerme moño me hace señorita, me arreglaré el pelo en dos trenzas hasta que tenga veinte años! —gritó Jo, quitándose la red del pelo y sacudiendo una espesa melena de color castaño—. Detesto pensar que he de crecer y ser la señorita March, vestirme con faldas largas y ponerme primorosa. Ya es bastante malo ser chica, gustándome tanto los juegos, las maneras y los trabajos de los muchachos. No puedo acostumbrarme a mi desengaño de no ser muchacho, y menos ahora que me muero de ganas de ir a pelear al lado de papá y tengo que permanecer en casa haciendo calceta como una vieja cualquiera —y Jo sacudió el calcetín azul, el color del ejército, hasta sonar todas las agujas, dejando rodar el ovillo hasta el otro lado del cuarto.

—¡Pobre Jo! Lo siento mucho, pero no podemos remediarlo; tendrás que contentarte con dar a tu nombre forma masculina y jugar a que eres hermano nuestro —contestó Beth acariciando la cabeza tosca puesta sobre sus rodillas, con una mano cuyo suave tacto no habían logrado destruir todo el fregar de platos y todo el trabajo doméstico.

—En cuanto a ti, Amy —dijo Meg—, eres demasiado afectada y presumida. Ahora tus modales causan gracia, pero llegarás a ser una persona muy tonta si no tienes cuidado. Me gustan mucho tus modales agradables cuando no tratas de ser elegante, pero tus palabras exóticas son tan malas como la jerga de Jo.

—Si Jo es un muchacho y Amy algo afectada, ¿qué soy yo, si se puede saber? —preguntó Beth dispuesta a recibir su parte de la reprimenda.



Meg



Beth



Amy



Jo

—Tú eres una niña querida, y nada más —respondió Meg calurosamente y nadie la contradijo, porque el “raticito” era la favorita de la familia.

Como nuestros lectores jóvenes querrán formarse una idea del aspecto de nuestras heroínas, aprovecharemos para trazar un dibujo de las cuatro hermanas ocupadas en hacer calceta en un crepúsculo de diciembre, mientras fuera caía silenciosamente la nieve y dentro de la casa chisporroteaba alegremente el fuego. El cuarto era agradable, aunque la alfombra estaba algo descolorida y los muebles eran de una simplicidad severa; buenos cuadros colgaban de las paredes, en los estantes había libros, florecían crisantemos y rosas de Navidad en las ventanas, y por toda la casa flotaba una atmósfera de paz.

Margaret o Meg, la mayor de las cuatro chicas, tenía dieciséis años; era muy bonita, regordeta y rubia; tenía los ojos grandes, abundante pelo castaño claro, boca delicada y unas manos blancas, de las cuales se vanagloriaba un poco. Jo, que tenía quince años, era muy alta, esbelta y morena, y le recordaba a uno un potro; nunca parecía saber qué hacer con sus largas extremidades, que se le atravesaban en el camino. Tenía la boca decidida, la nariz respingada, ojos grises muy penetrantes, que parecían verlo todo, y se ponían alternativamente feroces, burlones o pensativos. Su única belleza era su cabello, hermoso y largo, pero generalmente lo llevaba descuidadamente recogido en una redecilla para que no le estorbara; los hombros cargados, las manos y los pies grandes y un aire de abandono en su vestido y la tosquedad de una chica que se hacía rápidamente mujer a pesar suyo. Elizabeth o Beth tenía unos trece años; su cara era rosada, el pelo liso y los ojos claros; había cierta timidez en el ademán y en la voz; pero una expresión llena de paz, que rara vez se turbaba. Su padre la llamaba “Pequeña Tranquilidad”, y el nombre era muy adecuado, porque parecía vivir en un mundo feliz, su propio reino, del cual no salía sino para encontrar a los pocos a quienes amaba y respetaba. Aunque fuese la más

joven, Amy era una persona importantísima, al menos en su propia opinión. Una verdadera virgen de la nieve; los ojos azules, el pelo color de oro, formando bucles sobre las espaldas, pálida y grácil, siempre se comportaba como una señorita cuidadosa de sus maneras.

El reloj dio las seis, y después de limpiar el polvo de la estufa Beth puso un par de zapatillas delante del fuego para calentarlas.

De una manera u otra la vista de las viejas zapatillas tuvo buen efecto sobre las chicas porque venía la madre, y todas se dispusieron a brindarle un buen recibimiento. Meg puso fin a su sermón y encendió la lámpara. Amy sacó la butaca espontáneamente, y aun Jo olvidó su cansancio para sentarse más derecha y acercar las zapatillas al fuego.

—Están muy gastadas; mamá debería tener otro par.

—Yo pensaba comprárselas con mi dinero —dijo Beth.

—¡No, yo lo haré! —gritó Amy.

—Soy la mayor —empezó a decir Meg, pero Jo la Interrumpió con decisión.

—Soy el hombre de la familia, ahora que papá está fuera, yo me encargaré de las zapatillas, porque me ha dicho que cuidase de mamá mientras él estuviera ausente.

—¿Saben lo que debemos hacer? —dijo Beth—; que cada una le compre un regalo de Navidad, y no comprar nada para nosotras.

—¡Tú habías de tener idea tan feliz, querida mía! ¿Qué compraremos? — exclamó Jo.

Todas reflexionaron un momento; entonces Meg dijo, como si la vista de sus propias manos hermosas le sugiriera la idea:

—Le regalaré un par de guantes.

—Zapatillas del ejército, las mejores que haya —gritó Jo.

—Unos pañuelos bordados —dijo Beth.

—Yo le compraré un frasco de colonia; le gusta mucho y, como no costará tanto, me sobrará algo para comprarme alguna cosa —añadió Amy.

—¿Y cómo le daremos las cosas? —exclamó Meg.

—Las pondremos sobre la mesa y traeremos a mamá para que abra los paquetes.

—¿No recuerdan lo que hacíamos en los cumpleaños?
—respondió Jo.

—Yo solía asustarme horriblemente cuando me llegaba el turno de sentarme en la silla grande, con una corona en la cabeza y verlas a todas marchando alrededor para darme regalos y besarme, pero me ponía nerviosa que me miraran mientras abría los paquetes —dijo Beth, que estaba tostando el pan para el té y se tostaba al mismo tiempo la cara.

—Que piense mamá que vamos a comprarnos algunas cosas y así le daremos una sorpresa. Necesitamos salir para hacer compras mañana por la tarde, Meg; hay mucho que hacer para la pieza que representamos la Noche de Navidad —dijo Jo, que andaba de un lado para otro con las manos a la espalda y la nariz levantada.

—No pienso representar después de esta vez; estoy algo crecida para estas cosas —observó Meg, que era una niña en todo lo que fuera juegos.

—No dejarás de hacerlo, lo aseguro, mientras puedas presentarte vestida de blanco, con el pelo suelto y adornado con joyas hechas de papel dorado. Eres la mejor actriz que tenemos, y si abandonas el teatro se acabarán nuestras funciones —repuso Jo—. Debemos ensayar la pieza esta tarde. Ven aquí, Amy, y repite la escena donde te desmayas, porque te pones tiesa como una estaca al hacerlo.

—No es culpa mía; jamás he visto a nadie desmayarse y no me gusta ponerme pálida cayendo de espalda como tú lo haces. Si no puedo hacerlo fácilmente, me dejaré caer con gracia en una silla; no me importa que Hugo se acerque a mí con una pistola —dijo Amy, que no tenía talento dramático, pero a quien habían escogido porque era pequeña y el protagonista podía llevársela en brazos.

—Hazlo de esta manera; aprieta las manos así, y ve tambaleándote a través del cuarto, gritando locamente:

¡Rodrigo!, ¡sálvame!, ¡sálvame! —y Jo lo hizo, dando un chillido verdaderamente melodramático.

Amy procuró imitarla, pero extendió las manos con demasiada rigidez, caminó mecánicamente y su exclamación sugirió que la pinchaban con alfileres en lugar de demostrar terror y angustia. Jo suspiró con desesperación, y Meg se rio a carcajadas, mientras Beth dejaba quemar el pan por mirar lo que pasaba.

— ¡Es inútil! Sal lo mejor que puedas cuando llegue el momento, y si el público silba no me echas la culpa. Vamos, Meg.

Todo lo demás se deslizó sin tropiezo, porque don Pedro desafió al mundo entero en un parlamento de dos páginas sin interrupción. Hagar, la bruja, se encorvó sobre su caldero de efecto mágico. Rodrigo rompió sus cadenas como un valiente, y Hugo murió de remordimiento lanzando exclamaciones incoherentes.

—Es lo mejor que hemos hecho hasta ahora —dijo Meg, mientras el traidor se incorporaba frotándose los codos.

—No comprendo cómo puedes escribir y representar cosas tan magníficas, Jo. ¡Eres un verdadero Shakespeare! —dijo Beth.

—No lo soy —respondió Jo humildemente—. Creo que “La Maldición de la Bruja” está bastante bien; pero me gustaría tratar de representar Macbeth si tuviéramos una trampa para Banco. Siempre he deseado un papel en el cual tuviera que matar a alguien. ¿Es un puñal eso que veo delante de mí? — murmuró Jo girando los ojos, y con ademán de asir algo en el aire, como lo había visto hacer a un actor famoso.

—No, son las parrillas con las zapatillas de mamá encima en lugar del pan. ¡Beth está embobada por la escena! —exclamó Meg, y el ensayo terminó con una carcajada general.

—Me alegro de encontrarlas tan divertidas, hijas —dijo una voz resuelta en la puerta, y actores y espectadores se volvieron para recibir a una señora algo regordeta, ma-

ternal, cuyos ojos parecían decir “¿puedo ayudarlo?”, con aire verdaderamente encantador. No era una persona de especial hermosura; pero para los hijos las madres son siempre hermosas, y las chicas pensaban que aquella capa gris y aquel sombrero pasado de moda cubrían la mujer más espléndida del mundo.

—Bueno, queridas mías, ¿cómo lo han pasado hoy? Había tanto que hacer preparando los cajones para enviarlos mañana, que no volví para la comida. ¿Ha venido alguien, Elizabeth? ¿Cómo está tu resfriado, Margaret? Jo, pareces muy fatigada. Ven y dame un beso, niña.

Mientras hacía estas preguntas maternas, la señora March se ponía las zapatillas calientes, y, sentándose en la butaca, puso a Amy sobre sus rodillas, disponiéndose a gozar de su hora más feliz del día. Las muchachas iban de un lado a otro, tratando de poner todo en orden, cada una a su modo. Meg preparó la mesa para el té; Jo trajo la leña y puso las sillas, dejando caer volcando y haciendo ruido con todo lo que tocaba; Beth iba y venía de la sala a la cocina, y Amy daba consejos a todas mientras estaba sentada con las manos cruzadas.

Mientras se sentaban a la mesa, la señora March dijo, sonriéndose:

—Tengo una grata sorpresa para después de la cena.

Una sonrisa feliz pasó de cara en cara como un rayo de sol. Beth palmoteó, sin hacer caso de la galleta caliente que tenía, y Jo sacudió la servilleta, exclamando:

—¡Carta! ¡Carta! ¡Tres vivas para papá!

—Sí, una carta larga. Está bien, y piensa que soportará el frío mejor de lo que pensamos. Envía toda clase de buenos deseos para Navidad, y un mensaje especial para sus hijas —dijo la señora March acariciando el bolsillo como si tuviera en él un tesoro.

—Coman rápido. No te detengas para dar vueltas al dedo meñique y comer con afectación, Amy —gritó Jo, ahogándose al beber el té y dejando el pedazo de pan, que cayó sobre la alfombra por el lado de la mantequilla;

muy excitada por la sorpresa. Beth no comió más, yendo a sentarse en un rincón oscuro para soñar con el placer venidero hasta que las otras estuviesen listas.

—Creo que papá hizo una cosa magnífica marchando como capellán cuando era demasiado viejo para alistarse y no bastante fuerte para ser soldado —dijo Meg animosa.

—Yo quisiera ir de tamborcillo, o de cantinero, o de enfermera, para estar cerca y ayudarle —exclamó Jo, suspirando.

—Debe ser muy desagradable dormir en una tienda de campaña y comer toda clase de cosas que tienen mal gusto y beber en una lata —murmuró Amy.

—¿Cuándo volverá, mamá? —preguntó Beth, con voz temblorosa.

—No por mucho tiempo, querida mía, a menos que esté enfermo. Quedará para hacer fielmente su trabajo mientras pueda, y no le pediremos que vuelva un minuto antes de que puedan pasarse sin él. Ahora, oigan lo que dice la carta.

Todas se acercaron al fuego, la madre en la butaca, Beth a sus pies, Meg y Amy sentadas sobre los brazos de la silla y Jo apoyándose en el respaldo, de manera que nadie pudiera ver ninguna señal de emoción si la carta tenía algo conmovedor.

En aquel tiempo duro se escribían muy pocas cartas que no conmovieran, especialmente entre las enviadas a casa de los padres. En esta carta se decía poco de las molestias sufridas, de los peligros afrontados o de la nostalgia a la cual había que sobreponerse; era una carta alegre, llena de descripciones de la vida del soldado, de las marchas y de noticias militares; y sólo hacia el final el autor de la carta dejó brotar el amor paternal de su corazón y su deseo de ver a las niñas que había dejado en casa.

*"Mi cariño y un beso a cada una.
Diles que pienso en ellas durante el
día, y por la noche oro por ellas, y
siempre encuentro en su cariño el mejor
consuelo. Un año de espera para verlas
parece interminable, pero recuérdales
que, mientras esperamos, podemos to-
dos trabajar, de manera que estos días
tan duros no se desperdicien. Sé que
ellas recordarán todo lo que les dije,
que serán niñas cariñosas para ti, que
cuando vuelva podré enorgullecerme de
mis mujercitas más que nunca."*

Todas se conmovían algo al llegar a esta parte, Jo no se avergonzó de la gruesa lágrima que caía sobre el papel blanco, y Amy no se preocupó de que iba a desarreglar sus bucles al esconder la cara en el seno de su madre y dijo sollozando:

—¡Soy egoísta! Pero trataré de ser mejor para que no se lleve un chasco conmigo.

—¡Trataremos todas! —exclamó Meg—. Pienso demasiado en mi apariencia y detesto trabajar, pero no lo haré más si puedo remediarlo.

—Trataré de ser lo que le gusta a él llamarme “una mujercita”, y no ser brusca y atolondrada; cumpliré aquí con mi deber en vez de desear estar en otra parte —dijo Jo, pensando que dominarse a sí misma era obra más difícil que hacer frente a unos rebeldes.

Beth no dijo nada, pero secó sus lágrimas con el calce-tín del ejército y se puso a trabajar con todas sus fuerzas, no perdiendo tiempo en hacer lo que tenía más cerca de ella, mientras decidía en su corazón ser como su padre lo deseaba cuando al cabo de un año pudiera regresar felizmente a su casa.

La señora March rompió el silencio que siguió a las palabras de Jo, diciendo con voz alegre:

—¿Se acuerdan de cómo representaban “El Peregrino” cuando eran pequeñas? Nada les gustaba tanto como que les pusiera hatillos de trapos a la espalda para representar la carga, les hiciera sombreros, bastones y rollos de papel y las dejara viajar a través de la casa, desde la bodega, que era la Ciudad de Destrucción, hasta la boardilla, donde tenían todas las cosas bonitas que podían encontrar para construir una Ciudad Celestial.

—¡Qué divertido era, especialmente cuando nos acercábamos a los leones, peleábamos con Apolo y pasábamos por el valle donde estaban los duendes! — dijo Jo.

—A mí me gustaba el lugar donde las cargas caían y rodaban escalera abajo —murmuró Meg.

—Mi parte favorita era cuando salíamos a la azotea donde estaban nuestras flores, enramadas y cosas bonitas y nos parábamos y cantábamos de alegría allá arriba al sol —dijo Beth, sonriéndose, como si aquel momento feliz hubiera vuelto.

—Yo no recuerdo mucho, pero sí que tenía miedo de la bodega y de la entrada oscura, y siempre me gustaban los pastelitos y la leche que tomábamos allá arriba. Si no fuera ya mayor para tales niñerías, me gustaría mucho representarlo otra vez —susurró Amy, que hablaba de renunciar a niñerías a la edad madura de doce años.

—No somos demasiado mayores para ese juego, querida mía, porque es un entretenimiento al que siempre jugamos de una manera u otra. Nuestras cargas están aquí, nuestro camino está delante de nosotras y el deseo de bondad y felicidad es el guía que nos dirige a través de muchas penas

y equivocaciones hasta la paz, que es una verdadera Ciudad Celestial. Ahora, peregrinitas mías, vamos a comenzar de nuevo, no para divertirnos, sino de veras, y veremos hasta dónde pueden llegar antes de que vuelva papá.

— Pero, mamá ¿dónde están nuestras cargas? — preguntó Amy, que tomaba todo al pie de la letra.

— Cada uno ha dicho hace un momento cuál era su carga, menos Beth; en mi opinión no tiene ninguna — dijo su madre.

— Sí, la tengo; la mía es sentirme disminuida y envidiar a las que tocan pianos bonitos y tener miedo de la gente.

La carga de Beth era tan cómica que a todos dio ganas de reír; pero nadie lo hizo, porque se hubiera ofendido mucho.

— Hagamos esto — dijo Meg, pensativa—. Es solamente otro nombre para tratar de ser buenas, y la historia puede ayudarnos; aunque lo deseamos, ser buenas es algo difícil, nos olvidamos, y no nos esforzamos.

— Esta noche estábamos en el Pantano del Abatimiento y vino mamá, y nos sacó de él, como en el libro lo hizo el hombre que se llamaba Auxilio. Deberíamos tener nuestro rollo de aviso como Cristiano. ¿Qué haremos para eso? — preguntó Jo, encantada con la idea que prestaba algo de romanticismo a la tarea poco interesante de cumplir con su deber.

— Busquen debajo de la almohada en la mañana de Navidad, y encontrarán su guía — respondió la señora March.

Discutieron el proyecto nuevo, mientras la vieja Hanna levantaba la mesa; después salieron las cuatro cestillas de costura, y volaron las agujas mientras las chicas cosían sábanas para la tía March. El trabajo era poco interesante pero esta noche nadie se quejó. Habían adoptado el plan ideado por Jo, de dividir las costuras largas en cuatro partes, que llamaban Europa, Asia, África y América; de esta manera hacían mucho camino, sobre todo cuando hablaban de los países diferentes según cosían a través de ellos. A las nueve dejaron el trabajo y cantaron, como



Capítulo 2

Una feliz navidad

Jo fue la primera en despertarse al amanecer gris de la mañana de Navidad. No había medias colgadas delante de la estufa, y por un momento se llevó tanto chasco, como una vez, hacía ya mucho, que su mediecita se había caído al suelo por estar muy llena de regalos. Entonces recordó lo que su madre había prometido, y, metiendo la mano debajo de la almohada, sacó un librito encuadernado en rojo. Lo reconoció muy bien, porque era una bella historia de la vida más perfecta que jamás pasó por el mundo, y Jo sintió que era un verdadero guía para cualquier peregrino embarcado en el largo viaje de la vida. Despertó a Meg con un “ ¡Felices Pascuas! “, y le dijo que buscarse debajo de la almohada. Apareció un libro, encuadernado en verde, con la misma estampa dentro y unas palabras escritas por su madre, que aumentaban en mucho el valor del regalo a sus ojos. Pronto Beth y Amy se despertaron para buscar y descubrir sus libros, el uno de color gris azulado, el otro azul; y todas sentadas contemplaban sus regalos, mientras se sonrosaba el oriente con el amanecer.

A pesar de sus pequeñas vanidades, tenía Meg una naturaleza dulce y piadosa, que ejercía gran influjo sobre sus hermanas, en especial sobre Jo, que la amaba tiernamente y la obedecía por su gran dulzura.

—Niñas —dijo Meg, gravemente, dirigiendo la mirada desde la cabeza desordenada a su lado hasta las cabecitas en el cuarto próximo—. Mamá desea que empecemos a leer, amar y acordarnos de estos libritos, y tenemos que comenzar inmediatamente. Solíamos hacerlo fielmente, pero desde que papá se marchó y con la pena de esta guerra, hemos descuidado muchas cosas. Pueden hacer lo que gusten pero yo tendré mi libro aquí sobre la mesita, y todas las mañanas, en cuanto despierte, leeré un poquito, porque sé que me hará mucho bien y me ayudará durante todo el día.

Entonces abrió su Nuevo Testamento y se puso a leer. Jo la abrazó y cara con cara, leyó, con aquella expresión tranquila que raras veces tenía su cara inquieta.

—¡Qué buena es Meg! Ven, Amy, hagamos lo mismo. Yo te ayudaré con las palabras difíciles, y nos explicaremos lo que no podemos comprender —susurró Beth, muy impresionada con los bonitos libros y con el ejemplo de su hermana.

—Me alegro de que el mío sea azul —dijo Amy, y entonces los dormitorios quedaron tranquilos mientras ellas volvían las páginas y el sol del invierno se deslizaba para acariciar y dar un saludo de Navidad a las cabezas rubias y a las caras pensativas.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Meg, cuando, media hora después, bajó con Jo las escaleras para darle las gracias por sus regalos.

—¡Quién sabe! Una pobre criatura vino pidiendo limosna, y la señora salió inmediatamente para ver lo que necesitaba. No he visto jamás una mujer como ella en eso de dar comida, bebida y carbón, —respondió Hanna, que vivía con la familia desde que naciera Meg, y a quien todas trataban como a una amiga más que como a una criada.

—Supongo que mamá volverá pronto; así que preparen los pastelitos y cuiden que todo esté listo —dijo Meg, mirando los regalos, que estaban en un cesto debajo del sofá, dispuestos para sacarlos en el momento oportuno—. Pero, ¿dónde está el frasco de Colonia de Amy? —agregó, al ver que faltaba el frasquito.

—Lo sacó hace un minuto y salió para adornarlo con un lazo o algo parecido —respondió Jo, que saltaba alrededor del cuarto para suavizar algo las zapatillas nuevas del ejército.

—¡Qué bonitos son mis pañuelos! ¿No les parece? Hanna me los lavó y planchó, y yo misma los bordé —dijo Beth, mirando orgullosa— mente las letras desiguales que tanto trabajo le habían costado.

—¡Qué ocurrencia! ¿Pues no ha puesto “Mamá” en lugar de “M. March”? ¡Qué gracioso! —gritó Jo, levantando uno de los pañuelos.

—¿No está bien así? Pensaba que era mejor hacerlo de ese modo, porque las iniciales de Meg son “M.M.”, y no quiero que nadie los use sino mamá —dijo Beth, algo preocupada.

—Está bien, querida mía, y es una idea muy buena; así nadie puede equivocarse ahora. Le gustará mucho a ella, lo sé —repuso Meg, frunciendo las cejas a Jo y sonriendo a Beth.

—¡Aquí está mamá; escondan el cesto! —gritó Jo, al oír que la puerta se cerraba y sonaban pasos en el vestíbulo.

Amy entró precipitadamente, y pareció algo avergonzada cuando vio a todas sus hermanas esperándola.

—¿Dónde has estado y qué traes escondido? —preguntó Meg, muy sorprendida al ver, por su toca y capa, que Amy, la perezosa, había salido tan temprano.

—No te rías de mí, Jo; no quería que nadie lo supiera hasta que llegase la hora. Es que he cambiado el frasquito por otro mayor y he dado todo mi dinero por él, porque trato de no ser egoísta como antes.

Al hablar así, mostraba Amy el bello frasco que reemplazaba al otro barato, y tan sincera y humilde parecía en su esfuerzo de olvidarse de sí misma, que Meg la abrazó y Jo la llamó un “prodigio”, mientras Beth corría a la ventana en busca de su rosa más bella para adornar el magnífico frasco.

—¡Me daba vergüenza de mi regalo!, después de leer y hablar de ser buena esta mañana; así que corrí a la tienda para cambiarlo en cuanto me levanté; estoy muy contenta porque ahora mi regalo es el más bello.

Otro golpe de la puerta hizo que el cesto desapareciera debajo del sofá, y las chicas se acercaron a la mesa listas para su desayuno.

—¡Feliz Navidad, mamá! ¡Y que tengas muchísimas! Muchas gracias por los libros; hemos leído algo y vamos a hacerlo todos los días —gritaron todas a coro.

—¡Feliz Navidad, hijas mías! Me alegro mucho de que hayan comenzado a leer inmediatamente, y espero que perseveren haciéndolo. Pero antes de sentarnos tengo algo que decir. No lejos de aquí hay una pobre mujer con un hijo recién nacido. En una cama se acurrucan seis niños para no helarse, porque no tienen ningún fuego. Allí no hay nada que comer, y el chico mayor vino para decirme que estaban sufriendo de hambre y frío. Hijas mías, ¿quieren darle su desayuno como regalo de Navidad?

Todas tenían más apetito que de ordinario, porque habían esperado cerca de una hora, y por un momento nadie habló, pero solo por un momento, porque Jo dijo impetuosamente:

—Me alegro mucho de que hayas venido antes de que hubiésemos comenzado.

—¿Puedo ir para ayudar a llevar las cosas a los pobrecitos? —preguntó Beth, ansiosamente.

—Yo llevaré la crema y los panecillos —añadió Amy, renunciando valerosamente a lo que más le gustaba.

Meg estaba ya cubriendo los pastelillos y amontonando el pan en un plato grande.

—Pensé que lo harían —dijo la señora March, sonriendo satisfecha—. Todas pueden ir conmigo para ayudar; cuando volvamos, desayunaremos con pan y leche, y en la comida lo compensaremos.

Pronto estuvieron todas listas y salieron. Felizmente era temprano y fueron por calles apartadas; así que poca gente las vio y nadie se rio de la curiosa compañía.

Un cuarto vacío y miserable, con las ventanas rotas, sin fuego en el hogar, las sábanas hechas jirones, una madre enferma, un recién nacido que lloraba y un grupo de niños pálidos y flacos debajo de una vieja colcha, tratando de calentarse. ¡Cómo abrieron los ojos y sonrieron al entrar las chicas!

—¡Ah, Dios mío! ¡Ángeles buenos vienen a ayudarnos! —exclamó la pobre mujer, llorando de alegría.

—Vaya unos ángeles graciosos con tocas y mitones —dijo Jo, haciendo reír a todos.

En pocos minutos pareció que hubieran trabajado allí buenos espíritus. Hanna, que había traído leña, encendió fuego y suplantó los vidrios rotos con sombreros viejos y su propia toquilla. La señora March dio té y leche a la mujer, y la confortó con promesas de ayuda, mientras vestía al niño pequeño tan cariñosamente como si hubiese sido su propio hijo. Mientras las chicas ponían la mesa, agrupaban a los niños alrededor del fuego y les daban de comer como si fuesen pájaros hambrientos, riéndose, hablando y tratando de comprender el inglés chapurreado y cómico que hablaban, porque era una familia de inmigrantes.

—¡Qué bueno es esto! ¡Los ángeles benditos! —exclamaban los pobrecitos, mientras comían y se calentaban las manos al fuego.

Jamás, antes, las chicas habían recibido el nombre de ángeles, y lo encontraron muy agradable, especialmente Jo, a quien, desde que nació, todas la habían considerado un “Sancho”. Fue un desayuno muy alegre, aunque no participaran de él; y cuando salieron, dejando atrás tanto consuelo, no había en la ciudad cuatro personas más felices.

ces que las niñas que renunciaran a su propio desayuno y se contentaran con pan y leche en la mañana de Navidad.

—Eso se llama amar a nuestro prójimo más que a nosotros mismos, y me gusta —dijo Meg, mientras sacaban sus regalos aprovechando el momento en que su madre subiera a buscar vestidos para los hombres Hummel.

No había mucho que ver, pero en los pocos paquetes había mucho cariño; y el florero alto, con rosas rojas, crisantemos y hojas, puesto en medio de los regalos, daba una apariencia elegante a la mesa.

—¡Qué viene mamá! ¡Toca, Beth! ¡Abre la puerta, Amy!

— ¡Tres “vivas” a mamá! —gritó Jo, dando saltos por el cuarto, mientras Meg se adelantaba para conducir a la señora March a la silla de honor.

Beth tocó su marcha más viva. Amy abrió la puerta y Meg escoltó con mucha dignidad a su madre. La señora March estaba sorprendida y conmovida, y sonrió, con los ojos llenos de lágrimas, al examinar sus regalos y leer las líneas que los acompañaban. Inmediatamente se calzó las zapatillas, puso un pañuelo nuevo en el bolsillo, empapado con agua de colonia, se prendió la rosa en el pecho y dijo que los guantes le iban muy bien.

Hubo no pocas risas, besos y explicaciones, en la manera cariñosa y simple que hace tan gratas en su momento estas fiestas de familia y dejan un recuerdo tan dulce de ellas. Después todas se pusieron a trabajar.

Las caridades y ceremonias de la mañana habían llevado tanto tiempo, que el resto del día hubo que dedicarlo a los preparativos de los festejos de la tarde. No teniendo dinero de sobra para gastarlo en funciones caseras, las chicas ponían en el trabajo su ingenio, y como la necesidad es madre de la invención, hacían ellas misma todo lo que necesitaban. Y algunas de sus producciones eran muy ingeniosas.

Guitarras fabricadas con cartón, lámparas antiguas hechas de mantequeras viejas, cubiertas con papel plateado, magníficos mantos de algodón viejo, centelleando

con lentejuelas de hojalata y armaduras cubiertas con las recortaduras de latas de conserva. Los muebles estaban acostumbrados a los cambios constantes y el cuarto grande era escena de muchas diversiones inocentes.

No se admitían caballeros, lo cual permitía a Jo hacer papeles de hombre y darse el gusto de ponerse un par de botas altas que le había regalado una amiga suya, que conocía a una señora parienta de un actor.

Estas botas, un antiguo florete, un chaleco labrado que había servido en otro tiempo en el estudio de un pintor, eran los tesoros principales de Jo, y los sacaba en todas las ocasiones. A causa de lo reducido de la compañía, los dos actores principales se veían obligados a tomar varios papeles cada uno, y, ciertamente, merecían elogios por el gran trabajo que se tomaban para aprender tres o cuatro papeles diferentes, cambiar tantas veces de traje, y, además, ocuparse en el manejo del escenario. Era un buen ejercicio para sus memorias, una diversión inocente y les ocupaba muchas horas, que de otro modo hubiesen estado perdidas, solitarias o pasadas en compañía menos provechosa.

La noche de Navidad una docena de chicas se agruparon sobre la cama, que era el palco, enfrente de las cortinas de cretona azul y amarillo, que hacían de telón. Había mucho zumbido detrás de las cortinas, algo de humo de la lámpara, y, de vez en cuando, una risa falsa de Amy, a quien la excitación ponía nerviosa. Al poco tiempo sonó una campana, se descorrieron las cortinas y la representación empezó.

El “bosque tenebroso”, que se mencionaba en el cartel, estaba representado por algunos arbustos en macetas, bayeta verde sobre el piso y una caverna en la distancia. Esta caverna tenía por techo una percha y por paredes algunos abrigos; dentro había un hornillo encendido con una marmita negra, sobre la cual se encorbaba una vieja bruja. El escenario estaba en la oscuridad y el resplandor que venía del hornillo hacía buen efecto. Especialmente

cuando al destapar la bruja la caldera salió vapor de verdad. Se dio un momento al público para reponerse de su primer movimiento de sorpresa; entonces entró Hugo, el villano, andando con paso majestuoso, espada ruidosa al cinto, un chambergo, barba negra, capa misteriosa y las famosas botas. Después de andar de un lado para otro muy agitado, se golpeó la frente y cantó una melodía salvaje, sobre su odio a Rodrigo, su amor a Zara y su resolución de matar al uno y ganar la mano de la otra.

Los tonos ásperos de la voz de Hugo y sus vehementes exclamaciones hicieron fuerte impresión en el público, que aplaudía cada vez que se paraba para tomar aliento. Inclinandose, como quien está bien acostumbrado a cosechar aplausos, pasó a la caverna y mandó salir a Hagar con estas palabras: “¡Hola bruja, te necesito!”

Meg salió con la cara circundada con crin de caballo gris, un traje rojo y negro, un bastón y la capa llena de signos cabalísticos.

Hugo le pidió una poción que hiciese a Zara adorarle, y otra para deshacerse de Rodrigo. Hagar, cantando, una melodía dramática, prometió los dos, y se puso a invocar al espíritu que había de traer el filtro mágico para dar amor.

Sonaron acordes melodiosos, y entonces, del fondo de la caverna, apareció una figura pequeña en blanco y nebuloso, con alas que centelleaban, cabello rubio y sobre la cabeza una corona de rosas. Agitando su vara, dijo, cantando, que venía desde la luna y traía un filtro de mágicos efectos; y, dejando caer un frasquito dorado a los pies de la bruja, desapareció.

Otra canción de Hagar trajo a la escena una segunda aparición: un diablillo negro que, después de murmurar una respuesta, echó un frasquito oscuro a Hagar y desapareció con risa burlona. Dando las gracias, y poniendo las pociones en sus botas, se retiró Hugo, y Hagar puso en conocimiento de los oyentes que, por haber él matado a algunos amigos suyos en tiempos pasados, ella le había

echado una maldición, y había decidido contrariar sus planes, vengándose así de él. Entonces cayó el telón y los espectadores descansaron chupando caramelos y discutiendo los méritos de la obra.

Antes de que el telón volviera a levantarse se oyó mucho martilleo; pero cuando se vio la obra maestra de tramoya que habían construido, nadie se quejó de la tardanza. Era verdaderamente maravillosa. Una torre se elevaba al cielo raso; a la mitad de su altura aparecía una ventana, en la cual ardía una lámpara, y detrás de la cortina blanca estaba Zara, vestida de azul con encajes de plata, esperando a Rodrigo. Llegó él, ricamente ataviado, sombrero adornado con plumas, capa roja, una guitarra, y, naturalmente, las botas famosas. Al pie de la torre cantó una serenata con tonos cariñosos. Zara respondió, y, después de un diálogo musical, ella consintió en fugarse con él. Entonces llegó el efecto supremo del drama. Rodrigo sacó una escala de cuerda de cinco escalones, le echó un extremo y la invitó a descender. Tímidamente se deslizó de la reja, puso la mano sobre el hombro de Rodrigo, y estaba por saltar graciosamente cuando, ¡pobre Zara!, se olvidó de la cola de su falda. Esta se enganchó en la ventana; la torre tembló, doblándose hacia adelante, y cayó con estrépito, sepultando a los infelices amantes entre las ruinas.

Un grito unánime se alzó cuando las botas amarillas salieron de entre las ruinas, agitándose furiosamente, y una cabeza rubia surgió, exclamando: “¡Ya te lo decía yo!” “¡Ya te lo decía yo!” Con admirable presencia de ánimo, don Pedro, el padre cruel, se precipitó para sacar a su hija de entre las ruinas, con un aparte vivo: ¡No se ríen, sigan como si tal cosa!”; y ordenando a Rodrigo que se levantara, lo desterró del reino con enojo y desprecio. Aunque visiblemente trastornado por la caída de la torre, Rodrigo desafió al anciano caballero, y se negó a marcharse. Este ejemplo audaz animó a Zara; ella también desafió a su padre, que los mandó encerrar en los calabozos más profundos del castillo. Un escudero pequeño y regordete

entró con cadenas y se los llevó, dando señales de no poco susto y olvidándose de recitar su papel.

El acto tercero se desarrollaba en la sala del castillo, y aquí reapareció Hagar, que venía a librar a los amantes y matar a Hugo. Le oye venir y se esconde; le ve echar las pociones en dos vasos de vino, y mandar al tímido criado que los lleve a los presos. Mientras el criado dice algo a Hugo, Hagar cambia los vasos por otros sin veneno. Fernando, el criado, se los lleva, y Hagar vuelve a poner en la mesa el vaso envenenado. Hugo, con sed, después de una canción larga, lo bebe; pierde la cabeza, y tras muchas convulsiones y pataleos, cae al suelo y muere, mientras Hagar, en una canción dramática y melodiosa, le dice lo que ha hecho.

Esta escena fue verdaderamente sensacional, aunque espectadores más exigentes la hubieran considerado deslucida, al ver que al villano se le desataba una abundante cabellera en el momento de dar con su cuerpo en tierra.

En el cuarto acto apareció Rodrigo desesperado, a punto de darse una puñalada, porque alguien le había dicho que Zara lo había abandonado. Cuando el puñal estaba a punto de penetrar en su corazón, se oyó debajo de su ventana una canción encantadora, que le decía que Zara permanecía fiel, pero que estaba en peligro y que él podía salvarla si quería. Le echan una llave al calabozo, la cual abre la puerta, y loco de alegría arroja sus cadenas y sale precipitadamente para buscar y librar a su amada.

El quinto acto empieza con borrascosa escena entre Zara y don Pedro. Desea el padre que su hija se meta a monja, pero ella se niega, y después de una súplica conmovedora, está a punto de desmayarse, cuando entra Rodrigo precipitadamente, pidiendo su mano. Don Pedro se la niega porque no es rico. Gritan y gesticulan terriblemente, y Rodrigo se dispone a llevarse a Zara, que ha caído extenuada en sus brazos, cuando entra el criado tímido con una carta y un paquete de parte de Hagar, que ha desaparecido misteriosamente. La carta dice que la bruja lega

riquezas fabulosas a los amantes y un horrible destino a don Pedro si se opone a su felicidad. Se abre el paquete y una lluvia de monedas de lata cubre el suelo. Esto ablanda por completo al severo padre; da su consentimiento sin chistar, todos se juntan en coro alegre y cae el telón, mientras los amantes, muy felices y agradecidos, se arrodillan para recibir la bendición de don Pedro.

Calurosos aplausos, inesperadamente reprimidos; la cama plegadiza, sobre la cual estaba construido el palco, se cerró súbitamente atrapando debajo a los entusiasmados espectadores. Rodrigo y don Pedro acudieron presurosos a libertarlos, y sacaron a todos sin daño, aunque muchos no podían hablar de tanto reírse.

Apenas se había calmado la agitación, cuando apareció Hanna, diciendo que la señora March rogaba a las señoritas que bajasen a cenar.

Cuando vieron la mesa, todas se miraron alegremente asombradas. Era de esperar que su madre les diera una pequeña fiesta, pero cosa tan magnífica como aquella no se había visto desde los pasados tiempos de abundancia. Había mantecados de dos clases, de color rosa y blanco, y pastelillos, frutas y dulces franceses muy ricos, y, en medio de la mesa, cuatro ramos de flores de invernadero.

La sorpresa las dejó mudas; miraban estupefactas a la mesa, y después a su madre, que parecía disfrutar muchísimo del espectáculo.

—¿Lo han hecho las hadas? —preguntó Amy.

—Ha sido San Nicolás —dijo Beth.

—Mamá lo hizo —repuso Meg, sonriendo dulcemente, a pesar de la barba cana que todavía llevaba puesta.

—La tía March tuvo una corazonada y ha enviado la cena —gritó Jo, con inspiración súbita.

—Todas se equivocan; el viejo señor Laurence lo envió —respondió la señora March.

—¿El abuelo de ese muchacho Laurence? ¿Cómo se le habrá ocurrido tal cosa? ¡Si no lo conocemos! —exclamó Meg.

—Hanna contó a uno de sus criados lo que hicieron con su desayuno; es un señor excéntrico, pero eso le gustó. Conoció a mi padre hace muchos años, y esta tarde me envió una carta muy amable para decir que esperaba que le permitiese expresar sus sentimientos amistosos hacia mis niñas, enviándoles unas pequeñeces, con motivo de la festividad del día. No podía rehusar, y es así como tienen esta noche una pequeña fiesta para compensarlas del desayuno de pan y leche.

—Ese muchacho ha puesto la idea en la cabeza de su abuelo; estoy segura de esto. Es muy simpático, y me gustaría que nos tratáramos. Parece que quisiera tratarnos; pero es tímido; y Meg es tan correcta, que no me permite hablar con él cuando nos encontramos —dijo Jo, mientras circulaban los platos y los helados empezaban a desaparecer entre un coro de exclamaciones alegres.

— ¿Quieres decir la gente que vive en la casa grande de al lado?— preguntó una de las chicas—. Mi madre conoce al señor Laurence, pero dice que es muy orgulloso y no le gusta mezclarse con sus vecinos. Tiene a su nieto encerrado en casa, cuando no está paseando a caballo o en compañía de su maestro, y lo hace estudiar mucho. Lo invitamos a nuestra fiesta, pero no vino. Mamá dice que es muy amable, aunque no nos habla nunca de las muchachas.

— Nuestro gato se escapó una vez y él lo devolvió, y yo hablé con él por encima de la valla. Nos entendíamos muy bien, hablando del criquet y de cosas por el estilo, pero vio venir a Meg y se marchó. Tengo la intención de hacer amistad algún día, porque necesita diversión, estoy segura —dijo Jo, decididamente.


—Me gustan sus modales y parece un verdadero caballero; de modo que si se presenta ocasión oportuna, no me opongo a que entables amistad con él. El mismo trajo las flores, y lo hubiera invitado a entrar de haber estado segura de lo que estaba ocurriendo arriba. Parecía estar



Capítulo 3

El baile de año nuevo



o! ¡Jo! ¿Dónde estás? —gritó Meg, al pie de la escalera que conducía a la boardilla.

—Aquí —respondió, desde arriba, una voz algo ronca.

Y corriendo arriba, Meg encontró a su hermana comiendo manzanas y llorando con la lectura de *El heredero de los Redclyffe*, envuelta en una toquilla y sentada en un viejo sofá de tres patas, al lado de la ventana soleada. Era el refugio preferido de Jo; aquí le gustaba retirarse con media docena de manzanas y un libro interesante, para gozar de la tranquilidad y de la compañía de un ratón querido, que vivía allí y no tenía miedo de ella. Cuando llegó Meg, el amiguito desapareció en su agujero. Jo se limpió las lágrimas y se dispuso a oír las noticias.

—¡Qué gusto! Mira. ¡Una tarjeta de invitación de la señora Gardiner para mañana por la noche! —gritó Meg, agitando el precioso papel que procedió a leer después con juvenil satisfacción:

“La señora Gardiner se complace en invitar a la señorita Meg y a la señorita Jo a un sencillo baile la noche de Año Nuevo.”

—Mamá quiere que vayamos. ¿Qué nos vamos a poner?

—¿De qué sirve preguntarlo, cuando sabes muy bien que nos pondremos nuestros trajes de muselina de lana, porque no tenemos otros? —dijo Jo, con la boca llena.

—¡Si tuviera un traje de seda! —suspiró Meg—. Mamá dice que quizá pueda hacerme uno cuando tenga dieciocho años; pero dos años es una espera interminable.

—Estoy segura de que nuestros trajes parecen de seda y son bastante buenos para nosotras. El tuyo es tan bueno como si fuera nuevo; pero me olvidaba de la quemadura y del rasgón en el mío; ¿qué haré? La quemadura se ve mucho y no puedo estrechar nada la falda.

—Tendrás que estar sentada siempre que puedas y ocultar la espalda; el frente está bien. Tendré una nueva cinta azul para el pelo, y mamá me prestará su prendedor de perlas; mis zapatos nuevos son muy bonitos y mis guantes pueden pasar.

—Los míos están arruinados con manchas de gaseosa, y no puedo comprar otros, de manera que iré sin ellos —dijo Jo, que no se preocupaba mucho por su vestimenta.

—Si no llevas guantes, no voy —gritó Meg, con decisión—. Los guantes son más importantes que cualquier otra cosa; no puedes bailar sin ellos, y si no puedes bailar voy a estar mortificada.

—Me quedaré sentada; a mí no me gustan los bailes de sociedad; no me divierte ir dando vueltas acompañada; me gusta volar, saltar y brincar.

—No puedes pedir a mamá que te compre otros nuevos; ¡son tan caros y eres tan descuidada!... Dijo cuando estropeaste aquéllos que no te compraría otros este invierno. ¿No puedes arreglarlos de algún modo?

—Puedo tenerlos apretados en la mano, de modo que nadie vea lo manchados que están; es todo lo que puedo hacer. No; ya sé cómo podemos arreglarlo: cada una se pone un guante bueno y lleva en la mano el otro malo; ¿comprendes?

—Tus manos son más grandes que las mías y ensancharías mis guantes —comenzó a decir Meg.

—Entonces iré sin guantes. No me importa lo que diga la gente —gritó Jo, volviendo a tomar el libro.

—Puedes tenerlo, puedes tenerlo, pero no me lo ensucies y condúctete bien; no te pongas las manos a la espalda, ni mires fijamente a nadie; ni digas “ ¡Cristóbal Colón!” ¿Sabes?

—No te preocupes por mí; estaré tan tiesa como si me hubiera tragado un molinillo, y no meteré la pata, si puedo evitarlo. Ahora contesta la carta y déjame en paz para acabar esta magnífica historia.

Meg se fue para “aceptar muy agradecida” la invitación, examinar su vestido y planchar su único cuello de encaje, mientras Jo, acabada la historia y las manzanas, jugaba con su ratón.

La noche de Año Nuevo la sala estaba vacía, porque las dos chicas jóvenes servían de doncellas a las dos mayores, que preparaban su indumentaria para el baile. Sencillos como eran los trajes, había mucho que ir y venir, reír y hablar, y por algún tiempo la casa olió a pelo quemado; Meg quería hacerse unos bucles y Jo se encargó de retorcerle con las tenacillas los rizos atados con papeles.

—¿Tienen que oler así? —preguntó Beth desde su asiento sobre la cama.

—Es la humedad que se seca —respondió Jo.

—¡Qué extraño! ¡Huele a plumas quemadas! — observó Amy, arreglando sus propios hermosos bucles con aire de superioridad.

—¡Ahora voy a quitar los papelitos, y verás que bucles! —dijo Jo dejando las tenacillas.

Quitó los papelitos, pero no aparecieron los bucles esperados, porque el pelo se había adherido al papel y lo había arrancado con él.

—¡Oh, oh, oh! ¿Qué has hecho? ¡Me has estropeado el pelo! ¡No puedo ir! ¡Mi pelo! ¡Mi pelo! —exclamó Meg, mirando los rizos desiguales sobre su frente.

—¡Es mi mala pata! No debías haberme pedido que lo hiciera, sabiendo que lo echo a perder todo. Lo siento mucho, pero es que las tenacillas estaban demasiado calientes —suspiró la pobre Jo, mirando con lágrimas de arrepentimiento el flequillo chamuscado.

—Tiene remedio: rízalos y ponte la cinta de manera que los extremos caigan un poquito sobre la frente y estarás a la moda. He visto a muchas chicas así —repuso Amy para consolarla.

— Esto me pasa por querer ponerme hermosa. ¡Ojalá hubiese dejado el pelo en paz! —gritó Meg.

—Eso digo yo. ¡Era tan liso y hermoso! Pero pronto crecerá de nuevo —dijo Beth, corriendo a besar y consolar a la oveja esquilada.

Después de otros contratiempos menos graves, Meg terminó su tocado y, con ayuda de toda la familia, Jo arregló su propio pelo y se puso el vestido. Estaban muy bien con sus sencillos trajes. Meg, de gris plateado con cinta de terciopelo azul, velos de encaje y el prendedor de perlas; Jo, de color castaño, con cuello planchado de caballero y unos crisantemos blancos por todo adorno. Cada una se puso un guante bonito y limpio y llevó en la mano otro sucio. Los zapatos de Meg, de tacones altos, le iban muy apretados y la lastimaban, aunque ella no quería reconocerlo; y a Jo le parecía llevar clavadas en la cabeza las diecinueve horquillas que sujetaban su cabellera, pero, ¿qué remedio?; había que ser elegante o morir.

—¡Que se diviertan mucho, queridas mías! —dijo la señora March al verlas salir—. No coman demasiado en la cena y vuelvan a las once, cuando mande a Hanna a buscarlas.

Cuando cerraban la puerta de la verja al salir, una voz les gritó desde la ventana:

—Niñas, ¿llevan los pañuelos bonitos?

—Sí, sí, los llevamos, y el de Meg huele a colonia —gritó Jo, y añadió riéndose—: Creo que mamá nos preguntaría eso aunque estuviésemos huyendo de un terremoto.

—Es uno de sus gustos aristocráticos, y tiene razón, porque, una verdadera señora se conoce siempre por el calzado limpio, los guantes y el pañuelo — respondió Meg.

— Ahora no olvides de mantener el paño malo de tu falda de modo que no se vea, Jo. ¿Está bien mi cinturón? ¿Se me ve mucho el pelo? —dijo Meg, al dejar de contemplarse en el espejo del tocador de la señora Gardiner, después de mirarse largo rato.

—Sé muy bien que me olvidaré de todo. Si me ves hacer algo que esté mal, avísame con un guiño —respondió Jo, arreglándose el cuello y cepillándose rápidamente.

—No, una señora no guiña; arquearé las cejas si haces algo incorrecto, o un movimiento de cabeza si todo va bien. Ahora mantén derechos los hombros y da pasos cortos; no des la mano si te presentan a alguien: no se hace.

—¿Cómo aprendes todas estas reglas? Yo no puedo hacerlo nunca. ¡Qué movida es esa música!

Bajaron la escalera sintiéndose algo tímidas, porque rara vez iban a reuniones de sociedad, y aunque aquella no era muy formal, para ellas constituía un acontecimiento. La señora Gardner, una señora anciana y majestuosa, las saludó amablemente y las dejó con la mayor de sus seis hijas. Meg conocía a Sallie y pronto perdió su timidez; pero Jo, que no gustaba de la compañía ni de la charla de las muchachas, se quedó recostada contra la pared, tan desorientada como, un potro en un jardín. En otra parte de la sala, una media docena de muchachos hablaban de patines, y Jo quería unirse a ellos, porque patinar era uno de los placeres de su vida. Telegrafió su deseo a Meg, pero las cejas se arquearon de manera tan alarmante que no se atrevió a moverse. Nadie vino a hablar con ella y poco a poco se fue disolviendo el grupo que tenía más cerca, hasta dejarla sola. No podía ir de un lado a otro con el fin de divertirse, para que no se viera el paño quemado de la falda, de manera que se quedó mirando a la gente con aire de abandono hasta que comenzó el baile. Meg fue invitada inmediatamente, y los zapatos estrechos saltaban tan alegremente que nadie hubiera sospechado lo que hacían sufrir a quien los llevaba puestos. Jo vio a un muchacho alto de pelo rojo, que se acercaba al rincón donde ella estaba, y, temiendo una invitación a bailar, se ocultó detrás de unas cortinas, esperando ver a escondidas desde allí y divertirse en paz. Por desgracia, otra persona tímida había escogido el mismo sitio, porque al dejar caer la cortina tras sí, se encontró cara a cara con Laurence.

—¡Ay de mí!; no sabía que había aquí alguien —balbuceó Jo, disponiéndose a salir tan rápido como entrara.

Pero el chico se rio y dijo de buen humor, aunque parecía algo sorprendido:

—No se preocupe por mí; quédese si quiere. ¿No le estorbaré a usted?

—Ni lo más mínimo; vine aquí porque no conozco a mucha gente, y me sentía molesto, ¿sabe usted?

—Y yo también. No se vaya, por favor, a no ser que lo prefiera.

El chico volvió a sentarse, con la vista baja, hasta que Jo, tratando de ser cortés, dijo:

—Creo que he tenido el placer de verlo antes. Vive usted cerca de nosotros, ¿no es así?

—En la casa próxima a la suya —contestó él, levantando los ojos y riéndose cordialmente, porque la cortesía de Jo le resultaba verdaderamente cómica al recordar cómo habían charlado sobre el criquet cuando él le devolvió el gato.

Eso puso a Jo a sus anchas, y también ella rio al decir muy sinceramente:

—Hemos disfrutado mucho con su regalo de Navidad.

—Mi abuelo lo envió.

—Pero usted le dio la idea de enviarlo. ¡A que sí!

—¿Cómo está su gato, señorita March? —preguntó el chico, tratando de permanecer serio, aunque la alegría le brillaba en los ojos.

—Muy bien, gracias, señor Laurence; pero yo no soy la señorita March, soy simplemente Jo —respondió la muchacha.

—Ni yo soy señor Laurence, soy Laurie.

—Laurie Laurence. ¡Qué nombre más curioso!

—Mi primer nombre es Teodoro; pero no me gusta, porque los chicos me llaman Dora; así que logré que me llamaran Laurie en lugar del otro.

—Yo también detesto mi nombre; ¡es demasiado romántico! Querría que todos me llamaran “Josefina” en lugar de Jo. ¿Cómo logró usted quitar a los chicos la costumbre de llamarle Dora?

—A palos.

—No puedo darle palos a la tía March, así que supongo que tendré que aguantarme.

—¿No le gusta a usted bailar, señorita Josefina?

—Me gusta bastante si hay mucho espacio y todos se mueven ligero... En un lugar como éste, me expondría a volcar algo, pisarle los pies a alguien o hacer alguna barbaridad; así que evito el peligro y la dejo a Meg que se luzca. ¿No baila usted?

—Algunas veces. He estado en el extranjero muchos años y no llevo aquí el tiempo suficiente para saber cómo se hacen las cosas.

—¡En el extranjero! —exclamó Jo—; ¡hábleme de eso! A mí me gusta mucho oír a la gente describir sus viajes.

Laurie parecía no saber por dónde empezar, pero pronto las preguntas ansiosas de Jo lo orientaron; y le dijo cómo había estado en una escuela en Vevey, donde los chicos no llevaban nunca sombreros y tenían una flota de botes sobre el lago, y para divertirse durante las vacaciones hacían viajes a pie por Suiza en compañía de sus maestros.

—¡Cuánto me gustaría haber estado allá! —exclamó Jo—. ¿Ha ido usted a París?

—Estuvimos allí el invierno pasado.

—¿Sabe usted hablar francés?

—No nos permitían hablar otro idioma en Vevey.

—Diga algo en francés. Puedo leerlo, pero no sé pronunciarlo.

—Quel nom a cette jeune demoiselle en les pantoufles jófies? —dijo Laurie, bondadosamente.

—¡Qué bien lo pronuncia usted! Veamos. Ha dicho: “¿Quién es la señorita de los zapatos bonitos?”; ¿es así?

—Oui, mademoiselle.

—Es mi hermana Meg y usted lo sabía. ¿No le parece que es hermosa?

—Sí, me recuerda a las chicas alemanas; tan fresca y tranquila parece; baila como una señora.

Jo se sonrojó al oír tal elogio de su hermana, y lo guardó en la memoria para repetírselo a Meg. Ambos miraban, criticaban y charlaban, hasta que se encontraron tan a gusto como dos viejos amigos.

Pronto perdió Laurie su timidez, porque la manera varonil de Jo le divertía mucho y le quitaba todo azoramiento, y ella recobró de nuevo su alegría, porque había olvidado el traje y

nadie le arqueaba las cejas. Le gustaba el muchacho Laurence más que nunca, y lo observó un poco para poder describirlo a sus hermanas; no teniendo hermanos y pocos primos, los chicos eran para ella criaturas casi desconocidas.

Pelo negro y rizado, cutis oscuro, ojos grandes y negros, nariz larga, dientes bonitos, las manos y los pies pequeños, tan alto como yo; muy cortés para ser chico y muy burlón. ¿Qué edad tendrá? Jo tenía la pregunta en la punta de la lengua; pero se contuvo a tiempo y, con tacto raro en ella, trató de descubrirlo de una manera indirecta.

—Supongo que pronto irá usted a la Universidad. Ya lo veo machacando en sus libros; quiero decir, estudiando mucho —y Jo se sonrojó por el terrible “machacando” que sé le escapara.

Laurie se sonrió y respondió, encogiéndose de hombros:

—Tardaré todavía dos o tres años; no iré antes de cumplir diecisiete.

—¿Pero no tiene usted más que quince años? —preguntó Jo, mirando al chico alto, a quien ella había dado diecisiete.

—Dieciséis el mes que viene.

—¡Cuánto me gustaría ir a la Universidad! Parece que a usted no le gusta.

—La detesto; nada más que trabajar o divertirse; y no me gusta la manera que tienen de hacerlo en este país.

—¿Qué le gusta a usted?

—Vivir en Italia, divertirme a mi modo.

Jo ansiaba preguntarle cuál era su modo; pero Laurie había fruncido las cejas de tal modo, que Jo cambió de asunto, diciendo:

—¡Qué polca magnífica! ¿Por qué no va a bailarla?

—Si viene usted conmigo —respondió él, haciendo una reverencia a la francesa.

—No puedo, porque le he dicho a Meg que no bailaría, porque... —y aquí se detuvo, no sabiendo si decir la verdad o reírse.

—¿Por qué? —preguntó Laurie, interesado vivamente—. ¿No lo dirá usted?

—¡Jamás!

—¿Jamás?

—Bueno, tengo la mala costumbre de ponerme de pie delante del fuego y así quemo mis vestidos, como me sucedió con éste; aunque está bien remendado, se ve un poco, y Meg me aconsejó que no me moviera para que nadie lo vea. Usted puede reírse si quiere; es muy gracioso...

Pero Laurie no se rio; miró al suelo por un minuto y con una expresión que extrañó a Jo, dijo dulcemente:

—No haga caso de eso; yo le diré cómo nos las arreglaremos; allá hay un pasillo grande, donde podemos bailar muy bien sin que nadie nos vea. ¡Hágame el favor de venir!

Jo le dio las gracias y se fue alegremente, deseando mucho tener dos guantes buenos cuando vio los que se ponía su compañero, color perla. El pasillo estaba vacío y bailaron una polca magnífica, porque Laurie bailaba bien y le enseñó el paso alemán, que encantó a Jo, por su balanceo y movimiento. Cuando cesó la música se sentaron sobre las escaleras para respirar, Laurie estaba describiendo una fiesta de estudiantes en Heidelberg cuando apareció Meg en busca de su hermana. Hizo una seña, y Jo la siguió de mala gana a una salita, donde se sentó sobre un sofá, agarrándose el pie y algo pálida.

—Me he torcido el tobillo. Este estúpido tacón alto se torció y me produjo una torcedura horrible. Me duele tanto, que apenas puedo estar de pie y no sé cómo voy a volver a casa —dijo, estremeciéndose de dolor.

—Ya sabía yo que te lastimarías los pies con esos dichosos zapatos. Lo siento mucho, pero no sé qué puedes hacer, como no sea tomar un coche o quedarte aquí toda la noche —respondió Jo dulcemente, frotando el pobre tobillo al mismo tiempo.

—No puedo tomar un coche; costaría mucho; además, sería difícil encontrarlo, porque la mayor parte de los invitados han venido en sus propios vehículos; las cocheras están lejos, y no tenemos a nadie a quien enviar.

—Yo iré.

—De ningún modo; son más de las diez y está oscuro como boca de lobo. No puedo quedarme aquí, porque la casa está llena; algunas amigas de Sallie están de visita. Descansaré hasta que venga Hanna, y entonces saldré lo mejor que pueda.

—Se lo diré a Laurie, él irá —dijo Jo, como quien tiene una idea feliz.

—¡No por favor! No pidas nada ni hables a nadie. Búscame mis chanclos y pon estos zapatos con nuestras cosas. No puedo bailar más; pero en cuanto se acabe la cena, espera a Hanna y avísame en cuanto llegue.

—Ahora van a cenar. Me quedaré contigo, lo prefiero.

—No, querida; ve y tráeme un poco de café. Estoy tan cansada que no puedo moverme.

Meg se reclinó con los chanclos bien escondidos, y Jo hizo su camino torpemente al comedor. Dirigiéndose a la mesa, procuró el café, que volcó inmediatamente, poniendo el frente de su vestido tan malo como la espalda.

—¡Ay de mí! ¡qué atolondrada soy! —exclamó Jo, estropeando el guante de Meg al frotar con él la mancha del vestido.

—¿Puedo ayudarla? —dijo una voz amistosa. Era Laurie, con una taza llena en una mano y un plato de helado en la otra.

—Trataba de buscar algo para Meg, que está muy cansada; alguien me hizo tropezar, y aquí estoy hecha una calamidad —respondió Jo, echando una mirada desde la falda manchada al guante teñido de café.

—¡Qué lástima! Yo buscaba a alguien para darle esto. ¿Puedo llevárselo a su hermana?

— ¡Muchas gracias! Lo guiaré a donde está. No me ofrezco a llevarlo yo misma, porque temo hacer otro desastre.

Jo fue adelante, y como si estuviera muy acostumbrado a servir a las señoras, Laurie acercó una mesita, trajo helado y café para Jo, y estuvo tan cortés, que hasta la exigente Meg lo calificó de “muchacho muy simpático”.

Pasaron un buen rato con los caramelos, que tenían preguntas y respuestas, y estaban en medio de un juego tranquilo de “Susurro”, con dos o tres jóvenes que se habían unido a ellos, cuando apareció Hanna. Meg, olvidando su pie, se levantó tan rápidamente que tuvo que agarrarse de Jo, lanzando un quejido.

—¡Silencio! ¡No digas nada! —susurró, añadiendo en voz alta—: No es nada, me torcí un poco el pie, nada más — y bajó las escaleras cojeando para ponerse el abrigo. Hanna protes-

taba, Meg lloraba y Jo estaba desesperada, hasta que decidió tomar a su cargo las cosas. Corrió abajo, y al primer criado que encontró le preguntó si podía buscarle un coche. Resultó ser un camarero nuevo, que no conocía la vecindad, y Jo estaba buscando ayuda por otro lado, cuando Laurie, que había oído lo que decía, vino a ofrecer el coche de su abuelo, que acababa de venir por él.

—Es demasiado temprano y usted no querrá irse todavía —comenzó Jo, aliviada en su ansiedad, pero vacilando en aceptar la oferta.

—Siempre me voy temprano..., ¡de veras! Permítame que las lleve a su casa; paso por allá, como usted sabe, y me han dicho que está lloviendo.

Eso la decidió; diciéndole lo que le había ocurrido a Meg, Jo aceptó agradecida y subió corriendo a buscar el resto de la compañía. Hanna detestaba la lluvia tanto como un gato, así que no se opuso, y se fueron en el lujoso carruaje, sintiéndose muy alegres y elegantes.

Laurie subió al pescante, para que Meg pudiese descansar el pie en el asiento, y las chicas hablaron del baile a su gusto.

—Me he divertido mucho; ¿y tú? —preguntó Jo, desarreglando su cabello y sentándose cómodamente.

—Sí, hasta que me torcí el pie. La amiga de Sallie, Anna Moffat, simpatizó conmigo y me invitó a pasar una semana en su casa cuando vaya Sallie; Sallie irá durante la primavera, en la temporada de ópera, y será magnífico, si mamá me permite ir —respondió Meg, animándose al pensarlo.

—Te vi bailar con el hombre rubio, del cual me escapé; ¿era simpático?

—Mucho. Tiene el cabello color castaño, no rubio; estuvo muy cortés, y bailé una redoval deliciosa con él.

—Parecía un saltamontes cuando bailaba el paso nuevo. Laurie y yo no podíamos contener la risa. ¿Nos oíste?

—No, pero fue algo muy descortés. ¿Qué hacían escondidos allí tanto tiempo?

Jo contó su aventura, y cuando terminó estaban ya a la puerta de la casa. Después de dar a Laurie las gracias por su ama-

bilidad, se despidieron y entraron a hurtadillas, con la esperanza de no despertar a nadie; pero apenas crujió la puerta de su dormitorio, dos gorritos de dormir aparecieron y dos voces adormiladas, pero ansiosas, gritaron:

—¡Cuenten del baile! ¡Cuenten del baile!

Con lo que Meg describía como “gran falta de buenos modales”, Jo había guardado algunos dulces para las hermanitas, y pronto se callaron después de oír lo más interesante del baile.

—No parece sino que soy una verdadera señora, volviendo a casa en coche y sentándome en peinador con una doncella que me sirva —dijo Meg, mientras Jo le frotaba el pie con árnica y le cepillaba el cabello.

Y creo que Meg tenía razón.



Capítulo 4

Cargas



y de mí! ¡Qué difícil se hace tomar las bolsas y echar a andar! — suspiró Meg la mañana después del baile. Habían terminado las vacaciones, y una semana de diversión no resultaba lo más adecuado para continuar el trabajo, que nunca le había gustado.

—Me gustaría que fuese Navidad o Año Nuevo siempre. ¡Qué divertido! — respondió Jo, bostezando tristemente.

—No nos divertiríamos ni la mitad que ahora. Pero parece tan agradable tener cenas especiales y recibir ramilletes, ir a bailes, volver a casa en coche, y leer y descansar, y no trabajar. Es vivir como la gente rica, y siempre envidio a las chicas que lo pueden hacer; ¡me gusta tanto el lujo! —dijo Meg, tratando de decidir entre dos trajes gastados cuál era el menos deslucido.

—Bueno, no podemos tenerlo; así que de nada vale quejarse; echemos al hombro la carga y andemos tan alegremente como mamá. Estoy segura de que la tía March es un fardo del cual uno no puede deshacerse, pero supongo que cuando haya aprendido a llevarlo sin quejarme se me caerá de los hombros, o se hará tan ligero que no me molestará.

Esta comparación hizo tanta gracia a Jo, que la puso de buen humor; Meg no se animó, porque su carga consistía en cuatro niños mimados y le parecía más pesada que nunca. No tenía gusto ni para arreglarse, como de costumbre.

—¿De qué sirve estar bien, cuando nadie me ve, fuera de esos chiquillos, y a nadie le importa que sea bonita o fea? — murmuró, cerrando de golpe el cajón de la cómoda—. Tendré que trabajar y trabajar toda mi vida, con unos ratitos de diversión de vez en cuando, y hacerme vieja; fea y agria, porque soy pobre y no puedo gozar de la vida como otras muchachas. ¡Qué desgracia!

Con este ánimo bajó Meg a desayunarse, con cara lastimera y un humor de perros. Todas parecían disgustadas y dispuestas a quejarse.

Beth tenía dolor de cabeza, estaba echada en el sofá, tratando de consolarse con la gata y los tres gatitos; Amy estaba inquieta porque no había aprendido sus lecciones y no podía encontrar sus chanclos; Jo no dejaba de silbar y hacía mucho ruido preparándose; la señora March estaba muy ocupada, terminando una carta que debía salir inmediatamente, y Hanna estaba gruñona por haberse acostado tan tarde la noche pasada.

—¡Nunca hubo familia tan malhumorada! —gritó Jo, perdiendo la paciencia, cuando ya había volcado el tintero, roto los cordones de sus botas y aplastado su sombrero, sentándose encima de él.

—Y tú la más malhumorada de todas —respondió Amy, borrando la suma, equivocada, con las lágrimas que habían caído sobre su pizarra.

—Beth, si no encierras a estos horribles gatos en la bodega, los haré ahogar

—exclamó Meg, muy irritada, al tratar de deshacerse de los gatitos que se le habían subido a los hombros.

Jo se reía, Meg regañaba, Beth imploraba y Amy lloraba, porque no podía acordarse de cuánto era nueve por doce.

— ¡Niñas, niñas! Cállense un minuto. Tengo que enviar esta carta por el primer correo y me confunden con tanto ruido — gritó la señora March.

Hubo un momento de silencio, interrumpido por Hanna, que entró precipitadamente, puso dos pastelillos calientes sobre la mesa y salió de nuevo. Estos pastelillos eran una institución; las chicas los llamaban “manguitos”, y habían descubierto que los pastelillos calientes venían muy bien en las mañanas frías. Nunca se olvidaba Hanna de hacerlos, por ocupada o gruñona que estuviera, porque las pobrecitas tenían que andar mucho, no tomaban otra cosa para almorzar y rara vez volvían a casa antes de las tres.

— Que mimes a tus gatos y que se te quite el dolor de cabeza, Beth. Adiós, mamá; somos una cuadrilla de vagas esta mañana, pero volveremos hechas unos verdaderos ángeles. Vamos Meg —y Jo echó a andar con la idea de que los peregrinos no salían como era debido.

Siempre miraban hacia atrás antes de volver la esquina, porque su madre estaba siempre en la ventana para decirles adiós con la mano, sonriendo. Parecía como si no pudieran cumplir sus deberes diarios sin aquella despedida que les hacía el efecto de un rayo de sol.

— Si mamá nos amenazara con el puño en lugar de echarnos besos, nos estaría bien empleado, porque jamás se han visto vagas más ingratas que nosotras — gritó Jo, que tomaba como saludable penitencia el camino cubierto de lodo y el viento agudo.

—No uses palabras tan vulgares.

—Me gustan las palabras fuertes con algún sentido.

—Llámate lo que quieras; pero yo no me tengo por vaga ni permito que me lo digan.

—Tú eres una calamidad; estás de un humor de perros porque no puedes sentarte en medio del lujo todo el tiempo. ¡Pobrecita! Espera hasta que yo haga fortuna y gozarás de coches, helados, zapatos de tacones altos, ramilletes y mozos rubios que bailen contigo.

—¡Qué ridícula eres, Jo! —dijo Meg, riéndose, sin embargo, de aquellas tonterías.

—Suerte que tienes de que lo sea; si yo adoptara esos aires de aflicción y desmayo que tú empleas, estábamos listas. Gracias a

Dios, siempre puedo encontrar algo gracioso para darme ánimo. No te quejes más y vuelve a casa alegre.

Jo dio a su hermana un golpecito en la espalda cuando se separaban para seguir cada una su camino, llevando un pastelillo caliente en la mano y tratando de estar alegre a pesar del tiempo invernal, del trabajo duro y de sus juveniles deseos no realizados.

Cuando el señor March perdió su dinero, tratando de ayudar a un amigo, las dos chicas mayores rogaron se les permitiera hacer algo por su propio sostén a lo menos. Creyendo que nunca es demasiado pronto para cultivar energía, laboriosidad e independencia, sus padres consintieron, y ambas se pusieron a trabajar con la buena voluntad que triunfa de todos los obstáculos.

Meg encontró empleo como institutriz, y se sintió rica con su sueldo pequeño. Como ella decía, “le gustaba el lujo”, y su mayor pena era ser pobre. Lo encontraba más duro de soportar que las otras, porque podía recordar un tiempo en que la casa había sido bella, la vida holgada y agradable y nada les había faltado. Procuraba no sentir envidia ni descontento, pero era natural que la muchacha deseara cosas bonitas, amigas alegres, inteligentes y una vida feliz. En casa de los King veía todos los días lo que deseaba tanto, porque las hermanas mayores de los niños acababan de entrar en sociedad, y muy a menudo veía Meg visiones de trajes de baile, y ramilletes, oía charlas animadas acerca de teatros y conciertos, partidas de trineo y toda clase de diversiones, y también veía gastar dinero en bagatelas, un dinero que para ella hubiera sido de mucha utilidad. La pobre Meg se quejaba poco, pero a veces cierto sentido de injusticia la hacía sentirse agría hacia todo el mundo, porque todavía no había aprendido lo rica que era en aquellas bendiciones que realmente pueden hacer feliz la vida.

Jo le convenía a la tía March, que era renga y necesitaba una persona activa para cuidarla. La anciana señora, sin hijos, se había ofrecido a adoptar una de las chicas cuando vinieron las dificultades, y se enojó porque los padres rehusaran su oferta. Otros amigos dijeron a la familia March, que habían perdido

toda ocasión de ser recordados en el testamento de la rica anciana, pero los poco mundanos March dijeron:

— No podemos renunciar a nuestras chicas ni por doce fortunas. Ricos o pobres, viviremos juntos, y seremos felices todos juntos.

Por algún tiempo la señora anciana no quiso tratarse con ellos; pero encontrándose en una ocasión con Jo en casa de una amiga, algo en su cara cómica y en sus maneras toscas la impresionó favorablemente, y propuso tomarla como señorita de compañía. Esto no le gustaba a Jo en lo más mínimo, pero aceptó la colocación a falta de otra mejor, y, con gran sorpresa de todo el mundo, se llevó muy bien con su irascible parienta. De vez en cuando había una borrasca, y una vez Jo llegó a irse a su casa, diciendo que no podía soportar más; pero la tía March se calmó pronto e insistió tanto en que Jo volviese, que ella no pudo rehusar, porque había algo amable en la vieja señora, a pesar de todo.

Sospecho que la verdadera atracción era una biblioteca grande de hermosos libros viejos, abandonados al polvo y a las arañas desde la muerte del tío March. Jo se acordaba de aquel señor, viejo y bondadoso, que le permitía construir ferrocarriles y puentes con sus diccionarios grandes, le contaba historias referentes a las ilustraciones curiosas en sus libros latinos y le compraba caramelos cuando la encontraba en la calle. El cuarto, oscuro y cubierto de polvo, con los bustos, que parecían encararla desde los altos armarios, las butacas, las esferas y sobre todo, el sinfín de libros entre los cuales podía escoger a su gusto, hacían de la biblioteca un verdadero paraíso para ella.

Tan pronto como la tía March se echaba a dormir la siesta, Jo se dirigía corriendo a su refugio y, sentada en la butaca grande, devoraba poesía, novela, historia, viajes y cuadros como un ratón de biblioteca. Pero como no hay felicidad duradera en este mundo, en el preciso momento en que llegaba al corazón de la historia, al verso más dulce del poema o a la aventura más peligrosa de un explorador, una voz chillona gritaba: “ ¡Jo! ¡Jo! “ y tenía que dejar su paraíso para devanar hilo, lavar el perro o leer las obras de Belsham durante horas.

La ambición de Jo era hacer algo magnífico; qué fuera, ella no lo sabía, pero dejaba al tiempo el descubrirsele, y entretanto su aflicción más grande era no poder leer, correr y montar a caballo tanto como quisiera. Siendo viva como una pimienta, teniendo una lengua aguda y un espíritu inquieto, su vida estaba llena de altibajos, cómicos y patéticos a la vez. Pero la disciplina que encontró en casa de la tía March era precisamente la que necesitaba; el pensamiento de que trabajaba para ganarse su vida, aunque ganara poco, la hacía feliz a pesar de los continuos “¡Jo!”.

Beth era demasiado tímida para ir a la escuela; lo había intentado, pero sufría tanto que había abandonado la idea, y estudiaba sus lecciones en casa con su padre. Aun después que se fue, y cuando su madre tenía que dedicar todo su esfuerzo a las sociedades para la ayuda a los soldados, Beth continuó estudiando fielmente sola, haciendo lo mejor que podía. Era muy hogareña, y ayudaba a Hanna a tener la casa limpia y cómoda para las trabajadoras, sin esperar más recompensa que la del cariño de los suyos. Pasaba días largos y tranquilos, pero no solitaria ni ociosa, porque su pequeño mundo estaba poblado de amigos imaginarios y ella era por temperamento una abeja industriosa. Tenía seis muñecas que levantar y vestir cada mañana, porque Beth era todavía niña y quería a sus favoritas tanto como antes. No había ninguna perfecta y bella entre ellas; todas habían sido desechadas cuando ella las prohibió; cuando sus hermanas fueron demasiado mayores para tales ídolos, pasaron a ella, pues Amy no quería tener nada que fuera viejo o feo. Beth las cuidaba con más cariño, por lo mismo, y construyó un hospital para muñecas enfermas. Nunca clavaba alfileres en sus corazones de algodón, ni les hablaba severamente, ni les daba golpes; aun la más fea no podía quejarse de descuido; daba de comer, vestía, cuidaba y acariciaba a todas con cariño incansable. Un fragmento de muñeca abandonada había pertenecido a Jo, y después de una vida tempestuosa había quedado abandonada en el saco de trapos, de cuyo triste hospicio Beth la rescató llevándola a su asilo. Como le faltaba la parte superior de la cabeza, le puso un gorro bonito y, como no tenía brazos

ni piernas, escondió estas imperfecciones envolviéndola en una manta y dándole la mejor cama, como a enferma crónica. El cuidado que daba a esta muñeca era conmovedor, aunque provocara sonrisas. Le traía flores, le leía cuentos, la sacaba a respirar el aire, la arrullaba con canciones de cuna y nunca se acostaba sin besar su cara sucia y susurrar cariñosamente: “¡Qué pases una buena noche, pobrecita!”.

Tenía Beth sus penas como las demás; y no siendo un ángel, sino una muchacha muy viva, a menudo tenía su “llantito”, como decía Jo, porque no podía tomar lecciones de música y tener un piano bueno. Amaba la música, trataba de aprender con mucha aplicación y tocaba con tanta paciencia el desafinado y viejo instrumento, que parecía que alguien (sin que esto fuera alusión a la tía March) debería ayudarle. Pero nadie lo hizo y nadie vio a Beth limpiar, las lágrimas que caían sobre las amarillentas teclas cuando estaba sola. Mientras trabajaba cantaba como una alondra; nunca estaba demasiado cansada para tocar el piano con el objeto de distraer a su madre o a las chicas, y día tras día se decía a sí misma, llena de esperanza: “Yo sé que obtendré mi música alguna vez si soy buena.”

En el mundo hay muchísimas Beth, tímidas y tranquilas, sentadas en rincones hasta que alguien las necesita y que viven para los demás tan alegremente, que nadie se da cuenta de los sacrificios que hacen hasta que el grillo del hogar cesa de chirriar y desaparece el dulce rayo de sol, dejando atrás silencio y sombra.

Si alguien hubiera preguntado a Amy cuál era la pena más grande de su vida, hubiera respondido enseguida: “mi nariz”. Cuando era muy pequeña, Jo la había dejado caer en el cajón del carbón, y Amy insistía que la caída había arruinado para siempre su nariz. Le había quedado algo chata, y por más que se la estiraba no podía darle una punta aristocrática. Nadie hacía caso de eso fuera de ella, y la nariz hacía por su parte todo lo posible por crecer, pero Amy lamentaba la falta de una nariz griega y dibujaba horas enteras narices bellas para consolarse.

“El pequeño Rafael”, como la llamaban sus hermanas, tenía verdadero talento para dibujar, y nunca era tan feliz como

cuando copiaba flores, diseñaba hadas o ilustraba cuentos. Sus maestros se quejaban de que en lugar de hacer sus cálculos cubría de animalitos su pizarra; las páginas blancas de su atlas estaban llenas de copias de mapas y de sus libros salían volando, en los momentos menos oportunos, caricaturas sumamente cómicas. Estudiaba sus lecciones tan bien como era posible, y su buen comportamiento la libraba de muchas reprensiones. Sus compañeros la querían mucho por su buen carácter y por el arte que tenía de agradar sin dificultad; sus aires, sus gracias, eran muy admirados, y su talento también; porque, además de dibujar, podía tocar doce tonadas, hacer ganchillo y leer el francés sin pronunciar mal más que las dos terceras partes de las palabras. Tenía una lúgubre manera de decir: “cuando papá era rico hacíamos tal o cual cosa”, que conmovía a cualquiera, y las chicas consideraban sus palabras escogidas como muy elegantes.

Amy estaba en buen camino de ser echada a perder por los mimos; todo el mundo la acariciaba, y sus pequeñas vanidades y su egoísmo crecían a buen paso. Pero algo atenuaba su vanidad: tenía que usar los vestidos de su prima. La madre de Florence tenía pésimo gusto, y Amy sufría mucho al tener que llevar un sombrero rojo en lugar de uno azul, trajes que no le iban bien y delanteles chillones. Todo era de buena calidad, bien hecho y poco usado; pero ese invierno los ojos artísticos de Amy sufrían lo indecible con un vestido morado oscuro de lunares amarillos.

—Mi único consuelo —dijo a Meg, con los ojos llenos de lágrimas— es que mamá no hace pliegues en mis trajes cada vez que soy mala, como hace la madre de María Parks. Hija, es verdaderamente terrible, porque algunas veces se porta tan mal, que el vestido no llega a las rodillas y no puede venir a la escuela. Cuando pienso en esta degradación, creo que puedo soportar hasta mi nariz chata y el vestido morado con lunares amarillos.

Meg era la confidente y consejera de Amy, y por cierta atracción extraña de los caracteres opuestos, Jo lo era para la dulce Beth. Solamente a Jo contaba la tímida niña sus pensamientos,

y sobre su hermana grandota y atolondrada ejercía Beth, sin saberlo, más influencia que ninguna otra persona de la familia. Las dos chicas mayores eran muy amigas, pero ambas habían tomado una de las pequeñas bajo su cuidado, y las protegían cada una a su manera; era lo que llamaban “jugar a las mamás”.

—¿Tiene alguna de ustedes algo que contar? He pasado un día triste y estoy verdaderamente ansiosa de alguna diversión —dijo Meg mientras estaban sentadas cosiendo aquella noche.

—Me pasó una cosa curiosa con la tía hoy, pero como salí con la mía se las voy a contar —dijo Jo, que se complacía mucho en contar incidentes—. Estaba leyendo el interminable Belsham y moscardoneando, como suelo, porque así se duerme la tía, y entonces saco algún libro interesante, y leo ávidamente hasta que se despierta. Pero esta vez me entró a mí el sueño, y antes de que ella hubiera dado la primera cabezada se me escapó un bostezo tal, que ella me preguntó qué quería decir abriendo la boca lo bastante para tragarme el libro entero.

—¡Ojalá pudiera hacerlo y acabar con él de una vez! —dije, tratando de no ser impertinente.

“Entonces me echó un largo sermón sobre mis pecados, y me dijo que reflexionara sobre ellos mientras ella descabezaba un sueño. Siempre tarda bastante en esta operación; de modo que tan pronto como su gorro comenzó a cabecear como una dalia demasiado pesada, saqué de mi bolsillo El vicario de Wakefield y me puse a leerlo con un ojo en el libro y otro en la tía. Había llegado al punto donde todos caen al agua, cuando me olvidé de todo y solté una carcajada. La tía se despertó, y de mejor humor después de una siesta, me dijo que leyese un poco para ver qué obra tan ligera prefería yo al digno e instructivo Belsham. Leí lo mejor posible, y le gustó, porque solamente dijo:

—No entiendo jota de todo eso; comienza desde el principio, niña.

Al comienzo fui procurando hacer los primeros capítulos tan interesantes como podía. Una vez tuve la picardía de pararme en un punto lleno de interés y decir tímidamente:

“—Temo que la fatigue, señora; ¿no desea que lo deje?

Ella tomó la calceta; que se le había caído de las manos, y mirándome severamente a través de las gafas, dijo con su modo brusco:

—Acabe usted el capítulo y no sea impertinente, señorita.”

—¿Reconoció que le gustaba? —preguntó Meg.

—¡No, hija, no! Pero dejé descansar el viejo Belsham; y cuando volví para buscar mis guantes esta tarde, allá estaba tan absorta con El vicario de Wakefield, que no me oyó reír, mientras yo bailaba de gusto en el vestíbulo al pensar en el buen tiempo futuro. ¡Qué vida tan agradable podría pasarse si quisiera! No la envidio a pesar de su dinero, porque, después de todo, los ricos tienen tantas penas como los pobres, creo yo —contestó Jo.

—Eso me recuerda —dijo Meg— que tengo algo que contar. No es gracioso como el incidente de Jo, pero me dio mucho que pensar mientras volvía. Hoy en casa de los King todos estaban alborotados y una de las niñas dijo que su hermano mayor había hecho algo malo y que su padre lo había echado de casa. Oía a la señora King llorar y al señor King hablar fuerte, y Grace y Ellen volvieron las caras cuando pasaron junto a mí, para que no viera sus ojos enrojecidos. Naturalmente, no pregunté nada, pero me daba lástima de ellos y estaba contenta de no tener hermanos rebeldes que hicieran cosas malas y deshonraran a la familia.

—Creo que estar deshonrando en la escuela es mucho peor que cualquier cosa que pueden hacer chicos malos —dijo Amy, moviendo la cabeza, como si ella tuviese larga experiencia de la vida—. Hoy vino Susie Perkins a la escuela con una sortija de cornerina roja muy hermosa; me encantaba tanto, que deseaba de todo corazón que fuese mía. Bueno, dibujó ella una caricatura del señor Davis, con una nariz monstruosa, joroba y las palabras: “¡Señoritas, que las estoy viendo!”, saliendo de su boca dentro de un globo. Estábamos riéndonos del dibujo cuando súbitamente el profesor nos vio de veras y mandó a Susie que llevase su pizarra. Estaba paralizada de terror, pero fue. ¿Y qué piensan que hizo él? ¡La tomó por la oreja, imaginen, por la oreja!, la condujo a la tribuna y la hizo estar de pie

durante media hora, teniendo la pizarra de manera que todo el mundo la pudiera ver.

—¿No se rieron las chicas cuando vieron la caricatura? —preguntó Jo, que encontraba divertidísimo el conflicto.

—¿Reír?, ni una; se quedaron tranquilas como ratoncitos, y Susie lloró a mares, lo sé. No la envidiaba entonces, porque pensaba que millones de sortijas de cornerinas no hubieran podido hacerme feliz después de eso. Nunca hubiera podido recobrar ánimo después de tal mortificación — y Amy continuó su trabajo, orgullosa de su virtud y de haber hecho un párrafo tan bien construido.

—Esta mañana vi una cosa que me gustó mucho, y tenía la intención de contarla a la hora de la comida, pero lo olvidé —dijo Beth, mientras ponía en orden el cesto de Jo—. Cuando fui a comprar almejas, el viejo señor Laurence estaba en la pescadería, pero no me vio, porque yo me quedé quieta detrás de un barril y él estaba ocupado con el pescadero, señor Cutter. Una mujer pobre entró con un balde y una escoba, y preguntó si le permitía hacer alguna limpieza a cambio de un poco de pescado, porque no tenía nada que dar de comer a su niño y no había encontrado trabajo para el día. El señor Cutter estaba muy ocupado, y dijo que no de mal humor; ya se iba ella con aire de tristeza y de hambre, cuando el señor Laurence enganchó un pescado grande con la punta encorvada de su bastón y se lo dio. Estaba ella tan contenta y sorprendida, que abrazó el pescado y no se cansaba de dar las gracias al señor Laurence. “¡Ande, ande, vaya a guisarlo!”, le dijo él, y ella se marchó más alegre que unas castañuelas. Qué buena acción fue, ¿verdad? ¡Qué gracioso era verla abrazando el pescado y diciéndole al señor Laurence que Dios le diera la gloria!

Cuando terminaron de reír de la historia de Beth, pidieron a la madre que contase otra, y, después de pensar un momento, dijo ella gravemente:

— Hoy, mientras cortaba chaquetas de franela en la sala, me sentía muy ansiosa por papá, y pensaba qué solas y desamparadas quedaríamos si le ocurriese algo malo. No hacía bien al preocuparme tanto, pero no podía evitarlo, hasta que vino un

viejo a hacer un pedido. Se sentó a mi lado y me puse a hablar con él, porque parecía pobre, cansado y ansioso. “¿Tiene usted hijos en la guerra?”, le pregunté. “Sí, señora; tenía cuatro, pero dos han muerto, otro está prisionero y ahora voy para ver al otro, que está enfermo en un hospital de Washington”, contestó sencillamente. “Ha hecho usted mucho por su patria, señor”, le dije, sintiendo hacia él respeto en lugar de compasión.

—“Ni un pedacito más de lo que debía, señora. Iría yo mismo si pudiera servir de algo; como no puedo, doy mis hijos y los doy de buena voluntad.” Hablaba con tan buen ánimo, parecía tan sincero y tan contento de dar toda su riqueza, que me sentí avergonzada. Yo había dado un hombre, y lo consideraba demasiado, mientras que él había dado cuatro sin escatimarlos; yo tenía todas mis hijas para consolarme en casa y su último hijo lo esperaba, separado por larga distancia, quizá para decirle “adiós” para siempre. Me sentí tan feliz y rica pensando en mi fortuna, que le hice un buen paquete, le di algún dinero y le agradecí la lección que me había dado.

—Cuéntanos otra historia, mamá; una historia con moraleja, como ésta. Me gusta pensar en ellas después, si son verdaderas y no muy pedagógicas — dijo Jo, después de un corto silencio.

La señora March sonrió y comenzó enseguida, porque había contado historias a aquel auditorio durante muchos años y sabía cómo complacerlo.

—Había una vez cuatro chicas que tenían lo bastante para comer y vestirse, no pocas comodidades y placeres, buenos amigos, benévolo padres que las amaban tiernamente y todavía no estaban contentas. (Al llegar aquí, las oyentes se miraron a hurtadillas y se pusieron a coser diligentemente.) Estas chicas deseaban ser buenas y tomaron excelentes resoluciones; pero por una cosa o por otra, no lograban cumplirlas muy bien, y con frecuencia decían: “¡Si tuviéramos tal o cual cosa!” o “¡si pudiéramos hacer esto o aquello!”, olvidando completamente cuánto tenían ya y cuántas cosas agradables podían ya hacer. Fueron y preguntaron a una vieja qué métodos podrían usar para ser felices, y ella les dijo: “Cuando se sientan descontentas, piensen en lo que poseen y estén agradecidas.” (Aquí Jo levantó

la cabeza, como si fuera a hablar, pero no lo hizo, al notar que la historia no había terminado.) Como eran chicas razonables, decidieron seguir el consejo, y quedaron sorprendidas al ver lo ricas que eran. Una descubrió que el dinero no podía evitar que la vergüenza y la tristeza entraran en las casas de los ricos; otra, que, aunque pobre, era mucho más feliz con su juventud, salud y buen humor, que cierta señora, vieja y descontentadiza, que no sabía gozar de sus comodidades; una tercera, que desagradable como era trabajar en la cocina, era más desagradable tener que pedirlo como una limosna, y la cuarta, que las sortijas de cornalina no eran tan valiosas como la buena conducta. Así, convinieron en dejar de quejarse, gozar de lo que ya tenían y tratar de merecerlo, no fuera que lo perdiesen, en vez de que aumentara; y creo que nunca se arrepintieron de haber seguido el consejo de la vieja.

—Vaya, mamá, qué habilidad para volver nuestros cuentos contra nosotras y darnos un sermón en lugar de una historia —exclamó Meg.

—A mí me gusta esta clase de sermones; es de la misma clase que los que solía contarnos papá —dijo Beth, pensativa, poniendo en orden las agujas sobre la almohadilla de Jo.

—No me quejo nunca tanto como las demás, y ahora tendré más cuidado todavía, porque lo sucedido a Susie me ha hecho reflexionar —repuso Amy.

—Necesitábamos esa lección y no la olvidaremos. Si lo hacemos, digamos, como la vieja Cloe en El Tío Tom: piensen en sus bendiciones, niños, piensen en sus bendiciones —susurró Jo, que no podía resistir la tentación de sacar un chiste del sermoncito, aunque lo tomase tan en serio como las demás.



Capítulo 5

Como buenos vecinos



¿Qué disparate se te ha ocurrido ahora, Jo? —preguntó Meg, una tarde de nieve, viendo cruzar el vestíbulo a su hermana con botas de goma, un abrigo viejo con capucha, la escoba en una mano y la pala en la otra.

—Salgo para ejercitarme —respondió Jo, con un guiño malicioso.

—Hubiera pensado que dos paseos largos por la mañana te bastarían. Hace frío y está nublado; te aconsejo que te quedes al lado del fuego, como yo —dijo Meg, tiritando.

—Nunca hago caso de los consejos; no puedo quedarme quieta todo el día, y como no soy gata, no me gusta dormir junto a la estufa. Me gustan las aventuras y voy a buscar alguna.

Volvió Meg a calentarse los pies y leer *Ivanhoe*, y Jo comenzó a abrir sendas con mucha energía. Como la nieve estaba floja pronto abrió con la escoba una senda alrededor del jardín, para que Beth pudiera pasearse cuando saliera el sol, porque sus muñecas enfermas necesitaban tomar aire. El jardín separaba la casa de los señores March de la del señor Laurence, las dos estaban en un suburbio de la ciudad, que todavía tenía mucho de campo, con bosquecillos, prados, huertas y calles tranquilas. Un seto bajo separaba las dos propiedades. De un

lado había una vieja casa oscura, algo desnuda y descolorida, desprovista ahora del follaje de su emparrado y de las flores que en verano la rodeaban. Del otro lado una casa señorial de piedra, que denotaba a las claras las señales de la comodidad y del lujo, en la cochera grande, en los paseos que conducían a los invernaderos y en las cosas bellas entrevistas detrás de las lujosas cortinas. Pero, a pesar de todo, parecía una casa solitaria, sin vida; no había niños que jugaran en el césped, ni rostro maternal que sonriera desde la ventana, y con la excepción del viejo señor y su nieto, poca gente salía y entraba.

A los ojos de Jo era un palacio encantado, lleno de placeres y esplendores, que nadie disfrutaba. Por mucho tiempo había deseado contemplar aquellas glorias escondidas y tratar al muchacho Laurence, que parecía desear aquella amistad, aunque no sabía cómo entablarla. Desde el baile había tenido aún más interés en tratarlo y había imaginado varios modos de entrar en conversación con él; pero no lo había visto por aquellos días y Jo ya empezaba a creer que se habría marchado, cuando un día, en una ventana del piso alto, vio una cara morena mirando con nostalgia al jardín de ellas, donde Beth y Amy se arrojaban bolas de nieve.

“Ese muchacho sufre por falta de compañía y diversión —se dijo—. Su abuelo no sabe lo que le conviene y lo tiene encerrado siempre solo. Necesita la compañía de chicos alegres que jueguen con él, o por lo menos de alguien que sea joven y animado. Ganas me dan de pasar y decírselo así al viejo caballero.”

Aficionada a las aventuras, la idea le encantaba, y aunque sus acciones escandalizaran a Meg, no echó al olvido el plan de “pasar” a la casa vecina, y cuando llegó la tarde de la nevada, Jo estaba lista para intentarlo. Vio salir en coche al señor Laurence, y entonces se puso a abrir un sendero hasta el seto, donde se paró para hacer un reconocimiento. Todo estaba tranquilo; no se veían criados; en una ventana del piso alto, una cabeza de pelo rizado y negro, apoyada sobre una mano delgada, era la única señal de vida.

“Allá está —pensó Jo—. ¡Pobre chico! ¡Completamente solo y enfermo en un día tan triste! ¡Qué lástima! Arrojaré una bola de nieve y cuando mire le diré algo para animarlo.”

Allá fue la pelota de nieve y al momento el chico volvió la cabeza, mostrando una cara que perdió su aspecto de tristeza, con ojos que se alegraban y labios que sonreían. Jo hizo una señal, rio y agitó la escoba mientras gritaba:

—¿Cómo está usted? ¿Está enfermo?

Abrió la ventana Laurie y gritó, ronco como un cuervo:

—Mejor, gracias. He tenido un catarro terrible y llevo una semana encerrado en casa.

—Lo siento mucho. ¿Cómo se distrae usted?

—De ningún modo; esto es más aburrido que un sepulcro.

—¿No lee usted?

—No mucho; no me lo permiten.

—¿No hay alguien que le lea algo en voz alta?

—Algunas veces mi abuelo lo hace; pero mis libros no le interesan y no me gusta pedirle siempre a Brooke que me lea.

—Entonces, llame a alguien que vaya a visitarlo.

—No quiero ver a nadie. Los chicos hacen mucho ruido y me duele la cabeza.

—¿No hay alguna muchacha amable que pueda leerle y entretenerlo? Las muchachas son más tranquilas y desempeñan con gusto el papel de enfermeras.

—No conozco a ninguna.

—Me conoce usted a mí —comenzó a decir Jo, riéndose al punto y parándose.

—¡Claro que la conozco! ¿Quiere usted hacerme el favor de venir? —gritó Laurie.

—Yo no soy una persona agradable y tranquila, pero iré si mamá me lo permite. Voy a preguntárselo. Cierre esa ventana, como buen muchacho, y espere que vuelva.

Con estas palabras, Jo se cargó al hombro la escoba y entró en la casa, preguntándose qué pensarían de ella. Laurie estaba algo excitado con la idea de recibir una visita y se apresuró a prepararse, porque, como la señora March decía, era un “caballerito”

Para hacer honor a su visita, se peinó el cabello rizado, se puso un cuello limpio y trató de arreglar el cuarto, que, a pesar de seis criadas, estaba de todo menos en orden. Pronto sonó una campana y se oyó una voz decidida preguntando por don Laurie, y una criada, sorprendida, entró precipitadamente para anunciar la visita de una señorita.

—Bueno, que pase; es la señorita Jo —dijo Laurie, acercándose a la puerta de su pequeño despacho para recibir a Jo, que entró sonriendo y colorada, sin timidez alguna, con un plato tapado en una mano y en la otra los tres gatitos de Beth.

—Aquí estoy con alforja y equipaje —dijo animadamente—. Mamá lo saluda y se alegra de que yo pueda ayudarle a pasar el tiempo. Meg me pidió que le trajera un poquito de su pudding blanco; lo hace muy bien; Beth pensó que la vista de los gatitos lo alegraría. Yo sabía que iban a molestarle, pero no pude rehusar, ya que deseaba tanto contribuir con algo.

Resultó que el gracioso préstamo de Beth tuvo gran éxito, porque al reírse de los gatitos olvidó Laurie su timidez y entró en conversación fácilmente.

—Esto parece demasiado bello para comerlo —dijo sonriendo con placer, cuando Jo destapó el plato y mostró el pudding blanco, adornado con una guirnalda de hojas verdes y rojas del geranio favorito de Amy.

—No vale nada; es sólo una manera de expresar nuestros buenos deseos. Diga a la criada que lo guarde para cuando tome usted el té; es muy ligero y no le hará daño; como es tan suave, se deslizará por la garganta sin lastimarla. ¡Qué cuarto tan bonito!

—Podría serlo si estuviera bien arreglado; pero las criadas son perezosas y no sé cómo hacer para que se esmeren. Me hacen perder la paciencia.

—Yo se lo pondré en orden en un abrir y cerrar de ojos; sólo necesita que se barra delante de la chimenea, así... y arreglar las cosas sobre la repisa, así...

poner los libros aquí y los frascos allá, volver el sofá de espalda a la luz y esponjar un poco los almohadones. Ahora está bien.

Lo estaba, efectivamente; porque, riendo y charlando, Jo había puesto las cosas en su sitio, de manera que el cuarto tenía otro aspecto. Laurie la observaba manteniendo un silencio respetuoso, y cuando ella lo invitó a acomodarse en el sofá, se sentó, dando un suspiro de satisfacción y diciendo con gratitud:

—¡Qué amable es usted! Sí, eso era lo que faltaba. Ahora hágame el favor de sentarse en la butaca y permítame que haga algo para entretener a mi visita.

— No; yo soy quien ha venido para entretenerlo a usted. ¿Quiere que le lea en voz alta? —dijo Jo, mirando cariñosamente los libros que le parecían llenos de interés.

—Muchas gracias, pero los he leído todos; y, si no le desagrada, preferiría charlar —respondió Laurie.

—Ni en lo más mínimo; puedo hablar todo el día si me da usted cuerda. Dice Beth que soy una cotorra.

—¿Es Beth la de las mejillas rosadas, que se queda mucho en casa y sale, a veces, con una cesta? —preguntó Laurie con interés.

—Sí, esa es Beth; es muy amiga mía y una niña bonísima.

—La hermana bonita es Meg y la del pelo rizado es Amy, ¿No es así?

—¿Cómo ha descubierto usted todo eso? Laurie se ruborizó, pero contestó francamente:

— Muchas veces las oigo llamarse unas a otras, y cuando estoy aquí arriba solo no puedo evitar mirar a su casa; ustedes siempre parecen estar contentas. Dispéñeme si soy descortés, pero a veces se olvidan de correr las cortinas donde están las flores, y cuando están encendidas las lámparas, es un verdadero cuadro el que forman ustedes con su madre, todas alrededor de la mesa; su madre se sienta siempre enfrente y parece tan amable detrás de las flores, que no puedo dejar de mirarla. No tengo madre, ¿sabe usted? —y Laurie atizó el fuego para ocultar un temblor nervioso en sus labios, que no podía dominar.

La expresión de soledad y nostalgia de sus ojos conmovió a Jo. Ella había recibido una educación tan sencilla, que carecía de malicia, y a pesar de haber cumplido quince años, era tan inocente y sincera como una pequeña. Laurie estaba enfermo

y solo, y comprendiendo lo rica que era ella en amor paternal y felicidad, trató alegremente de compartir su riqueza con él. Había una expresión muy amistosa en su cara morena y una dulzura poco acostumbrada en su voz clara al decir:

— No cerraremos más aquella cortina y le permitimos mirar todo lo que quiera. Pero en vez de mirar, debía usted venir a vernos. Mi madre es tan buena, que le haría mucho bien, y Beth le cantaría a usted, si yo se lo pidiera, y Amy bailarí; Meg y yo lo haríamos reír con nuestros trajes teatrales y pasaríamos ratos muy alegres. ¿No le permitiría su abuelo venir?

— Creo que lo permitiría si su madre se lo pidiera. Él es muy amable, aunque no lo parece, y me deja hacer casi todo lo que quiero; solamente teme que moleste a los extraños —dijo Laurie, animándose gradualmente.

—Pero no somos extraños, somos vecinos, y no nos molestaría nunca. Deseamos tratarnos con usted y yo lo he intentado muchas veces. No llevamos aquí mucho tiempo, como usted sabe, y hemos hecho amistad con todos los vecinos, menos con ustedes.

—Usted verá: mi abuelo vive entre sus libros y no le interesa lo que pasa en el mundo. El señor Brooke, mi profesor, no vive aquí, y no tengo nadie que pueda acompañarme; me quedo en casa y me arreglo como puedo.

—Es una lástima; debe animarse y hacer visitas a todas partes donde lo inviten; así tendrá muchos amigos y casas agradables donde ir. No haga caso de su timidez; no le durará mucho tiempo si empieza a salir.

Laurie se puso colorado de nuevo, pero no se ofendió por lo de la timidez; había tanta buena voluntad en los consejos de Jo, que era imposible tomarlos a mal.

—¿Le gusta a usted su escuela? —preguntó el chico, cambiando de conversación, después de una breve pausa.

—No voy a la escuela; soy hombre de negocios; muchacha de negocios, quiero decir. Le hago compañía a mi tía, una querida vieja gruñona —respondió Jo.

Laurie iba a hacer otra pregunta, pero recordando a tiempo que no era cortés averiguar demasiado las vidas ajenas, se ca-

lló otra vez, un poco cortado. Jo apreció sus buenas maneras, pero como no le importaba mucho reírse un poco a costa de la tía March, hizo una ingeniosa descripción de la señora vieja e impaciente, de su perro de lanas, de su loro, que hablaba español, y de la biblioteca donde tanto se divertía ella. Laurie escuchaba encantado, y cuando le contó el episodio del caballero viejo y presumido que fue una vez a hacer la corte a la tía March, y cuando estaba en medio de una bella frase el loro le quitó la peluca, con gran desaliento del galán, el muchacho se desternilló de risa, y una criada asomó la cabeza por la puerta para ver qué pasaba.

—¡Oh, esto me hace mucho bien! ¡Siga, siga, haga el favor! —dijo retirando la cara del almohadón, colorada y resplandeciente de alegría.

Muy satisfecha de su éxito, Jo siguió, efectivamente, y habló de sus juegos y proyectos, de sus esperanzas y temores por su padre y los acontecimientos más interesantes del mundo pequeño en el cual se movían las hermanas. Después se pusieron a hablar de libros, y Jo descubrió con placer que Laurie los amaba tanto como ella y había leído aún más.

—Si le gustan tanto, bajemos para que vea los nuestros. Mi abuelo está fuera, no tema —dijo Laurie.

—Yo no tengo miedo de nada —respondió Jo, sacudiendo la cabeza.

—¡Lo creo! —contestó el chico, mirándola con admiración aunque pensando que no le faltarían razones para tener miedo del viejo caballero si se encontraba con él en algunos momentos de mal humor.

Como toda la casa estaba muy templada, Laurie llevó a Jo de sala en sala, dejándola examinar cualquier cosa que le llamara la atención, hasta que llegaron a la biblioteca, donde ella dio unas cuantas palmadas y saltos, como solía hacer cuando se entusiasmaba. La biblioteca estaba atestada de libros, y había también cuadros y estatuas, vitrinas encantadoras llenas de monedas y curiosidades, butacas que invitaban al descanso, mesas raras y figuras de bronce, y, lo mejor de todo, una chimenea abierta, encuadrada por curiosos azulejos.

—¡Qué riqueza! —suspiró Jo, dejándose caer en una butaca tapizada de terciopelo y mirando a su alrededor con intensa satisfacción—. Theodore Laurence, debería usted ser el chico más feliz del mundo —agregó, gravemente.

—Un chico no puede vivir y alimentarse de libros —dijo Laurie, sentándose sobre una mesa de enfrente.

Antes de que pudiera agregar más sonó una campana, y Jo dio un salto, exclamando alarmada:

—¡Ay de mí! ¡Es su abuelo!

—Bueno, ¿y qué importa? ¿Usted no tiene miedo de nada, verdad? —respondió el chico, con aire de picardía.

—Creo que le tengo un poquito de miedo, pero no sé por qué. Mamá me dio permiso para venir, y no creo que usted se haya empeorado por mi visita —dijo Jo, dominándose, aunque tenía los ojos clavados en la puerta.

—Al contrario, me ha hecho mucho bien, y le estoy muy agradecido; pero temo que usted se haya cansado de hablarme; es tan agradable, que no me resignaba a parar —repuso Laurie sinceramente.

—El médico, que viene a verle a usted, señorito —dijo la criada.

—Dispéñeme un minuto. Tengo que ir a verlo —susurró Laurie.

—No se preocupe por mí. Aquí estoy tan contenta como unas castañuelas —respondió Jo.

Se fue Laurie y su visitante se entretuvo a su manera. Estaba enfrente de un buen retrato del señor anciano, cuando la puerta volvió a abrirse, y, sin darse vuelta, dijo ella decididamente:

—Ahora estoy segura de que no le tendría miedo, porque sus ojos son benévolos aunque la boca sea algo severa, y parece una de esas personas firmes que siempre hacen lo que quieren. No es tan guapo como mi abuelo, pero me agrada.

—¡Gracias, señorita! —respondió una voz ronca a sus espaldas.

Se volvió espantada, y se encontró frente a frente con el viejo señor Laurence. La pobre Jo enrojó hasta más no poder y su corazón empezó a latir a velocidad vertiginosa. Un deseo violento de escaparse la invadió; pero significaba una cobardía las y muchachas se reirían de ella; decidió quedarse y salir del

paso como pudiera. Otra mirada le mostró que los ojos vivaces que la miraban bajo las cejas espesas y grises eran aún más benévolos que en el retrato; en ellos había un guiño picaresco que aplacó en mucho su temor. La voz era aún más ronca que antes cuando el viejo señor dijo bruscamente, después de una pausa terrible:

—¿Conque no me tiene miedo, eh?

—No mucho señor.

—¿Y no me ve usted tan guapo como su abuelo?

—No, señor, no tanto.

—¿Y hago siempre lo que quiero, no es así?

—Sólo dije que parecía.

—Pero, a pesar de eso, ¿le agrado?

—Así es, señor.

Las respuestas conformaron al viejo caballero; se rio un momento, le estrechó la mano, y, asiéndola de la barbilla, le examinó la cara, diciendo después con un movimiento de cabeza.

—Tiene usted el espíritu de su abuelo, aunque no se parece a él; era buen mozo, querida mía; pero, lo que vale más, era un hombre valiente y honrado, y me siento orgulloso de haber sido su amigo.

—Gracias, señor —dijo Jo, perdiendo después de esto toda su timidez.

—¿Qué ha estado usted haciendo con este muchacho mío?

—fue la pregunta siguiente, hecha abruptamente.

—Solamente he tratado de ser buena vecina, señor —y Jo explicó el porqué de su visita.

—Piensa usted que él necesita que lo animen un poquito; ¿no es así?

—Sí, señor; parece algo solitario, y quizá la compañía de jóvenes le haría bien. Somos solamente muchachas, pero nos alegraríamos de poder ayudar, si es posible, porque no nos olvidamos del magnífico regalo de Navidad que usted nos envió —dijo vivamente Jo.

—¡Ta, ta, ta! ¡Fue cosa del chico! ¿Cómo está la pobre mujer?

—Muy mejorada, señor —y Jo se puso a hablar velozmente de la familia Hummel, en la cual su madre había interesado a amigos más ricos que ellas.

—Esa era la manera que tenía el padre de su madre de usted de hacer el bien. Iré a ver a su madre algún día. Dígaselo así. Ya suena la campana para el té; lo tomamos temprano a causa del chico. Baje con nosotros, y siga siendo buena vecina.

—Si no le estorba mi compañía, señor.

—Si me estorbara no la invitaría —respondió el señor Laurence, ofreciéndole el brazo con la cortesía de los viejos tiempos.

“¿Qué diría Meg si nos viera?”, pensó Jo, mientras caminaba con su nuevo amigo, imaginándose cómo la escucharían en su casa cuando les contara los acontecimientos del día.

—¿Qué mosca le ha picado al mozo? —dijo el viejo señor, mientras Laurie bajaba corriendo la escalera y se paraba en seco, estupefacto, a la vista de Jo del brazo de su formidable abuelo.

— No sabía que había usted vuelto, señor —dijo mientras echaba a Jo una mirada triunfal.

—Se ve que no lo sabía por la manera de bajar la escalera. Venga usted a tomar el té, señor, y pórtese como un caballero —y después de dar al muchacho un cariñoso tirón de pelo, el señor Laurence continuó andando mientras su nieto gesticulaba a sus espaldas con tanta gracia, que por poco provocan una explosión de risa en Jo.

Mientras bebía cuatro tazas de té, el abuelo habló poco pero observaba a los jóvenes, que charlaban como antiguos amigos, y no le pasó inadvertido el cambio operado en su nieto. Había color y vivacidad en la cara del chico y una alegría genuina en su risa.

“Ella tiene razón; el chico está muy solo. Veré lo que pueden hacer esas niñas para solucionarlo”, pensó el señor Laurence, mientras observaba y escuchaba. Jo le gustaba por sus maneras bruscas y originales; parecía entender al muchacho casi tan bien como si ella misma fuera muchacho.

Si los Laurence hubieran sido lo que Jo llamaba “tiesos y almidonados”, no se hubiera entendido con ellos, porque la gente

así siempre la coartaba e irritaba; pero viéndolos tan francos y naturales, ella lo estaba también y les produjo buena impresión. Cuando se levantaron quiso despedirse, pero Laurie dijo que tenía algo más que mostrarle, y la condujo al invernadero que estaba iluminado en su honor. Era como un lugar encantado, con las paredes cubiertas de flores de cada lado, la dulce luz, el aire húmedo y tibio y las vides y plantas exóticas. Su nuevo amigo cortó las flores más bellas, y las ató en un ramo, diciendo, con mirada alegre:

—Hágame el favor de dárselas a su señora madre, y dígame que me gusta mucho la medicina que me envió.

Encontraron al señor Laurence de pie delante del fuego en el salón. La atención de Jo quedó completamente cautivada por un hermoso piano de cola, abierto.

—¿Toca usted el piano? —preguntó Jo volviéndose a Laurie con expresión llena de respeto.

—Algunas veces —respondió.

—Hágame el favor de tocar el piano ahora; deseo oírlo para contárselo a Beth.

—¿No querrá usted tocar primero?

—No sé tocar; soy demasiado torpe como para aprender, pero me gusta mucho la música.

Tocó Laurie el piano, y Jo lo escuchó con la nariz escondida entre heliotropos y rosas. Su respeto y estimación del “muchacho Laurie” aumentó, porque tocaba muy bien y sin presunción. Deseaba que Beth pudiese oírle, pero no lo dijo; elogió su arte hasta confundir al chico, y su abuelo lo sacó del aprieto.

—Basta, basta, señorita, no le convienen tantas alabanzas. No está mal su música, pero espero que sea tan aplicado en cosas más importantes. ¿Se va usted ya? Bueno, muchas gracias, y venga otra vez. Mis saludos a su señora madre; buenas noches, doctor Jo.

Le dio la mano amablemente, pero parecía algo contrariado. Cuando estaban en el vestíbulo, Jo preguntó si había dicho alguna cosa inconveniente, pero Laurie meneó la cabeza.

—No; la falta fue mía; no le gusta oírme tocar el piano.

—¿Por qué no?

—Se lo diré otro día. John la acompañará a su casa, porque yo no puedo hacerlo.

—No es necesario; no soy una señorita, y estoy a un paso. Cuidese mucho.

—Sí, pero espero que volverá.

Si usted promete venir a vemos cuando se haya restablecido.

—Lo haré con mucho gusto.

—Buenas noches, Laurie.

—Buenas noches, Jo, buenas noches.

Cuando contó todas las aventuras de la tarde, la familia se sintió inclinada a hacer una visita en corporación, porque cada una encontró algo muy atractivo en la casa grande. La señora March deseaba hablar de su padre con el anciano, que no lo había olvidado; Meg, anhelaba pasearse por el invernadero; Beth, suspiraba por tocar el piano de cola, y Amy ambicionaba ver los bellos cuadros y estatuas.

—Mamá, ¿por qué no le gustó al señor Laurence oír tocar el piano a Laurie? —preguntó Jo.

—No estoy segura, pero pienso que la razón es que su hijo se casó con una señora italiana, estudiante de música, lo cual enojó al viejo, que es muy orgulloso. La señora era buena, hermosa y culta, pero a él no le gustó, y desde el casamiento no volvió a ver a su hijo. Los padres de Laurie murieron siendo él pequeño y entonces el abuelo lo trajo a su casa. Me imagino que el chico, que nació en Italia, no es muy fuerte, y que el viejo teme perderlo, por lo cual lo cuida mucho. El amor a la música le viene a Laurie de nacimiento, porque se parece a su madre, y me figuro que su abuelo teme que quiera ser músico; de todas maneras, su habilidad le recuerda a la mujer que no quería, y por eso frunció el ceño, como dice Jo.

—¡Ay de mí!, ¡qué romántico! —exclamó Meg.

—¡Qué tonto! —dijo Jo—; que lo dejen ser músico si quiere, y no lo fastidien mandándolo al colegio aunque lo aborrezcan.

—Eso explica por qué tiene ojos grandes y negros, y buenos modales, supongo; los italianos siempre son simpáticos —dijo Meg, que era algo sentimental.

—¿Qué sabes tú de sus ojos y de sus modales? Apenas has hablado con él—gritó Jo, que no tenía nada de sentimental.

—Lo vi en el baile, y lo que has contado demuestra que sabe cómo conducirse. Lo que dijo de la medicina enviada por mamá estuvo muy bien dicho.

—Supongo que él quiso decir el pudding blanco.

—¡Qué tonta eres, niña! Quiso decir que tú lo eras, eso está bien claro.

—¿De veras? —dijo Jo, abriendo los ojos, como si no se le hubiera ocurrido tal cosa antes.

—¡Jamás he visto una muchacha como tú! Cuando recibes un cumplido no te enteras —repuso Meg, con aspecto de persona entendida.

—Pienso que es todo tontería; te agradeceré que no seas tonta y no estropees mi diversión, Laurie es un buen chico y me gusta; no consiento alusiones sentimentales o cumplimientos y estupideces por el estilo, seremos buenas con él, porque es huérfano de padre y madre, y puede venir a visitarnos; ¿verdad, mamá?

—Sí, Jo; tu amiguito será bienvenido, y espero que Meg recordará que las niñas deben ser niñas tanto tiempo como puedan.

—Yo no me tengo por niña, y aún no he entrado en los trece años —dijo Amy—. ¿Qué dices tú, Beth?

—Yo pensaba en nuestro “Peregrino” —respondió Beth, que no había oído una palabra—. Cómo salíamos del Pantano del Desaliento y pasamos por la Puerta Estrecha al resolver ser buenas y subimos al collado Dificultad, procurando serio; y esa casa allá va a ser nuestro Palacio Hermoso.

—Pero antes tenemos que pasar junto a los leones —dijo Jo, como si la perspectiva de tal encuentro fuera muy atrayente.



Capítulo 6

Beth descubre el palacio hermoso



La casa grande resultó ser un palacio hermoso, aunque pasó algún tiempo antes de que todas entraran en él. Beth encontró muy difícil pasar junto a los leones. El viejo señor Laurence fue el más grande de todos; pero después de su visita, cuando dijo algo gracioso o amable a cada muchacha, y habló de tiempos viejos con la señora March, nadie, con excepción de la tímida Beth le temía mucho.

El otro león era su pobreza y la riqueza de Laurie; porque no querían aceptar atenciones a las cuales no podían corresponder. Pero después de algún tiempo descubrieron que él era quien se consideraba favorecido; todo le parecía poco para demostrar su gratitud a la bienvenida maternal de la señora March, la compañía alegre de las chicas y el consuelo que encontró en su humilde casa; de modo que pronto olvidaron el orgullo y cambiaron atenciones mutuas, sin detenerse a pensar cuál era mayor.

La nueva amistad crecía como hierba en primavera. A todas les gustaba Laurie, y él, por su parte, dijo confidencialmente a su abuelo que las March eran muchachas excelentes. Con el delicioso entusiasmo de la juventud, acogieron al muchacho solitario de tal manera que pronto era como de la casa, y halló encantador el compañerismo inocente de aquellas chicas sen-

cillas. No habiendo conocido jamás madre ni hermanas, experimentó pronto su influencia; su dinamismo y laboriosidad lo avergonzó de la vida indolente que llevaba. Estaba cansado de libros y ahora le interesaban tanto las personas, que el señor Brooke, su profesor, tuvo que dar informes poco satisfactorios de su trabajo; porque Laurie siempre “hacía rabonas” y se escapaba a casa de la señora March.

— No haga caso; déjelo que se tome una vacación, y, después recuperará el tiempo perdido —dijo el viejo señor—. La buena señora, nuestra vecina, dice que él estudia demasiado y necesita compañía joven, diversión y ejercicio. Sospecho que tiene razón, y que yo he estado cuidando al muchacho como si fuese su abuela. Que haga lo que quiera, con tal que sea feliz; no puede hacer muchas picardías en esa casa de monjitas, y la señora March le ayuda más que nosotros.

¡Qué buenos ratos pasaban! ¡Qué representaciones y cuadros vivos! ¡Qué carreras de trineos y juegos de patinar! ¡Qué veladas tan alegres en la vieja sala, y de vez en cuando convites en la casa grande! Meg podía pasearse por el invernadero cuando quería y disfrutar de las flores; Jo devoraba los libros y hacía desternillar de risa al viejo caballero con sus críticas; Amy copiaba cuadros y se complacía con la belleza de estatuas y estampas, y Laurie hacía los honores de la casa de una manera encantadora.

Pero Beth, aunque muy atraída por el piano de cola, no tenía valor para ir a la “mansión de la dicha”, como la llamaba ella. Fue una vez con Jo, pero el viejo señor, ignorante de su debilidad, la miró fijamente por debajo de sus espesas cejas, lanzando un “¡ah!” tan fuerte que la dejó aterrada; se fue corriendo y declaró que no volvería más ni aun por el piano querido. No hubo razonamientos ni ruegos que pudieran vencer su miedo, hasta que, al llegar el hecho a oídos del señor Laurence de modo misterioso, él se encargó de buscar una solución. Durante una de sus breves visitas, dirigió hábilmente la conversación hacia la música; habló de los famosos cantantes que había visto, de los bellos órganos que había oído, y contó anécdotas tan interesantes, que Beth, dejando su rincón lejano, fue acercándose poco a poco, como fascinada. Se puso detrás de la silla del viejo y escuchaba con los bellos ojos bien abiertos y las mejillas

coloreadas por la emoción. Sin hacer más caso de ella que si hubiese sido una mosca, el señor Laurence continuó hablando de las lecciones y maestros de Laurie; y entonces, como si la idea se le acabara de ocurrir, dijo a la señora March:

—El chico descuida ahora la música, me alegro, porque se estaba aficionando demasiado. Pero el piano sufre por la falta de uso; ¿no le gustaría a alguna de sus hijas venir a practicar de vez en cuando para que no se desafine?

Beth avanzó un poquito, apretándose las manos para no dar palmadas, porque la tentación era fuerte, y el pensamiento de practicar en aquel magnífico instrumento casi le quitó el aliento. Antes de que pudiese responder la señora March, el señor Laurence continuó diciendo con un curioso movimiento de cabeza:

—No necesitan ver o hablar a nadie, sino entrar a cualquier hora; yo estoy encerrado en mi estudio, al otro extremo de la casa; Laurie está mucho fuera, y pasadas las nueve las criadas no se acercan al salón. Al decir esto, se levantó como para irse y añadió—: Hágame el favor de repetir lo que he dicho a las niñas, pero si no desean venir no importa.

En esto una mano pequeña se deslizó en la suya, y Beth levantó a él los ojos, con la cara llena de gratitud, diciendo con sinceridad, aunque tímida:

—Sí, señor; ¡lo desean mucho, muchísimo!

—¿Eres tú la aficionada a la música? —preguntó él sin brusquedad, mirándola cariñosamente.

—Soy Beth; me gusta muchísimo la música e iré, si está usted seguro de que nadie me oirá y que no molestaré —añadió, temiendo ser descortés y temblando de su propia audacia a medida que hablaba.

— Ni un alma, querida mía; la casa está vacía la mitad del día; ven y haz todo el ruido que quieras; te lo agradeceré.

—¡Qué amable es usted, señor!

Beth se ruborizó bajo su mirada amistosa, y ya sin miedo, le estrechó la mano, porque le faltaban palabras para darle las gracias por el regalo precioso que le había hecho. El viejo caballero le acarició suavemente la cabeza, e inclinándose la besó, diciendo en tono raro en él:

—Yo tenía una niña con los ojos como los tuyos, Dios te bendiga, querida mía. ¡Buenos días, señora! —y se fue precipitadamente.

¡Cómo cantaba Beth aquella tarde, y cuánto se rieron de ella porque durante la noche despertó a Amy tocando el piano sobre su cara, en sueños! Al día siguiente, habiendo visto salir al abuelo y a su nieto, Beth, después de retroceder dos o tres veces, entró por la puerta lateral y se encaminó silenciosa como un ratoncillo, al salón donde estaba su ídolo. Por casualidad, había algunas piezas fáciles de música sobre el piano; con manos temblorosas y haciendo pausas frecuentes para escuchar y mirar alrededor, Beth tocó al fin el magnífico instrumento; inmediatamente olvidó su miedo, se olvidó de sí misma y lo olvidó todo por el encanto indecible que le daba la música, porque era como la voz de un amigo querido.

Se quedó allí hasta que Hanna vino a buscarla para la comida; pero no tenía apetito, y no hacía más que sonreír a todas en estado de perfecta beatitud.

Desde entonces, casi todos los días, la capuchita bruna atravesó el seto, y un espíritu melodioso, que parecía entrar y salir sin ser visto, visitaba el salón grande. Jamás supo que muchas veces el viejo señor abría la puerta de su estudio para escuchar los aires antiguos, que le gustaban; jamás vio a Laurie hacer guardia en el vestíbulo para que no se acercasen las criadas; jamás sospechó que los libros de ejercicios musicales y las canciones nuevas, colocadas en el musiquero, habían sido puestos allí para ella; y cuando en su casa el muchacho hablaba de música con ella, sólo pensó en su amabilidad al decirle cosas que la ayudaban tanto. De manera que disfrutó mucho y halló que la realidad era tan buena como su deseo la había imaginado, cosa que no se ve siempre en la vida. Quizá por estar tan agradecida a esta bendición recibió otra; de todas maneras, merecía las dos.

—Mamá, he pensado bordar un par de zapatillas para el señor Laurence. Es tan amable conmigo, que debo agradecerle, y no sé otro modo de hacerlo. ¿Puedo bordarlas? —preguntó Beth, unas semanas después de su visita.

—Sí, querida mía; le agradecerá mucho, y será un buen modo de darle las gracias. Las muchachas te ayudarán con ellas, y yo pagaré el gasto de poner las suelas cuando estén listas.

Después de largas discusiones con Meg y Jo, se escogió el dibujo, se compraron los materiales y se comenzaron las zapatillas. Encontraron apropiado un pequeño ramillete de pensamientos, serios sin dejar de ser alegres, sobre un fondo de púrpura más oscuro, que Beth bordó, ayudándola sus hermanas, de vez en cuando, en las partes más difíciles. Como era muy hábil para las labores de aguja, las zapatillas se terminaron antes de que llegaran a aburrir a ninguna de ellas. Entonces escribió una cartita sencilla, y con la ayuda de Laurie logró ponerlas furtivamente encima de la mesa del estudio, una mañana, antes de que se levantase el viejo caballero.

Pasada la emoción del momento, Beth esperó para ver qué sucedería. Pasó todo el día y parte del siguiente sin que llegase una respuesta, y comenzaba a temer que había ofendido a su enigmático amigo. La tarde del segundo día salió para hacer un recado. Al volver vio desde la calle a tres, mejor dicho, cuatro cabezas que aparecían y desaparecían en la ventana de la sala, y luego oyó varias voces alegres que le gritaban:

—¡Carta del viejo señor para ti! ¡Ven corriendo!

—¡Beth! ¡Te ha enviado...! — comenzó a decir Amy, gesticulando con desusada energía; pero no pudo decir más porque las otras cerraron la ventana.

Beth, sorprendida, apuró el paso; a la entrada la agarraron sus hermanas, y en procesión triunfal la llevaron a la sala, diciendo a la vez:

—¡Mira! ¡Mira!

Beth miró, efectivamente, y palideció de alegría y sorpresa al contemplar un pequeño piano vertical, sobre cuya tapa brillante había una carta dirigida a la “señorita Elizabeth”.

—¿Para mí? —preguntó Beth, agarrándose a Jo para no caer al suelo, de emoción.

—¡Claro que es para ti, querida mía! ¡Qué generoso ha sido! ¿No te parece que es el anciano más bueno del mundo? Aquí está la llave, dentro de la carta, no la hemos abierto, aunque estábamos deshechas por saber lo que dice —gritó Jo, abrazándose a su hermana y dándole la cartita.

—¡Léela tú; yo no puedo; me siento tan extraña! ¡Qué hermoso es! —y Beth escondió la cara en el delantal de Jo, completamente dominada por su emoción.

Jo abrió el sobre y se echó a reír, porque las primeras palabras que vio eran:

Señorita March. Muy señorita mía:

—¡Qué bien suena! Quisiera que alguien me escribiese así —dijo Amy, pensando que tal encabezamiento era muy elegante.

He tenido muchos pares de zapatillas en mi vida, pero ningunas que me hayan quedado tan bien como las tuyas —continuó Jo—. El pensamiento es mi flor preferida, y éstos me recordarán siempre a la amable donante. Me gusta pagar mis obligaciones, por lo cual creo que usted permitirá al “caballero anciano” enviarle algo que perteneció en otro tiempo a la pequeña nieta que perdió. Expresando a usted mis cordiales gracias y buenos deseos, quedo

Su amigo agradecido y atento servidor, James Laurence.

—Vaya, Beth, éste es un honor del cual puedes estar orgullosa. Laurie me dijo cuánto quería el señor Laurence a la niña que murió y con cuánto cuidado guardaba todas sus cosas. Piénsalo bien, te ha dado su mismo piano. Mira lo que resulta de tener ojos grandes y azules y ser aficionada a la música —dijo Jo, tratando de calmar a Beth, que temblaba tan excitada como jamás estuviera en su vida.

—Mira los encantadores candeleros y la seda verde, que parece tan bonita con la rosa de oro en el centro, y el taburete, todo completo —replicó Meg, abriendo el instrumento para mostrar sus bellezas.

—”Su atento servidor, James Laurence”, y te lo ha escrito a ti. ¡Figúrate! Tengo que decírselo a las chicas; les parecerá estupendo —agregó Amy, muy impresionada.

—¡Tócalo, hija de mi alma!, que oigamos el sonido del pianillo —dijo Hanna, que siempre participaba de las alegrías y tristezas de la familia.

Beth tocó, y todas declararon que era el piano más extraordinario que habían oído.

Evidentemente acababa de ser afinado y arreglado, pero, a pesar de su perfección, creo que el verdadero encanto para ellas consistía en la cara radiante de felicidad con que Beth tocaba cariñosamente las hermosas teclas, blancas y negras, y apretaba los brillantes pedales.

— Tendrás que ir a darle las gracias —dijo Jo, por pura broma, porque no tenía la menor idea de que la niña fuera de veras.

—Sí, pienso hacerlo; y mejor será hacerlo ahora mismo, antes de que me entre miedo pensándolo mucho — y con indecible asombro de toda la familia, Beth salió al jardín, atravesó el seto y entró en casa de los Laurence.

—¡Válgame Dios! ¡Esto sí que es la cosa más extraña que he visto en mi vida! Tiene la cabeza trastornada por el piano.

—Si no hubiera perdido el juicio, no hubiera ido —exclamó Hanna, viéndola marchar. El milagro dejó mudas a las muchachas.

Se hubieran sorprendido aún más de haber visto lo que hizo Beth después. Fue y llamó a la puerta del estudio sin darse tiempo para pensar; y cuando una voz ronca gritó “adelante”, entró y se acercó al señor Laurence, que parecía completamente sorprendido; ella extendió la mano y dijo con voz temblorosa:

—He venido para darle las gracias, señor, por... —pero no concluyó porque él parecía tan amable, que se olvidó por completo de su discurso, y acordándose sólo de que había perdido su niña querida, le echó los brazos al cuello y le dio un beso.

Si el techo de la casa se le hubiera caído, no se hubiera sorprendido más el anciano caballero; pero le gustó, sin duda, le gustó extraordinariamente, y tanto lo conmovió y agradó aquel beso, lleno de confianza, que toda su aspereza desapareció; sentó a la niña en sus rodillas y puso su mejilla arrugada sobre la rosada mejilla de su amiguita, imaginándose que tenía a su propia nieta otra vez. Beth perdió su miedo desde aquel momento, y sentada allí charló con su viejo amigo tan tranquila como si lo hubiese conocido toda su vida; el amor desecha el temor, y la gratitud vence el orgullo. Cuando volvió a su casa, él la acompañó hasta su propia puerta, le estrechó la mano cordialmente y se quitó el sombrero al retirarse, muy arrogante y erguido, como marcial caballero que era.

Cuando las muchachas vieron semejante despedida, Jo se puso a danzar, Amy casi se cayó de la ventana y Meg exclamó, elevando las manos:

—¿No se hunden las esferas?



Capítulo 7

Amy pasa por el valle
de la humillación



o es ese muchacho un verdadero cíclope? —dijo Amy un día, al ver pasar a Laurie a caballo haciendo floreos con el látigo.

—¿Cómo te atreves a decir tal cosa, cuando el chico tiene sus dos ojos? ¡Y muy hermosos que son! —exclamó Jo, a quien no le gustaba oír observaciones desconsideradas sobre su amigo.

—No he dicho nada de sus ojos, y no comprendo por qué te enojas cuando admiro su modo de montar a caballo.

—¡Válgame Dios!; esta boba quiso decir un centauro y lo llamó un cíclope —exclamó Jo.

—No hay que ser tan descortés; fue solamente un lapsus linguae, como dice el señor Davis —respondió Amy, dejando estupefacta a Jo con su latín.

—Quisiera tener una parte del dinero que Laurie se gasta en ese caballo —añadió, como si hablara para sí, pero con la esperanza de que la oyesen sus hermanas.

—¿Por qué? —preguntó Meg amablemente.

—¡Me hace tanta falta!; tengo muchísimas deudas y falta un mes para que me llegue el turno de recibir el dinero para mis gastos.

—¿Tienes deudas, Amy?; ¿qué quieres decir? —preguntó gravemente.

—Debo, por lo menos, una docena de limas y no puede pagarlas, ya ves, hasta que tenga el dinero, porque mamá no permite que se anote nada a cuenta en la tienda.

—Dímelo todo —es que están las limas de moda ahora? Antes era guardar cachos de goma para hacer pelotas.

—Ya ves, las chicas están siempre comprándolas, y si una no quiere que la consideren tacaña, tiene que comprarlas también. No piensan más que en las limas. Todas las están chupando en sus pupitres durante las horas de escuela y las cambian por lápices, sortijas de azabache, muñecas de papel u otra cosa durante el recreo. Si una muchacha es amiga de otra, le regala una lima; si la quiere fastidiar, come una lima delante de ella, sin ofrecerle ni una chupada. Se convidan por turno, y yo he recibido muchísimas, pero no he podido corresponder y debo hacerlo, porque son deudas de honor; ¿comprendes?

—¿Cuánto costaría pagarlas todas y restituir tu crédito? —preguntó Meg, sacando su portamonedas.

—Un peso bastaría; y aún sobrarían unos centavos para regalarte algunas. ¿No te gustan las limas?

—No mucho; puedes tomar mi parte. Aquí tienes el dinero; hazlo durar todo lo que puedas, porque ya sabes que no hay mucho.

—¡Oh; gracias!, ¡qué lindo debe ser tener dinero propio! Tendré un verdadero banquete, porque esta semana no he probado ni una. No me animaba a tomarlas, no pudiendo yo dar otras y sufro por no tenerlas.

Al día siguiente Amy llegó algo tarde a la escuela; no pudo resistir la tentación de mostrar, con orgullo excusable, antes de ponerlo en el interior de su pupitre, un paquete de papel oscuro.

En muy pocos minutos corrió por su grupo el rumor de que Amy March tenía veinticuatro limas, y que iba a convidar; sus amigas la colmaban de atenciones. Katy Brown la invitó a su próxima fiesta; Mary Kingsley insistió en prestarle su reloj hasta la hora del recreo, y Jenny Snow, una señorita algo mordaz, que se había burlado mucho de Amy cuando ésta no tenía limas, inmediatamente intentó hacer las paces y se ofreció a pro-

porcionarle las soluciones de algunos formidables problemas de aritmética. Pero Amy no se había olvidado de las cáusticas observaciones que hiciera en otras ocasiones, y destruyó las esperanzas de aquella muchacha con un telegrama aterrador: “Es inútil que te vuelvas amable de repente, porque no tendrás ninguna.

Sucedió aquella mañana que un personaje visitó la escuela y elogió los mapas de Amy, dibujados con mucha habilidad. Aquel honor a su enemiga irritó a la señorita Snow y puso ufanía como un pavo real a la señorita March. Pero, ay, el orgullo nunca está lejos de la caída, y la vengativa Snow devolvió el rechazo con desastroso resultado. Tan pronto como el visitante hizo los elogios acostumbrados y se marchó, Jenny, so pretexto de hacer una pregunta importante, hizo saber al señor Davis, el profesor, que Amy March tenía limas dentro de su pupitre.

El señor Davis había prohibido las limas y había jurado a la vista de todas dar palmetazos a la primera persona descubierta en flagrante quebranto de la regla. Este hombre había logrado, tras una guerra larga y borrascosa, desterrar la goma de mascar, había hecho una hoguera de novelas y periódicos confiscados, había suprimido una estafeta privada, había prohibido muecas, motes y caricaturas; en fin, había hecho todo lo que puede hacer un hombre para tener en orden a cincuenta chicas rebeldes. Dios sabe cómo ponen a prueba los chicos la paciencia humana; pero las chicas son mucho peores, en especial para señores nerviosos, de temperamento tiránico y escaso talento para la enseñanza. El señor Davis sabía mucho de griego, latín, álgebra y demás materias, y por ello era considerado como un buen profesor; pero de modales, sentimiento, moral y buen ejemplo no hacía mucho caso. El momento para denunciar a Amy era calamitoso, y Jenny lo sabía.

Evidentemente, aquella mañana el señor Davis había tomado el café demasiado fuerte; el viento era del este, cosa que siempre agravaba su neuralgia, y sus alumnas no lo habían dejado en tan buen lugar como él creía merecer; estaba de un humor de perros. La palabra “limas” fue como el fósforo acercado a la pólvora.

Enrojeciendo de ira, golpeó el pupitre con tanta energía, que Jenny saltó a ocupar su asiento con ligereza poco usual.

—Señoritas, háganme el favor de atender.

Cesó el murmullo, y cincuenta pares de ojos azules, grises, negros y color castaño se fijaron obedientemente sobre el rostro terrible del profesor.

—Señorita March, venga usted aquí.

Amy se levantó para obedecer, serena en apariencia, pero con secreto miedo por sus limas.

—Traiga las limas que tiene en el pupitre —fue la orden inesperada, que la paralizó antes de levantarse.

—No las laves todas —murmuró su vecina, como señorita de mucha presencia de ánimo.

Amy sacó precipitadamente seis y puso las otras delante del señor Davis, pensando que cualquier hombre que tuviese corazón se conmovría por aquel aroma encantador. Desgraciadamente, el señor Davis detestaba el olor de la lima, y la repugnancia aumentó su enojo.

—¿Están todas?

—No todas —balbuceó Amy.

—Traiga las restantes inmediatamente.

Echando una mirada de desesperación a su “camarilla”, obedeció.

—¿Está usted segura de que no hay más?

—Nunca miento, señor.

—Así lo veo, Ahora tome esas cosas repugnantes de dos en dos y tírelas por la ventana.

Se alzó un suspiro simultáneo al desvanecerse la última esperanza de gozar el codiciado regalo. Roja de vergüenza y rabia, Amy fue y volvió doce veces mortales, y al dejar caer cada par de las jugosas frutas, un grito en la calle completó la congoja de las chicas, porque les indicó que los niños irlandeses, sus enemigos declarados, iban a disfrutar el festín que ellas se perdían.

Cuando Amy volvía del último viaje, el señor Davis lanzó un siniestro “ejem”, y dijo con su voz más solemne:

—Señoritas: ustedes recordarán lo que dije hace una semana. Siento mucho lo ocurrido, pero jamás permito que mis reglas

se quebranten y nunca faltó a mi palabra. Señorita March, haga usted el favor de extender la mano.

Amy se sobresaltó y puso las manos a la espalda, dirigiéndole una mirada suplicante que abogaba en su favor mejor que cuanto hubiera podido decir. Era una de las alumnas predilectas de “el viejo Davis”, y hubiera quebrantado su palabra si una señorita, sin poder contenerse, no hubiera dejado escapar su indignación en un silbido. Aquel silbido, aunque débil, exasperó al irascible profesor, y decidió la suerte de la culpable.

—Extienda la mano, señorita March.

Demasiado orgullosa para llorar o implorar perdón, Amy apretó los dientes, echó hacia atrás la cabeza y, sin vacilar, aguantó sobre su palma pequeña unos golpes picantes. Ni fueron muchos ni fuertes, pero para ella era lo mismo. Por primera vez en su vida le habían pegado, y a sus propios ojos la vergüenza era tan grande como si la hubiera derribado al suelo.

—Quédese de pie en la plataforma hasta la hora del recreo — dijo el señor Davis, resuelto a acabar bien lo que había comenzado.

Aquello era terrible; dar la cara a toda la escuela, llena de vergüenza por lo que acababa de aguantar, le pareció imposible, y por un momento creyó que iba a caer desplomada llorando hasta romperse el corazón. La sensación de haber sufrido una injusticia y el pensamiento de Jenny Snow la ayudaron a sostenerse. Poniéndose en el lugar ignominioso, clavó los ojos sobre la chimenea de la estufa por encima de lo que parecía un mar de caras; tan quieta se mantenía y tan pálida estaba, que las chicas apenas podían estudiar con aquella figura pequeña y lastimosa enfrente de ellas.

Durante los quince minutos siguientes, la niña orgullosa y sensitiva soportó una vergüenza y un dolor que jamás olvidaría. El incidente podría ser trivial y risible para otras, pero para ella constituía una dura experiencia; durante los doce años de su vida sólo el amor la había gobernado y jamás había recibido un golpe. El escozor de la mano y el dolor del corazón desaparecían ahora ante el penoso pensamiento: “Tengo que contarle todo en casa, ¡y qué desengaño voy a darles!”

Los quince minutos parecían una hora, pero al fin se acabaron. Nunca había oído con tanto deseo la palabra “recreo”.

—Puede retirarse, señorita March —dijo el señor Davis, pareciendo, como en realidad lo estaba, algo avergonzado.

No olvidó pronto la mirada acusadora que Amy le echó, dirigiéndose, sin decir una palabra a nadie, al vestíbulo, para recoger sus cosas y abandonar aquel lugar “para siempre”, según se decía a sí misma apasionadamente. Estaba en deplorable estado cuando llegó a su casa; y cuando volvieron las chicas mayores, algo más tarde, se convocó al punto una reunión de protesta.

La señora March dijo poco, pero parecía perturbada, y calmó a su hija de manera más cariñosa. Meg lavó la mano ofendida con glicerina y con sus propias lágrimas. Beth pensó que para tales dolores ni siquiera sus gatitos queridos serían capaces de ofrecer un bálsamo reparador, y Jo, muy enojada, propuso que el señor Davis fuese arrestado sin demora, mientras Hanna se deshacía de rabia contra “el miserable”, y machacaba las patatas para la comida como si lo tuviera a él bajo la maza de su mortero.

Nadie se dio cuenta de la huida de Amy fuera de sus compañeras; pero aquellas perspicaces señoritas notaron que por la tarde estaba el señor Davis más agradable y, al mismo tiempo, trabajaba con desacostumbrada nerviosidad. Un momento antes de que la escuela se cerrara, Jo entró y con expresión severa se encaminó a la mesa del profesor para entregar una carta de su madre, después de lo cual recogió lo que pertenecía a Amy, quitándose cuidadosamente el barro de las botas sobre la estera, como si quisiera sacudir de sus pies hasta el polvo del lugar.

—Sí, puedes tener una vacación; pero quiero que todos los días estudies un poquito en compañía de Beth —dijo la señora March aquella noche—. No apruebo los castigos corporales, especialmente para niñas. No me gusta la manera de enseñar del señor Davis, ni creo que tus compañeras te hagan mucho bien; así que pediré consejo a tu padre antes de enviarte a otro lado.

—Eso es bueno. ¡Ojalá se le fueran todas las chicas y le dejaran vacía la vieja escuela! Se vuelve una loca al acordarse de aquellas limas encantadoras — suspiró Amy, con aire de mártir.

—No siento que las perdieras, porque habías quebrantado las reglas y mereciste ser castigada por tu desobediencia —fue la respuesta severa, algo diferente de lo que esperaba la niña.

—¿Quieres decir que te alegras de que me hayan avergonzado delante de toda la escuela? —preguntó Amy.

—No digo que yo hubiera elegido esa manera de castigar una falta —respondió su madre —; pero no estoy segura de que no te hará mejor que un método más suave. Te estás poniendo demasiado vana y pretenciosa, querida mía, y es hora de que comiences a corregirte. Tienes bastante talento y virtudes, pero no hay que hacer ostentación, porque la vanidad estropea el carácter más fino. El verdadero talento y bondad no pasan mucho tiempo inadvertidos; aunque pasaran, el conocimiento de poseerlo y de usarlo bien, debe satisfacernos, la sencillez es el mejor encanto de todo poder.

—Tiene usted razón, así es —gritó Laurie, que estaba jugando al ajedrez con Jo en un rincón del cuarto—. Yo conocí a una niña que tenía verdadero talento para la música y no lo sabía, ni sospechaba los aires dulces que componía cuando estaba sola, y si alguien se lo hubiera dicho, no lo hubiera creído.

—Quisiera haber conocido a esa muchacha; quizá me hubiera ayudado a mí, que soy tan torpe —dijo Beth.

—Pues la conoces y te ayuda más que cualquier otra persona —contestó Laurie, mirándola con tan pícara expresión en sus ojos negros y alegres, que Beth se ruborizó y escondió la cara en el cojín del sofá, muy sorprendida por tal descubrimiento.

Jo permitió que Laurie ganase el juego para pagarle aquel elogio de su Beth, que después de tal alabanza no quiso tocar el piano, por mucho que le rogaran. Laurie hizo lo mejor posible, cantó de una manera encantadora y estuvo de muy buen humor, porque rara vez dejaba ver a los March el lado sombrío de su carácter. Cuando Laurie se retiró, Amy, que había estado pensativa toda la tarde, dijo de repente, como si una nueva idea se le hubiera ocurrido:

—¿Es Laurie un chico culto?

—Sí, ha recibido una educación esmerada y tiene mucho talento; será un hombre excelente, si no lo echan a perder con mimos y atenciones —contestó su madre.

—No es pretencioso, ¿verdad? —preguntó Amy.

—De ninguna manera; por eso es tan atrayente y todas lo queremos tanto.

—Comprendo; es agradable tener talento y ser elegante, pero no lo es darse importancia ni vanagloriarse —dijo Amy gravemente.

Esas cosas se advierten siempre en la conversación y los modales de una persona si se usan con modestia; pero no es necesario hacer ostentación de ellas —dijo la señora March.

—Como no es de buen gusto ponerte a la vez todos tus sombreros, todos tus vestidos y todos tus lazos para que la gente sepa que los tienes —añadió Jo, y la conversación terminó con una carcajada.



Capítulo 8

Jo se encuentra con Apolo





dónde van, niñas? — preguntó Amy, entrando en el dormitorio de sus hermanas mayores la tarde de un sábado, y hallándolas ocupadas preparándose para salir de manera tan secreta, que picó su curiosidad.

—No te importa; las niñas pequeñas no deben ser preguntonas — respondió Jo con severidad.

Si hay algo que nos irrita en nuestra juventud, es que se nos recuerde nuestra pequeñez, y más aún que se nos despida con un “vete, querida”. Al recibir este insulto, Amy se irguió y resolvió descubrir el secreto, aunque fuera menester atormentarlas por una hora entera. Volviéndose a Meg, que nunca le negaba una cosa por mucho tiempo, dijo dulcemente:

— ¡Dímelo! Creo que podían dejarme ir también, porque Beth está ocupada con sus muñecas y me aburro sola.

—No puedo, querida, porque no estás invitada —comenzó Meg; pero Jo la interrumpió impaciente:

—Meg, cállate, ¡que lo vas a echar a perder! No puedes ir, Amy, no seas niña y no te quejes.

—Van a alguna parte con Laurie, lo sé. Susurraban y se reían ayer por la tarde cuando estaban sentadas en el sofá y cuando yo entré dejaron la conversación. ¿No van con él?

—Sí, vamos con él; ahora hazme el favor de callarte y no nos fastidies más. Amy se calló, pero observó que Meg ponía a escondidas un abanico en el bolsillo.

—¡Ya sé! ¡Ya sé! Van al teatro a ver “Los siete castillos”, —gritó, añadiendo con mucha resolución—: Y yo iré también, porque mamá ha dicho que podía verla; y tengo mi dinero de gastos. ¡Qué mezquinas, no habérmelo dicho a tiempo!

—Escúchame un minuto y sé razonable —dijo Meg, tratando de calmarla—. Mamá no quiere que la veas esta semana, porque tus ojos no pueden todavía soportar la luz de esa comedia de magia. La semana que viene podrás ir con Beth y Hanna, y te divertirás mucho.

—Eso no me gusta tanto como ir con ustedes y Laurie. Déjame ir; he estado enferma y en casa con este catarro tanto tiempo, que ansío una diversión. ¡Déjame, Meg! Seré muy buena —imploró Amy tan patéticamente como pudo.

—¿Qué hacemos? ¿La llevamos? No creo que mamá se disgustaría si la abrigamos bien —comenzó Meg.

—Si ella va, no voy yo, y si yo no voy no le gustará a Laurie; además, sería muy descortés después de habernos invitado a nosotras dos, llevar también a Amy.

—Yo hubiera pensado que a ella no le gustaría colarse donde no la llaman

—dijo Jo muy enojada.

Su tono y maneras irritaron tanto a Amy, que comenzó a ponerse las botas diciendo muy decidida:

—¡Voy y voy! Meg dice que puedo ir, y si me pago la entrada, a Laurie no le importa nada.

—No puedes sentarte con nosotros, porque nuestras localidades están ya tomadas y no vas a sentarte sola; Laurie tendrá que cederte su asiento, lo cual estropeará nuestro placer, o te buscará otro, y eso no está bien, cuando no te ha invitado. No adelantará nada; de modo que puedes quedarte donde estás —regañó Jo, cada vez más enojada.

Sentada en el suelo, con una bota puesta, Amy se echó a llorar y Meg se puso a convencerla, cuando Laurie llamó desde abajo y las dos chicas se apresuraron a bajar, dejando a su hermana lamentándose sin consuelo. En el momento en que salían, Amy gritó desde la barandilla de la escalera, con voz amenazadora:

—¡Lo vas a sentir, Jo! ¡Ya lo verás!

—¡Tonterías! —respondió Jo, cerrando de golpe la puerta.

Se divirtieron mucho, porque “Los siete castillos del lago diamante” era todo lo brillante y maravilloso que cualquier persona podía desear. Pero a pesar de los diablillos rojos, de los duendes chispeantes, de los príncipes y princesas magníficos la diversión de Jo tenía una nota amarga. El pelo rubio de la reina de las hadas le recordó a Amy, y en los entreactos no podía dejar de pensar qué haría su hermana para hacerle “sentir” lo ocurrido. Ella y Amy habían tenido en el curso de sus vidas muchas peleitas, porque ambas poseían carácter fuerte y se enojaban con facilidad, aunque luego se avergonzaban de su proceder. Aunque era mayor, a Jo le era más difícil dominarse y poner freno a su carácter ardiente. Su enojo nunca duraba largo tiempo, y después de confesar su falta se arrepentía sinceramente, y procuraba corregirse. Sus hermanas decían que les gustaba ver a Jo enfadada, porque después era un verdadero ángel. La pobre Jo trataba desesperadamente de ser buena, pero su enemigo interior estaba siempre listo para inflamarse y vencerla, y necesitó años de esfuerzos pacientes para dominarlo.

Cuando llegaron a casa encontraron a Amy leyendo en la sala. Ella adoptó aires de ofendida al entrar las hermanas, sin levantar los ojos de su libro ni hacer una pregunta. Quizá la curiosidad hubiese vencido el resentimiento si Beth hubiera estado allí para hacer preguntas y obtener una descripción brillante de la pieza. Al quitarse el sombrero Jo echó una mirada a la cómoda, porque en su última riña Amy había desahogado su rabia volcando el cajón de Jo sobre el suelo. Pero todo estaba en su sitio, y después de echar una rápida mirada a sus varios cajones y bolsos, Jo dedujo que Amy había olvidado y perdonado las ofensas. En eso se engañó, porque al día siguiente hizo un

descubrimiento que levantó una borrasca. Hacia el atardecer, Meg, Beth y Amy estaban juntas, cuando Jo entró precipitadamente en el cuarto muy excitada y preguntó sin aliento:

—¿Quién ha quitado de su sitio mi libro de cuentos?

Meg y Beth contestaron al punto que ellas no lo habían tocado. Amy atizó el fuego y no dijo nada. Jo la vio ponerse colorada y se abalanzó sobre ella.

—¡Amy, tú lo tienes!

—No; no lo tengo.

—Entonces, sabes dónde está.

—No; no lo sé.

—¡Mentira! —gritó Jo, asiéndola por los hombros con una furia capaz de atemorizar a una niña mucho más valerosa que Amy.

—No lo sé. No lo tengo; no sé dónde está ni me importa.

—Tú sabes algo de ello y será mejor que lo digas inmediatamente, si no quieres decirlo a la fuerza —y Jo la sacudió ligeramente.

—Sermonea cuanto quieras; no volverás a tener ese libro tonto —gritó Amy, excitándose también.

—¿Por qué no?

—Lo he quemado.

—¡Cómo! ¿Mi pequeño libro que mucho quería, y en el cual trabajaba tanto, con la intención de acabarlo antes de que papá vuelva? Lo has quemado, ¿verdad? —dijo Jo poniéndose muy pálida, mientras sus ojos llameaban y sus manos aferraban a Amy nerviosamente.

—Sí, lo quemé. Te dije que te haría pagar tu enojo de ayer, y lo he hecho, de modo que...

Pero Amy no pudo acabar, porque Jo, dominada por su genio irascible, sacudió a Amy hasta hacerla temblar de pies a cabeza, mientras gritaba, llena de dolor y furia:

—¡Mala! ¡Mala! ¡No podré escribirlo de nuevo, y no te lo perdonaré en toda mi vida!

Meg corrió en socorro de Amy. Beth intentó calmar a Jo; pero ésta se hallaba fuera de sí, y dando una última bofetada a su hermana, salió del cuarto precipitadamente para refugiarse en la boardilla y acabar a solas su pelea.

Abajo se aclaró la borrasca cuando la señora March volvió, y después de escuchar lo sucedido, hizo comprender a Amy el daño que había hecho a su hermana. El libro de Jo era el orgullo de su corazón, y la familia lo consideraba como un ensayo literario que prometía mucho. Eran solamente seis pequeños cuentos de hadas, pero Jo los había compuesto con mucha paciencia, poniendo todo su corazón en aquel trabajo, con la esperanza de hacer algo que mereciera publicarse. Acababa de copiarlos cuidadosamente y había roto el borrador; de modo que la fogata de Amy había consumido el trabajo cariñoso de varios años. A los demás no les parecía muy importante, pero para Jo era una calamidad terrible, de la que no creía poder consolarse jamás. Beth lo lamentaba como si hubiera sido la muerte de un gatito y Meg rehusó defender a su favorita; la señora March parecía afligida, y Amy pensaba que nadie podría quererla hasta que no hubiese pedido perdón por el acto que ya lamentaba más que nadie.

Cuando tocó la campana para el té, Jo apareció tan severa e inabordable, que Amy tuvo que apelar a todo su valor para decirle humildemente:

—Perdóname lo que hice, Jo; lo siento muchísimo.

—¡No te perdonaré jamás! —fue la fría respuesta de Jo, y a partir de ese momento ignoró a su hermana.

Nadie habló del asunto, ni aun su madre porque todas sabían por experiencia que cuando Jo estaba de mal humor, eran inútiles las palabras y lo mejor era esperar hasta que algún incidente propio de su carácter generoso quebrantase el resentimiento de Jo y todo se olvidara. No fue aquella una velada feliz; porque, aunque cosieron, como de costumbre, mientras leía su madre en voz alta un buen libro, algo faltaba, y la dulce paz del hogar estaba interrumpida. Más aún lo sintieron cuando llegó la hora de cantar; porque Beth no pudo hacer más que tocar, Jo estaba muda como una ostra y Amy se echó a llorar, de modo que Meg y su madre cantaron solas, no sin desentonar, a pesar de sus mejores esfuerzos.

Al dar a Jo el acostumbrado beso de “buenas noches”, su madre murmuró suavemente.

—Querida mía, no dejes que termine el día enojada. Perdónense ambas y empiecen de nuevo mañana.

Jo tenía ganas de apoyar la cabeza en aquel seno maternal y llorar hasta que pasasen su dolor y su ira; pero las lágrimas hubieran sido una debilidad femenina. Su resentimiento era tan profundo que no podía perdonar todavía. Sacudió la cabeza, contuvo el llanto y dijo hoscamente:

—Fue algo vil y no merece que la perdonen.

Dicho esto, se marchó a la cama y aquella noche no hubo charla ni confidencias.

Amy estaba muy ofendida porque sus proposiciones de paz habían sido rechazadas. Casi deseaba no haberse humillado, para sentirse más humillada que antes. Empezó a enorgullecerse de su virtud superior de un modo especialmente irritante. Jo parecía todavía una nube borrascosa y aquel día todo fue mal. La mañana era muy fría. Dejó caer su pastelillo caliente en el barro; la tía March tuvo un ataque de nervios; Meg estaba pensativa; Beth quería parecer pesarosa y triste cuando llegó a casa, y Amy continuaba haciendo observaciones acerca de personas que hablaban siempre de ser buenas y no querían hacer el más pequeño esfuerzo para conseguirlo.

“¡Todo el mundo está tan desagradable!... Pediré a Laurie que me acompañe a patinar. Él siempre es amable y está de buen humor; estoy segura de que su compañía me dará ánimo”, dijo Jo para sí.

Amy oyó el entrechoque de los patines y miró por la ventana, exclamando impacientemente:

—¡Bueno!, y me prometió que yo iría con ella la próxima vez; porque éste es el último hielo que tendremos. Pero es inútil pedir a una cascarrabias que me lleve.

—No digas eso. Has sido muy mala, y es duro para ella perdonar la pérdida de su precioso librito; pero creo que lo hará si buscas su indulgencia en el momento propicio —dijo Meg—. Síguelos, y no digas nada hasta que Jo esté de buen humor; entonces aprovecha un momento tranquilo y dale un beso, o haz algo cariñoso, y estoy segura de que serán buenas amigas de nuevo.

—Lo intentaré —repuso Amy, que encontraba muy conveniente el consejo. No estaba lejos el río, pero ambos estaban ya listos antes de que Amy los alcanzara. Jo la vio venir y le volvió la espalda. Laurie no la vio porque estaba

patinando cuidadosamente a lo largo de la orilla, probando el hielo.

—Iré a la primera vuelta para ver si está firme antes de que empecemos a correr —oyó Amy que decía el muchacho, mientras salía disparando como un cosaco, con su chaqueta y gorro forrados de piel.

Jo oyó a Amy sin aliento después de su carrera, golpeando el suelo y calentándose los dedos con el aliento, al tratar de ponerse los patines; pero Jo no se volvió, sino que continuó haciendo zigzags río abajo, encontrando cierta amarga satisfacción en los apuros de su hermana. Había alimentado tanto su enojo, que éste la dominaba por completo, como suele ocurrir con los malos pensamientos y sentimientos cuando no se expulsan al primer momento. Al doblar el recodo gritó Laurie:

—Sigue cerca de la orilla; no está seguro en el centro.

Jo lo oyó, pero Amy luchaba por levantarse y no pudo oír una palabra. Jo echó una ojeada a sus espaldas y el diablillo que había venido abrigando murmuró a su oído:

“No importa que no lo haya oído; que se cuide sola.”

Laurie había desaparecido tras el recodo. Jo iba a dar la vuelta, y Amy, siguiéndolos a gran distancia, se dirigía hacia el hielo más liso a la mitad del río. Durante un minuto Jo se quedó quieta, con un sentimiento extraño en el corazón; después se decidió a seguir adelante; pero algo la detuvo y la hizo girar a tiempo para ver que Amy alzaba las manos y se hundía bajo el hielo roto, dando un grito, que le heló a Jo la sangre en las venas. Trató de llamar a Laurie, pero había perdido la voz; trató de correr, pero sus pies no podían moverse; por un instante se quedó paralizada y aterrada, con los ojos clavados en la pequeña capucha azul encima del agua oscura. Alguien pasó a su lado a toda carrera, y la voz de Laurie gritó:

—Unas tablas de la valla. ¡Pronto, pronto!

Jamás supo cómo lo hizo; pero durante los pocos minutos que siguieron, trabajó como una poseída, obedeciendo ciegamente a Laurie, que conservó su serenidad, y tendiéndose boca abajo en el hielo sostuvo a Amy con sus brazos hasta que Jo hubo arrastrado un trozo de la empalizada, y juntos sacaron del agua a la niña, más espantada que lastimada.

—Ahora tenemos que llevarla a casa tan pronto como podamos. Cúbrela con nuestros abrigos mientras le quito estos malhadados patines —gritó Laurie, luchando con las correas, que nunca le habían parecido tan complicadas.

Tiritando, chorreando y llorando, Amy fue conducida a casa; y después de tanta agitación, se durmió envuelta en mantas, delante de un buen fuego. Durante todo este trajín Jo apenas había hablado; corría de un lado a otro pálida y desencajada, con el vestido rasgado y las manos cortadas y heridas por el hielo, los palos y las hebillas de las correas. Cuando Amy se quedó cómodamente dormida y la casa estuvo tranquila, su madre, sentada al lado de la cama, llamó a Jo y comenzó a vendarle las manos heridas.

—¿Estás segura de que está bien? —murmuró Jo, mirando con remordimiento la cabellera dorada que pudo haberse perdido para siempre bajo el hielo traidor.

—Está bien, querida mía; no se ha herido, y creo que ni se resfriará; fueron muy prudentes en cubrirla bien y traerla pronto a casa —dijo su madre, muy animada.

—Laurie lo hizo todo; yo no hice más que dejarla sola. Mamá, si ella muriera yo tendría la culpa —y Jo cayó al lado de la cama deshecha en llanto, relatando todo lo que había sucedido, condenando su rudeza de corazón y expresando con sus lágrimas la gratitud por haber escapado del duro castigo que podía haber caído sobre ella—. ¡Es mi mal genio! Trato de corregirlo; creo que lo he logrado, y entonces surge peor que antes. ¡Oh, mamá!, ¿qué puedo hacer? —gritó la pobre Jo desesperada.

—Vela y ora, querida mía; no te canses de intentarlo y nunca pienses que es imposible vencer tu defecto —dijo la señora March, atrayendo a su hombro la cabeza desordenada y be-

sando las mejillas húmedas con tanta ternura que Jo lloró más que nunca.

—No lo sabes bien; no puedes adivinar lo malo que es. Parece como si yo fuera capaz de hacer cualquier atrocidad cuando la pasión me domina; tan feroz soy, que podría hacer daño a cualquiera, y hacerlo con gusto. Tengo miedo de que un día haré algo terrible y estropearé mi vida, haciéndome aborrecer de todo el mundo. ¡Oh, mamá, ayúdame! ¡Ayúdame!

—Lo haré, hija mía, lo haré. No llores tanto. Pero recuerda este día y resuelve con toda tu voluntad que nunca te hallarás en otro parecido. Jo de mi alma, todos tenemos nuestras tentaciones, algunas aún mayores que las tuyas, y a menudo debemos luchar durante toda la vida para vencerlas. Piensas que tu carácter es el peor del mundo, pero el mío solía ser lo mismo.

—¿El tuyo, mamá? ¡Pero si no te enojas nunca! —exclamó Jo, olvidando su remordimiento con la sorpresa de semejante descubrimiento.

—He tratado de mejorarlo desde hace cuarenta años y sólo he logrado reprimirlo. Me enoja casi todos los días de mi vida, Jo; pero he aprendido a no demostrarlo, y todavía tengo la esperanza de aprender a no sentirlo, aunque necesite otros cuarenta años para conseguirlo.

La paciencia y humildad de aquel rostro querido valía más para Jo que el discurso más sabio o la reprensión más severa. Se sintió consolada por la simpatía y la confianza que había recibido. Saber que su madre tenía un defecto parecido al suyo y que había tratado de curarlo, la ayudó a soportar su prueba, aunque para una chica de quince años eso de velar y orar durante cuarenta años le parecía demasiado.

—¿Mamá, estás muy enojada cuando aprietas los labios y sales del cuarto algunas veces si regañas a la tía March o alguien te estorba? —preguntó Jo, sintiéndose más cerca de su madre y más querida por ella que nunca.

—Sí; he aprendido a contener las palabras bruscas que vienen a mis labios, y cuando siento que quieren salir contra mi voluntad, salgo por un minuto, y me reprocho por ser tan débil y mala.

—Cómo has aprendido a mantenerte tranquila? Eso es lo que encuentro difícil, porque las palabras mordaces saltan de mis labios antes de que me dé cuenta, y cuanto más digo, peor me pongo, hasta llegar a herir los sentimientos de los demás y decir cosas terribles. Dime cómo puedo hacerlo, querida mamá.

—Mi buena madre me ayudaba.

—Como tú puedes hacerlo con nosotras —interrumpió Jo.

—Pero la perdí cuando era poco mayor que tú, y durante muchos años tuve que luchar sola, porque era demasiado orgullosa para confesar mi debilidad a ninguna otra persona. Pasé tiempos muy malos, Jo, y lloré muchas veces mis fracasos; porque a pesar de mis esfuerzos, nunca parecía adelantar nada. Entonces llegó tu padre, y fui tan feliz que encontraba fácil ser buena. Poco después, cuando tuve cuatro hijitas a mi alrededor y éramos pobres, la antigua lucha comenzó de nuevo, porque no soy paciente por temperamento, y ver que a mis niñas les faltaba alguna cosa me atormentaba.

—¡Pobre mamá! Entonces, ¿quién te ayudó?

—Tu padre, Jo. El nunca pierde la paciencia, ni duda, ni se queja; siempre tiene esperanza, trabaja y espera tan alegremente, que uno se avergüenza de conducirse de otra manera delante de él. Ayudándome y confortándome, me demostró que yo tenía que practicar todas las virtudes que deseaba que mis hijas poseyeran, porque yo era para ellas un ejemplo. Era más fácil intentarlo por su bien que por el mío. Una mirada de susto o de sorpresa de una de ustedes cuando yo hablaba duramente, me corregía como ningún reto podría hacerlo; el amor, el respeto y la confianza de mis niñas era la recompensa más dulce que pudieran recibir mis esfuerzos para ser la mujer que ellas debían imitar.

—¡Oh, mamá, si algún día lograra yo ser la mitad de buena que tú, estaría satisfecha! —exclamó Jo muy conmovida.

—Espero que lograrás ser mucho mejor, querida mía; pero tienes que vigilar al “enemigo de tu corazón”, como lo llama tu padre; de lo contrario, él entristecerá o estropeará tu vida. Has recibido una amonestación; acuérdate de ella y procura con

toda tu alma dominar ese genio antes que te traiga una tristeza o un arrepentimiento mayor que los de hoy.

—Lo procuraré, mamá; lo procuraré de veras. Pero tienes que ayudarme, recordármelo y contenerme cuando voy a saltar. Algunas veces he visto a papá llevarse el dedo a los labios y mirarte con expresión cariñosa, aunque triste, y tú siempre apretabas los labios o te marchabas. ¿Era que te lo recordaba entonces?

—Sí; yo le había pedido que me ayudara de ese modo, y nunca lo olvidó; así me evitó decir palabras funestas.

Jo notó que los ojos de su madre se llenaban de lágrimas y que sus labios temblaban, y temiendo haber dicho demasiado, murmuró preocupada:

—¿Hacía yo mal en observarte y hablar de eso ahora? No quiero ser impertinente; ¡pero, es tan consolador decir todo lo que pienso y sentirme tan segura y feliz aquí!

—Jo mía, puedes decir cualquier cosa a tu madre, porque mi mayor felicidad y orgullo es sentir que mis hijas confían en mí y saben cuánto las quiero.

—Pensé que te había entristecido.

—No, querida mía; pero hablar de tu padre me recuerda cuánto lo extraño y con cuánta fidelidad debo vigilar para guardarle sus hijas buenas y seguras.

—Y sin embargo, tú le dijiste que fuera a la guerra, mamá, y no lloraste al marcharse, ni te quejas ahora como si no necesitaras ayuda alguna —dijo Jo, algo sorprendida.

Di lo mejor que poseía a la patria querida, y contuve mis lágrimas hasta que se hubiese marchado. ¿Por qué he de quejarme, cuando no hemos hecho más que lo correcto y al fin seremos más felices por haberlo hecho? Si parezco no necesitar ayuda, es porque tengo un amigo aún mejor que mi esposo para confortarme y sostenerme. Hija mía, las penas y tentaciones de tu vida comienzan ahora y quizá sean muchísimas, pero puedes vencerlas a todas si aprendes a sentir la fuerza y ternura de tu Padre celestial como sientes la de tu padre terrestre. Cuanto más le ames y confíes en El, tanto más te sentirás envuelta por su protección y tanto menos dependerás del poder y la sabiduría humanos. Su amor y cuidado nunca se cansan ni cambian,

ni tampoco te los puede quitar nadie, sino que pueden llegar a ser la fuente de una paz, de una felicidad y de una fuerza que durarán toda la vida. Créelo con todo tu corazón, pide la ayuda de Dios en todos tus cuidados, esperanzas, pecados y tristezas, tan libre y confiadamente como vienes a tu madre.

Jo abrazó a su madre por respuesta, y durante el silencio siguiente brotó del fondo de su corazón la oración más sincera de su vida; en aquella hora, triste aunque feliz, había aprendido no solamente la amargura del remordimiento y de la desesperación, sino también la dulzura de la abnegación y del dominio de sí misma, y conducida por la mano maternal, se había acercado al Amigo que recibe a los niños con un amor más fuerte que el de cualquier padre, más tierno que el de cualquier madre.

Amy se movió y suspiró entre sueños. Deseosa de comenzar enseguida la corrección de su falta, Jo la miró con una expresión desconocida hasta entonces.

—He dejado pasar el día enojada; no quise perdonarla ayer, y hoy, si no hubiera sido por Laurie, sería demasiado tarde. ¿Cómo pude ser tan mala? — dijo Jo a media voz, inclinándose sobre su hermana y acariciando su cabellera húmeda.

Como si la hubiese oído, Amy abrió los ojos y extendió los brazos con una sonrisa que penetró hasta el corazón de Jo. Ninguna habló, pero se abrazaron a pesar de las mantas, y todo quedó perdonado y olvidado con un beso sincero.



Capítulo 9

Meg visita la feria
de las vanidades

La verdad es que esos chicos han contraído el sarampión con mucha oportunidad —dijo Meg ese día de abril, mientras empaquetaba el baúl-mundo en su dormitorio, ayudada por sus hermanas.

—¡Qué amable ha sido Annie Moffat no olvidando su promesa! Debe ser magnífico tener dos semanas de recreo —respondió Jo, que parecía un molino de viento al plegar las faldas con sus largos brazos.

—¡Y el tiempo es tan agradable! Me alegro mucho de eso —añadió Beth, arreglando lazos para el cuello y el pelo en su mejor estuche, que había prestado a su hermana mayor para ocasión tan importante.

—Me gustaría ir a divertirme y vestirme con esta ropa tan bonita —dijo Amy, con la boca llena de alfileres, que estaba poniendo en el acerico de su hermana.

—Ojalá vinieran todas conmigo; pero como no puede ser, guardaré mis aventuras para contarlas cuando vuelva. Es lo menos que puedo hacer, cuando han sido tan buenas prestándome cosas y ayudándome en los preparativos — respondió Meg, contemplando el sencillo equipo, que a sus ojos parecía casi perfecto.

—¿Qué te dio mamá de la caja de tesoros? —preguntó Amy, que no había presenciado la apertura de cierta caja de cedro, en la cual la señora March guardaba unas reliquias del esplendor pasado para regalarlas a sus hijas en ocasión oportuna.

—Un par de medias de seda, aquel bello abanico tallado y una faja azul. Deseaba el traje de seda violeta, pero no hay tiempo para arreglarlo; de modo que debo contentarme con mi viejo traje de lana escocesa.

—Quedará muy bien encima de mi nueva falda de muselina con la faja para realzarla. Quisiera no haber roto mi pulsera de coral para poder prestártela — dijo Jo.

—En la caja de tesoros hay un collar de perlas antiguo y muy bello; pero mamá dice que las flores naturales son el adorno más hermoso para una joven, y Laurie ha prometido enviarme todas las que yo desee —respondió Meg—. Ahora, veamos: está mi nuevo traje gris... Riza la pluma de mi sombrero, Beth...; después, mi traje de muselina de lana fina para el domingo y la pequeña reunión... Parece algo pesado para la primavera, ¿verdad? ¡Qué bien estaría el traje de seda violeta!

—No importa, tienes el de tartán para la reunión importante y tú estás angelical cuando te vistes de blanco —dijo Amy, encantada ante el montoncito de elegancias.

—No está escotado y no tiene bastante vuelo, pero tendrá que servir. Mi traje azul ha quedado tan bien después de estar vuelto del revés y adornado, que parece nuevo. Mi chaqueta de seda no está a la moda, ni mi sombrero es como el de Sallie. No quise decir nada, pero me llevé un gran chasco con mi paraguas. Dije a mamá que me comprase uno con mango blanco, pero lo olvidó y compró uno verde con mango feo y amarillo. Es fuerte y práctico, así que no debo quejarme, pero sé que me dará vergüenza llevarlo al lado del paraguas de seda que tiene Annie, con mango de oro —suspiró Meg, mirando con ojo crítico el pequeño paraguas.

—Cámbialo —aconsejó Jo.

—No seré tan tonta de ofender a mamá, cuando se ha tomado tantas molestias para obtener mis cosas. Es una tontería, y no voy a dejarme vencer por ella. Mis medias de seda y los dos pa-

res de guantes son mi consuelo. ¡Qué buena eres en prestarme los tuyos, Jo! Me siento tan rica y elegante con dos pares nuevos y los viejos limpios. —Y Meg echó otra mirada al estuche de los guantes—. Annie Moffat tiene lazos azules y rosas en sus gorros de noche; ¿quieres poner algunos en los míos?

—No, por cierto; los gorros de noche adornados no combinarían con vestidos sencillos y sin adornos. Los pobres no deben adornarse —dijo Jo con decisión.

—Me pregunto si podré tener alguna vez encaje verdadero en mis trajes y lazos en mis gorros —susurró Meg, impaciente.

—El otro día decías que serías completamente feliz nada más que con poder visitar a Annie Moffat —observó Beth con suma tranquilidad.

—Verdad que lo dije. Bueno; estoy alegre y no me quejaré; pero parece que cuanto más se recibe más se quiere... ¿No es así? ¡Vaya! Ya está todo listo y empaquetado, excepto mi traje de baile, el cual dejaré para mamá —dijo Meg, animándose a pasar la vista del baúl a medio llenar al vestido blanco, tantas veces planchado y remendado, al cual denominaba vestido de baile.

Al día siguiente hacía un tiempo espléndido, y Meg partió triunfante para pasar quince días de novedad y placer. La señora March había consentido en la visita con cierto disgusto, temiendo que Meg no volviera tan contenta como iba. Pero ella había rogado tanto, Sallie había prometido tan repetidamente cuidarla bien, y parecía tan agradable un poco de distracción después del trabajo invernal, que la señora March cedió y su hija fue a probar por vez primera la vida mundana.

Los Moffat afectaban un estilo mundano, y la sencilla Meg se sintió al principio algo intimidada por lo magnífico de la casa y la elegancia de sus moradores. Pero a pesar de su vida frívola eran gente amable y pronto la hicieron sentirse cómoda. Tal vez Meg, sin comprender por qué, tuvo la sensación de que no eran personas muy cultivadas o inteligentes, y de que todo su oropel no bastaba para ocultar el material ordinario de que estaban hechas. Era ciertamente agradable comer bien, pasearse en coche, ponerse los mejores vestidos todos los días y no hacer más que divertirse. Esto convenía a sus gustos; pronto comenzó a imitar

las maneras y la conversación de sus compañeras, a darse tono y servirse de frases francesas, rizarse el pelo, apretarse la cintura y hablar de modas tan bien como podía. Cuanto más veía las cosas bonitas de Annie, tanto más las envidiaba y suspiraba por ser rica. Ahora su casa le parecía desnuda y triste cuando pensaba en ella, el trabajo se le hacía más difícil que nunca, y se sentía como una muchacha muy poco favorecida por la fortuna, a pesar de los guantes nuevos y las medias de seda.

No tenía, sin embargo, mucho tiempo para quejarse, porque las tres chicas estaban muy ocupadas en “divertirse mucho”. Iban de tiendas, paseaban, andaban a caballo y hacían visitas todo el día; por la tarde iban al teatro y a la ópera, o jugaban en casa, porque Annie Moffat tenía muchísimos amigos y sabía cómo divertirlos. Sus hermanas mayores eran señoritas muy correctas; una tenía novio, lo cual parecía a Meg muy interesante y romántico. El señor Moffat era un viejo regordete y jovial, amigo del padre de ella, y su esposa, una señora regordeta y alegre que tomó tanto cariño a Meg como su hija se lo había tomado. Todos la atendían mucho, y “Daisy”, como la llamaban, estaba en buen camino de tener la cabeza trastornada.

Cuando llegó la noche del pequeño baile descubrió que el vestido de muselina de lana fina no iba bien, porque las otras chicas se ponían vestidos ligeros y se engalanaban hermosamente; así que sacó el vestido de tartán, que parecía más viejo, soso y gastado que nunca al lado del flamante vestido de Sallie. Meg notó la mirada que las chicas echaron a su traje, y después una a la otra, y sus mejillas se encendieron porque, a pesar de su dulzura, era muy orgullosa.

Nadie habló de ello, pero Sallie se ofreció a arreglarle el pelo, Annie a atarle la faja y Belle, la que tenía novio, alabó la blancura de sus brazos; pero en la amabilidad con que la trataban, Meg no vio más que lástima hacia su pobreza, y se sintió desanimada al verse aparte, mientras las otras reían, charlaban y corrían como ligeras mariposas. Su malestar iba haciéndose más amargo cuando entró la doncella con una cajita de flores. Antes de que pudiese hablar, Annie la había destapado dejando a la vista las bellas rosas, brezos y helechos que contenía.

—Deben ser para Belle; George siempre le envía algunas flores, pero éstas son encantadoras —exclamó Annie.

—Son para la señorita March, según dijo el mensajero. Aquí hay una carta —repuso la doncella, entregándosela a Meg.

—¡Qué gusto! ¿De quién son? No sabíamos que tenías novio —gritaron las chicas, llenas de curiosidad y sorpresa.

—La carta es de mamá y las flores de Laurie —contestó sencillamente Meg, aunque muy contenta de que no la hubieran olvidado.

—¿De veras? —dijo Annie, dudosa, mientras Meg metía la cartita a hurtadillas en su bolsillo, como un talismán contra la vanidad y el falso orgullo.

Sintiéndose casi feliz otra vez, escogió algunos helechos y rosas para sí misma y pronto arregló las otras en bonitos ramilletes para adornar a sus amigas, ofreciéndoselos tan graciosamente, que Clara, la hermana mayor, le dijo que era “la niña más amable que había visto”. La buena acción puso fin a su abatimiento, y cuando las demás fueron a que las viera la señora Moffat, se miró al espejo y se encontró con una cara con ojos alegres, según ponía los helechos en su pelo rizado y fijaba las rosas en el traje, que no le parecía tan usado.

Aquella noche se divirtió mucho, porque bailó cuanto quiso; todos fueron muy amables y recibió tres cumplidos. Annie la hizo cantar y alguien dijo que tenía una voz bien timbrada; el comandante Lincoln preguntó quién era “la muchachita fresca de ojos bellos”, y el señor Moffat insistió en bailar con ella porque “no vacilaba y tenía un paso muy ligero”. Pasó un rato muy agradable, hasta que oyó por casualidad una conversación que la perturbó muchísimo. Estaba sentada a la puerta del invernadero, esperando a su compañero que iba a traerle un helado, cuando oyó una voz al otro lado de la pared florida que preguntaba:

—¿Qué edad tiene él?

—Dieciséis o diecisiete años, diría yo —dijo otra voz.

—¡Qué magnífico partido para una de esas chicas!, ¿no le parece a usted? Sallie dice que son amigos íntimos ahora y el viejo está chiflado por ellas.

—Supongo que la señora March tiene sus proyectos, y está haciendo un juego prudente, temprano como es. Claro es que la muchacha no piensa todavía en ello —dijo la señora Moffat.

—Ella dijo aquella mentira tocante a su mamá como si se diera cuenta, y se ruborizó cuando llegaron las flores. ¡Pobrecilla! ¡Estaría tan bonita si se vistiera a la moda!

— ¿Piensa usted que se ofendería si nos ofreciéramos a prestarle otro vestido para el jueves? —preguntó otra voz.

—Es orgullosa, pero no creo que le importaría, porque no tiene más traje que ese viejo de tartán. Puede que se lo rasgue esta noche, lo que será una buena oportunidad para ofrecerle otro nuevo.

—Veremos; invitaré a ese Laurence en honor de ella y nos divertiremos mucho con ello después.

En esto apareció el compañero de Meg, que la encontró algo colorada y agitada. Era orgullosa y en aquel momento su orgullo le fue útil, porque la ayudó a ocultar su mortificación por lo que acababa de oír; porque por inocente que fuera, no pudo menos de comprender la murmuración de sus amigas. Trató de olvidarla, pero no pudo. Las frases “la señora March tiene sus proyectos”, “esa mentira acerca de su mamá” y “el viejo vestido de tartán” venían insistentemente a su memoria, hasta darle ganas de llorar y escaparse a casa para contar sus penas y pedir consejos. Como esto era imposible, hizo lo que pudo para simular alegría; y lo consiguió tan bien, que nadie hubiera sospechado el esfuerzo que le costaba. Estuvo muy contenta cuando terminó, y pudo irse tranquilamente a la cama, donde podía pensar hasta dolerle la cabeza y refrescar con algunas lágrimas sus mejillas ardientes.

Aquellas necias, aunque bien intencionadas palabras, le habían descubierto a Meg un mundo desconocido, perturbando la paz de aquel en que hasta entonces había vivido tan felizmente como un niño. Su inocente amistad con Laurie había sido estropeada por la conversación tonta que había oído; su confianza en su madre había sido un poco sacudida por los proyectos mundanos que la señora Moffat le atribuía, y la sensata resolución de contentar con el simple vestido que convenía a

la hija de un hombre pobre estaba debilitada por la innecesaria lástima que las otras chicas le habían demostrado.

La pobre Meg pasó la noche sin dormir y se levantó con los ojos pesados, infeliz, algo enojada hacia sus amigas y medio avergonzada de sí misma por no haber hablado francamente y aclarado todo. Aquella mañana todas estaban dormilonas, y las chicas no tenían suficiente energía para reanudar su tejido. Enseguida Meg notó algo en la conducta de sus amigas; la trataban más respetuosamente, pensó, se interesaban en lo que decía y la miraban con ojos que descubrían su curiosidad. Todo esto la sorprendió y la lisonjeó, aunque no lo comprendió, hasta que la señorita Belle levantó los ojos de su escritura y dijo con aire sentimental:

—Querida Meg, he enviado una invitación a tu amigo el señor Laurence para el jueves. Quisiéramos conocerlo y hacerte este cumplido.

Meg se ruborizó, pero con cierta idea maliciosa de reírse de las chicas, respondió modestamente:

—Eres muy amable, pero temo que no vendrá.

—¿Por qué no, chérie? —preguntó la señorita Belle con cierta alarma.

—Es demasiado viejo.

—Hija mía, ¿qué quieres decir? ¿Qué edad tiene?, quisiera saber —preguntó la señorita Clara.

—Cerca de los setenta, creo —respondió Meg, haciéndose la tonta.

—¡Qué pícara eres! Queremos decir el joven —exclamó la señorita Belle.

—No hay ningún joven; Laurie no es más que un chico —y Meg se rio también de la mirada sorprendida que las hermanas canjearon al describir ella así a su novio supuesto.

—De tu edad, poco más o menos —dijo Inés.

—Más bien de la edad de mi hermana Jo; yo cumpliré diecisiete años en agosto.

—Qué amable es enviándote flores, ¿no te parece? —dijo Annie.

—Sí; lo hace a menudo con todas nosotras, porque tiene muchas en su casa y a nosotras nos gustan mucho. Mi madre

y el viejo señor Laurence son amigos, comprenderán así, que no hay nada extraño en que nosotros, niños, juguemos juntos —respondió Meg, esperando que, con estas explicaciones no volverían sobre el asunto.

—Es claro que Meg todavía no se da cuenta —dijo la señorita Clara, con una seña de cabeza a Belle.

—Un estado de inocencia pastoral en todo ello —respondió la señorita Belle encogiéndose de hombros.

—Voy a salir para hacer algunas compritas para las muchachas; ¿puedo hacer algo por ustedes, señoritas? —preguntó la señora Moffat, entrando como un elefante vestida de seda y encajes.

—No, gracias, señora —respondió Sallie—; tengo mi traje nuevo de seda rosa para el jueves y no me hace falta nada.

—Ni yo —comenzó a decir Meg, pero se detuvo, porque pensó que le hacían falta varias cosas y no podía obtenerlas.

—¿Qué traje te vas a poner? —preguntó Sallie.

—Mi viejo traje blanco otra vez, si puedo arreglarlo de modo que pueda pasar; anoche se rasgó por varias partes —repuso Meg, tratando de hablar con naturalidad, aunque se sentía muy preocupada.

—¿Por qué no envías a casa por otro? —dijo Sallie, que no era muy observadora.

—No tengo ningún otro —contestó Meg, haciendo un pequeño esfuerzo; pero Sallie no se dio cuenta y exclamó, amable y sorprendida:

—¿No tienes más que aquél? ¡Qué curioso! —no acabó su discurso, porque Belle meneó la cabeza y la interrumpió, diciendo amablemente:

—Nada de eso. ¿De qué sirve tener muchos vestidos cuando aún no se está de largo? No necesitas enviar a casa, Meg, aunque tuvieras una docena, porque yo tengo un traje encantador de seda azul, que me ha quedado chico, y tú te lo pondrás para darme gusto. ¿Verdad, querida?

—Eres muy amable, pero no me importa usar mi vestido viejo, si no te ofendes; es bastante bueno para una chica de mi edad —respondió Meg.

—No, dame el placer de vestirme a la moda. Lo deseo mucho y estarás verdaderamente encantadora con algo de ayuda. No permitiré que alguien te vea hasta que tu tocado esté completo, y entonces entraremos súbitamente como Cenicienta y madrina en el baile —dijo Belle con voz persuasiva.

Meg no pudo rehusar la oferta hecha tan amablemente, porque el deseo de ver si estaría “verdaderamente encantadora” después de ciertos tocados le hizo aceptar y olvidar todos sus primeros sentimientos desagradables hacia los Moffat.

La noche del jueves Belle se encerró con su doncella y las dos lograron hacer de Meg una gentil dama. Le rizaron el pelo, le frotaron el cuello y los brazos con cierto polvo perfumado, tocaron sus labios con pomada coralina y le hubieran dado color a las mejillas si Meg no se hubiese opuesto. La empaquetaron en un traje azul celeste tan apretado que apenas podía respirar, y tan escotado que la modesta Meg se ruborizó al mirarse al espejo. Un juego de filigrana de plata se añadió a su atavío, compuesto de pulseras, collar, broche, y aún pendientes, porque Hortense los fijó con seda de color rosa que no se notaba. Un ramillete de capullos de rosas al pecho y una écharpe reconciliaron a Meg con el escote, y un par de zapatos de seda azul de tacones altos satisfizo el deseo de su corazón. Un pañuelo de encaje, un abanico de plumas y un ramillete en mango de plata completaron su tocado, y la señorita Belle al mirarla encontró la misma satisfacción de una niña que acaba de vestir a su gusto una muñeca.

—La señorita está encantadora, tres jolie, ¿no es verdad? —exclamó Hortense, cruzando las manos con fingido arrobamiento.

—Ven y preséntate —dijo la señorita Belle, precediéndola al cuarto donde esperaban las otras.

Al seguirla con mucho crujir de seda, retintín de pendientes, movimiento de bucles y palpitación de corazón, Meg pensaba que al fin su diversión había comenzado de veras, porque el espejo le dijo claramente que estaba “verdaderamente encantadora”.

—Mientras yo me visto, Annie, enséñale cómo arreglar su falda y esos tacones franceses, o dará un tropezón. No arrui-

nen el trabajo encantador de mis manos —dijo Belle, saliendo precipitadamente, muy satisfecha de su éxito.

—Temo bajar; me siento tan extraña, tiesa y medio desnuda... —susurró Meg a la señorita Sallie cuando tocó la campana y la señora Moffat envió a decir que bajasen las señoritas.

— No pareces la misma, pero estás muy bonita. No puedo lucir a tu lado, porque Belle tiene gusto y estás completamente francesa, te lo aseguro. Deja colgar las flores; no te ocupes demasiado de ellas y no tropieces —respondió Sallie.

Acordándose bien del aviso, Meg bajó la escalera sin tropiezo y entró majestuosamente en el salón, donde estaban reunidos los Moffat y algunos invitados tempranos. Pronto descubrió que hay algo encantador en los vestidos elegantes que atrae a cierta clase de gente y asegura su respeto. Algunos jóvenes que no habían hecho caso de ella antes se tornaron de repente muy amables: algunos muchachos que no habían hecho más que mirarla con extrañeza durante la reunión anterior, ahora no se contentaron con mirarla, sino que rogaron ser presentados a ella y le dijeron toda clase de tonterías; y algunas damas ancianas, que sentadas en sofás criticaban a los demás, preguntaron con interés quién era. Oyó a la señora Moffat que respondía a una de ellas:

—Daisy March... Su padre es coronel en el ejército... Una de nuestras mejores familias, pero cambios de fortuna, ¿sabe usted?... Amiga de los Laurence; una persona encantadora, le aseguro; mi Eduardo está loco por ella.

—¡Vaya, vaya! —dijo la otra dama, levantando sus anteojos para inspeccionar otra vez a Meg, que trató de aparentar no haber oído, ni ofenderse por las mentiras de la señora Moffat.

La “extraña sensación” no desapareció, pero se imaginó hacer el nuevo papel de una dama elegante y logró hacerlo bastante bien, aunque el traje ajustado le causaba dolores en el costado, la cola del traje se le ponía entre los pies y temía constantemente que los pendientes se le cayeran y se rompiesen. Estaba abanicándose y riéndose de las bromas tontas de cierto mozo, que trataba de ser chistoso, cuando de pronto dejó de reír y se quedó desconcertada, porque vio a Laurie en-

frente de ella. El la miraba fijamente, sin disimular su sorpresa ni su desaprobación, según pensó ella; porque aunque saludó y sonrió, algo en sus ojos honestos la hizo ruborizarse y desear haberse puesto su vestido viejo. Para completar su confusión, vio a Belle hacerle señas a Annie y ambas pasaban la mirada de ella a Laurie, más tímido y añorado que de costumbre, cosa que ella observó con placer.

“¡Qué locas son metiéndome tales ideas en la cabeza! No haré caso de ello, ni cambiaré lo más mínimo”, pensó Meg, y atravesó la sala con mucho crujir de seda para dar la mano a su amigo.

— Me alegro que hayas llegado, porque temía que no vinieras —dijo con aire de persona mayor.

—Jo quiso que viniera para contarle cómo estabas.

—¿Qué le dirás? —preguntó Meg llena de curiosidad por saber lo que pensaba de ella, aunque sintiéndose por primera vez algo desconcertada delante de él.

—Diré que no te conocí, porque pareces tan crecida y tan diferente que me da miedo de ti —dijo, jugueteando con el botón del guante.

—¡Qué tontería! Las chicas me han vestido por diversión y me gusta. ¿No se asombraría Jo si me viera?

—Creo que sí.

—¿No te agrada mi apariencia?

—No, no me agrada.

—¿Por qué no?

El observó el pelo rizado, a los hombros desnudos y al traje recargado de adornos con tal expresión que la desconcertó más que la respuesta.

—No me agradan adornos ni plumas.

No pudiendo aguantar tales cosas de un muchacho más joven que ella, Meg lo dejó, diciendo con petulancia:

—Jamás he visto un chico más descortés.

Sintiéndose muy enfadada, se acercó a una ventana apartada para refrescar sus mejillas, porque el traje apretado le hacía salir a la cara colores demasiado vivos. Mientras estaba allí pasó el comandante Lincoln y un minuto después le oyó decir a su madre:

—Se han burlado de aquella muchachita. Deseaba que usted la viese, pero la han estropeado por completo; esta noche no es nada más que una muñeca.

—¡Ay de mí! —suspiró Meg—. Ojalá hubiera sido sensata y me hubiese puesto mi vestido; no habría dado una impresión desagradable ni me hubiera sentido tan molesta y avergonzada. Apoyó la frente sobre el vidrio frío y permaneció allí, medio oculta por las cortinas, sin hacer caso de que había comenzado su vals favorito, cuando alguien la tocó, y volviéndose vio a Laurie que parecía arrepentido al decir con su mejor reverencia y la mano extendida:

—Perdona mi descortesía y ven a bailar conmigo.

—Temo que te sea muy desagradable —dijo Meg, tratando de parecer ofendida, pero sin lograrlo.

— De ninguna manera; me dará mucho placer. Ven, seré bueno. No me agrada tu traje, pero pienso que estás encantadora.

Meg sonrió, se ablandó y susurró, mientras esperaban para tomar el pasó:

—Ten cuidado de no tropezar con mi falda; es una peste; fue una tontería ponérmela.

—Sujétala con un alfiler alrededor del cuello y entonces será de cierta utilidad. Comenzaron a bailar ligeramente y con gracia; pues habiendo practicado en casa, se acompañaban bien, y era un placer verlos tan jóvenes y ágiles dar vueltas y vueltas rápidamente, sintiéndose más amigos que nunca después de su pequeño disgusto.

—Laurie, quiero que me hagas un favor; ¿lo harás? —dijo Meg, mientras su compañero la abanicaba cuando le faltó el aliento, aunque no quiso reconocer por qué.

—¡Claro que sí! —respondió Laurie con presteza.

—No comentes en casa el traje que me he puesto esta noche. No podrán comprender la broma y le disgustará a mamá.

— ¿Entonces, por qué te lo has puesto? —dijeron tan claramente los ojos de Laurie, que Meg se apresuró a añadir:

—Yo misma les diré todo y confesaré a mamá qué tonta he sido. Pero prefiero hacerlo yo misma; no dirás nada, ¿verdad?

—Te doy mi palabra que no diré nada; pero, ¿qué diré cuando me pregunten?

—Di que estaba bonita y que me divertía muchísimo.

—Lo primero lo diré de todo corazón; pero, ¿y lo demás? No me parece que te diviertas muchísimo. ¿Es verdad?

—No, en este momento. No pienses que soy horrible; solamente quería divertirme un poco, pero ya veo que no vale la pena hacerlo de este modo y me voy cansando de ello.

—Aquí viene Ned Moffat; ¿qué desea? —dijo Laurie, frunciendo las cejas.

—Le he prometido tres bailes y supongo que viene a buscarlos. ¡Qué fastidioso! —murmuró Meg, con aire lánguido, que hizo mucha gracia a Laurie.

No le habló otra vez hasta la hora de la cena, cuando la vio beber champaña con Ned y su amigo Fisher, que se conducían como un par de locos, según se dijo Laurie para sí porque se sentía con cierto derecho fraternal para proteger a las March y pelear por ellas siempre que necesitaran un defensor.

—Mañana tendrás un dolor de cabeza terrible si bebes demasiado. Yo no lo haría, Meg; no le gustaría a tu madre, ya sabes —susurró, acercándose a ella, mientras Ned se volvía para volver a llenar su vaso y Fisher se inclinaba a recoger su abanico.

—Esta noche no soy Meg; soy una muñeca que hace toda clase de tonterías. Mañana me quitaré todos mis adornos y plumas y seré muy buena otra vez —respondió con risa afectada.

—Entonces quisiera que ya fuese mañana —murmuró Laurie, marchándose disgustado por el cambio de ella.

Meg bailó, coqueteó, charló y rio por cualquier cosa como hacían las demás. Después de la cena trató de bailar un paso alemán, con tanta torpeza, que casi hizo caer a su compañero con su falda larga, y brincó de tal modo que escandalizó a Laurie, que al verla pensaba retarla bastante. Pero no encontró ocasión para ello, porque Meg se mantuvo fuera de su alcance hasta el momento de despedirse.

—¡Recuerda! —dijo, tratando de sonreír, porque el dolor de cabeza había ya comenzado.

—Silencio hasta la muerte —dijo Laurie, saludándola melodramáticamente.

Este breve diálogo excitó la curiosidad de Anne; pero Meg estaba demasiado cansada para charlar. Se acostó con la sensación de haber estado en un baile de máscaras y de no haberse divertido tanto como había imaginado. Estuvo enferma todo el día siguiente, y el sábado volvió a casa fatigadísima de sus dos semanas de diversión y hastiada de la atmósfera de lujo que había respirado.

—¡Qué grato parece estar tranquila y no tener que estar siempre cuidando los modales! El hogar es un sitio agradable, aunque no sea magnífico —dijo Meg, contemplando el cuarto con expresión tranquila, sentada en compañía de su madre y Jo la tarde del domingo.

—Me alegra oírte hablar así, querida mía, porque yo temía que el hogar te pareciera algo triste y pobre después de haber vivido entre lujos —respondió su madre, que le había echado muchas miradas ansiosas aquel día. Los ojos maternos pronto notan cualquier cambio en la cara de sus hijos.

Meg había relatado vivamente sus aventuras y no se cansaba de repetir que había pasado un tiempo encantador; pero, sin embargo, algo parecía afligirla. Cuando las chicas más jóvenes se fueron a acostar, se quedó sentada mirando fijamente al fuego, hablando poco y muy preocupada. Dieron las nueve y Jo propuso acostarse. De repente Meg se levantó y sentándose en el taburete de Beth apoyó los codos sobre las rodillas de su madre y dijo con decisión;

—Mamá, quiero “confesar”.

—Me lo imaginaba; ¿qué tienes que confesar, querida mía?

—¿Debo ausentarme? —preguntó Jo.

—Claro que no; ¿no te digo siempre todo? Me daba vergüenza hablar de ello delante de las niñas; pero quiero que sepan todas las cosas terribles que hice en casa de los Moffat.

—Estamos preparadas —dijo la señora March, sonriendo, aunque algo preocupada.

—Les dije cómo me vistieron, pero no dije que me pusieron polvo en la cara; me apretaron la cintura, me rizaron y me

pusieron como un verdadero figurín. A Laurie no le pareció bien; lo sé, aunque no dijo nada, y un caballero me llamó “una muñeca”. Yo sabía que era una necedad, pero me adularon y dijeron que era encantadora y muchísimas otras tonterías, así que dejé que me pusieran en ridículo.

—¿Eso es todo? — preguntó Jo, mientras la señora March miraba silenciosamente la cara abatida de su preciosa hija sin decidirse a censurar sus tonterías.

—No; bebí champaña, brinqué y traté de coquetear; me comporté de un modo detestable —contestó Meg, con tono acusador.

—Sospecho que hay algo más —y la señora March acarició la mejilla suave, que se ruborizó súbitamente, mientras la joven respondía lentamente:

—Sí; es muy tonto, pero quiero decírselos porque detesto que la gente diga o piense tales cosas de nosotras y de Laurie.

Entonces relató las murmuraciones oídas en casa de los Moffat, y a medida que hablaba notó que Jo y su madre apretaban fuertemente los labios como disgustadas de que hubiesen medido tales ideas en la mente inocente de Meg.

—¡En mi vida he oído mayores estupideces! —gritó Jo con indignación—. ¿Por qué no se lo dijiste así al momento?

—No podía; ¡estaba tan desconcertada! Al principio no pude evitar oírlas y después estaba tan furiosa y avergonzada que me olvidé que debía alejarme.

—Espera a que yo vea a Annie Moffat y verás cómo se arreglan las ridiculeces. ¿Conque tenemos “proyectos” y somos amigas de Laurie porque es rico y luego puede casarse con una de nosotras? ¡Cuánto se reirá cuando le diga lo que aquellas tontas dicen de nosotras!

—Si se lo dices a Laurie, no te lo perdonaré jamás. Ella no debe hacerlo, ¿verdad, mamá? —dijo Meg, alarmada.

—No; no repitan esa necia charla y olvídenla lo antes posible —contestó gravemente la señora March—. Fui muy imprudente en dejarte visitar a personas que conozco tan poco, amables probablemente, pero mundanas, mal educadas y llenas de ideas vulgares acerca de los jóvenes. No puedo decir cuánto siento el mal que esta visita puede haberte hecho, Meg.

— No te preocupes por eso; no dejaré que me haga mal; olvidaré todo lo malo y solamente me acordaré de lo bueno, porque pasé muy buenos ratos y te doy las gracias por haberme permitido ir. Sé que soy una muchacha tonta y permaneceré contigo hasta que sea capaz de cuidarme por mí misma. ¡Pero es tan agradable recibir elogios y cumplidos, que no puedo negar que me gustan! — dijo Meg, medio avergonzada por la confesión.

— Eso es perfectamente natural y no pernicioso, si tu inclinación no se convierte en pasión y te hace conducirte de manera estúpida o indigna de una señorita. Aprende a reconocer y apreciar las alabanzas que vale la pena recibir y atraerte la admiración de personas buenas por ser modesta tanto como hermosa, Meg.

Meg quedó pensativa un momento, mientras Jo, de pie, con las manos a la espalda, la miraba interesada y perpleja. Ver a Meg ruborizarse y hablar de admiración, novios y cosas parecidas era una novedad. Jo experimentaba la sensación de que durante aquellos quince días su hermana había crecido extraordinariamente y se alejaba de ella hacia un mundo donde no podía seguirla.

— Madre mía, ¿tienes “proyectos”, como dice la señora Moffat? — preguntó Meg, ruborizada.

— Sí, querida mía, tengo muchísimos; todas las madres los tienen; pero sospecho que los míos son algo diferentes de los de la señora Moffat. Te diré algunos, porque ha llegado el tiempo en que una palabra puede poner en buena dirección esa cabecita y corazón romántico sobre asuntos muy graves. Eres joven, Meg, pero no demasiado joven para no comprenderme, y los labios maternos son los mejores para hablar de tales cosas a jóvenes como tú. Jo, también a ti te llegará el turno quizás, así que escuchen mis “proyectos” y ayúdenme a realizarlos si son buenos.

Jo se sentó en un brazo de la butaca con el aspecto de quien va a participar en un acto solemne. Tomando una mano de cada una, la señora March dijo con seriedad y a la vez con optimismo:

— Quiero que mis hijas sean hermosas, distinguidas y buenas, que se hagan querer y respetar; que tengan una juventud

feliz; que se casen bien y prudentemente; que pasen vidas útiles y felices, tan libres de dificultades y tristeza como Dios quiera concedérselas. Ser amada y distinguida por un hombre bueno es lo mejor que puede ocurrirle a una mujer, y mi esperanza es que mis hijas conozcan esta hermosa experiencia. Es natural pensar en ello. Meg, es justo esperarlo y prudente prepararse para ello, de manera que cuando llegue la hora puedan sentirse listas para sus deberes y dignas de la felicidad. Hijas mías, soy ambiciosa para ustedes; pero no deseo que hagan un papel ruidoso en el mundo, ni que se casen con hombres ricos porque son ricos o que tengan casas espléndidas, que no sean verdaderos hogares, porque falte el amor en ellos. El dinero es cosa útil y preciosa, y también noble cuando se emplea bien; pero no quiero que lo consideren como el primero o el único premio que ganar. Preferiría verlas esposas de hombres pobres si fueran felices, amadas y contentas, que reinas en sus tronos sin propia estimación ni paz.

—Las muchachas pobres no tienen oportunidades, dijo Belle, si no se hacen valer —suspiró Meg.

—Entonces seremos solteronas —repuso Jo seriamente.


—Bien dicho, Jo; más vale ser solteronas felices que casadas desgraciadas o muchachas inmodestas a caza de maridos —dijo decididamente la señora March—. No hagas caso, Meg; la pobreza rara vez intimida al hombre que ama de veras. Algunas de las madres y más estimadas mujeres que conozco eran muchachas pobres, pero tan dignas de ser amadas que no alcanzaron a ser solteronas. Dejen tales cosas al tiempo. Hagan feliz este hogar, para que estén preparadas para sus propios hogares, si es ésa vuestra suerte, y contentas si no lo es. Recuerden una cosa, hijas mías: su madre está siempre lista para ser su confidente, y vuestro padre para ser vuestro amigo; esperamos y confiamos que nuestras hijas, casadas o solteras, constituirán el orgullo y consuelo de nuestras vidas.

—Lo seremos, mamá, lo seremos —exclamaron ambas con todo su corazón, mientras su madre les daba las buenas noches.



Capítulo 10

Cuadrillas y correos

 on la llegada de la primavera se pusieron de moda nuevas diversiones, y los días más largos daban tiempo para toda clase de trabajos y recreos. Era menester labrar el jardín, y, cada hermana tenía la cuarta parte de un jardincito, donde podía hacer lo que gustara. Hanna solía decir: “Adivinaría de quién es cada jardincito aunque lo viera en la China.” Bien podía decirlo, porque los gustos de las muchachas diferían tanto como sus caracteres. Meg tenía en el suyo rosas, hebotropo, mirto y un pequeño naranjo. El jardincito de Jo no estaba dos años lo mismo porque siempre hacía experimentos. Este año iba a ser una plantación de girasoles, cuyas semillas habían de dar de comer a la gallina Muñuda y su familia de polluelos. Beth tenía flores perfumadas: arvejillas, reseda, delfino, clavelinas y artemisa, álsine para el pájaro y yerba gatera para los gatos. En su jardincito tenía Amy una glorieta, algo pequeña y desigual, pero muy bonita, rodeada de guirnaldas de madreselva y campanillas; lirios altos y blancos, helechos delicados y tantas clases de plantas como quisiesen florecer allí.

Trabajando en el jardín, paseando, remando en el río y buscando flores silvestres, pasaban los días en que hacía buen

tiempo; para los lluviosos tenían entretenimientos en casa, todos más o menos originales. Uno de ellos era “La cuadrilla de Pickwick”; porque como las sociedades secretas estaban de moda, pensaron que sería muy adecuado tener una, y siendo todas ellas admiradoras de Dickens, la titularon “La cuadrilla de Pickwick”. Con pocas interrupciones, la habían mantenido por un año, celebrando sus sesiones los sábados por la noche en la boardilla grande con el ceremonial siguiente: se colocaban tres sillas en línea delante de una mesa, sobre la cual había una lámpara, cuatro distintivos blancos, con letras “C. P”, en tamaño grande, y el periódico, que aparecía todas las semanas, llamado “El Cartapacio Pickwick”, redactado entre todas, con Jo de director. A las siete, los cuatro miembros de la cuadrilla subían a su cuarto, se ajustaban a la cabeza los distintivos y se sentaban con mucha solemnidad. Meg, por ser la mayor, era Samuel Pickwick; Jo, Agustín Snodgrass; Beth, Tracy Tupman, y Amy representaba a Nataniel Winkle. Pickwick, el presidente, leía el periódico, lleno de cuentos originales, poesías, noticias locales, anuncios curiosos y notas sueltas, por las cuales se recordaban una a otra sus faltas y deficiencias.

En una ocasión, el señor Pickwick se puso un par de gafas sin cristal, golpeó la mesa, tosió, y después de encarar al señor Snodgrass, que no acababa nunca de poner derecha su silla comenzó a leer “El Cartapacio”.

Al terminar el presidente la lectura, sonó una salva de aplausos, después de lo cual, el señor Snodgrass se levantó para hacer una proposición.

—Señor presidente, caballeros — comenzó, adoptando un tono parlamentario—, deseo proponer la admisión de un miembro nuevo; se trata de uno que bien merece el honor, que lo agradecería sinceramente, aumentaría en alto grado la animación de la cuadrilla, el valor literario del periódico y el bienestar general. Propongo como miembro honorario del “C.P.” al señor Theodore Laurence. ¡Bien! Vamos a darle entrada.

El cambio súbito en la voz de Jo hizo reír a las chicas; pero todas se quedaron pensativas y ninguna dijo una palabra al tomar asiento Snodgrass.

—Lo pondremos a votación —dijo el presidente—. Todos los que estén a favor de esta proposición tengan la bondad de manifestarlo diciendo “ ¡Sí! “.

Una fuerte respuesta de Snodgrass, seguida de otra tímida de Beth, sorprendió a todas.

—Los que estén en contra digan “No”.

Meg y Amy votaron en contra, y el señor Winkle se levantó para decir con mucha elegancia:

—No queremos admitir muchachos; no hacen más que bromear y brincar. Esta sociedad es para señoras y deseamos que sea confidencial y propia.

—Temo que se reirá de nuestro periódico y se burlará de nosotras después —observó Pickwick, tirándose del bucle de la frente, como solía hacer cuando estaba indecisa.

Snodgrass se levantó de un salto y dijo con mucha seriedad:

—Señor presidente, le doy mi palabra de honor que Laurie no hará tal cosa. Le gusta mucho escribir y elevará la calidad de nuestras producciones, evitando que sean demasiado sentimentales, ¿comprenden? Hacemos tan poco por él y él hace tanto por nosotras, que lo menos que podemos hacer, en mi opinión, es ofrecerle un asiento aquí y darle la bienvenida si acepta.

Esta hábil alusión a los beneficios recibidos hizo levantarse a Tupman completamente convencido.

—Sí, debemos hacerlo, aunque tengamos miedo. Digo que puede venir, y su abuelo también, si lo desea.

La cuadrilla quedó boquiabierta por esta animosa frase de Beth. Jo se levantó para darle la mano en señal de aprobación.

—Ahora votemos de nuevo y que todas recuerden que se trata de nuestro Laurie y digan “Sí” —gritó vivamente Snodgrass.

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí! —respondieron tres voces a la vez.

—¡Buena!, que Dios las bendiga. Ahora, como hay que asir la ocasión por los cabellos, permítanme que les presente el miembro nuevo —y con espanto de los demás miembros de la cuadrilla, Jo abrió la puerta del armario y mostró a Laurie sentado en el saco de trapos, sofocado y guiñando los ojos a fuerza de aguantar la risa.

—¡Pícaro!, ¡traidor! Jo, ¿cómo te has atrevido? —exclamaron las tres muchachas, mientras Snodgrass sacaba triunfalmente a su amigo, y brindándole una silla y un distintivo, le daba posesión en un santiamén.

—La frescura de ustedes dos, pícaros, es inaudita —comenzó a decir el señor Pickwick, tratando de fruncir las cejas, sin lograr otra cosa que producir una sonrisa amable. Pero el nuevo miembro se puso a la altura de las circunstancias. Saludando graciosamente al presidente, se levantó y dijo de la manera más gentil:

—Señor presidente, señoras..., perdonen, caballeros; permítanme presentarme como Sam Weller, el humilde servidor de la sociedad.

—¡Bien, bien! —exclamó Jo, dando golpes con el mango del viejo calentador, sobre el cual se apoyaba.

—Mi fiel amigo y noble patrón —continuó Laurie, agitando la mano—, que acaba de presentarme con elogios tan inmerecidos, no merece ser censurado por la torpe estratagema de esta noche. Yo la ideé y ella cedió después de muchas protestas.

—Vamos, no te echés toda la culpa; ya sabes que fui yo quien propuso lo del armario —interrumpió Snodgrass, que gozaba inmensamente de la broma.

—No hagan caso de lo que dice. Yo soy el traidor que lo hizo, señor —dijo el miembro nuevo, saludando al señor Pickwick a la manera de Sam Weller—. Pero, bajo mi palabra de honor, no lo volveré a hacer, y de aquí en adelante me consagraré a promover relaciones amistosas entre los países vecinos, he establecido un buzón en el seto en el rincón más bajo del jardín: un edificio amplio y hermoso, con candados en las puertas y todo lo conveniente para el despacho de correos. Es la vieja casa de las golondrinas; pero he cerrado la puerta y abierto el techo de manera que puede contener toda clase de objetos y evitarnos la pérdida de un tiempo precioso. Cartas, manuscritos, libros y paquetes pueden depositarse en ella; y, como cada país tiene una llave, creo que será muy útil. Permítanme que presente la llave a la sociedad y que, repitiendo las gracias por vuestra benevolencia, tome asiento.

Calurosos aplausos sonaron cuando el señor Weller puso una llavecita sobre la mesa y tomó asiento; el calentador resonó y se agitó locamente, y pasó largo rato antes de que se restableciese el orden. Siguió una larga discusión, en la cual quedaron todas muy bien, porque cada una hizo lo mejor que pudo; resultó, pues, una sesión más animada que de costumbre, que se prolongó bastante, levantándose con tres ruidosas aclamaciones al nuevo miembro.

Nadie se arrepintió de haber admitido a Sam Weller, porque miembro más fiel, jovial o bien intencionado no podría encontrarse. Ciertamente dio más estímulo a las reuniones y aumentó el valor literario del periódico, porque los miembros se reían a carcajadas de sus discursos y sus artículos eran de buena calidad: patrióticos, clásicos, cómicos o dramáticos, pero nunca sentimentales. Jo los juzgaba dignos de Shakespeare, Bacon o Milton, y se sintió impulsada a remoldear sus propios trabajos literarios con buen resultado en su opinión.

El correo fue una excelente institución, y floreció maravillosamente, porque pasaban por él tantas cosas curiosas como por un correo de verdad. Tragedias y corbatas, poesías y tarros de dulce, semillas para el jardín, cartas largas, música y pan de jengibre, galochas, invitaciones, regaños y perrillos. El viejo señor gozaba del juego y se divertía enviando paquetes curiosos, comunicaciones misteriosas y telegramas cómicos; su jardinero, vencido por los encantos de Hanna, le envió una carta amorosa a cargo de Jo. ¡Cómo se rieron cuando se descubrió el secreto, sin imaginar las muchas cartas amorosas que el buzón estaba llamado a recibir en años venideros!



Capítulo 11

Experimentos

Día primero de junio!; mañana se van los King a la costa y estoy libre! ¡Tres meses de vacaciones! ¡Cómo voy a divertirme! — exclamó Meg al entrar en casa un día de calor y encontrando a Jo acostada en el sofá, más cansada que de costumbre, mientras Beth le quitaba las botas cubiertas de polvo y Amy preparaba limonada para que todas se refrescasen.

—Hoy se fue la tía March. ¡Albricias! —dijo Jo—. Tenía un miedo mortal que me invitase a acompañarla. Si lo hubiera hecho, me habría sentido obligada a aceptar; pero como saben, Plumfield es tan festivo como un cementerio, y prefería que me dispensara. Andábamos enloquecidas preparando la marcha y yo temblaba cada vez que me hablaba, porque con la prisa de acabar estuve extraordinariamente amable y complaciente, tanto que temí que a último momento no, quisiera dejarme. Estuve alarmada hasta que la vi instalada en el coche, y entonces me llevé el susto final, porque al ponerse el coche en marcha asomó la cabeza por la ventanilla, diciendo: “Jo, ¿no quieres?...” No oí más porque cometí la cobardía de darme vuelta y huir hasta doblar la esquina, donde ya me sentí segura.

—¡Pobre Jo! Traía una cara como si la persiguieran dos osos —dijo Beth, acariciándole los pies.

—La tía March es un verdadero “zafiro”, ¿verdad? —observó Amy.

—Quiere decir “vampiro”, no la piedra preciosa; pero no importa; hace demasiado calor para detenerse en minucias gramaticales —murmuró Jo.

—¿Qué van a hacer durante sus vacaciones? —preguntó Amy, cambiando de tema.

—Me levantaré tarde y no haré nada —respondió Meg desde el fondo de la mecedora—. He tenido que madrugar todo el invierno y pasar los días trabajando para otros; así que voy a descansar y a gozar todo lo que pueda.

—¡Ya! —dijo Jo—. Esa modorra no va conmigo. He reunido una pila de libros y voy a aprovechar las horas de sol leyendo en la rama del viejo manzano, cuando no esté retozando con Laurie.

—Oye, Beth, vamos a dejar las lecciones por algún tiempo, para no hacer más que jugar y descansar, como han pensado las mayores —propuso Amy.

— Bueno; estoy conforme, si mamá lo permite. Deseo aprender canciones nuevas y tengo que arreglar a mis niños para el verano: sufren por la falta de vestidos.

— ¿Podemos hacerlo, mamá? —preguntó Meg, volviéndose hacia la señora March, que cosía en lo que solían llamar el rincón de mamá.

—Pueden hacer el experimento que han pensado por una semana y ver si les gusta. Creo que para el sábado por la noche habrán descubierto que todo juego y nada de trabajo es tan malo como todo trabajo y nada de juego.

—¡Verás cómo no! ¡Será delicioso!, estoy segura —dijo afa-blemente Meg.

— Ahora propongo un brindis, como dice mi “amiga y compañera Saury Ganp”: Viva la alegría y dejarse de tonterías —gritó Jo, levantándose con un vaso en la mano, mientras circulaba la limonada.

Todas bebieron alegremente y comenzaron el experimento, descansando el resto del día. A la mañana siguiente no apareció Meg hasta las diez; su desayuno solitario no le gustó mucho: el

comedor parecía desolado y desordenado, porque Jo no había llenado los floreros ni Beth había limpiado el polvo; los libros de Amy estaban esparcidos por todas partes. Nada estaba arreglado y agradable sino el rincón de mamá, que tenía su apariencia acostumbrada, y allá se sentó para descansar y leer, pero acabó por bostezar y pensar en los trajes bonitos para el verano que podía comprar con lo que ganaba. Jo pasó la mañana en el río con Laurie, y la tarde en la rama del manzano leyendo y llorando con una novela triste. Beth comenzó por sacar fuera todo lo que había en el armario grande, donde vivía su familia; pero cansada a la mitad del trabajo, dejó su establecimiento patas arriba y se fue a su música, alegrándose de no tener cacharros que fregar. Amy arregló su glorieta, se puso su mejor traje blanco, se peinó los bucles y se sentó bajo la madre selva para dibujar, esperando que alguien la viera y preguntara quién era la joven artista. Pero como no apareció nadie, sino una araña curiosa que examinó su trabajo con mucho interés, se fue a dar un paseo, donde la sorprendió un chaparrón y volvió a casa calada hasta los huesos.

A la hora del té cambiaron impresiones, estando todas de acuerdo en que había sido un día encantador, aunque les pareciera más largo que de costumbre. Meg, que había visitado las tiendas por la tarde y comprado “una muselina azul muy bonita”, descubrió, después de cortar el vestido, que no se podía lavar, lo cual la decepcionó. Jo tenía la piel de la nariz tostada por el sol, resultado de la mañana pasada en el bote, y un horrible dolor de cabeza de tanto leer. Beth estaba molesta por el desorden del armario y lo difícil de aprender tres o cuatro canciones a un tiempo, y Amy lamentaba la mojadura de su vestido, porque estaba invitada a casa de Katy Brown al día siguiente y no tenía nada que ponerse. Pero éstas eran pequeñeces, y todas aseguraron a su madre que el experimento iba muy bien. Ella sonrió sin decir nada, y con la ayuda de Hanna hizo el trabajo abandonado por las chicas, manteniendo grato el hogar y la máquina doméstica en suave marcha.

Era sorprendente la extraña y molesta situación que se produjo con el procedimiento de “descansar y divertirse”. Los días

se hacían cada vez más largos, el tiempo estaba más variable que de costumbre, así como el humor de ellas; todas se sentían inquietas y la ociosidad resultó ser madre de no pocos males. Como colmo de lujo, Meg dio parte de su costura a una costurera, y después se le hizo tan pesado el tiempo, que comenzó a cortar y estropear sus trajes para imitar a las Moffat. Jo leyó hasta que le dolieron los ojos, se aburrió de los libros y se puso tan nerviosa, que hasta Laurie, con todo su buen humor, riñó con ella. Beth logró pasarlo bastante bien, porque siempre se olvidaba de la consigna de “todo juego y nada de trabajo”, y de vez en cuando volvía a sus antiguas costumbres; pero algo en la atmósfera la afectó, turbando más de una vez su tranquilidad, hasta el punto de que un día sacudió a la pobre querida Jo y la llamó “espantajo”. Amy fue la que se vio peor, porque tenía pocos recursos, y cuando sus hermanas la dejaron que se entretuviese y se cuidase por sí sola, descubrió que su personalidad distinguida e importante era una pesada carga. Las muñecas no le gustaban, los cuentos de hadas eran cosa de niño y no iba a estar dibujando continuamente. Las invitaciones para el té y las excursiones no resultaban gran cosa si no se preparaban con mucho cuidado.

Ninguna quería confesar que estaba cansada del experimento, pero cuando llegó la noche del viernes todas reconocían que se alegraban de que faltara poco para acabar la semana. Con la esperanza de acentuar la lección, la señora March, que tenía buen humor, decidió completar el experimento de un modo apropiado, para lo cual dio a Hanna un día de fiesta y dejó que las chicas disfrutaran plenamente los efectos del sistema de juego incesante. Cuando se levantaron el sábado por la mañana, no había fuego en la cocina, ni desayuno en el comedor, ni aparecía su madre por ninguna parte.

—¡Pobres de nosotras! ¿Qué pasa aquí? —gritó Jo, mirando espantada a su alrededor.

Meg corrió arriba y volvió a poco con expresión tranquilizadora, pero algo perpleja y avergonzada.

—Mamá no está enferma; solamente algo cansada, dice que se quedará tranquila en su cuarto todo el día y que hagamos,

lo que podamos. Es muy raro en ella hacer tal cosa; pero dice que la semana le ha sido algo dura; no debemos quejarnos, sino cuidarnos nosotras mismas.

—Eso es fácil y me gusta la idea. Estoy deseando hacer algo..., quiero decir, alguna diversión nueva —dijo Jo.

En realidad, era un gran alivio para su aburrimiento tener algo que hacer, y se pusieron a ello con todo corazón; pero pronto comprendieron lo cierto de lo que Hanna solía decir: “el cuidar de la casa no es una broma”. En la despensa había provisiones abundantes, y mientras Beth y Amy ponían la mesa, Meg y Jo preparaban el desayuno, preguntándose al hacerlo por qué se quejarían tanto las criadas de su trabajo.

— Le subiré algo a mamá, aunque dijo que no nos ocupáramos de ella porque se cuidaría ella misma —dijo Meg, que presidió la mesa, detrás de la tetera, y apreciaba su importante papel.

Prepararon una bandeja y la enviaron arriba con los saludos de la cocinera. El té hervido estaba amargo, la tortilla quemada y las galletas salpicadas de bicarbonato pero la señora March recibió gentilmente su comida y se rio mucho de ellas cuando estuvo sola.

—¡Pobrecitas!, temo que pasarán un día cansador, pero no sufrirán y les será provechoso — dijo, mientras sacaba los comestibles más agradables de que se había provisto y se deshizo del desastroso desayuno, para que no se ofendiesen las niñas.

Abajo hubo muchísimas quejas, y la maestra cocinera sufrió no poca mortificación por sus fracasos culinarios.

— No hagas caso; yo prepararé la comida y seré la criada; tú harás de señora; recibirás las visitas y darás órdenes —dijo Jo, que entendía de cocina todavía menos que Meg.

Meg aceptó con alegría tan amable oferta y se retiró a la sala, que arregló rápidamente, echando todos los papeles debajo del sofá y cerrando las persianas para evitarse el trabajo de limpiar el polvo. Jo, confiada en sus propias habilidades, y deseando reconciliarse con su amigo, puso enseguida una carta en el buzón para invitar a Laurie a comer.

—Sería prudente ver lo que tienes antes de invitar a nadie —dijo Meg, cuando se enteró de la amistosa pero arriesgada iniciativa.

—¡Oh!, tenemos carne en conservas y papas abundantes; compraré algunos espárragos y una langosta para “el extraordinario”, como dice Hanna. Tendremos lechugas y haremos una ensalada. No sé cómo hacerla, pero el libro lo dirá. Pondré pastel blanco y fresas para postre, y café también, si quieres que lo hagamos con elegancia.

—No te compliques, Jo, porque no sabes hacer nada que se pueda comer, como no sea pan de jengibre y almíbar. Yo me lavo las manos en lo de la invitación, y puesto que has invitado a Laurie bajo tu propia responsabilidad, tú cuidarás de él.

—Yo no te pido nada más que seas amable con él y que me ayudes con el pastel blanco. Tú me aconsejarás si se me pega, ¿verdad? —preguntó Jo algo ofendida.

—Sí; pero yo no sé mucho, fuera de hacer pan y algunas cosas sencillas. Mejor será que pidas permiso a mamá antes de encargar cualquier cosa —repuso Meg.

—Claro que lo haré; no soy tonta —y Jo se fue algo enojada por las dudas expresadas por su hermana en cuanto a sus condiciones.

—Encarga lo que gustes y no me molestes; voy a comer fuera y no puedo ocuparme de la casa —dijo la señora March cuando Jo le habló—. Nunca me ha gustado el trabajo casero; hoy voy a darme un respiro para leer, escribir, hacer visitas y distraerme.

El inusitado espectáculo de su activa madre, cómodamente sentada en la mecedora, causó en Jo la impresión de algún fenómeno de la naturaleza; un eclipse, un terremoto o una erupción volcánica no le hubieran parecido más extraños.

—Todo está alterado, no sé cómo —dijo para sí, bajando a la cocina—. Allá está Beth llorando, señal segura de que algo se ha atravesado en la casa. Si Amy la está fastidiando, la retaré.

Sintiéndose ella también trastornada, Jo apuró el paso hacia la sala, donde encontró a Beth llorando sobre el canario, Pepito, que estaba muerto en su jaula con las patitas extendidas patéticamente, como si pidieran el alimento, por falta del cual había muerto.

— Yo tengo la culpa... Yo... me olvidé de él...; ¡no tiene ni una semilla ni una gota de agua!... ¡Oh, Pep!, ¡Pep!, ¿cómo he podido

ser tan cruel contigo? —gemía Beth, levantando al pobrecito en las manos y tratando de hacerlo volver en sí.

Jo examinó los ojos medio cerrados, palpó el corazoncito y viendo que el pajarito estaba tieso y frío, sacudió la cabeza y ofreció la cajita de dominó como ataúd.

—Ponlo en el horno, y tal vez se caliente y reviva —dijo Amy.

—Después de haberlo dejado morir de hambre, no voy a co-cerlo. Le haré una mortaja y lo enterraré en un sepulcro; ¡nunca tendré otro pájaro, nunca!, ¡Pep mío!, soy demasiado mala para tener uno —sollozaba Beth, sentada en el suelo, con su favorito entre las manos.

—Esta tarde tendremos el entierro e iremos todas. No llores, Beth; es una lástima, pero esta semana todo está revuelto, y Pep ha pagado el experimento — dijo Jo.

Dejando a las otras al cuidado de consolar a Beth, Jo se fue a la cocina, que estaba en un desorden lastimoso. Poniéndose un delantal grande, comenzó a trabajar, y había recogido los platos para fregarlos cuando descubrió que el fuego se había apagado.

—¡Estamos listas! —murmuró Jo, atizando las cenizas.

Una vez encendido de nuevo, pensó ir al mercado mientras se calentaba el agua. El paseo la animó, y, con la ilusión de haber encontrado gangas, volvió a casa después de comprar una langosta muy joven, algunos espárragos muy viejos y dos canastillas de fresas agrias. Cuando todo estuvo arreglado llegaron los comestibles y la estufa se puso toda roja. Hanna había dejado una tartera de pan para que fermentase; Meg la había amasado demasiado pronto y la había puesto en el hogar para una segunda fermentación, olvidándose después de ello. Estaba Meg hablando en la sala con Sallie Gardiner, cuando de repente la puerta se abrió y una cara sucia, enrojecida y cubierta de harina, apareció, preguntando agriamente:

—Dime, ¿no está el pan lo bastante fermentado cuando se sale de la tartera?

Sallie se echó a reír, pero Meg hizo una seña afirmativa y arqueó las cejas de tal modo, que la visión desapareció para poner en el horno el pan agrio sin más averiguaciones. La señora March salió de casa después de echar una ojeada por todas

partes para ver cómo iban las cosas y dirigir algunas palabras de consuelo a Beth, que estaba haciendo tina mortaja mientras el querido difunto yacía expuesto en la cajita de dominó. Una extraña sensación de desamparo se apoderó de las muchachas al ver desaparecer a su madre detrás de la esquina; desamparo que culminó en desesperación cuando, pocos minutos después, se presentó la señorita Crocker convidándose a comer. Era una dama solterona, delgada y amarillenta, de nariz puntiaguda y ojos curiosos, que lo viera todo y chismorreaba todo lo que veía. No les era simpática, pero acostumbraban a tratarla con amabilidad, sencillamente porque era vieja, pobre y tenía pocos amigos. Así que Meg le cedió el sillón y trató de entretenerla mientras ella hacía preguntas, lo criticaba todo y contaba cuentos de sus conocidos.

Lo que Jo trabajó y aguantó aquella mañana no hay palabras que lo expliquen. La comida que sirvió se hizo famosa. Temiendo pedir más consejos, hizo sola lo que pudo, y descubrió que hacía falta algo más que voluntad; los espárragos hirvieron por una hora y descubrió consternada que se habían deshecho las puntas y endurecido los tallos. El pan se le quemó, porque la preparación de la ensalada la fastidió tanto que abandonó lo demás, hasta convencerse de que no le salía bien. La langosta fue un misterio escarlata, pero a fuerza de golpear y escarbar logró limpiarla, y escondió la escasa cantidad de carne que resultó bajo un montón de hojas de lechuga. Tuvo que apresurarse con las patatas para no hacer esperar a los espárragos, y al fin no estaban tan cocidas como le habían parecido.

“¡Bueno! Pueden comer carne y pan con manteca si tienen hambre; pero es mortificante emplear toda la mañana para nada”, pensó Jo cuando tocaba la campana una media hora más tarde que de costumbre, y sofocada, cansada y desanimada pasaba revista al banquete preparado para Laurie, acostumbrado a toda clase de lujos, y para la señorita Crocker, cuyos ojos curiosos no perderían falta y cuya lengua murmuradora tendría tema para rato.

Cuando una cosa tras otra era probada y dejada, la pobre Jo hubiera querido esconderse debajo de la mesa; Amy reía sin

ganas, Meg estaba azorada, la señorita Crocker apretaba los labios y Laurie decidido, hablaba todo lo que podía para animar la compañía. El punto fuerte de Jo eran los postres, porque los había azucarado bien y tenía un jarro de crema espesa para acompañarlos. Sus mejillas ardientes se templaron algo, respiró con más tranquilidad mientras se repartían los bonitos platos de cristal y todos contemplaban los rosados islotes flotando sobre el mar de crema.

La señorita Crocker los gustó la primera, hizo una mueca y bebió agua precipitadamente, Jo, que rehusara pensando que sería escaso, echó una ojeada a Laurie, que comía valientemente, aunque sin poder evitar que se le contrajera la boca. Amy tomó una cucharada repleta, se ahogó, escondió la cara en la servilleta y dejó precipitadamente la mesa.

—¿Qué?... ¿Qué pasa? —preguntó Jo temblando.

—Sal en lugar de azúcar, y la crema está agria —respondió Meg con gesto trágico.

Jo lanzó un gemido y se dejó caer de espaldas en su silla, recordando haber espolvoreado las fresas con uno de los dos potes que había en la mesa de la cocina, y que no había puesto la leche en la heladera. Se puso roja como una amapola y estuvo a punto de llorar cuando sus ojos se encontraron con los de Laurie, incapaces de contener la alegría por más esfuerzos que hiciera; le impresionó de repente lo cómico del caso, y se rio hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas. Todos se rieron, hasta “Crocker”, como las chicas solían llamarla, y la desventurada comida acabó alegremente con pan y manteca, aceitunas y bromas.

—No me siento bastante serena para quitar la mesa, así que nos calmaremos con un entierro —dijo Jo cuando se levantaban.

La señorita Crocker se preparó para despedirse, ansiosa de ir con el cuento a la mesa de otra amiga.

En verdad se calmaron por simpatía hacia Beth. Entre los helechos del bosquecillo Laurie hizo un sepulcro, cubierto con musgo, donde enterraron al pobre Pep; su ama lloró mucho por él y puso una guirnalda de violetas sobre la lápida, en la cual se

había escrito un epitafio, compuesto por Jo mientras luchaba con los preparativos de la comida.

Terminadas las ceremonias, Beth se retiró a su cuarto, vencida por la emoción y enferma por haber comido langosta; pero no encontró lugar de reposo porque las camas estaban sin hacer. Sacudiendo las almohadas y arreglándolo todo halló alivio a su dolor. Meg ayudó a Jo a quitar la mesa y fregar la vajilla, lo cual ocupó la mitad de la tarde, dejándolas tan cansadas que decidieron contentarse con té y pan tostado para la cena. Laurie se llevó a Amy a dar un paseo en coche, verdadera obra de caridad, porque la crema agria parecía haberla puesto de mal humor. La señora March volvió y encontró a las tres chicas mayores trabajando como unas negras a media tarde. Un vistazo al armario le dio la idea del éxito de una parte del experimento.

Antes de que las trabajadoras pudiesen descansar vinieron varias visitas y hubo que arreglarse para recibirlas; después fue necesario preparar el té, hacer recados y coser algo, aunque este trabajo se dejó para último momento. Mientras caía el crepúsculo, tranquilo y silencioso, una tras otra se juntaron en el pórtico, donde las rosas de junio florecían hermosamente, y todas se quejaban al sentarse, como si estuvieran cansadas y molestas.

—¡Qué día tan horrible! —comenzó Jo, que solía hablar la primera.

—Se me ha hecho más corto que de costumbre; ¡pero tan incómodo! —dijo Meg.

—No parecía nuestra casa —añadió Amy.

—No puede parecerlo sin mamá y sin Pep —suspiró Beth, mirando con ojos llenos de lágrimas hacia la jaula vacía.

—Ya está aquí mamá, querida mía, y tendrás otro pajarito si lo deseas —al decir esto, la señora March vino y tomó asiento entre ellas, con aspecto de no haber tenido una vacación mucho más grata que la de ellas —. ¿Están contentas con el experimento, hijas mías, o desean continuarlo otra semana más? —les preguntó.

—¡Yo, no! —gritó Jo.

—Ni yo —repitieron las otras.

—Entonces, ¿piensan que es mejor tener obligaciones y vivir haciendo algo para los demás, no es eso?

—No resulta esto de holgazanear y jugar —observó Jo, meneando la cabeza—. Estoy cansada de ello. Tengo intención de comenzar algún trabajo enseguida.

—¿Qué te parece aprender a guisar cosas sencillas? Es un arte que toda mujer debe conocer —dijo la señora March, riéndose mucho al acordarse del banquete de Jo, porque había encontrado a la señorita Crocker y oído su descripción.

—Mamá: ¿te fuiste y nos lo dejaste todo a nosotras por ver cómo lo hacíamos? —gritó Meg, que había tenido sus sospechas todo el día.

—Sí; quería que aprendieran cómo el bienestar de todos depende de que cada una haga fielmente su parte. Mientras Hanna y yo hacíamos su trabajo, iban bastante bien, aunque no creo que estaban muy contentas o amables; por eso pensé que una lección así les demostraría los resultados de no pensar cada una más que en sí misma. ¿No piensan que es más agradable ayudarse unas a otras, tener deberes diarios, que hacen más gratas las horas de recreo cuando vienen, y tomarse algún trabajo y molestia para que el hogar sea cómodo?

—Sí, mamá; es verdad —gritaron las chicas.

—Entonces, permitan que les aconseje tomar de nuevo sus tareas, porque si a veces parecen algo pesadas, nos hacen bien y se van aligerando a medida que aprendemos a soportarlas. El trabajo es saludable y hay bastante para todas; nos libra del aburrimiento y de la malicia, es bueno para la salud y el espíritu y nos da mayor sentido de capacidad y de independencia que el dinero o la elegancia.

—Trabajaremos como abejas y lo haremos con gusto; verás cómo lo hacemos. Tomaré la cocina sencilla como entretenimiento; el próximo convite que haga será un éxito —dijo Jo.

—Haré el juego de camisas para papá en tu lugar, mamá. Puedo y quiero hacerlo, aunque no me gusta la costura; eso será mejor que fastidiar con mis vestidos, que ya son bastante bonitos como están —agregó Meg.

—Estudiaré mis lecciones todos los días y no pasaré tanto tiempo con las muñecas y la música. Soy una tonta y debería estudiar, no jugar —fue la resolución de Beth.

Amy siguió el ejemplo de las demás, declarando heroicamente que aprendería a hacer ojales y prestaría más atención a la gramática.

—¡Muy bien!; entonces estoy contenta del experimento y me imagino que no será necesario repetirlo; pero no se vayan al otro extremo, trabajando como esclavas. Tengan horas determinadas para el trabajo y el recreo; comprendan el valor del tiempo usándolo bien. Entonces la juventud será encantadora, la vejez traerá pocas lamentaciones y la vida será dichosa y hermosa, a pesar de la pobreza.

— Lo recordaremos, mamá. Y así lo hicieron.



Capítulo 12

Campamento Laurence

Beth era la administradora de correos, porque, al estar mucho en casa, podía atenderlo con regularidad y le gustaba muchísimo el trabajo diario de abrir el candado de la puertecilla y distribuir la correspondencia. Un día de julio entró con las manos llenas, y fue por la casa dejando paquetes y cartas como el cartero.

—Aquí está tu ramillete, mamá; Laurie no lo olvida nunca —añadió, poniendo el ramillete fresco en el florero que adornaba “el rincón de mamá”.

—Para la señorita Meg March, una carta y un guante —continuó Beth, dando ambas cosas a su hermana, que estaba sentada cosiendo puños cerca de su madre.

—¡Cómo! Yo me dejé un par allí y no viene más que uno dijo Meg, mirando el guante de algodón gris.

—¿No has dejado caer el otro en el jardín?

—No; estoy segura de que no; porque no había más que uno en el buzón.

—¡Me fastidia tener un guante desparejo! No importa, ya aparecerá el otro. Mi carta no es más que una traducción de la canción alemana que deseaba. Me figuro que el señor Brooke la ha hecho, porque la letra no es de Laurie.

La señora March dirigió una mirada a Meg, que estaba muy bonita con su bata de percal con los bucles en su frente agitados por la corriente del aire, y muy femenina, cosiendo delante de la mesita de labor; sin la menor idea de los pensamientos de su madre, cosía y cantaba mientras volaban sus dedos, con la mente llena de fantasías juveniles, tan inocentes y frescas como los pensamientos que tenía prendidos en su cinturón. La señora se sonrió y quedó contenta.

—Dos cartas para la doctora Jo; un libro y un viejo sombrero muy curioso, que cubría toda la estafeta —dijo Beth, riéndose, al entrar donde estaba Jo escribiendo.

—¡Qué pícaro es ese Laurie! Dije que ojalá estuvieran de moda los sombreros grandes, porque los días calurosos me quemó la cara. Y dijo “¿Qué importa la moda? Ponte un sombrero grande y procura estar cómoda”. Yo le contesté que lo haría si tuviera uno, y me ha enviado esto para probarme. Me lo pondré en broma, para demostrarle que no me importa la moda —y colgando el sombrero de ancha ala sobre un busto de Platón, Jo leyó su correspondencia.

Una carta de su madre la sonrojó e hizo asomar lágrimas a sus ojos, porque decía:

“Querida mía: Estas palabras son para decirte con cuánta satisfacción observo tus esfuerzos por dominar tu genio. No dices nada de tus pruebas, de tus contratiempos ni de tus éxitos, y quizá pienses que nadie se da cuenta de ellos, excepto el Amigo cuyo auxilio, pides cada día, si deduzco bien del mucho uso que parece tener tu librito. Yo también lo he notado y creo que comienza a dar fruto. Persiste, querida mía, con paciencia y coraje, siempre creyendo que nadie te comprende ni simpatiza tan tiernamente contigo como tu querida madre.”

— Esto me hace bien. Vale millones de dinero y miles de alabanzas. ¡Oh, mamá, de veras que me esfuerzo y seguiré haciéndolo, y no me cansaré, pues te tengo a ti!

Apoyando la cara en los brazos; Jo vertió lágrimas de alegría sobre el pequeño romance que escribía, porque en realidad había pensado que nadie notaba o apreciaba sus esfuerzos para ser buena, y esta seguridad era doblemente preciosa y alenta-

dora, por lo inesperada y por venir de la persona cuyo elogio estimaba más. Sintiéndose más fuerte que nunca para encontrar y vencer a su Apolo, prendió la carta con alfileres dentro de su traje como escudo recordatorio, para no estar desprevenida, y procedió a abrir la otra carta, dispuesta para buenas o malas noticias. En letra grande y de prisa había escrito Laurie:

“Estimada Jo:

“Unos chicos y chicas inglesas vienen mañana para visitarme, y quiero que pasemos un buen rato. Si hace buen tiempo, voy a plantar mi tienda de campaña en el Prado Largo, y llevaré a toda la cuadrilla en el bote para mendar y jugar al croquet; encenderemos un fuego, haremos rancho a lo gitano y nos divertiremos cuanto podamos. Son gente simpática y les gustan estas cosas. Brooke vendrá para tener en orden a los muchachos. Kate Vaughan cuidará de las chicas. Deseo que vengan todas; no permito que Beth se quede fuera; nadie la molestará. No te preocupes por la comida; yo me encargo de eso y de todo.

Vengan como buenos amigos.

*“Con una prisa horrible, queda tuyo
afectísimo, Laurie.*

—¡Qué magnífico! —gritó Jo, entrando precipitadamente para dar las noticias a Meg—. Por supuesto, ¿podemos ir, mamá? Será una ayuda para Laurie, porque yo puedo remar y Meg ayudará con la merienda, y las pequeñas pueden hacer algo.

— Espero que los Vaughan no sean personas mayores muy elegantes. ¿Sabes algo de ellos, Jo? —Preguntó Meg.

—Sólo sé que son cuatro. Kate es mayor que tú, Fred y Frank (gemelos) tienen mi edad, poco más o menos, y una chica (Grace), que tiene nueve o diez años; Laurie los conoció en el extranjero y le gustaban mucho los chicos. Por el gesto que hizo al hablar de ella, me figuró que no admiraba a Kate.

—Me alegro de que mi traje de percal francés esté limpio; es exactamente lo que conviene y me queda muy bien —observó Meg—, ¿Tienes algo decente, Jo?

— Un traje marino, rojo y gris, bastante bueno para mí. Voy a remar y retozar y no quiero nada almidonado que me estorbe. ¿Vendrás Beth?

—Si no dejas a los chicos que me hablen.

—Ni uno.

—Me gusta complacer a Laurie, y no tengo miedo del señor Brooke, que es muy amable; pero no quiero tocar el piano, ni cantar, ni tener que decir nada. Trabajaré mucho y no estorbaré a nadie, y si tú me cuidas, Jo, iré.

—¡Buena niña! Tratas de vencer tu timidez y te quiero por eso. Luchar con defectos no es fácil, lo sé, y una palabra alegre levanta el ánimo. Gracias mamá

—y Jo dio un beso agradecido a su madre.

—Yo he recibido una cajita de pastillas de chocolate y la estampa que deseaba copiar —dijo Amy, mostrando su correo.

—Yo he recibido una carta del señor Laurence invitándome a que vaya a tocar el piano esta noche antes de que enciendan las lámparas; iré —añadió Beth, cuya amistad con el anciano crecía a pasos acelerados.

—Ahora, a movernos deprisa y hacer el trabajo hoy para que mañana podamos divertirnos con la conciencia tranquila —dijo Jo, preparándose a cambiar la pluma por la escoba.

El sol alumbró una cómica escena al penetrar en el dormitorio de las chicas a la mañana siguiente. Cada una se había preparado para la fiesta como le parecía propio y necesario, y Meg tenía una doble línea de rizadores sobre la frente; Jo se había untado de crema fría la cara quemada; Beth había prendido a la nariz unas pinzas de tender ropa. Como si el espectáculo lo hubiera regocijado, el sol se puso a brillar con tanto esplendor que Jo se despertó y despertó a sus hermanas con las carcajadas que lanzó al ver el tocado de Amy.

Eran éstos excelentes presagios para la excursión, y pronto comenzó un animado movimiento en ambas casas. Beth, lista la primera, se encargó de tener a sus hermanas al tanto de lo que ocurría en la casa vecina, con frecuentes telegramas desde la ventana.

—¡Allá va el hombre con la tienda de campaña! Ya está la cocinera poniendo la merienda en una cesta y una canasta. Ahora el señor Laurence mira el cielo y a la veleta. ¡Ojalá que él fuera también! Allí está Laurie vestido de marinero. ¡Qué simpático! ¡Ay de mí! Un coche lleno de gente..., una señora alta, una chica y dos chicos terribles; uno es cojo, ¡pobrecito!, lleva una muleta. Laurie no nos dijo eso. Dense prisa, niñas, que se hace tarde. ¡Digo! Allí va Nataniel Moffat. Mira, Meg, ¿no es ése el hombre que te saludó un día cuando íbamos de compras?

—Sí, es él; ¡qué curioso que haya venido! Pensaba que estaba en las montañas. ¡Allá va Sallie! Me alegro de que haya vuelto a tiempo. ¿Estoy bien, Jo? —preguntó Meg, muy agitada.

—Estás hecha una verdadera margarita; recógete el vestido y ponte derecho el sombrero; parece algo sentimental, inclinado de ese modo, y el primer soplo de viento se lo llevará. ¡Vamos ya!

—¡Pero, Jo!, ¿vas a llevar ese horrible sombrero? Es absurdo. No te pongas como un espantajo —exclamó Meg, mientras su hermana se ajustaba con una cinta roja el sombrero de paja de Italia, de anchas alas, que Laurie le había enviado en broma.

—¡Vaya si lo llevo! Es excelente: ligero, ancho y da mucha sombra. Causará gracia y no me importa parecer un espantajo si voy a gusto.

Dicho esto, Jo se puso en marcha y las otras la siguieron: una cuadrilla alegre de hermanas, muy bonitas con sus vestidos de verano y sus alegres caras bajo las alas de sus sombreros.

Laurie se apresuró a recibirlas y presentarlas a sus amigos con mucha cordialidad. El prado era la sala de recepción y por algunos minutos se desarrolló allí una escena muy animada. Meg notó con placer que la señorita Kate, aunque tenía veinte años, iba vestida con mucha sencillez, y se sintió halagada al oír a Nataniel decir que había venido especialmente por verla. Jo comprendió por qué Laurie hacía muecas al hablar de Kate, porque aquella señorita parecía decir “no se acerque usted demasiado”, y sus maneras contrastaban con las más naturales de las otras chicas. Beth pasó disimuladamente revista a los chicos nuevos y sacó la conclusión de que el cojito no era “terrible”, sino tranquilo y débil, y que, por lo mismo, debería ser amable con él. Amy descubrió que Grace tenía buenas maneras y que era alegre; después de estudiarse por unos pocos minutos, sin decir nada, de repente se hicieron buenas amigas. Habiendo llegado antes que ellos a las tiendas de campaña, la merienda y los utensilios para el croquet, pronto se embarcó la cuadrilla y los dos botes se pusieron en marcha juntos, mientras el viejo señor Laurence les decía adiós desde la orilla agitando su sombrero. Laurie y Jo remaban en un bote, el señor Brooke y Ned en el otro, y Fred Vaughan, el gemelo bullicioso, hacía todo lo posible para hacer volver a los dos, remando en un esquife como un escarabajo de agua. El cómico sombrero de Jo mereció un voto de gracias, porque fue de utilidad general. Al principio rompió la reserva por las risas que causó; producía una brisa agradable con sus alas mientras remaba Jo, y ella dijo que si caía un chaparrón serviría de paraguas para toda la cuadrilla.

Kate pareció algo sorprendida por los modales de Jo, especialmente cuando exclamaba “Cristóbal Colón”, si se le escapaba un remo. Pero después de examinar a la curiosa chica varias veces con su lente, la señorita Kate decidió que era “rara pero lista”, y le sonrió desde lejos.

En otro bote, Meg se halló en una situación muy agradable, de cara a los remeros, que admiraban la perspectiva y maneja-

ban sus remos con habilidad y gracia poco comunes. El señor Brooke era un joven grave y callado, con ojos color castaño y voz agradable. A Meg le gustaban sus modales tranquilos, y pensaba que era una enciclopedia ambulante de conocimientos útiles. Nunca le hablaba mucho; pero la miraba a menudo, y ella se daba cuenta de que lo hacía. Ned, que ya había ingresado en la Universidad, adoptaba los aires que los novicios creen obligados en su caso; no era muy sabio, pero de buen humor y alegre, y, en conjunto, persona excelente para una excursión. Sallie Gardiner estaba ocupadísima en mantener limpio su traje de piqué blanco y charlaba con Fred, que se hallaba en todas partes, manteniendo a Beth atemorizada con sus locuras.

No estaba lejos Prado Largo; pero la tienda de campaña estaba ya plantada y las barreras puestas cuando llegaron. Era un campo agradable y verde, con tres frondosos robles en el centro y una parte de césped llano para el croquet.

—Bienvenidos sean ustedes al Campamento Laurence —dijo el joven anfitrión, cuando desembarcaban, con exclamaciones de alegría—. Brooke es comandante en jefe; yo soy comisario general; los demás jóvenes, oficiales de estado mayor, y ustedes, señoras, la compañía. La tienda de campaña es para su propio uso, y aquel roble es su salón; éste es el comedor, y el tercero, la cocina de campo. Ahora vamos a jugar antes de que haga calor, y después nos ocuparemos de la comida.

Fred, Beth, Amy y Grace se sentaron para mirar el juego de los otros ocho. El señor Brooke escogió a Meg, Kate y Fred. Laurie, a Sallie, Jo y Ned. Los ingleses jugaron bien, pero los americanos mejor, y defendieron cada pulgada de césped como si los animara el espíritu de la guerra de la Independencia. Jo y Fred tuvieron varias escaramuzas, y una vez apenas evitaron una riña. Jo había pasado el último aro; su mazo había fallado de golpe, lo cual la enojó mucho. Fred la seguía de cerca y le tocaba a él jugar antes; dio un golpe; su pelota pegó contra el aro y se paró a una pulgada fuera del sitio. Nadie estaba muy cerca; corriendo para examinar, le dio disimuladamente un golpecito con la punta del pie, y así la puso justamente a una pulgada dentro.

—¡Pasé! Señorita Jo, le voy a ganar; voy a entrar el primero —gritó el joven, oscilando el mazo para dar otro golpe.

—Usted ha empujado la pelota; lo he visto. Me toca a mí —dijo Jo ásperamente.

—¡Palabra que no la toqué! Tal vez ha rodado algo, pero esto está permitido; apártese haga el favor, que voy a llegar a la meta.

— En América no hacemos trampas; pero puede usted hacerlas si desea — dijo Jo, enojada.

—Todo el mundo sabe que los americanos son más tramposos. ¡Allá va! — respondió Fred, mandando muy lejos, de un golpe, la pelota de su rival.

Jo abrió la boca para decirle algo fuerte, pero se detuvo a tiempo, enrojeció y estuvo por un minuto golpeando un aro con toda su fuerza, mientras Fred daba con su pelota en la meta y se declaraba vencedor con mucha alegría. Ella se fue a buscar su pelota y pasó largo rato para encontrarla entre los arbustos pero volvió aparentemente fresca y tranquila y esperó su turno con paciencia. Tuvo que dar varios golpes para ganar de nuevo la posición que había perdido, y cuando la recobró, el otro lado casi había ganado, porque la pelota de Kate era la penúltima y estaba muy cerca de la meta.

—¡Caramba! ¡Estamos perdidos! Adiós, Kate; la señorita Jo tiene derecho a un golpe, de modo que está usted vencida —gritó Fred, muy excitado, mientras todos se acercaban para ver la conclusión.

—Los americanos tienen la costumbre de ser generosos con sus enemigos

—dijo Jo, con una mirada que hizo palidecer la cara del chico—; sobre todo cuando los vencen —añadió, mientras, sin tocar la pelota de Kate, ganaba el juego por un golpe hábil..

Laurie echó al aire su sombrero; después recordó que no debía celebrar la derrota de sus huéspedes, y se paró en medio de un hurra para susurrar a su amiga:

— ¡Bien hecho, Jo! El hizo trampa, lo vi; no podemos decirselo así, pero no lo hará otra vez te lo aseguro.

Meg la llevó a un lado, con el pretexto de arreglarle una trenza, y le dijo:

— Fue muy provocativo; pero supiste dominarte, lo cual me dio mucha alegría, Jo:

—No me alabes, Meg, que todavía me quedan ganas de darle una bofetada. Me hubiera desquitado si no hubiese permanecido entre las ortigas hasta que pude sujetar la rabia lo suficiente para no hablar. Todavía estoy hirviendo; espero que no se me acerque mucho —respondió Jo, mordiéndose los labios.

—¡Hora de merendar! —dijo el señor Brooke, mirando, su reloj—. Comisario general, ¿quiere usted encender el fuego y traer agua, mientras la señorita March, la señorita Sallie y yo ponemos la mesa? ¿Quién sabe hacer buen café?

—Jo sabe —respondió Meg, alegrándose de poder recomendar a su hermana.

Jo, contenta de poder lucir sus recién adquiridos conocimientos culinarios, se hizo cargo de la cafetera, mientras los niños recogían leña seca y los chicos hacían fuego y traían agua de un manantial cercano. La señorita Kate dibujaba y Fred charlaba con Beth, que estaba haciendo esterillas con juncos trenzados para usarlas como platos.

El general en jefe y sus ayudantes pronto pusieron el mantel con una variedad tentadora de comestibles y bebidas, adornados con hojas verdes. Jo anunció que el café estaba listo y todos se sentaron para hacer honor a una comida abundante. Fue una merienda alegre, porque todo parecía nuevo y gracioso. Un venerable caballo que pastaba por allí fue espantado por las frecuentes carcajadas. La mesa no quedaba firme y esto produjo no pocas desgracias a tazas y platillos; caían bellotas en la leche, venían pequeñas hormigas negras a participar del banquete sin estar invitadas y orugas peludas se descolgaban del árbol para ver lo que ocurría. Tres niños de pelo blanquecino se asomaron por encima del seto y un perro desagradable les ladró con toda su fuerza desde el lado opuesto del río.

—Aquí hay sal, si la prefieres —dijo Laurie, mientras pasaba a Jo un platillo de fresas.

—Gracias, prefiero arañas —respondió ella, sacando dos imprudentes, que habían buscado la muerte entre la crema —. ¿Cómo te atreves a recordarme aquella comida horrible, cuando

la tuya es tan agradable y excelente en todos sentidos? —añadió Jo, mientras reían ambos y comían del mismo plato, ya que escaseaba la vajilla.

—Aquel día me divertí muchísimo, y no lo he olvidado todavía. De esta excursión no me corresponde mérito alguno; yo no hago nada; son ustedes, Meg y Brooke los que la llevan por buen camino, y les estoy muy agradecido. ¿Qué haremos cuando no podamos comer más? —preguntó Laurie, cuyo repertorio quedaba agotado con la merienda.

—Tendremos juegos hasta que refresque un poco. He traído “Autores”, y quizá la señorita Kate sepa alguno nuevo y bonito. Ve a preguntarle; es buena amiga y deberías hacerle más compañía.

— ¿No lo crees tú también? Pensé que ella y Brooke se entenderían, pero él no deja de hablar con Meg y Kate los mira intrigada con ese lente ridículo que tiene. Voy a hablar con ella para que no me indiques urbanidad, Jo.

La señorita Kate sabía varios juegos nuevos, y como las chicas no querían y los chicos no podían comer más, todos se reunieron en la sala para jugar a “Cuentos”.

—Una persona empieza un cuento, cualquier tontería que se le ocurra, y sigue contándolo todo el tiempo que gusta, procurando detenerse repentinamente en algún punto excitante, y entonces la siguiente continúa el cuento y hace lo mismo. Es muy gracioso cuando se hace bien, porque resulta un perfecto lío de tonterías tragedias y situaciones únicas que hacen reír. Háganos el favor de comenzar, señor Brooke —dijo Kate con gesto imperioso, que sorprendió a Meg, acostumbrada a tratar al tutor con tanto respeto como a cualquier otro caballero.

Echado en la hierba, a los pies de las dos señoritas, el señor Brooke comenzó obedientemente el cuento, con sus bellos ojos castaños fijos en el río, bañado en sol.

—Había una vez un caballero errante que se fue a buscar fortuna, pues no tenía nada más que su espada y un su escudo. Viajó por largo tiempo, casi veintiocho años, y sufrió muchas penalidades, hasta que llegó al palacio de un rey, bueno y anciano, que había ofrecido un premio a quien pudiera domar y manejar un bello potro, salvaje todavía, al que estimaba muchí-

simo. El caballero convino en intentarlo y lo consiguió, lenta pero seguramente, porque el potro era un animal noble, que, aunque caprichoso y salvaje, aprendió pronto a obedecer a su nuevo amo. Cada día, cuando adiestraba al noble bruto, el caballero solía pasear por la ciudad, montado en él; y mientras cabalgaba iba buscando una cara hermosa, que había visto a menudo en sueños, pero nunca de verdad. Un día, al pasar por una calle tranquila su caballo haciendo cabriolas, vio en la ventana de un castillo ruinoso la cara encantadora. Loco de alegría preguntó quién habitaba aquel viejo castillo, y se le dijo que unas princesas encantadas estaban prisioneras allí, víctimas de un sortilegio, hilando todo el día para ahorrar el dinero con que comprar su libertad. El caballero deseaba mucho libertarlas; pero era pobre, y lo único que podía hacer era pasar todos los días esperando ver asomarse al sol la cara hermosa. Al fin resolvió entrar en el castillo y preguntar cómo podría ayudarlas. Fue y llamó; la puerta grande se abrió de par en par y vio a...”

“—Una dama encantadora, que exclamó extasiada: ¡por fin! ¡por fin! — continuó Kate—. Es ella, gritó el conde Gustavo, y cayó a sus pies, loco de alegría. ‘Levantaos’, dijo, extendiendo una mano blanca como la nieve. ‘No lo haré hasta que me digas cómo puedo librarte’ exclamó el caballero todavía de rodillas. ‘¡Ay!, mi suerte cruel me condena a permanecer aquí hasta que mi tirano sea destruido’. ‘¿Dónde está el traidor?’.

‘En la sala lila; ve corazón valiente, y sálvame de la desesperación.’ ‘Obedezco, y volveré victorioso o muerto’ “. Con estas palabras conmovedoras salió precipitadamente, y abriendo la puerta de la sala lila, estaba a punto de entrar cuando recibió...”

—Un golpe que lo aturdió, dado con un gran diccionario griego, que un viejo, de hábito negro, le tiró —prosiguió Ned—. Enseguida, el caballero no sé quién se repuso, arrojó al tirano por la ventana y volvió a reunirse con la dama, victorioso, pero con un chichón en la frente; encontró la puerta cerrada con llave; desgarró las cortinas, hizo una escala de cuerdas, y había llegado a mitad del camino al suelo, cuando se rompió la escala y cayó de cabeza al foso, desde una altura de sesenta metros. Podía nadar como un pato, y nadando dio la vuelta al castillo

hasta llegar a una puertecita guardada por dos fuertes mozos; les golpeó las cabezas una contra otra, haciéndolas crujir como un par de nueces; después con un ligero golpe de su fuerza prodigiosa derribó la puerta, subió dos escalones de piedras, cubiertos de polvo espeso, sapos tan grandes como el puño de un hombre y arañas que harían chillar de terror a la señorita March. En lo alto de aquellos escalones vio de repente algo que le heló la sangre... “

“— Una figura alta, toda de blanco, con un velo sobre la cara y una lámpara en la mano delgada —continuó Meg—. Le hizo señas, deslizándose suavemente sin ruido ante él a lo largo de un pasillo, oscuro y frío como un sepulcro. A cada lado había efigies tenebrosas con armadura; reinaba un silencio completo; la lámpara daba una luz azul y el espectro volvía de vez en cuando la cara hacia él, dejando ver el brillo de sus ojos terribles a través del velo blanco. Llegaron a una puerta cubierta con una cortina, tras de la cual sonaba una música encantadora: se precipitó a entrar pero el espectro le dio un tirón hacia atrás, agitando con gesto amenazador ante él una...”

“—Una tabaquera —prosiguió Jo con voz grave, que hizo desternillarse de risa al auditorio—. ‘Gracias’, dijo el caballero cortésmente, tomando un poco y estornudando siete veces, con tanta violencia que se le cayó la cabeza. ¡Ah! ¡Ah!’, rio el espectro, y después de echar una ojeada por el ojo de la cerradura a las princesas que hilaban a toda velocidad, el espectro asió a su víctima y la puso en una caja de lata, donde había otros once caballeros decapitados, apretados como sardinas en canasta, los cuales se levantaron y se pusieron a...”

“—Bailar un baile de marineros —dijo Fred, interrumpiéndola, al detenerse Jo para tomar aliento—, y mientras bailaban, el castillo ruinoso se cambió en un buque de guerra con velas desplegadas. ¡Arriba el foque!; ¡amarrad las velas!; ¡A sotavento con el timón!; ¡armad los cañones!’, gritó el capitán, al aparecer un barco pirata portugués que enarbolaba en su palo mayor un pabellón negro como la tinta. ¡A ellos y a vencer, hijos míos!’, dice el capitán, y se entabla una furiosa pelea. Naturalmente, los ingleses vencieron, como siempre; y después de hacer

prisionero al capitán de los piratas, hundió la goleta, cuyos puentes de sotavento estaban cubiertos de sangre, porque la consigna había sido ‘vender caras las vidas’. ‘Guardián, toma una cuerda del contrafoque y arroja este pícaro al mar si no quiere confesar enseguida sus pecados’, dijo el capitán inglés. El portugués cerró la boca con valor y anduvo el tablón mientras los marineros aplaudían como locos; pero el tunante se sumergió debajo del buque, lo echó a pique, y la nave se hundió con velas desplegadas hasta el fondo del mar, donde...”

—¡Pobre de mí! ¿Qué voy a decir? —exclamó Sallie cuando Fred puso fin a su parte, tan abundante en frases náuticas y hazañas marítimas.

—Bueno, llegaron al fondo, donde una hermosa sirena los recibió, pero se entristeció mucho al descubrir la caja de caballeros decapitados, y los conservó en salmuera con la esperanza de descubrir el misterio; porque, como mujer, era curiosa. A poco bajó un buzo y la sirena dijo: ‘Te daré esta cajita de perlas si quieres subirla’, porque deseaba devolver a la vida a los caballeros, y ella no podía levantar una caja tan pesada. El buzo accedió y se llevó un gran chasco al abrir la caja y ver que no tenía perlas. La abandonó en medio de un prado solitario, donde fue descubierta por una...”

—Pastorcita que cuidaba cien gansos gordos —dijo Amy cuando se agotó la inventiva de Sallie —. La pastorcita sintió mucha lástima de ellos y preguntó a una vieja qué podría hacer para ayudarlos. ‘Tus gansos te lo dirán; ellos lo saben todo’, contestó la vieja. Así que preguntó cómo podría darles cabezas nuevas, puesto que las antiguas estaban perdidas, y los gansos abrieron sus cien picos y gritaron...”

—Coles — continuó Laurie, sin vacilar—. ‘Justo’, dijo la niña, y corrió a traer doce coles buenas de su huerta. Se las colocó a los caballeros, los cuales volvieron al punto en sí, le dieron las gracias y continuaron su viaje, alegremente, sin darse cuenta de la diferencia, porque en el mundo había tantas cabezas parecidas que nadie hizo caso de ellos. El caballero que me interesa volvió para encontrar la cara hermosa, y oyó que las princesas habían ganado su libertad hilando y que todas, menos una, se

habían marchado para casarse. Se inquietó muchísimo al oírlo, y montando el potro, que a través de tantas desgracias había permanecido fiel a su amo, apuró el paso hacia el castillo para ver cuál de ellas estaba todavía allí. Mirando furtivamente por el seto, vio venir a la reina de su corazón que cortaba flores en su jardín. ‘¿Quieres darme una rosa?’, dijo él. ‘Tienes que venir a recibirla; no está bien que yo vaya a dártela’, repuso ella, dulce como la miel. Trató de saltar el seto, pero éste se hacía cada vez más alto; intentó atravesarlo, pero se ponía más y más espeso; estaba desesperado. Con mucha paciencia rompió ramita tras ramita hasta hacer un agujero pequeño, por el que se asomó diciendo con suplicante voz: ‘¡Déjame entrar!, ¡déjame entrar!’ Pero la hermosa princesa no parecía comprender, porque continuó cortando tranquilamente sus rosas y lo dejó que entrase como pudiera. Si logró hacerlo o no, Frank nos lo dirá.”

—¡Yo, no! ¡Yo, no! No juego —dijo Frank, asustado por el conflicto sentimental del cual tenía que salvar a la absurda pareja. Beth había desaparecido detrás de Jo, y Grace se había quedado dormida.

—De modo que al pobre caballero lo vamos a dejar pegado al seto; ¿no es una lástima? — preguntó el señor Brooke, todavía mirando al río y jugando con la rosa silvestre que tenía en el ojal.

—Imagino que la princesa le dio un pensamiento y acabó por abrirle la puerta —dijo Laurie, sonriendo, mientras tiraba bellotas a su tutor.

—Qué tonterías hemos ideado. Con práctica podríamos hacer algo verdaderamente hábil. ¿Saben ustedes “La verdad”? —preguntó Sallie, cuando todos terminaron de reír del cuento.

—Espero que sí —dijo Meg con gravedad.

—El juego, quiero decir.

—¿De qué se trata? —preguntó Fred.

—Vean: ustedes ponen las manos una encima de otra, escogen un número y retiran las manos por turno, y la persona que retira última su mano tiene que responder con verdad cualquier pregunta que le hagan las otras. Es muy divertido.

—Probemos —dijo Jo, a quien le gustaban toda clase de experimentos nuevos.

La señorita Kate, el señor Brooke, Meg y Ned rehusaron jugar, pero Fred, Sallie, Jo y Laurie pusieron las manos una encima de otra; las retiraron, y la suerte le tocó a Laurie.

—¿Quiénes son tus héroes? —preguntó Jo.

—Mi abuelo y Napoleón.

—¿Qué dama te parece más hermosa? —preguntó Sallie.

—Meg.

—¿Cuál te gusta más? —preguntó Fred.

—Jo, naturalmente.

—¡Qué preguntas tan tontas! —exclamó Jo, encogiéndose de hombros desdeñosamente, ante la risa general que produjo el tono decidido de Laurie.

—Tratemos otra vez; “La verdad” no es un juego malo —dijo Fred.

—Para usted, excelente —respondió Jo en voz baja. El turno siguiente le tocó a ella.

—¿Cuál es su defecto más grave? —preguntó Fred, para probar en ella la virtud que a él le faltaba.

—Un carácter impulsivo.

—¿Qué es lo que más deseas? —interrumpió Laurie.

—Un par de cordones para mis botas —respondió Jo, adivinando y defraudando la intención.

—No es una respuesta sincera; debes decir lo que deseas de veras.

—¡Talento! ¿No te gustaría poder dármelo, Laurie? —y sonrió astutamente a su chasqueado amigo.

—¿Qué virtudes admiras más en un hombre? —preguntó Sallie.

—Valor y honradez.

—Ahora me toca a mí —dijo Fred, que había quedado último.

—Hazlo pagar —susurró Laurie a Jo, que hizo una seña afirmativa y preguntó enseguida.

—¿No hiciste trampa en el croquet?

—Sí, un poquito.

—¡Bueno! ¿Y no sacaste tu cuento de El león del mar? —dijo Laurie.

—Claro que sí.

—¿No piensas que la nación inglesa es perfecta en todos sus sentidos? —preguntó Sallie.

—Me avergonzaría de mí mismo si no lo pensara.

—Es un verdadero John Bull. Ahora, Sallie, tendrás una oportunidad sin sacar número. Lastimaré tus sentimientos, en primer lugar, preguntándote si no piensas que eres algo coqueta —dijo Laurie, mientras Jo sonreía a Fred en señal de que hacían las paces.

—¡Qué insolente! Claro que no soy una coqueta —exclamó Sallie, con un gesto que demostraba lo contrario.

—¿Qué es lo que detestas más? —preguntó Fred.

—Arroz con leche y arañas.

—¿Qué es lo que te gusta más? —preguntó Jo.

—Bailar y guantes franceses.

—Bueno, pienso que “La verdad” es un juego muy tonto; juguemos a “Autores” para refrescamos la mente —propuso Jo.

Ned, Fred y las muchachitas tomaron parte en éste, y mientras duró, las tres personas mayores estuvieron charlando a un lado. La señorita Kate sacó otra vez su dibujo y Meg la miraba, mientras el señor Brooke estaba echado sobre la hierba con un libro en la mano, que no leía.

—¡Qué bien lo hace! Quisiera saber dibujar —dijo Meg, con mezcla de admiración y tristeza en su voz.

—¿Por qué no aprende? Creo que tendría gusto y habilidad para ello —respondió la señorita Kate.

—No tengo tiempo.

—Su madre prefiere otras habilidades, supongo. Así fue con la mía; pero le demostré que tenía talento, tomando a escondidas unas lecciones, y entonces estuvo muy conforme con que continuara. ¿No puede hacer lo mismo con su institutriz?

—No tengo ninguna.

—Olvidé; en América las señoritas suelen ir a la escuela más que nosotras. Las escuelas son muy buenas también, según dice papá. Supongo que va a un colegio particular.

—No voy a ningún colegio; yo misma soy institutriz.

—¡Oh, realmente! —dijo la señorita Kate, pero lo mismo podría haber dicho: “ ¡Pobrecita!, ¡qué lástima!”, porque el tono lo indicaba y la expresión de su cara hizo a Meg ruborizarse y lamentar haber sido tan franca.

El señor Brooke levantó los ojos y dijo con presteza:

—En América las señoritas aman la independencia tanto como nuestros abuelos la amaban, y son admiradas y respetadas si se ganan su sustento.

—Sí, claro. Es muy grato y correcto que lo hagan. Nosotros tenemos muchísimas jóvenes dignas y respetables que hacen lo mismo y a las cuales la aristocracia suele emplear, porque, siendo hijas de caballeros, están bien educadas y tienen talento, ¿comprende? —dijo la señorita Kate con cierto tono protector que ofendió el orgullo de Meg.

—¿Le gustó a usted la canción alemana, señorita March? —preguntó el señor Brooke, rompiendo una pausa molesta.

—¡Oh!, sí, era muy dulce y estoy muy agradecida a quien me la tradujo —y la cara abatida de Meg se alegró al contestar.

—¿No lee usted alemán? —preguntó la señorita Kate, mirándola sorprendida.

—No muy bien. Mi padre, que me enseñaba, está lejos y no adelanto mucho sola, porque no tengo quién me corrija la pronunciación.

—Trate de leer un poquito ahora. Aquí tiene Martíu Stuart, de Schiller, y un maestro a quien le gusta enseñar —y con una sonrisa alentadora puso el libro en sus rodillas.

—Es tan difícil, que me da miedo probar —repuso Meg, agradecida, pero cohibida por la presencia de la culta señorita.

— Leeré un poquito para animarla —y la señorita Kate leyó uno de los pasajes más bellos con perfecta corrección, pero sin expresión alguna.

El señor Brooke no hizo ninguna observación mientras devolvía el libro a Meg, que dijo inocentemente:

—Pensé que era poesía.

—En partes; trate de leer este pasaje.

Meg, siguiendo obedientemente la dirección de la larga brizna de hierba que su nuevo maestro usaba para señalar, leyó lenta y tímidamente, haciendo, sin darse cuenta, poesía de las palabras difíciles por la entonación dulce de su voz musical. Página abajo, fue señalando la verde guía, y Meg, olvidando a su oyente por la belleza de la triste escena, leyó como si estu-

viera sola, dando un ligero toque de tragedia a las palabras de la infortunada reina. De haber visto los ojos castaños fijos en ella se hubiera detenido al instante; pero no levantó la vista y la lección no se estropeó.

—¡Muy bien! —dijo el señor Brooke cuando acabó, sin hacer la menor mención de sus faltas frecuentes.

La señorita Kate se caló su lente, y después de examinar el cuadrito que pintaba, cerró su cartapacio diciendo con condescendencia:

—Usted tiene buen acento y con el tiempo será una buena lectora. Le aconsejo aprender el alemán porque es muy útil para las institutrices. Grace está jugando y tengo que echar un vistazo —y la señorita Kate se alejó de allí diciendo para sí: “No he venido para servir de cuidadora a una institutriz, aunque sea joven y guapa. ¡Qué gente tan extraña son estos americanos! Me temo que a Laurie lo van a echar a perder.”

—Olvidé que los ingleses desprecian a las institutrices y no suelen tratarlas como nosotros —dijo Meg, mirando molesta a la joven que se alejaba.

—Los profesores también encuentran dificultades allá, como lo sé por triste experiencia. No hay ningún lugar como América para los trabajadores, señorita Meg.

—Me alegro de vivir en ella, entonces. No me gusta mi trabajo, pero al fin saco de él bastante satisfacción; así que no me quejaré; sólo quisiera que me gustase tanto el enseñar como le gusta a usted.

—Creo que le gustaría si tuviera por discípulo a Laurie. Sentiré mucho perderlo el año que viene.

—¿Va a la Universidad? —preguntó Meg; pero sus ojos añadían: “Y qué hará usted?”

— Ya es tiempo de que vaya, pues está ya casi listo; en cuanto se vaya me alistaré en el ejército.

—¡Me alegra oírlo! —exclamó Meg—. Yo diría que todos los jóvenes deberían ir a la guerra, aunque es algo duro para las madres y hermanas que quedan en casa —añadió tristemente.

— Yo no tengo madre ni hermana y pocos amigos a quienes importe que viva o muera — dijo con cierta amargura el se-

ñor Brooke, mientras ponía distraídamente la rosa marchita en el agujero que había hecho y la cubría como en una pequeña sepultura.

—Laurie y su abuelo se preocuparán, y nosotras lo sentiríamos mucho si le sucediera algo malo —dijo sinceramente Meg.

—Gracias, eso es muy amable —comenzó el señor Brooke, pareciendo alegre de nuevo. Pero antes de que pudiesen acabar su diálogo, Ned llegó montado sobre el viejo caballo para mostrar su habilidad ecuestre delante de las señoritas, y no hubo más tranquilidad aquel día.

—¿No te gusta montar a caballo? —preguntó Grace, mientras descansaba con Amy, después de una carrera alrededor del campo con los otros.

—Me vuelvo loca por ello. Mi hermana Meg solía cabalgar cuando papá era rico; pero ahora no tenemos ningún caballo, como no sea “Ellen Tree” —añadió Amy.

—Háblame de “Ellen Tree”. ¿Es un burro? —preguntó Grace con curiosidad.

—Pues verás; Jo se vuelve loca por los caballos y yo también, pero no tenemos más que una vieja silla de amazona y ningún caballo. En nuestro jardín hay un manzano con una rama baja; pongo la silla encima, fijo las riendas a la parte encorvada y saltamos sobre “Ellen Tree” cuanto se nos antoja.

—¡Qué gracioso! —dijo Grace, riéndose—. En casa tengo un caballo y casi todos los días voy al parque con Fred y Kate. Es muy agradable, porque mis amigas van allí también y la Alameda está llena de señoras y señores.

Frank, que estaba sentado a espaldas de las muchachas, oyó lo que decían, y echó lejos de sí su muleta con gesto impaciente, mientras miraba a los muchachos haciendo toda clase de ejercicios gimnásticos. Beth estaba ocupada recogiendo las cartas esparcidas del juego de “Autores”, levantó los ojos y dijo con modo tímido, aunque amable:

—Temo que estés cansado; ¿puedo hacer algo por ti?

—Hazme el favor de hablar conmigo; es muy aburrido estar solo. —respondió Frank, que estaba muy acostumbrado a que lo atendieran.

Pronunciar un discurso en latín no le hubiera parecido más difícil a la tímida Beth, pero no tenía escapatoria y el pobre muchacho parecía tan necesitado de entretenimiento que decidió valerosamente hacer lo que pudiera.

—¿De qué quieres que te hable? —preguntó, mezclando las cartas y dejando caer la mitad al atarlas.

—Bueno. Me gustará oír hablar del croquet, de botes y de la caza del zorro

—dijo Frank, al que le atraían precisamente las cosas que no podía hacer.

—¡Pobre de mí! ¿Qué sé yo de eso? —exclamó Beth, y tan perturbada estaba que, sin darse cuenta de la desgracia del chico, dijo con la esperanza de hacerlo hablar a él—: Nunca he visto la caza del zorro, pero supongo que tú la conoces bien.

—La conocí en otro tiempo; pero no podré cazar más, porque caí del caballo saltando una barrera de cinco trancas y desde entonces se acabaron para mí los caballos y los galgos —dijo Frank, dando un suspiro, que hizo a Beth condenarse severamente a sí misma por su inocente equivocación.

—Los ciervos de tu país son muchísimo más hermosos que nuestros desgarbados búfalos —repuso ella, buscando ayuda en los prados, y alegrándose de haber leído uno de los libros para muchachos que encantaban a Jo.

El tema de los búfalos resultó interesante y distraído. En su deseo de divertir a su compañero, Beth se olvidó de sí misma y no se dio cuenta de la sorpresa y placer con que sus hermanas la veían hablando con un muchacho de los que ella había llamado terribles.

—¡Dios la bendiga! Lo compadece y por eso es tan amable —dijo Jo, sonriéndose al mirarla desde el campo de croquet.

—Siempre dije yo que era una santa —añadió Meg, como si la cuestión quedara ya decidida por completo.

—Hace siglos que no he oído a Frank reírse tanto —susurró Grace, mientras charlaba de muñecas con Amy y hacían tacitas de té con cáscaras de bellotas.

—Mi hermana Beth es una chica encantadora cuando quiere —dijo Amy, muy contenta con el éxito de Beth.

La tarde concluyó con un circo improvisado, un juego de zorra y gansos y un partido amistoso de croquet. Cuando el sol se puso, levantaron la tienda de campaña, empaquetaron las cestas, cargaron los botes y toda la cuadrilla navegó río abajo, cantando alegremente. Ned se puso sentimental y cantó una serenata con el estribillo melancólico de:

Solo, solo, ay de mí, solo.

y con los versos

Si juventud tenemos, y ardiente corazón, ¿por qué nos resignamos a la separación?

Miró a Meg con expresión tan lastimera, que ella se echó a reír y aguló la canción.

—¿Cómo puedes ser tan cruel conmigo? —susurró, aprovechándose del ruido de la charla general—. Has estado todo el día junto a esa inglesa tiesa y ahora me tratas con desdén.

—No lo hice a propósito; te pusiste tan cómico que verdaderamente no pude evitarlo —respondió Meg; sin hacer caso de la primera parte de su reproche; porque era verdad que había evitado encontrarse con él recordando la reunión de los Moffat y la conversación que allí había oído.

Ned estaba ofendido y se volvió hacia Sallie para consolarse diciéndole con enojo:

—Esa muchacha no sabe flirtear lo más mínimo, ¿verdad?

—Verdad; pero es muy simpática —respondió Sallie, defendiendo a su amiga, aun cuando admitiese sus defectos.

En el jardín, delante de la casa donde la pequeña partida se había reunido, se dispersó, dándose unos a otros las buenas noches y adioses cordiales, porque los Vaughan se iban a Canadá. Cuando las cuatro hermanas se alejaban camino de su casa, la señorita Kate las siguió con la vista diciendo sinceramente:

—A pesar de sus modales bruscos, las chicas americanas son amables cuando se las llega a conocer.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo el señor Brooke.



Capítulo 13

Castillos en el aire



na calurosa tarde de setiembre Laurie se mecía suavemente en su hamaca, pensando qué estarían haciendo sus vecinas, pero con demasiada pereza para ir a investigarlo. Estaba en uno de sus ratos de mal humor; el día había pasado sin satisfacción ni provecho. El calor lo volvía indolente; había rehuido sus estudios, había probado la paciencia del señor Brooke; había irritado a su abuelo tocando el piano durante la mitad de la tarde; había aterrado a las criadas dando a entender que uno de los perros estaba rabioso, había tenido un altercado con el mozo de cuadra por un descuido imaginario con su caballo; después de todo lo cual, se había tendido en su hamaca enojado con la estupidez general del mundo, hasta que la paz del hermoso día lo calmó a pesar suyo. Con la vista perdida en el abismo verde del frondoso castaño de Indias, que extendía sus ramas sobre su cabeza, imaginaba toda clase de sueños y se imaginaba a sí mismo viajando a través del océano, cuando de repente lo volvió a la tierra un sonido de voces. Mirando a través de las mallas de la hamaca vio salir a las March, como preparadas para una excursión.

“¿Qué irán a hacer esas chicas?” , pensó Laurie, intrigado por la apariencia bastante extraña de sus vecinas. Cada una llevaba un sombrero de alas anchas, una mochila de algodón moreno al hombro y un largo bastón en la mano. Meg llevaba un almohadón; Jo, un libro; Beth, un cucharón, y Amy, un cartapacio. Todas marcharon tranquilamente a través del jardín, salieron por la puertecilla de atrás y comenzaron a subir la colina que separaba la casa del río.

—¡Vaya unas frescas! —se dijo Laurie—. ¡Irse de excursión y no invitarme! No pueden ir en bote, porque ellas no tienen llave. Quizá la han olvidado; yo se las llevaré y veré lo que pasa.

Aunque tenía media docena de sombreros, tardó largo rato en encontrar uno; después tuvo que buscar la llave que al fin descubrió en su bolsillo; con estas demoras, las chicas se habían perdido de vista cuando saltó la barrera y corrió tras ellas. Cortando por el atajo hacia el cobertizo del bote, esperó su llegada, pero viendo que no venían subió la cuesta para buscarlas en el campo vecino. Una parte estaba cubierta por un bosquecillo de pinos y del fondo de aquel verdor venía un sonido más claro que el dulce murmullo de los pinos o el chirrido somnoliento de los grillos.

“¡Vaya un cuadro!” , pensó Laurie, mirando entre los arbustos.

Era de veras un cuadro precioso; en un rincón de sombra estaban las hermanas, filtrándose sobre ellas los rayos del sol y agitando el viento sus cabellos, mientras los pequeños habitantes del bosque continuaban con sus trabajos como si las jóvenes no fueran extrañas sino antiguas amigas. Meg estaba sentada sobre su almohadón, cosiendo, y parecía tan fresca como una rosa con su traje del mismo color sobre el fondo verde. Beth escogía piñas de las que estaban esparcidas en gran cantidad. Amy dibujaba unos helechos y Jo hacía calceta a la vez que leía en voz alta.

Estaba el chico vacilando entre si marcharse, por no haber sido invitado, y el atractivo que ejercía sobre su espíritu inquieto aquella tranquila compañía. Tan inmóvil estaba, que una ardilla ocupada en su cosecha bajó de un pino a su lado, lo vio de repente y saltó pino arriba, dando tales chillidos que

Beth levantó los ojos, descubrió la cara pensativa detrás de los abedules y le dirigió una sonrisa de bienvenida.

—¿Puedo entrar o voy a molestarlas? —dijo, acercándose lentamente.

Meg arqueó las cejas, pero Jo le echó una mirada de reproche y dijo enseguida:

—Claro que puedes entrar. Podíamos haberte invitado antes, pero pensábamos que no te gustaría un juego de chicas como éste.

—Siempre me gustan sus juegos; pero si Meg quiere que me vaya, me iré enseguida.

—No tengo nada que objetar si haces algo, es contra las reglas estar aquí ocioso —respondió Meg gravemente, aunque con gracia.

—Muchísimas gracias, si me permiten quedarme, haré lo que manden, porque allá abajo está uno tan aburrido como en el desierto de Sahara. ¿Quieren que cosa, lea, recoja piñas, dibuje, que haga todo eso a la vez? Digan lo que quieran, estoy listo.

—Acaba este cuento mientras arreglo mi punto de calceta —dijo Jo, pasándole el libro.

—Con mucho gusto —respondió humildemente, y empezó a leer, haciendo lo que podía para demostrar su gratitud por el favor de su admisión en la sociedad de “La abeja industriosa”.

La historia no era larga, y cuando acabó se atrevió a hacer unas preguntas.

—Señora, ¿se me permite preguntar si esta instructiva y encantadora institución es nueva?

—¿Se lo diremos? —preguntó Meg a sus hermanas.

—Se va a reír —dijo Amy como aviso.

—¿Qué importa? —contestó Jo.

—Creo que le gustará —añadió Beth.

—¡Claro que me gustará! Les doy mi palabra de no reírme. Comienza, Jo, y no tengas miedo.

— ¡Cómo que te voy a tener miedo a ti! Pues bien. Es el caso que solíamos jugar a “El peregrino” y hemos seguido con ello todo el invierno y el verano.

—Lo sé —dijo Laurie.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Jo.

—Un pajarito.

—No, que fui yo. Se lo dije para entretenerlo una noche en que todas ustedes estaban ausentes y él estaba algo triste. Le gustó, de modo que no me retes, Jo —respondió humildemente Beth.

—No puedes guardar un secreto. Pero no importa; así nos ahorramos explicaciones.

—Sigue, por favor —dijo Laurie, al ver que Jo se entregaba de nuevo a su trabajo.

—¿Qué? ¿No te dijo nada Beth de nuestro proyecto nuevo? Bueno; hemos procurado no desperdiciar nuestras vacaciones y cada una se ha impuesto una tarea. Las vacaciones están casi concluidas, las tareas todas terminadas y estamos muy contentas de no haber perdido el tiempo.

— Lo comprendo —repuso Laurie, pensando en los días ociosos que había pasado él.

—Como mamá desea que estemos al aire libre el mayor tiempo posible, traemos aquí nuestro trabajo y pasamos muy buenos ratos. Por juego llevamos nuestras cosas en estos sacos, nos ponemos sombreros viejos, usamos bastones para subir la cuesta y jugamos a peregrinos, como solíamos hacer hace muchos años. Llamamos esta colina “Las montañas de delicias”, porque desde aquí podemos mirar a lo lejos y ver el país donde esperamos vivir algún día.

Jo señaló con el dedo y Laurie se incorporó para mirar, porque por un claro del bosque se podía ver, al otro lado del río ancho y azul, los prados, más allá de los arrabales de la ciudad grande, y las verdes montañas elevándose hacia el cielo. El sol estaba bajo y los cielos se enrojecían con la gloria de un atardecer de otoño. Nubes áureas y moradas cubrían las cumbres, y elevándose en la luz rosada había picos de un blanco plateado, que brillaban como las agujas de la catedral de una ciudad celestial.

—¡Qué bella es la puesta del sol! —dijo suavemente Laurie.

—A menudo es así y nos gusta observarla, porque siempre es diferente pero siempre magnífica —respondió Amy.

—Jo habla del campo donde esperamos vivir algún día; quiere decir el verdadero campo, con sus cerdos, pollos y la siega del

heno. Sería agradable, pero quisiera que ese hermoso lugar allá arriba fuese real y que pudiésemos ir allá —dijo pensativa Beth.

— Hay un lugar aún más bello, donde iremos algún día si somos bastante buenos —respondió Meg con su voz dulce.

— ¡Se hace tan largo esperar y tan difícil lograrlo! Quisiera volar enseguida allá como vuelan aquellas golondrinas y entrar por aquella puerta magnífica.

— Tarde o temprano llegarás allá, Beth, no hay duda de eso —dijo Jo—. Yo soy la que tendré que trabajar, sufrir, esperar, y al fin puede ser que no logre entrar.

— Yo te haré compañía si eso te sirve de algún consuelo. Tendré que viajar muchísimo antes de llegar a la vista de nuestra ciudad celestial. Si llego tarde, tú dirás algo en favor mío. ¿Verdad, Beth?

Algo en la cara del chico preocupó a su amiguita; pero dijo alegremente, con sus ojos clavados en las nubes:

— Si uno verdaderamente desea ir allá, y lo procura sinceramente toda su vida, pienso que entrará, porque no creo que aquella puerta tenga cerraduras ni guardianes. Siempre me lo imagino en la ilustración de “El peregrino”, donde los seres resplandecientes extienden las manos para recibir al pobre cristiano, según sube del río.

— ¿No sería una buena diversión si todos los castillos en el aire que hacemos pudieran realizarse y llegáramos a vivir en ellos? —dijo Jo después de una pausa.

— Yo he hecho tantos, que sería difícil elegir cuál de ellos tomaría —susurró Laurie, echándose en la hierba y tirando piñas a la ardilla que lo había descubierto.

— Tendrás que escoger el preferido; ¿cuál es? —preguntó Meg.

— Si digo el mío, ¿dirás tú el tuyo?

— Lo diré si las demás lo dicen también.

— Lo diremos. Vaya, Laurie.

— Después de ver tanto del mundo como deseo, me gustaría vivir en Alemania y tener toda la música que quisiera. Tengo que ser un músico famoso, que todo el mundo se atropelle por oírme, y no he de preocuparme por el dinero ni por los nego-

cios, sino divertirme y vivir para lo que me gusta. Ese es mi castillo favorito. ¿Cuál es el tuyo, Meg?

Meg parecía encontrar un poco difícil decir el suyo y agitaba una rama delante de su cara para espantar mosquitos imaginarios, mientras decía lentamente:

—Desearía tener una casa magnífica, llena de toda clase de cosas hermosas: comidas finas, trajes bellos, muebles hermosos, gente agradable y mucho dinero. Debo ser la dueña de esa casa y gobernarla a mi gusto, con muchas criadas, de modo que no tenga necesidad de trabajar yo misma. No haraganearía, sino que haría el bien, para que todo el mundo me quisiera mucho.

—¿No tendrías un amo en tu castillo? —preguntó picarescamente Laurie.

—Ya he dicho “gente agradable”.

—¿Por qué no dices un marido sabio y bueno y unos niños encantadores? Demasiado sabes que sin ellos no sería perfecto tu castillo —dijo bruscamente Jo.

—Ni el tuyo sin caballos árabes, tinteros y novelas.

—¡Claro que no! Tendría un establo lleno de caballos árabes, salas atestadas de libros y escribiría con un tintero mágico, que hiciera tan famosos mis trabajos como la música de Laurie. Antes de entrar en mi castillo, desearía hacer algo admirable que no se olvidara después de mi muerte. No sé lo que será, pero lo espero y algún día pienso sorprenderlos. Creo que escribiré libros para hacerme célebre y rica.; eso concuerda conmigo, de modo que es mi sueño favorito.

—El mío es quedarme tranquilamente en casa con papá y mamá y ayudar en el cuidado de la familia —dijo Beth.

—¿No deseas ninguna otra cosa? —preguntó Laurie.

—Desde que recibí mi pequeño piano estoy perfectamente satisfecha. Sólo deseo que todos tengamos buena salud y estemos juntos; nada más.

—Tengo muchísimos deseos; pero mi favorito es ser pintora, ir a Roma para pintar cuadros bellos y ser la mejor pintora del mundo —fue el modesto deseo de Amy.

—¡Vaya una partida de ambiciosos! Todos menos Beth queremos ser ricos, famosos y extraordinarios. Me pregunto si alguno

de nosotros logrará lo que desea —dijo Laurie, mascando hierba como una ternera pensativa.

—Yo tengo la llave de mi castillo, pero falta ver si podrá abrir la puerta — susurró Jo con misterio.

—Yo tengo la llave del mío, pero no me dejan usarla. ¡A la porra la Universidad! —murmuró Laurie.

—¡He aquí la mía! —dijo Amy levantando su lápiz.

—Yo no tengo ninguna —repuso tristemente Meg.

—Sí, que la tienes —contestó Laurie.

—¿Dónde?

—En tu cara.

—¡Tonterías!, eso no sirve de nada.

—Espera y verás si no te trae algo de valor.

Meg ocultó su rubor detrás de la rama y no preguntó más.

—Si vivimos dentro de diez años, vamos a reunirnos para ver cuántos de nosotros han logrado sus deseos —dijo Jo, siempre lista con un proyecto.

—¡Pobre de mí! ¡Qué vieja seré entonces! ¡Tendré veintisiete años! — exclamó Meg, que se sentía ya persona mayor porque acababa de cumplir los diecisiete.

—Tú y yo tendremos veintiséis años, Laurie; Beth tendrá veinticuatro y Amy veintidós. Vaya una compañía venerable.

—Espero que para entonces habré hecho algo de lo cual estar orgulloso; pero soy tan holgazán que temo quedarme atrás, Jo.

— Tú necesitas hacerte un propósito, según dice mamá; y cuando tú lo tengas, ella está segura de que trabajarás bien.

—¿Eso piensa tu mamá? Claro que trabajaré bien, si me dan ocasión —dijo Laurie, incorporándose con súbita energía—. Debo de estar satisfecho para agradar a mi abuelo, y procuro hacerlo, pero va contra mi carácter, ¿comprendes?, y es algo difícil. Él quiere que yo sea comerciante indiano, como fue él, y yo preferiría que me pegaran cuatro tiros. Detesto el té, la seda, las especias y toda esa basura que traen sus barcos viejos, y no me importará que se vayan todos a pique cuando me pertenezcan. Debería contentarse con que vaya a la Universidad, porque si le concedo cuatro años debe liberarme de los negocios; pero él es terco y tengo que hacer lo que él hizo, a menos

que rompa con él por completo y haga mi voluntad, como hizo mi padre. Lo haría mañana mismo si hubiera algún otro que le hiciera compañía.

Laurie hablaba con emoción y parecía dispuesto a cumplir su amenaza a la menor provocación, porque, a pesar de sus modales indolentes, sentía el odio propio de los jóvenes a todo lo que fuera sujeción.

—Te aconsejo que te embarques y no vuelvas hasta que hayas triunfado — dijo Jo, cuya imaginación se animaba con el pensamiento de una acción tan temeraria y que simpatizaba vivamente con “las penas de Laurie”.

—Eso no está bien, Jo; no debes hablar así, ni Laurie debe seguir tu mal consejo. Hijo, debes hacer lo que desea tu abuelo — repuso Meg con tono maternal—. Haz cuanto puedas en la Universidad, y cuando él se dé cuenta de que procuras complacerlo, estoy segura de que no será tan exigente contigo. Como tú dices, no hay nadie que pueda quedarse con él para acompañarle, y tú no te perdonarías jamás haberlo dejado sin su permiso. No te desanimes ni te impacientes; cumple tu deber y tendrás tu recompensa, como la tiene el buen señor Brooke, a quien respetan y quieren los que lo conocen.

—¿Qué sabes de él?

—No sé más que lo que tu abuelo dijo a mamá; cómo cuidó a su madre hasta que murió y no quiso ir al extranjero por no abandonarla; y cómo ahora mantiene a una vieja que lo cuidó; no se lo dice a nadie, pero es tan generoso, paciente y bueno como puede.

—Sí que lo es, el buen amigo. Es muy de mi abuelo eso de descubrir toda su historia sin decirle nada y luego contar a otros lo bueno que es para que le tengan cariño. Brooke no podía comprender por qué tu madre era tan amable con él, invitándolo a su casa conmigo y tratándolo tan amistosamente. Él pensó que tu madre era la perfección misma, y hablaba de ella día tras día; y de todas ustedes se hacía lenguas. Si alguna vez logro realizar mis deseos, verás lo que hago por Brooke.

—Empieza por hacer algo ahora, no fastidiándolo tanto — dijo severamente Meg.

—¿Cómo sabe usted que lo fastidio, señorita?

—Siempre lo puedo adivinar por la cara con que sale de su casa. Si te has portado bien, parece satisfecho y camina lentamente, como si deseara volver para corregir tu trabajo.

—¡Vaya! ¡Me gusta! ¿De modo que llevas cuenta de las notas buenas y malas que recibo yo por la cara de Brooke, no es eso? Ya he visto que saluda y sonríe cuando pasa bajo tu ventana, pero no sabía que hubieses montado un telégrafo.

—No lo tenemos; no te enojés y, por favor, no le digas nada de lo que te he dicho. Era solamente para demostrarte que me intereso por tus progresos; lo que se dice aquí se dice en confianza, ya lo sabes.

—No me gusta llevar cuentos. Pero si Brooke es un barómetro, procuraré que señale siempre buen tiempo.

—Hazme el favor de no ofenderte; no quise sermonear, ni contar historias, ni ponerme tonta; sólo pensé que Jo estaba alentándote a algo de lo cual tendrías que arrepentirte luego. Eres tan amable con nosotras, que te miramos como si fueras nuestro propio hermano y decimos lo que pensamos. Perdóname; lo dije con buena intención —y Meg le ofreció la mano con gesto amable aunque tímido.

Avergonzado de su momentáneo enojo, Laurie le estrecho la mano con sinceridad, diciéndole:

—Yo soy quien necesita perdón; he estado de muy mal humor todo el día. Me gusta que me señales mis defectos como una hermana; no hagas caso si a veces estoy gruñón; te doy las gracias de todos modos.

Deseoso de expresar que no estaba ofendido, estuvo lo más agradable que pudo, devanó hilo para Meg, recitó poesías para dar gusto a Jo, sacudió piñas para Beth y ayudó a Amy con sus helechos, acreditándose como persona digna de pertenecer a la sociedad de “La abeja industriosa”.

En la mitad de una discusión animada sobre las costumbres domésticas de las tortugas — con motivo de haber venido del río uno de estos amables animalitos—, el lejano sonido de una campanilla les avisó que Hanna había preparado el té y que con dificultad podrían llegar a tiempo para la cena.

—¿Puedo venir otra vez? —preguntó Laurie.

—Claro que sí, si te portas bien y eres aplicado, como dice la cartilla — contestó Meg con una sonrisa.

—Lo procuraré.

—Entonces puedes venir y te enseñaré a hacer calceta, como hacen los escoceses; ahora hay gran demanda de calcetines —añadió Jo, agitando el suyo como una bandera de lana azul, mientras se separaban.

Aquella noche, mientras Beth tocaba el piano para el señor Laurence, Laurie, de pie en la sombra de las cortinas, escuchaba al pequeño David, cuya música sencilla calmaba siempre su espíritu tornadizo y miraba al anciano que con la cabeza apoyada en la mano pensaba con ternura en la niña muerta que había querido tanto.

Acordándose de la conversación de la tarde, el chico se dijo con la resolución de hacer el sacrificio alegremente:

—Renunciaré a mi castillo y permaneceré con mi querido y viejo abuelo mientras me necesite, porque no tiene a nadie más que a mí.



Capítulo 14

Secretos

Jo estaba ocupadísima en la boardilla, porque los días de octubre comenzaban a ponerse fríos y las tardes iban acortándose. Por dos o tres horas, tras la ventana bañada por el sol; podía verse a Jo sentada en el viejo sofá escribiendo diligentemente, con las cuartillas esparcidas sobre un baúl ante ella, mientras su ratón amigo se paseaba por las vigas en compañía de su hijo mayor, un hermoso ratonzuelo, al parecer muy orgulloso de sus bigotes. Completamente absorta en su trabajo, garrapateaba Jo hasta que hubo llenado la última página, después de lo cual estampó su firma y soltó la pluma, exclamando:

—¡Vaya! Lo he hecho lo mejor posible. Si esto, no conviene, tengo que esperar hasta que sepa hacer algo mejor.

Echada en el sofá, leyó cuidadosamente el manuscrito, poniendo comas acá y allá, y signos de admiración que parecían globos pequeños; después lo ató con una cinta roja muy vistosa y se quedó mirándolo con expresión grave y pensativa, que mostraba claramente lo serio que había sido su trabajo.

Aquí arriba, el pupitre de Jo era una vieja cocina de hojalata, que colgaba contra la pared. En ella guardaba sus papeles y algunos libros para resguardarlos de las atenciones de su ratón,

que, como todos los de su casta, tenía sus aficiones literarias. De aquel receptáculo de hojalata Jo sacó otro manuscrito, y, poniendo los dos en su bolsillo, bajó furtivamente la escalera, dejando a sus amigos que royesen las plumas y se bebiesen la tinta.

Tan sigilosamente como pudo se puso el abrigo y el sombrero, y por la ventana trasera salió al tejadillo del pórtico bajo, se descolgó sobre el suelo de césped e hizo un rodeo para llegar al camino. Una vez allí se calmó, tomó un ómnibus que pasaba y se fue a la ciudad con mucha alegría y misterio.

Si alguien la hubiese observado, hubiera pensado que sus movimientos tenían algo raro, porque tan pronto como bajó del ómnibus echó a andar a buen paso hasta llegar a cierto número de una calle de mucho movimiento. Una vez descubierto el lugar con alguna dificultad, entró en el portal, echó una mirada a la escalera y después de pararse por un minuto salió de repente a la calle, marchándose tan deprisa como había venido. Varias veces repitió la maniobra con gran diversión de cierto joven de ojos negros que la observaba desde la ventana de un edificio de enfrente. Volviendo por tercera vez, Jo se irguió, se caló el sombrero hasta las cejas y subió valientemente escalera arriba, como si fuera a que le sacaran todas las muelas. Había un rótulo de dentista, entre otros, a los lados de la puerta, y después de mirar un momento un par de mandíbulas artificiales, que se abrían y cerraban lentamente para llamar la atención a una dentadura hermosa, el joven se puso su abrigo, tomó su sombrero y bajó a la calle para esperar enfrente de la puerta diciéndose con una sonrisa y un estremecimiento:

— Es muy propio de ella venir sola, pero si pasa un mal rato necesitará que alguien la acompañe a casa.

A los diez minutos Jo bajaba corriendo la escalera, con la cara muy roja y como quien acaba de pasar una dura prueba. Cuando vio al joven no le hizo ni pizca de gracia y pasó de largo, con una inclinación de cabeza; pero él la siguió, preguntándole con simpatía:

— ¿Has pasado un mal rato?

— No mucho.

— Has acabado muy pronto.

—Sí, ¡gracias a Dios!

—¿Por qué has venido sola?

—No quería que nadie lo supiera.

—Eres lo más curioso que he visto en mi vida. ¿Cuántas te han sacado?

Jo miró a su amigo como si no lo comprendiera, y entonces se echó a reír, muy divertida por la pregunta.

—Hay dos que quiero que salgan, pero tengo que esperar una semana.

—¿De qué te ríes? Tú escondes alguna picardía —dijo Laurie bastante perplejo.

—Y tú también. ¿Qué hacía usted en esa sala de billar, señor?

—Con su permiso, señora, no es una sala de billar, sino un gimnasio, y tomaba una lección de esgrima.

—Me alegro de oírlo.

—¿Por qué?

—Porque así podrás enseñarme, y cuando representemos Hamlet puedes ser Laertes y tendremos una buena representación de la escena del combate.

Laurie soltó una carcajada que hizo sonreír, a pesar suyo, a varios transeúntes.

—Te enseñaré esgrima, representemos o no Hamlet; es una buena diversión y te hará mantenerte muy derecha. Pero no creo que era ésa tu única razón al decir “me alegro” de modo tan decidido. ¿Verdad que no?

—No, me alegraba de que no estuvieses en una taberna, porque espero que no entres en tales lugares. ¿Lo haces?

—Rara vez.

—Desearía que no lo hicieras nunca.

—No es malo Jo. Tengo mesa de billar en casa, pero no te diviertes si no encuentras buenos jugadores; como yo soy tan aficionado, vengo algunas veces a jugar con Ned Moffat o algunos de los otros jóvenes.

—¡Ay de mí! Lo siento tanto, porque te irás aficionando cada vez más, malgastarás tiempo y dinero y acabarás por parecerte a esos muchachos horribles. Yo esperaba que te mantendrías

respetable y que serías el orgullo de tus amigos —dijo Jo, meneando la cabeza.

— ¿No puede un joven divertirse inocentemente de vez en cuando sin perder su respetabilidad? —preguntó Laurie, algo enojado.

—Depende de cómo y dónde se divierte. No me gusta Ned y su compañía, y me complacería que no entraras en ella. Mamá no nos permite invitarlo a nuestra casa, aunque él quiere venir, y si haces como él, tampoco permitirá que juguemos juntos como ahora.

—¿No lo permitirá? —preguntó Laurie con cierta inquietud.

—No; no puede aguantar jóvenes mundanos y preferiría encerrarnos bajo llave antes que permitir amistades con ellos.

—Bueno, no hace falta que saque la llave todavía. No soy mundano ni tengo la intención de serio; pero, de vez en cuando, me gusta alguna travesura inofensiva. ¿No te gustan a ti?

— Sí, si nadie se opone a ello; diviértete, pero no te vuelvas loco, si no quieres que acaben nuestras horas de alegría.

—Seré un santo puro.

—No tolero a los santos; sé un muchacho sencillo, honrado y respetable y nunca te abandonaremos. No sé qué haría yo si te comportaras como el hijo del señor King. Tenía mucho dinero, pero no sabía cómo gastarlo; se hizo borracho y jugador, y acabó por falsificar la firma de su padre, y creo que fue un verdadero escándalo.

—¿Me crees capaz de hacer lo mismo? ¡Muchas gracias!

—No, no lo creo; ¡de ninguna manera! Pero oigo a muchos hablar de las tentaciones del dinero y a veces desearía que fueras pobre. Así no tendría ninguna preocupación.

—¿Te preocupas por mí, Jo?

—Un poquito, cuando pareces malhumorado o descontento, como sucede algunas veces porque te gusta salirte siempre con la tuya. Si un día te echaras por el mal camino, temo que sería muy difícil detenerte.

Por unos minutos Laurie continuó andando sin hablar, y Jo lo observaba, deseando haber refrenado su lengua, porque veía

en los ojos del muchacho una expresión de enojo, aunque sus labios seguían sonrientes.

—¿Vas a predicar por todo el camino a casa? —preguntó.

—Claro que no. ¿Por qué lo dices?

—Porque si lo haces, tomaré el ómnibus; si no lo haces, me gustaría caminar contigo y contarte algo muy interesante.

—No predicaré más y me gustaría oír tus noticias.

—Muy bien; ahí van. Es un secreto, y si lo digo, tú tienes que decirme el tuyo.

—Yo no tengo ninguno —comenzó Jo, pero súbitamente detuvo recordando que sí lo tenía.

—Sabes que tienes un secreto; no puedes esconder nada; con que a confesar o no te diré el mío —dijo Laurie.

—¿Es interesante tu secreto?

—¡Vaya si lo es! ¡Y acerca de personas que conoces, y muy gracioso! Hace tiempo que me desespero por decírtelo. Empieza tú.

—¿No dirás nada en casa?

—Ni una palabra.

—¿Y no me darás la lata con ello cuando estemos solos?

—Nunca doy la lata a nadie.

—Sí que lo haces, y así sacas todo lo que quieres saber. No sé cómo lo haces, pero eres un perfecto adulator.

—Gracias. Venga el secreto.

—Pues bien: le he dejado dos cuentos al director de un periódico, que me dará la respuesta la semana que viene.

—¡Viva la señorita March, la célebre autora! —exclamó Laurie, lanzando su sombrero al aire y recogéndolo de nuevo, con gran diversión de dos patos, cuatro gatos, cinco gallinas y media docena de niños irlandeses; porque estaban ya en las afueras.

—¡Calla! Quizá no resulte; pero no podía descansar hasta hacer una prueba, y no he dicho nada para que nadie se decepcione.

—¡No habrá decepciones! Tus cuentos son obras de Shakespeare comparadas con la mitad de las tonterías que se publican ahora. ¡Y cómo vamos a gozar al verlas en letras de molde! ¡Qué orgullosos estaremos de nuestra escritora!

Los ojos de Jo brillaron, porque siempre es agradable ver que alguien tiene fe en nosotros.

—¿Y tu secreto? ¡A jugar limpio, Laurie, o no te creeré nunca más!

—Tal vez tenga un disgusto por decírtelo, pero como no he prometido callarme, lo diré, porque nunca estoy satisfecho hasta que no te he contado todas las noticias que tengo, ¡Sé dónde está el guante de Meg!

—¿Y eso es todo?

—Es bastante, como verás cuando te diga dónde está.

—Dímelo entonces.

Laurie se inclinó y susurró tres palabras al oído de Jo que produjeron un gracioso cambio. Se paró y se quedó mirándole de hito en hito por un minuto, sorprendida y contrariada; después continuó andando y dijo bruscamente:

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto.

—¿Dónde?

—En su bolsillo.

—¿Todo este tiempo?

—Sí; ¿no es romántico?

—No; es horrible.

—¿No te gusta?

—Claro que no me gusta; es ridículo; no se debe permitir. Me subleva; ¿qué dirá Meg?

—No lo dirás a nadie; ya sabes.

—No he prometido nada.

—Eso estaba entendido y confié en ti.

—Bueno; de todos modos, no diré nada por ahora; pero estoy muy disgustada y quisiera no haberme enterado.

—Pensé que te agradaría.

—¿La idea de que alguien viniese para llevarme a Meg? No, gracias.

—Te parecerá mejor cuando alguien venga para llevarte a ti.

—¡Quisiera ver al valiente!

—¡Yo también! —dijo Laurie riéndose.

—No creo que caen bien los secretos; estoy confundidísima desde que me lo dijiste —exclamó Jo.

—Juega una carrera conmigo y se te pasará —propuso él.

Nadie estaba a la vista; el camino liso ondulaba en un declive encantador ante ella, y, no pudiendo resistir la tentación, Jo se lanzó carretera abajo, dejando caer el sombrero y la peineta a medida que corría. Laurie alcanzó primero la meta y estaba satisfecho del éxito de su tratamiento al ver a su doncella jadeante, con el pelo suelto, los ojos brillantes, las mejillas rojas y ningún gesto de enojo en la cara.

—Quisiera ser caballo para poder correr leguas y leguas en este aire magnífico sin perder aliento. Buena ha estado la carrera, pero mira cómo me he puesto. Anda a recoger mis cosas como un buen chico —dijo Jo dejándose caer debajo de un arco que cubría la orilla con un tapete de hojas rojas.

Laurie se fue lentamente a recoger los objetos perdidos mientras Jo se arreglaba las trenzas, esperando que nadie pasaría hasta que estuviese de nuevo arreglada. Pero alguien pasó, ¿Y quién había de ser, sino Meg?, muy seria con su vestido de gala, porque venía de hacer visitas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, mirando sorprendida a su desgreñada hermana.

—Recogiendo hojas —respondió Jo humildemente, apartando algunas hojas rosadas que acababa de amontonar.

—Y horquillas —añadió Laurie, echando media docena de ellas en la falda de su amiga—. Crecen en este camino, Meg, y sombreros de paja también.

—Has estado corriendo, Jo. ¿Cuándo vas a dejar tus chiquilladas? —dijo Meg en tono de reprobación.

—Nunca, hasta que no sea vieja y tiesa y tenga que usar una mula. No trates de hacerme persona mayor antes de tiempo, Meg. Ya tengo bastante con verte cambiar tan de repente; déjame ser niña tanto tiempo como pueda.

Mientras hablaba, Jo se inclinaba sobre su trabajo para esconder el temblor de sus labios, porque ahora se daba cuenta de que Meg se convertía rápidamente en una mujer, y el secreto de Laurie le hizo temer la separación que alguna vez tendría que venir y que ahora parecía más cercana. Laurie notó la angustia en la cara de su amiguita y distrajo la atención de Meg, preguntándole vivamente:

—¿Dónde has estado haciendo visitas tan elegante?

—En casa de los Gardiner, y Sallie me contó la boda de Pelle Moffat. ¡Era magnífico!, y se han ido a pasar el invierno en París. ¡Qué encantador debe ser eso!

—¿La envidias, Meg? —dijo Laurie.

—Temo que sí.

—Me alegro de oírlo —murmuró Jo, atándose el sombrero.

—¿Por qué? —preguntó Meg, sorprendida.

—Porque si te gustan tanto las riquezas, no irás y te casarás con un hombre pobre —dijo Jo, mirando con enojo a Laurie, que le hacía señas que tuviese cuidado con lo que decía.

—Yo nunca iré y me casaré con nadie —observó Meg, echando a andar con mucha dignidad mientras los otros la seguían riéndose, susurrando y saltando encima de las piedras, y comportándose como chiquillos, según Meg decía para sí.

Durante una semana o dos, Jo se condujo de modo tan extraño, que tenía confundidas a sus hermanas. Salía precipitadamente a la puerta cuando llamaba el cartero; trataba descortésmente al señor Brooke siempre que se encontraba con él; se quedaba mirando a Meg largos ratos con cara pensativa, levantándose a veces para sacudirla y después besarla muy misteriosamente. Laurie y ella andaban siempre haciéndose señas y hablando de “águilas reales”, hasta hacer creer a las chicas que ambos se habían vuelto locos. Unos quince días después del misterioso viaje de Jo a la ciudad, Meg, cosiendo delante de su ventana, se escandalizó de ver a Laurie corriendo tras de Jo por todo el jardín y alcanzándola, por fin, en la glorieta de Amy. Lo que sucedió allí Meg no lo pudo ver, pero se oyeron carcajadas, seguidas por el murmullo de voces y el sonido de hojas de periódicos en movimiento.

—¿Qué vamos a hacer con esta chica? Nunca quiere portarse como una señorita —suspiró Meg.

—Espero que no se portará como una señorita, porque me gusta como es, tan graciosa y tan amable —dijo Beth, que no había denotado estar algo ofendida de que Jo tuviese secretos con alguien que no fuera ella.

—Es muy molesto, pero jamás lograremos corregirla —añadió Amy.

A los pocos minutos entró Jo precipitadamente, se echó en el sofá y fingió leer.

—¿Tienes ahí algo interesante? —preguntó Meg.

—Un cuento; me figuro que no vale gran cosa —respondió Jo, ocultando cuidadosamente el título del periódico.

—Léelo en voz alta; así nos entretendrás a todas —dijo Amy.

—¿Cómo se titula? —preguntó Beth, extrañada de que Jo mantuviera la cara detrás del pliego.

—”Los pintores rivales”.

—Eso suena bien; léelo —dijo Meg.

Después de aclarar la voz y respirar profundamente, Jo comenzó a leer rápidamente la historia. Las chicas escucharon con interés, porque el cuento era romántico y algo patético también; ya que casi todos los personajes morían al final.

—Me gusta lo referente al cuadro magnífico —observó Amy.

—Prefiero la parte amorosa. Viola y Ángelo son dos de nuestros nombres preferidos; es curioso que hayan salido ahí —dijo Meg.

—¿Quiénes el autor? —preguntó Beth.

—Vuestra hermana.

—¿Tuyo? —gritó Meg, dejando caer su costura.

—Está muy bien —dijo críticamente Amy.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Oh, Jo mía, qué orgullosa estoy! —exclamó Beth, corriendo a abrazar a su hermana, exaltada por éxito tan magnífico.

¡Qué alegres estaban todas! Meg no podía creerlo hasta que no vio el nombre de “Josephine March” realmente impreso en el periódico; Amy hizo una benévola crítica de los detalles referentes al arte en el cuento; Beth saltaba y cantaba de alegría, Hanna entró para exclamar: “¡Cielo santo, quién lo hubiera creído!”, asombrada por la hazaña de “esa Jo”; la señora March estaba justamente orgullosa de su hija. Cómo se reía Jo, con los ojos llenos de lágrimas, al decir que iba a ponerse tan engreída como un pavo real con tantas alabanzas. “El Águila Real” agitaba triunfalmente las alas encima de la casa de los March, mientras circulaba de mano en mano el periódico.

—Cuéntanos todo... ¿Cuándo llegó?... ¿Cuánto te han pagado por él?...

¿Qué dirá papá? ¿No se reirá Laurie? —decía toda la familia a un mismo tiempo, reunida alrededor de Jo.

—Calma, niñas, y se los contaré todo —dijo Jo.

Después de contar cómo había colocado sus cuentos Jo añadió:

— Cuando fui a recibir mi respuesta, el director me dijo que le gustaban ambas, pero que no pagaba a los principiantes; no hacía más que publicar las obras en su periódico para que se dieran a conocer. Era buena práctica, dijo, y cuando los principiantes progresaran, no faltarían editores que les pagaran sus trabajos. Le dejé, pues, las dos historias, y hoy por la mañana me ha enviado esto; Laurie me sorprendió con ello e insistió en verlo; lo dejé hacerlo, y dijo que era muy buena, de manera que escribiré más y él va a conseguir que me paguen la próxima; y... estoy tan contenta, porque con el tiempo podré mantenerme y ayudar a las chicas.

Aquí le faltó el aliento y escondiendo la cabeza en el periódico, derramó algunas lágrimas ingenuas, porque ser independiente y ganar las alabanzas de las personas que amaba eran los deseos más ardientes de su corazón, y aquello parecía el primer paso hacia tan feliz meta.



Capítulo 15

Un telegrama





e todos los meses del año, noviembre es el más desagradable —dijo Meg, de pie ante la ventana, una tarde nublada, mirando al jardín quemado por el hielo.

—Por eso nací yo en él — observó Jo sin darse cuenta del borrón de tinta que se había echado en la nariz.

—Si algo muy agradable sucediese ahora, pensaríamos que es un mes encantador —dijo Beth, que solía verlo todo color de rosa, aun el mes de noviembre.

—Naturalmente; pero en esta familia no sucede nunca nada desagradable —repuso Meg, que estaba desanimada—. Trabajamos todos los días sin ningún cambio y con poca distracción. Es como dar vueltas a una noria.

—¡Ay de mí! ¡Qué tristonas estamos! —exclamó Jo—. No me extraña, pobrecita, porque ves otras muchachas que lo pasan espléndidamente, mientras tú, trabaja que trabaja todo el año. ¡Si fuera tan fácil planearte la vida como lo hago con las heroínas de mis cuentos! Nada tendría que darte en cuanto a belleza y bondad, porque ya tienes bastante; pero arreglaría que un pariente rico te dejara heredera de una fortuna, con la cual podrías despreciar a todos los que te hayan ofendido; ir

al extranjero y volver hecha una Señora de Fulano, rodeada de esplendor y elegancia.

—Ya no se dejan fortunas de esa manera; ahora, para tener dinero los hombres tienen que trabajar y las mujeres tienen que casarse. Es un mundo muy injusto —repuso con amargura Meg.

—Jo y yo haremos fortuna para todas ustedes; esperen otros diez años y verán si no lo hacemos — dijo Amy que estaba sentada en un rincón, haciendo pastelillos de barro, como Hanna solía llamar a los modelos de pájaros, frutos y cabezas que hacía con arcilla.

—No puedo esperar, y temo que no tengo mucha fe en la tinta y el barro, aunque agradezco tus buenas intenciones. —Meg suspiró y se volvió de nuevo hacia el jardín helado; Jo, sentada a la mesa, dejó escapar un quejido y abatida se apoyó sobre los codos, pero Amy siguió trabajando con energía, y Beth, sentada a la otra ventana, dijo sonriendo:

—Dos cosas agradables van a suceder enseguida. Mamá viene por la calle y Laurie está cruzando el jardín como si tuviera algo interesante que decirnos.

Ambos entraron; la señora March, haciendo su pregunta acostumbrada: “¿Hay carta de papá, niñas? “, y Laurie, diciendo con tono persuasivo:

—¿No quiere alguien pasear en coche conmigo? He trabajado con las matemáticas hasta marearme y voy a refrescarme con un buen paseo. Es un día gris, pero el aire no es malo y voy a llevar a Brooke a casa. Ven, Jo, tú y Beth me acompañarán; ¿no es verdad? que sí.

—Lo agradezco mucho, pero estoy ocupadísima —dijo Meg, sacando rápidamente su canastilla de costura.

—Nosotras tres estaremos listas en un minuto —agregó Amy, dándose prisa para lavarse las manos.

—¿Puedo serle útil en algo, señora madre? —preguntó Laurie, apoyándose cariñosamente en el respaldo de la silla de la señora March, y hablándole con el tono afectuoso que solía usar con ella.

—No, gracias, sino hacerme el favor de ir al correo, querido. Es día de recibir carta, y no ha venido el cartero. Papá suele

ser tan exacto como el sol, pero quizás ha habido algún contratiempo en el camino.

La campana sonó vivamente, interrumpiéndole; un minuto después, Hanna entró con un papel en la mano.

—Uno de esos telegramas, señora —dijo, dándolo como si temiera que estallase o hiciera algún daño.

La señora March lo tomó rápidamente, leyó las dos líneas que contenía y cayó de espaldas en su silla, tan blanca como si el papel le hubiese dado un balazo en el corazón. Laurie corrió escalera abajo, en busca de agua, mientras Meg y Hanna la sostenían, y Jo leyó:

“Señora March: Su esposo está enfermo de gravedad. Venga enseguida. S. Hale Hospital Blanco. Washington.”

¡Qué inmovilidad cayó sobre todas cuando escuchaban sin respirar siquiera! ¡Cómo parecía oscurecerse el día y cambiar el mundo entero al reunirse las muchachas alrededor de su madre, con la sensación de que iban a perder toda la felicidad y el apoyo de su vida! La señora March reaccionó pronto, leyó de nuevo el telegrama y abrazando a sus hijas, dijo con voz que no olvidaron nunca: “Tengo que ir inmediatamente: tal vez sea demasiado tarde. ¡Oh, hijas mías, ayúdenme a soportarlo!”

—Durante algunos minutos no se oyeron en el cuarto más que los sollozos; palabras entrecortadas de consuelo, tiernas promesas de ayuda y murmullos de esperanza que acababan en lágrimas. La pobre Hanna fue la primera en reponerse, y, con inconsciente sabiduría, dio el buen ejemplo a todos, pues para ella el trabajo era la panacea de casi todos los males.

—¡Que Dios salve al pobre! No hay que perder el tiempo llorando; voy a arreglar enseguida sus cosas, señora —dijo con cariño, y secándose las lágrimas con el delantal, estrechó respetuosamente la mano de su señora y se fue a trabajar como tres mujeres en una.

—Tiene razón; no hay tiempo para llorar ahora. Hay que calmarse, hijas mías; déjenme pensar.

Trataron de serenarse, mientras su madre se incorporaba, pálida pero más tranquila, y dominando su dolor para pensar y hacer planes para ellas.

—¿Dónde está Laurie? —preguntó luego.

—Aquí, señora; ¡permítame servirle en algo! —gritó el chico, viniendo del otro cuarto, donde se había retirado discretamente para dejarlas solas.

—Telegrafía diciendo que voy enseguida. El primer tren sale temprano por la mañana; lo tornaré.

—¿Qué más? Los caballos están listos; iré a cualquier parte; haré cualquier cosa que usted desee —contestó Laurie dispuesto a volar al fin del mundo.

—Deja una carta en casa de la tía March. Jo, dame esa pluma y ese papel. Jo puso la mesa enfrente de su madre, sabiendo que sería preciso pedir

prestado el dinero para el viaje largo y triste y pensando qué podría hacer ella para aumentar un poco la cantidad necesaria.

—Ahora vete, hijo mío; pero no te mates corriendo a rienda suelta; no es indispensable.

El consejo fue inútil, porque cinco minutos después Laurie, montando en su caballo ligero, pasó por delante de la ventana como si su vida estuviera en peligro.

—Jo, corre al salón y di a la señora King que no puedo ir. En el camino compras estas cosas. Las llevaré conmigo; serán necesarias, y debo ir preparada para hacer de enfermera. Las provisiones del hospital no son siempre buenas. Beth, vete y pide al señor Laurence dos botellas de vino añejo. No soy demasiado orgullosa para pedir limosna por el bien de papá; debe tener lo mejor de todo. Amy, di a Hanna que baje la maleta negra; Meg, ayúdame a encontrar mis cosas porque estoy trastornada.

Escribir, pensar y dirigirlo todo al mismo tiempo era bastante para trastornar a la pobre señora, y Meg le rogó que se sentase tranquilamente en su dormitorio por un rato y que las dejara a ellas hacer el trabajo. Todas se esparcieron, como hojas sacudidas por el viento; y la familia, poco antes tan tranquila y feliz, se vio repentinamente desbandada, como si el papel hubiera contenido un mal sortilegio.

El señor Laurence llegó con Beth, trayendo toda clase de cosas útiles que el buen señor podía pensar y las promesas más amistosas de protección para las chicas durante la ausencia de

su madre, lo cual le dio mucho ánimo. Se ofreció a todo, incluso a acompañarla él mismo en el viaje. La señora March no quiso aceptar que el señor anciano hiciera un viaje tan largo, pero no pudo evitar una expresión de alivio cuando él habló del asunto, porque la ansiedad no es buena preparación para un viaje. El notó la expresión, frunció las cejas, se frotó las manos y se marchó de repente, diciendo que volvería pronto. No habían tenido tiempo para acordarse de él otra vez, hasta que Meg, atravesando el vestíbulo con un par de zapatillas en una mano y una taza de té en la otra, se encontró de repente con el señor Brooke.

—Siento mucho la novedad, señorita March —dijo con tono amable, muy grato a su espíritu turbado—. Vengo para ofrecerme a acompañar a su madre. El señor Laurence me ha dado algunos encargos que hacer en Washington y estaré muy contento de poder serle útil a su señora madre allá.

Meg dejó caer las zapatillas, y por poco deja caer también la taza al tender la mano, con tal expresión de gratitud, que el señor Brooke se hubiera sentido más que compensado por un sacrificio mayor que el que iba a hacer.

—¡Qué amables son todos ustedes! Mamá aceptará, estoy segura; y para nosotras será un alivio saber que tiene alguien que cuide de ella. Muchísimas gracias. — Meg hablaba con sentimiento y se olvidó enteramente de sí misma, hasta que una mirada de su amigo hizo que recordase el té, que se estaba enfriando, y lo condujo a la sala, diciendo que llamaría a su madre.

Todo estaba arreglado cuando Laurie volvió con una carta de la tía March, que enviaba el dinero deseado, y unas líneas, repitiendo lo que dijera muchas veces: que era ridículo que March se fuese al ejército, que siempre había profetizado que nada bueno podía resultar de ello, y que esperaba que tomarían su consejo para la próxima vez.

La señora March echó la carta al fuego; puso el dinero en su portamonedas y continuó sus preparativos, con los labios apretados de tal modo que Jo hubiera comprendido.

La tarde corta fue pasando; todos los encargos estaban hechos; Meg y su madre estaban cosiendo algunas cosas necesarias, mientras Beth y Amy preparaban la cena; Hanna acabó

su planchado “a golpes”, como ella decía y Jo no había llegado aún. Comenzaron a inquietarse, y Laurie se fue a buscarla, porque nadie sabía qué idea loca se le había metido en la cabeza. No la encontró, sin embargo, y a poco Jo volvió con una expresión extraña en la cara, mezcla de broma y de miedo, de satisfacción y de sentimiento, que dejó perpleja a la familia, tanto como el manojito de billetes de Banco que puso delante de su madre diciendo con voz algo entrecortada:

—Esta es mi contribución para ayudar a papá a traerlo a casa.

—Hija mía, ¿dónde has obtenido esto? ¡Veinticinco pesos! Jo, espero que no hayas hecho nada imprudente.

—No; lo obtuve honradamente; no lo he mendigado, ni pedido prestado, ni robado. Lo he ganado; y no creo que me reñirás, porque no hice más que vender lo que me pertenecía.

Al decir esto, Jo se quitó el sombrero y vieron con asombro que su abundante cabellera había sido cortada.

—¡Tu cabello! ¡Tu hermoso cabello! Jo, ¿cómo has podido hacerlo? ¡Tu única belleza! Hija mía, no era necesario... No pareces mi Jo, pero te quiero muchísimo por ello.

Mientras todas expresaban su admiración y Beth abrazaba tiernamente la cabeza esquilada, Jo adoptó un aire indiferente, que no engañó a nadie, y dijo, pasándose la mano por los mechones castaños y tratando de parecer contenta:

—Eso no afecta la suerte de la nación; conque no te lamentes, Beth. Será bueno para mi vanidad; me estaba poniendo demasiado orgullosa de mi peluca. Mi cerebro ganará con quitarse ese peso de encima; siento la cabeza ligera y fresca, que da gusto, y el peluquero dijo que pronto tendría unos bucles como los de un muchacho que me sentarían muy bien y serán fáciles de peinar; estoy contenta; toma por favor el dinero y cenemos.

—Dímelo todo, Jo; no estoy completamente satisfecha, pero no puedo culparte, porque sé con qué buena voluntad has sacrificado tu vanidad, como la llamas, a tu amor. Pero, querida mía, no era necesario y temo que muy pronto te arrepientas —dijo la señora March.

—¡No me arrepentiré! —respondió Jo con firmeza.

—¿Cómo se te ocurrió hacerlo? —preguntó Amy, que antes se hubiera cortado la cabeza que su cabello.

—Bueno, deseaba hacer algo por papá —respondió Jo, mientras se sentaban a la mesa—. Aborrezco pedir prestado tanto como mamá, y sabía que la tía March gruñiría: siempre lo hace cuando se le pide un peso. Meg había dado todo su sueldo trimestral para el alquiler y yo no hice más que comprarme ropa con el mío; así que me sentía egoísta y tenía que obtener dinero aunque tuviese que vender la nariz para ganarlo.

—No debías sentirte egoísta, hija mía; no tenías ropa de invierno y compraste las cosas más sencillas que podías con lo que habías ganado —dijo la señora March.

—Al principio no tenía la menor idea de vender mi cabello; pero andando y pensando qué podía hacer, pasé por una peluquería y vi en el escaparate trenzas con su precio marcado una trenza negra, más larga pero no tan espesa como la mía: costaba cuarenta pesos. De repente se me ocurrió que tenía una cosa de la cual podría sacar dinero, y sin detenerme a pensar entré; pregunté si compraban cabello y cuánto darían por el mío.

—No comprendo cómo te atreviste —respondió Beth, asombrada.

—¡Bah!; era un hombre pequeño, que parecía no vivir más que para aceitarse el cabello. Al principio se me quedó mirando desconcertado, como si no estuviera acostumbrado a ver chicas entrar en su tienda para decirle que les comprase el cabello. Dijo que no le gustaba el mío, que no era del color de moda, y que de todos modos nunca solía dar mucho por ello; que el trabajo de arreglarlo costaba mucho y todo lo demás. Como era tarde, yo temía que si no se hacía enseguida no se haría nunca, y ya saben cuánto me disgusta abandonar una cosa que he empezado; así, le rogué que lo tomara y le expliqué la razón de mi prisa. Tal vez fue una tontería, pero cambió de opinión, porque me excité algo y conté la historia en forma muy desordenada; su esposa estaba oyendo y dijo muy amablemente “Tómasele, Thomas, para dar gusto a la señorita; lo mismo haría cualquier día para nuestro Jimmy si tuviera una trenza que mereciera venderse.”

—¿Quién era Jimmy? —preguntó Amy.

—Su hijo; dijo ella que estaba en el ejército. Qué amistosas se hacen las personas desconocidas con estas cosas. Estuvo charlando todo el tiempo mientras su esposo cortaba mi cabellera y me distrajo muy bien.

—¿No te dio pena cuando comenzó a cortar? —preguntó Meg.

—No; eché una última mirada a mi cabello mientras el hombre preparaba sus cosas, y eso fue todo. Nunca me aflijo por pequeñeces; pero debo confesar que tuve una sensación extraña cuando vi al cabello querido extendido en la mesa y me toqué las puntas cortas y ásperas que me quedaban. Me pareció haber perdido un brazo o una pierna. La mujer me vio mirando mi cabello, y tomando un mechón largo me lo dio para guardarlo. Te lo daré a ti, mamá, como recuerdo de las glorias pasadas; porque se está tan cómoda con el cabello cortado, que no quiero volver a tener una guedeja.

La señora March tomó el mechón ondulado color castaño y lo puso en su escritorio con otro gris. No dijo más que “gracias, querida mía”, pero viendo algo en su cara las chicas cambiaron de tema y hablaron lo más alegremente posible de la bondad del señor Brooke, del tiempo que iba a hacer al día siguiente y lo felices que serían cuando su padre volviese a casa para reponerse.

Nadie quería acostarse cuando, a las diez, la señora March dejó la costura y dijo:

—Vengan, hijas mías.

Beth se fue al piano y tocó el himno favorito de su padre; todas comenzaron a cantar valientemente, pero una tras otra se echaron a llorar, hasta que Beth quedó sola, cantando con todo su corazón, porque la música era siempre el mayor de sus consuelos.

—Vayan a dormir y no hablen, porque tenemos que levantarnos temprano y necesitamos todo el descanso posible. Buenas noches, queridas —dijo la señora March.

La besaron silenciosamente y se fueron a la cama, como si el enfermo querido estuviera en el dormitorio próximo.

Beth y Amy se durmieron pronto, a pesar de la pena que sentían, pero a Meg la mantenían despierta los pensamientos más serios que había tenido en su corta vida. Jo estaba tan quieta

que su hermana la creía dormida, hasta que un sollozo sofocado la hizo exclamar, al tocar una mejilla húmeda:

—Jo, ¿qué te pasa? ¿Estas llorando por papá?

—No; ahora no es por él.

—¿Por qué, entonces?

— ¡Mi cabello!... ¡Mi cabello!! —sollozó la pobre Jo, tratando en vano de ahogar su emoción en la almohada.

Meg besó y abrazó a la afligida heroína muy tiernamente.

—No es que lo lamente —protestó Jo con voz entrecortada—. Lo haría otra vez mañana si pudiera. Es la parte egoísta de mi ser que se pone a llorar de esta manera tan tonta. No se lo digas a nadie; ya pasó todo. Pensé que dormías; por eso gemí por mi única belleza. ¿Por qué estás despierta?

—¡No puedo dormirme; tan ansiosa estoy! —dijo Meg.

—Piensa en algo hermoso y pronto te dormirás.

—Ya lo he tratado, pero me siento más despierta que antes.

—¿En qué pensaste?

—En caras hermosas; especialmente en ojos —respondió Meg, son— riéndose en la oscuridad.

—¿Qué color te gusta más?

—Castaños..., es decir, a veces... los azules también son hermosos.

Jo se rio; Meg le dijo que no hablase; prometió, amablemente, rizarle el cabello y se durmió, soñando con su castillo en el aire.

Los relojes daban las doce y los dormitorios estaban muy tranquilos, cuando una figura se deslizó de cama en cama, arreglando las mantas aquí, enderezando una almohada allá y deteniéndose a mirar larga y tiernamente cada cara inocente, para besarlas y para elevar las oraciones fervidas que sólo las madres saben pronunciar. Cuando levantó la cortina para ver cómo estaba la noche, apareció detrás de las nubes la luna y brilló sobre ella como un rostro benévolo que parecía susurrar:

—¡Animo, corazón mío! Siempre hay luz detrás de las nubes.



Capítulo 16

Cartas



la fría y débil claridad del amanecer, las hermanas encendieron su lámpara y leyeron sus Nuevos Testamentos con una seriedad jamás experimentada antes. Los libritos estaban llenos de ayuda y consuelo. Mientras se vestían, decidieron decir “adiós” alegremente, de manera que su madre comenzara su viaje sin estar entristecida por lágrimas o quejas.

Todo parecía muy extraño; tanta oscuridad y silencio fuera, tanta luz y movimiento dentro. Parecía raro desayunarse tan temprano, y hasta la cara bien conocida de Hanna era cosa insólita con su gorro de dormir. El baúl grande estaba listo en el vestíbulo; el abrigo y el sombrero de la madre sobre el sofá, y ella misma estaba sentada, tratando de comer, pero tan pálida y quebrantada por el insomnio y la preocupación, que a las chicas les fue muy difícil mantener su resolución. Meg no podía evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas. Jo tuvo que esconder la cara en la toalla de la cocina más de una vez, y los rostros de las muchachitas tenían una expresión grave y perturbada, como si la tristeza fuera una nueva experiencia para ellas. Nadie habló mucho, pero al acercarse la hora, y mientras esperaban el coche, la señora March dijo a las chicas, que esta-

ban ocupadas a su alrededor, una, plegando el mantón; la otra, arreglando las cintas del sombrero; la tercera, poniéndole los chanclos; la cuarta, cerrando su saco de viaje:

—Hijas mías, las dejo al cuidado de Hanna y bajo la protección del señor Laurence; Hanna es la fidelidad misma y nuestro buen vecino las cuidará como si fueran sus propias hijas. No temo por ustedes, pero deseo que soporten bien esta pena. No se lamenten ni se quejen mientras estoy ausente, ni piensen que podrán consolarse siendo perezosas y tratando de olvidar. Sigán con su trabajo, porque el trabajo es un consuelo bendito. Tengan esperanza y manténganse ocupadas; y si cualquier cosa sucede, recuerden que nunca podrán quedar sin padre.

—Sí, mamá.

—Querida Meg, sé prudente, cuida de tus hermanas, consulta con Hanna, y en cualquier duda pide consejo al señor Laurence. Ten paciencia, Jo; no te desanimes ni hagas cosas temerarias; escríbanme con frecuencia; sé mi hija valiente, siempre lista para ayudar y animar a las demás. Beth, consuélate con tu música y sé fiel a los deberes domésticos; y tú, Amy, haz cuanto puedas para ayudar; sé obediente y no te pongas triste.

—Sí, mamá, lo haremos, lo haremos.

El ruido del coche que se acercaba las sobresaltó y escucharon. Aquél fue el momento más duro, pero las chicas lo soportaron bien; nadie lloró, nadie se escapó ni lanzó un lamento, aunque estaban tristes al enviar amantes recuerdos a su papá, acordándose de que podría ser demasiado tarde para darlos. Abrazaron en silencio a su madre, estrechándola con ternura, y procuraron agitar alegremente las manos cuando se marchaba.

Laurie y su abuelo llegaron para despedirla, y el señor Brooke parecía tan fuerte, sensato y amable, que las chicas lo apodaron, allí mismo “Gran corazón”.

—¡Adiós, queridas mías!; que Dios bendiga y nos guarde a todos — murmuró la señora March, al besar a todas las caras queridas, una tras otra, y apresurarse a subir al carruaje.

Cuando el coche partía salió el sol y ella, mirando atrás, lo vio brillar como una buena señal sobre el grupo reunido en la puerta. Ellas lo vieron también, sonrieron y agitaron las manos;

la última cosa que se vio, al doblar la esquina, fue las cuatro caras alegres y detrás de ellas, como su guardián, el viejo señor Laurence, la buena Hanna y el fiel amigo Laurie.

—¡Qué amables son todos con nosotras! —exclamó la señora March.

—No sé cómo podría ser de otro modo —respondió el señor Brooke, riéndose de forma tan contagiosa que la señora March no pudo evitar el sonreírse. Así, con el buen presagio de sol, sonrisas y palabras alegres, comenzó el viaje.

—Estoy como si hubiera ocurrido un terremoto —dijo Jo, sus vecinos volvían a su casa para el desayuno.

—Parece como si se hubiera ido la mitad de la familia dijo tristemente Meg.

Beth abrió los labios para decir algo, pero no pudo hacer más que señalar el montón de medias bien zurcidas que estaban en la mesa de su madre, demostrando que aun durante los últimos momentos tan agitados había pensado en ellas y trabajado para ellas. Era un pequeño detalle, pero las conmovió muchísimo y, a pesar de sus valientes resoluciones, todas se echaron a llorar.

Hanna tuvo el acierto de dejarlas que se desahogaran; y cuando el mal rato dio señales de aclarar, vino para darles ánimo, armada con una cafetera.

—Ahora, señoritas, recuerden lo que ha dicho su madre, y no se acongojen; vengan y tomen todas una taza de café, y después al trabajo, para honrar a la familia.

El café era bueno, y Hanna demostró su tacto al hacerlo aquella mañana. Ninguna pudo resistir sus persuasivos movimientos de cabeza ni la aromática invitación que brotaba por el pico de la cafetera; se sentaron a la mesa, cambiaron sus pañuelos por servilletas y en diez minutos se habían calmado.

—”Esperar y mantenerse ocupado”, esa es nuestra divisa; veremos quién la recuerda mejor. Iré a casa de la tía March, como de costumbre. ¡Vaya sermón que me espera! —dijo Jo, mientras bebía su café.

—Yo iré a lo de miss King, aunque preferiría quedarme en casa a cuidar de las cosas —contestó Meg.

—No hace falta; Beth yo podemos arreglar la casa muy bien —agregó Amy, dándose importancia.

—Hanna nos dirá lo que debemos hacer y para cuando vuelvan tendremos todo en orden —añadió Beth.

—Creo que la ansiedad es muy interesante —observó Amy, comiendo azúcar, pensativa.

Las chicas no pudieron menos de reírse, aunque Meg hizo un grave movimiento de cabeza a la señorita que encontraba consuelo en el azucarero.

La vista de los pastelillos calmó a Jo, y cuando las dos salieron a sus tareas diarias se volvieron para mirar hacia la ventana donde solían ver la cara de su madre. No estaba allá; pero Beth se había acordado de la ceremonia doméstica y les enviaba saludos con la cabeza.

—¡Muy propio de Beth! —dijo Jo, agitando el sombrero con cara agradecida—. Adiós, Meg; espero que los King no te fastidiarán hoy. No te acongojes por papá, querida —añadió, mientras se separaban.

—Espero que la tía March no gruñirá. Tu cabello te queda muy bien y pareces un muchacho guapo —repuso Meg.

—Ese es mi único consuelo y levantando su sombrero al estilo de Laurie se separó de su hermana.

Las noticias de su padre consolaron mucho a las chicas; porque, aunque muy grave, la presencia de la enfermera más tierna que podía haber le había hecho bien. El señor Brooke enviaba noticias todos los días, y como cabeza de familia, Meg insistía en leer las cartas, que iban siendo más alegres a medida que pasaba la semana. Al principio, todas estaban deseosas de escribir; los sobres que echaban en el buzón abultaban considerablemente. Como uno de ellos contenía cartas características de toda la compañía, lo hemos robado para leerlas.

Queridísima mamá:

Es imposible decirte la alegría que nos dio tu última carta; las noticias eran tan buenas, que no podíamos menos de llorar y reír al leerlas. ¡Qué amable es el señor Brooke y qué suerte que los negocios del señor Laurence lo detengan cerca de ti tanto tiempo, ya que es tan útil para ti y para papá! Las chicas son ángeles. Jo me ayuda con la costura, e insiste en hacer todos los trabajos duros. Temería que hiciese demasiado si no supiera que "esta disposición moral" no durará mucho; Beth trabaja con la regularidad de un reloj y nunca olvida lo que nos dijiste. Está ansiosa por papá y parece triste, menos cuando está tocando el piano. Amy me obedece y yo la cuido bien. Se arregla el cabello ella misma, y le estoy enseñando a hacer ojales y a zurcir sus medias. Hace cuanto puede y estoy segura de que te sorprenderás de sus progresos cuando vengas. El señor Laurence nos cuida como una gallina a sus polluelos, como dice Jo, y Laurie es muy amable y buen vecino. Él y Jo nos dan ánimo, porque, a veces, nos entristecemos y nos sentimos huérfanas estando tú tan lejos. Hanna es una verdadera santa; no protesta nunca y siempre me llama "señorita Margaret", lo cual está muy bien, y me trata con respeto. Todas estamos bien y ocupadas, pero deseando día y noche que vuelvan ustedes.

Mi amor más tierno a papá, y créeme tu hija que te quiere mucho

Meg.

Mujercitas

Esta carta, esmeradamente redactada en papel perfumado, hacía contraste con la carta siguiente, escrita con garabatos en una hoja grande de papel comercial, adornada con borrones y toda clase de rabos en las letras:

Mi preciosa mamá:

¡Tres vivas por el querido papá! Brooke fue un "hacha" telegrafando enseguida para que lo supiésemos tan pronto como empezó a mejorar. Cuando vino la carta corrí escalera arriba a la boardilla y traté de dar gracias a Dios por haber sido tan bueno con nosotras, pero no podía hacer más que llorar y decir: "¡qué contenta estoy!, ¡qué contenta estoy!" ¿No era eso tan bueno como una verdadera oración? Porque repetía muchísimas en mi corazón. Nos pasan cosas muy graciosas; y ahora puedo divertirme con ellas, porque todo el mundo es tan bueno, que es como si viviésemos en un nido de tórtolas. ¡Cuánto te reirías si vieras a Meg sentada a la cabecera de la mesa, tratando de ser maternal! Cada día está más guapa y a veces estoy enamorada de ella. Las niñas son verdaderos arcángeles y yo..., pues soy Jo, y nunca seré otra cosa. Tengo que decirte que por poco riño con Laurie. Le dije con franqueza lo que pensaba de una tentería suya, y se ofendió. Yo tenía razón, pero no debí hablar como hablé y él se fue a su casa diciendo que no volvería hasta que no le pidiese perdón. Yo declaré que no lo haría y me puse muy rabiosa. Esto duró todo el día; me sentía pesarosa y te echaba mucho de menos. Laurie y yo somos ambos tan orgullosos, que nos cuesta mucho pedir perdón, pero yo pensé que él vendría porque yo tenía razón. No vino, y al anochecer me acordé de lo que dijiste cuando Amy se cayó en el río. Leí mi librito, me sentí mejor, decidí no dejar que pasara la noche enojada y corrí para decir a Laurie que me arrepentía. En la puerta del jardín me encontré con él, que venía a lo mismo. Ambos nos echamos a reír, nos pedimos perdón y nos sentimos buenos y contentos de nuevo. Ayer, mientras ayudaba a Hanna a lavar la ropa, compuse un poema; y lo pongo en el sobre para divertir a papá. Abrazalo por mí, y soporta mil besos de parte de tu atolondrada.

Jo.

Canción del lavadero
Alegre reina soy del lavadero
y al ver de blanca espuma lleno el balde, canto feliz al
tiempo que restriego,
que abono y aclaro y tiendo al aire. El sol sobre la
ropa alto pregona que soy una excelente y fiel fregona.
Manchas que afean corazones y almas limpiar del todo
con afán quisiera
y que el milagro de las ropas blancas en nosotros tam-
bién se repitiera. ¡Qué glorioso sería aquel lavado que
el corazón dejara immaculado!
Por el sendero de la vida activa acrecen de paz y de
quietud las flores; la mente en el servicio entretenida,
lugar no deja a penas ni temores.
De negros pensamientos nos libramos si con ardor la
escoba manejamos.
Contenta estoy de verme atareada y al trabajo sujeta
cada día; esperanza me da, salud preciosa, fortaleza
invencible y alegría. ¡Corazón, a sentir! ¡Mente, a
pensar! Manos, nunca dejen de trabajar.

Mi querida mamá:

No me queda más espacio que para enviarte mi amor y unos pen-
samientos desecados de la planta que he guardado en casa para que
papá la viese. Cada mañana leo, trato de ser buena todo el día y me
duermo cantando el himno de papá. Ahora no puedo cantar "País de
los leales"; me hace llorar. Todos son muy amables y somos tan felices
como es posible serlo sin ti. Amy quiere el resto de la página, así que
debo parar. Doy cuerda al reloj todos los días y ventilo las habitaciones.
Besos a mi querido papá en la mejilla que él llama mía. ¡Oh, vuelve
pronto! Tu cariñosa hija.

Beth.

Ma chérie mamá:

Estamos todas bien; siempre estudio mis lecciones y nunca corrobore a las chicas. Meg dice que quiero decir contradecir, así que dejo las dos palabras, y tú escogerás la más correcta. Meg me sirve de mucho consuelo y me permite tomar jalea todas las noches con el té; Jo dice que me hace mucho bien, porque me mantiene de buen humor. Laurie no me trata tan respetuosamente como debería, ahora que voy a cumplir trece años; me llama pollita y me ofende hablándome francés muy deprisa cuando digo "Merci" o "Bonjour", como hace Hattie King. Las mangas de mi vestido azul estaban todas gastadas y Meg le puso mangas nuevas, pero no me van bien y son más azules que el vestido. Esto me disgustó, pero no me quejé, porque soporto bien mis penas, pero me gustaría que Hanna pusiera más almidón a mis delantales y que hiciera pastelillos todos los días. ¿No puede hacerlos? ¿No te parece que he escrito muy bien ese signo de interrogación? Meg dice que mi puntuación y ortografía son vergonzosas, y estoy humillada, pero, ¡pobre de mí!, tengo tanto que hacer, que no puedo detenerme a pensar. Adiós. Montones de amor a papá.

Tu hija cariñosa. Amy Curtis March.

Muy señora mía:

Nada más que unas líneas para decirle que lo pasamos de primera. Las chicas son listas y hacen las cosas volando. La señorita Meg va a salir una verdadera ama de casa; tiene gusto para ello y se pone al corriente de las cosas con una rapidez que asombra; Jo les gana a todas en echar a trabajar, pero no se detiene a calcular primero, y usted no sabe lo que va a salir. El lunes lavó un balde lleno de ropa, pero la almidonó antes de retorcerla, y dio añil a un vestido color de rosa, hasta que pensé morir-me de risa. Beth es una criatura buenísima y me ayuda muchísimo, tan previsora y prudente. Trata de aprender todo; va al mercado como una persona mayor y, con mi ayuda, lleva las cuentas muy bien. Hasta el presente hemos estado muy económicas; no permito que las chicas tomen el café más que una vez por semana, como usted quiere, y les doy comestibles simples y buenos. Amy no se queja; se pone sus mejores vestidos y come dulces. El señor Laurie es tan travieso como siempre, y a menudo nos revuelve la casa de arriba abajo, pero anima a las chicas; así que no tiro de la cuerda. El señor anciano nos envía muchísimas cosas y es algo pesado, pero lo hace con buena intención y no debo criticarlo. La masa está subiendo y tengo que acabar. Envío mis respetos al señor March, y espero que se haya repuesto.

Su servidora. Hanna Mullet."

Señora enfermera principal de la sala II:

Todo está sereno sobre Rappahannock; los soldados, en perfecto estado; la intendencia, bien conducida; la guardia doméstica, bajo el coronel Teddy, siempre en servicio; el ejército es inspeccionado todos los días por el comandante en jefe, general Lawrence. En el campamento, el sargento Mullet mantiene el orden, y el comandante León está de guardia por la noche. Al recibirse las buenas noticias de Washington, se hizo una salva de veinticuatro cañonazos y hubo gran desfile en el cuartel general.

*El capitán general envía sus mejores deseos,
a los cuales se unen los del coronel Teddy.*

Muy señora mía:

Las muchachitos gozan de buena salud; Beth y mi nieto me dan noticias todos los días; Hanna es una criada perfecta: guarda a Meg como un dragón. Me alegro de que continúe el buen tiempo; no vacile en utilizar los servicios de Brooke, y si sus gastos exceden lo calculado, gire sobre mí por la cantidad necesaria. No permita que le falte nada a su esposo. Gracias a Dios que va mejorando.

Su servidor y amigo sincero. James Laurence.



Capítulo 17

La pequeña infiel

Durante una semana la cantidad de virtud desplegada en la vieja casa hubiera podido surtir a toda la vecindad. Era sorprendente. Todas parecían poseer una disposición de ánimo celestial, y la abnegación estaba a la orden del día. Pasada la primera ansiedad sobre su padre, las chicas fueron aflojando insensiblemente sus meritorios esfuerzos, volviendo a su conducta acostumbrada. No olvidaron su divisa, pero esperar y mantenerse ocupado fue haciéndose más fácil. Después de esfuerzos tan grandes, sintieron que merecían un descanso y se lo dieron.

Jo pescó un resfriado por no resguardar bastante su cabeza trasquilada y tuvo que quedarse en casa hasta mejorarse porque a la tía March no le gustaba oír leer a las personas resfriadas y roncadas. A Jo le vino muy bien, y después de revolver la casa desde la bodega hasta la boardilla, se echó sobre el sofá para cuidar su catarro con arsénico y libros. Amy descubrió que el trabajo de la casa y el arte no hacían buena mezcla, y volvió a sus modelos de arcilla. Meg iba todos los días a casa de los King, y en su casa ella cosía o pensaba hacerlo, pero pasaba mucho tiempo escribiendo largas cartas a su madre o leyendo una y otra vez noticias de Washington.

Beth perseveraba, cayendo rara vez en la ociosidad o en las lamentaciones. Cada día cumplía fielmente todos sus pequeños deberes y muchos de los de sus hermanas también, porque ellas se descuidaban y la casa parecía un reloj que ha perdido el péndulo. Cuando la nostalgia de su madre o los temores por su padre la afligían, se iba a cierto armario, escondía la cabeza entre los pliegues de cierto vestido viejo y derramaba su llantito y hacía su oracioncita tranquilamente y sola. Nadie sabía lo que le daba ánimo después de estar triste, pero todas se daban cuenta de lo dulce y servicial que era Beth, y tomaron la costumbre de pedirle consuelo y consejo en sus asuntos.

—Meg, quisiera que fueras a ver a los Hummel; ya sabes que mamá nos dijo que no los olvidáramos —dijo Beth, diez días después de la partida de la señora March.

—Esta tarde estoy demasiado cansada para ir —respondió Meg, meciéndose cómodamente mientras cosía.

—¿No puedes ir tú, Jo?

—El tiempo está malo para mi catarro.

—Pensaba que ya estabas bien.

—Lo bastante para salir con Laurie, pero no lo suficiente para ir a casa de los Hummel —dijo Jo, riéndose, aunque algo avergonzada de su inconstancia.

—¿Por qué no vas tú misma? —preguntó Meg.

—He ido todos los días; pero el niño está enfermo y no sé qué hacer por él. La madre va a su trabajo y Lotchen lo cuida; pero se pone cada vez peor y creo que tú o Hanna deben ir.

Beth hablaba muy en serio, y Meg prometió ir a la mañana siguiente.

—Pídele a Hanna que te dé algo de comer para llevárselo, Beth. El aire te hará bien —dijo Jo, añadiendo para disculparse—: Yo iría, pero deseo acabar un cuento.

—Me duele la cabeza y estoy tan cansada, que pensé que quizás alguna de ustedes iría —susurró Beth.

—Amy volverá pronto y ella puede ir por nosotras —sugirió Meg.

—Bueno descansaré un poco y la esperaré.

Beth se echó en el sofá; las otras volvieron a su trabajo, y los Hummel quedaron olvidados. Pasó una hora; Amy no vino; Meg

se fue a su dormitorio a probarse un vestido nuevo; Jo estaba absorta en su cuento y Hanna dormía a pierna suelta frente al fogón de la cocina. Beth se puso tranquilamente su capucha, llenó su cestillo con varias cosas para los niños pobres y salió al aire frío con la cabeza pesada y una expresión triste en sus ojos pacientes. Era tarde cuando volvió y nadie la vio subir furtivamente la escalera y encerrarse en el dormitorio de su madre. Media hora más tarde, Jo fue al armario de su madre para buscar algo y allí encontró a Beth sentada sobre el botiquín con un aspecto muy solemne, los ojos enrojecidos y un frasco de alcanfor en la mano.

—¡Por Cristóbal Colón! ¿Qué te pasa? —gritó Jo, Mientras Beth extendía la mano, como si deseara mantenerla a distancia, y preguntaba brevemente:

—Has tenido la fiebre escarlatina, ¿no es verdad? Entonces te lo diré. ¡Oh, Jo, el niño se ha muerto!

—¿Qué niño?

—El de la señora Hummel. Se murió en mi falda, antes de que ella volviese a casa —respondió Beth, llorando.

—¡Pobrecita mía, qué terrible para ti! Debía haber ido yo —exclamó Jo, abrazando a su hermana y tomándola en brazos, mientras se sentaba en la butaca de su madre con cara de remordimiento.

—No era terrible, Jo; solo muy triste. Enseguida noté que estaba peor, pero Lotchen dijo que su madre había ido a buscar un médico; así que tomé el niño para que Lotchen descansara. El parecía dormir, pero de repente dio un grito, tembló y se quedó muy quieto. Traté de calentarle los pies y Lotchen le quiso dar leche, pero no se movió, y comprendí que estaba muerto.

—No llores, querida mía. ¿Qué hiciste?

—Me quedé sentada y lo tuve dulcemente hasta que llegó la señora Hummel con el médico. Dijo que había muerto, y miró a Heinrich y a Minna, que tienen dolor de garganta. “La fiebre escarlatina, señora; debía haberme llamado antes”, dijo enojado. La señora Hummel le dijo que era pobre y que había tratado de curar al niño; pero ahora era demasiado tarde y no podía hacer más que decirle que cuidara a los otros y esperara de la caridad

ayuda. El entonces se sonrió y habló con más amabilidad; pero era muy triste, y yo lloré con ellos hasta que de pronto se dio vuelta y me dijo que volviera a casa y tomara enseguida belladona, o yo contraería la fiebre.

—¡No, no la contraerás! —gritó Jo, estrechándola con expresión de terror—

. ¡Oh, Beth, si enfermaras, no me lo perdonaría jamás! ¿Qué haremos?

—No te asustes; espero que no será grave. Miré en el libro de mamá y noté que comienza con dolor de cabeza y de garganta, y sensaciones extrañas como las mías; tomé belladona y me siento mejor —dijo Beth, poniendo sus manos frías sobre su frente caliente, y tratando de aparentar que estaba bien.

—¡Si mamá estuviera en casa! —exclamó Jo, tomando el libro, con la impresión de que Washington estaba muy lejos. Leyó una página, miró a Beth, le tocó la frente, le miré la garganta y dijo gravemente—: Has estado todos los días con el niño por más de una semana, y entre los otros que están contagiados; temo que la tendrás, Beth. Llamaré a Hanna; ella entiende de todas las enfermedades.

—No permitas que venga Amy, no la ha tenido jamás, y sentiría contagiarla. ¿No podrías tú y Meg tenerla otra vez? —preguntó ansiosamente Beth.

—Creo que no, ni me importa si la tengo; bien empleado me estaría por egoísta, que te dejé ir allá para quedarme escribiendo tonterías —murmuró Jo, mientras iba a pedir consejo a Hanna.

La buena mujer se despertó al instante y se hizo cargo de la situación, diciendo a Jo que no había por qué preocuparse; que todo el mundo tenía fiebre escarlatina y que, con buen cuidado, nadie se moría; Jo lo creyó, y se sintió muy aliviada, mientras iban en busca de Meg.

—Ahora les diré lo que vamos a hacer — dijo Hanna, cuando hubo examinado y hecho preguntas a Beth—. El doctor Bangs vendrá para verte, querida mía, así nos aseguraremos de cuidarte bien desde el principio; luego enviaremos a Amy a casa

de la tía March por unos días, para ponerla fuera de peligro; una de ustedes se puede quedar en casa para entretener a Beth.

—Naturalmente, quedará yo que soy la mayor —comenzó a decir Meg.

—No, seré yo, porque tengo la culpa de que esté enferma. Dije a mamá que yo cumpliría con los encargos y no los hice —contestó Jo con decisión.

—¿A cuál de las dos quieres, Beth? No hace falta más que una —dijo Hanna.

—Jo, si quieren —repuso Beth, apoyando la cabeza contra su hermana.

—Yo iré a decírselo a Amy —dijo Meg, sintiéndose algo ofendida, pero aliviada al mismo tiempo, porque no le gustaba cuidar enfermos como a Jo.

Amy se opuso con firmeza y declaró apasionadamente que preferiría tener la fiebre antes que irse a casa de la tía March. Meg razonó, rogó y mandó..., sin resultado alguno. Amy declaró que no iría, y Meg la dejó, desesperada, para preguntar a Hanna qué hacer.

Antes de que volviera, Laurie entró en la sala para encontrar a Amy, llorando a lágrima viva, con la cabeza escondida en los almohadones del sofá. Le contó lo que sucedía, con la esperanza de ser consolada; pero Laurie se metió las manos en los bolsillos y se puso a pasear por el cuarto, silbando suavemente, con las cejas fruncidas.

—Vamos... sé una mujercita razonable y haz lo que te dicen. No, no llores; escucha el proyecto que tengo. Irás a casa de la tía March; yo iré todos los días a sacarte para dar un paseo en coche o a pie, y nos divertiremos muchísimo. ¿No será eso mejor que quedarte aquí aburrida?

—No me gusta que me envíen allá como si estorbara —dijo Amy ofendida.

—¡Dios te bendiga, niña! Si lo hacen por tu bien; ¿quieres caer enferma?

—Claro que no; pero quizá lo estaré, porque he estado con Beth todo el tiempo.

—Por eso mismo tienes que irte. Quizás un cambio de aire y algo de cuidado te mantendrán sana, o, por lo menos, contraerás la fiebre más aliviada. Te aconsejo que te marches cuanto antes, porque la fiebre escarlatina no es una cosa de broma, señorita.

—¡Pero es tan triste la casa de la tía March, y tan difícil tratar con ella!... — dijo Amy con aire de espanto.

— No será triste si yo voy todos los días a decirte cómo está Beth y sacarte a pasear. La anciana señora me quiere y yo procuraré hacerme agradable a ella, para que no nos riña por nada que hagamos.

—¿Me sacarás de paseo en el cabriolé tirado por “El Duende”?

—Bajo mi palabra de honor.

—¿Y vendrás todos los días?

—Sin dejar uno.

—¿Y me traerás a casa tan pronto como Beth se ponga buena?

—Al minuto mismo.

—¿E iremos al teatro de verdad?

—A una docena de teatros, si se puede.

—Bueno..., creo que lo haré —susurró lentamente Amy.

—¡Buena niña! Llama a Meg y dile que aceptas —dijo Laurie, dándole palmaditas en el hombro, lo cual contrarió a Amy más que ceder.

Meg y Jo entraron corriendo para ver el milagro que acababa de realizarse, y Amy, sintiéndose muy importante y abnegada, prometió irse si el médico decía que Beth iba a estar enferma.

—¿Cómo está la pequeña? —preguntó Laurie, porque Beth era su favorita, y estaba más preocupado por ella de lo que aparentaba.

—Está acostada en la cama de mamá y se siente mejor. La muerte del niño la perturbó, pero tal vez no tiene más que un catarro. Hanna dice que eso es lo que ella cree, pero parece ansiosa, y eso me inquieta —respondió Meg.

—¡Qué difícil es este mundo! —dijo Jo—. Apenas salimos de un disgusto, entramos en otro. Parece que no tenemos apoyo alguno cuando está ausente mamá; yo estoy perdida.

— Bueno; no te pongas como un erizo; no está bien. Arréglate la peluca, Jo, y dime si debo telegrafiar a tu madre o ayudarlas en algo —preguntó Laurie.

— Eso es lo que me preocupa —dijo Meg—. Creo que debemos decírselo a mamá, si Beth está realmente enferma; pero Hanna dice que no, porque mamá no puede dejar a papá y no haría más que alarmarla... Beth no estará enferma por mucho tiempo y Hanna sabe exactamente qué hacer; además, mamá nos dijo que la obedeciéramos; de modo que debemos hacerlo, pero no estoy muy segura.

— Bueno, no sé. Supongamos que pides un consejo a mi abuelo después que haya venido el médico.

— Lo haremos. Jo, vete a buscar al médico inmediatamente —pidió Meg—. No podemos decidir nada hasta que haya venido.

— Quédate donde estás, Jo; yo soy el recadero de esta casa —dijo Laurie, recogiendo su gorra.

— Temo que estés ocupado —comenzó a decir Meg.

— No; he terminado mis lecciones por hoy.

— ¿Estudias durante las vacaciones? —preguntó Jo.

— Sigo el buen ejemplo de mis vecinas —respondió Laurie mientras salía precipitadamente.

— Tengo grandes esperanzas en mi muchacho —observó Jo viéndole saltar la valla.

— Sí; se porta muy bien para ser chico —fue la respuesta poco amable de Meg.

El médico vino; dijo que Beth tenía síntomas de la fiebre; pero pensó que no la tendría muy fuerte, aunque pareció preocuparle lo que le dijeron de las visitas de la niña a casa de los Hummel. Ordenó que alejaran a Amy, y recetó una medicina para resguardarla del peligro. Amy partió acompañada por Jo y Laurie, La tía March los recibió con su hospitalidad acostumbrada.

— ¿Qué desean ahora? —preguntó, mirando por encima de sus anteojos, mientras el papagayo, sentado en el respaldo de su silla, gritaba:

— ¡Márchate! ¡No queremos chicos!

Laurie se retiró a la ventana y Jo contó lo ocurrido.

—No me sorprende en lo más mínimo, si les permiten visitar a los pobres. Amy puede quedarse aquí y hacerse útil, si no está enferma que no dudo lo estará porque ya lo parece. No llores, niña; me fastidia oír gimotea a la gente.

Amy estaba a punto de llorar, pero Laurie tiró a escondidas de la cola al papagayo, lo cual le hizo gritar: “¡Vaya botas!” de manera tan cómica, que se echó a reír en vez de llorar.

—¿Qué noticias tienes de tu mamá? —preguntó bruscamente la señora anciana.

—Papá está mucho mejor —respondió Jo.

—¿De veras? No durará mucho; March no tuvo nunca mucha correa.

— ¡Ja! ¡Ja! ¡No te apures! ¡Toma rapé! —gritó el pájaro, saltando sobre su percha y agarrando el gorro de la señora, porque Laurie lo hostigaba por detrás.

—¡Cállate, pajarraco sinvergüenza! Jo, deberías marcharte enseguida; no está bien salir tan tarde con un chico atolondrado como...

—¡Cállate, pajarraco sinvergüenza! —chilló el loro, tirándose de la silla y corriendo a picotear al chico, que casi explotaba de risa.

“No creo que podré soportarlo, pero trataré”, pensó Amy cuando se quedó sola con la tía March.

—¡Márchate, espantajo! —chilló el loro, y al oír esta grosera agresión, Amy no pudo reprimir un gemido.



Capítulo 18

Días oscuros

Beth tuvo la fiebre y estuvo mucho más grave de lo que todos, excepto Hanna y el médico, sospechaban. Las chicas no entendían de enfermedades y al señor Laurence no se le permitió ver a la enferma, de modo que Hanna asumió el mando y el doctor Bangs, ocupadísimo, hizo cuanto pudo, pero dejó mucho que hacer a tan excelente enfermera.

Meg se quedó en casa, por miedo de llevar el contagio a los King, encargándose del trabajo doméstico y sintiéndose algo culpable cuando escribía a su madre sin decir una palabra de la enfermedad de Beth. No le parecía justo engañarla así, pero le habían dicho que obedeciera a Hanna y ésta no consentía que la señora March se enterase y estuviera acongojada por tal pequeñez. Jo se consagró a Beth día y noche, tarea no difícil, porque Beth era muy paciente y soportaba el dolor sin quejarse mientras podía dominarse. Pero llegó un momento en que, durante los ataques de fiebre, comenzó a hablar con voz ronca y entrecortada, a tocar sobre la colcha con los dedos, como si fuese su querido piano, y trató de cantar con la garganta tan inflamada que no podía dar una nota. No conocía las caras familiares que la rodeaban, y llamaba suplicante a su padre. En-

tonces Jo se alarmó, Meg pidió permiso para escribir la verdad y aun Hanna dijo que lo “pensaría, aunque todavía no había ningún peligro”. Una carta de Washington aumentó sus penas, porque el señor March había sufrido una recaída y no podía pensar en volver por mucho tiempo.

¡Qué oscuros parecían ahora los días, qué triste y solitaria la casa y qué afligidos los corazones de las hermanas, mientras trabajaban y esperaban, con la sombra de la muerte cerniéndose sobre el hogar antes tan feliz!

Fue entonces cuando Meg, dejando caer con frecuencia las lágrimas en su costura, comprendió lo rica que había sido en cosas de más valor que todos los lujos que pudiese comprar el dinero: en amor, protección, paz, salud, las verdaderas bendiciones de la vida. Fue entonces que, Jo, viviendo en el dormitorio oscurecido con la paciente hermanita siempre a la vista y con aquella voz triste sonando en sus oídos, aprendió a ver la belleza y la dulzura del carácter de Beth, y a darse cuenta del lugar profundo y tierno que tenía en todos sus corazones y a reconocer el valor de la abnegación y desinterés de su hermanita. Y Amy, en su destierro, anhelaba estar en su casa para poder trabajar con Beth, recordando con tristeza, llena de arrepentimiento, cuántas tareas descuidadas habían hecho aquellas manos complacientes por ella, de buena voluntad. Laurie frecuentaba la casa como un espíritu inquieto, y el señor Laurence cerró con llave el piano de cola, que le recordaba a la vecina joven, que tan gratas solía hacerle las horas del crepúsculo. El lechero, el panadero, el tendero y el carnicero preguntaban por ella; la pobre señora Hummel vino para pedir perdón por su descuido y para obtener una mortaja para Minna; los vecinos enviaron toda clase de cosas útiles con sus buenos deseos, de modo que hasta los que mejor la conocían se sorprendieron al descubrir cuántos amigos tenía la tímida Beth.

Entretanto, ella estaba en la cama con la vieja muñeca Joanna a su lado, porque aun en su inconsciencia no se olvidó de su favorita abandonada. Deseaba mucho ver a sus gatos, pero no permitió que se los trajeran por miedo a que cayesen enfermos, y en las horas tranquilas se preocupaba mucho por Jo, Enviaba

recados cariñosos a Amy, les encargaba dijese a su madre que pronto le escribiría, y a menudo pedía un lápiz y papel y quería escribir algunas líneas para su padre, para que no creyese que lo olvidaba. Pero pronto terminaron incluso aquellos intervalos de conocimiento, y estaba hora tras hora a agitada por la fiebre, pronunciando palabras incoherentes, o caía en un profundo sopor, que no le permitía descansar. El médico venía dos veces al día. Hanna velaba toda la noche; Meg tenía un telegrama en su escritorio, listo para ser despachado en cualquier momento, y Jo no se separaba del lado de Beth.

El primero de diciembre fue un verdadero día de invierno para ellas, porque soplaban un viento penetrante, nevaba copiosamente, y el año parecía prepararse para morir. Aquella mañana, cuando vino el médico, examinó cuidadosamente a Beth por mucho tiempo, tuvo la mano afiebrada entre las suyas por un minuto, y la soltó tranquilamente, diciendo en voz baja a Hanna:

—Si la señora March puede dejar a su esposo, sería mejor telegrafiarle. Hanna asintió con la cabeza sin decir nada, porque los labios le temblaban nerviosamente; Meg cayó en una silla, porque al oír aquellas palabras las fuerzas la abandonaron; Jo, después de quedarse inmóvil un minuto, muy pálida, corrió a la sala, tomó el telegrama, y echándose encima un abrigo de cualquier manera, salió precipitadamente a la calle. Pronto estuvo de vuelta, y mientras se quitaba el abrigo sin hacer ruido, llegó Laurie con una carta que decía que el señor March mejoraba de nuevo. Jo la leyó con gratitud, pero su corazón seguía tan oprimido y su rostro revelaba tanta tristeza, que Laurie preguntó vivamente:

—¿Qué pasa? ¿Está peor Beth?

—He teleografiado a mamá —dijo Jo.

—¡Bien hecho, Jo! ¿Lo has hecho por propia decisión?

—No; el médico lo encargó.

—¡Oh, Jo!; ¿tan mal está? —exclamó Laurie alarmado.

—Sí, lo está; no nos conoce, ni habla del rebaño de tórtolas verdes, como suele llamar a las hojas del viñedo en la pared; no parece mi Beth, y no hay nadie para ayudarnos a soportarlo;

mamá y papá están ausentes, y Dios parece tan lejano que no puedo encontrarlo.

Mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, la pobre Jo extendía la mano en un gesto de desamparo, como si buscara ayuda ciegamente en la oscuridad, y Laurie la tomó en la suya, murmurando lo mejor que su emoción le permitió hacerlo:

—Aquí estoy yo; apóyate en mí, querida Jo.

Ella no pudo contestar, pero “se apoyó en él”, y el calor de su mano amiga consoló su corazón doliente, pareciendo guiarla al brazo divino, el único que podía sostenerla en su aflicción. Laurie quería decirle algo tierno y consolador, pero al no encontrar palabras adecuadas, permaneció callado, acariciándole suavemente la cabeza como solía hacer su madre. No podría haber hecho nada mejor, porque Jo se sintió más calmada por aquella simpatía mutua, que por palabras suaves.

— Gracias, Teddy; ahora estoy mejor; no me siento tan abandonada, y trataré de soportar lo que venga.

—No pierdas la esperanza; eso te ayudará mucho, Jo. Pronto estará aquí tu madre y entonces todo irá bien.

—¡Me alegro mucho de que papá esté mejor!, ahora no le costará tanto a mamá dejarlo. ¡Ay de mí!, parece como si las penas vinieran todas de una vez, y como si yo llevara la parte más pesada.

—¿No lleva Meg su parte?

—Sí, trata de llevarla, pero ella no quiere tanto a Beth como yo; no la echará de menos. Beth es mi conciencia, ¡y no puedo perderla, no puedo, no puedo!

Jo escondió su cara en el pañuelo mojado y lloró desesperadamente, porque hasta entonces se había mantenido fuerte, sin derramar una lágrima. Laurie le secó los ojos con la mano, pero no pudo hablar hasta que dominó la sensación de un nudo en la garganta. Podrá parecer poco viril pero no podía impedirlo, de lo cual me alegro. Luego, a medida que se calmaban los sollozos de Jo, dijo con tono esperanzado:

—No creo que se muera; es tan buena y todos la queremos tanto, que Dios no se la llevará todavía.

—La gente buena y amada siempre se muere —gimió Jo.

—¡Pobrecita!: ¡estás rendida de cansancio! No es propio de tu carácter desesperarte. ¡Ánimo, que todo se arreglará!

—¡Qué buen médico y amigo eres, Teddy! ¿Cómo podré pagarte?

—Ya te enviaré la cuenta. Esta noche, por lo pronto, te daré algo que te calentará el corazón.

—¿Qué es?

—Ayer telegrafíé a tu madre, y Brooke ha contestado que vendrá enseguida; esta noche estará aquí y todo irá bien. ¿No te alegras de que lo haya hecho?

Jo se puso blanca, se levantó precipitadamente, y tan pronto como acabó de hablar le echó los brazos al cuello, y exclamó riendo y llorando a la vez:

—¡Oh, Lauriel! ¡Oh, mamá! ¡Qué contenta estoy! —y se reía histéricamente, temblando y abrazando a su amigo, como si las noticias la hubieran desconcertado.

Laurie, aunque muy sorprendido, se condujo con calma; la acarició tiernamente, y descubriendo que se reponía, completó el tratamiento con unos besos tímidos, que al instante volvieron a Jo a su estado normal. Apoyándose en el pasamano, lo rechazó suavemente, diciendo sin aliento:

—¡No!, ¡No quise hacer eso! ¡Qué atrocidad! Pero fuiste tan bueno telegrafíando a pesar de las órdenes de Hanna, que no pude menos de abrazarte. Dímelo todo, y no me des vino otra vez; me hace portar como una tonta.

—No me importa —dijo Laurie, riéndose—. Pues, verás: Yo estaba inquieto y mi abuelo también. Pensábamos que Hanna abusaba de su autoridad, y que tu mamá debía saber lo que pasaba. No nos perdonaríamos jamás si Beth..., bueno, si sucediera algo. Así convencí a mi abuelo de que era hora de intervenir, y salí disparando a Telégrafos, porque el médico me pareció preocupado y Hanna casi no comió cuando propuse telegrafiar. No soporto que me reten; eso me decidió y lo hice. Tu mamá vendrá, estoy seguro, el último tren llega a las dos de la mañana. Iré a esperarla; lo único que tienes que hacer es contener tu alegría y procurar que Beth esté tranquila hasta que tu madre llegue.

—¡Laurie, eres un ángel! ¿Cómo podré agradecértelo?

—Abrázame otra vez —dijo Laurie, con picardía.

—No, gracias. Cuando venga tu abuelo lo haré por su conducto. No te burles de mí; vete a casa y descansa, porque tendrás que velar la mitad de la noche. ¡Que Dios te bendiga, Teddy!

Jo se había retirado a un rincón mientras hablaba, y al terminar desapareció precipitadamente en la cocina, donde se sentó y les dijo a los gatos reunidos allí lo contenta que estaba.

—Es el muchacho más entrometido que he visto en mi vida, pero lo perdono, y espero que la señora March llegará cuanto antes —dijo Hanna, con alivio, cuando Jo le dio la noticia.

Meg se alegró en silencio, y se sumergió después en la carta, mientras Jo arreglaba el dormitorio e la enferma y Hanna preparaba dos pasteles por si había compañía inesperada. Una corriente de aire fresco parecía soplar por toda la casa, y algo mejor que la luz del sol alegraba los cuartos tranquilos; todo parecía experimentar un cambio lleno de esperanza; el pájaro de Beth se puso a cantar de nuevo, y una rosa medio soplada por el viento fue descubierta en el rosal de Amy, que crecía al lado de la ventana; los fuegos parecieron arder con viveza inusitada, y cada vez que las chicas se encontraban, sus caras se iluminaban con sonrisas, mientras se abrazaban susurrando:

—¡Viene mamá! ¡Viene mamá!

Todas se alegraban menos Beth, sumida en un estupor profundo, sin idea de esperanza o de alegría, de duda o de peligro. Daba pena verla, la cara rosada en otro tiempo, tan cambiada y pálida; las manos, débiles y flacas; los labios, antes sonrientes, mudos, y el cabello, siempre tan bien arreglado, esparcido en la almohada, desordenado y enredado. Todo el día estuvo así, despertándose sólo de vez en cuando para murmurar “agua”, con labios tan secos que apenas podían pronunciar la palabra; todo el día Jo y Meg la cuidaron, observando, esperando y poniendo su fe en su madre y en Dios; y todo el día sopló un viento furioso y las horas pasaron lentamente. Por fin anocheció; cada vez que el reloj daba una hora, las hermanas, sentadas a uno y otro lado de la cama, se miraban con ojos más alegres, porque con cada hora se acercaba más el auxilio. El médico había venido

para decir que probablemente antes de medianoche habría un cambio para mejor o peor, y que a esa hora volvería.

Hanna, completamente rendida, se acostó en el sofá a los pies de la cama, quedándose profundamente dormida; en la sala, el señor Laurence iba y venía, con la sensación de que era preferible afrontar una batería de cañones rebeldes que la cara de la señora March cuando entrara; Laurie estaba echado en la alfombra, fingiendo descansar, pero mirando fijamente el fuego con expresión pensativa, que hacía tan hermosos sus ojos negros.

Las chicas no olvidaron jamás aquella noche, durante la cual no pudieron cerrar los ojos, con esa sensación terrible de impotencia que se apodera de nosotros en tales ocasiones.

—Si Dios nos deja a Beth, jamás volveré a quejarme —susurró Meg con sinceridad.

—Si Dios nos deja a Beth, trataré de amarle y servirle toda mi vida — respondió Jo con igual fervor.

—Quisiera no tener corazón, tanto me duele —suspiró Meg después de una pausa.

—Si la vida es a menudo tan dura como esto, no veo cómo podremos resistirla —añadió su hermana con desesperación.

En esto el reloj dio las doce y ambas se olvidaron de sí mismas para observar fijamente a Beth, porque imaginaron ver un cambio en la cara pálida. La casa estaba tan tranquila como la muerte, y sólo el soplar del viento rompía el silencio profundo. Hanna seguía durmiendo, y nadie más que las hermanas notaron la sombra pálida que pareció caer sobre la cara pequeña. Pasó una hora y nada sucedió, más que la silenciosa salida de Laurie a la estación. Pasó otra y todavía no venía nadie; las pobres chicas empezaron a temer que la tormenta hubiera causado retrasos o accidentes en el camino, o, lo que era peor, que hubiera sucedido algo malo en Washington.

Eran más de las dos cuando Jo, que estaba en la ventana pensando qué triste parecía el mundo en su mortaja de nieve, oyó un movimiento en la cama, y, volviéndose con rapidez, vio a Meg, de rodillas delante de la butaca de su madre, con la cara

escondida. Un miedo terrible la acometió con el pensamiento: Beth ha muerto y Meg no se atreve a decírmelo.

Volvió al punto a su puesto y observó un cambio extraordinario. El rubor de la fiebre y la expresión de dolor habían desaparecido, y tan tranquila y pálida estaba la pequeña cara querida en ese descanso completo, que Jo no sintió deseos de llorar o quejarse. Inclinandose sobre aquella hermana queridísima, besó su frente húmeda con mucha emoción y murmuró suavemente: ¡Adiós, Beth mía, adiós!

Como si el movimiento la hubiera despertado, Hanna se levantó sobresaltada, se acercó a la cama, miró a Beth, le tocó las manos, escuchó su respiración y después echándose el delantal por encima de la cabeza, se sentó en la mecedora, exclamando en voz baja: “La fiebre ha pasado; el sueño es natural; tiene la piel húmeda y respira con facilidad. ¡Gracias a Dios! ¡Bendito sea el cielo!”

—Sí queridas mías, creo que la muchachita se repondrá esta vez. No hagan ruido; déjenla dormir, y cuando se despierte denle...

Lo que habían de darle, ninguna de las dos hermanas lo oyó, porque ambas se deslizaron hacia el rellano oscuro, y sentándose en la escalera, se abrazaron, demasiado conmovidas para expresar de otro modo su alegría. Cuando volvieron, encontraron a Beth, acostada como solía estar, con la mejilla apoyada en la mano, sin la terrible palidez anterior y respirando naturalmente como si acabara de dormirse.

—¡Si viniera mamá ahora! —dijo Jo, cuando comenzaba a clarear.

—Mira —susurró Meg, entrando con una rosa blanca medio abierta en la mano—, era para Beth si nos dejaba; durante la noche se ha abierto. Voy a ponerla aquí en mi florero, para que cuando se despierte lo primero que vea sea la rosita y la cara de mamá.

Nunca había salido el sol con tanta belleza ni había parecido tan encantador como surgió a los ojos de Meg y Jo, cuando observaban el amanecer al terminarse la triste y larga velada.

—Parece una tierra de hadas —dijo Meg.

—¡Escucha! —gritó Jo, levantándose precipitadamente.

Abajo se oía sonido de cascabeles, una exclamación de Hanna y después la voz de Laurie que susurraba alegremente:
—¡Niñas, ha llegado; ha llegado!



Capítulo 19

El testamento de Amy



ientras sucedían estas cosas, Amy pasaba malos ratos en casa de la tía March. Se le hacía muy duro el destierro, y por primera vez en su vida apreció lo mimada que la tenían en su casa. La tía March no mimaba a nadie (no lo creía bueno), pero quería ser amable, porque le gustaba mucho la bien educada niña, y la tía March conservaba alguna ternura en su corazón anciano para las niñas de su sobrino, aunque no creyese conveniente demostrarlo. En realidad, hacía cuanto podía para hacer feliz a Amy; pero, ¡qué equivocaciones cometía! Hay ancianos que se mantienen jóvenes de corazón a pesar de sus arrugas y canas; pueden comprender los pequeños cuidados y alegrías de los niños; hacerlos sentirse a gusto y esconder lecciones sabias bajo juegos agradables, haciéndose amigos de la manera más dulce. La tía March no tenía este don. Fastidiaba a Amy con sus reglas y mandatos, sus modales rígidos y sus discursos largos y pesados. Al descubrir que la niña era más dócil y complaciente que su hermana, la anciana se sintió en el deber de contrarrestar en lo posible los malos efectos de la libertad e indulgencia del hogar. Tomó a su cargo a Amy y la educó como la habían educado a ella hacía sesenta años; procedimiento que desani-

mó a Amy, dándole la sensación de una mosca prendida en una tela de araña muy severa.

Todas las mañanas tenía que fregar tazas y frotar las cucharillas, la tetera gruesa de plata y los vasos, hasta sacarles brillo. Después, limpiar la tierra del cuarto. Ni una mota escapaba a los ojos de la tía March, y todos los muebles tenían patas torneadas y talladas que nunca se habían limpiado a la perfección.

Después había que dar de comer al loro, peinar al perro y subir y bajar las escaleras doce veces para buscar cosas o recados, porque la anciana señora era muy coja y rara vez dejaba su butaca. Terminadas estas aburridas tareas, debía estudiar. Entonces le permitía tomar una hora para hacer ejercicio o jugar, y ¡cómo se divertía!

Laurie venía todos los días, y con mucha habilidad lograba que la tía March dejara salir a Amy con él, y entonces paseaban, iban a caballo y se divertían mucho. Después de la comida tenía que leer en voz alta y sentarse inmóvil mientras dormía su tía, lo cual solía hacer por una hora, porque se quedaba dormida con la primera página. Entonces aparecía la costura de retacitos o de toallas, y Amy cosía con humildad exterior y rebeldía interior hasta el crepúsculo, cuando tenía permiso para divertirse hasta la hora del té. Las noches eran lo peor de todo, porque la tía March se ponía a contar cuentos de su juventud, tan pesados que Amy deseaba acostarse, con la intención de llorar su suerte cruel, aunque generalmente se dormía sin haber derramado más que una o dos lágrimas.

Sin la ayuda de Laurie y de la vieja Ester, la doncella, no hubiera podido aguantar aquel tiempo terrible. El loro bastaba para volverla loca, porque pronto descubrió que no agradaba a la niña y se vengó con toda clase de travesuras. Cada vez que se acercaba a él le tiraba del cabello; volcaba el pan con leche para enojarla cuando acababa de limpiar su jaula; hacía ladrar al perro, picoteándolo, mientras dormitaba la señora; le daba nombres poco gratos delante de los demás, y se portaba, en fin, como un pajarraco insoportable. Tampoco podía ella aguantar al perro, animal regordete e irritable, que le gruñía mientras lo cepillaba, y solía echarse al suelo patas arriba cuando quería

algo de comer, lo que ocurría una docena de veces al día. La cocinera tenía mal genio, el viejo cochero era sordo y Ester era la única persona que hacía algún caso de la señorita.

Ester era francesa, había vivido con “Madame” — como solía llamar a su señora— por muchos años, y dominaba a la anciana, que no podía prescindir de ella. Simpatizó con la señorita y la divertía mucho con cuentos curiosos de la vida en Francia, cuando Amy estaba sentada a su lado, mientras ella planchaba los encajes de la señora. Ella le permitió vagar por la casa grande para examinar las cosas bonitas y raras colocadas en armarios espaciosos y cofres antiguos, porque la tía March almacenaba artículos como una urraca.

Lo que más le gustaba a Amy era un bargueño lleno de cajoncitos y lugares secretos, en los cuales había toda clase de algunas de gran valor, otras nada más que curiosas, todas joyas más o menos antiguas. Examinar y poner en orden aquellas cosas agradaba mucho a Amy, sobre todo los estuches de joyas en los cuales, sobre almohadillas de terciopelo, estaban éstas, que habían adornado a una dama hermosa hacía cuarenta años. Allí se encontraba el juego de granates que la tía March había llevado cuando se puso de largo; las perlas, regalo de boda de su padre; los diamantes de su novio; las sortijas y prendedores de luto de azabache; los medallones con fotografías de amigas ya difuntas y mechones de cabello dentro de ellos; las pulseras pequeñas, que habían pertenecido a su única hija; el gran reloj de bolsillo del tío March con el dije rojo, y en un cofrecito, solo el anillo de boda, ahora demasiado pequeño para su dedo gordo, pero puesto cuidadosamente allí como la joya más preciosa de todas.

—¿Cuál escogería la señorita si le dieran a elegir? —preguntó Ester, que siempre se sentaba cerca para cuidar y cerrar con llave las cosas preciosas.

—Prefiero los diamantes, pero no hay un collar entre ellos y me gustan mucho los collares. Elegiría esto si pudiera —respondió Amy, mirando una sarta de cuentas de oro y ébano, de la cual colgaba una cruz pesada.

— Yo también lo desearía, pero no como collar. ¡Ah, no! Para mí es un rosario que usaría como buena católica que soy —dijo Ester.

— Parece obtener usted mucho consuelo de sus rezos, Ester. Me gustaría hacer lo mismo.

— Si la señorita fuera católica lograría verdadero consuelo; pero como no puede ser, sería bueno que se retirase cada día para meditar y rezar, como hacía la buena señora a quien yo serví antes de venir a casa de madame. Aquella señora tenía una capillita, donde encontraba consuelo para muchas penas.

— ¿Convendría que yo lo hiciese también? —preguntó Amy, que en su soledad sentía la necesidad de alguna clase de ayuda y había observado que olvidaba fácilmente su librito ahora que no estaba Beth a su lado para recordárselo.

— Sería excelente y encantador, y yo le arreglaré con mucho gusto el tocador pequeño, si lo desea. No diga nada a madame, pero mientras ella duerme siéntese allí sola por un ratito para tener pensamientos buenos y pedir al buen Dios que sane a su hermana.

Ester era verdaderamente piadosa y enteramente sincera en su consejo, porque tenía un corazón tierno y simpatizaba con las hermanas en su aflicción. Amy encontró atractivo el plan y le permitió arreglar el tocador junto a su dormitorio, con la esperanza de que le haría algún bien.

— Desearía saber dónde irán todas estas cosas hermosas cuando muera la tía March —dijo, mientras guardaba lentamente el rosario y cerraba los estuches de joyas, uno tras otro.

— A usted y sus hermanas. Lo sé; madame confía en mí; firmé como testigo de su testamento y debe ser así —susurró Ester, sonriendo.

— ¡Qué gusto! Pero quisiera que me los dejara tener ahora. No son agradables las demoras —observó Amy, echando una última mirada a los diamantes.

— Es demasiado pronto para que las señoritas lleven estas cosas. La primera que se case recibirá las perlas; madame lo ha dicho, y me imagino que el pequeño anillo de la turquesa le será regalado a usted cuando se marche, porque madame está complacida por su buena conducta y sus modales encantadores.

—¿Lo cree usted? Seré dócil como un cordero si puedo tener ese hermoso anillo. Después de todo, me gusta la tía March —y Amy se lo probó con la firme resolución de merecerlo.

Desde aquel día fue un modelo de obediencia, y la anciana señora admiró satisfecha el éxito de sus instrucciones. Ester arregló el cuarto con una mesita, puso un taburete en frente de ella y encima un cuadro que sacó de uno de los cuartos cerrados. Pensó que no era de gran valor, pero lo eligió por creerlo adecuado, sabiendo muy bien que madame no lo sabría ni haría caso aunque lo supiera. Sin embargo, era una copia valiosa de un famoso cuadro, y los ojos de Amy, ávidos de belleza, no se cansaban de contemplar el dulce rostro de la Virgen Madre, mientras su corazón permanecía ocupado con sus propios pensamientos tiernos. En la mesita tenía su pequeño Testamento, su libro de himnos y un florero, lleno de las mejores flores que le traía Laurie. Cada día entraba para “sentirse sola”, entregada a pensamientos buenos y pidiendo al buen Dios que sanara a su hermana.

En todo esto la muchachita era muy sincera, porque sola, fuera del nido doméstico, sintió tan vivamente la necesidad de una mano cariñosa a la cual agarrarse que instintivamente se volvió al Amigo, fuerte y tierno, cuyo amor paternal rodea a sus hijos pequeños. Extrañaba la ayuda de su madre para comprender y manejarse, pero como le habían enseñado dónde buscar, hizo cuanto pudo para hallar el camino y marchar por él confiadamente. Pero Amy era una peregrina joven, con una carga que se le hacía muy pesada. Trató de olvidarse de sí misma, de mantenerse alegre y sentirse satisfecha con hacer bien, aunque nadie la viese ni la alabase. Durante sus primeros esfuerzos, para ser muy buena, decidió hacer su testamento, como había hecho la tía March; de modo que si cayera enferma y muriese, sus bienes pudieran ser justa y generosamente repartidos. Mucho le costó el solo pensamiento de renunciar a sus pequeños tesoros, tan preciosos a sus ojos como las joyas de la anciana señora.

Durante una de sus horas de recreo redactó lo mejor posible el importante documento, con alguna ayuda de Ester para cier-

tas frases legales; cuando la buena francesa hubo firmado, Amy se sintió aliviada y lo puso a un lado para mostrárselo a Laurie, a quien necesitaba por segundo testigo. Como era un día lluvioso subió a uno de los dormitorios grandes para divertirse, y llevó al loro como compañero. En aquel cuarto había un armario lleno de vestidos antiguos, con los cuales Ester le permitía jugar. Su diversión favorita era vestirse con los brocados descoloridos y pasear delante del espejo grande, haciendo reverencias ceremoniosas, y ondulando la cola de su traje con un crujido que la encantaba. Aquel día estaba tan ocupada que no oyó a Laurie tocar la campana ni lo vio observándola a escondidas, según iba y venía, haciendo coqueterías con su abanico y sacudiendo la cabeza, que lucía un turbante color de rosa, en raro contraste con el traje de brocado azul y la falda amarilla. Tenía que andar con cuidado, porque se había puesto zapatos de tacones altos. Era gracioso verla andar tan afectadamente, con su traje brillante, y el loro pavoneándose a sus espaldas, imitándola tan bien como podía y parándose de vez en cuando para exclamar: “¡Qué guapos estamos! ¡Vete, espantajo! ¡Bésame, querida! ¡Ah! ¡Ah!”

Reprimiendo con dificultad una explosión de risa, por temor de ofender a su majestad, golpeó Laurie la puerta y fue recibido graciosamente.

— Siéntate y descansa, mientras me quito estas cosas; después quiero pedirte consejo sobre algo muy grave —dijo Amy, una vez que terminó de mostrar sus esplendores y empujado al loro a un rincón—. Este pájaro es la prueba de mi vida —continuó, quitándose el turbante rosa, mientras Laurie se sentaba a caballo en una silla—. Ayer mientras dormía la tía March y yo trataba de estar quieta como un ratoncito, el loro se puso a gritar y a sacudir las alas en su jaula, fui para sacarlo y descubrí una araña grande. La eché fuera y corrió el loro, diciendo cómicamente “Sal a paseo, querida.” No pude menos de reírme, lo cual hizo jurar al loro, despertando a la tía, que nos retó a los dos.

—¿Aceptó la araña la invitación de salir? —preguntó Laurie.

—Sí, salió, y el loro se escapó espantado y se refugió en la butaca de la tía, gritando: “ ¡Tómala, tómala, tómala!” mientras yo perseguía a la araña.

— ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Oh! ¡Oh! —gritó el loro picoteando los pies de Laurie.

—Te torcería el pescuezo si fueras mío, pajarraco —agregó Laurie, amenazándolo con el puño; el pájaro ladeó la cabeza y dijo gravemente: “¡Aleluya! ¡Bendita sea tu cara!”

—Ya estoy lista —dijo Amy, cerrando el armario y sacando un papel de su bolsillo—. Deseo que me hagas el favor de leer esto y de decirme si es legal y correcto. Creo que debo hacerlo, porque la vida no es segura y no deseo que haya discusión alguna sobre mi sepultura.

Laurie se mordió los labios y leyó el documento siguiente con gravedad digna de alabanza, si se considera su contenido:

Mi último testamento

Yo, Amy Curtis March, estando en mi sano juicio, doy y lego toda mi propiedad personal, que es a saber, pongo por caso:

A mi padre, mis mejores cuadros, dibujos, mapas y obras de arte, con inclusión de los marcos. También mis cien dólares, para que haga con ellos lo que guste.

A mi madre, todos mis vestidos, excepto el delantal azul con bolsillos; también mi retrato y mi medalla, con muchísimo amor.

A mi querida hermana Meg, doy mi anillo de turquesa (si lo recibo); también mi cajita verde con la estampa de tórtolas; también mi pedazo de encaje verdadero para su cuello, y mi dibujo de ella, como un recuerdo de "su niñita".

A Jo, mi prendedor de pecho, el reparado con lacre; también mi tintero de bronce (ella perdió la tapa) y mi precioso conejo de yeso, porque me arrepiento de haber quemado su manuscrito.

A Beth. (si me sobrevive), doy mis muñecas y el pequeño escritorio, mi abanico, mis cuellos de hilo y mis zapatillas nuevas, si puede ponérselas, pues probablemente estará delgada después de su enfermedad. Y con esto le dejo también mi arrepentimiento de que me burlé de su vieja muñeca Joanna.

A mi buen amigo y vecino Theodore Laurence, lego mi cartera de papier maché; mi modelo en yeso de un caballo, aunque él dijo que no tenía cuello. También en recompensa a su mucha benevolencia en horas de aflicción, cualquiera de mis obras artísticas que prefiera; Nuestra Señora es la mejor.

A nuestro venerable bienhechor el señor Laurence, lego mi cajita púrpura, con un espejo en la tapa, que será buena para sus plumas y le recordará a la niña fallecida, que le da las gracias por los favores hechos a su familia, en especial a Beth.

Deseo que mi amiga Kitty Bryant reciba el delantal de seda azul y mi anillo de cuentas doradas, con un beso.

A Hanna doy la cajita de cartón que deseaba y toda la obra de retacitos, con la esperanza que "se acordará de mí cuando los mire".

Y ahora, habiendo dispuesto de mi propiedad de más valor, espero que todos quedarán contentos y no se quejarán de la muerte. Perdono a todos y tengo la confianza de que nos encontraremos cuando suene la trompeta. Amén.

A este testamento pongo mi firma y sello en este día vigésimo de noviembre. Anno Domini 1861.

*Amy Curtis March
(Testigos): Estelle Valnor, Theodore Laurence.*

Este último nombre estaba escrito con lápiz y Amy explicó que él debía escribirlo con tinta y sellar el documento formalmente.

—¿Cómo se te ocurrió hacer esto? ¿Te ha dicho alguien que Beth ha dado sus cosas a los demás? —preguntó gravemente Laurie, mientras Amy ponía delante de él un pedazo de cinta roja, con lacre, una bujía y un tintero.

Ella se explicó, y después preguntó ansiosamente:

—¿Qué has dicho de Beth?

—Siento mucho haber hablado; pero ya que he empezado, te lo diré; un día se sintió tan enferma que dijo a Jo que deseaba dar su piano a Meg, su pájaro a ti y la pobre muñeca vieja a Jo, que la querría por amor a ella. Sentía no tener más para dar y dejaba bucles de su pelo a los demás y sus mejores cariños a mi abuelo. Ella no pensó nunca en un testamento.

Laurie firmaba y sellaba según hablaba y no levantó los ojos hasta que una lágrima grande cayó en el papel. La cara de Amy estaba llena de pena; pero no dijo más que:

—¿No se acostumbra a poner alguna clase de posdata a los testamentos algunas veces?

—Sí, codicilos los llaman.

—Entonces pon uno en el mío: que deseo que todos mis bucles sean cortados y dados a mis amigos. Lo olvidé; pero quiero que se haga, aunque estropee mi aspecto.

Laurie lo añadió, sonriéndose del último y mayor sacrificio de Amy. Después la entretuvo por una hora, interesándose mucho en todas sus aficciones. Pero cuando ya se iba, Amy lo detuvo para susurrar con labios temblorosos:

—¿Está Beth verdaderamente en peligro?

—Temo que sí; pero debemos tener esperanzas de que todo acabe bien; así que no llores, querida mía —y Laurie la abrazó fraternalmente, lo cual la consoló mucho.

Cuando su amigo salió se fue a su capillita y oró por Beth, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón dolorido, sintiendo que millones de sortijas de turquesas no podrían consolarla por la pérdida de su dulce hermanita.



Capítulo 20

En confianza



No hay palabras para describir el encuentro de la madre con sus hijas; es bello vivir tales horas, pero muy difícil detallarlas. Lo dejaré a la imaginación de los lectores, limitándome a decir que la casa rebo-saba verdadera felicidad y que la tierna esperanza de Meg se realizó, porque cuando Beth se despertó de aquel sueño largo y saludable, los primeros objetos que sus ojos vieron fueron la rosita y la cara de su madre. Demasiado débil para extrañarse por nada, no hizo más que sonreír y acurrucarse en los brazos cariñosos, sintiendo al fin satisfecho su deseo. Después volvió a dormirse y las chicas sirvieron a su madre, que no quería soltar la mano delgada que se asía firmemente a la suya, aun durante el sueño. Hanna había preparado para la viajera un desayuno sorprendente, que Meg y Jo le alcanzaron como cigüeñas sumisas, mientras escuchaban su relato del estado de su padre, de cómo el señor Brooke había prometido quedarse a cuidarlo, cómo la tormenta había retrasado el viaje a casa y cuánto la había animado Laurie en la estación, cuando llegó completamente rendida por el cansancio, la ansiedad y el frío.

¡Qué día tan extraño, aunque agradable fue aquél! Afuera tan brillante y alegre, porque todo el mundo había salido para contemplar la primera nevada; en casa, tan tranquilo y reposado, porque todas dormían, fatigadas por la velada. Reinaba

una tranquilidad de domingo, mientras Hanna, cabeceando, guardaba la puerta. Con la feliz sensación de verse libres de una carga, Meg y Jo cerraron sus ojos fatigados y descansaron, como barcos arribados a puerto seguro tras dura tempestad. La señora March no quiso dejar a Beth, pero durmió en la butaca, despertándose con frecuencia para mirar y tocar a su niña, cual avaro que acaba de recobrar un tesoro perdido.

Entretanto, Laurie salió disparado para consolar a Amy y contó tan bien su historia que casi hizo llorar a la tía March, que ni una sola vez dijo: “Ya lo decía yo”. En esta ocasión Amy se portó tan bien que imagino que los buenos pensamientos de la capillita comenzaban a producir fruto. Pronto se secó las lágrimas, dominó su impaciencia por ver a su madre y ni se acordó de la sortija de turquesa.

Hasta el loro parecía impresionado, porque la llamó “buena niña” y le dijo: “¡Bendita sea tu alma!” y “sal de paseo, querida”, con su voz más agradable. Con gusto hubiese salido a disfrutar del tiempo despejado de invierno; pero descubriendo que Laurie se caía de sueño, a pesar de sus valerosos esfuerzos por disimularlo, lo persuadió a que descansara en el sofá, mientras ella escribía una carta a su madre. Empleó largo rato en hacerla, y cuando volvió, su amigo estaba acostado, con ambas manos debajo de su cabeza, profundamente dormido. La tía March había bajado las cortinas y estaba sentada, sin hacer nada, con desusada benevolencia.

Después de un rato empezaron a pensar que no despertaría hasta la noche, y probablemente así hubiera sido si una exclamación de alegría dada por Amy a la vista de su madre no lo hubiera sacudido. Muchas niñas felices habría en la ciudad aquel día, pero de seguro que ninguna lo era tanto como Amy cuando, sentada sobre las rodillas de su madre, le contó sus experiencias abundantemente compensadas por caricias tiernas y sonrisas consoladoras. Estaban solas en la capillita, a la cual su madre no puso reparos cuando supo su objeto.

—Al contrario; me gusta mucho, querida mía —dijo, mirando el librito bien usado y el bello cuadro con su guirnalda de verde—. Es una idea excelente tener algún sitio donde poder refugiarse en busca de tranquilidad, cuando estamos entristecidos o inquietos. Hay muchas horas difíciles en nuestra vida,

pero siempre podemos soportarlas si pedimos auxilio como es debido. Pienso que mi muchachita está aprendiendo.

—Sí, mamá, y cuando vuelva a casa voy a poner mis libros y una copia de este cuadro, que he tratado de hacer, en una esquina del cuartito. La cara de la madre no me ha salido bien; es demasiado bella para que yo pueda dibujarla; pero he logrado dibujar mejor al niño, y me gusta muchísimo. Me agrada pensar que él fue una vez niño, porque no me siento tan lejos de él y eso me ayuda.

Mientras Amy señalaba al niño Jesús en las rodillas de su madre, la señora March vio algo en la mano alzada que la hizo sonreírse. No dijo nada, pero Amy comprendió la mirada, y después de un minuto de silencio, añadió gravemente:

—Deseaba hablarte de esto, pero lo olvidé. Hoy la tía March me regaló el anillo; me llamó, me dio un beso y me lo puso en el dedo, diciendo que estaba orgullosa de mí y que desearía tenerme con ella para siempre. Al mismo tiempo me dio este otro anillo para sujetarlo, porque es demasiado grande para mi dedo. Me gustaría tenerlos puestos ¿Me lo permites?

—Son hermosísimos, Amy, pero creo que eres demasiado joven para tales adornos —contestó la señora March.

—Trataré de no ser vanidosa —dijo Amy—; no creo que me gusta sólo por ser tan bello; me gustaría usarlo, como la muchachita del cuento cuando llevaba su pulsera, para recordar algo.

—¿Quieres decir la tía March? —preguntó su madre, riéndose.

—No; para acordarme de no ser egoísta.

Tan seria y sincera parecía Amy, que su madre dejó de reírse y escuchó respetuosamente su pequeño proyecto.

—Estos días he pensado mucho en “mi montón de defectos” y el más grave es el egoísmo; voy a tratar empeñosamente curarlo, si puedo. Beth no es egoísta, y ésa es la razón por la que todos la quieren y les da tanta pena pensar que pueden perderla. No lo sentirían tanto si yo estuviese enferma, porque no lo merezco; pero me gustaría que todos me quisieran y me extrañaran. Voy a tratar de parecerme a Beth tanto como pueda. Soy propensa a olvidar mis resoluciones, pero si tuviera siempre algo que me las recordara, creo que me portaría mejor. ¿Puedo probar este medio?

—Sí; pero tengo más confianza en el rinconcito de la meditación. Usa el anillo, querida mía, y haz lo que puedas; creo que conseguirás algo, porque desear ser buena con sinceridad es tener ganada media batalla. Ahora tengo que volver a Beth. Animo, hija mía, pronto te llevaremos a casa.

Aquella tarde, mientras Meg escribía a su padre para informarlo de la llegada de la viajera, Jo subió la escalera a hurtadillas, entró en el dormitorio de Beth y, encontrando a su madre en el lugar acostumbrado, se detuvo por un minuto retorciendo su cabello con los dedos con gesto de indecisión y perplejidad.

—¿Qué te pasa, querida? —preguntó la señora March.

—Quiero decirte algo, mamá.

—¿Acerca de Meg?

—¡Qué pronto lo adivinaste! Sí, se trata de ella, y aunque es una pequeñez, me molesta.

—Beth duerme: habla en voz baja y dímelo todo. Espero que ese joven Moffat no haya estado aquí.

—No; le hubiera dado con la puerta en las narices si hubiera venido —dijo Jo, sentándose en el suelo a los pies de su madre—. El verano pasado Meg dejó un par de guantes en casa de los Laurence y no devolvieron más que uno. Lo habíamos olvidado por completo hasta que Teddy me dijo que el señor Brooke lo tenía. Lo guardaba en el bolsillo de su chaleco, y una vez que se le cayó y Teddy bromeó por ello, el señor Brooke confesó que le gustaba Meg, y que no se atrevía a decírselo por ser ella tan joven y él tan pobre. ¿No es una situación terrible?

—¿Crees que Meg lo quiere? —preguntó la señora March, con mirada ansiosa.

—¡Pobre de mí! No entiendo nada de amor ni de tales tonterías —gritó Jo, con una mezcla cómica de interés y desprecio—. En las novelas, las muchachas lo exteriorizan ruborizándose, desmayándose, enflaqueciendo y haciendo necedades. Meg no hace nada de eso; come, bebe y duerme como una persona sana; me mira frente a frente cuando hablo de ese hombre, y sólo se ruboriza algo cuando Teddy se burla de los novios. Le prohibí que lo hiciera, pero no me hace caso.

—Entonces, ¿crees que Meg no está interesada en John?

—¿En quién? —gritó Jo, extrañada.

—En el señor Brooke; ahora lo llamo “John”; en el hospital adquirimos esa costumbre y le gusta.

— ¡Pobre de mí! Ya veo que vas a ponerte de su parte; ha sido bueno con papá y tú no lo mandarás a paseo, sino que permitirás que se case con él si quiere. ¡Qué astuto! ¡Mimar a papá y hacerse el servicial contigo para ganarse la simpatía de los dos! —y Jo, enojada, se tiró de los cabellos.

—Querida mía, no te enojas; te diré lo que ha pasado. John me acompañó, por pedido del señor Laurence, y se interesó tanto en tu pobre papá que no pudimos menos que tomarle cariño. Fue perfectamente sincero y honrado en cuanto a Meg, porque nos dijo que la quería, pero que trabajaría para crear un hogar confortable antes de pedir su mano. No deseaba más que nuestro consentimiento para amarla, trabajar por ella y tratar de ganarse su amor, si podía. Realmente es un joven excelente, y no podíamos negarnos a escucharlo; pero no consentiré que Meg se comprometa tan joven.

—Claro que no; sería una idiotez. Ya sabía yo que se estaba tramando algo; me lo decía el corazón; ahora es peor de lo que yo imaginaba. Desearía poder casarme con Meg yo misma, para guardarla segura dentro de la familia.

Esta extraña solución hizo sonreír a la señora March, pero después dijo seriamente:

— Jo, confío en ti y no quiero que digas nada a Meg todavía. Cuando vuelva John y los vea juntos podré juzgar mejor los sentimientos de ella para con él.

—Ella verá los suyos en esos hermosos ojos de los cuales habla, y entonces estará perdida. Tiene un corazón tan tierno que se derretirá como manteca de Flandes, si alguien la mira amorosamente. Leía las noticias cortas enviadas por él más que tus cartas, y me daba pellizcos cuando yo hablaba de ello; le gustan los ojos color castaño; no cree que el nombre de John es feo; pronto se enamorará de él y ¡adiós paz, alegría y felicidad entre nosotras! Lo veo todo; se harán la corte por toda la casa y tendremos que quitarnos de en medio; Meg estará en la gloria y no me necesitará más; Brooke amontonará una fortuna de una manera u otra, se la llevará, dejará un vacío en la familia, me romperá el corazón y todo se hará desagradable. ¡Pobre de mí!

¿Por qué no habremos sido todos ricos? Entonces no habría ninguna dificultad.

La señora March suspiró, y Jo levantó los ojos con una expresión de alivio.

—¿No te gusta tampoco a ti, mamá? Me alegro; lo despacharemos con viento fresco, sin decir una palabra a Meg, y seguiremos felices juntas como siempre.

—Hice mal en suspirar, Jo. Es natural y justo que con el tiempo todas se vayan a sus propios hogares; pero deseo conservar a mis hijas todo el tiempo posible, y siento que esto haya sucedido tan pronto, porque Meg no tiene más que diecisiete años, y John no podrá formar un hogar para ella por algunos años. Tu padre y yo estamos de acuerdo en que no se comprometa de ninguna manera ni se case antes de cumplir veinte años. Si ella y John se quieren, pueden esperar, y así dar pruebas de su amor. Ella es responsable y no temo que lo trate con dureza. ¡Mi hija tan hermosa y tierna! Espero que todo marchará felizmente para ella.

—¿No preferirías que se casara con un hombre rico?

—El dinero es cosa buena y útil, Jo; quisiera que mis hijas no sintieran nunca demasiado su escasez ni estén tentadas por tener demasiado. Desearía ver a John bien establecido en algún negocio bueno que le proporcionara ingresos suficientes para mantenerse libre de deudas, y dar una vida confortable a Meg. No ambiciono una fortuna espléndida, ni una posición mundana, ni un nombre famoso para mis hijas. Si el rango y el dinero vienen acompañados del amor y la virtud, los aceptaría agradecida y gozaría con vuestra buena fortuna; pero sé por experiencia cuánta felicidad real se encuentra en una casa pequeña, donde se gana el pan diario y algunas privaciones dan mayor dulzura a los pocos placeres. Estoy contenta de que Meg comience con una posición humilde, porque si no me engaño, será rica en la posesión del corazón de un hombre bueno, y eso tiene más valor que una fortuna.

—Comprendo, mamá, y estoy de acuerdo; pero Meg me decepciona, porque yo tenía el proyecto de casarla con Teddy algún día, y pensaba que viviría en la opulencia toda su vida. ¿No sería hermoso? —preguntó Jo, mirándola con expresión más alegre.

— Él es más joven que ella, ya sabes —comenzó a decir la señora March; pero Jo la interrumpió.

—Eso no importa; está muy maduro para su edad, y es muy alto y tiene modales de hombre hecho y derecho cuando quiere. Además, es rico, generoso y bueno, y nos quiere a todas. Es una lástima que mi proyecto se malogre.

—Temo que Laurie no sea bastante mayor para Meg, y es tan veleta que no puede contarse con él. No hagas proyectos, Jo; deja que el tiempo y sus propios corazones emparejen a tus amigos. En estas cosas no podemos entrometernos con seguridad, y es mejor que no se nos metan tonterías románticas en la cabeza, como tú dices, no sea que destruyan nuestras amistades.

— Bueno, no lo haré; pero detesto ver que las cosas se tuercen y atraviesan, cuando algunos arreglitos lo solucionarían todo. ¡Ojalá pudiésemos parar de crecer, poniéndonos planchas en la cabeza! Pero los capullos tienen que hacerse rosas, y los gatitos gatos, aunque no queramos.

—¿Qué es eso de planchas y gatos? —preguntó Meg, entrando a hurtadillas en el dormitorio, con la carta que había escrito en la mano.

— Nada más que una de mis estúpidas charlas. Voy a dormir; ven, Meg — dijo Jo, desplegándose como un rompecabezas vivo.

—Muy correcta y bien escrita. Hazme el favor de añadir que envió mis afectuosos recuerdos a John —dijo la señora March, devolviendo la carta.

—¿Tú lo llamas John? — preguntó Meg, sonriéndose, con sus inocentes ojos mirando a los de su madre.

—Sí, se ha portado como un hijo con nosotros, y lo queremos mucho — respondió la señora March, dirigiendo a su hija una mirada penetrante.

—Me alegro, ya que está tan solo. Buenas noches, mamá querida. ¡Qué tranquilidad tan grande tenerte aquí con nosotras! —respondió Meg.



Capítulo 21

Laurie da guerra y Jo pone paz

Era de ver la cara de Jo al día siguiente. El secreto la oprimía y hallaba difícil no parecer misteriosa e interesante. Meg lo notó, pero no se molestó en preguntar, porque había aprendido que el mejor modo de manejar a Jo era por la ley de los contrarios; estaba segura de oírlo todo si no preguntaba. Por eso se sorprendió bastante cuando el silencio continuó y Jo asumió cierto aire protector, que agravió a Meg, que respondió adoptando un aire de grave reserva y entregándose al servicio de su madre. Esto dejó a Jo libre para hacer su gusto, porque la señora March había tomado su puesto de enfermera diciéndole que se paseara y se distrajera después de tan largo encierro en casa. No estando Amy de vuelta, Laurie era su único refugio; pero aunque gozaba mucho en su compañía, lo tenía por el momento porque era un perseguidor incorregible, que no la dejaría en paz hasta sacarle su secreto.

Tenía razón, porque tan pronto el pícaro sospechó algo misterioso, se propuso descubrirlo, e hizo pasar muy malos ratos a Jo. Rogó, prometió, se burló, amenazó y riñó; fingió indiferencia para sacar la verdad por sorpresa; afirmó que lo sabía, para decir después que no le importaba saberlo, y por fin, a fuerza

de perseverancia, logró asegurarse de que se trataba de Meg y del señor Brooke. Indignado porque su tutor no le hubiera hecho ninguna confidencia, se puso a imaginar alguna venganza digna de la ofensa.

Entretanto, Meg parecía haber olvidado el asunto y estaba absorta con los preparativos para la vuelta de su padre; pero, de repente, un cambio pareció apoderarse de ella; había días en que parecía otra, sobresaltándose cuando alguien le hablaba, ruborizándose si alguien la miraba, callaba mientras cosía, con expresión tímida y preocupada en la cara. A las preguntas de su madre respondía que estaba muy bien, y las de Jo las despachó pidiéndole que la dejase en paz.

—Lo siento en el aire; el amor, quiero decir, y se está enamorando rápidamente. Tiene casi todos los síntomas; está nerviosa y de mal humor; no come, no puede dormir y se sienta pensativa en los rincones. La sorprendí cantando la canción del “arroyo de voz argentina”, y una vez dijo: “John”, como lo haces tú, y se puso roja como una amapola. ¿Qué haremos? —dijo Jo, dispuesta, al parecer, a toda clase de medidas, aun violentas.

— Nada más que esperar. Déjala sola: sé amable y paciente; la vuelta de papá lo arreglará todo —respondió su madre.

—Aquí hay una carta para ti, Meg, con sello puesto. ¡Qué curioso! Teddy no pone sello a las mías —dijo Jo al día siguiente, al distribuir el contenido del pequeño correo.

La señora March y Jo estaban entretenidas en sus asuntos, cuando una exclamación de Meg les hizo levantar los ojos para verla mirando fijamente su carta, con cara asustada.

— ¿Hija mía, qué te pasa? —gritó la madre, corriendo hacia ella mientras Jo trataba de agarrar el pliego malhechor.

—Es todo un error... No la envié... ¡Oh, Jo! ¿Cómo pudiste hacerlo? —y Meg escondió la cara entre las manos, llorando a lágrima viva.

—¿Yo? ¡No he hecho nada! ¿De qué habla? —preguntó Jo confundida.

Los ojos humildes de Meg se encendieron de enojo, mientras sacaba de su bolsillo una carta estrujada y se la arrojaba a Jo diciendo:

—Tú la escribiste y ese muchacho malicioso te ayudó. ¿Cómo pudiste ser tan grosera, tan vil y cruel con nosotros?

Jo apenas la oyó, porque ella y su madre estaban leyendo la carta, escrita con una escritura curiosa.

“Queridísima Margaret: No puedo contener por más tiempo mi pasión, y necesito saber mi suerte antes de volver. No me atrevo a decírselo todavía a tus padres, pero creo que darían su consentimiento si supieran que nos adoramos. El señor Laurence me ayudará a encontrar una buena colocación, y entonces, mi querida muchachita, me harás feliz. Te ruego que no digas nada todavía a tu familia, pero envía una palabra de esperanza por medio de Laurie a tu fiel John.”

—¡El miserable! Así quiere pagarme por cumplir la palabra que di a mamá. Le echaré un buen reto y lo traeré a pedir perdón —gritó Jo.

Pero su madre la detuvo, diciendo con expresión desacostumbrada en ella:

—Un momento, Jo; primero tienes que justificarte. Has hecho tantas travesuras que sospecho que tengas parte en esto.

—Doy mi palabra, mamá, de que no la tengo. Nunca antes he visto esa carta ni sé nada de ella; tan verdad como que estoy viva —dijo Jo tan sinceramente que la creyeron—. Si yo hubiera participado en esto, lo hubiera hecho mejor y habría escrito una carta sensata. Yo creía que habían comprendido que el señor Brooke es incapaz de escribir tonterías como éstas —añadió, arrojando con desprecio el papel al suelo.

—La letra es como la suya —balbuceó Meg.

—¡Oh, Meg! No la habrás contestado —exclamó la señora March.

—¡Sí que lo hice! —y Meg escondió ruborosa la cara.

—¡En buena nos hemos metido! Déjame traer a ese muchacho malicioso para que dé una explicación y reciba un buen reto. No descansaré hasta que lo agarre —dijo Jo, encaminándose hacia la puerta.

—¡Espera! Déjame arreglar esto, porque es peor de lo que pensaba. Meg, dímelo todo —ordenó la señora March, sentándose junto a Meg, pero sin soltar a Jo, por miedo de que se escapase.

—Recibí la primera carta por conducto de Laurie, que fingió no saber nada del asunto —comenzó Meg, sin levantar los ojos—. Al principio me preocupó mucho y tenía la intención de decírtelo; pero me acordé de tu simpatía hacia el señor Brooke; así que pensé que no te importaría que yo guardara mi pequeño secreto por algunos días. Soy tan tonta que me gustaba pensar que nadie lo sospechaba, y mientras pensaba en lo que contestaría, me parecía ser una de esas chicas de las novelas que tienen que hacer cosas parecidas. Perdóname, mamá; ahora he pagado cara mi estupidez; nunca podré volver a mirarlo a la cara.

—¿Qué le dijiste? —preguntó la señora March.

—Solo le dije que era todavía demasiado joven para decidir nada; que no quería tener ningún secreto para ti, y que tendría que hablar a papá. Que estaba muy agradecida por su bondad y que sería sólo su amiga por largo tiempo.

La señora March se sonrió tranquilizada y Jo aplaudió calorosamente, exclamando:

—Eres una Doña María de Molina en cuanto a prudencia. Sigue, Meg. ¿Qué te contestó?

—Me escribe de una manera completamente diferente, diciéndome que jamás envió una carta amorosa, y lamentando que mi pícara hermana Jo se haya tomado tales libertades con nuestros nombres. La carta es muy amable y seria, ¡pero imaginen qué terrible para mí!

Meg se apoyó en su madre completamente desesperada, y Jo iba de un lado para otro del cuarto, poniendo verde a Laurie. De repente se paró, tomó las dos cartas, y después de mirarlas fijamente, dijo con decisión:

—No creo que el señor Brooke haya visto jamás ni una ni otra carta. Teddy ha escrito las dos y guarda la tuya para fastidiarme, porque no quise contarle mi secreto.

—No tengas ningún secreto, Jo; díselo a mamá y no te metas en líos, como yo debía haber hecho —le respondió Meg.

—¡Dios te bendiga, niña! ¡Si fue mamá la que me lo dijo!

—Basta, Jo. Yo consolaré a Meg, mientras tú vas en busca de Laurie. Tengo que analizar esta cuestión a fondo y poner fin a semejantes travesuras.

Jo se fue corriendo, y la señora March explicó con delicadeza a Meg los verdaderos sentimientos del señor Brooke.

—Ahora, querida mía, ¿cuáles son los tuyos? ¿Lo amas lo bastante para esperar hasta que pueda mantener un hogar para ti, o prefieres estar libre por el presente?

—He estado tan asustada y mortificada, que prefiero no pensar en noviazgos por mucho tiempo; tal vez nunca. Si John no sabe nada de estas tonterías, no le digas nada, y obliga a Jo y Laurie a callarse. No quiero que me engañe y se ría de mí; es una vergüenza.

Meg, generalmente amable, había perdido la paciencia con estas burlas maliciosas; la señora March la calmó con la promesa de guardar completo silencio y la mayor discreción en el futuro. Tan pronto como se oyeron los pasos de Laurie en el vestíbulo, Meg se escapó al estudio y su madre recibió a solas al culpable. Jo no le había dicho para qué lo querían en casa, temiendo que no viniese; pero lo advirtió tan pronto como vio la cara de la señora March, y permaneció de pie, dando vueltas a su sombrero, con tal aspecto de culpable, que lo delataba. Jo fue despedida, pero decidió andar de un lado a otro del vestíbulo, como si estuviese de guardia, por temor a que el preso intentara escaparse. Por una hora subió y bajó el sonido de voces en la sala, pero lo que sucedió durante aquella entrevista las chicas no lo supieron jamás.

Cuando las llamaron, Laurie seguía de pie al lado de la madre de ellas, con una cara tan arrepentida, que Jo lo perdonó en el acto, aunque no creyó prudente demostrarlo. Meg recibió sus humildes excusas y se consoló mucho al asegurarse de que Brooke no tenía conocimiento alguno de la fechoría.

—No diré nada de esto hasta mi último día de vida; no me lo sacarán ni con pinzas; perdóname, Meg, y haré lo que quieras para demostrar lo mucho que lo siento —añadió, muy avergonzado de sí mismo.

—Lo procuraré, pero te portaste de modo muy poco caballeresco. No creía que pudieras ser tan pícaro y malicioso, Laurie —respondió Meg.

—Fue abominable y merezco que no me hables en un mes; pero no lo harás, ¿verdad, Meg? —y Laurie cruzó las manos con gesto tan suplicante, bajó los ojos con expresión de tan profundo arrepentimiento y habló con tono tan patético, que era imposible enojarse a pesar de su conducta escandalosa. Meg lo perdonó y la señora March suavizó su semblante, a pesar de los grandes esfuerzos que hizo por mantenerse seria, cuando lo oyó declarar que expiaría sus culpas con toda clase de penitencias, y se humillaría como un gusano ante la doncella ofendida.

Entretanto, Jo se mantenía a distancia, tratando de endurecer su corazón contra él pero no logró más que asumir una expresión desaprobatoria. Laurie la miró una vez o dos, pero viendo que no daba señales de ceder se sintió ofendido, le volvió la espalda hasta que la madre y Meg acabasen lo que tenían que decirle, y entonces le hizo un saludo profundo y se marchó sin decir nada.

Tan pronto como se fue, ella sintió no haber sido más indulgente; y cuando Meg y su madre subieron las escaleras, se sintió solitaria y ansiosa de la compañía de Teddy. Tras breve lucha consigo misma, cedió al impulso y, armada de un libro que debía devolver, se fue a la casa grande.

—¿Está en casa el señor Laurence? —preguntó a una doncella que bajaba las escaleras.

Sí, señorita; pero creo que no puede verlo ahora.

—¿Por qué?; ¿está enfermo?

—No, señorita; pero acaba de discutir con el señorito Laurie, y no me atrevo a acercarme a él.

—¿Dónde está el señorito?

—Encerrado en su cuarto, y no quiere responder aunque he llamado. No sé qué hacer con la comida, porque está lista y no hay nadie que quiera comer.

Jo subió al estudio de Laurie y golpeó la puerta.

—Basta de llamadas, o abro la puerta y te hago callar.

Jo golpeó de nuevo la puerta, entró antes de que Laurie pudiera reponerse de su asombro. Al notar que estaba realmente de mal humor, Jo, que sabía cómo manejarlo, fingió una expresión penitente, y, poniéndose de rodillas, dijo con humildad:

—Hazme el favor de perdonarme por haber estado tan enojada. He venido a zanjar el asunto y no puedo marcharme hasta que lo haya hecho.

—No importa; levántate y no te hagas el ganso, Jo.

—Gracias, no lo haré. ¿Puedo preguntar qué te pasa? No parece estar en tu juicio.

—¡Me han sacudido y no lo consiento!

—¿Quién ha sido?

—Mi abuelo; de haber sido cualquier otra persona, le hubiera... —y el joven ofendido acabó su frase con un gesto enérgico del brazo derecho.

—Eso no es nada; yo discuto contigo muchas veces y no haces caso.

—¡Bah! Tú eres una muchacha y es una broma, pero no permitiré que ningún hombre me grite.

—Creo que nadie se atrevería viéndote tan encolerizado como ahora. ¿Por qué te trató de esa manera?

—Sólo porque no quise decirle para qué me había llamado tu madre. Prometí no decir nada a nadie, y, naturalmente, no iba a faltar a mi palabra.

—¿No podías satisfacer a tu abuelo de algún modo?

—No; insistió en saber la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad. Hubiera contado mi parte del enredo de haber podido hacerlo sin envolver a Meg. Como no podía, me callé y aguanté el regaño hasta que el anciano me agarró por la nuca. Entonces me puse furioso y escapé de un salto, por miedo a no poder contenerme.

—No fue agradable; pero él lo siente, estoy segura; baja y haz las paces. Yo te ayudaré.

—¡Que me ahorquen si lo hago! No voy a aguantar sermones y golpes de todo el mundo, sólo por una pequeña picardía. Lo sentí por Meg, y le pedí perdón como un hombre, pero no lo pediré a nadie, no siendo culpable.

—Él no sabía eso.

—Debería tener confianza en mí y no tratarme como a un niño. Es inútil, Jo; tiene que aprender que puedo cuidarme por mí mismo, y que no necesito que me aten a las faldas de nadie.

—¡Qué cascarrabias eres! ¿Cómo piensas que se arreglará este asunto?

—Él tiene que pedirme perdón y creerme cuando te aseguro que no puedo decirle el porqué de la querrela.

—¡Santo cielo! Eso no lo hará.

—Pues no bajaré hasta que lo haga.

—Vamos, Teddy, entra en razón; déjalo pasar y yo explicaré lo que pueda. No vas a quedarte aquí; ¿de qué sirve ponerse melodramático?

—De todas maneras no pienso permanecer aquí mucho tiempo. Me escaparé para hacer un viaje a alguna parte, y cuando me eche de menos mi abuelo, no tardará en volver a razonar.

—Quizá; pero no debes darle ese disgusto.

—No me aconsejes. Me iré a Washington para ver a Brooke; allí hay alegría y me divertiré después de las penas.

—¡Qué suerte tienes! ¡Ojalá pudiera yo escaparme también! —dijo Jo, olvidando su papel de mentor ante las visiones de la vida marcial de la capital.

—¡Vámonos los dos! ¿Por qué no? Tú puedes ir para dar una sorpresa a tu padre, y yo para animar a Brooke. Sería un gran juego; ámate, Jo. Dejaremos una carta para decir que todo está bien y nos marcharemos enseguida. Tengo bastante dinero, te hará bien y no habrá nada malo en ello, pues vas para ver a tu padre.

Por un momento pareció que Jo iba a consentir, porque, con toda su locura, el proyecto la atraía. Estaba cansada de ansiedades y encierro, anhelaba un cambio y el pensamiento de su padre se mezclaba de manera tentadora con el encanto de los campamentos y hospitales, libertad y diversión. Sus ojos brillaron al dirigirse hacia la ventana, pero se clavaron en la vieja casa opuesta y movió la cabeza con triste decisión.

—Si fuera un chico nos escaparíamos juntos y correríamos una aventura deliciosa; pero siendo una infeliz chica, debo ser

prudente, portarme bien y permanecer en casa. No me tientes, Teddy; es un plan descabellado.

—¡Ahí está la gracia! —repuso Laurie, que estaba con ganas de romper trabas de una manera u otra.

—¡Cállate! —gritó Jo tapándose los oídos—. La prudencia es mi destino y tengo que conformarme. He venido aquí para moralizar, no para oír cosas que me den ganas de brincar.

—Sabía que Meg hubiera aguado tal proyecto, pero pensé que tú tendrías más arrojo... —comenzó a decir Laurie insinuante.

—¡Cállate! —gritó Jo—, no hagas que tus deseos hagan aumentar los míos. Si logro que tu abuelo diga que siente haberte sacudido, ¿abandonarás la idea de escaparte? —preguntó Jo gravemente.

—Sí, pero no lo lograrás —respondió Laurie, que deseaba hacer las paces, pero necesitaba antes una reparación a su dignidad ofendida.

—Si puedo manejar al joven, puedo manejar al viejo —murmuró Jo saliendo del cuarto donde quedaba Laurie con una guía de ferrocarril en la mano.

—¡Adelante! —se oyó decir al señor Laurence, con voz aún más ronca que de costumbre, cuando Jo llamó a la puerta.

— Soy yo, Jo, he venido para devolverle un libro —dijo suavemente al entrar.

—¿Quieres otros? —preguntó el anciano, tratando de ocultar su preocupación y enojo.

—Sí, con permiso de usted; tanto me gusta el viejo Sam, que deseo leer el segundo tomo —respondió Jo, con la esperanza de congraciarse con él al pedirle un libro que le había recomendado.

El señor Laurence desarrugó un poco el entrecejo mientras acercaba la escalerilla hacia el estante de los libros donde estaban los tomos de Johnson. Jo subió ligeramente y, sentándose en el peldaño más alto, fingió buscar su libro, pero en realidad estaba pensando cómo comenzar el peligroso asunto de su visita.

El señor Laurence pareció sospechar que tramaba algo, porque, después de ir y venir varias veces con pasos rápidos de un

lado a otro del cuarto, se volvió, la miró cara a cara y preguntó bruscamente:

—¿Qué acaba de hacer ese muchacho? No trates de excusarlo. Sé que ha hecho alguna de las tuyas, por su manera de portarse cuando volvió a casa. No pude sacarle ni una palabra y cuando lo amenacé con sacudirle para hacerle confesar la verdad, escapó y se encerró con llave en su dormitorio.

—Se portó mal, pero lo perdonamos y todos prometimos no decir nada a nadie.

—Eso no basta; no debe protegerse tras una promesa hecha por unas chicas cariñosas como ustedes. Si se ha portado mal, tiene que pedir perdón y recibir su castigo. Dímelo, Jo. No quiero que me tengan ignorando lo que pasa.

—De veras señor, no puedo decírselo; mamá lo prohibió. Laurie ha confesado, ha pedido perdón y ha tenido su castigo. No nos llamamos para protegerlo a él, sino a otra persona, y si usted se mezcla en el asunto, se aumentarán las dificultades. Hágame el favor de no hacerlo; fue mi culpa en parte, pero ahora todo está arreglado; así que olvidémoslo y hablemos de El vagabundo o de algún otro libro interesante.

—¡Al diablo con El vagabundo! Baja y dame tu palabra que este atolondrado muchacho mío no ha hecho algo impertinente o ingrato. Si lo ha hecho, después de vuestra bondad con él, lo apalearé con mis propias manos.

La amenaza sonaba terrible, pero no espantó a Jo, porque sabía que el irascible anciano no levantaría un dedo contra su nieto por mucho que lo dijera. Bajó obedientemente y quitó toda la importancia que pudo a la travesura del chico, sin exponer a Meg ni faltar a la verdad.

—¡Hum! ¡Ah! Bueno, si el chico se calló porque había prometido hacerlo y no por obstinación, lo perdonaré. Es un joven terco y difícil de manejar —dijo el señor Laurence, pasándose la mano por la cabeza hasta encrespar todo el cabello.

—Lo mismo me pasa a mí; pero una palabra amable me apacigua, cuando un regimiento de caballería sería incapaz de dominarme.

—¿Crees que no soy amable con él?

—¡Cielo santo; no señor! A veces es usted demasiado cariñoso y después un poquito violento, cuando pone a prueba su paciencia. ¿No le parece?

Jo había decidido solucionar este asunto y trataba de aparentar calma, aunque temblaba algo después de frase tan audaz. Con gran sorpresa suya, el anciano señor no hizo más que echar ruidosamente sus anteojos sobre la mesa y exclamar sinceramente:

—Hija, tienes razón; soy algo violento. Quiero al chico, pero pone a prueba mi paciencia hasta que apenas puedo aguantarlo, y no sé adónde vamos a parar de seguir así.

—Yo se lo diré: se escapará.

Apenas dijo esto, Jo se arrepintió de haber hablado así. El señor Laurence cambió de color, se sentó y echó una mirada ansiosa al retrato del hombre esbelto que estaba colocado encima de la mesa. Era el padre de Laurie que en su juventud se había escapado y se había casado contra los deseos del dominante anciano.

—No lo hará, a no ser que esté muy molesto; solo amenaza hacerlo a veces, cuando se cansa de estudiar. A menudo pienso que a mí me gustaría hacer otro tanto, sobre todo desde que me corté el cabello; de modo que si alguna vez nos extraña, puede poner un anuncio preguntando por dos chicos y mandar a buscarnos entre los barcos que zarpen con rumbo a la India.

Se rio al decir esto, y el señor Laurence pareció aliviado, evidentemente tomándolo como una broma de chicos.

—¡Pícara! ¿Cómo te atreves a hablarme de esta manera? ¿Dónde está tu respeto y tu buena educación? ¡Benditos chicos y chicas! ¡Qué tormento nos dan! Y sin embargo, no podemos pasarnos sin ellos —dijo, pellizcándole las mejillas con buen humor, y agregando:

—Vete y trae a ese muchacho a comer; dile que todo está arreglado y aconséjale que no dramatice con su abuelo; no lo aguantaré.

—No vendrá, señor; se siente ofendido, porque usted no le creyó cuando le dijo que no podía decírselo. Creo que tomó muy en serio la discusión.

El señor Laurence se echó a reír y Jo comprendió que la batalla estaba ganada.

—Lo siento muchísimo; supongo que debo estar agradecido porque él no me ha sacudido a mí. ¡Santo cielo! ¿Qué querrá este joven?

—Si yo fuera usted, le escribiría una excusa, señor. Él dice que no bajará hasta que la reciba, y habla de Washington y no sé qué locuras. Una excusa formal le mostrará lo estúpido que es y lo hará bajar de agradable humor. Pruébelo; le gusta la broma, y eso es mejor que arreglarlo de palabra. Yo se la llevaré y le daré una lección.

El señor Laurence le echó una mirada aguda y se caló los anteojos, diciendo lentamente:

—¡Qué pícara eres! Pero no me importa ser engatusado por ti o Beth. ¡Vamos!, dame una hoja de papel y acabemos de una vez con estas tonterías.

La carta se escribió con las frases usuales entre caballeros después de graves insultos. Jo besó la calva del señor Laurence y corrió escaleras arriba para meter el pliego por debajo de la puerta de Laurie, aconsejándole por el agujero de la cerradura que fuera sumiso, cortés y otras cosas gratas. Al encontrar la puerta cerrada con llave de nuevo, dejó que la carta hiciese su obra y se iba tranquilamente, cuando el joven bajó, resbalando por el pasamanos de la escalera, y la esperó abajo, diciendo con su expresión más virtuosa:

—¡Qué buen camarada eres, Jo! ¿Has sufrido una explosión? —añadió, riendo—. No he estado muy amable en general. ¡Ah! ¡Bueno me han puesto todos! Hasta tú me abandonaste allá, y eso me hizo sentirme desesperado — comenzó a decir, tratando de excusarse.

—No hables así; cambia de tema y comienza de nuevo.

—Siempre estoy haciéndolo y estropeándolo, como solía estropear mis cuadernos de escritura; y empiezo de nuevo tantas veces, que nunca voy a salir de los comienzos —le contestó tristemente.

— Vete a comer; después te sentirás mejor. Los hombres sólo gruñen cuando tienen hambre —dijo Jo al irse.

—Un cumplido para mi sexo —respondió Laurie, imitando a Amy, mientras iba a hacer penitencia con su abuelo, que estuvo de un humor de santo y abrumadoramente respetuoso en su conducta todo el resto del día.



Capítulo 22

Prados hermosos

Las serenas semanas siguientes fueron como el sol después de la tormenta. Los enfermos mejoraron rápidamente y el señor March comenzó a hablar de volver a comienzos del Año Nuevo. Pronto pudo Beth pasar todo el día reclinada en el sofá, entreteniéndole al principio con sus queridos gatos, y después con la costura de las muñecas, que estaba muy atrasada. Sus miembros, tan activos en otro tiempo, se habían quedado tan tiesos y débiles que Jo la paseaba, en sus brazos fuertes, por la casa. Meg se tiznaba y quemaba las manos, guisando delicadezas para “la querida”, mientras Amy celebraba su vuelta a casa dando cuantos tesoros suyos lograba que aceptaran sus hermanas.

A medida que se acercaba Navidad, los acostumbrados misterios comenzaron a dejarse sentir en la casa, y la familia se desternilló de risa más de una vez con las imposibles y absurdas ceremonias propuestas por Jo para celebrar tan extraordinaria Navidad. Lo que Laurie proponía era no menos disparatado; por su gusto se hubieran hecho hogueras, fuegos artificiales y arcos de triunfo. Tras muchas discusiones y escaramuzas, la ambiciosa pareja pareció quedar bastante apaciguada y ambos

aparentaban una indiferencia desmentida por explosiones de risa cada vez que se reunían.

Varios días inesperadamente templados precedieron a un hermoso día de Navidad. Hanna estaba segura de que iba a ser un día “estupendo”, y resultó buena profetisa, porque todo y todos parecieron conspirar para lograr un éxito completo. Para empezar: se recibió carta del señor March, en que decía que pronto estaría con ellas. Luego Beth se sintió muy bien aquella mañana, y vestida con el regalo de su madre (una bata suave y roja, de paño merino), fue llevada triunfalmente a la ventana para ver la ofrenda de Jo y Laurie. Los indomables habían hecho cuanto podían para merecer su nombre, porque, como duendes, habían trabajado de noche y habían preparado una graciosa sorpresa. En medio del jardín se alzaba una doncella majestuosa hecha de nieve, coronada con una corona de acebo, con un cestillo de frutas y flores en una mano, un rollo grande de música nueva en la otra, una manta de vivos colores sobre sus hombros desnudos y una canción de Navidad, escrita en papel color de rosa, que le salía de los labios y decía así:

La virgen de nieve a Beth

*A nuestra querida Beth bendiga Dios estas
Pascuas, dándole felicidad, paz, salud en
abundancia.*

*Para la abeja industriosa dulce fruta y
flores traigo, mantita para sus pies, música
para su piano.*

*Traigo un retrato de Juana por Rafael el
Segundo, que lo pintó con esmero
para hacerlo fiel y pulcro.*

*Acepta una cinta roja para la cola del gato,
y helados de Margarita, que imitan al
Monte Blanco.*

*Los que me hicieron han puesto su amor en
mi níveo seno; acéptalo, con mi estatua,*

de Jo y de Laurie.

¡Cuánto se rio Beth al verla, cómo fue y vino Laurie para traer los regalos y qué preciosos discursos hizo Jo al entregarlos!

—Tan rebotante de felicidad estoy, que si estuviese aquí papá no podría contener una gota más — dijo Beth suspirando con satisfacción, mientras Jo la trasladaba al estudio para descansar después de la emoción y para refrescarse con algunas uvas regaladas por la Junfrau.

—Lo mismo estoy yo —añadió Jo, tocando el bolsillo donde estaba su deseado libro Undine y Sintran.

—Y yo también —replicó Amy, con los ojos clavados en un grabado de la Virgen y el Niño, en precioso marco, regalo de su madre.

—Pues yo, no se diga —exclamó Meg, alisando los pliegues de su primer vestido de seda que el señor Laurence había insistido en regalarle.

—¿Cómo podría no estar contenta? —dijo la señora March agradecida, mientras sus ojos iban de la carta de su esposo a la cara sonriente de Beth, y acariciaba el broche, hecho de cabellos grises, rubios y castaños, que las chicas acababan de ponerle en el pecho.

¡De vez en cuando en este mundo difícil suceden cosas que parecen cuento, y qué consuelo tan grande es! Media hora después de haber dicho todas que eran tan felices que apenas podrían contener una gota más de felicidad, la gota apareció. Laurie abrió la puerta de la sala, asomó la cabeza con mucha calma y con voz rarísima, que no lograba ocultar la alegría y la emoción, dijo:

—¡Otro regalo de Navidad para la familia March! No había acabado de pronunciar estas palabras cuando fue hecho a un lado, apareciendo en su lugar un hombre alto, embozado hasta los ojos, que se apoyaba en el brazo de otro hombre alto, que trató de decir algo sin lograrlo. Hubo una exclamación general, y el señor March se vio abrazado por cuatro pares de brazos cariñosos; Jo cayó en la vergüenza de casi desmayarse, teniendo Laurie que asistirle; el señor Brooke besó a Meg por pura equivocación, como explicó algo incoherentemente; y Amy, la majestuosa, tropezó con un taburete, y sin esperar a levantar-

tarse, abrazó las botas de su padre, llorando de la manera más conmovedora. La señora March fue la primera en reponerse y levantó la mano para decir:

—¡Chist! ¡Recuerden a Beth!

Pero era demasiado tarde; la puerta del estudio se abrió de golpe, la batita roja apareció en el quicio, y con la fuerza que la alegría infundió en sus débiles miembros, Beth corrió derecha a los brazos de su padre. Dejemos aparte lo que sucedió después; los corazones se desbordaron, olvidando toda la amargura pasada y gozando sólo la dulzura del presente.

No todo fue romántico; una risa cordial los llamó a la realidad, porque Hanna apareció detrás de la puerta derramando lágrimas por el pavo engordado que había olvidado atar al subir precipitadamente de la cocina. Cuando las risas se calmaron, la señora March comenzó a dar las gracias al señor Brooke por el cuidado fiel que dispensara a su esposo, con lo que recordó de repente que el señor March necesitaba descansar, y, apoderándose de Laurie, se retiró precipitadamente. Entonces se ordenó a los dos enfermos que descansaran, lo cual hicieron, sentándose juntos en una butaca y hablando mucho.

El señor March dijo cuánto había deseado sorprenderlas, y al hacer buen tiempo el médico le había permitido aprovecharse de ello; cuán fiel había sido Brooke, y qué joven tan estimable y honrado era.

Por qué el señor March se detuvo un minuto al llegar aquí y después de echar un vistazo a Meg, que atizaba vigorosamente el fuego, miró a su esposa, arqueando las cejas inquisidoramente, dejó a mis lectores que lo imaginen, como también por qué la señora March hizo señas mudas con la cabeza y preguntó, abruptamente, si no deseaba tomar algo. Jo vio y comprendió la mirada, y se marchó con aire grave a buscar una taza de caldo y un poco de vino, murmurando para sí, al par que cerraba de golpe la puerta: ¡Detesto a los jóvenes estimables, con ojos castaños!

Jamás hubo una comida de Navidad como la que tuvieron aquel día. El pavo engordado era una maravilla cuando Hanna lo trajo relleno, dorado y guarnecido. Y lo mismo el budín in-

glés, que se deshacía en la boca; y las jaleas, con las cuales Amy gozaba como una mosca en un tarro de miel.

Todo salió bien, lo cual era providencial, como dijo Hanna, porque “tan perturbada estaba, señora, que es un verdadero milagro si no asé el budín y rellené el pavo con las pasas, o lo envolví en el lienzo del budín”.

El señor Laurence y su nieto comieron con ellos; también el señor Brooke, al que Jo arrojaba miradas furibundas con infinita diversión de Laurie.

Dos butacas estaban juntas a la cabecera de la mesa; en ellas se sentaron Beth y su padre, regalándose modestamente con pollo y algo de fruta. Brindaron, contaron cuentos, cantaron canciones, recordaron cosas antiguas, como suelen decir los viejos, y pasaron unas horas gratísimas. Habían propuesto un paseo en trineo, pero las chicas no quisieron dejar a su padre; así que los invitados se despidieron temprano, y al caer el crepúsculo la familia feliz, estaba reunida alrededor del hogar.

—Hace un año exactamente que nos quejábamos de la triste Navidad que esperábamos pasar. ¿Se acuerdan? —preguntó Jo, interrumpiendo la breve pausa que había seguido a una larga conversación sobre varias cosas.

—Todo considerado, ha sido un año bastante agradable —dijo Meg sonriendo y felicitándose interiormente por haber tratado al señor Brooke con dignidad.

—Creo que ha sido un año duro —observó Amy, mirando la luz brillar sobre su anillo con ojos pensativos.

—Me alegro que haya pasado, porque tú estás de vuelta —susurró Beth, sentada en las rodillas de su padre.

—Han andado por un camino algo duro, pequeñas peregrinas mías. Sobre todo estos últimos días. Pero se han portado valientemente, y pienso que están en buen camino de verse pronto libres de sus cargas —dijo el señor March con satisfacción paternal, contemplando las cuatro caras jóvenes que lo rodeaban.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo mamá? —preguntó Jo.

—No me contó mucho; una paja indica la dirección del viento, y hoy he descubierto muchas cosas.

—¡Dinos cuáles son! —dijo Meg, que estaba a su lado.

—¡Aquí hay una! —y tomando la mano apoyada en el brazo de la butaca, señaló el índice endurecido, una quemadura en el dorso y uno o dos puntos duros en la palma—. Recuerdo un tiempo en que esta mano era blanca y lisa, en que ponías el mayor cuidado en conservarla así. Era entonces muy preciosa, pero ahora me parece mucho más, porque en estas señales aparentes leo una pequeña historia. Se ha sacrificado la vanidad; esta palma endurecida ha merecido algo mejor que ampollas; y estoy seguro de que la costura hecha por estos dedos picados durará mucho tiempo, por la buena voluntad que se puso en los puntos. Meg, querida mía, aprecio la habilidad femenina que mantiene feliz el hogar más que las manos blancas o los talentos mundanos. Estoy orgulloso de estrechar esta manecita buena y laboriosa y espero que no me la pidan demasiado pronto.

Si Meg había deseado una recompensa por sus horas de paciente labor la recibió en la presión sincera de la mano paternal y en la sonrisa aprobadora que le otorgó su padre.

—¿Y qué de Jo? Haz el favor de decirle algo bonito, porque se ha esforzado mucho y ha sido tan buena conmigo —dijo Beth al oído de su padre.

Él se rio, y echó una mirada a la muchacha alta, sentada al lado opuesto, cuyo rostro moreno ofrecía una expresión más dulce que de costumbre.

—A pesar de la melena cortada, no veo al “hijo John”, que dejé hace un año —dijo el señor March—. Veo una señorita, que se ajusta bien los cuellos, ata con cuidado los cordones de las botas, y ni silba, ni habla en jerga, ni se echa sobre la alfombra, como solía hacerlo. Su cara está ahora algo delgada por las ansiedades y vigiliass; pero me gusta mirarla, porque se ha hecho más dulce y su voz es más tranquila; no salta, pero se mueve sin hacer ruido y cuida de cierta pequeña persona de una manera maternal, que me encanta. Casi extraño a mi chica salvaje, pero si tengo una mujer fuerte, provechosa, útil y tierna en su lugar, me sentiré completamente satisfecho. No sé si la esquila domesticó a nuestra oveja negra, pero sé que en toda la ciudad de

Washington no hubo cosa alguna que mereciera ser comprada con los veinticinco pesos que mi buena hija me envió.

Los ojos luminosos y alertas de Jo se empañaron algo y su cara delgada se ruborizó a la luz del fuego mientras recibía las alabanzas paternas, con la sensación de que no eran del todo inmerecidas.

—Ahora a Beth —dijo Amy, muy deseosa de que le llegase el turno a ella, pero dispuesta a esperar.

—Se ha quedado en tan poca cosa, que temo que se me escape del todo si hablo mucho de ella, aunque no es tan tímida como solía —comenzó a decir su padre alegremente; pero, recordando cuán cerca había estado de perderla, la abrazó, agregando tiernamente, con la mejilla contra la suya—: Te tengo segura, Beth mía, y si Dios lo permite, te guardaré así.

Después de un minuto de silencio miró a Amy, sentada en el taburete a sus pies y dijo acariciando su cabello reluciente:

—Noté que en la comida Amy tomaba los pedazos menos apetitosos, corría a hacer recados para su madre toda la tarde, cedió su lugar a Meg esta noche y ha atendido a todos con paciencia y buen humor. También noto que no se queja tanto ni se da importancia; ni ha hecho alusión a un anillo muy hermoso que tiene puesto, de lo cual deduzco que ha aprendido a pensar más en los demás, no tanto en sí misma, y ha decidido tratar de modelar su carácter con tanto cuidado como a sus figuras de arcilla. Me alegro de ello; porque aunque me enorgullecería una bella estatua hecha por ella, estaré más orgulloso de una hija amable, que tiene la facultad de embellecer su propia vida y la vida de los demás.

—¿En qué piensas, Beth? —preguntó Jo, cuando Amy dio las gracias a su padre y relató la historia del anillo.

—Hoy leía en *El Peregrino* cómo, después de muchas penas, Cristiano y Esperanza llegaron a un prado hermoso y verde, donde florecían lirios durante todo el año y donde descansaron alegremente como nosotros lo hacemos en este momento, antes de que llegaran al fin de su viaje —respondió Beth, añadiendo, al dejar los brazos de su padre y encaminarse lentamente al piano:

—Es la hora del canto, y quiero estar en mi lugar acostumbrado. Trataré de cantar la canción del pastor, que oyeron los peregrinos. He compuesto la música para papá, porque sé que le gustan los versos.

Sentada al pianito querido, Beth presionó suavemente las teclas, y, con aquella voz dulce que habían pensado no oír más, cantó con su propio acompañamiento el curioso himno que tan bien coincidía:

Caer no teme quien en tierra yace; el que no tiene orgullo no se eleva; Jesús en el humilde se complace y, como guía, a su mansión le lleva.

Con lo que Dios me da vivo contento, en estrechez lo mismo que en holgura; por seguirte, Señor, feliz me siento bajo tu santa protección segura.

Es peso la abundancia al peregrino, que le impide marchar con ligereza; será mejor con poco en el camino; luego tendrá la celestial riqueza.



Capítulo 23

La tía March resuelve el problema



l día siguiente, como bandada de abejas rodeando a su reina, la madre y sus hijas revoloteaban alrededor del señor March, olvidadas de todo para mirar, atender y escuchar al enfermo nuevo, que estaba en peligro de morir a fuerza de atenciones. Sentado en la butaca, al lado del sofá de Beth, con las demás muy cerca, y Hanna, asomándose de vez en cuando para “echar una mirada al hombre querido”, nada parecía faltar para colmar la felicidad de todos. Pero algo faltaba y los mayores lo sentían, aunque nadie lo confesaba. Los padres se miraban preocupados cuando seguían con la vista a Meg. Jo tenía accesos repentinos de seriedad y hasta se la vio amenazar con el puño cerrado al paraguas que el señor Brooke se había dejado en el vestíbulo; Meg estaba distraída, tímida y silenciosa; se sobresaltaba cuando sonaba la campana, y se ruborizaba cuando alguien pronunciaba el nombre de John, Amy decía que “todo el mundo parecía esperar algo, lo cual era extraño ahora que papá estaba seguro en casa”, y Beth se preguntaba inocentemente por qué los vecinos no venían como siempre.

Por la tarde pasó Laurie por delante de la casa, y, viendo a Meg en la ventana, pareció poseído por un repentino acceso

melodramático, porque cayó de rodillas en la nieve, se golpeó el pecho, se arrancó los cabellos y juntó las manos de modo tan suplicante, como si pidiera algún bien inefable; Meg le dijo que no se hiciera el tonto y que se fuera; él retorció el pañuelo imaginariamente empapado en lágrimas y volvió la esquina, tambaleándose como si estuviera completamente desesperado.

—¿Qué querrá decir ese ganso? —dijo Meg, riéndose, y tratando de parecer inocente.

—Te muestra cómo se portará tu John el día menos pensado. Muy conmovedor, ¿verdad? —dijo Jo irónica.

—No digas “mi John”; no está bien ni es verdad. Haz el favor de no molestarme, Jo; ya te he dicho que no me gusta “mucho”, y que no hay nada que decir, sino que debemos ser amables y comportarnos como antes.

—No podemos, porque se ha dicho algo, y la travesura de Laurie te ha estropeado para mí. Lo veo y mamá lo verá también. No eres la misma en lo más mínimo, y pareces estar muy lejos. No quiero molestarte; lo sufriré como un hombre, pero quisiera que todo se arreglara de una vez. Detesto esperar; si has de hacerlo, date prisa y hazlo pronto —dijo Jo con petulancia.

— No puedo hacer ni decir nada hasta que él hable, y no lo hará, porque papá le ha dicho que soy muy joven.

—Si hablara, no sabrías qué decir; llorarías o te ruborizarías o lo dejarías salirse con la suya en vez de contestarle con un “no” decidido.

—No soy tan tonta y débil como piensas. Sé lo que tendría que decir, porque lo he pensado bien y no me tomará de sorpresa. Uno no sabe lo que puede suceder.

—¿Tienes algún inconveniente en decirme qué le responderías? —preguntó Jo con más respeto.

—Absolutamente ninguno. Tienes ya dieciséis años, y puedes ser mi confidente; y tal vez algún día te sean útiles mis experiencias en tus propios asuntos de esta clase.

—No pienso tenerlos. Es muy divertido ver a otros haciéndose el amor; pero me sentiría tonta si lo hiciera yo.

—Creo que no, si hubiera alguien que te gustara mucho y a quien tú gustaras —contestó Meg, quedándose seria.

— ¿No ibas a decirme el discurso que tienes preparado para ese hombre? — dijo Jo, cortando sus meditaciones.

—Pues diría sencillamente, con mucha calma y decisión: “Gracias, señor Brooke, es usted muy amable, pero pienso, como mi padre, que soy demasiado joven para entrar en compromisos. Así que le ruego no decir nada más y que continuemos amigos como antes.”

—¡Bien! Eso es bastante frío y firme. No creo que lo dirás, y estoy segura de que él no se conformará si lo dices. Si persiste en sus ruegos como los amantes de las novelas, cederás para no ofenderle.

—¡No, no lo haré! Le diré que estoy resuelta, y saldré del cuarto con mucha dignidad.

Al decir esto, Meg se levantó, e iba a ensayar la salida majestuosa, cuando un paso en el vestíbulo la hizo correr a su silla y empezar a coser, como si se jugara la vida en acabar aquel dobladillo. Jo rio a hurtadillas del cambio repentino, y, cuando alguien llamó, abrió la puerta con una expresión que tenía muy poco de hospitalaria.

—Buenas tardes. Vine a buscar mi paraguas... es decir, para ver cómo está su padre hoy —dijo el señor Brooke, poniéndose algo nervioso al pasar su mirada de una hermana a la otra.

—Está muy bien en el paraguero; se lo traeré y le diré que está usted aquí —contestó Jo, y habiendo mezclado a su padre con el paraguas en su respuesta, Jo, se escapó de la sala al cuarto para dar a Meg la oportunidad de decir su discurso y lucir su dignidad.

Pero tan pronto como ella desapareció, Meg se acercó a la puerta murmurando:

—Mamá desearía verte. Enseguida la llamaré.

—No te vayas. ¿Me tienes miedo, Meg? —y tan ofendido parecía el señor Brooke, que Meg pensó que había cometido alguna descortesía. Se ruborizó hasta los pequeños bucles de su frente, porque nunca antes la había llamado Meg, y se sorprendió al observar cuán natural y dulce le parecía oírsele decir. Deseando parecer amistosa y serena, extendió la mano, y dijo agradecida:

—¿Cómo puedo tenerte miedo habiendo sido tan bueno con papá? Sólo querría darte las gracias por ello.

—¿Quieres que te diga cómo podrás dármelas? —repuso el señor Brooke, reteniendo la mano entre las suyas.

—¡Oh, no!, por favor; preferiría que no —dijo, tratando de retirar la mano.

—No te molestaré; no deseo más que saber si me quieres un poquito, Meg; ¡te quiero tanto, querida mía! —añadió tiernamente el señor Brooke.

Era el momento oportuno para el rechazo sereno y correcto, pero Meg no lo pronunció. Lo olvidó por completo, bajó la cabeza y respondió “no sé” tan suavemente, que John tuvo que bajar la cabeza para oír la respuesta.

A él le pareció una respuesta valiosa, porque sonrió para sí, como si estuviera satisfecho; estrechó la manecita regordeta y dijo con voz persuasiva:

—¿Quieres tratar de descubrirlo? Necesito mucho saberlo, porque no puedo trabajar con ánimo hasta saber si al fin voy a tener mi recompensa.

—Soy demasiado joven —balbuceó Meg, pensando por qué estaría tan perturbada.

—Esperaré, y entretanto podrías aprender a quererme. ¿Sería una lección muy difícil, querida mía?

—No; no, si quisiera aprenderla; pero...

—Hazme el favor de querer aprenderla, Meg. Me gusta enseñar, y esto es más fácil que el alemán —añadió John, apoderándose de la otra mano, de manera que ella no podía esconder la cara cuando él la buscaba para mirarla.

Su voz era suplicante; pero, mirándolo furtiva, Meg notó que sus ojos estaban alegres a la vez que tiernos y que sonreía como quien no duda del éxito. Esto la contrarió; las estúpidas lecciones de coquetería le vinieron a la memoria, y el amor del poder, que duerme en el seno aun de las tres mujercitas, se despertó de repente, tomando posesión de ella. Se sintió excitada y extraña, y, no sabiendo qué hacer, cedió a un impulso caprichoso; retirando las manos, dijo con aspereza:

—No lo deseo; hazme el favor de irte y dejarme en paz.

El pobre señor Brooke se quedó como si viera desplomarse de un golpe todo su hermoso castillo en el aire, porque jamás la había visto de tal humor, y no podía explicárselo.

—¿Quieres decir eso de veras? —preguntó ansiosamente.

—Sí, de veras; no deseo preocuparme por tales cosas. Papá dice que no debo hacerlo; es demasiado pronto.

—¿No puedo esperar que cambies de modo de pensar? Esperaré, y no diré nada hasta que hayas tenido más tiempo. No juegues conmigo, Meg. No pensé que lo harías.

—No pienses en mí para nada. Prefiero que no lo hagas —dijo Meg, gozando maliciosamente en probar la paciencia de su amante y su propio poder.

Él estaba ahora serio y pálido, y decididamente se parecía más a los héroes de novelas que ella admiraba; pero no se golpeó la frente, ni fue y vino de un lado a otro del cuarto, como aquéllos solían hacer; se quedó sencillamente parado, mirándola de manera tan anhelante que ella comprendió que comenzaba a enternecerse a pesar suyo. No sé qué hubiera sucedido entonces de no haber entrado la tía March en momento tan interesante.

La anciana no había podido resistir el deseo de ver a su sobrino porque había encontrado a Laurie mientras daba un paseo en coche, y, al oír que el señor March había llegado, vino directamente a verlo. Todas estaban ocupadas en la parte interior de la casa y ella había entrado sigilosamente, esperando tomarlos de sorpresa. La confusión que causó a dos de ellos fue tal, que Meg se sobresaltó como si hubiera visto un fantasma y el señor Brooke se escapó al estudio.

—¡Por mi vida! ¿Qué quiere decir esto? —gritó la anciana señora, golpeando el suelo con su bastón, según pasaba la vista del joven pálido a la señorita ruborosa.

—Es amigo de papá. ¡Me ha sorprendido tanto verla a usted! —balbuceó Meg.

—¡Ya se ve! ¡Ya se ve! —respondió la tía March, sentándose—. Pero, ¿qué está diciendo para que te pongas colorada como una peonía? Aquí hay algo y necesito saber —añadió, dando otro golpe con el bastón.

—No hacíamos más que hablar. El señor vino a buscar su paraguas — comenzó a decir Meg, deseando que Brooke y el paraguas estuvieran seguros fuera de la casa.

— ¿Brooke? ¿El tutor de ese chico? ¡Ah! Ahora lo comprendo. Lo sé todo. Jo dejó escapar algunas palabras en una de las cartas de su padre, y la obligué a que me lo dijera todo. No lo habrás aceptado, niña —gritó la tía March, escandalizada.

—¡Chist! ¡Puede oír! ¿Quiere que llame a mamá?

— Todavía no. Tengo algo que decirte, y debo decir lo que pienso sin más espera. Dime, ¿tienes la intención de casarte con ese Brooke? Si lo haces no recibirás ni un penique de mi dinero. Acuérdate de ello y sé una muchacha razonable —dijo gravemente la anciana señora.

La tía March poseía a la perfección el arte de despertar el espíritu de oposición en las personas más apacibles y gozaba con hacerlo. Aun las personas mejores tienen algo de perversidad en ellas, sobre todo cuando son jóvenes y están enamoradas. Si la tía March hubiera pedido a Meg que aceptara a John Brooke, probablemente hubiera declarado que no pensaba hacer tal cosa; pero como le ordenaba de forma autoritaria que no lo quisiera, decidió que sí lo haría. Su propia inclinación, así como su rebeldía, facilitaron su decisión y, una vez excitada, Meg se opuso a la anciana con inusitada impulsividad.

—Me casaré con quien me plazca, tía March, y puede legar su dinero a quien guste —dijo.

—¡Santo cielo! ¿Así tomas mi consejo, señorita? Ya lo sentirás cuando hayas experimentado el amor en una cabaña y descubras el fracaso.

—No puede salir peor en cabaña de lo que sale en algunas casas grandes — respondió Meg.

La tía March se caló los anteojos y miró a la chica, porque no la reconocía de este humor nuevo. La misma Meg apenas se reconocía, ni se explicaba cómo se sentía tan valiente e independiente, tan feliz al defender a John y sostener su derecho de amarlo, si quería. La tía March notó que había dado un paso en falso, y, después de un rato, cambió de táctica diciendo con tanta suavidad como pudo:

—Vamos, Meg, hija mía, sé razonable, y acepta mi consejo. Lo hago por tu bien, porque no deseo que estropees toda tu vida por un error inicial. Debes casarte bien y ayudar a tu familia.

—Mis padres no piensan así; les gusta John aunque sea pobre.

—Hija mía, tu papá y tu mamá no tienen más conocimiento de la vida que dos recién nacidos.

—Me alegro —gritó Meg valerosamente.

La tía March no hizo caso de esta observación y continuó con su sermón:

—Brooke es pobre y no tiene parientes ricos, ¿verdad?

—No; pero tiene muchos amigos sinceros.

—No se puede vivir de los amigos; inténtalo y verás a dónde llega su sinceridad. ¿No tiene algún negocio?

—Todavía no; el señor Laurence va a ayudarlo.

—Eso no durará mucho; James Laurence es un viejo atravesado con quien no hay que contar, De modo que vas a casarte con un hombre sin dinero, sin posición o negocio, y vas a continuar trabajando más duramente que ahora, cuando podrías vivir holgadamente haciéndome caso y obrando con más prudencia. Creí que tenías más sentido común, Meg.

—¡No podría casarme mejor aunque esperara la mitad de mi vida! John es bueno y prudente; tiene mucho talento; quiere trabajar y es seguro que prosperará. Todos lo quieren y respetan; estoy orgullosa de pensar que me quiere, aunque soy tan pobre, joven y tonta —dijo Meg, embellecida por el ardor con que hablaba.

—¿Sabe que tienes parientes ricos, niña? Sospecho que ese es el secreto de su amor.

—Tía March, ¿cómo se atreve a decir tales cosas? John es incapaz de tal conducta, y no la escucharé un minuto más si habla así —gritó Meg con indignación, olvidándolo todo ante la injusticia de las sospechas de su tía—. Mi John no se casaría por dinero, como yo tampoco. Estamos dispuestos a trabajar y pensamos esperar. No tengo miedo de ser pobre, porque hasta aquí he sido feliz y sé que lo seré con él, porque me ama y yo...

—Al llegar aquí Meg se detuvo acordándose de repente que no

se había decidido; que había dicho a “su John” que se fuese, y que él podría estar oyendo sus inconsecuentes observaciones.

La tía March estaba enojadísima porque había acariciado la ambición de que su hermosa sobrina se casara bien, y algo en la cara alegre y joven de la chica la entristeció.

—¡Bueno, me lavo las manos de todo el asunto! Eres una niña terca y has perdido más de lo que imaginas por esta locura. No, no me detengo; me he llevado un chasco contigo y no estoy con ánimo de ver a tu padre. No esperes nada de mí cuando te cases; los amigos de tu señor Brooke tendrán que ocuparse de ti. Todo ha terminado entre nosotras para siempre.

Y dando a Meg con la puerta en las narices, la tía March se fue en su coche con un humor de perros. Meg permaneció un momento sin saber si reír o llorar. Antes de que pudiera decirlo, el señor Brooke se apoderó de ella, diciéndole de un tirón:

—No pude evitar oírte, Meg. Te agradezco la defensa que hiciste de mí, y agradezco a la tía March por haber probado que me quieres un poquito.

—No supe cuánto hasta que ella te insultó —dijo Meg.

—Y no necesito irme, sino que puedo quedarme y ser feliz, ¿no es verdad, querida mía?

Aquí se presentaba otra ocasión excelente para hacer el discurso abrumador y la salida majestuosa, pero Meg no pensó en tal cosa y se rebajó para siempre a los ojos de Jo, murmurando humildemente: “Sí, John”, y escondiendo la cara en el chaleco del señor Brooke.

Quince minutos después de la salida de la tía March, Jo bajó en silencio, la escalera, se detuvo un minuto en la puerta de la sala y al no oír ningún sonido dentro, meneó la cabeza, y sonrió satisfecha, diciendo para sí: “Te ha despedido, como habíamos arreglado, y ese asunto está terminado. Voy a oír la historia y a reírme bien.”

Pero la pobre Jo no se rio, porque lo que vio desde la puerta la dejó paralizada y boquiabierta. Cuando esperaba triunfar sobre un enemigo vencido y alabar a una hermana enérgica por haberse librado de un novio indeseable, fue un choque tremendo ver al mencionado enemigo tranquilamente sentado

en el sofá, con la hermana enérgica pegadita a su lado, con el aspecto de la más completa sumisión. Jo se estremeció como si le hubiera caído un chorro de agua fría.

Al extraño sonido se volvieron y la vieron. Meg se levantó, pareciendo a la vez orgullosa y tímida; pero “ese hombre”, como Jo lo llamaba, tuvo la osadía de reír y decir tranquilamente, tomando la mano de la recién llegada:

—Hermana Jo, felicítanos.

Esto era añadir un insulto a la injuria; era demasiado; y haciendo un movimiento brusco con las manos, Jo desapareció sin decir una palabra. Al subir la escalera asustó a los enfermos, exclamando trágicamente:

—¡Que alguien baje pronto! ¡John Brooke se porta horriblemente y a Meg le gusta!

Los padres salieron rápidamente, y echándose sobre la cama, Jo sollozó y se lamentó desesperadamente al contar la terrible noticia a Beth y Amy, Pero las niñas estaban encantadas con el interesante acontecimiento, y Jo recibió poco consuelo de ellas, por lo cual se fue a su refugio de la boardilla y confió sus penas a los ratones.

La campana sonó para el té antes de que Brooke hubiese acabado de describir el paraíso que se proponía crear para Meg, y la condujo con mucho orgullo a la mesa, pareciendo ambos tan felices, que Jo no pudo tener celos o estar triste. Amy estaba muy impresionada por la devoción de John y la dignidad de Meg. Beth les sonreía de lejos, mientras los padres miraban a la joven pareja con tan tierna satisfacción, que era evidente que la tía March tenía razón al decir que “ellos no tenían más conocimiento de la vida que dos recién nacidos”. Nadie comió mucho, pero todos estuvieron muy alegres, y la vieja sala pareció iluminarse de una manera asombrosa al empezar en ella el primer episodio romántico de la familia.

—No dirás que nunca pasa nada agradable —dijo Amy.

—Seguro que no lo digo. ¡Cuántas cosas sucedieron desde que lo dije!

—¡Parece que hace un año! —susurró Meg.

—Esta vez las alegrías siguen de cerca a las tristezas y creo que los cambios han comenzado —dijo la señora March—. En la mayoría de las familias, aparece de vez en cuando un año fecundo en acontecimientos.

—Espero que el año próximo terminará mejor —murmuró Jo, que encontraba muy difícil ver a Meg absorta con un extraño en su misma casa.

—Espero que el tercer año después de éste terminará mejor; me propongo que así sea si vivo para realizar mis proyectos —dijo el señor Brooke, sonriendo a Meg, como si todo ahora fuera posible para él.

—¿No les parece mucho tiempo para esperar? —preguntó Amy, que tenía prisa por ver la boda.

—Tanto tengo que aprender antes de estar preparada, que me parece muy poco tiempo —respondió Meg con tal dulce gravedad, como no se viera antes en su cara.

—Tú no tienes más que hacer que esperar. Yo soy quien ha de trabajar —dijo John, comenzando por recoger la servilleta de Meg con una expresión que hizo a Jo sacudir la cabeza y decirse a sí misma, con aire aliviado, al oír sonar la puerta principal.

—Ahí está Laurie; ahora podremos conversar razonablemente.

Pero Jo se llevó un chasco, porque Laurie entró saltando de alegría, con un gran ramo de flores para “la señora de John Brooke”, y evidentemente ilusionado con la idea de que todo se había arreglado por su buena intervención.

—Sabía que Brooke triunfaría; cuando decide que una cosa se realice, se realiza —dijo Laurie, cuando hubo presentado su obsequio y sus felicitaciones.

— Muchas gracias por esa recomendación. Lo tomo como buen presagio del futuro, y desde este mismo momento te invito a mi boda —respondió el señor Brooke, que se sentía en paz con todos, aun con su travieso discípulo.

—Asistiré, aunque tenga que venir del fin del mundo, porque para ver la cara de Jo en esa ocasión valdrá la pena el viaje. No pareces muy alegre; ¿qué te pasa? —preguntó Laurie, siguiéndola a un rincón de la sala, donde todos habían ido a recibir al señor Laurence.

—No apruebo la boda, pero he decidido soportarla y no diré nada en contra

—dijo Jo—. No puedes comprender lo duro que es para mí renunciar a Meg.

—No renuncias a ella. Solamente vas a medias con él.

— Nunca puede ser lo mismo. He perdido a mi amiga más querida — suspiró Jo.

—De todas maneras, me tienes a mí. No valgo mucho, ya lo sé; pero te seré fiel toda mi vida; te doy mi palabra.

—Sé que lo serás y te estoy muy agradecida. Siempre eres un gran consuelo para mí, Teddy —respondió Jo.

—Bueno, ahora no estés triste, sé un buen camarada. Todo está bien, ya lo ves. Meg es feliz; Brooke se apresurará a establecerse inmediatamente; mi abuelo lo ayudará, y ¡qué alegre será ver a Meg en su propia casita! Después que ella se vaya, pasaremos días magníficos, porque yo terminaré pronto mis estudios, y entonces iremos al extranjero. ¿No te consolaría eso?

—¡Vaya si me consolaría! Pero quién sabe lo que sucederá dentro de tres años —dijo Jo pensativamente.

—¡Es verdad! ¿No te gustaría poder echar una mirada al porvenir y ver dónde estaremos entonces? A mí sí.

—Creo que no, porque podría ver algo triste y todos parecen tan felices ahora que no podrá mejorarse mucho.

Los ojos de Jo recorrieron lentamente la sala con expresión feliz, porque la escena era muy agradable.

Los padres estaban sentados juntos, rememorando el primer capítulo de su novela, que comenzara unos veinte años atrás. Amy dibujaba a los novios, sentados aparte, en el mundo encantador de sus sueños. Beth estaba echada en el sofá, hablando alegremente con su anciano amigo, que tenía una manecita entre las suyas, como si pensara que poseía el poder de guiarlo por las sendas tranquilas que ella seguía. Jo descansaba en su silla baja favorita, con la expresión grave y tranquila que concordaba tan bien con ella, y Laurie, apoyándose en el respaldo de la silla, con su barba a nivel de la cabeza rizada de su amiga, sonreía con su modo más amistoso, y le hacía señas con la cabeza en el espejo que los reflejaba a ambos.





*Segunda
Parte*



Capítulo 24

Algunos datos sobre los March

Para poder empezar de nuevo y llegar a la boda de Meg con la mente abierta, convendría comenzar con algunos datos sobre los March. Pero antes, por si alguno de mis lectores mayores considera que en esta novela se habla demasiado de amor (estoy segura de que los lectores jóvenes no me harán esa objeción), citaré a la propia señora March: «¿Qué otra cosa cabe esperar con cuatro alegres muchachas en casa y un vecino joven y apuesto enfrente?».

En los tres años transcurridos, la tranquila familia ha sufrido pocos cambios, Terminada la guerra, el señor March vuelve a estar en casa, sano y salvo, ocupado con sus libros y con la pequeña parroquia de la que era ministro por su gracia y su naturaleza. Es un hombre tranquilo y estudioso, rico en esa clase de saber que merece la pena obtener, dotado de una caridad que le hace considerar a los demás sus hermanos y de una piedad que forma el carácter para que sea augusto y hernioso.

A pesar de su pobreza y de lo estricto de una integridad que le llevó a alejarse de los éxitos más mundanos, sus cualidades hicieron que llamara la atención de personas notables que acudían a él espontáneamente, atraídas como las abejas a las flores más dulces; porque, a pesar de sus cincuenta años de

dura experiencia, el señor March no albergaba ni una gota de amargura. Muchos jóvenes formales encontraban a nuestro sabio de cabello gris tan formal y joven de espíritu como ellos. Las mujeres afligidas o preocupadas acudían instintivamente a él para resolver sus dudas o aliviar sus penas, seguras de que recibirían un trato amable y un consejo sabio. Los pecadores buscaban a aquel hombre mayor de corazón puro para confesarse y obtenían tanto su guía como su perdón. Los hombres de talento encontraban en él un compañero, los más ambiciosos se inspiraban en sus nobles valores e incluso los más materialistas reconocían que sus ideales eran hermosos y verdaderos, aunque no sirviesen para «pagar las facturas».

Desde fuera, parecía que las cinco enérgicas mujeres dirigieran la casa, y así era en muchos aspectos; pero no por ello aquel hombre tranquilo, sentado entre sus libros, dejaba de ser el cabeza de familia, el guía, el ancla y el consuelo del hogar. En los momentos duros, las laboriosas e inquietas mujeres siempre encontraban en él al esposo y padre, en el sentido más elevado de estas palabras.

Las niñas ponían sus corazones en manos de su madre, y su alma, en las de su padre. Y ambos progenitores vivían y trabajaban por ellas. Su amor crecía día a día, y el dulce vínculo que les mantenía unidos era de esos que convierten la vida en una bendición y persisten más allá de la muerte.

La señora March sigue tan activa y alegre, pero sus cabellos están algo más encanecidos que la última vez que la vimos. Ahora está tan dedicada a los preparativos de la boda de Meg que muchos hospitales y casas, todavía llenos de soldados heridos y viudas, echan de menos sus piadosas visitas.

John Brooke cumplió valientemente con sus obligaciones en el ejército durante un año, resultó herido, le enviaron a casa y le prohibieron regresar al frente. No le condecoraron, aunque merecía tal honor porque arriesgó sin dudarle cuanto tenía: la vida y el amor son bienes muy preciados, sobre todo cuando están en plena eclosión. El joven aceptó de buen grado su baja y se dedicó en cuerpo y alma a recuperarse, intentar prosperar y obtener un hogar que poder ofrecerle a Meg. Su sentido del

deber y su feroz independencia le hicieron rechazar la generosa ayuda que el señor Laurence estaba dispuesto a brindarle, y aceptó un puesto en una teneduría de libros, porque prefería empezar honestamente, con un sueldo humilde, que arriesgar un dinero prestado.

Meg, que había dedicado el tiempo de espera a trabajar, se había vuelto más femenina y más ducha en las artes del ama de casa, y estaba más guapa que nunca porque el amor es el mejor tratamiento de belleza. Tenía las ambiciones y esperanzas propias de la juventud, y por eso la había descorazonado un poco la humildad con la que había de iniciar su nueva vida en pareja. Ned Moffat acababa de contraer matrimonio con Sallie Gardiner y Meg no podía evitar comparar su elegante casa, su carruaje, sus muchos regalos y su espléndido vestido con los suyos, y deseaba, secretamente, poder tener algo igual. Pero la envidia y el desencanto desaparecían enseguida cuando pensaba en el paciente amor y la entrega con la que John había logrado adquirir la pequeña vivienda que ya estaba lista para ella. Y cuando se sentaban juntos, al atardecer, y conversaban sobre sus planes, su futuro le parecía tan hermoso y lleno de luz que el esplendor de la vida de Sallie quedaba atrás y se sentía la muchacha más rica y feliz de la cristiandad.

Jo no volvió a cuidar a la tía March, porque la anciana se encaprichó tanto con Amy que la convenció de que le hiciese compañía sobornándola con clases de dibujo con los mejores profesores, algo por lo que Amy hubiese aceptado servir a la señora más exigente. Así, la joven dedicaba las mañanas al deber y las tardes, al placer, y mejoraba a buen ritmo. Jo se dedicó en cuerpo y alma a la literatura y a cuidar de Beth, que al cabo de tanto tiempo aún no se había recuperado del todo de aquella fiebre. No era exactamente una enferma, pero ya no tenía el aspecto sonrosado y saludable de antaño. Aun así, seguía siendo una criatura llena de esperanzas, feliz y serena, atareada con las labores que tanto le agradaban, una amiga excelente para todos y un auténtico ángel en la casa, aunque los que tanto la querían no siempre lo supiesen apreciar.

Como *The Spread Eagle* le pagaba un dólar por columna por sus «bazofias», como ella llamaba a sus historias, Jo se sentía una mujer de posibles y escribía tantos relatos románticos como era capaz. No obstante, su inquieta mente cobijaba planes más ambiciosos, por lo que la vieja cocina del desván se fue llenando de manuscritos llamados a situar el apellido March entre los grandes y famosos.

Laurie, que había cursado estudios universitarios para satisfacer a su abuelo, buscaba ahora la forma de cumplir sus propios deseos. Su dinero, sus modales, su gran talento y su buen corazón, que siempre le llevaba a meterse en líos para salvar a otros, le granjearon el cariño de todos, hasta el punto de correr el riesgo de echar a perder su vida. Y probablemente lo hubiese hecho, como les ocurre a tantos jóvenes prometedores, de no ser porque el recuerdo del venerable anciano preocupado por su futuro, el afecto maternal de su vecina, que cuidaba de él como de un hijo, y por último, pero no menos importante, el amor y la admiración que le profesaban cuatro inocentes muchachas que creían en él de corazón le servían para conjurar al demonio, como el más eficaz de los talismanes.

Aun siendo un buen muchacho, Laurie era humano y, por supuesto, le encantaba ir de fiesta y coquetear con muchachas. Siguiendo la moda de la universidad, fue dandi, sentimental o aficionado a la gimnasia y a los deportes acuáticos a conveniencia. Sufrió novatadas y las hizo, decía palabras vulgares y en más de una ocasión estuvo a punto de ser castigado e incluso expulsado. Pero como el origen de sus travesuras siempre era su buen humor o su amor por la diversión, le salvaban una oportuna confesión y un sincero arrepentimiento, o su gran dominio del arte de la persuasión, en el que era un auténtico experto. De hecho, estaba bastante orgulloso de sus escarceos y disfrutaba relatando a las cuatro hermanas sus triunfos sobre tutores coléricos, profesores muy serios y derrotados enemigos. Las muchachas veían como héroes a los «hombres de su clase» y no se cansaban de oír las proezas de aquellos seres excepcionales, cuyas sonrisas tenían ocasión de ver cuando Laurie invitaba a alguno de ellos a casa.

Amy disfrutaba más que nadie de aquel gran honor y pronto se convirtió en la reina del grupo. Su señoría aprendió enseguida a reconocer y sacar partido a la fascinación que despertaba. Meg estaba demasiado ocupada con su vida privada, y en particular con su John, para fijarse en ninguna otra de las creaciones del Señor, y Beth era demasiado tímida para hacer algo que no fuese mirarlos de lejos y maravillarse de que Amy se atreviese a tratarlos como lo hacía. Jo, por su parte, se sentía como pez en el agua y tenía que hacer un esfuerzo por no imitar sus gestos, frases y hazañas, que le parecían más propios de su persona que el decoro que se esperaba de una dama. Los muchachos apreciaban muchísimo a Jo, pero nunca se enamoraban de ella; sin embargo, pocos se iban sin lanzar un suspiro enamorado por la hermosa Amy. Y puesto que hablamos de sentimientos, no puedo dejar de citar el Dovecote.

Tal era el nombre de la casita marrón que el señor Brooke había elegido como hogar para Meg y él. Laurie la había bautizado así porque, según explicaba, era «el nido de amor perfecto para los arrumacos y arrullos de una pareja de tortolitos». Era una casa pequeña con un jardincito detrás y un trozo de césped del tamaño de un pañuelo en el frente. Meg pensaba colocar allí una fuente, un bosquecillo y gran profusión de hermosas flores. Por el momento, un cántaro viejo hacía las veces de fuente, en lugar del bosquecillo se veían unos cuantos alerces recién plantados, que todavía no habían decidido si iban a vivir o a morir, y un montón de palos que indicaban el lugar en el que había una semilla anunciaba la futura profusión de flores. Por dentro, la vivienda era acogedora y la feliz novia no encontró pega que ponerle del sótano al desván. La salita era tan estrecha que era una bendición que no tuvieran piano, ya que no hubiese entrado. En el comedor no cabían más que seis personas muy apretadas, y las escaleras de la cocina parecían construidas con el único propósito de hacer que tanto los sirvientes como la vajilla fuesen a dar a la carbonera. Pero, excepción hecha de esos defectillos, el resto no podía ser más completo, puesto que el buen gusto y el sentido común habían presidido la elección del mobiliario y el resultado era de lo más satisfactorio. En el

pequeño recibidor no había ninguna mesa de mármol, grandes espejos o visillos de encaje, sino muebles sencillos, muchos libros, un par de herniosos cuadros, hileras de flores en el saliente de la ventana y, por todas partes, los regalos enviados por sus amistades, aunque lo más valioso no eran los presentes, sino los afectuosos mensajes que los acompañaban.

No creo que la blanca escultura de Psique, regalo de Laurie, perdiese un ápice de su belleza porque el señor Brooke hiciese más alto el soporte en el que venía originalmente, ni cabe imaginar mejor estampado para las cortinas de muselina que los artísticos dibujos trazados por Amy. Tampoco creo que haya habido despensa mejor surtida de buenos deseos, palabras alegres y buenos augurios que esa en la que Jo y su madre colocaron las pocas cajas, barriles y fardos de Meg. Y no me cabe duda de que la reluciente y nueva cocina no hubiese estado tan limpia ni hubiese resultado tan acogedora si Hannah no hubiese ordenado las ollas y sartenes por lo menos una docena de veces, y dejado el fuego listo para encenderse en el instante mismo en que «la señora Brooke entrase en casa». Asimismo, dudo que ninguna joven recién casada haya iniciado su vida con un surtido mayor de gamuzas, manoplas de cocina y bolsas de tela, porque Beth hizo suficientes para no tener que adquirir ninguna más hasta las bodas de plata, además de idear tres tipos de trapos distintos especialmente concebidos para secar las piezas de porcelana de la pareja.

La gente que compra todas esas cosas hechas no sabe lo que se pierde, porque las tareas del hogar son mucho más bellas cuando las llevan a cabo unas manos amorosas. La casa de Meg era una excelente prueba de ello porque todo, desde el rodillo hasta el jarrón de plata que decoraba la mesa de la sala, lo habían escogido con amor y ternura.

¡Cuántos momentos felices pasaban haciendo sus planes! ¡Cuántas veces iban de compras, con solemnidad, para terminar con un divertido cúmulo de objetos sin sentido, cómo se reían a costa de los saldos ridículos con que se hacía Laurie! La afición a las bromas del joven era tal que, aun estando a punto de terminar sus estudios universitarios, se comportaba como un

niño. Entre sus últimas ocurrencias figuraba el llevar en su visita semanal a la joven pareja un objeto nuevo, útil e ingenioso. Así, les había regalado una bolsa de fantásticas pinzas para la ropa, un magnífico rallador de nuez moscada que se rompió la primera vez que intentaron usarlo, un limpiador para cuchillos que los estropeó todos, un cepillo que, en lugar de limpiar las alfombras, les arrancaba la lana, un jabón que prometía ahorrar trabajo y que, en realidad, despellejaba las manos; colas infalibles que solo pegaban bien los dedos del iluso comprador, y toda clase de objetos de hojalata, desde una hucha para guardar las monedas sueltas hasta una magnífica caldera pensada para limpiar distintos enseres con vapor, pero que corría el riesgo de estallar en pleno proceso.

Meg le rogó en vano que parara. John se reía de él y Jo le llamaba «señor Toodles». Parecía poseído por el extraño deseo de comprar ingenios yanquis, y el hecho de que sus amigos necesitasen un ajuar le brindaba la ocasión perfecta. Así, cada semana aparecía con algún nuevo y absurdo hallazgo.

Al final, todo quedó a punto. Amy llegó a disponer jabones a juego con los colores de las habitaciones y Beth dejó puesta la mesa para la primera comida del futuro matrimonio.

—¿Estás contenta? ¿Te gusta cómo ha quedado tu hogar? ¿Sientes que podrás ser feliz aquí? —preguntó la señora March mientras recorría el nuevo reino cogida del brazo de Meg, en un momento en que madre e hija estaban más unidas que nunca.

—Sí, mamá, estoy muy contenta, gracias a todos. Y me siento tan feliz que no encuentro palabras para expresarlo —contestó Meg, con una mirada que valía mil palabras.

—Si por lo menos tuvieses un par de sirvientes, todo iría mejor —dijo Amy al salir de la salita, donde había estado tratando de decidir si la figura de bronce de Mercurio quedaba mejor sobre la estantería o sobre la repisa.

—Mamá y yo hemos hablado de eso y he decidido seguir su consejo. Habrá muy poco que hacer. Lotty me echará una mano de vez en cuando y se ocupará de las compras, y yo tendré el trabajo justo para no volverme una perezosa ni echar de menos nuestra casa —explicó Meg tranquilamente.

—Sallie Moffat tiene cuatro —informó Amy.

—Si Meg tuviese cuatro sirvientes, ocuparían toda la casa y el señor y la señora tendrían que acampar en el jardín —intervino Jo, que llevaba un gran delantal azul y estaba terminando de pulir los picaportes.

—Sallie no es la mujer de un hombre pobre y, dada su posición, es lógico que tenga muchos sirvientes. Meg y John inician su vida en común humildemente, pero algo me dice que en su casita habrá tanta felicidad como en la más grande de las mansiones. Me parece un grave error que mujeres jóvenes como Meg no tengan nada mejor que hacer que probarse vestidos, dar órdenes y contar chismes. Cuando estaba recién casada, esperaba con ilusión que mi ropa nueva se gastase o se descosiese porque disfrutaba zurciéndola. Lo cierto es que estaba harta de dedicarme solo al bordado y de que mi mayor preocupación fuera que mi pañuelo de bolsillo estuviese impecable.

—¿Por qué no te metías en la cocina a hacer experimentos? Sallie lo hace para entretenerse, pero dice que todo le sale fatal y que las sirvientas se ríen de ella —comentó Meg.

—Lo hice al cabo de un tiempo, pero no por «experimentar», sino para aprender de Hannah y evitar así que mis criadas se burlasen de mí. En aquel momento no era más que un juego, pero con el tiempo, cuando quise cocinar para mis pequeñas, agradecí mucho saber hacerlo y poder ocuparme de todo cuando ya no me era posible pagar a alguien para que me ayudase. Querida Meg, tú empiezas en ese punto, pero las lecciones que aprendas ahora te serán de gran utilidad en un futuro, cuando John sea un hombre rico, ya que la señora de una casa debe saber hacer el trabajo que pide a sus sirvientes; así es como se consigue un servicio satisfactorio y honrado.

—Sí, mamá, estoy segura de ello —repuso Meg, que había escuchado con respeto las palabras de su madre; las tareas domésticas son un asunto tan complejo que la mejor de las mujeres podría hablar durante horas del tema—. Esta habitación es mi preferida —añadió Meg cuando, minutos después, subieron al dormitorio y se detuvo a contemplar su bien surtido armario de ropa blanca.

Beth estaba allí, formando blancas y suaves pilas en los estantes, exultante ante tan magnífica colección. Meg empezó a hablar y las tres rieron porque aquel armario era casi un chiste. Después de afirmar que si Meg se casaba con «ese señor Brooke» no vería un centavo de su dinero, la tía March se encontró en un buen dilema, porque, una vez que se calmaron los ánimos, se arrepintió de haber pronunciado semejante amenaza. Decidida a no contradecirse, se le ocurrió un plan. Pidió a la señora Carrol, madre de Florence, que encargara una generosa colección de ropa blanca, la mandase bordar con las iniciales de la pareja y la enviase como si fuese un regalo de su parte. La mujer cumplió fielmente el encargo, pero el secreto de la tía March era difícil de ocultar y toda la familia disfrutó mucho con la situación. La tía March fingía no saber nada e insistía en que solo le regalaría el collar de perlas anticuado que siempre había prometido entregar a la primera de las muchachas que contrajera matrimonio.

—Es un regalo muy práctico para un hogar, y eso me gusta. De joven, tuve una amiga que empezó su vida de casada con solo seis sábanas pero, como tenía lavafrutas para los invitados, estaba encantada —explicó la señora March mientras alisaba los manteles de damasco, cuya calidad no escapaba a su espíritu femenino.

—Yo no tengo ni un solo lavafrutas, pero Hannah dice que este conjunto me servirá toda la vida —dijo Meg con lógica satisfacción.

—Aquí llega el señor Toodles —exclamó Jo desde abajo, y todas fueron a dar la bienvenida a Laurie, puesto que su visita semanal era uno de los eventos más importantes en sus tranquilas vidas.

Un joven alto, de hombros anchos, pelo corto, sombrero redondo de fieltro y abrigo suelto caminaba a buen paso en dirección a la casa, saltó por encima de la valla baja sin detenerse a abrir la portezuela, fue directo hacia la señora March, con los brazos abiertos, y dijo emocionado:

—¡Aquí estoy, mamá! Sí, todo va bien.

Estas últimas palabras las pronunció en respuesta a la mirada dulce e inquisitiva de la mujer. En los bellos ojos del joven había tanta franqueza que la breve ceremonia terminó como de costumbre, con un beso maternal.

—Para la señora de John Brooke, junto con mi felicitación y mis mejores deseos. ¡Dios te bendiga, Beth! ¡Jo, verte es todo un espectáculo! Amy, estás demasiado bonita para seguir soltera.

Mientras hablaba, Laurie entregó a Meg un paquete envuelto en papel marrón, deshizo el lazo del cabello de Beth, se quedó mirando el gran delantal de Jo e hizo una reverencia teatral a Amy. Luego estrechó la mano de todas y empezaron a charlar animadamente.

—¿Dónde está John? —preguntó Meg, nerviosa.

—Ha ido a buscar el permiso para mañana, señora.

—¿Quién ha ganado el último partido, Teddy? —inquirió Jo, que, a pesar de tener diecinueve años cumplidos, seguía muy interesada por los deportes masculinos.

—Nosotros, por supuesto. Me habría encantado que estuvieses allí para verlo.

—¿Qué tal está la encantadora señorita Randal? —preguntó Amy con una sonrisa pícara.

—Más cruel que nunca, ¿no ves cómo sufro? —Y Laurie se propinó una sonora palmada en el pecho y exhaló un melodramático suspiro.

—¿Cuál es la última broma? Meg, abre el paquete y así nos enteraremos —propuso Beth mirando con gran curiosidad el paquetito.

—Se trata de un objeto que conviene tener en una casa por si se declara un incendio o entran ladrones —comentó Laurie, mientras todas recibían con carcajadas la aparición de un silbato de guardia—. A partir de ahora, si John se encuentra ausente y algo te asusta, bastará con que te acerques a la ventana y toques el silbato para alertar al vecindario. Bonito regalo, ¿verdad? —Dicho esto, Laurie hizo una demostración de las virtudes del producto que hizo que todas se llevaran las manos a los oídos—. ¡Menudas desagradecidas! Y hablando de gratitud, no olvides dar las gracias a Hannah por haber impedido que destruyese tu pastel de boda. Vi que lo llevaban a vuestra casa

al pasar y, de no haber sido por su valiente defensa, le habría cortado un pedazo allí mismo. Tenía un aspecto delicioso.

—Me pregunto si algún día crecerás, Laurie —dijo Meg con voz de adulta.

—Hago lo que puedo, señora, pero parece que esta va a ser mi altura definitiva. Mucho me temo que, en estos difíciles tiempos, un hombre no puede aspirar a medir más de un metro ochenta —repuso el joven caballero, cuya cabeza rozaba la pequeña luz de araña—. Sospecho que comer algo en una casita tan nueva sería como profanarla pero, como estoy muerto de hambre, propongo que nos traslademos —añadió enseguida.

—Mamá y yo vamos a esperar a John. Aún quedan unas cuantas cosas por arreglar —explicó Meg, que se alejó enseguida.

—Beth y yo vamos a casa de Kitty Bryant a buscar más flores para mañana —añadió Amy después de probarse el pintoresco sombrero de su amigo sobre sus pintorescos rizos y disfrutar del efecto tanto como el resto.

—Venga, Jo, no abandones a un amigo. Estoy tan exhausto que no podría llegar hasta casa sin ayuda. No te quites el delantal; no sé para qué lo usas, pero te favorece mucho —comentó Laurie mientras Jo lo guardaba en su amplio bolsillo y le tendía el brazo para que su amigo se apoyase en ella.

—Bueno, Teddy, quiero que hablemos seriamente sobre mañana —empezó Jo mientras caminaban cogidos del brazo—. Quiero que me prometas que te comportarás como es debido, que no harás travesuras ni echarás a perder nuestros planes.

—No habrá travesuras.

—Y no digas tonterías cuando tengamos que mantener la compostura.

—Yo nunca hago nada semejante; esa es tu especialidad.

—Y te ruego que no me mires durante la ceremonia, porque si lo haces me echaré a reír.

—Ni me verás. Seguro que te pasas el rato llorando, de modo que lo verás todo como envuelto en una espesa niebla.

—Yo no lloro a menos que tenga una pena muy grande.

—Como cuando un viejo amigo va a la universidad, ¿eh? —dijo Laurie sonriendo.

—No seas tonto. Eché unas lagrimitas para no desentonar con el resto.

—Claro. Jo, ¿qué tal está mi abuelo esta semana? ¿Está de buen humor?

—Mucho. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te has metido en algún lío y quieres saber cómo se lo va a tomar? —preguntó Jo sin delicadeza alguna.

—Jo, no creerás que habría mirado a tu madre a los ojos y le habría dicho que todo iba bien de no ser así, ¿verdad? —Laurie se detuvo y adoptó un aire ofendido.

—No, por supuesto.

—Entonces, no seas tan suspicaz. Solo quiero pedirle un poco de dinero —explicó Laurie, que echó a andar de nuevo, con el ánimo más sereno gracias al tono cálido de Jo.

—Gastas mucho, Teddy.

—¡Por Dios! No lo gasto, el dinero se va solo, sin que haga nada. Desaparece sin que yo sepa cómo.

—Eres tan generoso y tienes un corazón tan bondadoso que no paras de prestar a los demás. Eres incapaz de decir «no» a nadie. Nos hemos enterado de lo de Henshaw y de todo lo que has hecho por él. Si gastas el dinero en cosas así, nadie te re-criminará nada —apuntó Jo afectuosamente.

—Oh, Henshaw hizo una montaña de un grano de arena. No podía dejar que el pobre hombre se matara a trabajar cuando estaba en mi mano ayudarle y vale más que veinte caballeros vagos. Tú hubieras hecho lo mismo.

—Por supuesto. Pero no sé de qué te va a servir tener diecisiete chalecos, un sinfín de pajaritas y ponerte un sombrero nuevo en cada visita a casa. Pensé que habrías superado la fase de dandi, pero cada dos por tres aflora en otro punto. Ahora lo que está de moda es tener un aspecto horrendo, cortarte el pelo de manera que parezca que llevas un cepillo en la cabeza, usar chaquetas sin pinzas, guantes naranjas y botas con la punta cuadrada. Si las prendas feas fuesen baratas, no diría nada; pero cuestan tanto como la ropa elegante y no le veo la gracia.

En respuesta al ataque, Laurie echó hacia atrás la cabeza y rio con tantas ganas que su sombrero redondo cayó al suelo

y Jo lo pisó, un insulto que el joven aprovechó para disertar sobre las ventajas de las prendas toscas mientras doblaba el maltrecho sombrero y lo embutía en su bolsillo.

—No me sermonees más, soy una buena persona. Ya tengo bastante con lo que debo aguantar durante la semana; cuando vuelvo a casa, me apetece divertirme. Mañana me vestiré de gala, cueste lo que cueste, y seré un orgullo para mis amigos.

—No volveré a darte la lata si te dejas el pelo un poco más largo. No soy una aristócrata, pero no me agrada que me vean en compañía de un joven que parece un boxeador profesional —sentenció Jo en tono severo.

—Este estilo modesto favorece el estudio, por eso lo usamos —afirmó Laurie, al que ciertamente no se podía acusar de ser vanidoso, puesto que había sacrificado voluntariamente su hermoso cabello ondulado—. Por cierto, Jo, creo que Parker está loco por Amy. No para de hablar de ella, le escribe poemas y se queda embobado pensando en ella. Sería mejor cortar este asunto antes de que vaya a más, ¿no te parece? —preguntó Laurie hablando como un hermano mayor tras unos minutos de silencio.

—Por supuesto, no queremos más bodas en la familia por ahora. Por amor de Dios, ¿en qué piensan hoy en día los críos? —Jo parecía escandalizada, como si Amy y Parker, en lugar de adolescentes, siguieran siendo niños.

—Hoy en día todo va deprisa. No sé a dónde iremos a parar, señorita. Tú no eres más que una cría, Jo, pero eres la siguiente, y cuando llegue el momento solo nos quedará lamentarnos —apuntó Laurie meneando la cabeza para indicar su preocupación por el estado de las cosas.

—¿Yo? ¡No temas por mí! Yo no soy de las que agradan a los hombres. Nadie me querrá, y es una suerte, porque en toda familia debe haber una solterona.

—No das a nadie la oportunidad de conocerte —repuso Laurie mirándola de reojo y con algo más de color en su rostro moreno—. No dejarás que nadie vea tu lado dulce y, si por casualidad un hombre llega a descubrirlo y no puede disimular su interés, lo tratarás tan mal como la señorita Gummidge a su

pretendiente; le tirarás un jarro de agua fría y serás tan arisca que a todos se les quitarán las ganas de acercarse o de mirarte siquiera.

—No me gustan estas cosas. Estoy demasiado ocupada para pensar en tonterías y me parece horrible que las familias se separen por este motivo. Venga, no sigas hablando de esto. La boda de Meg nos ha trastornado a todos y solo hablamos de parejas enamoradas y estupideces parecidas. No quiero ponerme de mal humor, de modo que cambiemos de tema. —Y, en efecto, Jo parecía dispuesta a lanzar un jarro de agua fría a quien la volviese a provocar.

Fueran cuales fuesen sus auténticos sentimientos, Laurie se limitó a dejar escapar un largo silbido y, cuando se despidieron en la puerta, repitió su temible profecía:

—Recuerda mis palabras, Jo, tú serás la siguiente.



Capítulo 25

La primera boda



quella mañana de junio, las rosas que decoraban el porche amanecieron abiertas y radiantes, como si también ellas, cordiales vecinitas de la familia, se alegrasen de corazón ante la perspectiva de un día soleado, sin nubes. Sus rostros estaban rojos de emoción mientras el viento las mecía y murmuraban entre sí lo que veían. Asomadas a las ventanas, unas observaban el banquete dispuesto en el comedor, otras, situadas más arriba, contemplaban sonrientes cómo las hermanas vestían a la novia, mientras otras se balanceaban para saludar a las personas que iban y venían por el jardín, el porche y el vestíbulo para cumplir encargos, y todas ellas, desde la más rosada y abierta hasta el más discreto capullo, homenajearon con su belleza y aroma a la dulce dama que con verdadero amor las había cuidado durante tanto tiempo.

La propia Meg parecía una rosa. Se diría que lo mejor y más dulce de su corazón y su alma afloraba aquel día en su rostro, que se veía radiante y tierno, con un encanto que era mucho más hermoso que la belleza. No quiso usar ni seda, ni encaje ni azahar. «Ese día, no quiero parecer otra ni ir demasiado arregla-

da —había comentado—. No deseo una boda a la moda, quiero que mis seres queridos me vean como soy».

Así pues, había diseñado ella misma su vestido de novia y lo había cosido con la tierna esperanza y el inocente romanticismo propios de un corazón joven. Sus hermanas le recogieron su bonito cabello y lo adornaron con lirios del valle, la flor predilecta de «su John».

—Querida Meg, estás radiante y preciosa, ¡y tan natural! Te abrazaría fuerte, pero no quiero arrugarte el vestido —exclamó Amy, encantada, mirándola de arriba abajo una vez que terminaron de arreglarla.

—Me alegro que sea así. Pero, por favor, abrazadme y besadme todas, el vestido me trae sin cuidado. Si es por algo así, espero que se arrugue mucho en el día de hoy. —Meg abrió los brazos para estrechar a sus hermanas, cuyos rostros resplandecieron de felicidad al comprobar que el nuevo amor no había destronado al antiguo en el corazón de Meg—. Ahora iré a anudar la corbata de John y luego estaré un rato a solas con papá en el estudio. —Dicho esto, Meg bajó a toda prisa para cumplir con los dos pequeños rituales y poder dedicar el resto del tiempo a su madre, que, a pesar de sonreír amorosamente, sentía la tristeza interior que acompaña a todas las madres cuando el primer pájaro abandona el nido.

Aprovecharé que las más jóvenes están reunidas dando un último repaso a sus sencillos atuendos para comentar cómo ha cambiado su aspecto en los últimos tres años; sin duda, todas están en su mejor momento.

La figura de Jo es mucho menos angulosa, y ahora camina, si no con gracia, cuando menos con soltura. Le ha crecido el cabello y suele recogerse en una gruesa cola de caballo, que favorece mucho más a la pequeña cabeza que corona su espigado cuerpo. Sus mejillas morenas tienen un toque lozano de color, y sus ojos, un brillo suave; en un día como este, se esmera por refrenar su afilada lengua para no pronunciar más que comentarios amables.

Beth está ahora más delgada, pálida y callada que nunca. Sus hermosos y tiernos ojos parecen más grandes y su mirada tiene

una expresión que genera tristeza en quien la ve, aun cuando ella no la sienta. Se diría que la sombra del dolor planea con patética paciencia sobre el joven rostro. Pero Beth casi nunca se queja; al contrario, suele hablar esperanzada de una «pronta mejoría».

A Amy todas la consideran con justicia «la flor de la familia». A sus dieciséis años, tiene el aspecto y la actitud de una mujer hecha y derecha. Más que bella, posee ese atractivo indescribible al que nos referimos como «gracia». Asoma en las curvas de su figura, en la forma y los movimientos de sus manos, en el vuelo de su vestido, en la caída de su cabello, natural y armoniosa y tan sugerente como bella. A Amy le seguía preocupando su nariz, que se negaba a adoptar un perfil griego. Tampoco le agradaba su boca, que le parecía excesivamente grande y con un labio inferior demasiado prominente. Esos rasgos imperfectos dotaban a su rostro de personalidad, pero ella no lo veía así y solo encontraba consuelo en la maravillosa blancura de su tez, sus vivos ojos azules y sus bucles, más dorados y abundantes que nunca.

Las tres vestían trajes finos, de color plateado (sus vestidos de gala para el verano) y llevaban pequeñas rosas en el cabello y en el pecho. Y tenían el aspecto de lo que eran: jóvenes alegres de corazón y de rostro lozano, que han hecho una pausa en su ajetreada vida para leer emocionadas el capítulo más dulce en la novela de toda mujer.

No estaban previstas ceremonias especiales. Todo sería lo más natural y hogareño posible. Así pues, cuando la tía March llegó, se escandalizó al ver a la novia salir corriendo para darle la bienvenida y acompañarla dentro, donde encontró al novio fijando una guirnalda descolgada y al padre subiendo pollas escaleras con expresión seria y una botella de vino bajo cada brazo.

—Por Dios, ¡cómo está todo! —exclamó la anciana. Se sentó en el lugar de honor reservado para ella y se alisó el vestido de moiré de color lavanda que lucía, con el consiguiente frufú del tejido—. Niña, nadie debería verte hasta el último momento.

—No soy un espectáculo, querida tía, y nadie viene a verme, a criticar mi vestido o a calcular el coste de la comida. Soy

demasiado feliz para preocuparme de lo que diga o piense la gente, y tendré una boda sencilla, como siempre he querido. John, querido, aquí está el martillo. —Y Meg fue a ayudar a «aquel hombre» en tan inadecuada labor.

El señor Brooke no le dio las gracias pero, al asir la poco romántica herramienta, besó a la novia detrás de la puerta y la miró de una forma que hizo que la tía March echase mano de su pañuelo para secarse unas lágrimas de emoción que habían aflorado a sus viejos y perspicaces ojos.

Se oyó el ruido de algo al caer, seguido de un grito. Laurie soltó una carcajada y exclamó divertido: «¡Por Júpiter, Jo, has vuelto a estropear el pastel!», tras lo cual sobrevino un frenesí de actividad que apenas tocaba a su fin cuando empezaron a llegar los primos, con lo que pudieron al fin «dar inicio a la fiesta», como solía decir Beth de niña.

—No permitas que ese joven gigante se me acerque; es más molesto que un mosquito —susurró la anciana a Amy cuando la sala empezó a llenarse y vio la cabellera negra de Laurie sobresalir entre el gentío.

—Ha prometido que hoy se comportará y, cuando quiere, es un joven muy educado —afirmó Amy, y fue a avisar a Hércules de que tuviera cuidado con el dragón. La advertencia tuvo como resultado que el joven rondase a la anciana con gran devoción y la mantuviese muy entretenida.

La novia no hizo una entrada espectacular, pero se produjo un gran silencio cuando el señor March y la joven pareja ocuparon sus lugares bajo el verde arco. La madre y las hermanas se situaron muy cerca, como si se resistiesen a dejar marchar a Meg, y al padre se le quebró la voz en más de una ocasión, lo que hizo que la ceremonia resultase más bella y solemne de lo normal. Al novio le temblaban visiblemente las manos y no se le oyó cuando declaró su amor; en cambio, Meg miró a los ojos a su futuro marido y pronunció un «sí quiero» tan claro y con tal ternura y seguridad en la voz y en la expresión que su madre sintió un escalofrío de emoción y todo el mundo oyó a la tía March sorber por la nariz.

Jo no derramó ni una lágrima, aunque en una ocasión estuvo a punto y se contuvo al percatarse de que Laurie la miraba con una divertida mezcla de alegría y emoción en sus picaros ojos negros. Beth estuvo toda la ceremonia con el rostro oculto en el hombro de su madre. Amy, en cambio, parecía una estatua llena de gracia, realzada su belleza por el rayo de sol que le iluminaba la blanca frente y la flor que le adornaba el cabello.

A los pocos segundos de estar casada, Meg sorprendió a todos exclamando: «¡El primer beso es para mamá!», y fue hacia ella y se lo dio de todo corazón. En los quince minutos siguientes, la joven, que estaba más bella que nunca, recibió las felicitaciones de todos los asistentes, désele el señor Laurence hasta la vieja Hannah, que llevaba con timidez un estupendo tocado y se abalanzó sobre ella en el vestíbulo y entre sollozos y risitas dijo:

—¡Que Dios te bendiga cientos de veces, querida! El pastel está intacto y todo ha quedado maravilloso.

Después todos se acercaron a decir una frase ocurrente, o al menos a intentarlo, lo que al fin era lo mismo, porque cuando los corazones están alegres la risa es contagiosa. No hubo exposición de regalos porque todos estaban ya colocados en su sitio, en la pequeña vivienda, y en lugar de un elaborado banquete sirvieron frutas y pastel entre adornos florales. Al descubrir que los únicos néctares que las tres Hebes servían eran agua, limonada y café, el señor Laurence y la tía March se encogieron de hombros y sonrieron. Nadie comentó nada sobre el particular, salvo Laurie, que insistió en servir personalmente a la novia y fue hacia ella con una bandeja llena y expresión perpleja.

—Dime, ¿ha roto Jo todas las botellas de vino sin querer? —susurró—. ¿Acaso cuando creí haber visto alguna por ahí esta mañana estaba soñando?

—No, tu abuelo ha tenido la amabilidad de regalarnos unas botellas de su mejor vino y la tía March ha traído más, pero papá ha guardado unas pocas para Beth y ha enviado el resto a la Casa del Soldado. Opina que el vino solo debe tomarse en caso de enfermedad, y manía dice que ni ella ni sus hijas ofrecerán nunca vino a un joven invitado que llegue a su casa.

Meg hablaba en serio y esperaba que Laurie frunciese el entrecejo o se echara a reír, pero el joven no hizo ni lo uno ni lo otro. La miró un instante a los ojos y dijo con su habitual impulsividad:

—Me parece bien. He visto los males que causa y me gustaría que otras mujeres pensaran como vosotras.

—Espero que no lo digas por experiencia propia —dijo Meg con un deje de angustia en la voz.

—No, te doy mi palabra. No creas que soy un santo, pero la bebida no es una de mis tentaciones. Me crié en un lugar en el que el vino es tan común como el agua y se considera igual de inofensivo, por lo que no me interesa demasiado. Claro que si me lo ofrece una joven hermosa no lo rechazo.

—Pues tendrás que prescindir de él, si no por tu bien, por el de los demás. Venga, Laurie, prométeme que no beberás nunca más; así me darás otra razón para que este sea el día más feliz de mi vida.

Ante una petición tan repentina y seria el joven vaciló por unos segundos, porque el sentido del ridículo suele ser más difícil de soportar que la templanza. Meg sabía que si hacía aquella promesa la mantendría a toda costa y, consciente del poder que poseía como mujer, lo usó para el bien de su amigo. No dijo nada más, pero le miró con una expresión y una sonrisa de felicidad que parecían decir: «Hoy nadie me puede negar nada». Desde luego, Laurie no pudo, y asintió con una sonrisa, le tendió la mano y anunció sinceramente:

—¡Lo prometo, señora Brooke!

—Gracias, muchas gracias.

—Brindo por tu decisión, Teddy —exclamó Jo, que le salpicó con un poco de limonada al alzar el vaso para el brindis.

El brindis selló una promesa que el joven mantuvo a pesar de las fuertes tentaciones; con su sabiduría instintiva, las muchachas habían sacado partido a un momento de alegría para hacer a su amigo un favor que él agradeció toda su vida.

Después de comer, los invitados dieron una vuelta, en pareja o en grupitos de tres, por la casa y los jardines, donde pudieron disfrutar del sol. Meg y John estaban juntos, de pie, en el centro

del césped, cuando a Laurie se le ocurrió una idea que dio el toque final a aquella original boda.

—Que todos los casados se cojan de la mano y bailen alrededor de los recién casados, como hacen los alemanes. ¡Y los solteros y solteras que den saltos en pareja fuera! —exclamó Laurie corriendo por el camino con Amy, con tanta gracia y con un humor tan contagioso que los demás no tardaron en seguir su ejemplo sin discusión.

El señor y la señora March, la tía y el tío Carrol fueron los primeros. Enseguida se sumaron otros; hasta Sallie Moffat, tras unos segundos de duda, se cogió la cola del vestido y sacó a bailar a Ned. Pero el momento más divertido lo protagonizaron el señor Laurence y la tía March. Cuando el anciano caballero pidió solemnemente a la vieja dama que saliese a bailar, esta no se lo pensó, se colocó el bastón debajo del brazo y corrió a unirse al grupo que rodeaba a la pareja de recién casados, mientras los más jóvenes revoloteaban por el jardín, como mariposas en un día de verano.

El baile llegó a su fin cuando a los participantes necesitaron parar y recuperar el aliento, momento que muchos de ellos aprovecharon para despedirse de los novios y marcharse.

—Te deseo lo mejor, querida; lo digo de corazón, pero temo que te arrepentirás de esto —dijo la tía March a Meg y, luego, mientras el novio la acompañaba al carruaje, añadió—: Tienes un tesoro, jovencito, procura estar a la altura.

—Es la boda más bonita a la que he asistido en mucho tiempo, Ned, pero no sé por qué... No era nada elegante —comentó la señora Moffat a su esposo mientras se alejaban.

—Laurie, muchacho, si alguna vez quieres hacer algo así, convence a una de esas muchachas y yo estaré encantado —dijo el señor Laurence mientras se acomodaba en su sofá para descansar después de la agitación de la mañana.

—Haré lo que pueda por satisfacerle, señor —repuso Laurie con una educación fuera de lo normal, mientras se quitaba con cuidado la flor quejo le había prendido en el ojal.

La casita no quedaba lejos y el único viaje de bodas que Meg tuvo fue el tranquilo paseo que dio con John desde su antiguo

hogar hasta el nuevo, Cuando la vieron lista para marcharse, con su traje gris y su sombrero de paja atado con una cinta blanca, como una hermosa cuáquera, todos salieron a despedirla emocionados, como si fuese a emprender un largo viaje.

—Querida mamá, no sientas que me separo de ti o que te quiero menos porque ame tanto a John —dijo, abrazada a su madre, con los ojos empañados—. Papá, vendré todos los días y espero que me reservéis un lugar en vuestros corazones aunque esté casada. Beth pasará mucho tiempo conmigo y las demás vendrán de vez en cuando a verme para reírse de mis esfuerzos por convertirme en una buena ama de casa. ¡Gracias a todos por haber hecho que el día de mi boda fuese tan feliz!

Todos la vieron marchar con el rostro henchido de amor y esperanza, presa de una gran ternura, apoyada en el brazo de su marido, con flores en la mano y el sol de junio iluminando su rostro feliz... Y así empezó Meg su vida de casada.



Capítulo 26

Intentos artísticos

La gente tarda en entender que existe una diferencia entre el talento y el genio, y la lección es tanto más difícil de aprender cuando se es joven y ambicioso. Amy empezaba a vislumbrarlo en medio de grandes tribulaciones. Confundiendo entusiasmo e inspiración, probó suerte en distintas ramas del arte con la audacia propia de la juventud. Durante una larga temporada, abandonó las figuras de arcilla y se dedicó en cuerpo y alma a los dibujos con plumilla, tarea en la que demostró tener tan buen gusto y habilidad que sus elegantes obras resultaron no solo bonitas sino también rentables. Sin embargo, se le cansaba mucho la vista al trabajar con la pluma, de modo que desistió y decidió probar con el pirograbado. Mientras le duró el capricho, la familia temió que provocara un incendio. El olor a madera quemada se instaló en la casa, del desván y del cobertizo salía humo con alarmante frecuencia, había hierros candentes por todas partes y, cuando se iba a acostar, Hannah dejaba un cubo con agua y una campañilla cerca por si tenía que alertar de un incendio, Apareció un rostro de Rafael perfectamente delineado en la tabla de amasar y la cabeza de Baco en un barril de cerveza, un encantador que-rubín pasó a adornar la tapa del recipiente del azúcar y varios

intentos fallidos de retratar a «Garrick comprando guantes a la niña pobre» proporcionaron la leña por un tiempo.

Pasar del fuego al óleo supuso una transición natural para unos dedos chamuscados, y Amy se entregó a la pintura con idéntico fervor. Una artista amiga suya le regaló paletas, pinceles y colores que ya no usaba, y Amy se lanzó a pintarrapear escenas bucólicas y marinas nunca vistas ni en tierra ni en mar. Sus cuadros de ganado eran tan monstruosos que hubiesen obtenido premios en ferias agrícolas, y el peligroso cabeceo de las embarcaciones que pintaba hubiese mareado al más experto marino, de no haber muerto de risa al instante ante tan pasmoso desconocimiento de las normas de construcción de barcos y de aparejos. Los niños morenos y las vírgenes de ojos negros que miraban al espectador desde un rincón del estudio no se parecían en nada a los de Murillo. Las manchas marrones que sombreaban los rostros, combinadas con chillones trazos en los lugares equivocados, pretendían imitar el estilo de Rembrandt; las mujeres con mucho pecho y los niños hidrópicos, al de Rubens, y el de Turner se adivinaba en las tempestades de truenos azules, relámpagos anaranjados, lluvia marrón y nubes púrpura, con una mancha roja como el tomate en el centro que tanto podía corresponder al sol, a una boya, a la camisa de un marinero o al traje de ceremonia de un rey, según decidiese el espectador.

Lo siguiente fueron los retratos al carboncillo. Surgió así una serie de imágenes de los miembros de la familia, que aparecían oscuros y desaliñados como si acabasen de salir de la carbonera. Al emplear lápices de dibujo, el resultado se suavizó y mejoró, y el parecido resultó ser considerable. El cabello de Amy, la nariz de Jo, la boca de Meg y los ojos de Laurie le salían, en palabras de todos, «de maravilla». Tras esa etapa, regresó a la arcilla y la escayola, y moldes fantasmagóricos de conocidos de la familia empezaron a asomar por las esquinas o a caer a la cabeza de quienes abrían las puertas de los armarios en cuyos estantes se apilaban, Amy logró engatusar a varios niños para que le sirvieran de modelo, pero los incoherentes relatos de estos acerca de su peculiar forma de trabajar le granjearon fama de ogro. Los esfuerzos destinados a sobresalir en esta

rama se vieron abruptamente truncados a consecuencia de un inesperado accidente que supuso el fin de su pasión. Ante la dificultad de encontrar modelos, decidió hacer un molde de su propio pie, que en su opinión era precioso. Un día, alarmada por los golpes y gritos procedentes del cobertizo, la familia acudió corriendo y encontró a la entusiasta artista forcejeando con una olla de escayola en la que había metido el pie. El yeso, al parecer, se había endurecido con inesperada rapidez. Consiguieron sacárselo en una maniobra no exenta de dificultad y de peligro. Jo, que no podía dejar de reír mientras rascaba con un cuchillo la escayola, calculó mal e hizo un pequeño corte en el pie de su pobre hermana, a quien dejó una marca indeleble de su pasión artística.

Después de este episodio, Amy se calmó un tiempo, hasta que la pasión por dibujar paisajes la venció y la llevó a recorrer ríos, campos y bosques para realizar estudios y la tuvo suspirando por unas buenas ruinas que copiar. Pilló un sinfín de resfriados por sentarse en la hierba mojada para inmortalizar una «composición encantadora» formada por una piedra, un tocón, un champiñón y un tallo roto, o «una divina concentración de nubes» que, una vez terminada, parecía más una exposición de mullidos almohadones de plumas. No le importaba que se le estropeará la piel por estar sentada a orillas del río bajo el sol, en verano, para copiar un claroscuro, y le salió una arruga en el entrecejo de tanto fruncirlo en busca de «un buen punto de vista», que era como ella llamaba al hecho de entrecerrar los ojos.

Si, como afirmaba Miguel Ángel, el genio no es más que eterna paciencia, Amy podría sin duda atribuirse dicho don, puesto que perseveró sin que los obstáculos, los fracasos o el desánimo pudieran con ella, firmemente convencida de que era cuestión de tiempo que lograra una creación que valiese la pena y pudiese considerarse una auténtica obra de arte.

Al mismo tiempo, se dedicaba a aprender, hacer y disfrutar de otras cosas, pues estaba decidida a convertirse en una mujer educada y digna de admiración, aun en el caso de que no lograra ser una gran artista. En esto último obtuvo mejores resultados, porque era uno de esos seres bienaventurados que

agradan con facilidad, hacen amigos en todas partes y parecen llevar una vida tan digna y exenta de preocupaciones que los demás, menos afortunados, creen que nacieron de pie. Todo el mundo la apreciaba porque, entre sus muchas cualidades, figuraba el saber tratar a los demás. Tenía una capacidad innata para distinguir qué era lo más adecuado y agradable, sus palabras parecían siempre las indicadas para quien la escuchaba, sus gestos nunca estaban fuera de tono o de lugar y parecía tan segura de sí misma que sus hermanas solían decir: «Si a Amy la invitasen a la corte sin previo aviso, sabría perfectamente cómo comportarse».

Una de sus debilidades era su anhelo de unirse a eso que llamaba «la alta sociedad» sin saber bien qué era. El dinero, la posición, el éxito y los buenos modales le parecían bienes de lo más atractivos y quería relacionarse con aquellos que los poseyeran. Eso la llevaba, con frecuencia, a confundir lo verdadero y lo falso, y a admirar a quienes no merecían la menor admiración. Sin olvidar jamás que había nacido en una buena familia, la joven cultivó sus gustos y modos aristocráticos para que, llegado el momento, pudiese ocupar el lugar del que en esos momentos, debido a la pobreza en que vivían, se veía excluida.

«Milady», como la llamaban sus amigos, deseaba ardientemente verse convertida en la gran dama que sentía que era, pero aún tenía que descubrir que el dinero no sirve para comprar el refinamiento, que la posición social no siempre es sinónimo de nobleza y que la buena educación se nota aunque la persona tenga que hacer frente a carencias.

—Mamá, te quiero pedir un favor —dijo un día Amy dándose aires de importancia.

—Y bien, pequeña, ¿de qué se trata? —preguntó la madre, para quien la jovencita seguía siendo una niña.

—El curso de dibujo termina la semana que viene y, antes de que mis compañeras se marchen de vacaciones de verano, me gustaría invitarlas un día a casa. Les hace mucha ilusión ir al río, dibujar el puente roto y copiar algunas de las cosas que han admirado en mi cuaderno de bocetos. Se han portado muy

bien conmigo y estoy muy agradecida porque, a pesar de ser todas ricas y saber que yo soy pobre, nunca me han excluido.

—¿Por qué habrían de hacerlo? —preguntó la señora March adoptando lo que sus hijas solían llamar «un aire María Teresa».

—Sabes tan bien como yo que la mayoría de la gente tiene en cuenta esas cosas, así que no te alborotes como una gallina clueca que descubre a unos pájaros dando picotazos a sus polluelos; ya sabes que el patito feo resultó ser un cisne —dijo Amy sonriendo sin amargura, porque tenía muy buen carácter y un espíritu positivo.

La señora March rio, controló su orgullo maternal y preguntó:

—Bien, cisne mío, ¿qué has pensado?

—Me gustaría invitar a las chicas a merendar la semana que viene, llevarlas a los lugares que les apetezca conocer, tal vez dar un paseo por el río y organizar una pequeña fête artística en su honor.

—No veo inconveniente. ¿Qué quieres dar de comer? Supongo que bastará con un pastel, unos bocadillos, algo de fruta y café.

—¡No, por Dios! Tendremos que servir fiambre de lengua y pollo, chocolate francés y, además, helado. Las chicas están acostumbradas a esas cosas y quiero dar una comida adecuada y elegante aunque yo tenga que trabajar para ganarme el sustento.

—¿Y a cuántas muchachas quieres invitar? —preguntó la madre, que empezaba a ponerse seria.

—En ciase somos doce o catorce, pero no creo que vengan todas.

—¡Válgame el cielo, hija, tendrás que contratar un ómnibus para llevarlas de paseo!

—¡Mamá, qué cosas se te ocurren! No vendrán más de seis u ocho, así que me bastará un carruaje pequeño, y pensaba pedirle al señor Laurence su char à banc.

—Pero todo esto saldrá muy caro, Amy.

—No demasiado, he calculado el coste y podré pagarlo con mi dinero.

—Querida, ¿no te parece que, puesto que esas jóvenes están acostumbradas a esos manjares, por bueno que sea lo que les ofrezcas no les sorprenderá, y que sería preferible ofrecerles

algo sencillo para variar? Así no tendremos que gastar ni pedir nada prestado para esforzarnos en hacer algo fuera de nuestras posibilidades.

—Si no puedo hacerlo como quiero, prefiero no organizar nada. Con tu ayuda y la de mis hermanas, todo saldría de maravilla. No veo por qué no habría de hacerlo como deseo si estoy dispuesta a pagar lo que cuesta —dijo Amy con una decisión que, de encontrar oposición, se transformaría en obstinación.

La señora March sabía que la experiencia era la mejor maestra y, siempre que le era posible, dejaba que sus hijas aprendiesen por sí mismas lecciones que con gusto les hubiese evitado de haberse prestado ellas a escuchar sus consejos, en lugar de hacer justo lo contrario.

—Muy bien, Amy; si estás decidida y te sientes capaz de hacerlo sin gastar demasiado dinero, tiempo o paciencia, no tengo nada más que decir. Coméntaselo a tus hermanas y, decidáis lo que decidáis, haré lo que esté en mí mano por ayudaros.

—Gracias, mamá, siempre eres muy buena. —Y, dicho esto, Amy se fue a informar de su plan a sus hermanas.

Meg aceptó de inmediato y prometió ayudarla; ofreció gustosa todo lo que poseía, desde su casita hasta sus mejores cubiertos. Jo, en cambio, frunció el entrecejo al conocer el proyecto y, de entrada, se negó a participar en él.

—No veo por qué tienes que gastar tu dinero, molestar a toda la familia y poner la casa patas arriba por un grupo de chicas que no dan un centavo por ti. Pensé que tenías orgullo y sentido común suficiente para no adular a una muchacha solo porque usa botas francesas y se desplaza en un coupé —apuntó Jo, que había interrumpido la lectura de una novela en el punto álgido y no estaba de buen talante para tratar asuntos de sociedad.

—Yo no adulo a nadie, ¡y no aguanto que me trates con condescendencia! —replicó Amy indignada, puesto que las dos hermanas todavía se enfadaban con facilidad por cuestiones como esa—. Las chicas sí se preocupan por mí y yo por ellas, y aunque vayan a la moda son amables, sensibles y tienen talento. A ti no te interesa conocer a gente, codearte con la buena sociedad y mejorar tus modales y tus gustos, pero a mí sí. Pienso

aprovechar las posibilidades que se crucen en mí camino. Tú puedes seguir yendo por ahí con los brazos en jarra y la cabeza erguida, y decir que es porque eres independiente, pero ese no es mi estilo.

Por lo general, cuando Amy se desahogaba solía obtener buenos resultados, porque el sentido común solía estar de su lado, mientras que Jo llevaba su amor a la libertad y su odio a los convencionalismos hasta un extremo tal que casi siempre tenía las de perder en una discusión. La definición que Amy hizo del concepto de independencia de Jo fue todo un hallazgo, y ninguna de las dos pudo evitar reírse, con lo que la discusión adquirió un cariz más amable. Muy a su pesar, Jo se avino a sacrificar un día por «la señora Grundy» y a ayudar a su hermana a organizar «esa estupidez».

Enviadas las invitaciones y confirmadas casi todas las asistencias, dedicaron el lunes siguiente a preparar el gran evento. Hannah estaba de nial humor porque aquello le trastocaba el ritmo de la semana y argumentó que «si no se lavaba y planchaba como era debido, nada podría salir bien». La falta de disposición del principal resorte de la maquinaria doméstica afectó al resto, pero Amy había adoptado como lema el «Nil desperandum» y, una vez decidido lo que quería, prosiguió a pesar de los obstáculos. Para empezar, la comida que preparó Hannah no quedó bien. El pollo estaba duro, la lengua demasiado salada y el chocolate no se espesó como debía. Además, el pastel y el helado eran más caros de lo que Amy esperaba, al igual que el carruaje; por no hablar de otros gastos menores que, una vez sumados, daban una cantidad alarmantemente elevada. Beth se resfrió y se tuvo que ir a la cama. Meg recibió más visitas de las acostumbradas, lo que le impidió salir de casa, y Jo estaba tan nerviosa que no paraba de equivocarse, sufrir percances y romper cosas, lo que puso a prueba la paciencia de Amy.

«Sin mamá no lo hubiese logrado», como declaró Amy algún tiempo después y recordaba agradecida, cuando las demás ya habían olvidado «la mejor broma de la temporada».

Si el lunes el tiempo no acompañaba, la reunión se pospondría hasta el martes, una idea que incomodaba sobremanera a

Hannah y a Jo. El lunes amaneció con una inestabilidad mucho más exasperante que el peor de los diluvios. Lloviznó un poco, salió el sol, sopló el viento un rato y el tiempo no se decidió hasta que fue demasiado tarde para que el resto se organizara. Amy se despertó muy temprano y apremió a todos para que salieran de la cama, desayunaran y le ayudaran a ordenar la casa. La sala le pareció más rancia que nunca pero, sin detenerse a suspirar por lo que no estaba en su mano, hizo lo posible por sacar partido a lo que tenía. Dispuso las sillas de manera que ocultasen partes raídas de las alfombras, cubrió manchas en la pared con cuadros enmarcados con hiedra y colocó esculturas hechas por ella en varios rincones, para dar un aire más artístico al espacio y completar el efecto logrado por Jo, que había puesto aquí y allá bonitos jarrones con flores.

La comida tenía muy buen aspecto y, mientras la observaba, Amy deseó de corazón que también supiese bien y que la cristalería, la vajilla y los cubiertos de plata que le habían prestado volviesen sanos y salvos a sus dueños. Los carruajes ya estaban apalabrados. Meg y la madre se preparaban para dar la bienvenida a las invitadas. Beth ayudaba a Hannah en la cocina, y Jo había decidido ser todo lo alegre y amable que le permitiesen su despiste, su dolor de cabeza y su disconformidad con todo y con todos. Mientras se arreglaba, Amy se animaba pensando en el feliz momento en que, tras una excelente comida, saliese de excursión artística con sus amigas a disfrutar de los dos platos fuertes: el puente roto y el paseo en char à banc.

Pasó las siguientes dos horas en nerviosa espera, yendo del salón al porche, escuchando opiniones tan variadas como el tiempo. Parecía evidente que el aguacero caído a las once había disuadido a las invitadas, que debían llegar a las doce, porque no se presentó nadie. A las dos, la exhausta familia se sentó al sol para dar cuenta de los alimentos que podrían estropearse, para que no se echase nada a perder.

—No parece que el tiempo vaya a ser un problema hoy; seguro que vendrán, de modo que debemos darnos prisa y estar listas para cuando lleguen —dijo Amy, al día siguiente, al ver que lucía el sol. Hablaba como si estuviese emocionada pero, en

realidad, deseaba no haber mencionado la opción del martes, porque su interés se estaba pasando como el pastel.

—No he podido conseguir una langosta, así que tendréis que prescindir de la ensalada —anunció el señor March al cabo de media hora con una plácida desesperación.

—Usaremos el pollo; para la ensalada no importará si está algo duro —propuso su esposa.

—Hannah lo dejó un instante sobre la mesa de la cocina y los gatos se lo han comido. Lo siento mucho, Amy —explicó Beth, que seguía al cuidado de los gatos.

—Entonces, tendré que conseguir una langosta, porque con la lengua sola no bastará —afirmó Amy, decidida.

—¿Quieres que vaya corriendo al pueblo a conseguirte una? —preguntó Jo con la magnanimidad de una mártir.

—No, la traerías bajo el brazo, sin papel, solo para poner a prueba mi paciencia. Iré yo misma —respondió Amy, cuyo ánimo empezaba a decaer.

Envuelta en un grueso chal y armada con un cesto, Amy salió de casa, convencida de que tomar el aire y caminar un rato calmaría su agitación y la ayudaría a afrontar con mejor espíritu las tareas del día. Tras un breve lapso, consiguió la tan ansiada langosta, además de un bote de aliño para ensaladas que le ahorraría tiempo en casa, y emprendió el camino de vuelta satisfecha con su gestión.

En el ómnibus iba un único pasajero, una anciana dormida. Amy se cubrió con el chal y se dispuso a conjurar el tedio del trayecto pensando en qué había gastado su dinero. Estaba tan absorta en sus cálculos que no vio que un nuevo pasajero subía a bordo sin que el vehículo se detuviera y, al oír una voz masculina decir; «Buenos días, señorita March», levantó la vista y se topó con uno de los elegantes compañeros de universidad de Laurie. La joven, confiando en que el muchacho se apearía antes que ella, fingió que el cesto que estaba a sus pies no era suyo, se felicitó por haberse puesto un vestido nuevo y le devolvió el saludo con la dulzura y elegancia que la caracterizaban.

Todo marchaba bien. La principal preocupación de Amy se disipó de inmediato al saber que el caballero se bajaría antes que

ella. Ambos estaban charlando animadamente cuando la anciana se levantó para apearse y, al ir hacia la puerta, dio un golpe al cesto, y ¡oh, horror!, la langosta asomó la cabeza, revelando su vulgar tamaño y fulgor ante los ojos de un auténtico Tudor.

—¡Por Dios, esa señora se ha dejado la cena! —exclamó el joven, mientras daba con el extremo del bastón al animal para que volviese al interior del cesto y se disponía a cogerlo para dárselo a la anciana.

—No, por favor, es mío —murmuró Amy, casi tan roja como la langosta.

—¡Oh, lo siento! Es un ejemplar magnífico, ¿verdad? —dijo Tudor muy serio, tratando de mostrar auténtico interés, prueba de su exquisita educación.

Amy se rehízo de inmediato y, dejando el cesto sobre el asiento, preguntó entre risas:

—¿No le gustaría comer un poco de la ensalada que prepararemos con esta langosta y conocer a las encantadoras jóvenes que han sido invitadas a degustarla?

La frase era un prodigio de estrategia, porque tocaba dos de los aspectos a los que un hombre no sabe resistirse. La langosta hizo aflorar gratos recuerdos, y la curiosidad por conocer a «las encantadoras jóvenes» hizo que el joven olvidara lo cómico de la escena.

Supongo que si viene se pasará el rato haciendo bromas con Laurie y riéndose de nosotras, pero yo no los veré y eso es un gran consuelo, pensó Amy mientras Tudor hacía una reverencia y se despedía.

Al llegar a casa, no mencionó el incidente (a pesar de que descubrió que, al caer el cesto, el aliño le había manchado la falda y había echado a perder su vestido nuevo) y siguió con los preparativos, que le parecieron aún más fastidiosos que antes. A las doce en punto, todo estaba nuevamente dispuesto. Viendo que sus vecinos se interesaban mucho por sus movimientos, la joven deseó que el éxito de ese día borrara de la memoria el fracaso del anterior. Pidió que trajesen el char à banc para ir a buscar a sus amigas y conducir las al banquete.

—¡Ahí viene el carruaje, ya llegan! Iré a recibirlas al porche, es más hospitalario y quiero que mi pequeña pase un buen rato después del mal trago de ayer —dijo la señora March, poniéndose en marcha. Pero, tras echar un vistazo, volvió a entrar con una expresión indescriptible en el rostro. En el gran carruaje solo venían Amy y una señorita.

—Beth, corre y dile a Hannah que retire la mitad de la vajilla de la mesa. No tiene sentido recibir a una sola invitada con un servicio para doce —exclamó Jo corriendo hacia la cocina, demasiado conmocionada como para echarse a reír.

Amy entró muy tranquila y estuvo encantadora y cordial con la única invitada que había cumplido la promesa de asistir. El resto de la familia, como si se tratara de una función teatral, representó bien su papel y a la señorita Eliott le resultaron todos muy divertidos y alegres, aunque lo que en realidad ocurría era que les costaba contener la risa. Sirvieron la comida, visitaron el estudio y el jardín y conversaron animadamente sobre arte. Amy pidió un carruaje más pequeño —¡Lástima de char à banc!— y salió a pasear con su amiga por el vecindario hasta que el sol se puso y la fiesta negó a su fin.

Al volver caminando hacia casa, Amy parecía muy cansada pero tan entera como siempre. Al llegar comprobó que no quedaba el más mínimo vestigio de la desafortunada fête, salvo tal vez una sospechosa mueca en los labios de Jo.

—Ha hecho una tarde estupenda para ir de excursión, querida —dijo la madre tan respetuosamente como si las doce invitadas hubiesen acudido a la cita.

—La señorita Eliott es una joven muy amable y creo que lo ha pasado bien —comentó Beth, más atenta de lo normal.

—¿Me podrías dar un poco del pastel? Lo necesito de veras, no paro de recibir visitas y no soy capaz de hacer nada tan delicioso —explicó Meg muy seria.

—Llévatelo todo; soy la única a la que le gusta el dulce en esta casa y se estropearía antes de que pudiera terminármelo —respondió Amy, que lanzó un suspiro al pensar en las compras que tan generosamente había hecho ¡para terminar así!

—Es una pena que Laurie no esté aquí para ayudarnos —dijo Jo cuando se sentaron a comer helado y ensalada por cuarta vez en dos días.

La madre le lanzó una mirada disuasoria para evitar que los comentarios siguieran y, a partir de ese momento, todos comieron en heroico silencio, hasta que el señor March explicó:

—La ensalada era uno de los platos favoritos de nuestros antepasados y Evelyn... —El educado caballero interrumpió su culto discurso sobre la historia de la ensalada al ver que todas prorrumpían en carcajadas.

—Lo pondremos todo en un cesto y lo mandaremos a casa de los Hummel. A los alemanes les gustan estos platos. A mí me enferma solo mirarlos y no creo que tengamos que sufrir todos una indigestión porque yo haya sido una estúpida —exclamó Amy secándose las lágrimas.

—Cuando os vi a ti y a tu amiga en aquel chisme, como sea que le llames, y a mamá dándoos la bienvenida, creí que me daba un ataque. Parecíais dos gajos pequeñitos en una nuez enorme —dijo Jo, agotada de tanto reír.

—Siento mucho que te hayas llevado un disgusto, querida, pero hicimos lo que pudimos por complacerte —dijo la señora March en tono maternal y apesadumbrado.

—Estoy contenta. Logré lo que me propuse hacer y no es culpa mía si las cosas no salieron como esperaba. Ese es mi consuelo —dijo Amy con un ligero temblor en la voz—. Os agradezco mucho a todas vuestra ayuda y aún os estaría más agradecida si no volviésemos a hablar de este asunto durante un mes por lo menos.

Nadie sacó el tema en meses, pero a partir de entonces el uso del término *fête* provocaba una sonrisa general, y el día del cumpleaños de Amy, Laurie le regaló, a modo de amuleto, una langosta de coral para la cadena del reloj.



Capítulo 27

Lecciones de literatura



n buen día, la fortuna decidió sonreír a Jo y poner una especie de moneda de la suerte en su camino. No se trataba precisamente de una moneda de oro, pero dudo que medio millón de monedas le hubiese aportado una felicidad mayor que la que obtuvo por aquel medio.

Cada cierto tiempo, la joven se ponía el traje de escritora, se encerraba en su cuarto y, en palabras suyas, «se perdía en un torbellino», entregándose a la escritura de su novela en cuerpo y alma, consciente de que no recuperaría la paz hasta terminarla. El «traje de escritora» era un delantal negro en el que podía limpiar su pluma sin problemas y un gorro, adornado con un gracioso lazo rojo, bajo el cual se recogía el cabello al ponerse a trabajar. Para la familia, el gorro servía de aviso ya que, cuando lo llevaba puesto, lo mejor era mantenerse a distancia y asomar solo la cabeza de vez en cuando para interesarse por ella y preguntarle qué tal iba la inspiración. A menudo ni siquiera se atrevían a formular la pregunta y se limitaban a observar el gorro para saber cómo iba todo. Si el expresivo complemento estaba caído sobre la frente, significaba que la creadora se hallaba en plena actividad; en los momentos de entusiasmo, lo

llevaba ladeado, y si terminaba en el suelo era señal de que la autora había sufrido un ataque de desesperación. En tales momentos, el intruso se retiraba en silencio y no dirigía la palabra a Jo hasta que el lazo rojo volvía a erguirse orgulloso en lo alto de la cabeza de la prometidora autora.

Jo no creía tener un don pero, cuando la inspiración la visitaba, se entregaba por entero a la escritura y su vida le parecía feliz, ajena a las necesidades, las preocupaciones, y el mal tiempo; se sentía a salvo, y dichosa en un mundo imaginario repleto de unos amigos tan reales y queridos como los de carne y hueso. Sus ojos renunciaban al descanso del sueño, no probaba bocado, los días y las noches eran demasiado cortos para disfrutar de la felicidad que solo experimentaba en tales momentos y hacía que la vida valiese la pena, aunque no hiciese nada más. Aquel aflato divino solía durar un par de semanas, al cabo de las cuales la joven emergía del torbellino hambrienta, muerta de sueño, malhumorada o abatida.

Acababa de recuperarse de uno de esos ataques cuando la convencieron de que acompañase a la señorita Crocker a una conferencia y, en premio a su buena acción, volvió con una nueva idea. Formaba parte del ciclo de conferencias de los cursos populares, dirigidos a adultos e impartidos en Boston, y versaba sobre las pirámides. Habida cuenta del tipo de público al que iba dirigida, a Jo le sorprendió mucho la elección del tema, pero supuso que dar a conocer la gloria de los faraones a personas que vivían pendientes del precio del carbón y de la harina y tenían asuntos más urgentes por los que preocuparse que la Esfinge serviría para reparar una grave injusticia social o responder a una necesidad importante.

Llegaron pronto y, mientras la señorita Crocker se entretenía colocándose bien el talón de las medias, Jo se dedicó a observar el rostro de las personas que la rodeaban. A su izquierda, había dos señoras con la frente muy grande y gorros en consonancia que hablaban de los derechos de las mujeres mientras hacían bolillos. Más allá, estaba sentada una pareja de enamorados cogidos tímidamente de la mano, una melancólica solterona que comía caramelos de menta de una bolsa de pa-

pel y un anciano caballero que dormía la siesta oculto tras un pañuelo de cuello amarillo. A su derecha solo había un hombre enfrascado en la lectura de un periódico.

En la página había varias ilustraciones. Jo observó la que quedaba más cerca de ella y se preguntó qué deliberada concatenación de circunstancias requería una ilustración melodramática en la que un lobo mordía el cuello de un indio ataviado de guerrero que caía por un precipicio, mientras dos jóvenes caballeros furibundos, con los pies anormalmente pequeños y unos ojos demasiado grandes, se apuñalaban y, al fondo, una joven despeinada corría despavorida con la boca abierta. Cuando iba a pasar la página, el joven se percató de que Jo estaba mirando por encima de su hombro y, con el buen talante propio de los muchachos, le tendió la mitad del periódico y preguntó sin más:

—¿Le apetece leerlo? Es una historia de primera.

Jo aceptó con una sonrisa, porque los chicos le seguían resultando igual de simpáticos que siempre, y enseguida se enfrascó en el habitual laberinto de amores, misterios y asesinatos propios de los relatos de escaso valor literario en los que la pasión está de vacaciones y, cuando al autor le falla la imaginación, una gran catástrofe borra de un plumazo a la mitad de las dramatis personae mientras las restantes se regocijan de su caída.

—Es estupendo, ¿verdad? —preguntó el joven al ver que Jo llegaba al final del texto.

—Creo que tanto usted como yo lo haríamos mejor si nos lo propusiésemos —comentó Jo, divertida por la admiración que aquella basura despertaba en el joven.

—Yo me sentiría muy afortunado si lo lograra. Dicen que la autora se gana muy bien la vida con sus escritos. —Y señaló el nombre que aparecía bajo el título: la señorita S.L.A.N.G. Northbury.

—¿La conoce? —preguntó Jo con repentino interés.

—No, pero leo todas sus obras y tengo un amigo que trabaja en la redacción de este periódico.

—¿Y dice que se gana bien la vida escribiendo historias como esta? —Jo miró con mayor respeto el agitado grupo retratado

en la ilustración y el texto, adornado con una gran cantidad de signos de exclamación.

—¡Claro que sí! Sabe lo que le gusta a la gente y le pagan muy bien por escribirlo.

En ese momento, dio inicio la conferencia, pero Jo no se enteró de casi nada porque, mientras el profesor Sands sentaba cátedra sobre Belzoni, Keops, escarabeos y jeroglíficos, ella anotaba discretamente la dirección del periódico, resuelta a presentarse al concurso de narración anunciado en aquellas páginas y a hacerse con los cien dólares del premio. Cuando la conferencia terminó y el público se despertó, la joven ya había creado una magnífica fortuna en su imaginación (no sería la primera basada en el papel) y estaba absorta en la invención de la historia, tratando de decidir si el duelo debía ir antes de la fuga o después del asesinato.

Al llegar a casa, no comentó nada acerca de sus planes y, al día siguiente, se puso a trabajar, para inquietud de su madre, a la que siempre le generaba cierta angustia ver a su hija en brazos de las musas. Jo nunca había escrito relatos de este tipo y lo más parecido eran las dulzonas historias de amor que inventaba para el *Spread Eagle*. Su experiencia teatral y sus muchas y heterogéneas lecturas se convirtieron en una útil fuente de inspiración de la que extrajo ideas para efectos dramáticos, argumento, vocabulario y vestuario. La joven imprimió al relato toda la desesperación de que fue capaz dada su limitada experiencia con tan incómoda emoción y, puesto que había situado la trama en Lisboa, escogió un terremoto como sobrecogedor y apropiado *dénouement*. Con suma discreción, envió el manuscrito acompañado de una nota en la que decía que de no ganar el premio, con el que apenas se atrevía a soñar, la autora estaría dispuesta a vender la historia por la suma que considerasen adecuada.

Seis semanas son una espera muy larga, tanto más para una joven que ha de guardar un secreto. Pero Jo hizo tanto lo uno como lo otro, y cuando empezaba a perder la esperanza de volver a ver su manuscrito llegó una carta que casi la dejó sin respiración porque, al abrir el sobre, cayó sobre su regazo un

cheque por valor de cien dólares. Por unos segundos lo miró con los ojos muy abiertos, como si se tratase de una serpiente, luego leyó la carta y se echó a llorar. Si el agradable señor que redactó la amable misiva hubiese sabido cuánta felicidad iba a aportar su lectura, habría querido dedicar todo su tiempo libre, de tenerlo, a tan grato entretenimiento. Para Jo, la carta tenía más valor que el propio dinero porque la animaba a seguir y, tras años de duro esfuerzo, era maravilloso descubrir que había aprendido algo, aunque solo fuese para poder escribir una historia que causase sensación.

Pocas veces se ha visto una muchacha más orgullosa que Jo cuando, una vez recuperada de la emoción, se presentó ante la familia, con la carta en una mano y el cheque en la otra, para anunciar que había ganado el premio. Como es lógico, la noticia provocó un gran júbilo y, cuando el relato salió publicado, todos lo leyeron y lo comentaron. El padre dijo que el vocabulario era acertado; la historia de amor, natural y emotiva, y el suspense trágico, excelente, pero después meneó la cabeza y añadió, con su falta de materialismo habitual:

—Tú puedes hacer cosas mejores, Jo. Aspira a lo más alto y no pienses en el dinero.

—Pues yo creo que el dinero es lo mejor de todo. ¿Qué vas a hacer con semejante fortuna? —preguntó Amy contemplando el mágico fragmento de papel con sumo respeto.

—Invitaré a mamá y a Beth a pasar un par de meses junto al mar —contestó Jo sin pensarlo dos veces.

—¡Oh, qué generosidad! Pero no puedo aceptar, querida, sería demasiado egoísta por mi parte —exclamó Beth, que había dado palmas de alegría e inspirado hondo, como si le llegase ya el olor de la fresca brisa del océano, pero que enseguida rechazó el cheque que su hermana le tendía.

—Insisto en que debéis ir, he puesto todo mi empeño en ello. Esa es la razón por la que probé suerte y la razón por la que he triunfado. Cuando me mueve un afán egoísta, nunca logro nada, pero al esforzarme por ti lo he conseguido, ¿lo ves? Además, mamá necesita un cambio de aires y no te dejará sola, así que debes acompañarla. Me encantará verte volver, sonrosada y

con cara saludable. ¡Viva la doctora Jo, que cura a todos sus pacientes!

Al final, tras mucha discusión, fueron a la costa y, aunque Beth no volvió todo lo sonrosada que esperaban, sí estaba mucho mejor. Y la señora March afirmó que se había quitado diez años de encima. Jo se sintió satisfecha por la forma en que había invertido el dinero del premio y retomó el trabajo con mucho ánimo, decidida a conseguir más de aquellos deliciosos cheques. Aquel año, se hizo con varios más y empezó a sentirse un puntal para la familia porque, por arte y gracia de la literatura, sus «tonterías» servían para que todos viviesen mejor. «La hija del duque» pagó la factura de la carnicería, «La mano del fantasma» sirvió para cambiar la alfombra y «La maldición de los Coventry» resultó ser una bendición para la familia porque se tradujo en ropa y comida para todos.

Sin duda la riqueza es deseable, pero la pobreza también tiene sus virtudes y uno de los aspectos más dulces de la adversidad es la satisfacción que produce el trabajo, sea manual o mental. Muchas veces la sabiduría, la belleza y otras bendiciones de este mundo nacen de la necesidad. Jo conoció el sabor de la satisfacción y dejó de envidiar a las muchachas ricas al sentir que podía mantenerse por sí misma, sin tener que pedir un centavo a nadie.

Sus narraciones breves pasaron bastante inadvertidas, pero tuvieron su público. Animada por este hecho, la joven decidió dar un paso más e ir a buscar fama y fortuna. Después de reescribir su novela cuatro veces, leería en voz alta a amigos de confianza y hacérsela llegar, temblorosa y llena de reticencias, a tres editores, al fin recibió una oferta que implicaba suprimir un tercio de las páginas y omitir las partes de las que se sentía más orgullosa.

—Ahora tengo que decidir si la vuelvo a guardar en la cocina del desván y la dejo que críe moho, la imprimo por mi cuenta y riesgo o la corto en pedacitos para que me la compren y me den algo por ella. Seguro que tener a alguien famoso en casa es muy agradable, pero creo que el dinero es más útil, así que

me gustaría que tomásemos esta decisión entre todos —dijo Jo, que había reunido un consejo familiar.

—Hija, no estropees tu libro porque está mejor de lo que crees y has desarrollado muy bien el argumento. Déjalo reposar y madurar —le aconsejó el padre, que predicaba con el ejemplo puesto que había dejado madurar treinta años su propia obra y no tenía prisa en recoger el fruto aun estando ya en sazón.

—Yo creo que es mejor que pruebe suerte ahora a que espere —apuntó la señora March—. Afrontar la crítica es la mejor prueba para el trabajo, porque permite descubrir virtudes y defectos insospechados y sirve de guía para mejorar en la siguiente ocasión. Nosotros somos demasiado parciales, pero las alabanzas o críticas de terceros podrían ser muy útiles, aunque eso implique ganar poco dinero de entrada.

—Sí —dijo Jo arqueando las cejas—. Tienes razón. Llevo demasiado tiempo dándole vueltas a la novela y ya no sé si es buena, mala o regular. Me vendría bien que la leyeran personas imparciales y me diesen su opinión.

—No quites una sola palabra, echarías a perder la historia, porque la gracia está en los pensamientos más que en la acción de los personajes, y si no dices tantos detalles sería un lío —apuntó Meg, que creía sinceramente que aquella era 1.ª mejor novela que se había escrito nunca.

—Pero el señor Allen dice: «Quita las explicaciones, acorta el texto para que gane intensidad y deja que sean los personajes los que cuenten la historia» —repuso Jo leyendo la carta del editor.

—Hazle caso, él sabe lo que vende; nosotros no. Haz un libro bueno, al alcance de todos los públicos, y gana tanto dinero como puedas. Con el tiempo, cuando te hayas hecho un nombre, podrás disertar e introducir personajes filosóficos y metafísicos en tus novelas —comentó Amy, que tenía una visión estrictamente pragmática del particular.

—Bueno —dijo Jo entre risas—, no es culpa mía si mis personajes son «filosóficos y metafísicos», porque lo único que sé de estos asuntos es lo que le oigo decir a papá de vez en cuando. Si alguna de esas sabias ideas se cuele en mis intrincadas historias de amor, mejor para mí. Beth, ¿tú qué opinas?

—Me gustaría verla publicada lo antes posible —respondió Beth, que sonrió al decirlo, pero recalcó sin darse cuenta las últimas palabras, lo que, junto con la expresión melancólica de sus ojos, que no habían perdido aún el candor de la infancia, hizo que se estremeciera con un oscuro presentimiento, y decidió que lo mejor era sacar a la luz su libro «lo antes posible».

Así pues, la joven autora puso su primera obra sobre la mesa y, con firmeza espartana, procedió a despedazarla con una crueldad propia de un ogro. En su afán por agradar a todos, atendió a todos los consejos y, como el anciano y el burro de la fábula, terminó por no satisfacer a nadie.

A su padre le gustaba mucho el toque metafísico que sin pretenderlo tenía la obra, así que la joven optó por dejarlo, aunque sin verlo del todo claro. Su madre pensaba que el texto pecaba de un exceso de descripciones, por lo que casi todas quedaron fuera, junto a aspectos importantes para la trabazón de la trama. Meg admiraba el carácter trágico, por lo que aumentó el grado de dramatismo para que quedara a su gusto, y, como Amy había puesto pegas a los pasajes cómicos, Jo, con la mejor intención, cambió el tono de algunas de las escenas más divertidas que servían para que la historia resultase menos sombría. Luego, para acabar de estropearlo, eliminó un tercio de las páginas y envió confiadamente la pobre y reducida novela, como un escogido petirrojo, al ajetreado y ancho mundo en busca de su destino.

La obra se publicó y ella cobró trescientos dólares. Recibió alabanzas y críticas en igual medida, muchas más de las que esperaba, lo que la sumió en un estado de agitación del que tardó en recuperarse.

—Mamá, dijiste que recibir críticas me sería de ayuda, pero ¿cómo es posible, cuando los comentarios son tan contradictorios que no sé si he escrito un libro prometedor o desobedecido los diez mandamientos? —exclamó la pobre Jo contemplando una pila de reseñas cuya lectura la había llevado del orgullo y la alegría a la cólera y el desánimo en cuestión de segundos—. Este hombre dice: «Un libro exquisito, lleno de verdad, belleza y ternura; todo en él es dulzura, pureza y ejemplaridad» —leyó

la perpleja autora—. Y mira lo que dice el siguiente: «La tesis que defiende el libro es mala, está plagado de nociones perversas, ideas espiritistas y personajes poco creíbles». Bien, puesto que no defiende tesis alguna, no creo en el espiritismo y me he inspirado en la vida para crear mis personajes, no veo cómo podría tener razón este crítico. Otro opina: «Es una de las mejores novelas estadounidenses aparecidas en los últimos años». (Yo conozco unas cuantas mucho mejores). Y el siguiente afirma: «Aunque es un escrito original, lleno de fuerza y sentimiento, lo considero un libro peligroso». ¡Caray! Algunos se burlan, otros la alaban en exceso y casi todos creen que he querido defender una tesis, cuando de hecho la escribí para divertirme y ganar dinero. Preferiría haberla publicado entera o no haberla sacado a la luz, porque me horroriza que se me juzgue erróneamente.

La familia y los amigos la animaron y elogiaron cuanto pudieron, pero aquel fue un momento duro para la sensible y animosa Jo, que pretendía hacerlo tan bien y por lo visto lo había hecho tan mal. No obstante, la experiencia fue positiva, ya que aquellos cuya opinión tiene verdadero valor le ofrecieron las críticas, que son la mejor educación para un autor. Y cuando la decepción inicial se calmó, pudo reírse de su librito sin por ello dejar de creer en su obra y los golpes recibidos la hicieron sentir más sabia y más fuerte.

—No ser un genio como Keats no me matará —afirmó resuelta—. Es cuestión de verlo todo con humor. Resulta que los episodios que calqué de experiencias reales son calificados de imposibles y absurdos, y las escenas inventadas con mi tonta imaginación se consideran «encantadoramente naturales, tiernas y verdaderas». Me consuelo con eso y, cuando me sienta preparada, escribiré otra novela.



Capítulo 28

Experiencias domésticas



l igual que la mayoría de las recién casadas, Meg inició su vida matrimonial decidida a convertirse en un ama de casa ejemplar. John debía encontrar un paraíso en su hogar, ver siempre una sonrisa en su rostro, comer como un rey y no echar en falta nunca ni un solo botón. La joven se entregó a la tarea con tanto amor, energía y alegría que era imposible que no lo lograra, a pesar de algunos obstáculos. El paraíso resultó no ser un lugar tranquilo, porque la mujercita armaba mucho ruido, en su afán por complacer vivía angustiada y no paraba en todo el día, como la Marta bíblica, ocupada en mil labores. A menudo estaba tan cansada que no le quedaban fuerzas ni para sonreír. Después de unas cuantas comidas refinadas, John empezó a sufrir de indigestión y, en una muestra de ingratitud, rogó a su esposa que preparase platos más sencillos. En cuanto a los botones, la joven no tardó en preguntarse dónde iban a parar todos los que su descuidado marido perdía y llegó a amenazarle con dejar que se los cosiera él mismo para ver si así aguantaban mejor sus tirones impacientes y la torpeza de sus dedos.

Aún después de descubrir que no podían vivir solo de amor, la pareja era muy feliz. Meg no le parecía menos bella a John

por el hecho de verla sonreír mientras preparaba el café, ni a Meg le resultaba menos romántica la despedida diaria de su esposo cuando este, después de besarla, preguntaba: «Querida, ¿qué quieres que traiga para la cena, ternera o cordero?». La pequeña vivienda dejó de ser un lugar de ensueño y se convirtió en un auténtico hogar, un cambio que la pareja agradeció. Al principio, parecían dos chiquillos jugando todo el día, siempre alegres, pero poco a poco John se centró en el trabajo, consciente como era de ser el cabeza de familia, y Meg sustituyó sus mandiles de batista por un gran delantal y se puso a trabajar con mucha energía y, como ya hemos señalado, poca discreción.

Mientras estuvo bajo el influjo de la pasión culinaria, siguió las instrucciones del recetario de la señora Cornelius y, como un estudiante que ha de resolver un ejercicio de matemáticas, buscaba la solución a cada problema con paciencia y esmero. A veces invitaba a su familia para compartir un festín de aciertos excesivamente abundante, y en otras ocasiones entregaba en secreto a Lotty una remesa de intentos fallidos que terminaban en los agradecidos estómagos de los pequeños Hummel. En las tardes en que hacía cuentas con su esposo, su entusiasmo culinario caía temporalmente y apostaba por una frugalidad que se traducían en pudín de leche y pan, carne picada y café recalentado, lo cual ponía a prueba la paciencia del pobre hombre, que, no obstante, lo soportaba todo con encomiable fortaleza. Sin embargo, antes de encontrar un punto medio, Meg añadió al ajuar doméstico una colección de tarros, algo sin lo cual pocas parejas jóvenes salen adelante.

Movida por el ansia de surtir su despensa con productos caseros, la joven decidió hacer mermelada de grosella. Pidió a John que trajese una docena de tarros pequeños y algo de azúcar, pues las grosellas que tenían ya estaban maduras y quería aprovecharlas antes de que se echasen a perder. John consideraba que «mi esposa» no tenía nada que envidiar a otras y se sentía muy orgulloso de sus habilidades, por lo que decidió complacerla y dejar que transformase su única cosecha de fruta en agradables conservas para el invierno. Volvió a casa con una docena de tarritos preciosos, medio barril de azúcar y un

niño al que contrató para que recogiese las grosellas. Con su hermoso cabello recogido y cubierto con un gorrito, las mangas subidas hasta los codos y un delantal de cuadros que resultaba muy coqueto, a pesar del peto, la joven ama de casa se puso manos a la obra, segura de su éxito. ¿Acaso no se lo había visto hacer cientos de veces a Hannah? Al principio, la hilera de potes la intimidó un poco, pero se dijo que merecía la pena llenarlos todos porque a John le gustaba mucho la mermelada y los tarros lucirían mucho en el estante superior de la despensa. Pasó el día preparando, cociendo y colando. Hizo cuanto pudo, buscó consejo en el libro de la señora Cornelius, se exprimió el cerebro tratando de recordar qué podría hacer Hannah que ella hubiese olvidado, volvió a cocer, añadir azúcar y colar, pero no conseguía que aquella masa horrenda pareciese mermelada.

Estuvo a punto de ir corriendo a casa, sin quitarse siquiera el delantal, y pedir a su madre que le echase una mano, pero John y ella habían acordado que no molestarían a los demás con sus preocupaciones, experimentos o peleas. Al pronunciar la última palabra habían reído como si la simple idea de que pudiesen llegar a pelearse resultase ridícula, pero estaban dispuestos a resolver cualquier cosa solos, sin que interviniese un tercero, tal como los había aconsejado la señora March. Así que, en aquel caluroso día de verano, Meg lidió sola con la reacia mermelada hasta que a las cinco en punto, derrotada, se sentó en su diminuta cocina, se limpió las embadurnadas manos y se echó a llorar.

En los primeros tiempos de su nueva vida, acostumbraba a decir: «Mi esposo podrá traer a un amigo a comer cuando quiera. Yo estaré siempre lista y me ocuparé de todo sin nervios, sin prisas y sin malas caras. Cuando llegue, encontrará la casa limpia, una esposa feliz y una buena comida. Así pues, John, querido, no tienes ni que pedirme permiso, puedes invitar a quien sea con la seguridad de que os brindaré una cálida acogida».

¡Qué maravilloso sonaba aquello! A John le brillaban los ojos al oírla y se sentía un hombre muy afortunado por tener una esposa insuperable. Pero lo cierto era que, aunque habían recibido algunas visitas, las cosas nunca salían como estaba previsto

y Meg aún no se había podido lucir como deseaba. Es lo que suele ocurrir en este valle de lágrimas, y en tales ocasiones solo nos queda preguntarnos por qué, lamentarnos y sobrellevarlo lo mejor posible.

Si John no hubiese olvidado por completo lo de la mermelada, habría sido imperdonable que, de todos los días del año, escogiese justo aquel para invitar a un amigo a comer sin avisar. Seguro de que en casa le aguardaba, lista para servirse, la apetecible comida que había pedido por la mañana, el joven, llevado por la irrefrenable emoción del recién casado, había rogado a su amigo que le acompañase, deleitándose de antemano con el encantador efecto que le produciría ver a su hermosa esposa salir a recibirlos.

Pero este es un mundo de decepciones, como John descubrió al llegar a Dovecote. La puerta principal, que solía estar abierta en señal de hospitalidad, estaba cerrada a cal y canto, y los escalones seguían sucios con el barro del día anterior. Las ventanas de la sala estaban igualmente cerradas, con las cortinas corridas, y nada hacía sospechar que dentro hubiese una bella esposa cosiendo, vestida de blanco y con un atractivo lazo en el pelo, ni una anfitriona radiante y sonriente a punto de salir a dar la bienvenida a sus huéspedes. No encontraron nada de eso, pues no vieron a nadie, salvo a un muchacho, que parecía manchado de sangre, dormido bajo el grosellero.

—Debe de haber pasado algo, Scott; espérame en el jardín. Iré a buscar a mi esposa —dijo John, alarmado por el silencio y la soledad del lugar.

Fue rápidamente a la parte trasera de la casa, tras el rastro de un intenso olor a azúcar quemado. El señor Scott lo siguió de lejos, con cara de extrañeza, y se detuvo a una distancia prudente cuando el señor Brooke desapareció de su vista; aun así, lo oía y veía todo y, siendo un hombre soltero, el panorama le divirtió de lo lindo.

La confusión y el desespero se habían apoderado de la cocina. La primera remesa de mermelada chorreaba de los tarros, otra yacía en el suelo y la tercera se quemaba alegremente en el fogón. Lotty, con flema teutona, comía pan y bebía zumo de gro-

sella, ya que la fruta seguía en estado líquido, mientras la señora Brooke lloraba desolada, cubriéndose el rostro con el delantal.

—Querida mía, ¿qué ocurre? —preguntó John al entrar corriendo, angustiado por visiones de manos escaldadas e inesperadas malas noticias, y secretamente incómodo por tener a un invitado esperando en el jardín.

—¡Oh, John, estoy muy cansada, acalorada, enfadada y preocupada! Lo he intentado sin parar hasta no poder más. Ven a ayudarme o moriré. —Y la exhausta ama de casa se arrojó a sus brazos para brindarle una dulce bienvenida en sentido muy literal, puesto que su delantal estaba tan lleno de mermelada como el suelo.

—¿Qué te preocupa, querida? ¿Ha ocurrido algo malo? —preguntó ansioso John, besando tiernamente la parte superior de su gorrito, que se había ladeado.

—Así es —respondió Meg llorando desolada.

—Cuéntame de qué se trata. No llores más, no soporto verte así. Desahógate, amor mío.

—La mermelada no queda bien y ¡no sé qué hacer!

John Brooke rio como nunca, de una forma que no se atrevería a repetir. Divertido, Scott sonrió al oír la alegre carcajada, que puso fin a los lamentos de la pobre Meg.

—¿Eso es todo? Tírala por la ventana y no te preocupes más por eso. Te compraré toda la que quieras pero, por amor de Dios, no te pongas histérica porque he invitado a Jack Scott a cenar y...

John no pudo seguir hablando porque Meg se separó, unió las manos en un gesto dramático y se dejó caer sobre una silla, exclamando con una mezcla de indignación, reproche y desaliento:

—¡Un invitado para la cena y todo está hecho un desastre! John Brooke, ¿cómo has podido hacer algo así?

—Chist... Está en el jardín, olvidé que ibas a hacer mermelada, pero ya no hay remedio —dijo John angustiado por lo que podría ocurrir a continuación.

—Tendrías que haber enviado a alguien a avisarme o haberme comentado algo esta mañana y, ante todo, tendrías que haber recordado que hoy iba a estar muy atareada —prosiguió

Meg malhumorada, porque hasta las palomas dan picotazos cuando se enfadan.

—Esta mañana no sabía que le iba a invitar y no he tenido tiempo de mandar a nadie a avisarte porque me encontré con él cuando venía hacia casa. No creí que tuviese que pedir permiso, siempre me dices que haga lo que quiera. Hasta ahora no lo había intentado y ¡que me cuelguen si lo vuelvo a hacer! —añadió John con aire contrariado.

—¡Espero que así sea! Llévatelo de aquí de inmediato. No quiero ni verle y no he preparado nada para la cena.

—Vaya, ¡esta sí que es buena! ¿Y qué ha sido de la carne y la verdura que traje y del pudín que prometiste preparar? —exclamó John yendo a toda prisa hacia la despensa.

—No he tenido tiempo de cocinar nada; pensaba ir a cenar a casa de mi madre. Lo lamento, pero he estado demasiado ocupada. —Y Meg empezó a llorar de nuevo.

John era un buen hombre, pero humano al fin y al cabo, y después de un día de trabajo agotador, volver a casa cansado y hambriento para encontrar todo hecho un lío, nada que comer y a su mujer de pésimo humor no era precisamente lo que más le apetecía. Aun así, se contuvo, consciente de que la pequeña rencilla podría derivar en algo mucho peor si pronunciaba una palabra desafortunada.

—Ha sido un error, lo reconozco, pero si me echas una mano lo podremos arreglar y pasar un buen rato. No llores, querida, haz un pequeño esfuerzo y prepáranos algo para comer. Somos como dos cazadores hambrientos, nos comeremos lo que sea, sin rechistar. Danos un poco de pan con queso y embutido; prometo que no te pediré mermelada.

Esto último lo dijo en son de broma, con su mejor intención, pero la frase selló su destino. Meg consideró que la alusión a su triste fracaso resultaba demasiado cruel y perdió el último átomo de paciencia que le quedaba al decir:

—Pues tendrás que subsanar el error tú solo, lo mejor que sepas. Estoy demasiado agotada para esforzarme por nadie. Es muy propio de un hombre proponer que le demos un vulgar plato de pan con queso a un invitado. Yo no haré nada pareci-

do en mi casa. Lleva a Scott a casa de mi madre y dile que yo no estoy, que he enfermado o que estoy muerta, lo que sea. No pienso recibirle, y vosotros dos os podéis reír de mí y de mi mermelada cuanto os plazca; no comeréis nada aquí. —Y habiendo dicho lo que quería de un tirón, Meg se quitó el delantal, abandonó la escena y se fue a lamentarse a su habitación.

Nunca supo qué hicieron los dos hombres en su ausencia, pero el señor Scott no fue a comer a casa de su madre y, cuando Meg bajó, una vez que se hubieron ido, descubrió con horror sobras de una frugal cena, Lotty le explicó que habían comido y reído mucho, y que el señor le había ordenado que tirase la mermelada y escondiese los tarros.

Meg sintió el impulso de ir a ver a su madre y contarle lo ocurrido, pero la vergüenza por su fracaso y su lealtad hacia John, «que puede que sea cruel, pero nadie debe saberlo», la refrenaron. Recogió un poco la casa, se arregló y se sentó a esperar a su marido para hacer las paces.

Por desgracia, John no volvió, porque no veía el asunto del mismo modo. Había bromeado con Scott, disculpado a su mujercita lo mejor que había sabido y tratado a su huésped con la máxima hospitalidad. Su amigo disfrutó con la improvisada cena y prometió volver en otra ocasión. Pero, aunque no lo mostrase, John estaba enfadado. Consideraba que Meg le había puesto en un aprieto y, después, lo había abandonado cuando más la necesitaba. No es justo, pensaba, decirle a un hombre que puede traer amigos a casa siempre que quiera, con total libertad, y, cuando te toma la palabra, montar en cólera, reñirle y dejarle solo ante el problema para que el otro se burle o se apiade de él. No, ¡por todos los santos! Eso no se hace y Meg debería saberlo. Mientras comía, la procesión iba por dentro pero, una vez superado lo peor, mientras regresaba a casa después de despedirse de Scott, su ánimo se calmó. ¡Pobrecilla! He sido demasiado duro con ella, que se ha esforzado tanto por complacerme. Lo que ha hecho está mal, pero es muy joven. Debo ser más paciente y enseñarle a comportarse. John esperaba que no hubiese ido a su casa con el chisme; detestaba los cotilleos y que terceras personas se entrometiesen en su vida.

Solo de pensarlo se puso de mal humor, pero al imaginar a Meg llorando hasta caer enferma se le ablandó nuevamente el corazón y apuró el paso, resuelto a mostrarse sereno y tierno, pero también firme para que su mujer entendiese que había desatendido sus deberes de esposa.

Meg había decidido asimismo mostrarse serena y tierna, y enseñarle cuál era su obligación como esposo. Quería correr a su encuentro, pedirle perdón, besarle, encontrar consuelo en sus brazos, pero, por supuesto, no hizo nada semejante y, cuando vio a John llegar, empezó a canturrear con fingida naturalidad, mientras se mecía y cosía como una mujer ociosa vestida con sus mejores galas.

John se sintió algo decepcionado al no encontrar a una tierna Níobe pero, convencido de que era ella quien debía disculparse primero, no dijo nada. Entró tranquilamente y se tumbó en el sofá, desde donde hizo el interesante comentario que sigue:

—Cariño, va a haber luna llena.

—Me parece bien —fue la balsámica respuesta de Meg.

El señor Brooke sacó a colación unos cuantos temas más de interés general, a los que la señora Brooke fue respondiendo con escasa emoción, hasta que la conversación languideció. John se acercó entonces a la ventana, abrió el periódico y se envolvió con él, en sentido figurado. Meg fue a la otra ventana y cosió nuevos adornos en unas zapatillas como si le fuese la vida en ello. Ninguno de los dos dijo nada; ambos se mostraban «serenos y firmes» y ambos se sentían desesperadamente incómodos.

¡Oh, Dios!, pensó Meg, la vida de casada es muy dura y, además de amor, requiere una paciencia infinita, tal y como dice mamá. La palabra «mamá» le trajo a la memoria otro consejo materno recibido años atrás que ella había acogido con disgusto: «John es un buen hombre, pero tiene sus defectos, y tú debes aprender a verlos y a soportarlos, sin olvidar que también tienes los tuyos. Es muy firme pero, si razones con él con dulzura y no le llevas la contraria con impaciencia, no se mostrará obstinado. Es estricto, sobre todo en lo referente a contar siempre la verdad, y esa es una virtud, aunque a ti te resulte

incómoda. Meg, no le engañes nunca ni con tus palabras ni con tus actos y él confiará en ti como mereces y te brindará su apoyo. Tiene un carácter distinto del nuestro. Nosotras explotamos pero se nos pasa enseguida; a él le cuesta mucho enfadarse pero, cuando lo hace, no es fácil de aplacar. Cuida de no despertar su furia y recuerda que tu paz y tu felicidad dependen de no perder su respeto. Vigila lo que haces y lo que dices y, en caso de que los dos cometáis un error, discúlpate primero para evitar que surjan esas pequeñas rencillas, malentendidos y malas palabras que provocan un amargo pesar y arrepentimiento».

Meg recordó aquellas palabras, sobre todo las últimas, mientras bordaba en el crepúsculo. John y ella vivían su primera gran desavenencia; las desagradables frases que había dicho le parecían necias y duras al pensar en ellas, su enfado se le antojaba pueril, y al imaginar al pobre John volviendo a casa para encontrar semejante escena se le ablandó el corazón. Le miró con lágrimas en los ojos, pero él no se dio cuenta. Dejó su labor y se levantó, decidida a ser la primera en decir «lo siento», aunque él no parecía prestar atención. Cruzó la estancia muy lentamente, porque le costaba tragarse el orgullo, y se detuvo ante su esposo, pero él no levantó los ojos para mirarla. Por unos segundos la joven se sintió incapaz de seguir adelante, pero entonces pensó: Esto no es más que el principio. Yo haré lo que debo hacer y así no tendré nada que reprocharme. Se inclinó y besó dulcemente a su esposo en la frente. Eso bastó para arreglar las cosas. Aquel beso de arrepentimiento resultó mejor que ningún discurso, y John la sentó sobre sus rodillas y dijo con gran ternura:

—No estuvo bien que me burlase de lo de la mermelada; te pido perdón, querida, y prometo no hacerlo nunca más.

Pero lo hizo, ¡válgame el cielo si lo hizo! Cientos de veces, y Meg también; ambos declararon que aquella era la mermelada más dulce de sus vidas, porque los tarritos sirvieron para conservar la paz familiar.

Después de aquello, Meg invitó al señor Scott a una cena formal y le sirvió un festín estupendo que no incluía una mujer airada como primer plato. Estuvo tan alegre y ocurrente, y todo

salió tan bien, que el señor Scott comentó a John que era un hombre afortunado por estar casado con ella y fue musitando acerca de las miserias de la vida de soltero de camino a su casa.

El otoño trajo consigo nuevos retos y experiencias. Sallie Moffat recuperó la amistad con Meg e iba con frecuencia a la casita a contarle algún cotilleo o a invitar a la «pobrecilla» a pasar el día en su gran mansión. A Meg le agradaba su presencia, porque el mal tiempo la hacía sentirse algo sola; todos en su familia estaban muy ocupados, John no volvía hasta la noche y ella no tenía nada que hacer salvo coser, leer o arreglar el jardín. Así pues, empezó a salir a pasear y charlar con su amiga. Al ver las bonitas pertenencias de Sallie, volvió a añorar tener cosas similares y se compadeció de sí misma por su falta. Sallie era muy amable y siempre quería regalarle algún capricho, pero Meg se negaba a aceptarlos, consciente de que John no lo aprobaría. Pero al final la alocada mujercita terminó por hacer algo que disgustó mucho más a John.

Meg sabía siempre cuánto ganaba su marido y agradecía que él confiase en ella en un asunto —el dinero— que muchos hombres parecen valorar más que la felicidad. Sabía dónde lo guardaba y podía tomar lo que precisase siempre y cuando llevase un registro de cada centavo gastado, pagase las facturas una vez al mes y no olvidase que era la mujer de un hombre pobre. Hasta ese momento, lo había hecho bien, había sido prudente y meticulosa, había anotado todo pulcramente en el cuaderno de cuentas y se lo había mostrado cada mes, sin miedo. Sin embargo, aquel otoño la serpiente llegó al paraíso de Meg y la tentó no con manzanas, sino con vestidos, que son la tentación natural de las Evas modernas. A Meg le desagradaba sentirse pobre y que los demás se apiadasen de ella. Le irritaba sobremanera, pero no estaba dispuesta a reconocerlo, así que de vez en cuando se consolaba comprando algo bonito para que Sallie no pensase que tenía que apretarse el cinturón. Siempre se sentía fatal después, porque las cosas bonitas que adquiría rara vez eran necesarias pero, como no costaban demasiado, no tenía de qué preocuparse. Sin embargo, la cuantía de los

caprichos fue subiendo y, cuando iba de tiendas con su amiga, ya no se contentaba con mirar sin comprar.

Pero las fruslerías cuestan más de lo que uno imagina, y cuando a final de mes hizo cuentas, se asustó al descubrir el total gastado. Aquel mes, John estaba muy ocupado y dejó que ella se encargase de las facturas. Al mes siguiente, estuvo ausente, pero en el tercero tuvo lugar una revisión que Meg no olvidaría jamás. Días antes, había hecho algo terrible que pesaba sobre su conciencia. Sallie había adquirido varias piezas de seda y Meg se moría por una —solo una— clara y bonita para las fiestas, porque su vestido negro estaba muy visto y solo las jovencitas podían llevar prendas finas por la noche. Por Año Nuevo, la tía March solía regalar a las hermanas una moneda de veinticinco dólares; apenas faltaba un mes para eso, la preciosa tela de seda violeta era una auténtica ganga y ella disponía del dinero, tan solo tenía que atreverse a cogerlo. John siempre decía que todo lo suyo era de ella, pero ¿le parecería bien que gastase los veinticinco dólares que esperaba conseguir y otros tantos del presupuesto familiar? Esa era la cuestión. Sallie la había animado a hacerlo, se había ofrecido a prestarle el dinero y, movida por la mejor de las intenciones, había tentado a Meg hasta un extremo en el que la joven ya no podía resistirse. En mal momento el vendedor, señalando los encantadores y brillantes pliegues, dijo: «Señora, es una ganga, se lo aseguro». Y ella repuso: «Me lo llevo». Cortaron la tela y la pagaron. Sallie estaba exultante y Meg rio como si la compra careciese de importancia, pero se sintió como quien acaba de robar algo y tiene a la policía pisándole los talones.

Cuando llegó a casa, trató de mitigar el remordimiento contemplando la belleza de la seda, pero entonces le pareció que brillaba menos, que no le favorecía tanto como esperaba y creyó ver estampadas en las dos caras de la tela las palabras «cincuenta dólares». La alejó de su vista, pero la imagen de la tela la perseguía no como lo haría un hermoso vestido, sino como el fantasma de un terrible error difícil de subsanar. Aquella noche, cuando John cogió el libro de contabilidad, a Meg le dio un vuelco el corazón y, por primera vez desde que se casó, tuvo

miedo de su esposo. Sus amables ojos marrones podían resultar muy severos y, aunque él estaba especialmente contento, Meg sospechaba que la había descubierto y disimulaba. Como había pagado todas las facturas y las cuentas estaban al día, John la felicitó, y cuando se disponía a abrir el viejo billetero que llamaban «el banco», Meg, sabedora de que estaba vacío, le detuvo la mano y dijo con cierto nerviosismo:

—Todavía no has revisado mis gastos personales.

John nunca pedía verlos, pero ella insistía en compartirlos con él y le divertía la extrañeza masculina con la que él recibía las peculiares necesidades de las mujeres. Así, buscaba saber a qué correspondía el epígrafe «cordoncillos», la interrogaba con firmeza sobre el significado de «mañanita» o preguntaba, intrigado, cómo podía un tocado costar cinco o seis dólares si no era más que un pedazo de terciopelo con un par de cintas y tres capullos de rosa de tela. En aquella ocasión, él parecía dispuesto a pasar un buen rato analizando las cuentas de su esposa y fingiendo horrorizarse por su despilfarro, como hacía con frecuencia, aunque en verdad estuviese especialmente orgulloso de lo prudente que era su mujer.

La joven dejó las cuentas ante él y se colocó detrás de su silla, con la excusa de masajearle la frente para suavizar las arrugas provocadas por el cansancio. Y desde allí, con creciente temor, dijo:

—John, querido, me da vergüenza mostrarte estas cuentas porque en estos últimos días he gastado más de lo debido. Como ahora salgo más, necesito ciertas cosas... Sallie me aconsejó que las comprara y le hice caso. El dinero que me regalará mi tía por Año Nuevo cubrirá parte de los gastos; aun así, en cuanto lo hube comprado, me arrepentí. No quisiera que pensases mal de mí, querido.

John se rio, tiró de ella para atraerla hacia sí y, de buen humor, apuntó:

—No te escondas, no te voy a pegar por haberte comprado unas buenas botas. Estoy tan orgulloso de los pies de mi esposa que no me importa pagar ocho o nueve dólares por un calzado de calidad.

Las botas habían sido uno de los últimos caprichos que Meg había anotado en sus cuentas, y los ojos de John habían ido a dar con esa partida mientras la escuchaba. ¡Oh! ¿Qué pensará cuando descubra que me he gastado cincuenta dólares? ¡Qué horror!, se dijo la joven con un escalofrío.

—Es algo más que unas botas; se trata de un vestido de seda —dijo con la tranquila desesperación de quien desea que lo peor haya pasado ya.

—Bueno, querida, como dice el señor Mantalini, ¿a cuánto asciende el «dichoso total»?

John no solía hablar de ese modo y la miraba con su franqueza habitual, a la que ella siempre había sabido corresponder, hasta ese día. Meg pasó la página y volvió la cabeza al tiempo que señalaba la suma final, que ya hubiese sido difícil de aceptar sin los cincuenta dólares de más pero que, con ellos, resultaba escalofriante. Se hizo un silencio tenso que duró un minuto, tras el cual John dijo pausadamente, tratando de no mostrar su malestar:

—Bueno, supongo que cincuenta dólares no es demasiado para un vestido, con todos los adornos y chismes que hacen falta para que quede bien.

—Todavía no está hecho, ni siquiera está cortado —observó Meg con un suspiro de consternación, consciente de lo mucho que costaría confeccionarlo.

—Veinticinco varas de seda parece mucho para cubrir a una mujer menuda como la mía, pero estoy seguro de que irás tan elegante como la esposa de Ned Moffat —dijo John con tono seco.

—Sé que estás enfadado, John, pero no pude evitarlo. No pretendo malgastar tu dinero, no imaginé que esos pequeños gastos sumados fuesen a suponer tanto. Cuando veo a Sallie comprar todo cuanto se le antoja y compadecerse de mí por no poder hacerlo, no me puedo resistir. Intento conformarme, pero resulta muy duro. Estoy harta de ser pobre.

Esto último lo dijo tan bajo que pensó que él no lo había oído, pero lo hizo, y a John le dolió en lo más hondo porque se había privado de muchas cosas para que a Meg no le faltase de

nada. Ella deseó haberse mordido la lengua. John dejó los libros de cuentas a un lado, se puso en pie y dijo con voz temblorosa:

—Temía que algo así ocurriese. Haré lo que pueda, Meg.

Si John la hubiera reprendido, o incluso zarandeado, Meg no se habría sentido tan acongojada como al oírle pronunciar aquellas palabras. Corrió hacia él y le abrazó con fuerza, llorando de arrepentimiento.

—¡Oh, John, mi querido, dulce y trabajador marido! ¡No quería decir eso! He sido mala, falsa y desagradecida. ¿Cómo he podido decir algo así? Oh, ¿cómo he podido?

John, que tenía muy buen corazón, la perdonó de inmediato y no le hizo reproche alguno, pero Meg sabía que, aunque él no volviese a mencionarlo, lo que había hecho y dicho no era fácil de olvidar. Había prometido amarle en lo bueno y en lo malo, y ahora ella, su esposa, le reprochaba que fuese pobre, después de gastar sus ahorros sin consideración. Era horrible, pero lo peor de todo fue que John lo aceptó con tranquilidad y continuó como si nada hubiese pasado, salvo por el hecho de que permanecía hasta más tarde en el pueblo y se quedaba trabajando por las noches mientras ella lloraba hasta que se quedaba dormida. Una semana de arrepentimiento la puso al borde de una enfermedad, y cuando supo que John había anulado el encargo de su abrigo nuevo, la joven cayó en un estado de verdadera desesperación. Se quedó sorprendida cuando, al preguntarle por los motivos del cambio, él se limitó a contestar: «No me lo puedo permitir, querida».

Meg no dijo nada, pero al cabo de unos segundos John la encontró en el vestíbulo, con el rostro hundido en su viejo abrigo gris, llorando como si se le hubiese partido el alma.

Aquella noche, tuvieron una larga charla y Meg aprendió a amar aún más a su esposo a causa de su pobreza, porque esa circunstancia le había hecho un hombre, le había aportado fuerza y valor para luchar por sí mismo y le había otorgado una dulce paciencia para hacer frente a los defectos y carencias de los seres amados.

Al día siguiente, Meg se guardó el orgullo en el bolsillo y fue a ver a Sallie para contarle la verdad y pedirle que le hiciese el

favor de comprarle el corte de seda. La afable señora Moffat lo hizo de buena gana y tuvo el detalle de no regalársela de inmediato. Luego Meg fue a comprar un abrigo nuevo para John y, cuando este llegó, le pidió que se lo probara y le preguntó: «¿Te gusta mi nuevo vestido de seda?». Es fácil imaginar su respuesta, la emoción que le provocó el regalo y lo bien que fue todo a partir de ese momento. John volvía a casa más temprano, Meg ya no salía tanto, y la solícita mujercita ayudaba al feliz esposo a ponerse el abrigo nuevo por la mañana y a quitárselo por la noche. Así, el año transcurrió en paz hasta que, a mediados de verano, Meg vivió una experiencia nueva, la más profunda y tierna en la vida de toda mujer.

Laurie asomó por la cocina del Dovecote un sábado, con el rostro rojo de emoción, y fue recibido por todo lo alto por Hannah, que improvisó unos platillos con una sartén en una mano y una tapa en la otra.

—¿Cómo está la nueva mamá? ¿Dónde se ha metido todo el mundo? ¿Por qué no me avisasteis antes? —dijo Laurie con un sonoro suspiro.

—¡Está feliz como una reina! Todo el mundo está arriba rezando. No queríamos ningún torbellino por aquí. Entra en la sala y avisaré de que has venido. —Dicho esto, Hannah desapareció riendo por lo bajo, eufórica.

Jo apareció de inmediato, orgullosa, con un bulto envuelto en una mantita entre los brazos. Su expresión era seria, pero le brillaban los ojos y su voz denotaba una gran emoción contenida.

—Cierra los ojos y extiende los brazos —invitó.

Laurie retrocedió precipitadamente, escondió las manos tras la espalda y la miró con expresión suplicante.

—No, gracias, prefiero no hacerlo. Se me caería o lo aplastaría, seguro.

—Entonces, será mejor que no le veas —repuso Jo con tono tajante, y le dio la espalda para salir de la habitación.

—¡Está bien, lo haré! ¡Lo haré! Pero si pasa algo la responsable serás tú. —Obedeciendo las instrucciones de Jo, Laurie cerró los ojos mientras ella le entregaba el bulto. Al oír reír a Jo,

Amy, la señora March, Hannah y John, Laurie abrió los ojos y descubrió que tenía dos criaturas, una, en cada brazo.

¡No era de extrañar que se rieran! Laurie miraba incrédulo a las inocentes criaturas y a sus divertidos espectadores, con los ojos como platos y una expresión de pasmo tan divertida que ni un cuáquero hubiese podido evitar desternillarse; Jo terminó sentada en el suelo, muerta de risa.

—¡Por Júpiter, pero si son gemelos! —Durante varios minutos, aquella frase fue lo único que el joven alcanzó a decir, y la repetía una y otra vez. Por fin, con un aire tan cómico que inspiraba piedad, añadió—; ¡Por favor, que alguien me quite a los niños de los brazos! ¡Ya no puedo contener más la risa y temo que se me caigan al suelo!

John rescató a sus hijos y se paseó por la sala de arriba abajo con uno en cada brazo, como si fuese un iniciado en los misterios del cuidado de los recién nacidos, mientras Laurie reía hasta que se le saltaron las lágrimas.

—¿A que es la mejor broma de la temporada? No te he avisado porque quería darte una sorpresa, y estoy encantada de haberlo conseguido —dijo Jo cuando recuperó el aliento.

—Me he quedado patidifuso. ¡Qué divertido! ¿Son niños los dos? ¿Cómo los vais a llamar? Déjame que les eche un vistazo ahora. Jo, ayúdame, porque uno ya es demasiado para mí, ¡imagínate dos! —Laurie miró a los dos recién nacidos como si fuese un perro de Terranova, grande y benevolente, contemplando a dos gatitos.

—Niño y niña. ¿A que son preciosos? —dijo el orgulloso papá sonriendo mientras contemplaba a las dos criaturas, que tenían el rostro enrojecido y parecían ángeles sin alas.

—Son los críos más guapos que he visto nunca. ¿Cuál es cuál? —preguntó Laurie, muy inclinado para observar a los pequeños prodigios.

—Amy ha puesto un lazo azul al niño y otro rosa a la niña, como hacen en Francia; así es más fácil identificarlos. Además, uno tiene los ojos azules y el otro, marrones. Dales un beso, tío Teddy —dijo Jo con sorna.

—Me temo que no les gustará —repaso Laurie con una timidez poco habitual en él.

—Por supuesto que les gustará, están acostumbrados; cumpla con su deber de inmediato, señor —ordenó Jo para evitar que el joven se librase.

Laurie hizo una mueca y, obediente, dio a cada niño un besito en la mejilla con tal reparo que todos se echaron a reír y los críos se pusieron a llorar.

—¿Lo ves? ¡Sabía que no les gustaría! Fíjate, el niño se ha puesto a dar patadas y puñetazos como un auténtico hombrecito. ¡Eh, pequeño Brooke, métete con los de tu tamaño! —exclamó Laurie, divertido, al ver cómo el puñito trataba en vano de darle en el rostro.

—El niño se llamará John Laurence y la niña, Margaret, como su madre y como su abuela. La llamaremos Daisy para que no haya dos Megs en casa y supongo que al chico le llamaremos Jack, salvo que se nos ocurra un diminutivo mejor —explicó Amy con el interés propio de una tía.

—Podéis ponerle Demijohn y yo le llamaré Demi, para abreviar —elijo Laurie.

—Daisy y Demi... ¡Es perfecto! Sabía que Teddy encontraría una buena solución —exclamó Jo dando una palmada.

Y, en verdad, Teddy la encontró, porque a partir de ese momento los niños pasaron a llamarse Daisy y Demi.



Capítulo 29

Visitas



—¡Venga, Jo, ya es la hora!

—¿De qué?

—¿No me irás a decir que has olvidado que prometiste acompañarme a seis visitas en el día de hoy?

—He cometido muchos errores y locuras en mi vida, pero no creo que haya estado nunca tan majareta como para comprometerme a realizar seis visitas en un día, cuando necesito toda una semana para recuperarme de los efectos de una sola.

—Pues lo prometiste. Hicimos un trato; yo terminaba el retrato al carboncillo de Beth que me pediste y, a cambio, tú me acompañarías a corresponder a las visitas de nuestros vecinos.

—Te di mi palabra de acompañarte sí hacía buen tiempo y yo cumplo mi palabra como Shylock —dijo Jo, aludiendo al personaje de El mercader de Venecia, de Shakespeare—, pero, como veo nubes en el este, no iré.

—¡No seas remolona! Hace un día estupendo, no amenaza lluvia y tú siempre te jactas de no faltar a tus promesas, así que mantén tu palabra, ven y cumple con tu deber. Después te dejaré en paz otros seis meses.

En ese momento, Jo estaba concentrada confeccionando un vestido, como modista de la familia que era. Se enorgullecía de ser tan hábil con la aguja como con la pluma. El hecho de tener que dejar el patrón que estaba preparando para emperifollarse y salir de visita en un cálido día de julio era casi una provocación. Detestaba las visitas de compromiso y no las había hecho nunca, hasta que Amy la acorraló con aquella especie de pacto, chantaje o promesa. Llegados a ese punto, no tenía escapatoria; cerró las tijeras con fuerza, concentrando en el chasquido metálico toda su rebeldía, mientras repetía entre dientes que se acercaba una tormenta, hizo a un lado su labor, cogió el sombrero y los guantes con aire de resignación y comunicó a Amy que su víctima estaba lista.

—¡Jo March, eres tan terca que hasta un santo perdería la paciencia contigo! Supongo que no pretenderás ir de visita vestida así... —exclamó Amy mirándola perpleja.

—¿Por qué no? Llevo ropa limpia, informal y cómoda. Me parece el atuendo más adecuado para salir a dar un paseo por caminos polvorientos en un día de calor. Si a la gente le interesa más mi ropa que mi persona, no tengo el menor deseo de verlos. Puedes arreglarte por las dos e ir tan elegante como te plazca. A ti te compensa el esfuerzo, pero para mí no vale la pena; además, no me agrada emperifollarme.

—¡Santo Dios! —exclamó Amy con un suspiro—. ¡Ahora te has propuesto llevarme la contraria y hacerme perder tiempo para convencerte de que te arregles! No creas que a mí me gusta tener que pasar el día viendo a gente, pero nuestra familia tiene una deuda social con los vecinos y nos toca a ti y a mí saldarla. Mira, Jo, si te vistes bien y me ayudas a cumplir esta misión, haré lo que sea por ti. Cuando quieres, hablas tan bien, tienes un aspecto tan aristocrático y te portas tan educadamente que me siento orgullosa de ti. Me da vergüenza ir sola; por favor, acompáñame y cuida de mí.

—Eres una artista combinando halagos y argumentos para convencer a una hermana gruñona. ¡Mira que decir que puedo tener un aire aristocrático y educado, y que te da vergüenza ir sola! No sé cuál de las dos ideas resulta más absurda. Está bien,

puesto que no me queda más remedio, iré y haré lo que pueda, pero tú estás al mando de esta expedición, yo me limitaré a obedecer tus órdenes ciegamente. ¿Te parece bien? —dijo Jo, que pasó bruscamente de comportarse como una terca a ser un sumiso corderito.

—¡Eres un auténtico ángel! Ve a arreglarte y yo te indicaré cómo comportarte en cada casa, para que causes una buena impresión. Quiero que la gente te valore y así será si pones un poco de tu parte para ser un poco más sociable. Hazte un peinado favorecedor y ponte una rosa en el sombrero; dará un toque de color y matizará el aire tan serio que tiene tu ropa. Coge los guantes claros y el pañuelo bordado. Pasaremos por casa de Meg y le pediremos que me preste una sombrilla blanca, así tú podrás usar la mía gris.

Amy no dejó de dar instrucciones a su hermana mientras se arreglaba y, a pesar de seguirlas al pie de la letra, Jo no dejó de expresar su disgusto. Cuando se puso el vestido nuevo de organdí, suspiró; al sujetar con un lazo perfecto su sombrero, frunció el entrecejo; al colocarse bien el cuello, se peleó abiertamente con los imperdibles, y al sacudir el pañuelo, cuyos bordados irritaban tanto su nariz como aquella misión ofendía sus sentimientos, hizo una mueca.

Por fin, después de embutir sus manos en unos guantes estrechos que tenían dos botones y una borla, expresión máxima de elegancia, se volvió hacia Amy y con cara de tonta y voz sumisa anunció:

—Me siento fatal, pero si tú crees que he quedado presentable, moriré en paz.

—Estás muy bien; date la vuelta para que pueda echarte un último vistazo. —Jo obedeció, Amy dio unos últimos retoques y, por último, ladeando un poco la cabeza, comentó alegre—; Sí, servirá, El peinado perfecto, el sombrero blanco con la rosa resulta simplemente arrebatador. Echa hacia atrás los hombros y deja las manos quietas por mucho que te molesten los guantes. Tú sí sabes llevar bien un chal, yo soy incapaz. Da gusto verte, me alegra mucho que la señora Norton te regalase este; es sencillo pero bonito, y los pliegues que forma sobre tu brazo quedan

realmente bien. Dime, ¿llevo la capa torcida? Si me levanto un poco la falda, ¿queda bien? Me gusta que se me vean las botas, porque tengo unos pies muy bonitos, aunque no la nariz.

—Toda tú eres una belleza, un regalo para la vista —dijo Jo ajustando con aire experto la pluma azul que destacaba sobre la cabellera dorada de su hermana—. Por favor, señorita, explíqueme, ¿he de arrastrar mi mejor vestido por el polvo o puedo levantar la falda?

—Sujétala cuando camines y déjala caer cuando estés en el interior de la casa. Las faldas largas te favorecen más y debes aprender a arrastrar la cola de los vestidos con soltura. Te falta abotonar uno de los guantes. Hazlo ahora. Nunca estarás del todo bien si no cuidas los detalles, porque de ellos depende la gracia del conjunto.

Jo suspiró y abotonó el guante, con lo que, por fin, ambas estuvieron listas y partieron. Asomada a la ventana de la planta de arriba, Hannah las vio marchar y pensó que ambas parecían dos princesas.

—Bien, querida Jo, los Chester son personas muy elegantes, así que debes portarte con propiedad. No hagas comentarios fuera de tono ni digas nada que suene raro, ¿de acuerdo? Muéstrate serena, algo fría y callada, ya que esa actitud, además de resultar muy femenina, nos evitará problemas. Seguro que puedes comportarte de ese modo durante quince minutos —dijo Amy mientras se acercaban a la primera casa, después de que Meg les prestase la sombrilla blanca y les pasara revista con un niño en cada brazo.

—Veamos, «serena, algo fría y callada». Sí, creo que puedo lograrlo. He hecho de mujer cursi en una obra; trataré de recordar ese papel. Soy una actriz estupenda, tendrás ocasión de comprobarlo. De modo que, querida, tranquilízate, todo saldrá bien.

Amy suspiró aliviada, pero la traviesa Jo siguió sus instrucciones demasiado al pie de la letra. En aquella primera visita, se sentó con una pose perfecta y los pliegues del vestido elegantemente dispuestos, y se mostró tan serena como el mar en verano, tan fría como la nieve y más callada que una esfinge. La señora Chester no obtuvo respuesta cuando aludió a su «encan-

tadora novela» y las hijas probaron suerte con diversos temas —fiestas, picnics, ópera y moda— sin conseguir de Jo más que una sonrisa, un gesto de asentimiento o un escueto «sí» o «no». Amy le telegrafiaba indirectas para que hablase y le daba pataditas disimuladamente, sin resultado alguno. Jo permaneció en todo momento hierática, ajena a todo, distante e inexpresiva.

—¡Qué altiva y sosa es la mayor de los March! —oyeron comentar, por desgracia, a una de las hijas nada más cerrar la puerta. Jo rio por lo bajo mientras cruzaba el vestíbulo, pero Amy estaba muy disgustada por lo ocurrido y, con toda razón, culpó a Jo del fracaso de la empresa.

—¿Cómo has podido hacerme esto? Te pido que te comportes con dignidad y educación, y no se te ocurre más que convertirte en un trozo de piedra. En casa de los Lamb intenta ser más cordial, por favor; cuenta chismes como hacen todas las muchachas, habla de vestidos, de coqueteos y de todas las tonterías que salgan a colación. Son muchachas de buena sociedad y merece la pena estar a bien con ellas. No quiero que les causes una mala impresión.

—Seré cordial, reiré, contaré chismes y me mostraré escandalizada o admirada por cualquier estupidez que cuenten si así lo deseas. Me gusta mucho la idea. Ahora haré el papel de «joven encantadora». Sé cómo hacerlo, tomaré a May Chester como modelo, Verás cómo los Lamb comentan: «¡Qué muchacha tan agradable y divertida es esta Jo March!».

Su hermana no se quedó precisamente tranquila porque, cuando Jo se ponía a hacer el tonto, nadie sabía lo que podía ocurrir. La cara de Amy era un poema cuando la vio entrar en la sala, saludar y besar efusivamente a las todas las muchachas, sonreír con elegancia a un joven caballero y sumarse a la conversación con entusiasmo. La señora Lamb fue a buscar a Amy, que era su favorita, y la obligó a escuchar un largo relato sobre el último ataque de Lucrecia, mientras tres encantadores muchachos merodeaban cerca, a la espera de que la dama dejara de hablar para acudir al rescate de la joven, Desde donde se encontraba, Amy no podía vigilar a Jo, que parecía a punto de cometer una diablura y hablaba con tanta soltura y superfi-

cialidad como la dueña de la casa. A su alrededor se apiñaban varias personas, y Amy aguzó el oído con la esperanza de captar lo que decía. Las frases que alcanzaba a escuchar le resultaban inquietantes, los ojos abiertos y las manos alzadas de aquellos jóvenes avivaban su curiosidad y las carcajadas que su hermana arrancaba a su público le hicieron arder en deseos de participar de la diversión. Es fácil imaginar cómo sufría la pobre al escuchar fragmentos de conversación como el siguiente:

—¡Monta muy bien a caballo! ¿Quién le ha enseñado?

—Nadie; practicaba con la silla de montar y las riendas sobre la rama de un viejo árbol. Ahora puede montar cualquier cosa y nació la asusta. El mozo del establo le deja llevarse caballos por muy poco dinero porque ella los vuelve mansos y los prepara para que las damas puedan montarlos. Disfruta tanto haciéndolo que siempre le digo que, en el peor de los casos, podría ganarse la vida domando caballos.

Al oír aquello a Amy le costó contenerse, ya que su hermana la pintaba como una joven atrevida, que era lo que más temía en el mundo. Pero ¿qué podía hacer? La dueña de la casa seguía contándole sus penas y, antes de que pudiese librarse de ella, Jo volvió al ataque, revelando nuevos secretos e hiriendo aún más sus sentimientos con sus indiscreciones.

—Así es, aquel día Amy estaba desesperada porque tocios los caballos buenos estaban cogidos y solo quedaban tres en el establo. Uno estaba cojo, el otro ciego, y el último era tan terco que no había quien lo moviera del sitio.

—¿Cuál eligió? —preguntó un caballero entre risas, muy divertido por la anécdota.

—Ninguno. Le comentaron que en la granja que hay al otro lado del río tenían un caballo joven que nunca había montado ninguna dama y decidió probar suerte con él, porque era un animal hermoso y lleno de fuerza. ¡Menuda lucha! Para empezar, no había nadie que le pudiese llevar el caballo, así que tuvo que ir ella a buscarlo; con la silla sobre la cabeza, cruzó el río y fue hasta el establo. ¡El granjero se quedó de una pieza cuando la vio entrar!

—¿Y al fin montó el caballo?

—Por supuesto, y lo pasó en grande. Yo temí que volviese a casa descuajaringada, pero lo dominó enseguida y se divirtió como nadie.

—¡Eso es lo que yo llamo ser valiente! —comentó el joven Lamb, que miró con aprobación a Amy y se preguntó qué estaría contándole su madre para que la joven estuviese tan roja y pareciese tan incómoda.

Un instante después, Amy se puso aún más roja y se sintió todavía más incómoda porque la conversación derivó hacia el tema del atuendo. Una muchacha preguntó a Jo dónde había conseguido el sombrero que había lucido en un picnic, y la estúpida de Jo, en lugar de referirse al lugar en el que lo habían comprado dos años antes, respondió con una franqueza fuera de lugar:

—Es obra de Amy. Como no podemos comprar sombreros con estampados tan delicados, Amy nos los pinta. Tener una hermana artista es de lo más divertido.

—¡Qué idea tan original! —exclamó la señorita Lamb, que encontraba a Jo de lo más divertida.

—Eso no es nada, hace cosas mucho mejores. De hecho, no hay nada que no sea capaz de hacer. En una ocasión, quería unas botas azules para acudir a la fiesta que daba Sallie y, ni corta ni perezosa, pintó las que tenía de un celeste precioso y, al verlas, cualquiera hubiese jurado que eran de satén —prosiguió Jo mostrando un orgullo por las habilidades de su hermana que desesperaba a Amy hasta el punto de querer lanzarle algo a la cabeza.

—El otro día leímos un relato tuyo y nos gustó mucho —comentó la hija mayor de los Lamb con la intención de alabar a la joven escritora, que, a decir verdad, ni la miró. Jo no reaccionaba bien cuando alguien mencionaba sus obras; se ponía rígida, parecía ofendida o, como en aquella ocasión, cambiaba de tema con un comentario destemplado.

—Lamento que no tuvieras nada mejor para leer. Escribo basuras como esas porque se venden bien y a la gente corriente le gustan mucho. ¿Irás a Nueva York este invierno?

Habida cuenta de que la señorita Lamb había disfrutado con la lectura del relato, el comentario no era precisamente oportuno ni grato. Jo comprendió de inmediato que había cometido un grave error y, temerosa de meter aún más la pata, recordó de pronto que tenían que marcharse y se retiró con tanta precipitación que dejó a sus contertulios con la palabra en la boca.

—Amy, tenernos que irnos. Adiós, queridas, no dudéis en venir a visitarnos, os aguardamos con impaciencia, Señor Lamb, no me atrevo a invitarle pero, si usted las acompañase, también sería bien recibido. —Jo pronunció estas palabras imitando tan bien el tono engolado de May Chester que Amy salió a toda prisa de la sala, incapaz de aguantar por más tiempo las ganas de reír y de gritar.

—Ha ido de maravilla, ¿no te parece? —preguntó Jo satisfecha mientras se alejaban de la casa.

—No podía haber ido peor —replicó Amy con dureza—. ¿Qué mosca te ha picado para contar lo de la silla de montar, el sombrero, las botas y todo lo demás?

—¿Qué ocurre? Es divertido y a la gente le hace gracia. Saben que somos pobres, de modo que no hay por qué fingir que tenemos mozos de cuadra, comprarnos tres o cuatro sombreros por temporada o podemos adquirirlo todo con la misma facilidad que ellos.

—Pero no hay necesidad de contar nuestras miserias y exponer nuestra pobreza hasta ese grado. No tienes ni una gota de dignidad y nunca aprenderás a medir tus palabras —concluyó Amy con tono desesperado.

La pobre Jo se quedó abatida y se sonó con el tieso y duro pañuelo como si quisiese castigarse por una mala acción.

—Entonces, ¿cómo he de comportarme? —preguntó cuando se acercaban a la tercera casa.

—Como te dé la gana; yo me lavo las manos —espetó Amy por toda respuesta.

—Entonces, seré natural. Los chicos estarán en casa, así que me sentiré a gusto. Dios sabe que necesito cambiar de aires; tratar de ser elegante me sienta fatal —replicó Jo con irritación, visiblemente molesta por haber defraudado a su hermana.

Las jóvenes recibieron la entusiasta bienvenida de tres muchachos y varios niños, por lo que su ánimo mejoró de inmediato. Amy se dedicó a charlar con el señor Tudor, cuya esposa se encontraba a su vez de visita en otra casa, y Jo entretuvo a los más jóvenes, lo que supuso un cambio muy grato para ella. Escuchó con sumo interés sus experiencias en la universidad, acarició a varios caniches sin protestar, estuvo de acuerdo en que «Tom Brown era un tipo fetén», a pesar de lo poco elegante de la expresión, y cuando uno de los niños dijo que quería mostrarle la casa de su tortuga, accedió con una prontitud que hizo sonreír a la madre, que llegó en ese instante y fue inmediatamente despeinada por los efusivos abrazos de sus hijos, quienes crearon una coiffure que la mujer no habría cambiado por la de la más inspirada peluquera francesa.

Amy abandonó a su hermana a su suerte y se ocupó de su propio contento. El tío del señor Tudor se había casado con una dama inglesa, prima tercera de un lord, y eso hacía que Amy respetase mucho a aquella familia. Porque, a pesar de ser norteamericana, la joven sentía por los títulos nobiliarios esa admiración que afecta a muchos ciudadanos del Nuevo Mundo, una especie de lealtad inconfesa hacia los reyes que hizo que la nación más democrática de la Tierra se emocionase al recibir la visita de un jovencito regio de cabellos dorados pocos años antes. Algo que sin duda refleja el amor que este país joven profesa a su viejo referente; un amor similar al que siente un hijo adulto por una madre autoritaria que, tras retenerle a su lado cuanto ha podido, le deja al fin separarse sin quejas cuando aquel se rebela. Pero ni siquiera la satisfacción de conversar con un pariente lejano de la nobleza británica logró que Amy perdiese la noción del tiempo, por lo que, transcurrido el plazo que consideró oportuno, se despidió de su aristocrático interlocutor y fue a buscar a Jo, rogando fervientemente no encontrar a su incorregible hermana haciendo algo que manchase el buen nombre de los March.

Lo cierto es que podría haber sido peor, pero Amy juzgó el hecho suficientemente malo. Jo estaba sentada en la hierba, rodeada de críos, con un perro con las patas sucias sobre la falda

de su vestido de fiesta, relatando una de las travesuras de Laude para deleite de quienes la escuchaban. Un niño empujaba a unas tortugas en la preciada sombrilla de Amy, otro comía pan de jengibre encima del mejor gorro de Jo y un tercero lanzaba al aire sus guantes como si se tratase de una pelota. Pero todos lo estaban pasando bien, y cuando Jo recogió sus maltrechas pertenencias, la siguieron hasta la puerta y le rogaron que volviese pronto a hablarles de las travesuras de Laude.

—Estos chicos son estupendos, ¿verdad? Me siento rejuvenecida después de haber estado con ellos —apuntó Jo, que caminaba con las manos en la espalda, en parte por costumbre y en parte para que su hermana no viese las salpicaduras de la sombrilla.

—¿Por qué siempre evitas al joven Tudor? —preguntó Amy, que tuvo la delicadeza de abstenerse de comentar el deplorable aspecto de su hermana.

—No me cae bien; se da aires de importancia, se burla de sus hermanas, lleva de cabeza a su padre y no habla con respeto de su madre. Laude dice que es un alocado y a mí no me parece que merezca la pena tenerle entre mis amistades, así que le dejo tranquilo.

—Procura al menos tratarle con educación. Le saludaste con una frialdad inusitada y, en cambio, ahora acabas de dedicar una gran sonrisa a Tommy Chamberlain, que no es más que el hijo del tendero. Sería más adecuado que invirtieses el orden, sonrieses al primero y saludases de lejos al segundo.

—No haré tal cosa —replicó Jo con terquedad—. El joven Tudor no me inspira simpatía, respeto ni admiración, por mucho que la sobrina del sobrino del tío de su abuelo sea prima tercera de un lord. Tommy es pobre y tímido, bueno e inteligente. Tengo buena opinión de él y no me importa demostrarlo porque, aunque sea humilde, yo le considero un caballero.

—No tiene sentido discutir contigo —dijo Amy.

—Así es, querida —sentenció Jo—, de modo que pongamos buena cara y dejemos una tarjeta de visita en casa de los King. Es evidente que no están y yo estoy muy agradecida al cielo por ello.

Una vez que el tarjetero de la familia hubo cumplido su función, las jóvenes se dirigieron hacia la siguiente casa, donde Jo tuvo ocasión de renovar su gratitud, puesto que las informaron de que las muchachas estaban ocupadas y no les era posible recibirlas.

—Ahora, por favor, vayamos a casa. Ya visitaremos a la tía March en otra ocasión. Podemos ir a verla en cualquier momento y es una pena que sigamos manchando de polvo nuestras mejores galas; además, estamos fatigadas y de mal humor.

—Habla por ti. A la tía le encanta que la vayamos a ver bien vestidas y que hagamos una visita formal. A nosotras nos cuesta muy poco y para ella supone una gran satisfacción. Y, la verdad, no creo que tu ropa pueda mancharse más de lo que está después de permitir que se te subieran a la falda perros sucios y niños traviesos. Agáchate un momento para que sacuda las migas que llevas en el sombrero.

—Qué buena chica eres, Amy —dijo Jo, que miró con arrepentimiento su estropeado atuendo y, luego el impoluto vestido de su hermana—. ¡Ojalá me costase tan poco como a ti hacer pequeñas cosas por los demás! Yo pienso en ello, pero me parece que me roba demasiado tiempo y siempre acabo prefiriendo esperar a poder hacer un gran favor que compense todos los pequeños que no hago. Pero creo que los pequeños detalles se agradecen más.

Amy sonrió, aplacada por las palabras de su hermana, y dijo en tono maternal:

—Las mujeres deben aprender a ser agradables, sobre todo las que somos pobres, porque no disponemos de otro modo de devolver los favores que nos hacen. Si lo recuerdas y lo pones en práctica, todo el mundo te querrá más que a mí, porque tú tienes mucho más que ofrecer.

—Yo soy una vieja refunfuñona y no creo que deje de serlo nunca. Pero entiendo que tienes razón. Es solo que a mí me resulta más fácil arriesgar la vida por alguien que ser amable con una persona cuando no me sale del corazón. Tener sentimientos tan profundos es una desgracia, ¿no te parece?

—Lo verdaderamente malo es no poder ocultarlos. A mí, el joven Tudor me desagradaba tanto como a ti, pero no tengo necesidad de hacérselo notar. Tú tampoco deberías. No tiene sentido ser desagradable porque él también lo sea.

—Pero yo creo que una joven debe dejar claro que un muchacho le desagradaba. ¿Y cómo va a notarlo él si no es por el trato que le dispensa? Tratar de cambiar a la gente hablando no sirve de nada, lo sé porque lo he intentado mucho con Teddy, pero a veces un gesto convence mejor y no veo por qué no tenemos que ayudar a otros si está en nuestra mano.

—Teddy es un muchacho excepcional, no se le puede poner como ejemplo —declaró Amy con tal solemne convicción que el «muchacho excepcional» se hubiese desternillado de oírlo—. Si fuésemos mujeres muy bellas o de buena posición, tal vez podríamos influir en los demás, pero que nosotras le frunzamos el entrecejo a un joven caballero porque no aprobamos su comportamiento no producirá ningún efecto y solo conseguiremos que nos consideren raras o puritanas.

—¿Quieres decir que tenemos que aceptar las cosas y a las personas que detestamos porque no somos unas bellezas ni millonadas? ¡Bonito sentido de la moral!

—No es que esté de acuerdo, pero así funciona el mundo. Y la gente que va a contracorriente solo consigue que los demás se burlen de sus penas. No me gustan los reformistas y espero que no pretendas convertirte en una.

—Pues a mí sí me gustan y me encantaría unirme a ellos si pudiera porque, por mucho que los demás se mofen, el mundo no avanzaría sin su ayuda. No podemos ponernos de acuerdo porque tú perteneces a la vieja escuela, y yo a la nueva. Es posible que tú consigas mejores cosas, pero yo viviré una vida más plena. Y estoy segura de que disfrutaré mucho más que tú.

—Bueno, ahora haz el favor de comportarte y no molestar a la tía con tus ideas modernas.

—Lo intentaré, pero cuando la veo me cuesta controlar el deseo de lanzar una arenga revolucionaria. Es mi sino, no lo puedo evitar.

Dentro, encontraron a la tía Carrol charlando animadamente con la anciana. Cuando las vieron llegar, las mujeres se callaron de inmediato y se lanzaron una mirada que delataba que estaban hablando precisamente de ellas. Jo no estaba de humor y no podía ocultar su incomodidad, pero Amy, que había cumplido virtuosamente con su deber, no perdió los papeles y actuó, en todo momento, como un ángel. Su amabilidad era tan evidente que sus dos tías la trataron con sumo cariño y, cuando se hubo marchado, estuvieron de acuerdo en que la «joven mejoraba de día en día».

—¿Vas a ayudar en la feria, querida? —preguntó la tía Carrol cuando Amy se sentó a su lado con esa confianza que tanto aprecian las personas mayores.

—Sí, tía, la señora Chester me lo ha pedido y me he ofrecido a atender uno de los puestos, dado que no dispongo de otra cosa que dar que mi tiempo.

—Yo no —intervino Jo—. No soporto que me traten con condescendencia y los Chester se comportan como si nos hiciesen un gran favor al dejarnos participar en su elegante feria. No entiendo por qué has aceptado, Amy; lo único que pretenden es que trabajes para ellas.

—A mí no me importa trabajar, y no es solo cosa de los Chester, también participan los Freedmen. Considero muy amable por su parte que me inviten a compartir la diversión y el trabajo con ellas. La condescendencia bienintencionada no me incomoda.

—Buena respuesta, querida. Me gusta mucho que seas agradecida, es un placer ayudar a las personas que valoran el esfuerzo que hacemos por ellas. Hay quien no lo aprecia en su justa medida, y es una auténtica pena —observó la tía March mirando por encima de sus gafas a Jo, que se mecía en un rincón, con aire malhumorado.

Si Jo hubiese sabido lo importante que era aquella visita para la felicidad de una de ellas, se habría comportado de maravilla en ese mismo instante. Pero, por desgracia, no podemos ver lo que cruza por la mente de nuestros amigos. Por lo general, está muy bien no saberlo, pero en ciertos casos nos ayudaría a ahorrar

tiempo y nos evitaría enfadarnos en vano. Lo que a continuación dijo Jo la privó de varios años de placer y le dio una lección muy oportuna sobre la conveniencia de medir sus palabras.

—No me gusta que me hagan favores. Me agobian y me hacen sentir como si fuese una esclava. Prefiero hacer las cosas por mí misma y ser totalmente independiente.

La tía Carrol carraspeó y miró a la tía March.

Venturosamente ignorante de lo que acababa de hacer, Jo permaneció sentada con un aire altivo y un aspecto rebelde muy poco atractivos para las demás.

—Querida, ¿hablas francés? —preguntó la tía Carrol poniendo su mano sobre la de Amy.

—Bastante bien, gracias a que la tía permite que Esther hable conmigo en su lengua bastante a menudo —contestó Amy con tanta gratitud en la mirada que la anciana sonrió satisfecha.

—¿Qué tal se te dan los idiomas? —preguntó la tía Carrol a Jo.

—No hablo ninguno; soy demasiado tonta para estudiarlos. Detesto el francés. Me parece una lengua cursi y ridícula —respondió Jo con malos modos.

Las dos tías volvieron a intercambiar una mirada, tras lo cual la tía March preguntó a Amy:

—Querida, estás fuerte y gozas de buena salud, ¿verdad? ¿Ya no tienes problemas con la vista?

—No, gracias. Me encuentro muy bien y espero hacer muchas cosas este invierno para estar lista para ir a Roma cuando me sea posible.

—¡Buena chica! Mereces ir y estoy segura de que lo conseguirás algún día —apuntó la tía March, dándole una palmadita de aprobación en la cabeza, cuando Amy le entregó el ovillo de lana que se le había caído al suelo.

—Vieja gruñona, echa el cerrojo, siéntate junto al fuego e hila —cacareó Polly, inclinado desde su percha sobre el rostro de Jo de una forma tan cómica e impertinente que nadie pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Qué pájaro tan observador! —comentó la anciana.

—¿Quieres salir a dar un paseo, querida? —prosiguió Polly, que saltó sobre el aparador donde guardaban los juegos de porcelana y miró con delicia los terrones de azúcar.

—Gracias, así lo haré. ¡Venga, Amy! —Y así fue como Jo dio por terminada la visita, más convencida que nunca de que las visitas no le sentaban bien. Estrechó la mano a sus tías como si fuese un hombre, mientras que Amy las besó a ambas. Las jóvenes salieron de la casa, donde dejaron dos impresiones muy distintas, la de la luz y la oscuridad, impresiones que, en cuanto se marcharon, hicieron a la tía March comentar:

—Siga adelante, Mary. Yo pondré el dinero.

—Así lo haré en cuanto los padres me den su permiso —repuso la tía Carrol.



Capítulo 30

Consecuencias

La feria de la señora Chester era tan elegante y selecta que las jóvenes de la vecindad consideraban un gran honor que las invitaran a atender uno de los puestos y todas estaban muy interesadas en participar. Por fortuna para todos, la señora Chester solicitó la colaboración de Amy, pero no así la de Jo, que atravesaba una época gobernada por el orgullo y que habría de experimentar varios duros reveses aún para aprender a suavizar sus modos. La «altiva y sosa hija de los March» quedó relegada, mientras que el talento y buen gusto de Amy se vieron recompensados cuando le ofrecieron que dirigiera el puesto de arte. La joven se alegró mucho y se puso a trabajar para conseguir obras de valor, apropiadas para la exposición.

Todo iba de maravilla hasta el día de la inauguración, cuando surgieron algunas de esas pequeñas rencillas que es prácticamente imposible evitar cuando veinticinco mujeres, jóvenes y mayores, tratan de trabajar juntas a pesar de sus resentimientos y prejuicios.

May Chester estaba bastante celosa de Amy porque sentía que esta la superaba en popularidad, y en aquel momento se dieron varios hechos que aumentaron aún más ese sentimiento.

Los dibujos a plumilla de Amy eclipsaron totalmente los jarrones pintados de May. Aquella fue la primera espina en clavarse pero, por si no fuese bastante, el todopoderoso Tudor bailó en cuatro ocasiones con Amy en la fiesta que ofrecieron al final del día y solo una vez con May. Aquello supuso una segunda espina. Pero la peor afrenta, la que le sirvió de excusa para mostrar una actitud hostil, nació de un rumor que llegó a sus oídos, según el cual las hermanas March habían hecho mofa de ella en casa de los Lamb. La culpa de todo la tenía Jo, claro está, porque su socarrona imitación había sido demasiado evidente y los traviesos Lamb no habían podido guardar el secreto. Sin embargo, las acusadas no supieron nada de ello, de ahí que sea fácil imaginar el disgusto de Amy cuando, la tarde antes de la inauguración, mientras daba los últimos toques a su hermoso puesto, la señora Ches-ter, muy dolida por la supuesta mofa de su hija, se acercó y dijo, con tono inexpresivo y mirada fría:

—Querida, a algunas jóvenes no les parece bien que mis hijas no estén a cargo de este puesto. Sin duda es uno de los más prominentes, algunas personas muy influyentes consideran que es el más importante de la feria, por lo que es el más adecuado para mis hijas. Lo lamento pero, como sé que estás muy comprometida con la causa, estoy segura de que no dejarás que te afecte una pequeña decepción de índole personal. Si lo deseas, puedes hacerte cargo de otro puesto.

Al pensar en lo que le iba a decir a la joven, la señora Chester había supuesto que le resultaría más sencillo soltar aquel pequeño discurso, pero, llegado el momento, le costó muchísimo actuar con naturalidad, porque Amy la miraba a los ojos con expresión candorosa, llena de auténtica sorpresa y preocupación.

Amy, que sospechaba que había una razón oculta tras aquella decisión pero no lograba imaginar de qué se trataba, dijo con un hilo de voz, mostrando que había herido sus sentimientos:

—Tal vez prefiera que no me haga cargo de ningún puesto.

—¡Oh, no, querida! No me guardes rencor, te lo ruego. Mira, es una cuestión meramente práctica. Mis hijas pronto tomarán el relevo de la organización y creo que este puesto es el lugar más adecuado para ellas. Considero que lo has hecho muy

bien y agradezco mucho tus esfuerzos por dejarlo tan bonito, pero hemos de aprender a superar nuestros deseos egoístas. Me ocuparé de que te den otro. ¿No te gustaría hacerte cargo del puesto de flores? Lo han organizado las niñas y están algo desmotivadas. Tú podrías hacer algo estupendo, y el puesto de flores siempre llama la atención.

—Sobre todo a los caballeros —añadió May con una mirada tan elocuente que Amy comprendió de inmediato que ella era la causa de su repentina caída en desgracia. Se puso roja de rabia, pero prefirió hacer oídos sordos al sarcasmo de la joven y repuso con sorprendente afabilidad:

—Haré lo que usted quiera, señora Chester. Dejaré este puesto ahora mismo e iré a ocuparme de las flores si así lo desea.

—Puedes colocar tus cosas en tu mesa, si lo prefieres —indicó May, que sintió cierto arrepentimiento al contemplar las hermosas hileras de conchas pintadas y los magníficos manuscritos iluminados por Amy con que había decorado el puesto. No lo dijo con segunda intención, pero Amy no Jo tomó bien y replicó, sin pensarlo:

—Por supuesto, si te molestan, me las llevaré. —Dicho esto, puso atropelladamente los adornos en su delantal y se marchó sintiendo que tanto ella como sus obras habían sufrido una afrenta imperdonable.

—Ahora está enfadada. ¡Oh, mamá, ojalá no te hubiese pedido que hablastes con ella! —exclamó May mientras miraba desconsolada los espacios vacíos que habían quedado en la mesa.

—Las riñas de niñas no duran demasiado —apuntó su madre, que se sentía algo avergonzada por haber intervenido en aquella rencilla.

Las niñas recibieron a Amy y sus tesoros con entusiasmo, y la cálida acogida aplacó en parte su inquietud. Puesto que ya no le era posible triunfar con el arte, se puso a trabajar decidida a hacerlo con las flores. Sin embargo, todo parecía estar en contra de ella. Era tarde, estaba cansada, todo el mundo estaba demasiado ocupado como para echarle una mano y las niñas eran más bien un estorbo, ya que armaban mucho alboroto, hablaban como urracas y lo embarullaban todo en lugar

de ayudar a poner orden. El arco de plantas de hojas perennes se bamboleaba y, cuando llenaron los cestos de flores, parecía a punto de desmoronarse sobre sus cabezas. Alguien salpicó al Cupido decorativo y se le formó una especie de lágrima sepia en la mejilla que no se iba con nada. Se machacó los dedos con el martillo y cogió frío mientras trabajaba, lo que le hizo temer por su salud al día siguiente. Estoy segura de que cualquier lectora que haya pasado por algo parecido entenderá cómo se sentía la pobre Amy y deseará que salga airosa de este trance.

Cuando aquella tarde contó en casa lo que le había ocurrido, todas se indignaron mucho. Su madre comentó que era una vergüenza y le aseguró que había actuado bien. Beth declaró que no pensaba pisar la feria y Jo le preguntó por qué no se llevaba todas sus bonitas creaciones y dejaba que aquellas personas tan mezquinas se apañasen sin ella.

—El hecho de que ellas sean mezquinas no justifica que yo lo sea. Detesto esta clase de cosas y, aunque entiendo que tengo derecho a sentirme ofendida, no quiero que se note. Creo que actuando así les doy mejor una lección que si soltara un discurso airado o reaccionara con despecho. ¿No te parece, mamá?

—Esa es la mejor actitud, querida. Siempre es preferible responder con un beso a una bofetada, aunque en ocasiones nos cueste darlo —apuntó la madre, como quien conoce bien la diferencia que media entre hablar y actuar.

A pesar de lo fuerte que era la tentación de sentirse airada y vengativa, Amy se mantuvo firme en su decisión de conquistar al enemigo con su amabilidad. Empezó bien, gracias a un silente recordatorio que le llegó de forma inesperada pero muy oportuna. Aquella mañana, cuando las niñas fueron a llenar los cestos de flores y ella se hallaba decorando la mesa, echó mano de su creación más querida, un libro, cuyas tapas antiguas su padre había encontrado entre sus tesoros, en el que, en papel vitela, había iluminado con exquisito gusto diversos textos. Mientras hojeaba con comprensible satisfacción el ejemplar ricamente adornado, su mirada se detuvo en un verso que la dejó meditando. Enmarcado en una brillante guirnalda de color escarlata, azul y dorado, con duendecillos que se ayudaban los

unos a los otros a trepar entre las espinas y las flores, se leía lo siguiente: «Ama al prójimo como a ti mismo».

Debería, pero no lo hago, pensó Amy mientras miraba la cara de descontento de May, que asomaba entre unos jarrones que, no por grandes, conseguían llenar los huecos que sus pequeñas creaciones habían dejado. Amy siguió pasando hojas del libro que tenía entre las manos, y en cada página encontraba algo que le recordaba que había endurecido su corazón y que su actitud no era caritativa. Todos los días recibimos, sin darnos cuenta, muchos sermones sabios y verdaderos, en la calle, en la escuela, en el trabajo y en casa. Hasta un puesto en una feria puede convertirse en un púlpito cuando sirve para hacernos llegar palabras buenas que nos consuelan y nunca pierden validez. La conciencia de Amy le dio un pequeño sermón usando ese texto como excusa, y ella hizo lo que los demás no siempre hacemos: se lo tomó muy a pecho y puso en práctica el mensaje recibido.

Un grupo de muchachas se había detenido en el puesto de May para admirar las hermosas creaciones que lo adornaban y comentar el cambio de encargada. Hablaban en voz baja, lo que le bastó a Amy para comprender que se estaban refiriendo a ella y que la juzgaban de acuerdo con la única versión de la historia que conocían. No le resultaba grato, pero se sentía llena de buena voluntad y, al oír que May se quejaba amargamente, tuvo ocasión de demostrarlo.

—¡Qué mal! Ya no tengo tiempo de preparar nada más y no quiero llenar estos huecos con cualquier cosa. El puesto estaba la mar de bien... y ahora es un desastre.

—Creo que lo volvería a poner todo si se lo pidieses —apuntó una de las jóvenes.

—¿Cómo voy a pedírselo después del lío que hemos armado? —empezó May, pero no pudo seguir porque Amy la interrumpió diciendo en tono muy amable:

—Puedes usar mis cosas cuando quieras, sin necesidad de pedírmelas. Estaba pensando en ofrecértelas porque las hice para tu mesa, no para la mía, y es allí donde quedan bien. Aquí las tienes; por favor, acéptalas y perdóname por habérmelas llevado de malas maneras ayer por la noche.

Mientras hablaba, Amy colocó las piezas en su lugar, entre gestos de asentimiento y sonrisas, tras lo cual se alejó a toda prisa, porque le resultaba más fácil hacer una buena obra que esperar a que le diesen las gracias.

—Qué detalle más amable, ¿no os parece? —exclamó una de las jóvenes.

Amy no pudo oír la respuesta de May, pero otra jovencita, a la que sin duda el tener que preparar tanta limonada le había agriado un poco el carácter, añadió tras soltar una risita muy desagradable:

—¡Menudo detalle! Seguro que se ha dado cuenta de que no vendería nada de esto en su puesto.

Amy acusó el golpe. Cuando hacemos un sacrificio esperamos que, cuando menos, los demás lo valoren. Por unos segundos, Amy se arrepintió de haber hecho nada y concluyó que las buenas obras no siempre reciben su recompensa. Pero no es así, como no tardó en comprobar. Su ánimo enseguida mejoró y su puesto, embellecido por sus talentosas manos, floreció. Las niñas se mostraron más amables, como si su gesto de entrega hubiese limpiado el ambiente de forma sorprendente.

Fue un día muy largo y, para Amy, especialmente duro, porque pasó mucho rato sentada tras su puesto, a menudo sola, dado que las niñas desertaron pronto y pocas personas estaban interesadas en comprar flores en verano. Los bonitos ramilletes que había preparado empezaron a languidecer mucho antes de que cayera la tarde.

El puesto de arte era el más llamativo de toda la sala, había gente apiñada alrededor de la mesa en todo momento y las vendedoras iban y venían con cara de importancia y cajas con dinero en las manos. Amy miraba de reojo, suspirando por estar allí, donde se había sentido tan cómoda y feliz, en lugar de estar de brazos cruzados en un rincón. Es posible que a muchos de nosotros la situación nos parezca dura, pero para una joven hermosa y alegre la experiencia, además de tediosa, era un mal trago. La idea de que su familia y Laurie la vieran si visitaban la feria por la tarde le resultaba un auténtico martirio.

No volvió a casa hasta la noche y, cuando lo hizo, estaba tan pálida y callada que todos entendieron que había tenido un día muy difícil, por mucho que ella no se quejase ni explicase cómo le había ido. A la mañana siguiente, su madre le ofreció una taza de té para darle ánimos, Beth la ayudó a vestirse y le recogió el cabello en una bonita trenza y Jo dejó a todos boquiabiertos cuando se levantó con inusitada preocupación y anunció que las tornas pronto cambiarían, sin que nadie supiese bien a qué se refería.

—Jo, te ruego que no hagas ninguna tontería. Prefiero no darle más importancia, de modo que trata de olvidar el asunto y cálmate —imploró Amy cuando salió de casa, temprano, con la esperanza de encontrar flores frescas para renovar su puesto.

—Solo pretendo resultar de lo más agradable a todos y hacer que se queden en tu puesto el máximo tiempo posible. Teddy y los chicos me ayudarán, y lo pasaremos bien —explicó Jo, que se asomó por encima de la verja para ver si llegaba Laurie.

Al poco rato, oyó los pasos de su amigo y corrió a su encuentro.

—¿Es este mi chico?

—¡Tan seguro como que esta es mi chica! —Y Laurie se colocó la mano de Jo bajo el brazo con el aspecto de un hombre que ha visto satisfechos todos sus deseos.

—¡Oh, Teddy, están pasando unas cosas! —Jo le contó, con celo fraterno, las dificultades a las que tenía que enfrentarse Amy.

—Van a venir unos amigos a pasar un rato conmigo y ¡que me cuelguen si no consigo que le compren todas las flores del puesto y se queden acampados frente a la mesa el resto de la tarde! —exclamó Laurie, sumándose vehementemente a la causa.

—Amy dice que no todas las flores están en buen estado y puede que las frescas no lleguen a tiempo. No quiero pecar de malpensada, pero no me extrañaría que ni siquiera llegasen. Cuando una persona hace una maldad, lo más probable es que no sea la última —comentó Jo, disgustada.

—¿Acaso Hayes no os ha dado las mejores flores de nuestro jardín? Le pedí que lo hiciera.

—No lo sabía. Supongo que se le olvidó. Como tu abuelo no se encuentra bien, no he querido molestarle pidiéndole permiso, aunque nos vendrían bien las flores.

—Venga, Jo, ¿de verdad crees que necesitas pedir permiso? Las flores son tan tuyas como mías. ¿Acaso no vamos a medias en todo? —apuntó Laurie con ese tono que siempre hacía que Jo enseñara las uñas.

—¡Santo Dios! ¡Espero que no! ¡Algunas de tus cosas no me servirían para nada partidas por la mitad! Pero no perdamos más el tiempo, tenemos que ayudar a Amy. Ve a arreglarte, quiero que estés espectacular. Y si me haces el favor de pedirle a Hayes unas cuantas flores bonitas para la feria, te estaré eternamente agradecida.

—¿No podrías agradecermelo ahora mismo? —preguntó Laurie con voz sugerente, a lo quejo respondió cerrándole la puerta en las narices de forma poco hospitalaria y bastante brusca mientras gritaba entre los barrotes de la verja:

—¡Vete de aquí, Teddy, estoy muy ocupada!

Gracias a los conspiradores, aquella tarde, en efecto, cambiaron las tornas. Hayes cortó unas flores impresionantes y las dispuso en un cesto formando un llamativo centro. La familia March acudió en masa a la feria y Jo cumplió con creces su objetivo, porque la gente no solo acudía al puesto, sino que permanecía frente a él, reía sus bromas, admiraba el buen gusto de Amy y parecía pasar un rato estupendo. Laurie y sus amigos se sumaron galantemente a la lucha, compraron los ramilletes, se quedaron junto al puesto y convirtieron aquel rincón en el más animado de la feria. Amy se sentía a sus anchas y, movida por la gratitud, se mostraba más activa y elegante que nunca. Y así la joven comprendió que hacer una buena obra es en sí una recompensa.

Jo se comportó con ejemplar propiedad y, cuando Amy estaba felizmente rodeada por su guardia de honor, fue a dar una vuelta por la sala y oyó algunos cotilleos que la ayudaron a comprender el porqué del cambio de actitud de las Chester. Arrepentida por su culpa en el asunto, decidió aclarar la situación lo antes posible y dejar a Amy libre de toda sospecha. Tam-

bién descubrió lo que su hermana había hecho el día anterior y la consideró un ejemplo de magnanimidad. Cuando pasó frente al puesto de arte, echó un vistazo buscando las creaciones de su hermana, pero no vio ni una y supuso que May las había ocultado. Jo perdonaba con facilidad los agravios cometidos contra su persona, pero le costaba mucho olvidar cualquier afrenta o insulto dirigido a su familia.

—Buenos días, señorita Jo, ¿qué tal le va a Amy? —preguntó May en tono conciliador, pues deseaba mostrar que ella también podía ser generosa.

—Ha vendido todo lo que estaba en condiciones y ahora está pasando un buen rato. Ya sabe que un puesto de flores siempre llama la atención, «sobre todo a los hombres».

Jo no pudo evitar esa pequeña maldad, pero May la encajó tan mansamente que se arrepintió al instante y pasó a alabar los magníficos jarrones, que no había conseguido vender.

—¿Dónde están las obras de Amy? Me gustaría comprar una para papá —comentó Jo, que se moría por conocer el destino que May había dado al trabajo de su hermana.

—Todas las cosas de Amy se vendieron hace rato. Me ocupé personalmente de que las viesen las personas adecuadas y conseguimos una buena suma gracias a ellas —explicó May, que, al igual que Amy, había aprendido a reprimir algunas tentaciones.

Muy satisfecha, lo corrió a compartir las buenas noticias. Amy se mostró emocionada y sorprendida al conocer la actuación y las palabras de May.

—Ahora, caballeros, les ruego que vayan a cumplir con su deber en otros puestos y sean tan generosos como lo han sido conmigo, sobre todo en el de arte —ordenó a la «pandilla de Teddy», que era como las chicas llamaban a los amigos universitarios de Laurie.

—¡Cargad, muchachos, cargad! Id a cumplir con vuestro deber como caballeros y convertid vuestro dinero en arte —exclamó Jo, incapaz de contenerse, mientras el grupo se preparaba para asaltar el campo enemigo.

—Vuestros deseos son órdenes, pero la señorita March vale mucho más que May —apuntó el pequeño Parker tratando de

mostrarse amable e ingenioso. Laurie le interrumpió con un: «¡No está nada mal para un muchacho!», y le dio una palmadita paternal en la cabeza.

—Compra los jarrones... —susurró Amy a Laurie para darle una última lección de modos a su enemigo.

Para deleite de May, el señor Laurence no solo adquirió los jarrones, sino que recorrió toda la estancia con ellos en brazos. Los otros caballeros compraron con idéntico afán toda clase de objetos y, después, se pasearon por la feria cargados de flores de cera, abanicos pintados a mano, carpetas de filigrana y otras útiles a la par que apropiadas compras.

La tía Carrol, que estaba allí, al saber lo ocurrido se mostró muy complacida y susurró algo a la señora March, que sonrió con satisfacción y miró con una mezcla de orgullo e inquietud a Amy, aunque no desveló el motivo de su dicha hasta días después.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que la feria había sido un éxito, y cuando May deseó las buenas noches a Amy, no lo hizo con el tono afectado de costumbre y le dio un beso cariñoso con el que parecía querer decir: «Discúlpame y olvida lo ocurrido». Amy dio por zanjado el asunto y, cuando llegó a casa, encontró una hilera de jarrones sobre la chimenea, con un ramo de flores en cada uno.

—En premio a su magnanimidad, señorita March —anunció Laurie rimbombante.

—Tus principios, generosidad y nobleza de espíritu son muy superiores a los que yo te suponía, Amy. Has actuado de la mejor forma posible y mereces todo mi respeto —dijo Jo, con el corazón en la mano, mientras cepillaba el cabello de su hermana, por la noche.

—Sí, estamos todas muy orgullosas y apreciamos mucho tu capacidad de perdón. Debió de ser muy duro, después de haberte esforzado tanto y poner todo tu empeño, no poder vender tus obras. No creo que yo hubiese podido reaccionar tan bien como tú —añadió Beth, que estaba recostada sobre la almohada.

—Chicas, no merezco tantos halagos, He actuado como espero que los demás actúen conmigo. Os reís de mí cuando os digo que quiero ser una dama, pero en verdad pretendo ser

una dama tanto en mis pensamientos como en mis actos. Me esfuerzo al máximo cada día por lograrlo. No sé cómo explicarlo, pero quiero estar por encima de las mezquindades, manías y defectos que suponen la perdición de tantas mujeres. Estoy lejos de lograrlo, pero espero que, con el tiempo, consiga ser una mujer excepcional como mamá.

Las palabras de Amy eran sinceras, y Jo la abrazó con cariño mientras decía:

—Ahora que entiendo a qué te refieres, no volveré a burlarme de ti. Estás alcanzando tus objetivos más rápido de lo que imaginas, y yo te tomaré como modelo de buena educación, porque creo eres una verdadera experta. Sigue esforzándote, querida, y algún día obtendrás la recompensa que anhelas. Cuando eso ocurra, yo seré quien más se alegre.

Amy recibió su recompensa una semana después, y a la pobre Jo le costó un mundo alegrarse. La tía Carrol envió una carta y a la señora March se le iluminó hasta tal punto la cara al leerla que Jo y Beth, que se encontraban junto a ella, le preguntaron cuál era la buena nueva.

—La tía Carrol va a ir a Europa el mes que viene y quiere...

—¡Que la acompañe! —interrumpió Jo levantándose de un salto de la silla con emoción desbordada.

—No, querida, no se trata de ti, sino de Amy.

—¡Mamá! Amy es demasiado joven, Me toca a mí ir antes. Hace mucho tiempo que sueño con ese viaje. ¡Me sentaría muy bien! Sería estupendo. ¡Debo ser yo quien vaya!

—Me temo que no es posible, Jo. La tía ha elegido a Amy, no deja ninguna otra opción, y no podemos contradecirla cuando está haciéndonos un favor así.

—Siempre pasa lo mismo. ¡Amy se divierte y yo tengo que trabajar! ¡No es justo! ¡No lo es! —exclamó Jo con vehemencia.

—Me temo que en gran medida es culpa tuya, querida. Cuando la tía me comentó el asunto el otro día, me explicó que le desagradaron tus malos modos y tu afán de independencia. Y parece citar una expresión tuya cuando dice: «Al principio, pensé en Jo, pero, puesto que “detesta que le hagan favores” y el francés le parece una “lengua ridícula”, creo que no es bue-

na idea invitarla. Amy es mucho más dócil, será una excelente acompañante para Flo y agradecerá las oportunidades que este viaje le brindará».

—¡Oh, no, mi abominable manía de hablar sin medir las palabras! ¿Cuándo aprenderé a refrenar la lengua? —se lamentó Jo al recordar las palabras que habían provocado su mal. Después de escuchar la explicación de su hija acerca de la cita de la tía, la señora March dijo con tristeza:

—Me hubiese encantado que fueses, pero en esta ocasión no hay nada que hacer. Intenta tomártelo con buen ánimo y no enturbies la alegría de Amy con tus reproches y lamentos.

—Lo intentaré —concedió Jo, pestañeando con fuerza para contener el llanto mientras recogía el cesto de las labores que tan precipitadamente había lanzado por los aires—. Mejor aún, seguiré su ejemplo y, en lugar de contentarme con fingir alegría, trataré de sentirla y no robarle ni un segundo de dicha, aunque no me resultará fácil, porque mi disgusto es enorme. —La pobre Jo dejó caer sobre su acerico unas cuantas lágrimas de amargura.

—Jo, querida, sé que sonará egoísta, pero yo no podría vivir sin ti y me alegro de que no te vayas aún —murmuró Beth, y la abrazó con cesto de labores incluido, con tal dulzura y tanto amor que Jo se sintió reconfortada a pesar de que estaba muy arrepentida y deseaba rogarle a la tía Carrol que la «molestase con favores» y comprobase lo muy agradecida que podía llegar a ser.

Cuando por fin Amy llegó, Jo ya estaba en condiciones de participar del júbilo familiar, quizá no tan sinceramente como de costumbre, pero sí sin afligirse por la suerte de su hermana. La joven recibió la noticia con enorme alegría y, en un raptó de formalidad, comenzó a guardar en la maleta sus pinturas y lápices, dejando las cuestiones sin importancia como la ropa, el dinero y el pasaporte a quienes estaban menos absortos pensando en el arte que ella.

—Chicas, este no es un mero viaje de placer para mí —dijo con gravedad mientras limpiaba su mejor paleta—. En él se decidirá mi futuro profesional. Si tengo talento, lo encontraré en Roma y haré algo que lo pondrá de manifiesto.

—¿Y si no lo tienes? —preguntó Jo, que, con los ojos aún enrojecidos, cosía unos cuellos nuevos para Amy.

—Entonces, volveré a casa y daré clases de dibujo para ganarme la vida —contestó la aspirante a la fama con gran serenidad. Sin embargo, al pensar en esa posibilidad, hizo una mueca y rascó con más vigor la paleta, como si estuviese dispuesta a tomar medidas drásticas para no renunciar a su sueño.

—No; no harás tal cosa. Tú detestas trabajar. Te casarás con un rico y pasarás el resto de tus días rodeada de lujos —comentó Jo.

—A veces aciertas en tus predicciones, pero no creo que este sea el caso. Por supuesto, me encantaría, porque si no puedo ser artista me gustaría ayudar a quienes sí pueden —afirmó Amy con una sonrisa como si el papel de lady Generosidad le fuese mejor que el de profesora de dibujo pobre.

—¡Vaya! —dijo Jo con un suspiro—. Si eso es lo que deseas, eso es lo que obtendrás. Tus deseos siempre se cumplen; los míos, nunca.

—¿Te gustaría ir? —preguntó Amy pensativa, aplastándose la nariz con el cuchillo.

—¡Mucho!

—Bien, dentro de un par de años te mandaré un pasaje; entonces excavaremos en el Foro en busca de restos arqueológicos y llevaremos a cabo los planes que tantas veces hemos comentado.

—Gracias; si ese bendito día llega, te recordaré tu promesa —repuso Jo, aceptando la imprecisa pero magnífica oferta con la mayor de las gratitudes.

No disponían de mucho tiempo para preparar el viaje y todo el mundo trabajó sin parar hasta el día de la partida. Jo aguantó bien la presión hasta que el último resto de lazo azul hubo desaparecido de la vista; entonces fue a refugiarse al desván y lloró hasta que no pudo más. Amy, por su parte, aguantó bien hasta que el barco estuvo a punto de zarpar. En ese momento, al comprender que pronto un enorme océano la separaría de sus seres más queridos, abrazó a Laurie con fuerza y le pidió entre sollozos:

—¡Por favor, cuida de todos por mí! Y si algo pasase...

—Lo haré, querida, lo haré. Y si algo pasase, iría junto a ti para darte mi apoyo —susurró Laurie, sin imaginar lo pronto que tendría que cumplir su promesa.

Así pues, Amy zarpó hacia el Viejo Mundo, que siempre resulta nuevo y atractivo para los ojos jóvenes, mientras su padre y amigo quedaban en el muelle, esperando que el destino deparase solo hermosas experiencias a aquella joven de buen corazón, que no dejó de agitar la mano hasta que en el horizonte solo quedó el reflejo del sol estival en las aguas del mar.



Capítulo 31

*Nuestra corresponsal
en el extranjero*

Londres

Querida familia:

En este momento, estoy sentada junto a uno de los ventanales del Bath Hotel, en Piccadilly. No es un lugar elegante pero el tío estuvo aquí hace unos años y no quiere ir a ningún otro. No me preocupa porque, de todas formas, no vamos a estar demasiado tiempo en la ciudad. ¡Lo estoy pasando tan bien que no sé por dónde empezar a contaros! Como no se me ocurre, sacaré algunas ideas de mi cuaderno de notas. Desde que el viaje empezó no paro de dibujar y garabatear.

Cuando os envié la carta desde Halifax, me sentía muy desdichada, pero después tuve un viaje estupendo, con muy pocas molestias, y me pasé casi todo el tiempo en cubierta, entretenida con personas muy agradables. Todo el mundo era muy amable conmigo, sobre todo los oficiales. Jo, ¡no te rías! En un barco, los caballeros son de gran ayuda, te ofrecen su apoyo, te sirven y, como no tienen nada que hacer, agradecen que les hagas sentirse útiles puesto que, de lo contrario, lo único que hacen es fumar y fumar.

La tía y Flo lo pasaron muy mal durante la travesía y prefirieron quedarse a solas. Así que, una vez atendidas en la medida de lo posible sus necesidades, me dediqué a mí, con idea de disfrutar un poco. ¡Qué paseos por cubierta, qué puestas de sol, qué aire y qué olas! Cuando el barco va a toda máquina, es casi tan emocionante como galopar en un caballo muy veloz. Me hubiese encantado que Beth hubiese venido con nosotras, le hubiese sentado muy bien. Y en cuanto a Jo, la imaginaba subida al foque o como sea que llamen a esa cosa tan alta, haciéndose amiga de los tripulantes y pasándolo en grande hablando por la bocina del capitán.

A pesar de lo delicioso que resultaba todo, me alegró mucho ver la costa de Irlanda, que es un país precioso, verde y soleado, con alguna que otra cabaña marrón, colinas coronadas por antiguas ruinas y casas de campo de

nobles en los valles, con ciervos en los parques. Era muy temprano, pero no me arrepentí de haber madrugado para ver aquella bahía llena de barquitos, el muelle tan pintoresco y el cielo rosado. Era un espectáculo inolvidable.

Uno de mis nuevos amigos, el señor Lennox, se bajó en Queenstown. Cuando mencioné los lagos de Killarney, suspiró melancólico y me cantó una balada que decía:

¿Has oído hablar de Kate Kearney?

Vive en la orilla del lago Killarney.

Si te mira, huye del peligro, echa a correr.

Dicen que una mirada suya, puede ser fatal.

Menuda tontería, ¿no os parece?

En Liverpool solo nos detuvimos unas horas. Es un sitio sucio y ruidoso, y me alegré de dejarlo atrás. El tío bajó corriendo del barco y compró un par de guantes de piel de perro, unos zapatos bastos y feísimos y un paraguas, y se cortó el pelo a la mutton. Volvió muy orgulloso, jactándose de tener el aspecto de un auténtico británico. Pero el joven limpiabotas negro que le limpió de barro los zapatos no tardó ni dos segundos en ver que era norteamericano y dijo con una mueca: «Ya está, señor, el mejor lustre yanqui». Al tío le hizo muchísima gracia. ¡Ah, que no se me olvide contaros la última ocurrencia de Lennox! Le pidió a su amigo Ward, que viajaba con nosotros, que comprara un ramo para mí, y cuando entré en mi habitación me encontré con las flores y una tarjeta que decía: «Con mis mejores deseos, Robert Lennox».

¿No os parece encantador, chicas? Me gusta mucho viajar.

Si no me doy prisa, no llegaré nunca a hablaros de Londres. De camino hacia la ciudad, tuve la sensación de recorrer una galería de arte, llena de paisajes espectaculares. Las granjas me entusiasmaron, con sus tejados de paja, la fachada cubierta de hiedra, ventanas con celosías y mujeres robustas asomadas con sus sonrosados hijos a la puerta. Hasta el ganado parecía más manso que el nuestro. Las vacas viven a cuerpo de rey y las gallinas cloquean satisfechas, como si, contrariamente a lo que ocurre con las

nuestras, nunca se alborotasen. No había visto nunca una gama de colores tan perfecta: la hierba tan verde, el cielo tan azul, el trigo tan amarillo, los bosques tan oscuros. Pasé el día extasiada. Flo también, íbamos de un lado a otro intentando no perder detalle. ¡Y eso que nos desplazábamos a ciento diez kilómetros por hora! La tía, que estaba muy cansada, se durmió y el tío no tenía ojos más que para su guía de viajes. Imaginad la escena. Yo emocionada, exclamo: «¡Oh, esa mancha gris que se ve más allá de los árboles debe de ser Kenilworth!»; Flo, asomada a mi ventanilla, apunta: «¡Qué bonito! Papá, ¿iremos allí?», y el tío, mirando tranquilamente sus zapatos contesta: «No, querida, salvo que pretendas beber cerveza. ¡Es una destilería!».

Tras una pausa, Flo dice: «¡Mira, una herca! ¡Y un hombre que va hacia ella!».

«¿Dónde, dónde?», pregunto yo, y entonces veo dos postes altos con una viga atravesada y unas cadenas colgando. «Es una mina de carbón», explica el tío con un guiño. «Fijaos en ese rebaño de corderitos tumbados en la hierba, ¡qué bonitos!», comenta. «Sí, papá, mira. ¿No te parecen preciosos?», dice Flo emocionada. «Son gansos, jovencitas», observa el tío con un tono que invitaba a no añadir nada más. Después de eso, Flo se sentó y empezó a leer *The flirtations of Capt. Cavendish*, y yo seguí disfrutando del paisaje.

Como era de esperar, al llegar a Londres llovía y lo único que alcanzamos a ver fue niebla y paraguas. Descansamos, deshicimos el equipaje y fuimos de compras. La tía Mary me regaló algo de ropa, pues salí de casa con tanta precipitación que me hacía falta un poco de todo. Ahora tengo un hermoso sombrero blanco con una pluma azul precioso, un estupendo vestido de muselina a juego y la capa más bonita que podáis imaginar. Ir de compras por Regent Street es una delicia, todo es muy barato; hay lazos preciosos por solo seis peniques la yarda. Me hice con unos cuantos, pero para los guantes prefiero esperar a París. ¿Acaso no parece que quien os cuenta esto sea alguien elegante y rico?

Aprovechando que la tía y el tío estaban fuera, Flo y yo pedimos un cabriolé para dar un paseo y divertirnos un rato. Después nos enteramos de que no está bien visto que las jovencitas vayan solas en esos coches. ¡Fue muy divertido! En cuanto estuvimos dentro de la caja de madera, el cochero arrancó tan deprisa que Flo se asustó y le rogó que se detuviera. Pero, como el pescante estaba detrás, el hombre no oía ni nuestros gritos ni los golpes que dábamos con la sombrilla en la pared, por lo que seguimos recorriendo la ciudad, sin poder remediarlo, doblando esquinas a una velocidad de vértigo. Por fin, en medio del desespero, vi que había una portezuela en el techo y me asomé. Unos ojos rojos se clavaron en mí y una voz que olía a cerveza me preguntó: «¿Qué quiere la señora?». Le transmití mis instrucciones con la máxima seriedad. El hombre cerró la portezuela de golpe con un «ay, madre» y frenó al caballo, que empezó a caminar tan lento como si fuésemos en una comitiva fúnebre. Volví a asomar la cabeza y pedí: «Un poco más rápido», y el hombre volvió a correr como un loco, por lo que decidimos resignarnos y aceptar nuestro destino.

Hoy ha hecho un buen día y hemos ido a Hyde Park, que queda cerca del hotel, porque somos más aristocráticas de lo que podría parecer. El duque de Devonshire vive cerca. Veo con frecuencia a sus lacayos haraganear en la puerta trasera. La casa del duque de Wellington tampoco queda lejos. ¡Menudas escenas encontramos en el parque, queridas! Duquesas viudas y gordas que paseaban en carrozas rojas y amarillas, con impresionantes criados que visten medias de seda y chaquetas de terciopelo situados en la parte trasera y un chófer con la cara empolvada delante. Elegantes doncellas que cuidaban de los niños más senrosados que he visto nunca, hermosas jóvenes que parecían soñolientas, dandis indolentes con divertidos sombreros de estilo inglés y guantes de cabritilla de color morado, y soldados muy altos vestidos con chaquetillas rojas y sombreros redondos que se atan a un lado y les dan un aspecto de lo más cómico. ¡Estaba deseando hacerles un retrato!

Rotten Row significa Route de roi, es decir, «la ruta del rey», pero ahora es sobre todo una escuela hípica donde enseñan a montar. Los caballos son espléndidos y los hombres montan bien, pero las mujeres van rígidas y rebotan sobre la montura, lo que no es acorde con nuestras costumbres. Al verlas trotar muy serias arriba y abajo con sus ropas ligeras y sus sombreros altos, como mujeres en un arca de Noé de juguete, me entraron ganas de mostrarles un buen y raudo galope americano. Aquí todo el mundo monta a caballo: los ancianos, las damas robustas, los niños y los jóvenes, que lo aprovechan para coquetear. Vi a una pareja intercambiar capullos de rosas, que aquí se llevan en el ojal, y me pareció una idea encantadora.

A mediodía, fuimos a la abadía de Westminster, pero no esperéis que os la describa. Es imposible. Me contentaré con deciros que es ¡sublime! Esta tarde iremos a visitar Fechter, el actor francés, lo que sin duda pondrá el broche de oro a este día, que ha resultado el más feliz de mi vida.

Medianoche

Es muy tarde, pero no puedo enviar esta carta mañana sin contaros lo que ha ocurrido esta última tarde. ¿A que no adivináis quién vino a visitarnos mientras tomábamos el té? ¡Los amigos ingleses de Laurie, Fred y Frank Vaughn! Menuda sorpresa; de no ser por las tarjetas, no los habría reconocido. Ambos están muy altos y llevan bigote. Fred es ahora un joven apuesto al estilo inglés, y Frank está mucho mejor, puesto que apenas cojea y no usa muletas. Laurie les había facilitado nuestra dirección y vinieron a invitarnos para que nos quedáramos en su casa. El tío declinó la oferta, pero iremos a visitarlos en cuanto podamos. Nos acompañaron al teatro y lo pasamos muy bien. Frank se dedicó a hablar con Flo, y Fred y yo charlamos animadamente como si nos conociésemos de toda la vida. Decidle a Beth que Frank preguntó por ella y que le entristeció mucho saber de su enfermedad. Cuando le hablé de Jo, Fred rio y me pidió que transmitiese «un afectuoso saludo a la dama del sombrero grande». Ambos recordaban lo mucho que

nos divertimos en el campamento que organizó Laurie. Parece que todo eso ocurrió hace siglos, ¿verdad?

Es la tercera vez que la tía golpea la pared, así que tengo que dejar de escribir. Me siento como una dama londinense, elegante y disoluta, escribiendo a horas tan tardías, en una habitación repleta de cosas hermosas y con la cabeza llena de imágenes de parques, teatros, vestidos nuevos y galantes caballeros que exclaman «¡Ah!» y se atusan el rubio bigote con germinativa londinense. Tengo muchas ganas de veros a todos y, a pesar de mis tonterías, sabéis que os quiero de todo corazón,

AMY

Queridas hermanas:

En mi última carta os hablé de mi estancia en Londres, de lo amables que fueron los Vaughn y de las salidas tan agradables que nos organizaron. Hampton Court y el museo de Kensington me gustaron especialmente, porque en Hampton vi unos dibujos de Rafael y en el museo de Kensington, una sala llena de cuadros de Turner, Lawrence, Reynolds, Hogarth y otros grandes artistas. En Richmond Park pasamos un día delicioso. Comimos el clásico picnic inglés y había más ciervos y robles majestuosos de los que podía pintar; además oí cantar a un ruiseñor y vi alzar el vuelo a un grupo de alondras. Nos sentíamos tan a gusto en Londres, gracias a Fred y Frank, que nos dio pena marcharnos. Los ingleses no te acogen de inmediato pero, cuando se deciden, no hay quien los supere en hospitalidad. Los Vaughn esperan reunirse con nosotros en Roma, en invierno, y me llevaré un gran disgusto si no es así, porque Grace y yo nos hemos convertido en grandes amigas y los chicos son estupendos, sobre todo Fred.

De hecho, apenas llegamos a París, nos encontramos nuevamente con él. Dijo que estaba de vacaciones y que iba camino de Suiza. A la tía no le hizo demasiada gracia al principio, pero él se mostró tan encantador que era imposible ponerle pegos. Ahora se entienden de maravilla y todos nos felicitamos por su presencia, porque habla perfectamente francés; no sé qué sería de nosotras sin él. El tío apenas conoce unas frases y se empeña en hablar en inglés a gritos, como si al alzar la voz los demás fuesen a entenderle mejor. La tía tiene un acento arcaizante y Flo y yo, a pesar de que nos jactábamos de saber mucho francés, hemos descubierto que no es cierto y agradecemos mucho que Fred nos sirva de intérprete, o como dice el tío, «parlamente en nuestro nombre».

¡Qué bien lo estamos pasando! Visitamos monumentos de la mañana a la noche, a mediodía hacemos una pausa para comer en alegres cafés y vivimos aventuras divertidísimas. Cuando llueve, vamos al Louvre, a disfrutar de los cuadros. Yo torcería el gesto ante algunas de estas obras maestras porque no tiene sensibilidad artística, pero yo sí la tengo y me esmero por cultivar mi vista y mi gusto a buen ritmo. Seguro que ella preferiría ver las pertenencias de personajes importantes. He visto el sombrero de tres picos de Napoleón y su abrigo gris, la cuna en la que durmió de niño y un cepillo de dientes suyo; también he tenido ante mí un zapatito de María Antonieta, el anillo de san Dionisio, la espada de Carlomagno y otros muchos artículos interesantes. Cuando vuelva, os lo contaré todo con detalle pero, ahora por escrito, no puedo dedicarle más tiempo a todo esto.

El Palais Royal es un lugar de ensueño que alberga tanta bijouterie y cosas maravillosas que casi me vuelvo loca por no poder comprar nada. Fred pretendía regalarme alguna pieza pero, por supuesto, no se lo permití. Luego fuimos al Bois de Boulogne y a los Champs Elysées, que son magníficos. He visto a la familia imperial en varias ocasiones. El emperador es un hombre feo y de aspecto serio, la emperatriz es pálida y hermosa, pero tiene un gusto horroroso para vestir; una vez llevaba un vestido púrpura, un sombrero verde y unos guantes amarillos. El pequeño Napoleón es un niño guapo que se pasa el rato charlando con su tutor y saluda con la mano a la gente cuando desfila en una carroza tirada por cuatro caballos, con postillones vestidos con chaqueta de satén rojo y guardia montada delante y detrás del vehículo.

Solemos pasear por los preciosos jardines de las Tuileries, aunque yo prefiero los de Luxembourg, más antiguos. Père la Chaise es un cementerio de lo más curioso; muchas de las tumbas parecen habitaciones pequeñas y, al mirar en su interior, descubres una mesa con imágenes del fallecido y sillas para los que acuden a llorar su muerte. ¡Qué francés resulta todo eso!

¿No os parece?

Nuestras habitaciones dan a la rue de Rivoli; desde el balcón vemos la calle, larga y magnífica de principio a fin. Es tan agradable que cuando estamos cansadas de las visitas nos quedamos en el hotel y pasamos la tarde charlando y descansando en el balcón. Fred es de lo más entretenido y, además, es el joven más encantador que conozco —excepción hecha de Laurie—. Sus modales son exquisitos. Preferiría que fuese moreno porque no me gustan los muchachos rubios, pero los Vaughn son una familia excelente y muy rica, así que no seré yo quien ponga pegas a su cabello claro, sobre todo cuando el mío es aún más rubio que el suyo.

La semana que viene partiremos rumbo a Alemania y Suiza y apenas pararemos durante el viaje, de modo que solo podré enviaros unas cuantas líneas. Pero escribiré mi diario y procuraré «recordar y describir con la máxima precisión las maravillas que tenga la suerte de contemplar», tal y como me aconsejó papá. Esta es una práctica muy útil para mí; cuando veáis mi cuaderno de apuntes, los bocetos os ayudarán a entender mi viaje mejor que mis torpes palabras.

Adieu, recibid todas mi más tierno abrazo.

VOTRE AMIE

Heidelberg

Querida mamá:

Aprovecho que hacemos un breve descanso antes de salir hacia Berna para contarte lo que ha ocurrido últimamente, porque algunos hechos son muy importantes, como tendrás ocasión de comprobar.

El recorrido en barco por el Rin resultó excelente y lo disfruté mucho. Estuve leyendo algunos de los viejos libros de viaje de papá sobre la zona, No encuentro palabras para describir su belleza. En Coblenza lo pasamos de maravilla con unos estudiantes de Bonn que Fred conoció en el barco y nos dieron una serenata. Era una noche de luna llena y, a eso de la una, Flo y yo nos despertamos al oír una música deliciosa bajo nuestra ventana. Nos acercamos corriendo y, ocultas tras las cortinas, miramos tímidamente hacia fuera, donde vimos a Fred y los estudiantes cantando. Es la escena más romántica que he visto en toda mi vida: el río, el puente, los barcos, la enorme fortaleza enfrente, la luna y una música que hubiese derretido al corazón más duro.

Cuando terminaron, les lanzamos flores y les vimos luchar entre sí por ellas, besar la mano de unas damas invisibles y alejarse riendo... para ir a fumar y beber cerveza, supongo. A la mañana siguiente, Fred se sacó del bolsillo una flor estrujada para enseñármela y se puso muy sentimental, Me burlé de él y le expliqué que no había sido yo quien la había lanzado, sino Flo, y al parecer eso le molestó porque arrojó la flor por la ventana y volvió a mostrarse sensato. Temo que este chico me va a dar problemas.

Los baños de Nassau estaban muy animados, al igual que Baden-Baden, donde Fred perdió una suma de dinero y yo le regañé por ello. Ahora que Frank no está con él, necesita que alguien le cuide. Kate comentó en una ocasión que esperaba que se casase pronto y yo coincidí con ella en que sería lo mejor para él. Frankfurt me pareció precioso. Visitamos la casa de Goethe, la estatua de Schiller y la famosa Ariadna de Dannecker. Lo

encontré encantador, pero lo habría disfrutado más aún de haber conocido mejor la historia. No quise preguntar porque todos estaban al corriente o fingían estarlo. Tal vez Jo me pueda contar algo, tendría que haber leído más. Ahora descubro que no sé apenas nada y me avergüenzo de ello. Ahora viene lo más serio... Es muy reciente, y Fred se acaba de marchar. Es un joven tan alegre y dulce que todos le tenemos mucho cariño. Yo siempre le vi como un compañero de viaje y nada más, hasta la serenata de la otra noche. Entonces, comencé a intuir que los paseos a la luz de la luna, las conversaciones en el balcón y las aventuras diarias eran algo más que un simple entretenimiento para él. Mamá, te prometo que no he coqueteado con él... Recuerdo lo que me advertiste y he procurado seguir tus consejos. Yo no tengo la culpa de gustarle a alguien. No hago nada para que eso se produzca y me duele no sentir nada, aunque Jo opine que no tengo corazón. Mamá, supongo que estarás meneando la cabeza y que las chicas dirán ¡Menuda pícara interesada!, pero he tomado una decisión; si Fred se declara, le aceptaré aunque no esté locamente enamorada. Me cae bien y nos sentimos muy a gusto juntos. Es joven, apuesto, bastante inteligente y muy rico, más rico incluso que los Laurence. No creo que su familia se ponga, y yo sería muy feliz porque son personas amables, bien educadas y generosas que me aprecian. Dado que Fred es el mayor de los gemelos, supongo que heredará buena parte del patrimonio, ¡que es enorme! Tienen una casa estupenda en la ciudad, en una de las calles más elegantes; no es tan vistosa como las grandes casas norteamericanas, pero es el doble de cómoda y tiene muchos más lujos, como les gusta vivir a los ingleses. Me encanta, y todo es auténtico. He visto la vajilla, las joyas de la familia, los viejos sirvientes y cuadros de la propiedad que tienen en el campo, una mansión con un amplio jardín, situada en un bello enclave, con buenos caballos. ¿Qué más podría pedir? Prefiero eso a uno de esos títulos que hacen enloquecer a las muchachas pero que no tienen nada detrás. Puede que sea una interesada, pero detesto la pobreza y no pienso soportarla ni un segundo más de lo

imprescindible. Es preciso que una de nosotras se case con un hombre rico. Meg no lo ha hecho, Jo no lo hará y Beth todavía no puede... De modo que lo haré yo y así todos llevaremos una vida más confortable. No me casaría con un hombre al que detestase o despreciase. Podéis estar seguras de ello. Aunque Fred no sea mi ideal, está muy bien y, con el tiempo, llegaría a apreciarle si él me tratase bien y me dejase hacer lo que quisiese. He estado dando vueltas al asunto durante toda la semana pasada —era imposible no darse cuenta de que le gusto a Fred—. Él no dijo nada, pero sus gestos le delataban. Nunca va con Flo, siempre está a mi lado, en los coches, en la mesa, cuando paseamos. Cuando nos quedamos a solas, se pone emotivo, y si algún joven me dirige la palabra, frunce el entrecejo. Ayer, a la hora de la cena, un oficial austriaco nos miró y luego le comenté a su amigo, un barón con pinta de libertino, algo acerca de ein wonderschönes Blöndschen, y Fred se enfureció como un león y cortó la carne tan enérgicamente que casi la tira del plato. No es uno de esos ingleses flemáticos y estirados, se enfada con facilidad; supongo que debe de llevar sangre escocesa en las venas o eso parece a juzgar por sus hermosos ojos azules.

En fin, ayer fuimos al castillo al caer la tarde, todos menos Fred, que tenía que reunirse con nosotros allí después de ir a buscar unas cartas a la oficina de correos. Lo pasamos bien curioseando entre las ruinas, las bodegas, donde hay un enorme tonel, y los hermosos jardines que el noble propietario mandó hacer al gusto de su esposa, que era inglesa. Pero lo que más me impresionó fue la gran terraza y las hermosas vistas que ofrecía. De modo que, mientras el resto del grupo visitaba las habitaciones, yo me quedé allí, sentada, haciendo un esbozo de una cabeza de león de piedra gris que había en un muro, rodeada de ramas de madreselvas de color escarlata. Me sentía como el personaje de una novela romántica, viendo cómo el río Neckar cruzaba el valle, deleitándome con la música de una banda austriaca y esperando a mi enamorado. Presentí que estaba a punto de ocurrir algo y

me supe preparada para ello. Aguardé tranquila, sin enrojecer ni temblar, aunque sí algo nerviosa.

Al poco, oí la voz de Fred y le vi atravesar corriendo el gran arco en dirección a mí. Parecía tan alterado que me olvidé de todo y le pregunté qué le ocurría. Me explicó que acababa de recibir una carta en la que se le urgía a regresar a casa porque Frank estaba gravemente enfermo. Pensaba marchar de inmediato, en el tren de la noche, y solo venía a despedirse. Lamenté mucho la noticia y me sentí decepcionada... aunque solo por unos segundos, porque me estreché la mano y dijo con un tono que no dejaba lugar a dudas: «Volveré pronto... No me olvidarás, ¿verdad, Amy?».

No le prometí nada, pero le miré y pareció bastarle con eso. No hubo tiempo para nada más porque apenas disponía de una hora para preparar su partida. Todos le echamos mucho de menos. Sé que quería hablar conmigo, pero intuí, por algo que comentó en una ocasión, que ha prometido a su padre no hacer nada sin consultárselo. Es un muchacho muy impulsivo y el anciano señor teme que le imponga una nuera extranjera. Pronto nos reuniremos con él en Roma y entonces, si no he cambiado de idea, le aceptaré cuando se declare.

Por supuesto, todo esto es confidencial, pero quería que estuvieras al corriente. No te preocupes por mí; sigo siendo tu «sensata Amy» y te aseguro que no haré nada sin pensarlo bien. Me encantaría recibir tus consejos y los tendría muy en cuenta. Ojalá pudiera conversar contigo largo y tendido, mamá. Te quiero mucho, confía en mí.

Tu hija,

AMY



Capítulo 32

Tiernas inquietudes



o, estoy preocupada por Beth.

—¿Por qué, mamá? Desde que nacieron los niños, ha estado mejor que de costumbre.

—No me inquieta su salud, sino su ánimo. Estoy segura de que algo le preocupa y me gustaría que descubriese de qué se trata.

—¿Y qué te hace pensar eso, mamá?

—Pasa mucho rato sentada sola y no habla con papá tanto como antes. El otro día, la encontré llorando junto a los niños. Cuando canta, siempre elige las canciones más tristes y, de vez en cuando, tiene una expresión en el rostro que no alcanzo a comprender. Esto no es propio de Beth, y por eso me preocupa.

—¿Has hablado de esto con ella?

—Lo he intentado en un par de ocasiones pero, cuando no evita contestar, pone tal cara de angustia que no tengo corazón para seguir preguntándole nada. Nunca fuerzo una confidencia y rara vez tengo que esperar demasiado para que una de vosotras me cuente algo.

La señora March observaba a Jo mientras le hablaba, pero su rostro no delataba que supiera algo de la secreta inquietud

de Beth. Jo siguió cosiendo en silencio y, al cabo de unos minutos, apuntó:

—Creo que lo que le ocurre es que está creciendo y empieza a fantasear, a descubrir esperanzas, miedos e inquietudes que no sabe explicarse. Verás, mamá, Beth ya tiene dieciocho años, pero no nos damos cuenta y la tratamos como si fuera una niña. Nos olvidamos de que es una mujer.

—Sí lo es, querida. ¡Qué rápido crecéis! —comentó la madre con una sonrisa y un suspiro.

—Es inevitable, mamá. Tendrás que resignarte ante toda clase de preocupaciones y dejar que tus polluelos abandonen el nido, uno a uno. Si sirve de algo, prometo no alejarme demasiado.

—Sí, eso es un gran consuelo, Jo. Ahora que Meg ya no vive con nosotros, me siento más fuerte cuando estás en casa. Beth no goza de buena salud y Amy es demasiado joven para contar con ella; pero sé que si hace falta arrimar el hombro, tú siempre estás dispuesta.

—Sabes que no me asusta el trabajo duro y en toda familia hace falta alguien con empuje. Amy es estupenda con las labores finas, pero yo me siento más a gusto cuando hay que recoger las alfombras o todo el mundo enferma a la vez. Amy está descollando en el extranjero, pero si algo falta en casa, llámame a mí.

—Entonces, dejaré el asunto de Beth en tus manos. Si ha de abrir su tierno corazón, seguro que lo hará antes contigo. Sé muy amable y procura que no piense que la vigilamos o hablamos de ella a sus espaldas. Sí recuperarse la fuerza y la alegría, yo vería cumplidos todos mis deseos.

—¡Qué suerte! ¡Yo tengo tantos deseos por cumplir!

—¿Cuáles son, querida?

—Me ocuparé de los problemas de Beth y luego compartiré los míos contigo. No son demasiado graves, de modo que pueden esperar. —Dicho esto, Jo se alejó con un gesto confiado que llenó de alivio a la señora March, por lo menos de momento.

Jo se dedicó a observar a Beth, mientras fingía atender sus propios asuntos y, tras varias conjeturas contradictorias, llegó a una conclusión que parecía explicar el cambio operado en

la muchacha. Un episodio le dio la clave del misterio, o eso le pareció, y su viva imaginación y cariñoso corazón hicieron el resto. Un sábado por la tarde, mientras estaban solas, aparentó estar ocupada escribiendo, sin quitar ojo a su hermana, que parecía extrañamente callada. Sentada junto a la ventana, Beth dejaba su labor sobre el regazo con frecuencia, apoyaba la cabeza en la mano con aire abatido y contemplaba el apagado paisaje otoñal. De pronto, alguien pasó bajo la ventana, silbando como un mirlo operístico, y una voz exclamó:

—¡Todo sereno! Vendré esta noche.

Beth abrió los ojos de par en par, se inclinó hacia la ventana, sonrió y asintió con la cabeza mientras el joven se alejaba a grandes pasos hasta desaparecer de la vista. Entonces dijo, como si hablara para sí:

—¡Qué fuerte, sano y feliz parece este muchacho!

¡Vaya!, se dijo Jo sin dejar de mirar a su hermana, cuyo rostro perdió el color con la misma rapidez con que lo había cobrado, mientras la sonrisa se borraba de sus labios y una lágrima caía sobre el alféizar. Beth se apartó bruscamente y miró con aprensión a Jo, pero la encontró garabateando a toda velocidad, al parecer absorta en la escritura de El juramento de Olimpia. En cuanto Beth se volvió, Jo la observó de nuevo y advirtió que la joven se llevaba la mano a los ojos en más de una ocasión, y leyó en su rostro, medio vuelto, una tierna aflicción que hizo que a ella misma se le saltaran las lágrimas. Temerosa de descubrirse, Jo murmuró que necesitaba más papel y salió de la sala.

¡Que Dios se apiade de mí! Beth está enamorada de Laurie, se dijo, una vez sentada en su dormitorio, pálida de la impresión que le había provocado el repentino descubrimiento. ¡Quién lo hubiera imaginado! ¿Qué dirá mamá? Me pregunto si él... Jo interrumpió este pensamiento y enrojeció de súbito al pensar: Si él no la corresponde, será horrible. Tiene que amarla. ¡Conseguiré que lo haga!, y meneó la cabeza con aire amenazador al recordar al niño travieso que se burlaba de ella desde el otro lado del muro. ¡Por Dios! ¡Cómo hemos crecido! Meg está casada y es madre, Amy prospera en París y Beth está enamorada. Soy la única lo suficientemente sensata para acabar con esta locura.

Jo reflexionó por unos segundos, con la imagen de Laurie de niño aún en la mente; luego las arrugas desaparecieron de su frente y dijo dirigiéndose a él con aire decidido:

—No, señor, muchas gracias. Eres encantador, pero más inestable que una veleta, así que abstente de enviar notas conmovedoras y lanzar sonrisas seductoras porque no lograrás nada. No lo permitiré.

Luego suspiró y se quedó absorta en sus pensamientos un buen rato, hasta que la luz del crepúsculo le recordó que debía bajar a vigilar a su hermana. Lo hizo y confirmó sus sospechas. Laude solía coquetear con Amy y bromear con Jo, pero el trato que dispensaba a Beth era especialmente atento y dulce, aunque, bien mirado, todo el mundo la trataba así, por lo que era difícil sospechar que el joven sintiese por ella algo más. De hecho, toda la familia era de la opinión de que Laude se mostraba más interesado que nunca por Jo, quien, por supuesto, no quería ni oír hablar del asunto y lo negaba con virulencia si alguien osaba mencionarlo. Si hubiesen tenido noticia de los momentos tiernos que Laurie había protagonizado en el transcurso del último año o, mejor dicho, de los intentos frustrados de crear momentos tiernos, los cuales se habían visto interrumpidos en el acto, todos habrían advertido con inmensa satisfacción: «¿Lo ves? Ya lo decía yo». Pero a Jo le horrorizaba el flirteo, no se prestaba a ello, siempre intercalaba una broma o una sonrisa que alejase el peligro.

Cuando Laurie fue a la universidad, se enamoraba de alguien nuevo cada mes, pero aquellos arrebatos eran tan breves como apasionados, y no tenían consecuencias. A Jo le divertía observar cómo el joven pasaba de la esperanza a la desesperación y luego a la resignación, estados de ánimo que le contaba con detalle en sus visitas semanales. Sin embargo, al cabo de un tiempo, Laurie cesó de adorar tantos lugares sagrados, empezó a referirse de manera indirecta y misteriosa a una única pasión e incluso se dejaba llevar, en ocasiones, por una melancolía al estilo de Byron. Por último, optó por evitar por completo todo asunto emotivo y enviaba a Jo notas de índole filosófica, se centró en sus estudios y comentó que pensaba dar el máximo

de sí para licenciarse con la mayor gloria posible. Aquella situación era mucho más del agrado de la joven dama que las confidencias a la luz del atardecer, los apretones de mano tiernos y las miradas cargadas de significado, porque la mente de Jo era más madura que su corazón y prefería los héroes imaginarios a los de carne y hueso. A los primeros podía encerrarlos en la cocina de hojalata del desván cuando se cansaba de ellos, pero los de verdad eran mucho menos dúctiles.

En ese estado de cosas hizo Jo su gran descubrimiento y, cuando Laurie acudió a visitarlas aquella noche, la joven le miró como nunca antes lo había hecho. De no haber tenido aquella idea en la mente, no le habría extrañado que Beth estuviese tan callada ni que Laurie se mostrase tan atento con ella. Pero había dado rienda suelta a su imaginación, que galopaba a sus anchas, desbocada, sin que el sentido común acudiese a su rescate, mermado como estaba por las muchas horas que la joven autora dedicaba a escribir encendidas historias de amor. Beth estaba recostada en el sofá, como de costumbre, y Laurie, sentado a su lado en una silla, le contaba chismes para entreternerla. Aquella ceremonia se repetía todas las semanas sin falta, y Beth la aguardaba con ansia. Aquella noche, sin embargo, a Jo le pareció que Beth miraba el rostro moreno y lleno de vida con un gozo fuera de lo común y, aunque el joven relataba los pormenores de un partido de críquet y usaba términos técnicos que a ella le eran tan crípticos como un texto en sánscrito, le escuchaba con sumo interés. Asimismo, Jo creyó ver en Laurie —tal era su afán por que así fuera— más galantería de la habitual; el muchacho hablaba en voz baja, reía menos de lo común, parecía distraído y cubría los pies de Beth con una manta con una diligencia prácticamente de enamorado.

¡Quién sabe! Cosas más raras se han visto, pensó Jo andando de acá para allá. Si se amasen, ella sería como un ángel para él, y él le haría la vida más grata y más cómoda. No creo que Laurie se pueda resistir a los encantos de Beth siempre y cuando las demás no estemos en su camino.

Y dado que la única que estaba en su camino era ella, Jo llegó a la conclusión de que debía hacerse a un lado lo antes posi-

ble. Pero ¿cómo? Se sentó, pensativa, en busca de una solución digna de una hermana devota.

El viejo sofá era un auténtico patriarca de los sofás: largo, ancho, bajo y con muchos cojines. Era verdad que estaba algo desvencijado porque, de niñas, las hermanas se tumbaban y dormían en él, jugaban a pescar sentadas en su respaldo, montaban a caballo en sus brazos y guardaban animales debajo; ya de adolescentes, descansaban en él sus cansadas cabezas, soñaban sus más dulces sueños y charlaban emocionadas. Todos tenían cariño al venerable sofá, que era el refugio familiar, y era el lugar favorito de Jo para gandulear. Entre los muchos cojines que lo adornaban, destacaba uno, duro, redondeado, cubierto con ásperos pelos de crin de caballo y rematado en las puntas con un nudo y un botón. El repugnante cojín era la propiedad más valiosa de Jo, quien lo usaba como arma arrojadiza, como barricada y para evitar dormirse en los momentos de más sopor.

Laurie lo conocía bien, y lo contemplaba con profundo desagrado, ya quejo le había sacudido con él muchas veces en el pasado, de niños, cuando retozar era algo natural, y más recientemente lo había usado para evitar que se sentara cerca de ella. Si la «salchicha» —como él lo llamaba— estaba colocada en un extremo, quería decir que se podía acercar y descansar, pero si estaba en medio, ¡pobre del hombre, mujer o niño que osara molestarla! Aquella noche, Jo olvidó erigir la barricada, por lo que, cuando llevaba menos de cinco minutos sentada, vio acercarse una figura enorme que se tumbó sobre el sofá con los brazos y las piernas extendidos. Una vez recostado, Laurie exclamó satisfecho:

—¡Esto es vida!

—Por favor, compórtate con propiedad —dijo Jo colocando a toda prisa el cojín, aunque ya era demasiado tarde y no quedaba sitio. El cojín se deslizó hacia el suelo y desapareció misteriosamente.

—Venga, Jo, no seas arisca. Después de matarse a estudiar toda la semana, un hombre necesita y merece que le mimen.

—Que te mime Beth, yo estoy ocupada.

—No, no quiero molestarla. Pero a ti te gustan estas cosas, salvo que hayas cambiado de opinión, claro está. ¿Es así? ¿Acaso ahora odias a tu chico y prefieres darle con un cojín?

Estas tiernas palabras hubiesen bastado para engatusar a cualquiera, pero Jo, enfrió los ánimos de «su chico» dándole la espalda y preguntándole en tono seco:

—¿Cuántos ramos de flores le has enviado a la señorita Raudal esta semana?

—¡Ni uno, te doy mi palabra! Faltaría más. Está comprometida.

—Me alegro, porque enviar flores y regalos a mujeres que te interesan tres cominos me parece un despilfarro —observó Jo en tono de reproche.

—Las chicas sensatas que sí me interesan no me dejan enviarles «flores y regalos»; así que, ¿qué remedio me queda? He de dar salida a mis sentimientos.

—Mamá no aprueba el flirteo, aunque sea por puro entretenimiento, y tú, Teddy, no paras de flirtear.

—Daría lo que fuera por poder decir: «Al igual que tú», pero, como no es el caso, me limitaré a decir que no veo mal alguno en jugar un poco siempre que todos los implicados comprendan que no es más que un pasatiempo agradable.

—La verdad es que sí parece agradable, pero no sé cómo se hace. Lo he intentado, porque si no haces lo que los demás te sientes como un bicho raro en sociedad, pero no se me da bien —reconoció Jo olvidando momentáneamente su papel de tutora.

—Aprende de Amy; tiene un talento natural para ello.

—Sí, lo hace muy bien y nunca se excede. Supongo que algunas personas están destinadas a agradar aun sin proponérselo, mientras que otras están condenadas a hacer o decir algo inconveniente donde no deben.

—Me alegro de que no sepas flirtear. Da gusto conocer a una joven sensata y sincera que puede mostrarse alegre y amable sin hacer el ridículo. Entre nosotros, Jo, algunas muchachas con las que trato se comportan de un modo que me hace sentir vergüenza ajena. Por supuesto, no pretenden herir a nadie, pero si supieran lo que los chicos dicen luego, a sus espaldas, creo que no dudarían en cambiar de actitud.

—Ellas también murmuran a vuestras espaldas y, como la lengua de las mujeres es más afilada, vosotros salís peor parados, porque sois tan necios como ellas. Si os comportaseis como es debido, ellas también lo harían pero, puesto que saben que os gustan sus tonterías, siguen igual, y luego vosotros se lo reprocháis.

—Veo que es usted una experta en la materia, señora —apuntó Laurie en tono de superioridad—. Aunque a veces parezca lo contrario, a los hombres no nos gustan los flirteos ni las salidas de tono. Los caballeros siempre se refieren a las jóvenes hermosas y modestas con el mayor de los respetos. ¡Dios te conserve la inocencia! Si ocupases mi lugar durante un mes, no saldrías de tu asombro. Te doy mi palabra de que cuando me encuentro con jóvenes escandalosas me entran ganas de citar a nuestro amigo Cock Robin: «¡Al diablo contigo, descarada revoltosa!».

Era imposible no echarse a reír al ver cómo Laurie trataba de resolver el dilema que le creaban, por un lado, su reticencia de caballero a hablar mal de las mujeres y, por otro, su espontánea antipatía hacia los disparates poco femeninos que tanto menudeaban entre las jóvenes de buena sociedad. Jo sabía que muchas madres consideraban al «joven Laurence» un buen partido, que sus hijas le sonreían y que mujeres de todas las edades le alababan tanto que era casi imposible que no se convirtiese en un petimetre. Sentía celos y temía que lo echaran a perder, por lo que le alegró mucho descubrir que seguía prefiriendo a las jóvenes recatadas. Adoptó nuevamente un tono admonitorio para decir en voz baja:

—Teddy, si has de dar salida a tus sentimientos, escoge a una joven «hermosa y modesta» a la que puedas respetar y no pierdas el tiempo con niñas tontas.

—¿Hablas en serio? —preguntó Laurie mirándola con una mezcla de ansiedad y alegría.

—Por supuesto, aunque sería preferible que esperases a haber terminado los estudios en la universidad y, mientras tanto, te prepares para ser digno de ella. Todavía no eres lo bastante bueno para... en fin, para esa joven recatada, sea quien sea. —Jo

se mostró un tanto turbada porque había estado a punto de pronunciar el nombre de la dama.

—¡No lo soy, es cierto! —reconoció Laurie con una humildad desconocida en él, mientras bajaba la mirada al suelo y, con expresión distraída, se enroscaba alrededor de un dedo latiría del delantal de Jo.

Que Dios se apiade de nosotros, no va a funcionar, pensó Jo, que a continuación dijo:

—Ve y cántame algo, Laurie. Me muero por oír un poco de música y la tuya siempre me gusta.

—Prefiero quedarme aquí, gracias.

—Pues no puedes, no hay sitio, Ve y haz algo útil. Eres demasiado grande para resultar decorativo. Creía que no soportabas sentirte atado al delantal de una mujer —repuso Jo citando unas palabras rebeldes pronunciadas por el joven tiempo atrás.

—¡Eso depende de quién lo lleve! —Y Laurie tiró con descaro de la tira del mandil.

—¿Vas o no? —protesta Jo inclinándose en busca del cojín.

Laurie huyó y, en cuanto empezó a tocar, Jo se escabulló y no regresó hasta que el joven se hubo marchado enfurecido.

Aquella noche, a Jo le costó conciliar el sueño y, cuando al fin empezaba a quedarse adormilada, un sollozo la hizo acudir corriendo junto a la cama de Beth y preguntar:

—¿Qué ocurre, querida?

—Creía que dormías —contestó Beth sin dejar de sollozar.

—¿Es el dolor de siempre, preciosa?

—No, es uno nuevo, pero podré sobrellevarlo —afirmó Beth tratando de contener el llanto.

—Cuéntamelo todo y deja que te ayude a curarlo como tantas veces hice con el otro.

—No puedes, este dolor no tiene cura. —Dicho esto, a Beth se le quebró la voz y, abrazada a su hermana, lloró con tal desespero quejo se asustó.

—¿Dónde te duele? ¿Quieres que avise a mamá?

Beth no contestó a la primera pregunta, pero sin querer, en la oscuridad, se llevó una mano al corazón, como si fuese allí donde le dolía, mientras con la otra sujetaba a Jo y rogaba:

—¡No, no la llames! ¡No le digas nada! Me calmaré y enseguida me dormiré, de veras.

Jo obedeció. Mientras pasaba dulcemente la mano por la frente y los húmedos párpados de su hermana, sentía su pesar y sus ganas de desahogarse. A pesar de lo joven que era, había aprendido que los corazones, al igual que las flores, no se pueden abrir a la fuerza, que tienen su propio ritmo. Así, aunque creía conocer la causa del nuevo dolor de su hermana, solo añadió con la máxima dulzura:

—¿Te preocupa algo, querida?

—¡Sí, Jo! —contestó Beth tras un largo silencio.

—¿No te sentirías mejor si me contases de qué se trata?

—No, aún no.

—Entonces, no preguntaré, pero recuerda, Beth, que tanto mamá como yo siempre estamos dispuestas a escucharte y ayudarte.

—Lo sé y os lo contaré pronto.

—¿Te sientes mejor ya?

—¡Oh, sí, mucho mejor! Hablar contigo es un gran consuelo, Jo.

—Duerme, querida, me quedaré a tu lado.

Se durmieron mejilla contra mejilla y, a la mañana siguiente, Beth volvía a ser la de siempre. A los dieciocho, las penas de la cabeza y el corazón no duran demasiado y unas palabras cariñosas son la mejor medicina para la mayor parte de las enfermedades.

Pero Jo había tomado una decisión y, tras ponderarla durante unos días, resolvió comunicársela a su madre.

—El otro día, me preguntaste por mis deseos, Marmee. Pues bien, quiero compartir contigo uno de ellos —dijo cuando estaban solas—. Me gustaría pasar el invierno fuera de casa para cambiar de aires.

—¿Por qué? —preguntó la madre mirándola como si temiese que aquellas palabras tuviesen un sentido oculto.

Sin levantar la vista de su labor, Jo contestó muy seria:

—Quiero conocer algo nuevo. Estoy inquieta y me apetece ver, hacer y aprender más cosas. He estado demasiado centrada en mi pequeño mundo y necesito cambiar de aires. Si puedes

prescindir de mí durante el invierno, me gustaría alejarme un poco del nido y alzar el vuelo.

—¿Y adonde irás?

—A Nueva York. Ayer se me ocurrió una idea, verás... ¿Recuerdas que la señora Kirke te escribió para pedirte que la ayudases a encontrar una joven que cosiese e hiciese de institutriz para sus hijos? Es bastante difícil encontrar a una persona adecuada, pero creo que yo podría encajar en el puesto con un pequeño esfuerzo.

—Querida, ¿de veras quieres ir a servir a esa gran mansión?

—A pesar de su sorpresa, no parecía que a la señora March le desagradase la idea.

—Bueno, no se trata exactamente de servir; la señora Kirke es amiga tuya, y la persona más amable que he conocido, y estoy segura de que trabajar para ella será una experiencia muy grata. Su familia vive bastante aislada, así que nadie sabrá que estoy allí. Y si lo descubren, tampoco me importa; es un trabajo honrado, no es motivo de vergüenza.

—Estoy de acuerdo, pero ¿y tus escritos?

—Seguro que me sienta bien un cambio. Ver mundo y oír historias nuevas me ayudará a renovar mi repertorio, y aunque no me quedase tiempo de escribir nada allí, al volver a casa tendría mucho material sobre el que trabajar.

—No lo dudo, pero ¿es esta la única razón para este repentino capricho?

—No, madre.

—¿Me puedes explicar tus otras razones?

Jo levantó la vista, luego la bajó y, sonrojándose, susurró:

—Tal vez esté equivocada y sea una simple cuestión de vanidad, pero temo que Laurie esté tomándome demasiado cariño.

—Entonces, ¿tú no le quieres del mismo modo en el que es evidente que él empieza a interesarse por ti? —La señora March parecía nerviosa mientras formulaba la pregunta.

—¡No, por Dios! Le quiero como le he querido siempre y me siento muy orgullosa de él, pero pensar en nada más está fuera de lugar.

—Me alegra oírte decir eso, Jo.

—¿Por qué?

—Porque no creo que estéis hechos el uno para el otro, querida. Como amigos, os lleváis muy bien y, aunque discutís con frecuencia, hacéis las paces enseguida, pero creo que si trataseis de ser una pareja no funcionaría. Os parecéis mucho y ambos valoráis demasiado la libertad (por no hablar de vuestra personalidad fuerte y apasionada) para que podáis ser felices juntos. Para que una relación prospere hacen falta una paciencia y templanza infinitas, además de amor.

—Yo también sentía eso, pero no lo sabía expresar. Me alegro que pienses que solo está empezando a interesarse por mí. Me entristecería mucho hacerle infeliz, pero no puedo enamorarme de un hombre solo por gratitud, ¿verdad?

—¿Estás segura de sus sentimientos hacia ti?

Jo se puso aún más colorada y contestó con esa mezcla de orgullo, alegría y dolor que suelen sentir las jovencitas cuando hablan de un primer amor:

—Me temo que sí, madre. No me ha comentado nada, pero me mira mucho. Creo que es preferible que me marche antes de que esto vaya a más.

—Estoy de acuerdo contigo. Veré qué puedo hacer para que vayas.

Jo se sintió aliviada y, tras unos segundos en silencio, comentó con una sonrisa:

—Creo que la señora Moffat se quedaría maravillada si supiese cómo tomas las decisiones. Estoy segura de que le alegraría que Annie aún estuviese disponible para Laurie.

—Jo, aunque no tornemos las mismas decisiones, todas las madres queremos lo mismo, que nuestros hijos sean felices. Meg lo es, y yo me alegro de que haya acertado. En cuanto a ti, prefiero dejar que disfrutes de tu libertad hasta que te canses de ella, porque solo entonces descubrirás que existe algo mucho más dulce. En estos momentos, Amy es mi mayor preocupación pero, como es una muchacha sensata, estoy segura de que sabrá lo que debe hacer. Respecto a Beth, mi única esperanza es que se recupere físicamente. Por cierto, parece más animada que días atrás. ¿Has hablado con ella?

—Sí. Admitió que algo la preocupaba y prometió contármelo pronto. No insistí porque creo que sé de qué se trata. —Y Jo contó a su madre sus sospechas.

La señora March meneó la cabeza, se negó a ver el aspecto romántico del asunto y, muy seria, se reafirmó en la idea de que era mucho mejor para Laurie quejo pasase una temporada fuera.

—No diremos nada hasta que todo esté organizado. Así, cuando el momento llegue, podré salir corriendo y ahorrarme el enfado y el dramatismo de Laurie. Beth debe pensar que me marcho simplemente por mí, ya que no me siento capaz de hablar de Laurie con ella. Entonces podrá darle ánimos, consolarle y ayudarle a cambiar sus sentimientos. Laurie ha vivido tantos desengaños amorosos que ya está acostumbrado. Seguro que superará enseguida el mal de amores.

Jo esperaba que así fuera, pero en su interior temía que ese «desengaño» fuese más duro que el resto y que su amigo tardara en recuperarse del «mal de amores».

Informó de sus planes en un pleno familiar y todos estuvieron de acuerdo. La señora Kirke aceptó encantada y prometió quejo se sentiría como en casa. El trabajo de institutriz le permitiría ser independiente y le dejaría tiempo libre suficiente para poder escribir, además de que su nueva vida en sociedad sería una útil y agradable fuente de inspiración. A Jo le encantaba la idea y estaba deseando partir. Su hogar le resultaba cada vez más pequeño, dada su naturaleza inquieta y su espíritu aventurero. Cuando todo estuvo dispuesto, habló con Laurie, llena de miedo y con la voz temblorosa, pero, para su sorpresa, el joven reaccionó sin aspavientos. Hacía días que estaba más serio de lo normal, aunque seguía tan amable como de costumbre. Y cuando Jo comentó en son de broma que se disponía a pasar página, él añadió en tono grave:

—Yo también, y estoy decidido a no volver a ella nunca.

Jo se sintió aliviada al ver que se lo tomaba tan bien y siguió con los preparativos con alegría. Beth parecía estar mucho más animada, y ella confiaba en estar haciendo lo mejor para todos.

—Necesito pedirte un gran favor. Quiero que cuides algo por mí —comentó la noche antes de irse.

—¿Te refieres a tus manuscritos? —preguntó Beth.

—No, me refiero a mí chico. Sé buena con él, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, así lo haré. Pero sabes que yo no podré sustituirte. Te echará mucho de menos.

—Estará bien. Recuerda que confío en ti para que le incorpores, le mimes y le llames al orden en mi nombre.

—Lo haré lo mejor que pueda —prometió Beth, que se preguntaba por qué la miraba su hermana de un modo tan extraño.

Cuando Laurie fue a despedirse, se acercó al oído de Jo y le susurró:

—No servirá de nada, Jo. Estaré pendiente de ti. Mira bien lo que haces o iré a buscarte y te traeré de nuevo a casa.



Capítulo 33

El diario de Jo

Nueva York, noviembre

Queridas Marmee y Beth:

Aunque no soy una elegante dama viajando por otro continente, tengo mucho que contaros, de modo que escribiré un libro entero para vosotras. Cuando dejé atrás el amado rostro de papá, me sentí triste, y habría echado alguna que otra lágrima de no ser porque junto a mí había una irlandesa con cuatro criaturas que no paraban de llorar y me mantuvieron entretenida. Me dediqué a lanzarles bolitas de pan de jengibre cada vez que uno de ellos abría la boca para rugir.

El sol no tardó en animarse a aparecer entre las nubes, lo que consideré un buen presagio, disfruté muchísimo del resto del viaje.

La señora Kirke me recibió con tanto afecto que me sentí en casa enseguida, a pesar de encontrarme en una gran mansión rodeada de desconocidos. Me reservó un pequeño estudio abuhardillado muy coqueto, lo único que le quedaba libre, pero dispongo de cocina y de una mesa junto a una ventana por donde entra el sol, de modo que puedo sentarme a escribir siempre que quiero. Las vistas, excelentes, y la torre de la iglesia de enfrente compensan las muchas escaleras que hay que subir para llegar a mi pequeña guarida, que me encantó desde el primer momento. La sala en la que me ocupo de dar clases y coser es muy cómoda y se encuentra junto a la salita de la señora Kirke. Sus dos hijas son muy guapas pero bastante malcriadas, y se encariñaron conmigo cuando les conté el cuento de los siete cerditos malos. Creo que seré una institutriz excelente.

Puedo comer con las niñas si lo prefiero, en lugar de sentarme a la mesa grande, y por ahora es lo que hago, porque, aunque no os lo creáis, soy bastante tímida.

La señora Kirke me dijo en tono maternal: «Bien, querida, espero que te sientas como en tu casa. Como te imaginarás, con tanta familia, no paro. Siempre estoy de un lado para otro, pero ahora que sé que las niñas quedan

bajo tu custodia me sentiré muy aliviada y tranquila. Puedes entrar en mis aposentos siempre que lo necesites y espero que te encuentres a gusto en tu estudio. Tienes las tardes libres y en casa encontrarás a menudo personas interesantes con las que conversar. Si surge algún problema, no dudes en comentármelo y haremos lo posible por que te encuentres bien. ¡La campanilla de la hora del té! He de ir corriendo a cambiarme de sombrero». Dicho esto, me dejó a solas para que me instalase en mi nuevo nido.

Cuando, poco después, bajaba por las escaleras, vi algo que me agradó. En esta casa los tramos de escaleras son muy largos; yo estaba parada en el descansillo del tercer piso, para dejar paso a una criada que subía con gran esfuerzo, cuando llegó un hombre de aspecto extraño, le cogió el pesado capacho de carbón que llevaba, lo subió hasta arriba y lo dejó junto a una puerta. Luego se volvió hacia la sirvienta y, tras hacer un gesto cariñoso, dijo con acento extranjero: «Es mejor así. Tu espalda es demasiado joven para llevar tanto peso».

¿No os parece amable? Me encantan esta clase de gestos porque, como dice papá, la personalidad se ve en los detalles. Aquella tarde, cuando se lo mencioné a la señora K, se echó a reír y apuntó: «Seguro que fue el profesor Bhaer; siempre hace cosas así».

La señora K. me explicó que el profesor es un berlinés muy culto y bondadoso, pero más pobre que las ratas, y que da clases para ganar el pan para él y para dos sobrinitos a los que cuida desde que quedaron huérfanos y con los que vive aquí por expreso deseo de su difunta hermana, que se había casado con un norteamericano y quería que sus hijos se educasen en este país. La historia no es demasiado romántica, pero suscitó mi interés, y me agradó saber que la señora K. le presta una sala para que pueda atender a sus alumnos. Está junto a la habitación donde yo doy mis clases y, como solo las separa una puerta de cristal, pienso echar un vistazo mientras trabaja. Ya os contaré qué descubro. Mamá, no te preocupes porque tiene casi cuarenta años, no hay peligro.

Después del té y de correr tras las niñas para que se acostaran, me enfrenté al gran cesto de labores que me aguardaba y pasé una velada tranquila, charlando con mi nueva amiga. Escribiré un poco todos los días y os lo enviaré todo una vez por semana, así que... ¡buenas noches y hasta mañana!
Martes por la noche

HoY he tenido una mañana muy movida porque mis alumnas no paraban quietas y, llegado un punto, comprendí que necesitaban algo de actividad. En un momento de inspiración, improvisé una clase de gimnasia. Las mantuve haciendo ejercicio hasta que la idea de sentarse y permanecer quietas les pareció un sueño. Después del almuerzo, la criada las llevó a dar un paseo y yo me dediqué a la costura con mucha voluntad, como la pequeña Mabel. Cuando estaba dándole gracias al cielo por saber coser bien los ojales, oí que la puerta de la sala contigua se abría y cerraba y luego alguien empezaba a canturrear por lo bajo, como el zumbido de un abejorro, «Kennst du das Land», la canción que canta el protagonista de la obra de Goethe Los años de aprendizaje de Wilhelm Meisters. Sé que no estuvo bien, pero no pude resistir la tentación de levantar un poco la cortina y mirar a través de la puerta de cristal. Vi al profesor Bhaer. Es el típico alemán, más bien robusto, con una espesa cabellera castaña, una barba poblada, una nariz graciosa, la mirada más cariñosa que he visto nunca, una voz espléndida y un habla clara que es una bendición para los oídos acostumbrados al farfullar brusco y descuidado de los americanos. La ropa se veía algo desaliñada; tiene las manos grandes y de su rostro lo único que llama un poco la atención es la dentadura, que es perfecta, pero me gusta porque tiene una hermosa cabeza. La camisa blanca estaba impecable, y aunque a la chaqueta le faltaban dos botones y llevaba un parche en el zapato, parecía un auténtico caballero. Se le veía muy serio, a pesar de que no dejaba de canturrear, hasta que se acercó a la ventana, orientó los jacintos hacia el sol y acarició al gato, que lo recibió como a un viejo amigo. Entonces, sonrió. Alguien llamó a la puerta y él dijo en voz alta y enérgica:

—¡Adelante!

Iba a retirarme a toda prisa, cuando entreví a un encanto de niña cargada con un gran libro, y permanecí allí para ver qué ocurría.

—Mi quiere a mi Bhaer —dijo la criatura, que dejó súbitamente el libro sobre la mesa y corrió hacia él.

—Por supuesto, aquí está tu Bhaer. ¡Ven a darme un abrazo, Tina! —dijo el profesor, y con una carcajada la alzó por encima de su cabeza hasta el punto de que la niña hubo de inclinar su carita para poderle dar un beso.

—Ahora, mí irá a estudiar —prosiguió la encantadora alumna. Así pues, el señor Bhaer la acompañó a uno de los pupitres, abrió el enorme diccionario que ella había traído y le entregó papel y lápiz. Enseguida, la pequeña empezó a garabatear. De vez en cuando, pasaba una página y deslizaba un dedito gorduzuelo por la hoja, hasta dar con el término esperado. Trabajaba con tal seriedad que a duras penas conseguí reprimir una carcajada para no traicionar mi presencia. El señor Bhaer, que permanecía a su lado, acariciaba sus hermosos cabellos en un gesto paternal que me hizo pensar que debía de ser hija suya, aunque la niña parecía más francesa que alemana. Cuando, poco después, volvieron a llamar a la puerta y vi entrar a dos jovencitas, me dije que era hora de retomar mis labores y me concentré virtuosamente en la costura, a pesar del ruido y la cháchara procedentes de la sala contigua. Una de las muchachas reía con gran afectación y repetía «¡Profesor, por favor!» en tono coqueto, y la otra pronunciaba tan mal el alemán que supe que al hombre debía de costarle un gran esfuerzo mantener la compostura.

Estaba claro que ambas ponían a prueba su paciencia, porque más de una vez le oí decir con gran vehemencia: «No, no es así. ¡No prestáis atención!», y en una ocasión sonó un ruido seco, como si hubiese golpeado la mesa con un libro, seguido de la exclamación «¡Es inútil! Parece que hoy todo tiene que salir mal».

Pobre hombre, sentí lástima por él. Cuando las jovencitas se marcharon, eché un nuevo vistazo para comprobar si seguía vivo. Se había dejado caer sobre la silla, agotado, y permaneció allí con los ojos cerrados hasta que el reloj dio las dos. Entonces, se levantó de un salto y guardó los libros, como si preparase todo para otra clase, fue hacia la pequeña Tina, que se había quedado dormida en el sofá, y se la llevó en brazos sin hacer ruido. Supongo que el pobre ha tenido una vida muy dura.

La señora Kirke me preguntó si pensaba bajar a las cinco para cenar con ellos y, como echaba de menos el calor del hogar, me pareció buena idea, porque me permitiría conocer a las personas con las que comparto techo. Me arreglé y, aunque procuré ocultarme tras la señora Kirke, como ella es baja, y yo alta, mis esfuerzos por no llamar demasiado la atención se vieron condenados al fracaso. Me indicó que me sentara junto a ella, y cuando perdí un poco la vergüenza que me había hecho sonrojarme, encontré el coraje suficiente para mirar alrededor. La mesa, que era larga, estaba llena, y todos parecían más interesados por la comida que por cualquier otra cosa, en especial los caballeros, que desaparecían sin dejar rastro en cuanto terminaban de ingerir los alimentos. Entre los comensales había hombres jóvenes absortos en sus pensamientos, parejas jóvenes muy pendientes el uno del otro, damas casadas volcadas en sus hijos y caballeros maduros que solo hablaban de política. No sentí que tuviese nada que ver con ninguno, excepción hecha de una solterona de rostro dulce que parecía interesante. El profesor estaba en un extremo de la mesa, sentado entre un inquisitivo y anciano caballero duro de oído, cuyas preguntas contestaba a gritos, y un francés con el que conversaba sobre filosofía. De haber estado Amy presente, le habría dado la espalda para siempre jamás, porque el pobre parecía verdaderamente hambriento y engullía la comida de un modo que habría escandalizado a nuestra sensible damita. A mí no me importó porque «me gusta ver a la gente disfrutar con la comida», tal y como suele decir

Hannah, y me pareció lógico que el pobre necesitara recuperar fuerzas después de haber dado clase a unas muchachas tan estúpidas.

Cuando subía por las escaleras, después de la cena, oí a dos jóvenes conversar mientras se atusaban la barba ante el gran espejo del vestíbulo.

—¿Quién es la nueva? —preguntó uno.

—Una institutriz o algo así.

—¿Y por qué se sienta a la mesa con nosotros?

—Creo que es amiga de la señora.

—No está mal, pero no tiene estilo.

—Ni gota. ¡Venga, vamos!

Al principio, me enfadé, pero enseguida se me pasó, porque una institutriz es tan digna como el que más y, aunque carezca de estilo, por lo menos tengo inteligencia, que es más de lo que se puede decir de unos cursis elegantes que sólo sirven para mirarse al espejo y echar humo como chimeneas. ¡Cómo detesto a la gente sin sensibilidad!

Jueves

Ayer tuve un día tranquilo. Lo pasé dando clases, cosiendo y escribiendo en mi pequeño estudio, que resulta especialmente acogedor cuando se enciende la chimenea. Me enteré de algunas cosas y me presentaron al profesor. Al parecer, Tina es la hija de una planchadora francesa que se ocupa de la colada. La pequeña adora al señor Bhaer y le sigue por toda la casa como un perrito a su amo, y a él le encanta porque, a pesar de su soltería, le gustan mucho los niños. Kitty y Minnie Kirke también le aprecian mucho y siempre están hablando de las obras de teatro que inventa, los regalos que les hace y los magníficos cuentos que explica. El joven señor se burla de él, le pone apodos como Viejo Fritz, Cerveza Rubia, Osa Mayor, y hace chistes con su nombre, pero a él no le molesta. Según la señora K., es un hombre cordial y todos le quieren mucho, a pesar de sus costumbres algo extrañas. La solterona es la señorita Norton, una mujer rica, culta y amable. Hoy hemos conversado durante la cena (decidí repetir la experiencia de comer

abajo, porque es muy divertido observar a la gente) y me ha pedido que la vaya a visitar a su habitación. Tiene libros y cuadros buenos, conoce a personas muy interesantes y parece muy amable, de modo que me esforzaré por estar a bien con ella porque me agrada la idea de adentrarme en la buena sociedad, aunque no me refiero a lo mismo que Amy, claro está.

Por la tarde, cuando estaba en la sala, el señor Bhaer entró para dejarle unos periódicos a la señora Kirke. Ella no estaba, pero Minnie, que es muy espabilada, me presentó enseguida:

—Es la señorita March, una amiga de mamá.

—Sí. Es muy graciosa y nos cae muy bien —añadió Kitty, que es una verdadera enfant terrible.

Nos saludamos y nos reímos, porque nos hizo gracia el comentario franco de la niña tras la presentación tan formal que había hecho su hermana.

—¡Ah, sí! He oído que estas traviesas le han hecho pasar un mal rato, señorita March. Si vuelve a tener problemas con ellas, llámeme y acudiré en su ayuda —apuntó y frunció el entrecejo en un gesto amenazador que hizo las delicias de las crías.

Prometí que así lo haría y el señor Bhaer se marchó, pero parece que el destino quiere que nos encontremos con frecuencia, porque hoy, al pasar junto a la puerta de su dormitorio, le di sin querer con mi sombrilla y se abrió de par en par. Le encontré en batín, con un gran calcetín azul en una mano y una aguja de zurcir en la otra. No pareció avergonzarse de que le viera así y cuando, después de pedir disculpas, me disponía a seguir mi camino, agitó una mano, sin soltar el calcetín, y dijo con ese tono alegre y fuerte propio de él:

—Hace un día estupendo para dar un paseo. Bon voyage, mademoiselle!

Bajé riendo todo el tramo de escaleras, aunque me pareció algo triste que el pobre hombre tuviese que remendarse él mismo la ropa. Yo sé que los caballeros alemanes bordan, pero zurcir calcetines es otra cosa. No tiene nada de elegante.

Sábado

Hoy no ha ocurrido nada que merezca ser reseñado, salvo mi visita a la señorita Norton, cuyo dormitorio está lleno de cosas hermosas y que es muy amable, porque me mostró todos sus tesoros y me preguntó si me gustaría asistir con ella a conferencias y conciertos como dama de compañía. Lo planteé como si me pidiese un favor, pero estoy segura de que la señora Kirke le ha hablado de nosotras y de que lo hace para tener un detalle conmigo. Sigo siendo más orgullosa que el demonio pero, puesto que recibir favores como ese de personas como ella no me incomoda, acepté de buen grado.

Cuando volvía a la sala de clases, oí tal alboroto en la sala contigua que eché un vistazo. Vi al señor Bhaer a cuatro patas, con Tina subida a su espalda y Kitty tirando de él con una cuerda de saltar a la comba. Mientras tanto, Minnie lanzaba pedazos de bizcocho a dos niños que rugían como leones rampantes encerrados en una jaula improvisada con sillas.

—Estamos jugando a los domadores —explicó Kitty.

—¡Yo voy montada en un elefante! —exclamó Tina, agarrada al cabello del profesor.

—Mamá nos deja hacer lo que queramos los sábados por la tarde, cuando vienen Franz y Emil.

El «elefante» se sentó, y, aunque parecía tan entusiasmado como el que más, se puso serio y dijo:

—Le aseguro que es cierto. Si armarnos demasiado ruido, hágamelo saber y bajaremos el tono.

Prometí que así lo haría. Sin embargo, dejé la puerta abierta y disfruté de la diversión tanto como ellos, porque nunca había visto un jolgorio semejante. Jugaron a pillar, a los soldados, bailaron, cantaron y, cuando empezó a hacerse de noche, se tumbaron en el sofá, alrededor del profesor, quien les contó encantadores cuentos de hadas sobre las cigüeñas que anidan en las chimeneas y sobre los kobold, unos pequeños espíritus que viajan en los

copos de nieve. Sería fantástico que los americanos fuesen tan sencillos y naturales como los alemanes, ¿no estáis de acuerdo?

Disfruto tanto escribiendo que no pararía nunca, pero he de dejarlo por un asunto de dinero. Aunque uso un papel muy fino y escribo con letra pequeña, tiemblo al pensar lo que me voy a gastar en sellos para enviar esta larga carta. Mandadme las de Amy en cuanto las hayáis leído. Sé que después de sus espléndidas aventuras mis anécdotas resultarían simples, pero imagino que os gustará recibir noticias mías. ¿Qué le pasa a Teddy? ¿Estudia tanto que no le queda tiempo para escribir a sus amigos? Cuida bien de él por mí, Beth, contad-me cómo están los niños y dad muchos besos de mi parte a todos. Os quiere,

JO

P.D.: Al releer la carta me sorprende lo mucho que hablo de Bhaer. Ya sabéis que me llama la atención la gente peculiar, y aquí no hay mucho más que contar. Bendiciones.

Diciembre

Mi preciosa Betsey:

Como esta será una carta escrita a vuela pluma, te la dirijo a ti, porque sé que te divertirá y te dará una idea de mis peripecias, que, aunque nada excepcionales, son bastante entretenidas.

Después de un esfuerzo herculano, tal y como diría Amy, en el cultivo mental y moral, mis ideas comienzan a dar frutos y los pequeños tallos empiezan a crecer, como deseaba. Su compañía no me es tan grata como la de Tina y los niños, pero cumplo bien mi función y ellas me aprecian. Franz y Emil son dos niños muy alegres que me han robado el corazón, porque la mezcla del carácter norteamericano y alemán produce un continuo estado de efervescencia. Los sábados por la tarde son siempre estupendos, tanto si los pasamos en casa como si salimos. Si hace buen tiempo, vamos a pasear todos juntos y el profesor y yo nos encargamos de mantener el orden. ¡Nos divertimos muchísimo!

A estas alturas, ya somos muy buenos amigos, y he empezado a tomar clases. No me pude negar, todo ocurrió de forma tan sorprendente que tengo que contártelo. Empezaré por el principio. Un día, cuando pasaba junto a la habitación del señor Bhaer, la señora Kirke, que estaba trasteando dentro, me llamó.

—Querida, ¿has visto semejante leonera? Ven a ayudarme a colocar estos libros, porque lo he puesto todo patas arriba intentando descubrir qué ha sido de los seis pañuelos nuevos que le regalé no hace mucho.

Entré y, mientras los buscábamos, aproveché para echar un vistazo. En efecto, era una leonera. Había papeles y libros amontonados por todas partes, una pipa rota y una flauta vieja sobre la repisa de la chimenea. Un pájaro con las plumas alborotadas y sin cola piaba en el alféizar de una ventana y una caja con ratones blancos decoraba la otra. Entre los papeles yacían barquitos a medio hacer y trozos de cuerda; unas botas pequeñas y

sucias se secaban frente a la chimenea y los queridos niños por los que tanto se sacrificaba habían dejado su rastro por toda la habitación. Después de mucho revolver, encontramos tres de los pañuelos perdidos: uno en la jaula del pájaro, otro manchado de tinta y el tercero chamuscado porque lo había usado para retirar algo del fuego.

—¡Menudo personaje! —exclamó la señora K. sin perder el humor mientras dejaba las reliquias en la bolsa de la ropa sucia—. Supongo que habrá roto los demás para hacer velas para los barcos, vendar cortes en los dedos de los niños o utilizarlos como cola de una cometa. Es horrible, pero no le puedo reñir. Es tan despistado y tan bueno que deja que los niños le pisoteen. Me ofrecí a lavarle la ropa y zurcirle lo que precisase, pero él se olvida de darme las prendas y yo me olvido de recordarle que lo haga. Y así estamos... —Yo lo arreglaré todo —dije—. No es ninguna molestia y él no tiene por qué enterarse. Lo haré encantada... Es muy amable conmigo; me trae la correspondencia y me deja libros.

Así pues, me ocupé de ordenar sus cosas y zurcí dos pares de calcetines, que él había deformado con su intento de remiendo. No mencionamos el asunto y esperaba que nunca lo descubriese... pero un día, la semana pasada, me pilló in fraganti. De tanto oírle dar clases a los demás, me entraron ganas de aprender. Tina no para de entrar y salir de la sala y siempre deja la puerta abierta, por lo que lo oigo todo. Yo estaba sentada cerca de esa puerta, terminando de zurcir un calcetín y tratando de asimilar lo que le había explicado a una alumna nueva que era tan tonta como yo. La joven se marchó y yo pensé que él también se había ido. Creyendo que estaba sola, me puse a repasar en voz alta la lección, meciéndome hacia delante y hacia atrás de forma un tanto absurda. De pronto, vi asomar una cabeza y oí que alguien reía discretamente. Era el señor Bhaer, que hacía señas a Tina para que no delatara su presencia.

—Bueno —dijo cuando me interrumpí en seco y le miré perpleja—. Usted me espía y yo la espío a usted. No me parece mal, pero me pregunto, y no bromeo, si le apetecería aprender alemán.

—Por supuesto, pero usted está demasiado ocupado y yo soy demasiado torpe para aprender —repuse, más roja que un tomate.

—¡Qué tontería! Ya buscaremos el tiempo y lograremos que aprenda. Le daré una clase esta tarde con sumo placer, porque me siento en deuda con usted, señorita March. —Al decir esto, señaló el calcetín que yo estaba remendando—. Claro, mis queridas damas dicen; «Este viejo estúpido no se va a dar cuenta de lo que hacemos y no le sorprenderá que sus calcetines ya no estén agujereados... Pensará que a sus chaquetas les crecen botones nuevos cuando los viejos se caen y que los cordones se atan solos». ¡Pero resulta que tengo ojos y veo bien! También tengo corazón y soy capaz de sentir gratitud. Venga, haremos una clase de vez en cuando o... tendrá que dejar de ser el hada madrina de mis niños y mía.

Por supuesto, después de aquello no pude decir nada, y como en verdad me parecía una oportunidad excelente, acepté el trato y empezarnos el intercambio. Tras las primeras cuatro clases, me sentí perdida con la gramática. El profesor se mostraba muy paciente conmigo, pero debía de ser un tormento para él. De vez en cuando me miraba con cara de desesperación y yo no sabía si reír o llorar. De hecho, hice ambas cosas, y un día, cuando dejé escapar un suspiro de vergüenza y pesar, lanzó al suelo el libro de gramática y salió de la habitación. Yo me sentí muy avergonzada y creí que nunca volvería, pero le comprendía. Estaba recogiendo mis cosas a toda prisa, con la intención de ir a refugiarme a mi cuarto, cuando entró de nuevo, muy sonriente, y anunció:

—Bueno, ahora probaremos una técnica nueva. Leeremos juntos estos agradables Märchen y nos olvidaremos de ese libro tan árido, que se quedará castigado en un rincón.

Hablaba con tanta ternura, y abrió el libro de cuentos de Hans Andersen invitándome a leerlo con una amabilidad tan sincera que me avergoncé aún más de mí misma y adopté un aire de alumna aplicada que pareció divertirlo mucho. Olvidé mi timidez y atacé la lectura con muy buen ánimo; lo hice lo mejor que pude, aunque se me trababa la lengua al leer palabras largas y pronunciaba como Dios me daba a entender. Cuando terminé la primera página e hice una pausa para tomar aliento, él aplaudió y exclamó con su habitual calidez:

—Das ist gute! ¡Vamos muy bien! Ahora me toca a mí. Preste atención.
—Y empezó a leer en alemán, haciendo retumbar cada palabra con su voz fuerte y un entusiasmo digno de verse. Afortunadamente, se trataba del cuento «El fiel soldado de hojalata», que es muy divertido, y aunque no entendí todas las palabras, no pude dejar de reír. Él estaba tan entregado, y yo tan emocionada, que la escena me resultó de lo más cómica.

A partir de entonces todo empezó a ir mejor, y ahora leo las lecciones bastante bien. Esta forma de estudiar me da buenos resultados, porque aprendo la gramática a partir de los cuentos y poemas, como los medicamentos que se dan con algo dulce para que los traguemos mejor. Yo disfruto mucho y él no parece haberse cansado todavía, lo que dice mucho a su favor, ¿no te parece? Como no me atrevo a pagarle, le haré un buen regalo en Navidad. Marinee, ¿tienes alguna idea?

Me alegra que Laurie esté feliz y ocupado, que ya no fume y se deje crecer el cabello. Está claro que Beth es mejor influencia que yo. No estoy celosa, querida, sigue así, pero ¡no le conviertas en un santo! Me temo que si perdiese su natural travieso no me gustaría tanto. Por favor, leedle algunas partes de mis cartas porque no tengo tiempo para escribir a todos y así tendrá noticias mías. Le doy gracias a Dios de que Beth esté mejor.

Enero

Feliz Año Nuevo a todos, querida familia, lo que, claro está, incluye también al señor Laurence y a un jovencito llamado Teddy. No sabéis la alegría que

me dio recibir vuestro paquete de Navidad. No llegó hasta la tarde, cuando ya no esperaba nada. La carta me la entregaron por la mañana, pero no mencionabais el paquete, supongo que porque queríais darme una sorpresa, y me sentí algo triste porque pensé que os habíais olvidado de mí. Después de cenar, me fui a mi habitación, un poco abatida, y cuando me trajeron el enorme paquete, baqueteado y cubierto de barro, lo abracé y me puse a dar saltos de alegría. Era como estar en casa. Me senté en el suelo y leí, miré, comí, reí y lloré como una tonta. Los regalos eran justo lo que necesitaba y me llegó al corazón que los hubieseis hecho en lugar de comprarlos. El tintero de Beth es magnífico, y la caja con pan de jengibre duro que me mandó Hannah, un verdadero tesoro. Usaré las manoplas que me enviaste, Marmee, y leeré los libros que me indica papá. Gracias a todos, ¡Besos y más besos!

Hablando de libros, estoy empezando a hacerme con una buena biblioteca. El señor Bhaer me regaló por Navidad un libro de Shakespeare al que tenía mucho cariño y que yo había visto en más de una ocasión, en el puesto de honor, entre la Biblia en alemán y obras de Platón, Hornero y Milton. Así que os imaginaréis la ilusión que me hizo que me lo diese, con una dedicatoria en la que se lee: «De su amigo, Friedrich Bhaer».

—Siempre comenta que le encantaría contar con una biblioteca —me dijo—. Pues ya la tiene, porque lo que hay entre estas tapas son muchos libros en uno. Léalo con atención y le será de gran ayuda. El estudio de los personajes de esta obra le permitirá comprender mejor el mundo y describirlo, luego, con sus propias palabras.

Le di las gracias y ahora me refiero a mi «biblioteca», como si fuese la dueña de cien libros. No imaginaba lo rica que era la obra de Shakespeare hasta que Bhaer me lo explicó. No os ríais de su nombre, ya sé que es horrible, pero pronunciado en alemán no suena tan mal... Me alegro de que os guste lo que os cuento de él y espero que algún día tengáis ocasión de conocerle.

Sé que mamá le apreciaría por su buen corazón, y papá, por su cultura. Yo le admiro por ambas cosas y me siento feliz de tener un amigo como él. Como no disponía de mucho dinero ni sabía bien qué podía hacerle ilusión, le compré varios detalles y los fui dejando por su habitación, para que los encuentre cuando menos se lo espere. Los regalos eran prácticos, bonitos o divertidos: un escurríplatos, un florero —siempre tiene en su cuarto una flor, o la hoja de alguna planta, en un vaso porque dice que le refresca— y una manopla de cocina para que no siga quemando sus «mouchoirs», como diría Amy, al sacar algo del fuego. La hice como la que Beth regaló a Meg, gruesa y en forma de mariposa, con alas amarillas y negras, antenas de estambre y ojos de abalorios. Le gustó muchísimo y la colóco sobre la repisa de la chimenea como un artículo de decoración, por lo que al final no servirá a su propósito. Aunque es un hombre pobre, hizo regalos a todos, desde los criados hasta los niños, y todos, desde la señora de planchar francesa hasta la señorita Norton, pensaron en él. Me alegro mucho de que así sea.

La noche de Fin de Año, organizaron un baile de disfraces y lo pasarnos en grande. Yo no pensaba ir, porque no tenía nada que ponerme, pero al final la señora Kirke me prestó un vestido viejo de brocado y la señorita Norton me colóco unos encajes y unas plumas. Así pues, disfrazada de la señora Malaprop, me puse una máscara y bajé a la fiesta. Disimulé la voz y nadie me reconoció. Nadie imaginó que era la callada y altiva señorita March (todos me consideran una mujer fría y estirada, porque es como suelo mostrarme ante los mequetrefes) quien bailaba y vestía de una forma tan alócada, como si fuese una «alegería de las orillas del Nilo». Me divertí mucho y, cuando llegó la hora de mostrar el rostro, me reí al ver la cara de sorpresa de todos. Oí a un joven comentar a otro que yo era actriz; hasta dijo recordar haberme visto en teatros de poca importancia. A Meg le hubiese encantado la broma. El señor Bhaer se disfrazó de Nick Bottom y Tina, del hada Titania. Verlos bailar juntos era «todo un espectáculo», como diría Teddy.

Así pues, el Fin de Año resultó estupendo. Más tarde, ya de vuelta en mi habitación, me puse a pensar en ello y llegué a la conclusión de que, a pesar de los errores cometidos, voy progresando poco a poco. Ahora estoy casi siempre contenta, trabajo con ganas y me intereso por los demás más que antes, lo que está muy bien. Que Dios os bendiga a todos. Os quiere,

JO

Capítulo 34

El amigo



pesar de lo mucho que le gustaba disfrutar de su entorno social y de lo ocupados que estaban sus días desde que se ganaba el pan, que resultaba más dulce, ya que lo conseguía con su esfuerzo, Jo siempre encontraba tiempo para sus trabajos literarios. Su objetivo era el natural en una joven pobre y ambiciosa, pero los medios escogidos para alcanzar dicho fin no fueron los mejores. Convencida de que el dinero otorgaba poder, decidió, en consecuencia, lograr ambos a la vez, dinero y poder, no solo para ella, sino para sus seres más cercanos, a los que quería más que a sí misma. El sueño de vivir en una casa llena de comodidades, poder dar a Beth lo que se le antojase, desde fresas en invierno hasta un órgano en su dormitorio, viajar y tener siempre fondos de sobra para permitirse el lujo de hacer caridad era un viejo anhelo de Jo, su fantasía más querida.

El premio otorgado a su narración breve pareció abrir una puerta que, tras muchas idas y venidas, y con un esfuerzo importante, la había conducido a este encantador castillo en el aire. Pero el fracaso de la novela enfrió su ánimo. La opinión pública es un gigante que ha aterrado a muchos Juan Sin Miedo más valientes que ella. Al igual que el famoso protagonista

del cuento, Jo se dio un descanso tras su primer intento, un traspié que le había hecho conocer el más feo de los tesoros del gigante. Pero su capacidad para levantarse y volver a empezar tras cada caída era tan grande como la de Juan, de modo que subió con dificultad por el camino más dudoso y, aunque consiguió un botín mucho mayor, a punto estuvo de dejar atrás algo mucho más valioso que el dinero.

Decidió escribir folletines, dado que, en aquella época aciaga, hasta los siempre perfectos Estados Unidos leían aquella basura. Sin decir nada a nadie, ideó una historia de misterio y fue a llevarla, muy decidida, a la oficina del señor Dashwood, editor del *Weekly Volcano*. Aunque no había leído Sartor resartus, el tratado sobre el vestir de Thomas Carlyle, su instinto femenino le decía que la ropa era, para muchos, más importante que la personalidad y los buenos modales. De modo que se arregló lo mejor que supo y, repitiendo para sus adentros que no estaba ni nerviosa ni emocionada, subió valientemente dos tramos sucios y oscuros de escaleras que la condujeron a una habitación desordenada, sumida en una nube de humo de puro, y ante la presencia de tres caballeros que estaban sentados con los pies sobre la mesa y que la recibieron sin bajarlos ni quitarse el sombrero. Algo desalentada por el recibimiento, Jo permaneció en el umbral y susurró un tanto azorada:

—Disculpen, busco la redacción del *Weekly Volcano*, Me gustaría hablar con el señor Dashwood.

Los talones que estaban más altos bajaron y pudo ver a un caballero envuelto en humo que hacía rodar el puro entre los dedos. Fue hacia ella asintiendo con la cabeza y con una expresión en el rostro que solo traslucía falta de sueño, Jo, deseosa de acabar cuanto antes con aquel asunto, le tendió el manuscrito y, cada vez más ruborizada, sumó meteduras de pata mientras pronunciaba el breve discurso que había preparado para la ocasión.

—Una amiga... me envía para que le entregue esta historia... Bueno, es más bien un experimento... Le interesa mucho su opinión... Si le gusta, podría escribir algo más.

Mientras ella balbucía y se sonrojaba, el señor Dashwood pasaba las páginas del manuscrito con sus sucios dedos y revisaba con aire crítico las pulcras páginas.

—No es la primera obra que presenta, ¿verdad? —comentó al comprobar que las páginas estaban numeradas, escritas por una sola cara y no estaban sujetas con un lazo, que era la marca inequívoca de los novatos.

—Así es, señor, mi amiga tiene algo de experiencia, consiguió un premio con un cuento en un concurso del Blarnevstone Banner.

—¿En serio? —El señor Dashwood le echó un vistazo en el que pareció estudiar todo su atuendo, desde el lazo del sombrero hasta los botones de sus botas—. Bueno, puede dejar el manuscrito, sí así lo quiere; por ahora, tenemos tantos escritos de este tipo que no sabemos qué hacer con ellos, pero lo leeré con atención y le diré algo la semana que viene.

A Jo ya no le apetecía dejar el manuscrito, pues el señor Dashwood no era de su agrado pero, dadas las circunstancias, no podía más que asentir y marcharse con la cabeza bien alta y el aire digno que adoptaba cuando se sentía molesta o avergonzada, En aquella ocasión, sentía ambas cosas, porque las miradas que habían intercambiado los caballeros dejaban bien claro que no se habían tragado su mentirijilla acerca de la amiga escritora. Cuando cerró la puerta y oyó que todos reían tras algún comentario del editor, su turbación aumentó. Decidida a no volver nunca a ese lugar, regresó a casa y desahogó su frustración dando vigorosas puntadas a unos delantales hasta que, un par de horas después, se tranquilizó lo suficiente para reír al recordar lo ocurrido y desear que llegase la semana siguiente.

Cuando volvió, encontró al señor Dashwood solo, de lo que se alegró. El hombre estaba mucho más despierto que en la ocasión anterior, lo que era de agradecer, y no estaba envuelto en una nube de humo de puro que le impidiese recordar sus buenos modales. Por todo ello, la segunda entrevista fue mucho mejor que la primera.

—Aceptaremos su manuscrito —(los editores nunca hablan en singular)— si no se opone a introducir algunas modificacio-

nes. Es excesivamente largo pero, si omite los pasajes marcados, tendrá la extensión adecuada —explicó en tono muy formal.

Las páginas estaban tan arrugadas y subrayadas que Jo apenas reconocía su manuscrito, pero le echó un vistazo, con la cara que pondría una madre a quien aconsejasen cortar una pierna a su hijo para que cupiese mejor en la cima, y descubrió con asombro que los fragmentos eliminados eran aquellos en los que había intercalado con suma discreción alguna reflexión moral que compensase tanto romanticismo barato.

—Pero, señor, yo creo que toda historia debe transmitir un mensaje moral para ayudar a que unos cuantos pecadores se arrepientan.

El señor Dashwood relajó su semblante serio de editor y sonrió, porque Jo había olvidado la excusa de la «amiga» y hablaba como solo un autor lo haría.

—Mire, la gente quiere pasar un buen rato, no que le den un sermón. Hoy en día, lo moral no vende. —Afirmación que, por supuesto, no era cierta.

—Entonces, ¿cree que debería aceptar las correcciones?

—Sí, el argumento es novedoso y está bastante bien resuelto, y el estilo es bueno —fue la amable respuesta del señor Dashwood.

—¿Y qué...? Quiero decir, ¿qué compensación...? —empezó Jo, sin encontrar las palabras precisas.

—Sí, claro... Bueno, por esta clase de textos solemos dar entre veinticinco y treinta dólares. Pagamos cuando se publica —contestó el señor Dashwood, como si hubiese olvidado aquel asunto; es sabido que un editor no suele ocuparse de esas fruslerías.

—Está bien, es suyo —dijo Jo, que le entregó nuevamente el manuscrito con aire satisfecho porque, después de cobrar un dólar por columna, incluso veinticinco dólares le parecían una buena paga—. ¿Quiere que le diga a mi amiga que si escribe otra mejor podría interesarle? —inquirió Jo, sin recordar el lapsus que la había delatado antes y envalentonada por su logro.

—Bueno, le echaríamos un vistazo, pero no le prometo nada. Dígame que escriba algo más corto y más picante y que se olvide de la moral. ¿Qué nombre quiere su amiga que pongamos como autora? —preguntó el editor en tono despreocupado.

—Ninguno, por favor. No quiere darse a conocer y no tiene pseudónimo literario —respondió Jo, que se sonrojó a su pesar.

—Como prefiera. La historia se publicará la semana que viene. ¿Vendrá a buscar el dinero o quiere que se lo envíe a algún lado? —preguntó el señor Dashwood, que sentía un deseo natural de conocer mejor a su nueva colaboradora.

—Vendré yo. Que tenga un buen día, señor.

Cuando Jo se hubo marchado, el señor Dashwood puso los pies sobre la mesa e hizo este elegante comentario: «Es pobre y orgullosa, como todas, pero servirá».

Siguiendo las indicaciones del señor Dashwood e inspirándose en la señorita Northbury, Jo se adentró temerariamente en las superficiales aguas de la lectura folletinesca pero, gracias al salvavidas que le lanzó un amigo, no salió demasiado malparada de la zambullida.

Al igual que la mayoría de los escritorzuelos jóvenes, Jo introdujo personajes y escenarios extranjeros, bandoleros, condes, gitanas, monjas y duquesas que representaban su papel con el acierto e ímpetu esperados. A sus lectores no les interesaban nimiedades como la gramática, la puntuación o la verosimilitud, y el señor Dashwood le permitía graciosamente llenar sus columnas por un precio ridículo, sin sentir la necesidad de informar a su joven colaboradora de que la causa de su hospitalidad era que uno de sus autores habituales había conseguido un sueldo mejor en otro lado y le había dejado en la estacada.

Al ver que sus magros ingresos aumentaban, de forma lenta pero segura, al igual que la provisión para pagar unas vacaciones estivales en la montaña a Beth, Jo se volcó con ganas en el trabajo. Sin embargo, el hecho de no haber comentado nada a su familia enturbiaba su satisfacción. Sospechaba que su padre y su madre no aprobarían lo que hacía y prefería probar en secreto primero y pedir perdón después. No era difícil mantener el asunto oculto, puesto que sus escritos no iban firmados con su nombre. Por supuesto, el señor Dashwood había averiguado la verdad enseguida, pero había prometido callar y, algo poco habitual en él, había mantenido su promesa.

Se convenció de que no había mal en ello, puesto que se había hecho el sincero propósito de no escribir nada de lo que pudiese avergonzarse y, cuando le remordía la conciencia, la callaba pensando en lo dichoso que sería el momento en que mostrase a los suyos lo que había ganado y riesen del secreto tan bien guardado.

Pero el señor Dashwood solo quería historias emocionantes y, si ella le proponía algo distinto, lo rechazaba. Así, para tener siempre en vilo al lector, tenía que echar mano sin contemplaciones de tenias de historia y amor, tierra y mar, arte y ciencia, fichas policiales y manicomios. Jo comprendió que no disponía de suficiente experiencia vital para haber entrado en contacto con la cara trágica de la vida y, viendo lo que tenía entre manos, se propuso suplir sus deficiencias con su característico arrojo. Ansiosa por encontrar inspiración para sus historias y decidida a dotarlas de tramas originales, ya que no bien urdidas, se lanzó a buscar noticias de accidentes, sucesos y crímenes y levantó sospechas en alguna que otra bibliotecaria al pedir libros sobre venenos. Cuando paseaba por la calle, estudiaba las fisionomías y analizaba las personalidades —buenas, malas o ni una cosa ni la otra— de quienes la rodeaban. Hurgó en el polvo de otras épocas en busca de hechos o historias tan viejas que pareciesen nuevas y, en la medida de sus posibilidades, abordó la locura, el pecado y la miseria. Pensó que prosperaba pero, sin darse cuenta, iba profanando algunos de los aspectos más importantes de su condición de mujer. Aunque fuese en su imaginación, vivía en un entorno nocivo, que la afectaba, pues tanto su corazón como su mente recibían alimentos poco nutritivos, incluso peligrosos, y aquel encuentro prematuro con el lado más oscuro de la vida, que siempre llega demasiado temprano para todos, había borrado demasiado rápido el rubor inocente propio de su edad.

Ella, aunque no lo veía, lo sentía, porque tanto describir las pasiones y los sentimientos de otros la llevó a especular sobre los suyos, un entretenimiento malsano al que una mente joven y saludable no se entrega voluntariamente. Y puesto que las

malas acciones siempre entrañan un castigo, Jo obtuvo el suyo cuando más lo necesitaba.

Desconozco si el estudio de Shakespeare la ayudó a comprender las personalidades o si fue su instinto natural de mujer honesta, valiente y fuerte. El caso es que, mientras dotaba a sus héroes imaginarios de toda perfección, descubrió un héroe de carne y hueso que despertó su interés a pesar de sus imperfecciones humanas. En una charla con el señor Bhaer, este le había recomendado que, para entrenarse como escritora, estudiase y describiese a las personas sencillas, verdaderas y buenas que encontrase a su paso. Jo le tomó la palabra de inmediato, centró su atención en él y lo estudió en profundidad, algo que hubiese desazonado mucho al pobre señor de haberlo sabido, puesto que el digno profesor era ajeno a todo engreimiento.

Al principio, a Jo le extrañaba que todos le quisieran tanto. No era rico, noble, joven ni guapo, de ningún modo podría calificársele de fascinante, impresionante o brillante, y sin embargo resultaba tan atractivo como un buen fuego y los demás se congregaban a su alrededor de forma espontánea, como si les calentase el corazón. Era pobre, pero siempre parecía estar regalando cosas a los demás; era extranjero, pero tenía muchos amigos; ya no era joven, pero tenía el corazón tan alegre como el de un niño; era franco y extravagante, pero muchos consideraban que tenía unos rasgos agraciados y perdonaban sus rarezas por su buen carácter. Jo lo observaba con frecuencia para tratar de descubrir el origen de su encanto y, al fin, llegó a la conclusión de que era la benevolencia la que obraba el milagro. Sí el profesor tenía alguna pena, se «sentaba con la cabeza entre las alas» y mostraba a los demás su lado más risueño. Tenía arrugas en la frente, pero el tiempo le había tratado bien, tal vez en pago a lo bueno que era con sus semejantes. Las simpáticas arrugas que bordeaban su boca parecían recordar las muchas palabras amistosas pronunciadas y las risas alegres. Sus ojos nunca resultaban fríos ni duros, y sus apretones de manos, efusivos y cálidos, decían más que cualquier palabra.

Sus ropas parecían participar del carácter hospitalario del profesor. Era como si estuvieran a gusto con él y quisiesen que

se sintiera cómodo. Lo amplio de su chaleco parecía anunciar lo grande que era el corazón que cobijaba, su gastado abrigo tenía un aire distinguido y los anchos bolsillos daban fe de las manos de los niños que solían llegar vacías e irse llenas. Hasta sus botas parecían benevolentes y el cuello de su camisa nunca estaba tieso ni áspero como el de todos los demás.

¡Eso es!, se dijo Jo cuando, al fin, comprendió que el mirar con buenos ojos a alguien transformaba al otro hasta el punto de que un robusto profesor alemán que zampaba la comida, zurcía calcetines y llevaba la carga de un apellido que no sonaba bien resultase bello y digno.

Jo valoraba mucho la bondad, pero la inteligencia suscitaba en ella un gran respeto, y algo que descubrió sobre el profesor hizo que su estima por él aumentase aún más. Como él nunca hablaba de sí mismo, todos desconocían que en su ciudad natal era un hombre muy honrado y apreciado por su preparación y su integridad, hasta que uno de sus conciudadanos estuvo de visita por la zona y, en una charla con la señorita Norton, divulgó el dato. Jo se enteró por ella, y le agradó mucho más en la medida en que el señor Bhaer lo había mantenido en secreto. Aunque en Estados Unidos solo era un pobre maestro de lengua, en Berlín era un famoso profesor. Para Jo aquel descubrimiento, sumado al hecho de que llevase una vicia hogareña y trabajase tanto, confería un aire mucho más romántico a su historia.

Pero aún le faltaba descubrir otro don más portentoso que el intelecto, y todo ocurrió de forma inesperada. La señorita Norton se codeaba con los círculos literarios, algo con lo que Jo no podía sino soñar. La solterona, en su deseo de apoyar a la ambiciosa muchacha, accedió a que tanto ella como el profesor la acompañasen en algunas de sus salidas. En una ocasión, los invitó a acudir a una velada que se celebraba en honor de varias personalidades.

Jo iba preparada para inclinarse y venerar a los personajes a los que adoraba con juvenil entusiasmo. Sin embargo, su reverencia por los genios sufrió un duro revés aquella noche y tardó un tiempo en recuperarse del impacto que le produjo descubrir que aquellas grandes criaturas eran, al fin y al cabo,

hombres y mujeres. Cabe imaginar su consternación cuando, al mirar de reojo, con tímida admiración, al poeta cuyos versos habían conmovido su ser alimentándolo con «espíritu, fuego y rocío», todo lo que vio fue a un hombre que devoraba su cena con tal pasión que hasta el semblante tenía enrojecido, Caído uno de sus ídolos, la joven no tardó en descubrir otras cosas que disolvieron su visión romántica. El excelente novelista iba de una licorera a otra con la regularidad de un péndulo; el famoso teólogo coqueteaba abiertamente con la madame de Stäel de la época, que apuñalaba con la mirada a la Corinne de turno, quien hacía burla de ella tras tratar en vano de llamar la atención del profundo filósofo, que bebía tanto té como Samuel Johnson y parecía a punto de quedarse dormido, puesto que la locuacidad de la dama hacía imposible toda conversación. En cuanto a los científicos, habían hecho a un lado los moluscos y los períodos glaciares y murmuraban sobre arte mientras devoraban ostras y helados con gran dedicación. El joven músico, que había hechizado a la ciudad entera como un segundo Orfeo, hablaba sobre caballos, y el único ejemplar de noble inglés presente resultó ser el hombre más ordinario de la fiesta.

No había transcurrido ni la mitad de la velada cuando Jo se sintió tan profundamente *désillusionnée* que tuvo que sentarse en un rincón para recuperar el ánimo. El señor Bhaer se acercó, con aspecto de sentirse fuera de lugar, momento en que varios filósofos, cada uno con su terna a cuestas, se dirigieron lentamente hacia allí para organizar una especie de torneo intelectual en aquel lugar apartado. La conversación era de todo punto incomprensible para Jo, que aun así disfrutó escuchándolos hablar de Kant y Hegel, dos dioses desconocidos, y de términos inteligibles como «objetivo» y «subjetivo». Pero lo único que surgió de su interior, terminada la charla, fue un tremendo dolor de cabeza. Poco a poco le pareció entender que el mundo, hecho pedazos, se había recompuesto para dar lugar a otro nuevo regido, a decir de los contertulios, por principios mucho mejores que los anteriores; que la religión perdía fuerza ante la razón y que el intelecto se convertía en el único Dios verdadero. Jo no entendía mucho de filosofía ni de metafísica,

pero aquellas ideas le provocaron una curiosa emoción que era a la vez placentera y dolorosa, y mientras los escuchaba tenía la sensación de ir a la deriva en el tiempo y el espacio, como un globo que se escapa y vaga por el cielo.

Se volvió para ver qué cara ponía el profesor y le descubrió mirándola con la expresión más seria que le había visto en la vida. Él meneó la cabeza y la invitó a alejarse de allí, pero ella, que escuchaba embelesada hablar de la libertad de la filosofía especulativa, permaneció en su silla, con la intención de averiguar en qué se podía confiar una vez aniquiladas todas las viejas creencias.

El señor Bhaer se mostraba cohibido, reacio a dar a conocer su opinión, no porque no la tuviese meditada, sino porque era demasiado sincero y formal para hablar por hablar. Miró a Jo y a varios de los jóvenes que habían acudido atraídos por el resplandor de aquel ejercicio de pirotecnia filosófica, frunció el entrecejo y tuvo ganas de intervenir para impedir que alguna de aquellas almas jóvenes tan impresionables se dejase engañar por los fuegos artificiales y, una vez terminado el espectáculo, acabara con solo un palito vacío o una mano quemada.

Lo soportó lo mejor que pudo pero, cuando le preguntaron su opinión, estalló con sincera indignación y defendió la religión con la elocuencia que aporta la verdad y que hizo que su inglés sonara más musical que nunca y su rostro resplandeciese. El combate fue duro puesto que los filósofos eran buenos argumentando, pero él no se dio por vencido y se mantuvo fiel a sus principios hasta el final. Y, mientras le oía, el mundo volvió a recuperar el sentido que tenía para Jo, las viejas creencias que tanto tiempo habían perdurado parecían nuevamente mejores que las nuevas. Dios no era una fuerza ciega y la inmortalidad no era un cuento hermoso sino una bendición real. Volvió a sentir la tierra firme bajo sus pies y cuando el señor Bhaer hizo una pausa para ganar tiempo, no porque le hubiesen convencido, Jo sintió el impulso de aplaudir y darle las gracias.

No hizo ni lo uno ni lo otro, pero la escena se grabó en su memoria y, a partir de entonces, sintió mayor respeto por el profesor, que, a pesar de lo que le había costado decir lo que

pensaba, lo había hecho porque su conciencia no le permitía callar. Así fue como Jo comprendió que los valores son mucho más importantes que el dinero, la posición social, la formación intelectual o la belleza, y que si la excelencia era, como un sabio había definido, «verdad, reverencia y buena voluntad», entonces el señor Bhaer no solo era un hombre bueno, sino excepcional.

Aquella certeza se reforzaba día a día. Valoraba su consideración, codiciaba su respeto y se esforzaba por ser digna de su amistad, y justo cuando ese deseo era de lo más sincero, a punto estuvo de perderlo todo. El problema surgió de un gorro de papel que Tina le había puesto y que el profesor olvidó quitarse antes de ir a dar clase a Jo.

Está claro que no se mira al espejo antes de venir, pensó ella, sonriendo para sus adentros, cuando él saludó con un «Buenas tardes» y tomó asiento muy serio, ajeno al divertido contraste que producía su gorro y el tema de la clase, ya que iban a leer «La muerte de Wallenstein».

Al principio Jo no dijo nada porque le gustaba mucho oír la risa franca y sonora con que el profesor recibía cualquier cosa divertida que ocurriese, y prefirió dejar que él lo descubriese por sí mismo. Después se le olvidó, porque oír a alguien leer a Schiller en alemán requiere mucha concentración. Tras la lectura llegó la hora de la lección, que resultó muy animada porque, aquella tarde, Jo estaba de muy buen humor y la visión del gorro de papel hacía brillar sus ojos de alegría. El profesor no entendía qué le ocurría a la joven. Al final, interrumpió la clase y preguntó con gran sorpresa:

—Señorita, March, ¿se puede saber por qué se ríe de su maestro? ¿Tan poco respeto le merezco para portarse así?

—Señor, ¿cómo podría mostrarle respeto con ese gorro que lleva puesto? —inquirió a su vez Jo.

El distraído profesor se llevó la mano a la cabeza, encontró el gorro y lo retiró muy serlo, lo miró durante unos segundos y, por último, echó la cabeza hacia atrás y soltó una alegre carcajada.

—¡Ahora entiendo! Ha sido ese diablillo de Tina, que me ha puesto un gorro con el que parezco un loco. Bueno, no pasa nada, pero si la clase no termina bien, usted acabará usando este gorro.

Lo cierto es que la clase no siguió, ni bien ni mal, porque el señor Bhaer vio en el papel una imagen que le llamó la atención, deshizo el gorro y dijo con profundo desagrado:

—Me gustaría que estas publicaciones no entraran en la casa; no es algo que un niño deba ver ni un joven leer. No está bien. Cuando pienso en quienes escriben cosas tan nocivas, pierdo la paciencia.

Jo echó una ojeada a la hoja y vio una memorable ilustración en la que aparecían un loco, un cadáver, un villano y una víbora. No le gustó nada, pero lo que la hizo apartarla de sí no fue precisamente su desagrado, sino el miedo que sintió al sospechar que pudiese ser una página del Volcano. No lo era, por suerte, y su temor se aplacó al recordar que, aun de haberlo sido y tratarse de una de sus historias, no habría nombre alguno que delatara su autoría. Sin embargo, se había delatado ella misma al ruborizarse, porque, aunque el profesor era un hombre distraído, se daba cuenta de mucho más de lo que la gente creía. Sabía que Jo escribía y se había cruzado con ella en las redacciones de varios periódicos pero, puesto que la joven no sacaba el tema a relucir, él tampoco preguntaba nada a pesar de lo mucho que le apetecía conocer su trabajo. En aquel momento, se le ocurrió quejo se avergonzaba de lo que escribía y la idea le inquietó. En lugar de decirse: No es asunto mío, no tengo derecho a opinar, como hubiese hecho la mayoría, pensó que Jo era joven y pobre, una muchacha que se encontraba lejos de su casa y del cuidado de su madre y de su padre, y sintió un impulso de ayudarla tan espontáneo y natural como el que le hubiese llevado a salvar a un niño que hubiese descubierto ahogándose en un estanque, Todos estos pensamientos pasaron por su mente en un minuto, sin que se traslucieran en su rostro, y al cabo de un rato, una vez olvidada la página de periódico, cuando Jo empezó a coser, dijo en tono distendido pero con seriedad:

—Hace bien al alejarlo de usted. La idea de que una jovencita buena pueda ver tales cosas me desagrada mucho. A algunos, estas historias les parecen entretenidas, pero yo antes dejaría que mis hijos jugasen con pólvora que con esa basura nociva.

—Tal vez más que nociva sea simplemente tonta... Si la gente la pide, no veo qué hay de malo en que se le facilite. Muchas personas honradas se ganan la vida decentemente escribiendo esta clase de historias —apuntó Jo, dando cada puntada con tanta fuerza que se creaban surcos en la tela.

—La gente también pide whisky, y no por ello usted o yo accederíamos a venderlo. Si esas personas honradas supiesen el daño que causan, no pensarían que se ganan la vida de una forma tan decente. No tienen derecho a envenenar el confite y ver cómo los niños lo comen. No, deberían reflexionar y ¡barrer las calles antes que hacer algo así!

El señor Bhaer habló con vehemencia, y fue hacia la chimenea con el papel arrugado en la mano. Jo permaneció callada, y pareció que el fuego la alcanzaba también a ella, porque notaba que las mejillas le ardieron durante mucho rato después de que el gorro de papel hubiese quedado reducido a humo y hubiese escapado por la chimenea.

—Me gustaría poder quemarlos todos —musitó el profesor mientras volvía a su lugar con aire satisfecho.

Jo imaginó la pira que el profesor organizaría con los manuscritos que guardaba en su habitación y la forma en que se ganaba el pan empezó a remorderle la conciencia. Entonces, para consolarse, se dijo: Mis relatos no son así, no son tontos ni nocivos; no tengo por qué preocuparme. A continuación cogió el libro y dijo con cara de alumna aplicada:

—Señor, ¿podríamos seguir? Me comportaré y no volveré a reírme.

—Eso espero —dijo él por toda respuesta, aunque quería decir mucho más de lo quejo imaginaba, y la mirada sería y tierna que le lanzó la hizo sentir como si llevase grabado en la frente el nombre *Weekly Volcano* en letras grandes.

Tan pronto como subió a su habitación, Jo sacó los manuscritos y los releyó todos con suma atención. El señor Bhaer, era algo miope, usaba gafas, y ella se las había probado en alguna ocasión; le había hecho mucha gracia ver cómo agrandaban las letras del libro. En aquel momento, se sintió como si llevase puestas las gafas mentales o morales del señor Bhaer, porque

los defectos de aquellas pobres historias le resultaron tan evidentes que sintió un profundo abatimiento.

Son una verdadera basura, se dijo; y si sigo, pronto serán peor que basura, porque las últimas son aún más folletinescas que las primeras. He actuado sin pensar y me he hecho daño a mí misma y a otros solo por conseguir algo de dinero. Está claro que son malas porque no puedo leerlas en conciencia sin sentirme terriblemente avergonzada. ¿Qué haría si lo descubriesen en casa o llegasen a manos del señor Bhaer?

Jo se sonrojó solo de pensarlo y quemó todos los manuscritos en la cocina, donde crearon una llamarada que casi prende en la campana.

Sí, este es el lugar que merece tanta tontería inflamada; prefiero arriesgarme a incendiar la casa antes que permitir que alguien se quemara con la pólvora de mi creación, se dijo mientras veía cómo «El demonio del Jura» ardía hasta quedar convertido en una oscura ascua con fieros ojos.

Cuando todo el trabajo de los últimos tres meses quedó reducido a un montón de cenizas, Jo se sentó en el suelo, muy seria, con el dinero en el regazo, y se preguntó qué debía hacer con sus honorarios.

Creo que todavía no he hecho demasiado daño y puedo conservar el dinero a cambio del tiempo invertido..., concluyó para sus adentros, tras mucho meditar. Luego añadió para sí, perdiendo la paciencia: ¡Cómo me gustaría no tener conciencia! Es un incordio. Si no me preocupase actuar bien, no me sentiría mal al no hacerlo y lo pasaría en grande, A veces, no puedo por menos de desear que papá y mamá no hubiesen sido tan escrupulosos en estas cosas.

¡Ah, Jo! En lugar de desear eso, da gracias a Dios de que tus padres sean «tan escrupulosos» y apiádate de las almas que no han tenido tan buenos guardianes para protegerlos con principios que pueden parecer los muros de una prisión a las jóvenes impacientes pero que, con el tiempo, demostrarán ser cimientos sanos para la formación de una buena mujer.

Jo no volvió a escribir esa clase de historias, convencida de que el dinero no la compensaba. Pero, como suele ocurrir-le a

la gente con su carácter, se fue al otro extremo; estudió la obra de la señora Sherwood, la señorita Edgeworth y Hannah More y escribió una obra que, más que un relato de ficción, parecía un ensayo o un sermón moral. Aquella opción no acababa de convencerla, ya que, dadas su alegría y naturaleza romántica, se encontraba tan incómoda con aquel nuevo estilo como se habría sentido de haberse disfrazado con uno de esos trajes rígidos y voluminosos que utilizaban en el siglo pasado. Envio aquella gema didáctica a varios mercados, pero no encontró comprador, y hubo de convenir con el señor Dashwood en que lo moral no era comercial.

A continuación, probó con cuentos para niños, de los que podría haber prescindido de no haber querido lucrarse con ellos, en un afán mercenario. La única persona que le ofreció una suma suficiente para que mereciese la pena que se aventurara en el mundo de la literatura infantil fue un caballero rico que creía que su misión en la vida era convertir a los demás a su credo particular. Pero, por mucho que le agradase la idea de escribir para niños, Jo no podía consentir que todos los menores traviesos acabasen devorados por osos o embestidos por toros furiosos solo porque no acudieran los sábados a una determinada escuela de catequesis, que todos los niños buenos que sí lo hacían recibiesen a cambio toda suerte de bendiciones, desde pan de jengibre dorado hasta coros de ángeles que los escoltaban cuando dejaban este mundo, entre salmos y sermones pronunciados con sus lenguas ceceantes. Así pues, en vista de que nada bueno salía de aquellos intentos, Jo tapó el tintero y dijo, en un arranque de humildad:

—No sé nada. Esperaré hasta que sepa hacerlo mejor antes de volver a intentarlo y, mientras tanto, «barreré las calles si es preciso». —Y esa decisión fue la prueba de que, como en el cuento, la segunda caída de la mata de judías le había hecho mucho bien.

Mientras la revolución interior continuaba, la vida real seguía tan llena de trabajo y vacía de acontecimientos como de costumbre. Y nadie, excepción hecha del profesor Bhaer, se percataba de que, a ratos. Jo parecía seria o triste. Él la obser-

vaba sin que ella se diese cuenta, para ver si su reprimenda había surtido efecto. La joven había pasado la prueba y él se sentía satisfecho porque, aunque ninguno de los dos comentó nada, sabía quejo había dejado de escribir. Lo adivinó no solo por el hecho de que su dedo índice ya no estaba manchado de tinta, sino porque ahora se quedaba abajo después de la cena, no había vuelto a coincidir con ella en las redacciones de los periódicos y estudiaba con tenaz paciencia, lo que indicaba sin lugar a duda que había accedido a emplear su mente en asuntos, si no más gratos, cuando menos más útiles.

Él la ayudaba de muchas maneras, con lo que demostró ser un auténtico amigo, y Jo estaba feliz. Mientras la pluma descansaba, ella aprendía mucho más que alemán y sentaba las bases para su propia historia romántica.

Pasó un invierno muy agradable y no dejó la casa de la señora Kirke hasta el mes de junio. Cuando el día de su partida, se acercaba, todo el mundo se entristeció.

A los niños no había quien los consolara, y el señor Bhaer iba con el cabello despeinado y encrespado, porque siempre se lo mesaba cuando estaba inquieto.

—¡Se va a casa! ¡Qué suerte tener un hogar al que volver! —dijo el profesor, y permaneció sentado en un rincón, en silencio, mesándose la barba mientras celebraban la pequeña fiesta de despedida quejo improvisó la última noche.

Como al día siguiente partiría de madrugada, Jo se despidió de todos antes de irse a dormir y, cuando le llegó el turno a él, dijo afectuosamente:

—Bueno, señor, espero que si alguna vez viaja por la zona se acerque a vernos. Si no lo hace, nunca le perdonaré. Quiero que todos conozcan a mi amigo.

—¿En serio? ¿Le gustaría que fuese? —preguntó él dirigiéndole una mirada llena de un entusiasmo que la joven no percibió.

—Claro, señor, venga el mes que viene. Laurie se graduará entonces y podremos ir a la ceremonia de entrega de diplomas juntos.

—¿Se refiere a su mejor amigo? —preguntó el profesor un tanto alterado.

—Sí, estoy muy orgullosa de él. Me encantaría que le conociese.

Jo levantó la vista, pensando solo en su alegría al imaginar un encuentro entre ambos hombres. De pronto, algo en la expresión del señor Bhaer le hizo pensar que probablemente Laurie seguiría queriendo ser más que un amigo y, como no deseaba dar a entender que podía haber algo entre ellos, se sonrojó sin querer. Y cuanto más trataba de no ruborizarse, más roja se ponía. No sé qué hubiese sido de ella de no haber tenido a Tina sobre las rodillas. Por fortuna, la niña sintió el deseo de abrazarla, por lo que pudo ocultar su rostro unos instantes, con la esperanza de que el profesor no se hubiese percatado de nada. Pero sí lo hizo y, tras un momento de angustia, adoptó su tono habitual para decir con gran cordialidad:

—Temo que no dispondré de tiempo para visitarles, pero le deseo mucha suerte a su amigo, y a usted, toda la felicidad. ¡Que Dios la bendiga! —Dicho esto, le dio un tierno apretón de manos, puso a Tina sobre sus hombros y se marchó.

Cuando los niños estuvieron en la cama, el profesor se sentó junto al fuego, con expresión cansada y embargado por la nostalgia. Entonces recordó a Jo sentada con la pequeña sobre sus rodillas, y la dulzura nueva que había iluminado su cara, y apoyó la cabeza sobre las manos. Después dio varias vueltas por la habitación, como si buscara algo y no lograra hallarlo.

No es para mí, no debo albergar esperanzas, se dijo lanzando un suspiro que era casi un lamento. Después, como si se reprochase a sí mismo no poder contener su anhelo, fue a dar un beso a las dos cabecitas que dormían, cogió su pipa de espuma de mar, que rara vez fumaba, y abrió un libro de Platón.

Hizo todo cuanto pudo, y con gran resolución, pero no creo que un par de niños díscolos, una pipa o incluso el divino Platón fueran buenos sustitutos de una esposa, unos hijos y un hogar.

Aunque era temprano, a la mañana siguiente se presentó en la estación para despedir a Jo. Y, gracias a él, la joven inició su solitario viaje con el recuerdo amable de un rostro conocido

y sonriente, un ramo de violetas y, lo mejor de todo, un pensamiento dichoso: «Bueno, el invierno terminó y no he escrito ningún libro ni he ganado ninguna fortuna, pero he hecho un amigo que merece la pena e intentaré no perderle nunca».



Capítulo 35

Mal de amores

Fuese cual fuese el motivo, lo cierto es que aquel año Latine dio muestras de una gran determinación; se graduó cum laude y, a decir de sus amigos, recitó su discurso con la gracia del revolucionario orador estadounidense Phillips y la elocuencia de Demóstenes. Todo el mundo fue a verle: su abuelo, ¡que estaba tan orgulloso!, el señor y la señora March, John y Meg, Jo y Beth... Y todos se regocijaron por él con esa sincera admiración a la que los chicos no dan importancia pero que es tan difícil de conseguir luego en la vida, por muchos triunfos que tengamos.

—Tengo que quedarme por esta maldita cena, pero estaré en casa mañana temprano. ¿Vendréis a recibirme como antes, chicas? —preguntó Laurie al dejar a las hermanas en el carruaje, después de terminadas las celebraciones. Dijo «chicas», pero en realidad se refería solo a Jo, porque ella era la única que seguía manteniendo la vieja costumbre; y, puesto que era incapaz de negarle nada a su espléndido y triunfador muchacho, contestó con ternura:

—Iré, Teddy, ya llueva o truene, y desfilaré ante ti tocando un himno de bienvenida a los héroes con un birimbao.

Laurie le dio las gracias con una mirada que hizo que ella se estremeciese y pensase; ¡Oh, Dios! Estoy segura de que me dirá algo, ¿y qué haré entonces?

Una tarde de reflexión y una mañana de trabajo aquietaron en parte sus miedos y, tras decidir que imaginar que alguien se le iba a declarar cuando ya había dejado clara la respuesta era una prueba de vanidad por su parte, partió hacia su cita, con la esperanza de que Teddy no acudiese y no la obligase a herir sus sentimientos. Tras una visita a Meg, y un rato muy entretenido en compañía de Daisy y Demijohn, se sintió mucho más preparada para el tête-à-tête previsto pero, cuando vio surgir en el horizonte la figura robusta de su amigo, le entraron ganas de dar media vuelta y echar a correr.

—¡Jo! ¿Dónde está el birimbao? —preguntó Laurie en cuanto estuvo lo bastante cerca para que le oyera.

—Lo he olvidado —respondió Jo, que recuperó el ánimo al observar que aquel no era el saludo de un enamorado.

En ocasiones como aquella, solía tomar a Laurie del brazo, pero optó por no hacerlo y él no protestó —lo que no era una buena señal—, y se puso a hablar a toda velocidad de cosas ajenas a ellos, hasta que dejaron atrás la carretera para adentrarse en el camino que atravesaba el bosquecillo e iba a dar a sus casas. Entonces, el joven aminoró el paso, la conversación se tornó menos fluida e incluso hubo algún que otro silencio incómodo entre ambos. Con el propósito de rescatarla charla de uno de aquellos pozos de silencio, Jo comentó a la ligera:

—¡Supongo que ahora tendrás unas buenas vacaciones!

—Esa es mi intención.

Algo en el tono firme del muchacho hizo que Jo levantara la mirada enseguida y le descubriese observándola de un modo que no dejaba lugar a dudas: el momento que tanto temía había llegado. Alzó la mano para frenarle e imploró:

—¡Por favor, Teddy, no lo hagas!

—Sí lo haré y tendrás que escucharme. No sirve de nada callar, Jo. Tenemos que aclarar este asunto y cuanto antes lo hagamos mejor para ambos —apuntó, a un tiempo animado y rojo de vergüenza.

—Está bien; entonces, habla. Te escucho —repuso Jo con una paciencia algo teñida de desesperación.

Laurie era un joven enamorado. Su amor era sincero y quería explicarse, aunque muriese en el intento. Abordó el asunto con la impetuosidad que le caracterizaba, pero con una voz que, de vez en cuando, temblaba, por mucho que se esforzase por comportarse como un hombre y mantener a raya la emoción.

—Te quiero desde que te conozco, Jo. No lo puedo evitar, siempre has sido muy buena conmigo. He intentado mostrarte mis sentimientos, pero no me has dejado. Ahora quiero explicártelo todo y necesito que me des una respuesta, porque no puedo seguir así por más tiempo.

—Quería evitarte esto, pensé que comprenderías... —comenzó Jo, consciente de que iba a resultar más duro de lo que esperaba.

—Sé que es así, pero las muchachas sois tan extrañas que uno nunca sabe a qué atenerse. Decís «no» queriendo decir «sí» y volvéis locos a los hombres por pura diversión —afirmó Laurie, atrincherado en aquel hecho irrefutable.

—No es mi caso. Nunca he pretendido que te intereses por mí en este sentido, y me alejé para evitarlo en la medida de lo posible.

—Lo suponía; es muy propio de ti, pero no ha servido de nada, Solo has conseguido que te quiera más y que me esfuerce más por agradarte. He dejado de ir a los billares y de hacer la clase de cosas que te desagradan, he esperado sin protestar con la esperanza de que correspondías a mi amor, aunque yo valga mucho menos que tú... —Llegado a este punto, la voz se le quebró y Laurie decapitó varios ranúnculos al tiempo que se aclaraba la «maldita garganta».

—¡Eso no es cierto! Tú vales mucho más que yo, y te estoy muy agradecida por todo... Me siento orgullosa de ti y te aprecio mucho. No sé por qué no soy capaz de amarte como esperas. Lo he intentado, pero no puedo mandar en mis sentimientos y si afirmase sentir algo más estaría mintiendo.

—¿Estás segura, Jo?

Al formular la pregunta Laurie se detuvo en seco, le tomó las manos y la miró de un modo que ella no olvidaría jamás.

—Sí, estoy segura.

Ya estaban en el bosquecillo, a unos pasos de la cerca. Cuando Jo pronunció aquellas últimas palabras a regañadientes, Laurie dejó caer las manos y dio media vuelta, dispuesto a seguir adelante. Pero, por primera vez en su vida, era como si aquella cerca fuese insalvable, y se quedó allí, con la cabeza apoyada en los postes tapizados de musgo, tan callado que Jo sintió miedo.

—¡Oh, Teddy, lo lamento, lo siento muchísimo! ¡Si sirviese de algo, daría la vida por ti! Quisiera que no fuese tan difícil. No puedo hacer nada. Nadie puede enamorarse a voluntad de otra persona —exclamó Jo, con poco tacto y llena de remordimientos, mientras daba unas tiernas palmadas en el hombro a su amigo y recordaba las muchas veces en las que él la había consolado en el pasado.

—A veces ocurre —musitó él sin apartar la cara de la estaca.

—No creo que eso sea amor de verdad, y prefiero no conocerlo —aseguró Jo con firmeza.

Guardaron silencio un rato mientras un mirlo cantaba alegre en los sauces de la orilla del río y la hierba se mecía al viento. Al cabo, Jo añadió, muy seria, mientras se sentaba en un peldaño de la cerca:

—Laurie, hay algo que quiero compartir contigo.

Él abrió los ojos de par en par, como si acabase de recibir un tiro en la cabeza, y exclamó con fiera desesperación:

—¡Por favor, Jo, no me lo digas! ¡No podría soportarlo en estos momentos!

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, sorprendida por la virulencia de su reacción.

—A que estás enamorada de ese viejo.

—¿Qué viejo? —inquirió Jo pensando que debía de referirse a su abuelo.

—El maldito profesor sobre el que tanto escribías. Si me dices que le amas, cometeré una locura. —Y, por su aspecto, aquella no era una amenaza vana; tenía los puños cerrados y un destello de cólera en los ojos.

Jo a punto estuvo de soltar una carcajada, pero se contuvo y, visiblemente emocionada, repuso:

—¡Teddy, no digas palabrotas! Ni es un viejo ni es un maldito; es una buena persona, un hombre muy amable, y es mi mejor amigo... después de ti, claro. Por favor, no te dejes llevar por tus sentimientos, quiero ser considerada contigo pero, si insultas al profesor, me lo pondrás muy difícil. Y estoy muy lejos de estar enamorada de él o de cualquier otro.

—Pero acabarás por enamorarte, y entonces ¿qué será de mí?

—Eres un muchacho sensato, de modo que te enamorarás de otra persona y olvidarás todo este asunto.

—No puedo amar a nadie más y nunca podré olvidarte, Jo. ¡Nunca! ¡Nunca! —dijo dando un taconazo para dotar de más fuerza a sus apasionadas palabras.

—¿Qué puedo hacer con él? —murmuró Jo con un suspiro. Las emociones eran mucho más difíciles de controlar de lo que había temido—. No me has dejado contarte lo que quería decirte. Haz el favor de sentarte y prestar atención; quiero que estemos bien y que seas feliz —explicó, con la esperanza de que oír algo razonable le ayudase a calmarse, lo que demuestra lo poco quejo sabía del amor.

Viendo un rayo de esperanza en esta última frase, Laurie se sentó en la hierba, a sus pies, apoyó el brazo en el último pedáneo de la cerca y la miró expectante. Sin duda, la actitud del joven no ayudaba a Jo a hablar con serenidad ni con claridad. ¿Cómo podía decir palabras duras a un amigo que la miraba con los ojos llenos de amor y deseo, las pestañas aún húmedas por las amargas lágrimas derramadas a consecuencia de su rechazo? Volvió la cabeza de Laurie con dulzura y, mientras acariciaba su cabello ondulado, que se había dejado crecer por ella, lo que resultaba conmovedor, dijo:

—Estoy de acuerdo con mamá en que tú y yo no estamos hechos el uno para el otro porque tenemos un carácter muy fuerte, somos obstinados y seríamos muy desgraciados si cometiésemos la locura de... —Jo hizo una pausa antes de pronunciar la siguiente palabra, pero Laurie dijo con expresión arrobada:

—Casarnos... ¡No seríamos desgraciados! Jo, si tú me quisieses, yo sería un santo porque harías de mí lo que quisieras.

—No, no es cierto. Lo he intentado sin éxito y no comprometeré nuestra felicidad con un experimento tan arriesgado. No nos ponemos de acuerdo ni lo haremos nunca; será mejor que sigamos siendo los mejores amigos toda la vida y no cometamos ninguna imprudencia.

—Deberíamos intentarlo —musitó Laurie sin dar su brazo a torcer.

—Por favor, sé razonable y mira las cosas con sentido común —imploró Jo, a punto de perder la paciencia.

—No quiero ser razonable ni ver las cosas «con sentido común», como dices. Eso no me ayudará, solo hará que todo resulte más difícil. No puedo creer que tengas tan poco corazón.

—¡Ojalá fuese así!

Laurie notó que a Jo le temblaba un poco la voz y lo consideró un buen presagio, por lo que se volvió y, haciendo acopio de todas sus dotes de persuasión, dijo con el tono más peligrosamente halagador que ella le había oído emplear nunca:

—¡No seas así, querida! Todo el mundo espera que ocurra. A mi abuelo le hace mucha ilusión, a tu familia también, y yo no puedo vivir sin ti. Dame el sí y todo el mundo estará contento. ¡Venga, hazlo!

Hasta pasados varios meses Jo no comprendió de dónde había sacado fuerzas para mantenerse firme en su decisión de que no amaba a Laurie y, con toda seguridad, no lo haría nunca. La experiencia resultó muy dura, pero no cejó, consciente de que dar esperanzas al joven sería, además de cruel, inútil.

—No te puedo dar un sí sincero, así que no diré nada. Con el tiempo, comprenderás que tengo razón y me lo agradecerás —afirmó en tono solemne.

—¡Qué me cuelguen si lo hago! —replicó Laurie, y se levantó de golpe de la hierba, ardiendo de furia solo de pensarlo.

—¡Sí lo harás! —insistió Jo—. Al cabo de un tiempo, lo superarás y encontrarás a una joven encantadora y culta que te adorará y cumplirá de maravilla el papel de señora en tu fantástica casa. Yo no podría. Soy poco atractiva, torpe, rara y vieja, te avergonzarías de mí, estaríamos todo el día peleándonos... Fíjate, ni siquiera ahora somos capaces de ponernos de acuer-

do... A mí no me interesaría la alta sociedad y a ti sí. Y detestarías que escribiese y yo no podría vivir sin ello, y seríamos tan infelices que desearíamos no habernos juntado jamás... ¡Y todo sería horroroso!

—¿Algo más? —preguntó Laurie, al que le costaba escuchar pacientemente aquella retahíla de profecías.

—Nada más, salvo decir que no creo que me case jamás. Estoy muy bien así, valoro mi libertad y no tengo prisa por perderla a cambio de ningún hombre.

—¡No lo creo! —exclamó Laurie—. Ahora lo ves así, pero algún día te fijarás en alguien, te enamorarás perdidamente y darás la vida por él si es preciso. Sé que lo harás, es tu forma de ser, y a mí me tocará verlo todo porque seguiré a tu lado. —Al decir esto, el enamorado desesperanzado arrojó su sombrero al suelo en un gesto que habría resultado cómico de no ser por la expresión trágica de su rostro.

—Sí, viviré y moriré por él si en verdad aparece alguien que me haga quererle a pesar de mí misma, y tú debes esforzarte por superarlo —exclamó Jo, que al final perdió la paciencia—. He hecho lo que he podido, pero te niegas a ser razonable, y me parece muy egoísta por tu parte empeñarte en que te dé lo que no está en mi mano entregarte. Te tengo un gran cariño, muy grande en verdad, pero como amigo, y no me casaré contigo jamás. Cuanto antes lo asumas, mejor para ambos.

Su discurso tuvo el mismo efecto que el fuego en la pólvora. Laurie la miró de hito en hito, como si no supiese bien cómo reaccionar, luego dio media vuelta, visiblemente airado, y espetó en un tono desesperado:

—Algún día te arrepentirás de esto, Jo.

—¿Adónde vas? —exclamó ella asustada por la expresión del muchacho.

—¡Al infierno! —fue su reconfortable respuesta.

A Jo se le encogió el corazón al verle caminar en dirección al río, pero para que un joven termine con su vida de forma violenta hace falta que esté muy loco, sea un gran pecador o se sienta muy desgraciado, y Laurie no era un hombre débil que se dejase abatir por un primer fracaso. No tenía prevista una

zambullida trágica en el agua, sino que fue, hecho una furia y guiado por un impulso, hacia su bote, arrojó el sombrero y el abrigo dentro y se puso a remar como un loco, batiendo su propio récord de velocidad, río arriba. Jo dejó escapar un largo suspiro y relajó las manos cuando comprendió que el pobre muchacho había decidido remar para desahogar la pena que sentía en el corazón.

Esto le hará bien, aunque volverá a casa tan dolido y arrepentido que no tendré ánimo para verle, se dijo. Mientras caminaba lentamente de regreso a casa, sintiéndose como si hubiese asesinado a un inocente y ocultado el cadáver entre la vegetación, pensó: Ahora tendré que ir a hablar con el señor Laurence para que sea especialmente amable con el pobre muchacho. ¡Ojalá se hubiese enamorado de Beth! Tal vez, con el tiempo, ocurra, pero empiezo a pensar que me equivoqué al juzgar los sentimientos de mi hermana. ¡Por Dios! ¿Cómo es posible que a las mujeres les agrade tener enamorados a los que rechazar? ¡Yo lo encuentro terrible!

Segura de que nadie podía solucionar las cosas mejor que ella misma, fue directa a casa del señor Laurence, se armó de valor y le contó toda la historia, pero terminó por derrumbarse y, entre sollozos, lamentó amargamente su falta de sensibilidad, y el anciano caballero, a pesar de su consternación, no le hizo ningún reproche. Al abuelo le costaba comprender que una joven no quisiera a su amado Laurie, y esperaba que ella cambiase de opinión pero, como sabía, mejor incluso que la propia Jo, que el amor no se puede forzar, meneó la cabera con tristeza y decidió ayudar al muchacho para que no sufriera tanto, porque las palabras de despedida que el joven impetuoso había dedicado a Jo le inquietaban más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Cuando Laurie llegó a casa, muerto de cansancio pero bastante tranquilo, el abuelo fue a recibirle como si no estuviese al corriente de nada y mantuvo ese engaño con éxito durante un par de horas. Sin embargo, cuando, al caer la tarde, se sentaron para charlar, algo de lo que solían disfrutar mucho, al pobre anciano le costaba hablar con el tono ligero, de costumbre, y

el joven recibía con amargura las felicitaciones y referencias a su éxito, que, tras su decepción amorosa, le parecía un trabajo de amor perdido. Soportó la situación y, cuando no pudo más, se levantó y fue a tocar el piano, Las ventanas estaban abiertas, y por una vez Jo, que en ese momento paseaba con Beth por el jardín, comprendió mejor que su hermana lo que significaba aquella música, la «Sonata patética», de Beethoven, que Laurie tocó como nunca.

—Está muy bien, sin duda, pero es tan triste que me dan ganas de llorar, Toca algo más alegre, muchacho —pidió el señor Laurence, cuyo viejo corazón rebosaba de una compasión que deseaba expresar pero no sabía cómo.

Laurie atacó de inmediato una canción mucho más animada, tocó tempestuosamente durante varios minutos y hubiese seguido, haciendo de tripas corazón, de no haber oído, en una pausa, a la señora March decir: «Jo, querida, ven, te necesito».

Al oír aquellas palabras que tanto deseaba decir —aunque con un sentido diferente—, perdió la concentración. La música se interrumpió abruptamente y el músico permaneció sentado, en silencio, en la oscuridad.

—No lo puedo resistir —musitó el anciano. Se levantó, caminó a tientas hacia el piano y puso suavemente su mano sobre el ancho hombro del muchacho, al tiempo que decía, con una dulzura más propia de una mujer—: Lo sé, muchacho, lo sé.

Al principio no hubo respuesta, pero después Laurie preguntó con aspereza:

—¿Quién te lo ha contado?

—La propia Jo.

—¡Pues no hay nada más que decir! —Y retiró la mano de su abuelo con un gesto impaciente, porque, a pesar de agradecer la compasión del anciano, el orgullo no le permitía tolerar que se apiadasen de él.

—No del todo, tengo algo que decir. Luego, si quieres, podemos dar por zanjado el asunto —repuso el señor Laurence con una suavidad inusitada en él—. ¿No preferirías marcharte una temporada?

—No voy a salir huyendo por una chica. Jo no puede impedir que la vea siendo vecinos y yo me quedaré cuanto me apetezca —afirmó Laurie en tono desafiante.

—Eso no es lo que haría un caballero y creo que tú lo eres. Lo lamento, pero la chica no puede evitar sentir lo que siente y lo único que puedes hacer es alejarte por un tiempo. ¿Adónde te gustaría ir?

—¡Me da igual, me trae sin cuidado lo que sea de mí! —Laurie se levantó lanzando una carcajada de desánimo que sonó como un chirrido a su abuelo.

—¡Por el amor de Dios, compórtate como un hombre y no cometas ninguna imprudencia! ¿Por qué no retomas el plan de ir al extranjero que habías abandonado?

—No puedo.

—Pero si estabas como loco por marcharte y te prometí que te dejaría ir cuando terminases la universidad.

—¡Sí, pero no tenía intención de viajar solo! —Laurie empezó a dar vueltas por la sala, inquieto, con una expresión en el rostro que por suerte su abuelo no podía ver.

—No tienes por qué ir solo. Conozco a alguien que te acompañaría encantado a cualquier lugar.

—¿De quién se trata? —Laurie se detuvo a escuchar la respuesta.

—De mí.

Laurie se acercó a él a toda velocidad, le tendió la mano y dijo con voz ronca:

—Soy un bruto egoísta pero, abuelo, has de entender...

—¡Válgame el cielo! Claro que te entiendo, he vivido esto antes, primero en mis propias carnes, de joven, y luego con tu padre. Ahora, querido muchacho, siéntate y escucha lo que tengo que decirte. Ya está todo organizado y podemos partir de inmediato —explicó el señor Laurence agarrando con fuerza a su nieto como si temiese que se fuese a escapar, como había hecho su padre antes que él.

—Está bien, ¿en qué consiste el plan? —Laurie se sentó, pero ni su expresión ni su tono denotaban el menor interés.

—He de ir a atender un negocio en Londres. Podría mandarte solo a ti, pero creo que es mejor que vaya en persona, y Brooke

se puede encargar de todo por aquí. Mis socios hacen el grueso del trabajo, yo solo sigo en mi puesto a la espera de que tú estés preparado para tomar el relevo.

—Pero a ti no te gusta viajar y no te puedo pedir que hagas un esfuerzo tan grande a tu edad —empezó Laurie, que agradecía el sacrificio que su abuelo estaba dispuesto a hacer pero que, de ir, prefería hacerlo solo.

El anciano era perfectamente consciente de esto último y quería evitarlo a toda costa porque, dado el estado de ánimo en que se encontraba su nieto, no era buena idea dejar que se las apañase solo. Así, sofocando la angustia que le provocaba pensar en abandonar la comodidad de su hogar, afirmó con resolución:

—¡Por Dios, muchacho, todavía no estoy desahuciado! Me gusta la idea, me sentará bien cambiar de aires y a mis viejos huesos no les pasará nada porque, hoy en día, viajar es tan cómodo como estar sentado en una silla.

Laurie se removió inquieto, en su silla, como para indicar que él no se sentía cómodo sentado y que el plan no le parecía tan maravilloso, ante lo que el anciano añadió:

—No pretendo ser una carga. Quiero ir porque pienso que te sentirás mejor que si me dejas aquí. Por supuesto, no iré de picos pardos contigo, pero podrás moverte con total libertad sabiendo que yo lo estaré pasando bien a mi manera. En Londres tengo muy buenos amigos, y también en París. Los iré a visitar. Tú podrías ir a Italia, Alemania, Suiza o cualquier otro lugar, a disfrutar del arte, la música, el teatro, las aventuras, lo que más te apetezca.

En ese momento, Laurie sentía que no le apetecía nada y que el mundo era un desierto sin interés, pero ciertas palabras que el anciano introdujo hábilmente en su última frase reconfortaron su dolido corazón e hicieron surgir un oasis verde en medio del desierto. Suspiró y, luego, sin ánimo, añadió:

—Como quieras, me da igual adonde vaya y lo que haga.

—Pero a mí no; no lo olvides, muchacho. Te doy plena libertad, pero confío en que harás buen uso de ella. Quiero que me des tu palabra, Laurie.

—Como tú digas, abuelo.

Está bien, pensó el anciano, ahora no te importa, pero o mucho me equivoco o, llegado el momento, esta promesa te ayudará a no meterte en líos.

Siendo como era un hombre enérgico, el señor Laurence prefirió golpear el hierro cuando aún estaba al rojo vivo, es decir, antes de que el muchacho recuperase fuerzas y se volviese más rebelde. En el tiempo que duraron los preparativos, Laurie se aburrió, como suele ocurrir con los jóvenes. Estaba de mal humor, irritable y, a ratos, pensativo. Perdió el apetito, descuidó su atuendo y dedicó demasiado tiempo a tocar el piano de forma atormentada. Evitaba encontrarse con Jo, pero se consolaba observándola desde la ventana, con una expresión trágica en el rostro que atormentaba los sueños de la joven por las noches y la hacía sentirse terriblemente culpable durante el día. Como suele sucederles a quienes sufren, no volvió a hablar de aquella pasión no correspondida ni permitió que nadie, ni siquiera la señora March, le dijese unas palabras de consuelo o de apoyo. En cierto modo, eso supuso un alivio para sus amigas, pero en las semanas que precedieron a su partida todas estuvieron muy incómodas, y se alegraron de que «el pobre muchacho se alejase para olvidar y luego volviera a casa feliz». Por supuesto, aquella idea le hacía sonreír con la oscura amargura del que siente que su fidelidad y su amor son inalterables.

Cuando llegó la hora de partir, Laurie fingió estar encantado para ocultar los inoportunos sentimientos que se empeñaban en salir a la luz. Sin embargo, su supuesta alegría no convenció a nadie, aunque actuaban como si no se diesen cuenta, y él aguantó bastante bien hasta que la señora March le besó y se despidió con un susurro dulce y maternal. Laurie se emocionó, abrazó precipitadamente a todas, incluida Hannah, que estaba muy afectada, y corrió escaleras abajo como si le friese la vida en ello. Jo le siguió para despedirle, sin saber si él miraría hacia atrás. Lo hizo y, al verla, volvió sobre sus pasos, la abrazó, la miró y preguntó con un tono elocuente y dramático:

—¡Jo, querida! ¿No es posible?

—Teddy, querido, ¡ojalá lo fuera!

Eso fue todo. Tras un corto silencio, Laurie se rehízo y añadió:

—Está bien, no te preocupes. —Y se marchó sin decir nada más. Pero no estaba «bien» y Jo sí se preocupó. Porque desde aquel día en que el joven descansó su cabeza en su hombro minutos después de haber hecho la temible pregunta, ella se sentía como si hubiese apuñalado a un amigo y, cuando él se marchó, sin volver la vista atrás, supo que el Laurie que ella conocía no volvería jamás.



Capítulo 36

El secreto de Beth



Euando Jo volvió a casa, aquella primavera, se sorprendió al ver a Beth muy cambiada. Nadie comentaba nada ni parecía especialmente consciente de ese hecho, porque había sido uno de esos cambios progresivos que pasan inadvertidos a quienes ven a alguien a diario. Pero la distancia había agudizado la visión de Jo y, al ver el rostro de su hermana, le dio un vuelco el corazón. No estaba más pálida que en otoño, y solo un poco más delgada, pero tenía un extraño aspecto transparente, como si su envoltorio mortal se hubiese vuelto más fino y el brillo de su parte inmortal pudiese atravesar la delicada piel creando una belleza conmovedora, muy difícil de describir. Jo lo percibió y lo sintió, pero no comentó nada en el momento y, después, aquella primera impresión fue perdiendo importancia porque Beth estaba feliz y todo el mundo coincidía en que había mejorado mucho. Y, como Jo tenía otros asuntos en los que pensar, terminó por olvidar sus temores.

Sin embargo cuando Laurie se fue y la paz volvió a instalarse, aquella angustia indefinida regresó y empezó a obsesionarla. Había confesado sus pecados y recibido el perdón, y cuando mostró sus ahorros y propuso usarlos para ir a la montaña con

Beth, su hermana se lo agradeció con todo el corazón, pero rogó que no la forzaran a alejarse tanto de su hogar. Se convino que le vendría mejor ir nuevamente a la playa y, puesto que la abuela no quería separarse de los niños, decidieron quejo sería la encargada de acompañar a Beth a un destino tranquilo, en el que podría disfrutar del aire libre y dejar que la fresca brisa del mar pusiese un toque de color en sus pálidas mejillas.

No eligieron un lugar de moda y, aunque había personas muy agradables, las dos jóvenes prefirieron no hacer vida social y pasar el tiempo a solas. Beth era demasiado tímida para disfrutar en compañía de desconocidos, y Jo estaba demasiado volcada en su hermana para prestar atención a nadie más. Así pues, ambas lo eran todo para la otra, iban y venían, ajenas a la curiosidad que despertaban entre quienes las rodeaban, personas que observaban con compasión a la pareja de hermanas, una fuerte, la otra, frágil, que iban siempre juntas a todas partes como si presintiesen que no tardaría en imponerse una larga separación.

Ambas lo intuían, aunque ninguna decía nada, porque, a menudo, entre nosotros y nuestros queridos existe una última barrera difícil de franquear. A Jo le parecía que era como si un velo se interpusiese entre su corazón y el de Beth pero, cuando alargaba la mano para retirarlo, tenía la impresión de que en aquel silencio había algo sagrado que la llevaba a esperar que Beth hablase por iniciativa propia. Le extrañaba —y también agradecía— que sus padres no parecieran ver lo que ella veía. En el transcurso de aquellas tranquilas semanas, en las que la sombra se cernía cada vez con mayor contundencia sobre ella, no comentó nada a su familia, consciente de que todos se darían cuenta cuando vieses que Beth volvía a casa sin experimentar mejoría alguna. Se preguntaba si su hermana sería consciente de la triste verdad y qué pensamientos cruzarían por su mente durante las largas horas que pasaba tumbada en las cálidas rocas, con la cabeza en el regazo de Jo, mientras soplaba la saludable brisa y el mar componía música a sus pies.

Un día, Beth habló. Jo pensó que su hermana dormía porque estaba muy quieta, dejó a un lado su libro y se la quedó mirando con melancolía, buscando algún rastro de color en las mejillas

de Beth que le devolviese en parte la esperanza. Pero no encontraba nada que la consolara; tenía el rostro más delgado y las manos parecían demasiado débiles para sujetar incluso las pequeñas conchas rosadas que habían recogido en la playa. En ese punto, comprendió con amargura que Beth se alejaba, llevada por la corriente, y sus brazos se tensaron instintivamente, como para retener su preciado tesoro. Las lágrimas le empañaron los ojos y se le nubló la vista; cuando se las enjugó, encontró a Beth mirándola de frente con tal ternura que las palabras que pronunció estaban de más:

—Jo, querida, me alegra que lo hayas descubierto. He querido decírtelo varias veces, pero no sabía cómo hacerlo.

Por toda respuesta, Jo abrazó a su hermana y no derramó ni una sola lágrima porque, cuando estaba verdaderamente conmovida, era incapaz de llorar. En ese momento, la más débil era Jo y Beth trataba de consolarla abrazándola y susurrando palabras de ánimo en su oído.

—Hace mucho que lo sé, querida, y ahora que ya estoy hecha a la idea no me resulta tan duro pensar en ello o hacerle frente. Intenta verlo de ese modo y no te preocupes por mí, porque es mejor así. De verdad que sí.

—Beth, ¿era eso lo que te afligía tanto en otoño? ¿No lo habrás sentido desde entonces y guardado el secreto tanto tiempo, verdad? —preguntó Jo. Se negaba a ver o afirmar que era «mejor así», pero le alegraba saber que Laurie no era la causa del dolor de Beth.

—Sí, en aquel momento perdí la esperanza, pero no era capaz de asumirlo. Me dije que serían imaginaciones mías y que no debía preocupar a nadie. Pero cuando te vi a ti tan bien y tan fuerte, llena de planes felices, me entristeció comprobar que nunca podría ser como tú y eso me hizo sentir muy mal, Jo.

—¡Oh, Beth, y no me dijiste nada! ¿Por qué no querías que te ayudase y te consolase? ¿Cómo pudiste dejarme al margen y lidiar con todo eso tú sola?

El tono de Jo era de tierno reproche y le dolía el alma al pensar en la batalla que Beth había librado sola mientras se hacía

a la idea de que debía despedirse de la salud, el amor y la vida y cargar su cruz con buen ánimo.

—No sé si me equivoqué, pero mi intención era buena. No estaba segura y, como nadie comentaba nada, confié en que fueran imaginaciones mías. Hubiese sido muy egoísta por mi parte asustaros cuando Marinee estaba tan preocupada por Meg, Amy en el extranjero y tú tan feliz con Laurie, o por lo menos eso pensaba yo entonces.

—Y yo creí que tú estabas enamorada de él, Beth, y me alejé porque no podía... —exclamó Jo, contenta de poder decir la verdad.

Beth la miró tan perpleja que, a pesar del dolor, Jo no pudo evitar sonreír y añadir con dulzura:

—Entonces, ¿no estabas enamorada de él, querida? Yo imaginaba que sí y te suponía sufriendo por amor todo este tiempo.

—¡Oh, Jo! ¿Cómo iba a quererle si él estaba tan loco por ti? —preguntó Beth, con la inocencia de una niña—. Claro que le quiero mucho, se porta bien conmigo, es imposible no apreciarle, Pero siempre será como un hermano para mí. De hecho, me encantaría que algún día lo fuese de verdad.

—Pues no será por mí —aseguró Jo con firmeza—. La única que queda es Amy. Creo que se llevarían bien, pero no tengo ánimo para pensar en esas cosas ahora. Lo único que me preocupa ahora es tu futuro, Beth. Tienes que reponerte.

—¡Me encantaría! ¡No sabes cuánto! Lo intento, pero cada día pierdo un poco más de fuerza y comprendo que no la recuperaré jamás. Es como una marea, Jo; cuando crece, va lenta, pero es imparable.

—Pues debemos pararla. Tu marea no puede crecer ahora, eres demasiado joven, ¡solo tienes diecinueve años! Beth, no puedo dejarte marchar. Trabajaré, rezaré y lucharé contra esto. No te dejaré marchar, tiene que existir una manera, no puede ser demasiado tarde. Dios no puede ser tan cruel como para arrancarte de mi lado —exclamó Jo, rebelándose, porque su espíritu era mucho menos piadoso que el de Beth.

La gente sencilla y sincera rara vez habla de su devoción. En lugar de expresarla con palabras, la muestra con sus actos, que influyen en los demás más que una homilía o un sermón.

Beth era incapaz de razonar o explicar la forma en que la fe le aportaba valor y paciencia para renunciar a la vida y esperar con buen ánimo la llegada de la muerte. Al igual que un niño confiado, no hacía preguntas y lo dejaba todo en manos de Dios y de la Naturaleza, el Padre y la Madre de todos nosotros, segura de que ellos y solo ellos podrían enseñar y dar fuerza a su espíritu para hacer frente a esta vida y a la que estaba por venir. En lugar de reprender a Jo con sermones píos, la quiso aún más por su apasionada entrega y se aferró más a ese amor humano al que Dios no quiere que renunciemos y que usa para acercarnos más a Él. No podía afirmar: «Me alegro de marcharme», porque valoraba mucho la vida, solo podía llorar y decir: «Lo intentaré con toda mi fuerza», abrazada a Jo, mientras aquella primera ola de amargura y profunda pena rompía sobre ambas.

Al poco rato, recobrada en parte la serenidad, Beth apuntó:

—¿Hablarás con todos cuando volvamos a casa?

—Creo que se darán cuenta sin necesidad de que diga nada

—respondió Jo con un suspiro, porque Beth parecía empeorar de día en día.

—Tal vez no, he oído que los seres que más nos aman suelen ser ciegos ante esta clase de cosas. Si no lo quieren ver, ¿se lo dirás tú por mí? No quiero que haya más secretos y es mejor que estén preparados. Meg tiene a John y a los niños para consolarla, pero tú debes permanecer al lado de papá y mamá. ¿Lo harás, Jo?

—Haré lo que pueda, Beth, pero aún no me resigno. Voy a hacer como si fuesen imaginaciones tuyas y no permitiré que creas que estás peor —dijo Jo tratando de mostrarse animada.

Beth permaneció unos minutos pensativa y luego dijo con una gran calma:

—No sé cómo expresar lo que siento y no me atrevería a intentarlo con nadie que no fueses tú, mi querida Jo. Lo cierto es que siempre he sentido que no viviría mucho tiempo. No soy como vosotras, nunca he hecho planes de futuro. Nunca he pensado en casarme, como hacéis vosotras. La verdad es que siempre me he imaginado como la pequeña Beth, trabajando en casa y sin servir para nada más, Nunca he querido irme lejos

y por eso ahora me resulta tan duro dejaros. No tengo miedo, pero sospecho que os echaré de menos desde el cielo.

Jo no podía hablar y, durante varios minutos, solo se oyó el viento soplar y el chapaleteo de la marea al subir. Una gaviota de alas blancas voló cerca de ellas y les llevó un destello de sol en su pecho plateado. Beth la contempló hasta que desapareció en el horizonte, con los ojos encharcados de pena. Un pajarillo gris daba saltitos por la arena de la playa, piando suavemente como para sí, disfrutando del sol y del mar. Se acercó mucho a Beth, la miró con afecto y se fue a colocar sobre una piedra para secar al sol sus alas mojadas. Beth sonrió y se sintió mejor porque el avecilla parecía ofrecerle su amistad y recordarle que el mundo era un lugar acogedor en el que disfrutar.

—¡Qué pajarito más bonito! Es muy dócil, Jo. Me gustan estos pajarillos más que las gaviotas, no son tan hermosos ni tan salvajes, pero parecen felices y saben disfrutar de las pequeñas cosas. El verano pasado solía decir que eran mis pájaros. Mamá decía que le recordaban mucho a mí porque no paran de moverse, les gusta estar junto a la orilla y siempre andan cantando alegremente. Tú eres la gaviota, Jo, fuerte y salvaje, enamorada del viento y de las tormentas, capaz de adentrarse en el mar y vivir feliz en soledad. Meg es la tórtola y Amy es como las alondras que describe en sus cartas, siempre intentando remontarse por encima de las nubes, pero cayendo finalmente en el nido. ¡Querida niña! Es muy ambiciosa, pero tiene un buen corazón y mucha dulzura y, por muy alto que vuele, nunca se olvida de los suyos. Espero volver a verla, pero está muy lejos.

—Volverá en primavera, y estoy segura de que para entonces ya te encontrarás bien y podrás divertirte con ella. Yo ya habré conseguido que te recuperes y tengas mejor color —afirmó Jo. De todos los cambios operados en su hermana, el que más le impresionaba era el que tenía que ver con su forma de hablar. Ya no parecía costarle exteriorizar lo que sentía, y expresaba sus pensamientos como nunca antes había hecho la vergonzosa Beth.

—Jo, por favor, deja de albergar esperanzas. No me voy a recuperar, estoy segura. En lugar de ponernos tristes, ¿no sería mejor que intentáramos pasarlo bien mientras llega el momen-

to? Podemos ser felices porque no sufro demasiado y creo que la marea crecerá serenamente si me ayudas un poco.

Jo se inclinó para besar el rostro sosegado de su hermana y, a partir de ese callado beso, se dedicó en cuerpo y alma al cuidado de Beth.

Tenía razón. Cuando volvieron a casa, no hizo falta decir nada. Su padre y su madre lo vieron de inmediato a pesar de que habían rezado para que se les evitase tal visión. Agotada por el corto viaje, Beth se fue a la cama diciendo lo contenta que estaba de estar nuevamente en casa y, cuando Jo bajó, comprendió que no tendría que pasar por el duro trance de contar el secreto de Beth. Su padre estaba apoyado en la chimenea y ni siquiera se volvió al oírla entrar; su madre, en cambio alargó los brazos como pidiendo ayuda y Jo corrió a consolarla sin tener que pronunciar una sola palabra.



Capítulo 37

Una nueva impresión



las tres en punto, todo el que es alguien en Niza sale a dar una vuelta por la Promenade des Anglais, un lugar encantador. Se trata de un ancho paseo, bordeado de palmeras, flores y plantas tropicales que llega, en uno de sus extremos, a la orilla del mar y, por el otro, a una gran avenida llena de hoteles y de chalets que se recortan sobre un fondo lejano de colinas y huertos de naranjos. En el paseo, están representadas muchas naciones, se oye hablar muchas lenguas, se lucen muchos vestidos y, en un día de sol, el espectáculo que ofrece tiene la alegría y el brillo propio del carnaval. Altivos ingleses, animados franceses, sobrios alemanes, guapos españoles, feos rusos, sumisos judíos y despreocupados norteamericanos acuden al lugar a pasear o sentarse, mientras comentan las últimas novedades y critican al famoso de turno desde Ristori hasta Dickens y de Víctor Manuel a la reina de las islas Sandwich. Los medios de transporte son tan variados como la concurrencia y llaman mucho la atención, sobre todo unas carrozas bajas tiradas por unos gallardos potros, con alegres cortinas que impiden que los voluminosos vestidos con volantes de las damas salgan fuera

del diminuto habitáculo y unos pequeños pajes encaramados en la parte trasera.

Era el día de Navidad y un joven alto recoma lentamente el paseo con las manos en la espalda y la mirada perdida, como ausente. Parecía italiano, vestía a la inglesa y tenía el aire independiente de los norteamericanos. Esa mezcla llamaba poderosamente la atención de las mujeres y hacía que los dandis de traje negro, pajarita rosa, guantes de ante y flor de naranjo en el ojal con los que se cruzaba se encogiesen de hombros y envidiasen su porte y su altura. Los muchos rostros hermosos que allí había no parecían llamar la atención del joven, que solo levantaba la vista, de vez en cuando, para fijarse en alguna joven rubia o vestida de azul. En el momento que nos ocupa, el joven acababa de salir del paseo y se encontraba en un cruce de calles, indeciso sobre si ir a oír a la banda que tocaba en los jardines públicos o caminar por la playa en dirección a la colina del castillo. El rápido trote de los cascotes de unos ponis le obligó a levantar la vista justo cuando un pequeño carruaje pasaba calle abajo, con una única dama en su interior. La dama era una joven rubia vestida de azul. Al verla, el rostro se le iluminó y agitó efusivamente su sombrero, feliz como un niño, al tiempo que corría hacia el carruaje.

—¿Laurie? ¿En verdad eres tú? ¡Pensé que no vendrías nunca! —exclamó Amy, que soltó las riendas y tendió las manos en un gesto que escandalizó sobremanera a una madre francesa, testigo de la escena, que apresuró el paso para que su hija no se contagiase con los malos modos de esos «locos ingleses».

—Me he retrasado un poco, pero prometí pasar la Navidad contigo y aquí estoy.

—¿Cómo está tu abuelo? ¿Cuándo habéis llegado? ¿Dónde os hospedáis?

—Está muy bien. Ayer por la noche. En el Chavrain. Fui a buscarte a tu hotel, pero ya habías salido.

—Mon Dieu! Tengo tanto que contarte que no sé por dónde empezar. Entra y podremos charlar a gusto. Iba a dar un paseo y agradeceré tener compañía. Flo está descansando para tener fuerzas esta noche.

—¿Qué ocurre esta noche, vais a un baile?

—El hotel ofrece una fiesta de Navidad. Hay muchos huéspedes norteamericanos y la han organizado en honor a ellos. Vendrás con nosotras, ¿verdad? La tía estará encantada.

—¡Gracias! ¿Adónde vamos ahora? —preguntó Laurie, que se reclinó y cruzó de brazos, para gran satisfacción de Amy, que esperaba poder conducir ella porque, fusta y riendas en mano, se sentía como una reina.

—Primero he de pasar por el banco a buscar unas cartas, luego iremos a la colina del castillo, a disfrutar de la vista, que es estupenda, y a dar de comer a los pavos reales. ¿Conoces el lugar?

—He estado en varias ocasiones, pero hace años. No me importa volver.

—Bueno, ahora cuéntame algo de ti. Lo último que supe fue que tu abuelo esperaba que volvieses de Berlín.

—Sí, pasé un mes allí y luego me reuní con él en París, que es donde va a pasar el invierno. Allí tiene buenos amigos y mucho con que entretenerse. Yo iré a visitarle y lo pasaremos en grande.

—Es un buen plan —comentó Amy, que tenía la impresión de que algo no terminaba de encajar en Laurie, pero no sabía qué.

—A él le horroriza viajar y yo detesto estar quieto, así que hemos buscado una forma de satisfacer las necesidades de los dos. Así no hay problema. Le veo con frecuencia y disfruta oyéndome narrar mis aventuras, y yo me alegro de que alguien me reciba con los brazos abiertos después de andar perdido un tiempo. Menudo agujero lleno de mugre, ¿no te parece? —añadió con un gesto de disgusto cuando dejaron atrás el bulevar y entraron en la plaza de Napoleón, en la ciudad vieja.

—La mugre tiene su lado pintoresco, no me molesta. El río y las colinas son una delicia y estas callecitas estrechas me encantan. Tendremos que parar para dejar pasar a la procesión. Van a la iglesia de San Juan.

Mientras Laurie contemplaba con desgana la procesión de curas bajo palios, monjas con velos blancos y velas encendidas en las manos y toda una hermandad de azul cantando, Amy le observaba a él y sentía cierto pudor al no reconocer en aquel hombre pensativo al muchacho de semblante alegre que ella

conocía. Le pareció más guapo e interesante que nunca. Sin embargo, una vez superado el placer del reencuentro, el aspecto de Laurie volvía a ser el de alguien agotado y sin ánimo; no enfermo o desdichado, sino más maduro y serio de lo que cabía esperar después de un par de años de buena vida. No comprendía qué le había ocurrido y no se atrevió a preguntarle; meneó la cabeza y, una vez que la procesión hubo desaparecido bajo los arcos del puente de Paglioni, en dirección a la iglesia, puso nuevamente en marcha el carruaje.

—Que pensez-vous? —preguntó haciendo alarde de su francés, que, desde que había iniciado el viaje, había mejorado más en cantidad que en calidad.

—Que mademoiselle ha aprovechado bien el tiempo y el resultado es encantador —contestó Laurie, que hizo una reverencia, con la mano en el pecho, y contempló a la joven con admiración.

Ella se sonrojó pero, por algún motivo, aquel piropo no le aportó la genuina satisfacción de aquellos otros elogios, más francos, a los que el muchacho la tenía acostumbrada cuando ambos vivían en casa y coincidían en un día de fiesta. En aquel entonces, él decía algo como «estás estupenda», sonreía dichoso y le daba unas palmaditas en la cabeza. El nuevo tono que empleaba no era de su agrado porque sonaba a indiferencia.

Si por crecer se tiene que volver así, preferiría que fuese siempre un muchacho, pensó, y aunque se sentía extrañamente decepcionada e incómoda, fingió estar alegre y relajada.

Al llegar a Avigdor, encontró varias cartas de casa, por lo que cedió las riendas a Laurie y se dedicó a disfrutar de la lectura, mientras el carruaje recorría el sombreado camino bordeado por plantas verdes y rosales tan floridos como si fuese el mes de junio.

—Mamá dice que Beth no se encuentra nada bien. A menudo pienso que debería volver, pero todos me alientan a quedarme; les hago caso porque soy consciente de que nunca volveré a tener una oportunidad como esta —comentó Amy mirando muy seria una de las hojas de la carta.

—Creo que estás en lo cierto. En casa no podrías hacer nada y todos se sienten mejor sabiendo que estás bien, eres feliz y te diviertes, querida.

Al decir esto, se acercó un poco y volvió a parecer el Laurie de siempre. Amy sintió que el miedo que a veces pesaba sobre su corazón disminuía porque la mirada del joven, sus gestos y aquel «querida» la hicieron sentir que, de ocurrir algo malo, no estaría sola en un país extraño. Al poco rato, reía mientras mostraba a Laurie una caricatura de Jo con su «traje de escribir», el lazo bien erguido sobre el gorro y la siguiente frase saliendo de su boca: «¡Genio en plena ebullición!».

Laurie sonrió, lo cogió y lo guardó en el bolsillo de su abrigo «para que no se lo llevase el viento», y escuchó con interés a Amy, que, muy animada, leyó en voz alta una carta.

—Esta sí que es una buena Navidad para mí: por la mañana, los regalos; por la tarde, tu presencia y estas cartas, y por la noche, una fiesta —dijo Amy cuando llegaron a las ruinas del viejo fuerte y un grupo de espléndidos pavos reales acudió a su encuentro y esperó dócilmente a que les diesen de comer. Mientras Laurie repartía migas a las magníficas aves, Amy reía sentada en un banco cercano. El joven la observó, como ella había hecho con él, movido por la curiosidad natural de descubrir los cambios provocados por el tiempo y la ausencia. Lo que encontró no le causó decepción o desconcierto, sino agrado y admiración, porque, excepción hecha de una ligera afectación en el habla y los modales, la muchacha seguía siendo tan atractiva y grácil como siempre, con ese plus indescriptible que, aplicado al vestir y al porte, llamamos «elegancia». Amy, que siempre había sido muy madura para su edad, había ganado aplomo tanto en la forma de conducirse como en la conversación, por lo que daba la impresión de ser una mujer con más mundo del que en realidad tenía. Su antiguo malhumor asomaba de vez en cuando, su fuerte personalidad seguía muy presente y el barniz extranjero no había hecho mella en su franqueza natural.

Laurie no se dio cuenta de todo eso mientras observaba cómo daba de comer a los pavos reales, pero apreció lo suficiente para sentirse satisfecho e interesado, y guardó en la

memoria aquella escena protagonizada por una joven de rostro resplandeciente bañada por la luz del sol, que destacaba el suave color de su vestido, el tono sonrosado de sus mejillas y el dorado brillo de su cabello.

Cuando estaban a punto de alcanzar la meseta pedregosa que coronaba la colina, Amy le hizo una señal con la mano, como si le invitase a visitar su rincón favorito, y comentó señalando aquí y allí:

—¿Recuerdas la catedral y el Corso, los pescadores echando sus redes en la bahía y esa adorable carretera que conduce a Villa Franca, la que fue casa de Schubert, que queda justo allí debajo? Y lo mejor de todo, ¿ves esa pequeña mancha que asoma en el mar? ¡Es la isla de Córcega!

—Sí, lo recuerdo todo muy bien, apenas ha cambiado —contestó él sin mucho entusiasmo.

—¡Lo que daría Jo por ver esa famosa mancha! —dijo Amy, que se sentía de buen humor y tenía ganas de verle a él más animado.

—Sí —dijo él por toda respuesta, pero se volvió y miró hacia la isla con más pasión de la que hubiese puesto el propio Napoleón.

—Echa un buen vistazo en su nombre y luego cuéntame en qué has andado ocupado todo este tiempo —propuso Amy, y tomó asiento con ganas de iniciar una conversación.

Sin embargo, aunque él se sentó junto a ella, no consiguió que le dijera nada de interés. El joven contestaba vagamente a sus preguntas y lo único que sacó en claro fue que había estado recorriendo Europa y que había llegado hasta Grecia. Ese vano intento de comunicación se prolongó casi una hora; luego regresaron a casa, Laurie saludó a la señora Carrol y se marchó, no sin antes prometer que volvería por la noche.

Amy se acicaló especialmente para la velada. El tiempo y la ausencia habían hecho mella en ambos; ella veía a su viejo amigo bajo un nuevo prisma, ya no era «nuestro chico» sino un apuesto y agradable joven por el que sentía el deseo natural de agradecer. Sabía bien cómo sacar partido a su atractivo y lo hizo con ese gusto y habilidad que constituyen la verdadera fortuna de una joven sin recursos pero hermosa.

Como el tul no era caro en Niza, eligió esta tela para cubrirse aquella noche y, de acuerdo con la costumbre inglesa que indica que las jóvenes solteras han de vestir ropa sencilla, escogió un traje discreto y se adornó con flores naturales, algo de bisutería y unos complementos elegantes pero nada caros que lucían mucho. Hay que reconocer que, en el caso de Amy, a veces la artista le ganaba la partida a la mujer y apostaba por peinados extravagantes, poses estatuarias y telas sofisticadas. Pero todos tenemos defectos y no es difícil perdonar las debilidades de una joven que alegra la vista con su encanto y nos hace sonreír con su ingenua vanidad.

Quiero que me vea estupenda y que lo comente a todos cuando vuelva a casa, pensó Amy mientras se ponía un viejo vestido blanco de seda de Flo y lo cubría con un chal de tul que, al destacar el blanco de sus hombros y el dorado de su cabello, creaba un efecto de lo más artístico. Después de intentar recoger sus gruesos bucles y rizos en un mono en la nuca, tuvo el acierto de dejarse la melena suelta.

«No es lo que se lleva, pero me favorece y no puedo ir hecha un espantajo», solía decir cuando le recomendaban que se hiciese trenzas, se rizase o se ahuecase el pelo, como mandaba la moda.

Como no tenía adornos lo bastante buenos para la ocasión, decoró las faldas de lana con azaleas y enmarcó sus blancos hombros con delicadas hojas de vid. Le vinieron a la memoria sus botas teñidas y repasó satisfecha sus femeninos zapatos blancos de satén, tras lo cual bajó a la sala admirando su aristocrático calzado.

El abanico nuevo hace juego con las flores, los guantes son un primor y el encaje del pañuelo de la tía da el toque final al vestido. ¡Ojalá tuviese una nariz más regia! Entonces sería la mujer más feliz, se dijo mientras echaba un último vistazo a su aspecto, con una vela en cada mano.

A pesar de su preocupación, estaba especialmente hermosa y elegante. La joven solía caminar acompasadamente, casi nunca corría, no iba con su estilo, pensaba. Como era alta, consideraba que el aire que mejor le iba no era el de muchacha

deportista o enérgica sino el de dama majestuosa, como la diosa Juno. Mientras esperaba a Laurie, recorrió el salón de un extremo a otro; aunque en una ocasión, se detuvo bajo la lámpara de araña porque se dijo que su cabello brillaría más, pero luego lo pensó mejor y se fue a un rincón, como si se avergonzase de lo infantil de su deseo de causar una buena impresión. Y fue un acierto, ya que Laurie entró sin hacer ruido y la vio de pie, junto a una ventana, con la cabeza medio vuelta, recogíendose la falda con una mano, y al ver su figura esbelta y vestida de blanco contra las cortinas rojas le pareció una escultura bella y perfecta.

—¡Buenas noches, Diana! —saludó Laurie con esa expresión de satisfacción que a Amy tanto le gustaba ver en sus ojos cuando la miraba.

—¡Buenas noches, Apolo! —repuso sonriendo a su vez, porque él también estaba especialmente impresionante, y la idea de entrar en la sala de baile del brazo de un hombre tan encantador hizo que se apiadase de las cuatro señoritas Davis.

—Aquí tienes tus flores, las he preparado yo mismo teniendo en cuenta que no te gustan lo que Hannah llama «floripondios» —explicó Laurie tendiéndole un delicado ramillete en un elegante soporte que ella quería desde que lo vio en el escaparate de Cardiglia.

—¡Qué amable eres! —exclamó agradecida—. De haber sabido que vendrías, habría encargado flores para ti, aunque, claro, no serían tan hermosas como estas.

—Gracias, no están todo lo bien que deberían, pero en tus manos, mejoran —repuso él mientras le colocaba una pulsera de plata en la muñeca.

—¡Por favor, no lo hagas!

—Pensé que te agradaría.

—No, viniendo de ti; prefiero que te comportes con la naturalidad de siempre.

—¡Me alegra oírte decir eso! —dijo él con alivio. Después, abotonó los guantes de Amy y preguntó si llevaba la corbata bien puesta, tal y como solía hacer cuando iban a alguna fiesta en casa.

La gente que se reunió aquella noche en la *salle à manger* era de lo más variopinta, como solo en Europa se encuentra. Los hospitalarios anfitriones norteamericanos habían invitado a todos sus conocidos en Niza y, como no tenían nada en contra de los títulos, se habían asegurado la presencia de unos cuantos nobles que diesen brillo a su fiesta de Navidad.

Un príncipe ruso aceptó sentarse en un rincón durante una hora y charlar con una mujer muy gorda que vestía como la madre de Hamlet, con un traje de terciopelo negro y una gargantilla de perlas pegada a la barbilla. Un conde polaco de ochenta años se dedicó en cuerpo y alma a conquistar mujeres que lo consideraban «un hombre fascinante», y un noble alemán que había aceptado la invitación exclusivamente por la cena recorría la sala en busca de algo que devorar. El secretario privado del barón Rothschild, un judío de nariz grande y botas estrechas, sonreía a todo el mundo y aprovechaba el halo mágico que le otorgaba el nombre de su protector; un francés robusto que conocía al emperador había acudido a la fiesta porque le encantaba bailar, y lady de Jones, una dama inglesa, había llevado consigo a sus ocho hijos. Por supuesto, en la fiesta había jovencitas norteamericanas, ligeras de pies y de voz chillona, muchachas británicas, hermosas y lacias, y unas cuantas *demoiselles* francesas sencillas pero atractivas. No faltaba el habitual cortejo de jóvenes caballeros viajeros que se divertían a sus anchas mientras madres de todas las nacionalidades, alineadas contra la pared, sonreían complacidas al verles bailar con sus hijas.

Cualquier jovencita podrá imaginar cómo se sentía Amy aquella noche al entrar en la sala de baile del brazo de Laurie. Sabía que estaba radiante y no solo le encantaba bailar, sino que se podría decir que las salas de baile eran el lugar natural para sus pies, así que disfrutaba de esa deliciosa sensación de poder que embarga a una joven cuando pisa por primera vez un reino nuevo y fascinante en el que será la protagonista absoluta por su belleza, su juventud y su condición de mujer. Sentía pena por las hermanas Davis, que eran poco elegantes, simples y tenían por pareja un adusto padre y tres tías soltero-

nas aún más adustas. Cuando pasó ante ellas, las saludó e hizo una reverencia amable, con lo que las jóvenes pudieron admirar su vestido mientras se preguntaban quién sería su distinguido acompañante. Una vez que la banda empezó a tocar, a Amy se le encendió el rostro, se le iluminaron los ojos y empezó a mover, impaciente, los pies. Era consciente de lo bien que bailaba y ardía en deseos de mostrárselo a Laurie. Por ello, es más fácil comprender que describir la profunda decepción que se apoderó de ella cuando él dijo sin demasiado entusiasmo:

—¿Quieres bailar?

—¡Es lo que se suele hacer en un baile!

La mirada de sorpresa de la joven y su rápida respuesta hicieron a Laurie comprender que había cometido un error, y corrió a enmendarlo.

—Me refería a si me concedías el primer baile. ¿Me harás ese honor?

—Para bailar contigo tendré que declinar la invitación del conde. Es un bailarín maravilloso, pero seguro que lo comprendo porque sabe que somos viejos amigos —dijo Amy, segura de que mencionar al conde le serviría para que Laurie la tomara más en serio.

Sin embargo, lo único que consiguió oír de boca de Laurie fue lo siguiente:

—Es un buen muchacho, pero algo bajo para acompañar a «una hija de dioses, divinamente alta y más divinamente rubia».

Como se encontraban en un ambiente inglés, a Amy no le quedó más remedio que guardar el decoro, aunque tenía ganas de bailar la tarantela con brío. Laurie la dejó en manos del «buen muchacho» y fue a saludar a Flo sin preocuparse de garantizar futuros bailes con Amy, y esta, en justo castigo a su reprochable falta de previsión, se comprometió hasta la hora de la cena, momento en que estaba dispuesta a ablandarse si él daba muestras de arrepentimiento. Cuando él fue tranquilamente hacia ella —en lugar de correr, como era deseable— y le pidió que le concediese el próximo baile, una estupenda polca, Amy le mostró orgullosa su carnet de baile completo; las educadas excusas del muchacho no lograron ablandarla y, mientras

daba saltos por la sala con el conde, vio que Laurie se sentaba junto a su tía con cara de alivio.

Aquel gesto le pareció imperdonable y optó por no hacerle caso durante un buen rato, incluso cuando iba junto a su tía a descansar no intercambiaba con él más de un par de palabras. Sin embargo, ocultar su enfado tras una sonrisa surtió mucho más efecto, porque parecía más alegre y deslumbrante que nunca. Laurie la miraba embelesado porque Amy no brincaba o deambulaba como otras, sino que bailaba con auténtica gracia y disfrutaba de ese delicioso pasatiempo que debería ser, para tocios, la danza. La estudió bajo esa nueva perspectiva y, cuando había transcurrido media velada, se dijo que la pequeña Amy se iba a convertir en una mujer encantadora.

La reunión resultó muy animada porque el espíritu festivo se apoderó de todos enseguida y la alegría navideña iluminaba rostros, alegraba corazones y ponía alas en los pies de los bailarines. Los músicos tocaban el violín, el piano y la percusión como si realmente disfrutasen, todos cuantos sabían bailar lo hicieron, y los que no, admiraron al resto con un deleite poco habitual. Las Davis oscurecían el ambiente y las Jones brincaban como torpes jirafas. El famoso secretario cruzó la sala como un meteorito, acompañado de una impresionante dama francesa que fue barriando el suelo con la cola de su vestido de satén rosa. El alemán hambriento encontró la mesa de la comida y pasó el resto de la fiesta feliz, devorando sin parar todo el menú, para consternación de los camareros que lo observaban. El amigo del emperador se cubrió de gloria porque bailó con toda mujer que se puso en su camino, la conociese o no, y no dudaba en intercalar piruetas imprevistas cuando se inspiraba. El arrojo juvenil de aquel hombre mayor era digno de verse, porque, aunque tenía que guiar a su pareja, se movía como una pelota de un sitio para otro. Corría, volaba y hacía cabriolas con el rostro encendido, la calva brillante y la cola de su chaqueta moviéndose sin parar. Sus zapatos se movían a tal velocidad que parecían volar y, cuando la música terminaba, se secaba el sudor de la frente y sonreía satisfecho a sus amigos como un Pickwick francés sin gafas.

Amy y su compañero tenían ese mismo entusiasmo, pero mucha más gracia y agilidad. Sin pretenderlo, Laurie se quedó prendado del rítmico movimiento de los zapatos blancos, que volaban infatigables, como si tuviesen alas. Cuando el bajito Vladimir la dejó al fin, tras asegurar que sentía tener que abandonarla tan pronto, Amy se dispuso a descansar y a observar qué tal le había sentado el castigo a su cobarde caballero.

Había dado resultado porque, a los veintitrés, la vida social es un bálsamo para la frustración y verse rodeado de belleza, luz, música y movimiento hace que el entusiasmo crezca, la sangre se altere y el ánimo se eleve. Cuando se levantó para que ella se sentara, Laurie dio muestras de haber recibido un primer aviso, y, cuando a continuación corrió a traerle algo de cena, ella sonrió satisfecha y dijo para sus adentros: Sabía que le vendría bien.

—Pareces la «Femme peinte par elle-même» de Balzac —comentó Laurie mientras la abanicaba con una mano y le sujetaba la taza de café con la otra.

—Este colorete no es postizo —repuso Amy, y tras frotar su brillante mejilla mostró el guante blanco con tal solemnidad que el joven no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Cómo se llama esta tela? —preguntó cogiendo un pliegue del chal que caía sobre su rodilla.

—Gloria.

—Un nombre muy adecuado. Es muy bonita. Es nueva, ¿verdad?

—Es tan vieja como el mundo, se la habrás visto puesta a docenas de chicas y ¡no te has dado cuenta de lo bonita que era hasta ahora... stupide!

—Es porque no la había visto nunca en ti, de ahí mi error.

—No sigas, te lo prohíbo. Prefiero que me traigas más café a que me piropes. Me pone nerviosa verte gandulear.

Laurie se levantó cual rayo y cogió obedientemente la taza vacía. Experimentaba un extraño placer al cumplir las órdenes de la «pequeña Amy», que, superada la timidez inicial, sentía el deseo irrefrenable de tratarle sin miramientos, como gusta hacer a las muchachas cuando ven que algún señor da alguna muestra de sometimiento.

—¿Dónde has aprendido a actuar de este modo? —preguntó él con una mirada burlona.

—Dado que «de este modo» es una expresión bastante imprecisa, ¿me podrías aclarar a qué te refieres? —rogó Amy, quien, a pesar de saber perfectamente a qué se refería, sentía el pícaro deseo de verle expresar lo inexpresable.

—Bueno, me refiero a todo un poco... a tu estilo, a tu serenidad... a la gloria... la tela esa, ya sabes. —Laurie se echó a reír, dándose por vencido, y aprovechó aquel nuevo término para salir del apuro.

Amy estaba satisfecha pero, por supuesto, no dio muestras de ello y apuntó con coqueta timidez:

—Lo queramos o no, vivir en el extranjero enseña mucho. Yo me he dedicado tanto a estudiar como a divertirme, y en cuanto a esto —añadió señalando el vestido con un gesto—, el tul es una tela barata, las flores se consiguen por nada y estoy acostumbrada a sacar partido de lo poco que tenga a mí alcance.

Amy de inmediato se arrepintió de haber pronunciado la última frase, temía que no fuera un comentario de buen gusto, pero Laurie la quiso aún más por haberlo dicho. Admiraba y respetaba a aquella joven que había tenido la paciencia y el valor de sacar el máximo partido a las oportunidades y el ánimo de suplir con flores la falta de medios económicos. Aunque Amy no sabía a qué se debía que Laurie la mirara con tanta ternura, apuntase su nombre en su carnet de baile y le dedicase toda clase de atenciones durante el resto de la velada, lo cierto es que tan agradable cambio era el resultado de una nueva impresión que ambos sintieron sin ser conscientes de ello.



Capítulo 38

Salirse del mundo

En Francia, las muchachas se aburren mucho hasta que se casan, momento en el que «Vive la liberté» pasa a ser su consigna. Como todo el mundo sabe, en Norteamérica las muchachas firman primero su declaración de independencia y disfrutan de la libertad con republicano entusiasmo, pero, cuando se casan, abdican en favor de su primer vástago y viven más encerradas que una monja de clausura francesa, aunque, eso sí, sin el voto de silencio. Les guste o no, lo cierto es que, una vez superada la emoción de la boda, la mayoría de las jóvenes recién casadas quedan prácticamente arrinconadas y, como hacía recientemente una hermosa mujer que conocemos bien, comentan con lástima: «Estoy más guapa que nunca, pero nadie se fija en mí porque estoy casada».

Al no ser la reina de ningún baile ni una dama elegante, Meg no conoció esa pena hasta que sus hijos cumplieron un año, porque en su pequeño universo imperaban costumbres ancestrales que la hacían sentirse más admirada y amada que nunca.

Como era una joven muy femenina y tenía un instinto maternal muy fuerte, se dedicaba en cuerpo y alma a sus hijos, excluyendo toda otra actividad y relación. Los atendía como una

gallina empolla, día y noche, con incansable entrega y ansia, y había abandonado el cuidado de John en las tiernas manos del servicio —en aquel momento, la intendencia corría a cargo de una criada irlandesa—. John, que era un hombre muy hogareño, echaba de menos las atenciones a las que su mujer le tenía acostumbrado pero, como adoraba a sus dos hijos, aceptaba de buen grado sacrificar, temporalmente, su comodidad porque, en una clara muestra de ingenuidad masculina, estaba convencido de que el agua no tardaría en volver a su cauce. Sin embargo, tres meses después del nacimiento de los niños, todo seguía igual. Meg estaba cansada y nerviosa —los niños consumían todo su tiempo—; la casa, descuidada, y Kitty, la cocinera, que se tomaba las cosas con calma, le tenía prácticamente a dieta. Por la mañana, John salía de casa abrumado por el sinfín de pequeños encargos que le hacía la cautiva mamá. Si por la noche volvía contento, ansioso por abrazar a su familia, su mujer le recibía con un «Chist, los niños han pasado un mal día y acaban de dormirse». Si proponía hacer algo entretenido en casa, Meg respondía: «No, que molestaríamos a los niños». Si insinuaba que fuesen a una conferencia o un concierto, recibía una mirada de reprobación y una respuesta tajante: «¿Dejar a mis hijos para ir a divertirme? ¡Jamás!». Entre el llanto de los niños y las idas y venidas silenciosas de una figura fantasmagórica que velaba en las noches, John ya no recordaba lo que era dormir de un tirón. Tampoco le era posible comer sin interrupciones, pues su temperamental compañera le dejaba solo al menor atisbo de gorjeo de los pajarillos que ocupaban el nido, escaleras arriba. Y al leer el periódico de la tarde, los cólicos de Demi se mezclaban con los embarques, y las caídas de Daisy afectaban al precio de las acciones, porque a la señora Brooke las únicas noticias que le interesaban eran las que tenían que ver con su hogar.

El pobre hombre se sentía muy mal porque sus hijos le habían despojado de su esposa, su hogar se había convertido en una guardería y las constantes peticiones de silencio le hacían sentir como un bárbaro profanando un recinto sagrado. Durante los primeros seis meses, soportó estoicamente la situación

pero, al no apreciar signos de mejora, hizo lo que muchos otros padres exiliados: fue a buscar consuelo en otro lugar. Como Scott se había casado y vivía relativamente cerca de allí, John se acostumbró a visitarle durante un par de horas cada tarde, aprovechando el momento en que en la sala de estar de su casa no había nadie y su esposa estaba atareada cantando nanas que parecían no tener fin. La señora Scott era una joven alegre y bonita, cuya única ocupación era mostrarse encantadora, meta que cumplía con gran acierto. La sala de su casa estaba siempre bien iluminada y resultaba muy acogedora, con el tablero de ajedrez preparado, el piano afinado, una charla animada y una cena ligera presentada de forma tentadora.

De no haberse sentido tan solo, John habría preferido estar junto al hogar de su chimenea pero, tal y como estaban las cosas, agradecía la oportunidad que le brindaban sus vecinos.

Al principio, Meg no tuvo inconveniente en aceptarlo y sintió cierto alivio al saber que John pasaría un buen rato en lugar de dormitar en la sala o dar vueltas por la casa haciendo ruido y despertando a los niños. Sin embargo, con el tiempo, cuando los problemas de dentición de sus hijos fueron cosa del pasado y los pequeños dioses empezaron a dormir a horas más adecuadas, lo que permitía a mamá un mayor descanso, empezó a echar de menos a John; el cesto de labores no era compañía suficiente si él no estaba allí, frente a ella, con su bata vieja, cómodamente instalado ante la chimenea, chamuscándose las zapatillas en el guardafuegos. No estaba dispuesta a pedirle que se quedase con ella, en casa, pero se sentía ofendida por el hecho de que él no lo hiciera sin que se lo solicitase, olvidando las muchas veladas que él la había aguardado en vano. Estaba nerviosa y cansada, y de tanto atender y cuidar a otros cayó en ese estado de ánimo que puede afectar a la mejor de las madres cuando el cuidado de la familia se convierte en una pesada carga, el deseo de moverse les roba el buen humor y la excesiva pasión por esa flaqueza de las mujeres norteamericanas que es la tetera las lleva a estar más alteradas que nunca.

«Sí —decía mirándose en el espejo—, me estoy volviendo vieja y fea. John ya no me encuentra atractiva y por eso deja de

lado a su marchita mujer y se va a disfrutar de su bonita vecina, que no tiene tantas obligaciones. En fin, los niños me quieren; no les importa si estoy delgada y pálida, o si no tengo tiempo para arreglarme el cabello. Ellos son mi consuelo y algún día John comprenderá que merecía la pena sacrificarse por ellos. ¿Verdad que sí?».

Daisy contestaba a la dramática pregunta de su madre con un gorjeo, o bien era Demi quien respondía con un gritito, tras lo cual Meg dejaba a un lado los lamentos y se daba un festín maternal que le permitía olvidar, por un tiempo, su soledad. Sin embargo, a medida que John se interesaba cada vez más por la política y que sus visitas a Scott para discutir asuntos de interés se alargaban, sin tener en cuenta que Meg le necesitaba, el dolor de la joven esposa crecía. Aun así, no dijo nada a nadie hasta que, un día, su madre la encontró hecha un mar de lágrimas e insistió en que le contara la causa, porque llevaba tiempo observando a su hija y sabía que algo la preocupaba.

—Mamá, no podría compartir esto con nadie más, pero en verdad necesito un consejo, porque si John sigue así seré como una madre viuda —explicó la señora Brooke, con aire dolido, mientras se secaba las lágrimas con el babero de Daisy.

—¿Seguir cómo, querida? —preguntó la madre, inquieta.

—Se pasa el día fuera de casa y, por la noche, cuando quiero verle, está siempre de visita en casa de los Scott. No es justo que yo me ocupe de las tareas más duras y no pueda divertirme nunca. Todos los hombres son unos egoístas, hasta el mejor de ellos.

—Lo mismo podría decirse de las mujeres. No juzgues a John hasta que hayas comprendido en qué has errado tú.

—Pero desatenderme no tiene justificación alguna.

—¿Acaso no le has desatendido tú antes?

—¡Mamá, por favor! ¡Pensé que estabas de mi parte!

—Por supuesto que lo estoy, querida, pero creo que la culpa de lo que ocurre es tuya.

—No te entiendo.

—Deja que te lo explique. ¿Acaso John te «desatendía», como tú dices, cuando pasabas con él su único momento de ocio, es decir, las tardes?

—No, pero ahora no puedo estar tanto por él, mamá, tengo dos hijos a los que atender.

—Yo creo que podrías combinarlo todo, querida. Es más, creo que deberías hacerlo. ¿Te puedo ser franca sin que olvides que soy tu madre y te quiero?

—Por supuesto, mamá, háblame como si siguiese siendo tu pequeña Meg. Últimamente siento que necesito más que nunca que alguien me enseñe, porque los niños dependen de mí para todo.

Meg acercó la silla a la de su madre y, con un niño en el regazo de cada una, las dos mujeres se mecieron y charlaron animadamente, como si el hecho de ser ambas madres las uniese más que nunca.

—Has cometido un error muy frecuente en las jóvenes esposas, que es olvidar al marido por el cuidado de los niños. Es comprensible y natural, Meg, pero te recomiendo que pongas remedio antes de que la distancia entre ambos sea insalvable. Los hijos deben servir para unir a los padres, no para separarlos. No te comportes como si fuesen solo tus hijos y John no tuviese nada que ver con ellos. Llevo semanas observando lo que pasa, pero no he querido decir nada hasta que fuese el momento oportuno.

—Tengo miedo de no poder arreglarlo. Sí le pido que se quede en casa, pensará que estoy celosa y se lo tomará como un insulto a su persona. No entiende que quiero estar con él, y no encuentro las palabras para explicárselo.

—Pues haz que vuestra casa sea tan acogedora que no tenga ganas de marcharse. Querida, él está deseando permanecer en su hogar, pero esta casa, sin ti, no es un hogar, y tú siempre estás en la habitación de los niños.

—¿No debería estar allí?

—No siempre. Pasar tanto tiempo encerrada te altera los nervios y, entonces, no estás en condiciones para casi nada. Además, te debes tanto a John como a los niños. No descuides a tu marido por tus hijos. No le pidas que se calle y salga de la habitación de los niños, enséñale a que te ayude. Su presencia es tan importante como la tuya, los niños también le necesi-

tan. Muéstrale qué puede hacer y lo hará encantado y lleno de buena voluntad. Eso os beneficiará a todos.

—¿Lo crees de verdad, mamá?

—Sé que es así, Meg, porque lo he comprobado. Rara vez doy un consejo si no he tenido ocasión de probar su validez. Cuando tú y Jo erais pequeñas, pasé por lo mismo que tú; sentía que no cumplía con mi deber si no me entregaba por entero a vosotras. Tu pobre padre se dedicó a sus libros después de que yo rechazara todas sus ofertas de ayuda y me dejó que experimentara a mis anchas. Me esforcé cuanto pude, pero Jo era demasiado para mí. Fui tan permisiva con ella que casi la malcrié. Tú no gozabas de buena salud y me volqué en ti hasta que yo misma caí enferma. Entonces, tu padre acudió a mi rescate, se hizo cargo de todo sin perder la calma, me mostró cuan útil podía ser y yo comprendí el error que había cometido. Es algo que no he olvidado y, por eso, siempre cuento con él para todo. Ese es el secreto de nuestra felicidad familiar. Él no permite que su trabajo le mantenga al margen de las obligaciones y preocupaciones de la casa, y yo procuro que mis deberes domésticos no me impidan interesarme por sus metas profesionales. Cada uno se ocupa de sus asuntos pero, en lo referente a la casa, lo hacemos todo juntos siempre.

—Es cierto, mamá. Mi mayor deseo es ser con mi marido y mis hijos lo que tú has sido para nosotras. Muéstrame cómo; haré lo que me digas.

—Siempre has sido una hija muy obediente, querida. Bien, veamos, yo, en tu lugar, dejaría que John participase más en el cuidado de Demi, porque un niño necesita seguir un ejemplo y nunca es demasiado pronto para empezar a formarle. Luego haría lo que te he aconsejado tantas veces; permitir que Hannah te eche una mano. Es un aya estupenda, de modo que puedes dejar a tus preciosos hijos en sus manos y encargarte más de la casa. Tú necesitas más actividad, Hannah agradecerá el descanso y John recuperará a su mujer. Sal más. Tienes que ocuparte de todo sin perder la alegría porque que haya buen ambiente en tu casa depende de ti; si tú te deprimes, los demás no podrán levantar cabeza. Procura interesarte por las cosas que

agradan a John, habla con él, pídele que te lea, intercambia ideas, ayudaos el uno al otro de ese modo. No te encierres en una sombrerera por el hecho de ser mujer, debes conocer qué ocurre en el mundo, formarte para participar en los cambios que se producen, porque te afectan tanto a ti como a los tuyos.

—John es tan inteligente que temo que, si empiezo a hacer preguntas sobre política y esas cosas, llegue a la conclusión de que soy estúpida.

—No creo que eso ocurra. El amor cubre todos los fallos y ¿a quién le puedes preguntar con mayor confianza que a él? Pruébalo y verás cómo tu compañía le resulta mucho más agradable que las cenas de la señora Scott.

—Lo haré. ¡Pobre John! Me temo que le he desatendido demasiado, pero pensaba que hacía lo correcto y él nunca ha protestado.

—Imagino que no quería mostrarse egoísta, pero seguramente se ha sentido muy abandonado. Meg, estáis en ese punto en el que muchos jóvenes matrimonios se distancian y, sin embargo, es cuando más unidos debéis permanecer. La pasión inicial desaparece enseguida si no se lucha por mantenerla y, para unos padres, no hay momento más dulce ni más hermoso que el primer año de sus hijos. No permitas que John sea un extraño para los niños, ya que ellos le ayudarán más que nada a mantenerse a salvo en este mundo de retos y tentaciones, y vuestros hijos os pueden enseñar a conoceros y quereros más el uno al otro. Bueno, querida, he de irme. Piensa en lo que te he dicho y, si te parecen adecuados, sigue mis consejos. ¡Que Dios os bendiga a todos!

Meg reflexionó y decidió poner en práctica los consejos, aunque no fue fácil ni obtuvo los resultados previstos de inmediato. Los niños, que habían entendido hacía tiempo que llorando y pataleando conseguían lo que querían, se comportaban como los reyes de la casa y tiranizaban a su madre. A sus ojos, mamá era una esclava sumisa que les daba todos los caprichos, pero papá no era tan fácil de subyugar y, de vez en cuando, hacía pasar un mal rato a su dulce esposa al tratar de imponer un poco de disciplina a su díscolo hijo. Demi había heredado de su padre la firmeza de carácter —por no decir «tes-

tarudez»— y, cuando tomaba una determinación o quería algo, ni el ejército mejor armado podía convencerle de que cambiase de opinión. La madre consideraba que el niño necesitaba aprender a superar su rebeldía, pero el padre era de la opinión de que lo que Demi precisaba era una buena dosis de disciplina. Así pues, el joven caballero Demi no tardó en comprender que, si se enzarzaba en una lucha con su padre, él llevaba las de perder. Sin embargo, al igual que los ingleses, el niño respetaba más a quienes eran capaces de vencerle y, por ello, las negativas constantes de su padre le impresionaban más que las amorosas atenciones de su madre.

Días después de la conversación con su madre, Meg decidió pasar una velada con John. Encargó una cena especial, ordenó la sala de estar, se arregló para estar guapa y acostó a los niños temprano para que nada interfiriese en su experimento. Pero, por desgracia, Demi estaba radicalmente en contra del hecho de acostarse temprano y escogió aquella noche para desmandarse. Así pues, a la pobre Meg no le quedó más remedio que cantar nanas, acunar, contar cuentos y probar cuantas estrategias para invitar al sueño conocía, todo en vano, porque Demi se negaba a cerrar sus grandes ojos. Cuando la tranquila Daisy llevaba horas durmiendo, el travieso Demi seguía tumbado con los ojos abiertos como platos y —para desesperación de su madre— cara de estar muy despejado.

—Ahora Demi se quedará quieto como un buen niño mientras mamá va abajo a servirle la cena a papá, ¿de acuerdo? —dijo Meg al oír que se abría la puerta del vestíbulo y que sonaban aquellos pasos que tan bien conocía en dirección al comedor.

—¡Yo cena! —exclamó Demi, dispuesto a sumarse a la fiesta.

—No, tú no vas a cenar con nosotros, pero te guardaré un poco de pastel para el desayuno si te duermes como Daisy. ¿Qué te parece, cariño?

—¡Sí! —Dicho esto, Demi cerró los ojos con fuerza, como si quisiese recuperar de golpe todo el sueño atrasado y pudiese así acelerar la llegada del ansiado día siguiente.

Meg aprovechó la ocasión para salir sin hacer ruido y correr escaleras abajo para dar la bienvenida a su esposo, con una

gran sonrisa. Se había recogido el cabello con un gran lazo azul porque sabía que era el color favorito de su marido. Cuando él la vio, quedó gratamente sorprendido y comentó:

—Vaya, mamá, qué alegre estás esta noche. ¿Esperas visitas?

—Solo a ti, cariño.

—¿Acaso es nuestro aniversario o el cumpleaños de alguien?

—No, querido, simplemente me he cansado de llevar siempre ropa pasada de moda y me he puesto guapa. Tú siempre te arreglas para cenar, por muy cansado que llegues. ¿Por qué no habría de hacerlo yo también cuando tenga tiempo?

—Yo lo hago por respeto a ti, querida —dijo John, que era un hombre muy tradicional.

—Pues lo mismo digo, señor Brooke. —Meg se echó a reír, con la tetera en la mano, más joven y hermosa que nunca.

—Vaya, qué delicia, es como en los viejos tiempos. Qué té tan bueno, ¡lo beberé a tu salud, querida! —John tomó un traguito feliz y tranquilo. Sin embargo, la calma duró poco, pues, en cuanto dejó la taza sobre la mesa, el pomo de la puerta giró misteriosamente y una vocecita impaciente dijo desde el otro lado:

—Abrí, mí hambre.

—Este niño travieso. Le he dicho que se durmiera, pero aquí está. Ha bajado por las escaleras y va a coger un constipado de andar descalzo —explicó Meg yendo a abrir la puerta.

—Ya es mañana —anunció Demi, con tono alegre, nada más entrar. Llevaba el camisón graciosamente enrollado alrededor de un brazo y los rizos se le movían traviosos mientras daba una vuelta a la mesa mirando con deleite los pastelitos.

—No, aún no es por la mañana. Vuelve a la cama y no le des más disgustos a mamá. Si me obedeces, te daré este pastelito que tiene azúcar por encima.

—Mí quiere papá —dijo el pillo, dispuesto a encaramarse al regazo de su padre y disfrutar de aquella alegría prohibida. Pero John meneó la cabeza y dijo a Meg:

—Si le has dicho que se quede arriba y duerma, tienes que obligarle a que lo haga. De lo contrario, nunca aprenderá a respetarte.

—Sí, tienes razón. ¡Venga, Demi! —Meg acompañó a su hijo arriba, controlando a duras penas las ganas de dar un azote al

aguafiestas que brincaba a su lado, convencido de que, una vez en su habitación, le entregarían el soborno.

De hecho, el niño no sufrió desengaño alguno porque la incauta madre le dio el pastelillo, le acostó y le prohibió que diese más paseos aquella noche.

—Sí —prometió Demi, el perjuero, chupando dichoso el azúcar y satisfecho del gran éxito de su primera incursión.

Meg volvió a la sala y la cena transcurrió tranquilamente, hasta que el pequeño fantasma volvió a entrar y descubrió el delito de su madre al pedir:

—Mamá, mí más azúcar.

—No, no lo permitiré —dijo John, reaccionando con dureza ante el pequeño pecador—. No volveremos a tener paz hasta que este malandrín aprenda a irse a la cama como Dios manda. Te has comportado como una esclava durante demasiado tiempo. Dale una buena lección y pon fin a esto. Llévale a la cama y déjale allí, Meg.

—No se quedará, nunca lo hace. Solo se dormirá si me siento a su lado.

—Yo me encargo. Demi, ve arriba y métete en la cama como te ha pedido mamá.

—¡No! —gritó el joven rebelde, que cogió un pastelillo y se dispuso a darle el primer mordisco con tranquila audacia.

—No contestes así a tu padre. Si no vas tú, te llevaré yo.

—Vete, mí no quiere papá —exclamó Demi, que corrió a buscar protección en las faldas de su madre.

El refugio no le sirvió de nada, porque su madre le entregó al enemigo con la consigna «No seas duro con él, John», para gran desesperación del acusado, porque, si su madre le abandonaba a su suerte, entonces el día del juicio final había llegado. Despojada del pastelillo y aguada su fiesta, el niño subió tirado por la fuerte mano de su padre hasta la detestada cama. El pobre Demi, incapaz de controlar su cólera, desafió abiertamente a su padre propinando patadas y lanzando gritos durante todo el trayecto. Cuando John le acostó, se levantó inmediatamente y corrió hacia la puerta, pero su padre le pilló por el extremo del largo camisón y volvió a meterlo en la cama. La escena

se repitió varias veces, hasta que el audaz hombrecito se dio por vencido y cambió de estrategia: empezó a llorar a pleno pulmón. Normalmente, esa técnica vocal daba resultados con Meg, pero John se mantuvo firme en el puesto, como si fuese sordo, y Demi no obtuvo ni mimos, ni azucarillos, ni nanas, ni cuentos. De hecho, su padre hasta le apagó la luz, de tal manera que el dormitorio quedó sumido en una profunda oscuridad que solo rompía el rojo del fuego de la chimenea, que Demi contemplaba con más fascinación que miedo. La nueva situación le disgustaba sobremanera y, para mostrarlo, llamaba a su madre con aullidos lastimeros pues, una vez pasada la rabia, el cautivo autócrata recordó con ansia las dulces atenciones de su madre. El plañido que sucedió al airado y ronco llanto le llegó al corazón a Meg que corrió arriba y dijo, en tono de súplica:

—Deja que me quede con él, John; ahora se portará bien.

—No, querida, le he dicho que debe dormirse, como tú le has pedido, y lo hará aunque tenga que quedarme aquí toda la noche.

—Pero se va a poner enfermo de tanto llorar —murmuró Meg, que se sentía culpable por haber abandonado a su hijo.

—No, no lo hará. Está muy cansado y no tardará en caer rendido. Entonces, habremos zanjado el asunto para siempre, porque entenderá que tiene que atenerse a lo que le digamos. No te metas, yo me ocupo.

—Pero es mi hijo y no puedo permitir que lo hagas sufrir con tu severidad.

—También es hijo mío, y no permitiré que lo malcríes con tu excesiva permisividad. Ve abajo, querida, y deja que yo me encargue del niño.

Cuando John empleaba un tono imperativo, Meg siempre obedecía y nunca se arrepentía de hacerle caso.

—John, déjame al menos darle un beso.

—Claro. Demi, da las buenas noches a mamá para que vaya a descansar un poco, porque está agotada de cuidar de ti todo el día.

Meg siempre sostuvo que aquel fue el beso de la victoria porque, después de dárselo, Demi lloró más quedo y permaneció

ció muy quieto en el extremo de la cama, adonde había llegado después de dar muchas vueltas movido por la angustia.

Pobrecillo, ha caído rendido de sueño y de tanto llorar. Le taparé e iré a tranquilizar a Meg, pensó John, y echó un vistazo a la cama esperando encontrar a su pequeño rebelde profundamente dormido.

Pero no fue así. En cuanto sintió a su padre cerca, Demi abrió los ojos como platos, la barbilla le tembló, estiró los brazos y dijo con un hipido de arrepentimiento:

—Mí quiere papá ahora.

Sentada en las escaleras, fuera, Meg estaba intrigada por el largo silencio que había seguido al llanto ronco del niño y, tras imaginar toda clase de accidentes inverosímiles, decidió entrar en el dormitorio y calmar sus miedos. Demi se había quedado dormido, pero no en su postura habitual, con los brazos y las piernas abiertos, sino acurrucado junto al brazo de su padre, al que cogía un dedo, lo que demostraba que, en el último momento, John había decidido combinar firmeza y piedad para ayudar a dormir a su hijo, más triste y sabio una vez aprendida la dura lección. John había aguardado con la paciencia propia de una mujer a que el niño le soltase el dedo pero, mientras aguardaba, él mismo se había dormido, agotado por la lucha con el pequeño y por el esfuerzo de una jornada de trabajo.

Meg se quedó contemplando los dos rostros que descansaban sobre la almohada, sonrió y salió del dormitorio diciéndose satisfecha: Ya nunca volveré a temer que John sea demasiado duro con los niños. Lo cierto es que sabe cómo tratarlos y me será de gran ayuda, porque Demi es demasiado para mí.

Cuando John bajó al fin, seguro de que encontraría a su esposa enfadada y pensativa, se llevó una agradable sorpresa al ver que Meg, que confeccionaba plácidamente un gorro, le recibía alegre y le pedía que le leyese algo sobre las elecciones, si no estaba demasiado cansado. John comprendió que vivía una revolución pero, sabiamente, optó por no hacer preguntas, consciente de que Meg, que era incapaz de guardar un secreto aunque le fuese la vida en ello, no tardaría en descubrirle los motivos del cambio. John leyó un largo debate con la mejor

disposición y explicó a su esposa el tema con lúcida claridad, mientras Meg procuraba mostrar un vivo interés y plantear preguntas interesantes, a la par que su mente iba del estado de la nación al estado del gorro que estaba confeccionando. Sin embargo, aunque no dijo nada, negó a la conclusión de que la política era tan desagradable como las matemáticas y que los políticos parecían no hacer nada salvo insultarse los unos a los otros.

Se guardó para sí su femenina percepción del asunto y, cuando John hizo una pausa, meneó la cabeza y dijo, con lo que esperó sonase como diplomática ambigüedad:

—Verdaderamente no sé adónde vamos a ir a parar.

John rio y la miró durante unos segundos, mientras ella colocaba en el gorro un arreglo de tul y flores con un interés que su arenga no había conseguido despertar. Puesto que ella finge interesarse por la política para agradarme, justo es que yo me interese por lo que ella hace, se dijo John. Así pues, comentó:

—Qué bonito. ¿Es un bonete de mañana?

—Querido, ¡es un gorro! Es para ir a conciertos y al teatro.

—Te ruego que me perdones, es tan pequeño que lo he confundido con uno de esos tocados que usas a veces. ¿Cómo consigues que no se caigan?

—Las cintas se sujetan bajo la mandíbula con un botón, así...

—Para ilustrar sus palabras, Meg se puso el gorro y miró a su esposo con una satisfacción y serenidad que la hacían irresistible.

—Es un gorro precioso, pero prefiero el rostro que enmarca porque ha recuperado la frescura y la belleza. —Y John besó el rostro sonriente de su esposa e hizo caso omiso del botón de rosa.

—Me alegra que te guste porque quería pedirte que me llevases a un concierto una de estas noches. Necesito un poco de música para entonarme. ¿Te gustaría?

—Por supuesto, lo haré encantado. Iremos a donde te apetezca. Has estado encerrada mucho tiempo. Te sentará bien salir y será un placer para mí. ¿De dónde has sacado esta idea, mamá?

—Bueno, el otro día tuve una charla con mi madre y le conté lo nerviosa, irritable y demás que me encontraba, y ella me

comentó que necesitaba un cambio y dejar de preocuparme por todo. Hannah vendrá a echarme una mano con los niños para que yo me pueda ocupar un poco más de la casa y salir a divertirnos de vez en cuando. Así no me volveré una vieja fea y gruñona antes de tiempo. Vamos a probar, John; creo que merece la pena por ti y por mí, porque últimamente te he descuidado mucho y me siento mal por ello. Quiero que nuestra casa vuelva a ser lo que era. Supongo que no tendrás inconveniente, ¿verdad?

No me molestaré en referir la respuesta de John ni cómo el pobre gorro se salvó por los pelos de la ruina. El caso es que John no tuvo inconveniente alguno, habida cuenta de los cambios que, progresivamente, se instalaron en la casa y en la vida de sus habitantes. No es que el hogar se tornara un paraíso, pero todos se sintieron mejor con el sistema de división de labores. El firme y sensato John metió en cintura a los niños, que empezaron a acatar las órdenes de sus padres, y Meg recuperó el ánimo y se tranquilizó gracias a una mayor actividad, más tiempo de ocio y al placer de conversar con su inteligente marido. La casa volvió a ser nuevamente un hogar y John ya no sintió el deseo de salir, salvo en compañía de Meg. Ahora los Scott visitaban a los Brooke y encontraban una casa pequeña pero llena de dicha en la que vivía una familia feliz. Hasta la alegre Sallie Moffat se sentía a gusto allí. «Tu casa es siempre tan tranquila y agradable, Meg; me sienta muy bien venir a verte», solía decir mientras lo miraba todo con curiosidad, como si pretendiese descubrir el secreto para reproducirlo en su gran mansión, llena de magnífica soledad, en la que no vivían niños rebeldes y dichosos, y donde Ned se había hecho un mundo a su medida en el que ella no tenía cabida.

No sería justo decir que John y Meg conquistaron la felicidad conyugal de inmediato, pero sí descubrieron una de sus claves y con el tiempo aprendieron a sacarle partido. Así, cada año de casados profundizaban más en el amor verdadero y en el respeto mutuo, que están al alcance de los más pobres y que ni los más ricos pueden comprar. Esa debería ser la única razón por la que una joven esposa quiera salirse del mundo, para

estar a salvo de su febril actividad y cuidar amorosamente de sus hijos, sin permitir que las penas, la falta de dinero o la edad la aflijan; para caminar siempre de la mano de un compañero fiel, en lo bueno y lo malo, y descubrir, como lo hizo Meg, que el reino que mayor felicidad puede aportar a una mujer es su hogar y que saber dirigirlo, no como reina sino como madre y esposa, es, además de un arte, un gran honor.



Capítulo 39

Laurie el perezoso





unque Laurie había ido a Niza con la intención de pasar una semana, se quedó un mes. Estaba cansado de viajar solo y la presencia de Amy le hacía sentir como en casa en aquel entorno extranjero. Echaba de menos los mimos de sus vecinas y poder recuperarlos, aunque solo fuera una parte, le agradaba mucho, porque las atenciones de los desconocidos, por halagüeñas que fueran, no se podían comparar con la deliciosa sensación que le producía sentir la adoración de las hermanas March. Amy nunca le había mimado tanto como las demás, pero, dadas las circunstancias, estaba muy contenta de verle y no se separaba de él, como si le considerase el representante de su querida familia, a la que tenía más ganas de volver a ver de lo que se atrevía a admitir. Así pues, era lógico que ambos disfrutasen en compañía del otro y pasasen mucho tiempo juntos, montando a caballo, paseando, bailando o perdiendo el tiempo, porque en Niza nadie puede estar demasiado ocupado durante el verano. Sin embargo, mientras parecían divertirse despreocupadamente, lo cierto es que, aun sin demasiada conciencia, estaban descubriendo cosas y formándose una nueva opinión del otro. Cada día que pasaba, Laurie tenía en más alta estima a su

amiga y se valoraba menos a sí mismo. Y ambos sintieron que algo ocurría antes de atreverse a decir nada. Amy quería complacerle y lo conseguía. La joven le agradecía los buenos ratos que pasaban juntos y le correspondía con la clase de servicios que una mujer femenina sabe cómo ofrecer con un encanto indescriptible. Laurie no oponía resistencia, se dejaba llevar con facilidad y procuraba olvidar, diciéndose que todas las mujeres debían ser amables con él puesto que la que él quería había sido tan cruel. No le costaba nada ser generoso y, si Amy hubiese aceptado, le habría regalado toda clase de caprichos y baratijas disponibles en la ciudad... pero, al mismo tiempo, sentía que no podía cambiar la opinión que la joven se estaba formando de él y temía encontrarse con aquellos grandes ojos azules, que le observaban con una sorpresa que tenía parte de triste y parte de desdén.

—Todos han ido a pasar el día a Mónaco, pero yo he preferido quedarme a escribir unas cartas. Ahora ya he terminado y voy a ir a Valrosa a dibujar un rato. ¿Te apetece acompañarme? —preguntó Amy al reunirse con Laurie en un hermoso día, cuando, como de costumbre, él pasó a buscarla a eso de las doce.

—Sí, claro, pero ¿no hace demasiado calor para dar un paseo tan largo? —preguntó él con voz queda, porque, viniendo del calor de la calle, el frescor y la sombra del salón resultaban tentadores.

—Tengo a mi disposición un carruaje pequeño y Baptiste puede conducir, así que lo único que tendrás que hacer es sostener la sombrilla y procurar que no se te manchen los guantes —apuntó Amy, con una mirada sarcástica a los immaculados guantes de su amigo, que eran su punto débil.

—Entonces, iré encantado. —Dicho esto, el joven tendió la mano para coger el bloc de dibujo, pero ella se lo colocó bajo el brazo y comentó con cierta acritud:

—No te molestes, no me agotaré por llevarlo, y no estoy segura de que pueda decir lo mismo de ti.

Laurie arqueó las cejas y siguió a buen paso a Amy, que bajó corriendo por las escaleras. Una vez en el interior del carruaje, se hizo con las riendas y el pobre Baptiste se limitó a cruzarse de brazos y a dormitar en su puesto.

Nunca llegaban a discutir. Amy no lo hacía por educación y Laurie, por pereza. Así, al cabo de un minuto, el joven asomó la cabeza bajo el ala del sombrero de Amy y la miró inquisitivo; por toda respuesta, ella sonrió, y siguieron el recorrido en una disposición de lo más amistosa.

Era un paseo encantador, por carreteras serpenteantes y con abundantes escenas pintorescas que eran un deleite para la vista. De un antiguo monasterio llegó a sus oídos el canto solemne de los monjes. Un pastor con las piernas al aire, zapatos de madera, sombrero puntiagudo y una chaqueta rústica sobre el hombro estaba sentado sobre una gran piedra, fumando en pipa, mientras las ovejas pastaban entre las rocas o descansaban a sus pies. Pasaron junto a un burro gris, dócil, cargado con alforjas de mimbre llenas de hierba recién cortada, con una hermosa niña con caperuza sentada entre los montones verdes. Divisaron ancianas hilando en ruecas, niños morenos de mirada dulce que salían de cuchitriles y se acercaban corriendo para venderles ramilletes o naranjas que aún estaban pegadas a un trozo de rama. Colinas enteras cubiertas de olivos nudosos de follaje oscuro, huertos con frutas doradas que pendían de los árboles y grandes anémonas escarlatas en los lindes del camino.

Valrosa hacía honor a su nombre, ya que, gracias a su perenne clima estival, había siempre rosas en flor por doquier; cubrían el arco de la entrada, asomaban entre las barras de la gran verja, como si quisieran dar la bienvenida a los visitantes, y serpenteaban entre los limoneros y las palmeras por la colina, en cuya cumbre estaba la casa. En cada rincón con sombra había sillas para que los paseantes pudiesen hacer un alto y contemplar los macizos de flores. En cada una de las frescas grutas había una ninfa de mármol sonriente, rodeada de un manto de flores, y en cada fuente se reflejaban rosas carmesíes, blancas o rosa claro, que se inclinaban hacia el agua como si quisiesen contemplar su propia belleza. Las paredes, las cornisas y los pilares de la casa estaban cubiertos de rosas, al igual que la balaustrada de la gran terraza, desde la que se podía disfrutar del sol mediterráneo y de las vistas de la ciudad encalada situada en la costa.

—Este es un auténtico paraíso para una luna de miel, ¿no te parece? ¿Habías visto alguna vez rosas como estas? —preguntó Amy al detenerse en la terraza para disfrutar de la vista y del aroma de las flores.

—No, y tampoco me había clavado espinas como esta —contestó Laurie, que se había llevado el pulgar a la boca tras intentar en vano arrancar una rosa roja que quedaba ligeramente fuera de su alcance.

—Baja un poco y coge las que no tengan espinas —le aconsejó Amy, y cogió con habilidad tres rosas pequeñitas de color crudo que habían brotado en la pared que tenía tras ella. Las colocó en el ojal de su amigo, en prenda de paz, y él se quedó unos segundos mirándolas con curiosidad pues, debido a la sangre italiana que corría por sus venas, era algo supersticioso; además, su estado de ánimo, emotivo y melancólico, le llevaba a buscar dobles sentidos en casi todo, hasta el punto de que casi cualquier escena disparaba su espíritu romántico. Al tratar de alcanzar la rosa roja, había pensado en Jo, porque las flores de colores vivos le sentaban muy bien y la recordaba llevando rosas como esa, cortadas del invernadero de casa. Las rosas claras que Amy le había puesto en el ojal eran las que en Italia se colocan en las manos de los muertos (nunca en los tocados de novia), y Laurie se preguntó si aquel presagio se refería a Jo o a él. Sin embargo, pronto su sentido común norteamericano ganó la partida al sentimentalismo, y lanzó la carcajada más sincera que Amy le había oído desde que se reuniera con ella—. Es un buen consejo, síguelo y así no te pincharás los dedos —dijo la joven pensando que la risa se debía a sus palabras.

—Gracias, ¡lo haré! —repuso él en broma, aunque meses más tarde lo diría de todo corazón.

—Laurie, ¿cuándo vas a ir a ver a tu abuelo? —preguntó Amy poco después, cuando se sentó en un banco rústico.

—Muy pronto.

—Te he oído decir eso docenas de veces en las últimas tres semanas.

—No me sorprende. Las respuestas cortas evitan muchos problemas.

—Pero él te está esperando; debes ir.

—¡Qué considerada! Eso ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué no vas?

—Será por mi natural depravado.

—Di mejor tu dejadez. Eso está muy mal —Amy se puso seria.

—No es tan malo. Si fuese, sería un estorbo para él, así que prefiero quedarme y estorbarte a ti un poco más. Tú lo soportas mejor. De hecho, creo que te sienta bien. —Laurie se apoyó cómodamente en la balaustrada, como si pensase pasar allí un buen rato, sin hacer nada.

Amy meneó la cabeza y abrió su cuaderno de dibujo con aire resignado, pero decidió que «el muchacho» necesitaba un buen sermón, de modo que volvió a la carga.

—¿Y ahora qué haces?

—Observo a las lagartijas.

—No, no me refiero a eso. ¿Qué haces o qué te gustaría hacer en este momento de tu vida?

—Si tú me lo permites, me encantaría fumar un cigarrillo.

—¡Eres imposible! No me gusta que fumes y solo lo aprobaré con la condición de que me hagas de modelo; necesito que haya una figura humana en mi dibujo.

—Será un verdadero placer. ¿Cómo quieres que me coloque? ¿Voy a salir de cuerpo entero o tres cuartos? ¿De pie o boca abajo? Con todo respeto, propongo que probemos con una postura yacente y que te sumes a mí. Podríamos llamar a la composición *Dolce far niente*.

—Mientras no te muevas, por mí te puedes dormir. Yo quiero trabajar —afirmó Amy con tono enérgico.

—¡Qué entusiasmo tan encomiable! —observó él, y se apoyó contra una vasija alta con aire totalmente satisfecho.

—¿Qué diría Jo si te viese ahora? —preguntó Amy con impaciencia, esperando que la mención de su enérgica hermana lo hiciese reaccionar.

—Diría lo de siempre: «Déjame, Teddy, estoy ocupada». —Laurie se echó a reír, pero su risa no sonó natural y una sombra nubló su rostro por unos instantes, porque pronunciar aquel

nombre tan querido había reabierto una herida que aún estaba por curar.

A Amy le sorprendieron tanto el tono como el semblante de su amigo, pues, aunque había oído aquellas palabras en otras ocasiones, no recordaba haber visto nunca tanta dureza, amargura, dolor, insatisfacción y pesar en la mirada de Laurie. Apenas tuvo tiempo de analizarla, ya que Laurie adoptó un aire indiferente de inmediato. Y mientras él posaba al sol, sin sombrero, con los ojos llenos de sueños meridionales, Amy le estudió desde un punto de vista artístico y pensó que el joven podía pasar por un italiano. Él estaba ausente, perdido en sus ensoñaciones, como si se hubiese olvidado por completo de Amy.

—Pareces la efigie de un joven rey dormido sobre su tumba —comentó ella mientras trazaba cuidadosamente el perfil que se recortaba con nitidez sobre el fondo de piedra oscura.

—¡Ojalá lo fuera!

—Desear eso es una locura, salvo que hayas echado a perder tu vida. Has cambiado tanto que a veces me pregunto... —Amy se interrumpió y miró a su amigo con una mezcla de timidez y melancolía más elocuentes que cualquier palabra.

Laurie percibió y comprendió la afectuosa angustia que la joven no quería mostrar abiertamente, y mirándola a los ojos dijo, como solía decirle a la madre de la muchacha:

—Todo está bien, señora.

Eso bastó para tranquilizar a Amy y alejar de ella las dudas que la asediaban últimamente. También la emocionó, y lo mostró por la cordialidad con la que comentó:

—¡Me alegro! No es que pensara que habías sido un mal muchacho, pero imaginaba que tal vez habías malgastado tu dinero en esa depravada ciudad de Baden-Baden, que una francesa casada te había robado el corazón con sus encantos o que te habías metido en esa clase de líos que los jóvenes parecen considerar imperativos en un viaje por Europa. No te quedes ahí, bajo el sol, ven a tumbarte en la hierba, a mi lado, y seamos «buenos amigos», como me decía Jo cuando nos hacíamos confidencias sentadas en el sofá.

Laurie, obediente, se dejó caer en la hierba y, para entretenerse, se puso a arrancar margaritas y colocarlas en el sombrero de Amy, que estaba junto a él en el suelo.

—Soy todo oídos para tus secretos —apuntó, y miró a la joven con vivo interés.

—Yo no tengo ninguno, Empieza tú.

—Yo tampoco tengo. Podrías contarme novedades de casa.

—Ya te he contado lo último que he sabido. ¿No recibes noticias con frecuencia? Suponía que Jo te mandaría libros enteros.

—Está muy ocupada y, como yo no paro demasiado en ninguna parte, es muy difícil mantener una correspondencia fluida. ¿Cuándo vas a empezar tu magna obra de arte, Rafaela? —preguntó, cambiando bruscamente de tema, tras un breve silencio en el que se había preguntado si Amy conocía su secreto y pretendía obligarle a hablar de él.

—¡Jamás! —respondió ella, decidida y decepcionada a un tiempo—. En Roma recibí una lección de humildad porque, al ver las maravillas que alberga, comprendí mi insignificancia y abandoné mis locos planes.

—¿Por qué habrías de abandonar? Tienes talento y fuerza.

—Precisamente por eso. Una cosa es tener talento y otra ser un genio, y por mucha fuerza que tengas, no puedes pasar de lo uno a lo otro. Si no puedo ser genial, prefiero no intentarlo. Me horrorizaría ser una pintora mediocre más, así que he decidido dejarlo.

—¿Y qué has pensado hacer entonces, si es que me lo quieres contar?

—Voy a potenciar mis otros talentos y, si tengo suerte, me convertiré en una dama elegante.

Sin duda el discurso era osado e indicaba que la joven tenía una fuerte personalidad, pero la audacia es propia de la juventud y la ambición de Amy tenía una buena base. Laurie se sonrió, pero le agradó el ánimo con el que la joven encaraba su nuevo propósito, sin detenerse a lamentar la muerte de otro que había acariciado durante largo tiempo.

—¡Vaya! Y supongo que en ese plan entra en juego Fred Vaughn, ¿no?

Amy guardó un discreto silencio, pero adoptó una expresión tan alicaída que Laurie se sentó y dijo en tono muy serio:

—¿Puedo hacer de hermano mayor y preguntarte algo?

—No puedo prometer que te responda.

—Aunque tu lengua calle, tu rostro me dará la respuesta. Aún no tienes suficiente mundo para ocultar tus sentimientos, querida. El año pasado oí rumores referentes a Fred y a ti, y me da la impresión de que, de no haber tenido que regresar tan súbitamente a casa y haberse visto retenido allí tanto tiempo, vosotros... Ya me entiendes.

—No soy yo quien debe decirlo —repuso Amy, con recato, pero sus labios esbozaron una sonrisa y el brillo de sus ojos indicó claramente que era consciente de su poder y que le complacía tenerlo.

—Espero que no os hayáis comprometido. —Laurie, que se había metido totalmente en su papel de hermano mayor, hablaba con tono muy serio.

—No.

—Pero si vuelve y se arrodilla como Dios manda, le aceptarás, ¿verdad?

—Es muy posible.

—Entonces, ¿estás enamorada del bueno de Fred?

—Podría estarlo si me lo propusiera.

—Pero no te lo propondrás hasta que se dé la ocasión, ¿verdad? ¡Válgame el cielo, cuánta prudencia! Amy, es un buen muchacho, pero no creo que sea tu tipo.

—Es rico, caballeroso y tiene unos modales exquisitos —afirmó Amy tratando de mantener una actitud serena y digna a pesar de que se sentía algo avergonzada por compartir sus intenciones.

—Entiendo... Las reinas de la sociedad no pueden vivir sin dinero, así que buscas un buen partido para situarte, ¿me equivoco? Está bien pensado y es bastante acorde con los tiempos que corren, aunque me resulta extraño en boca de una de vosotras, teniendo la madre que tenéis.

—Sin embargo, es así.

Una declaración breve, pero pronunciada con una serenidad y decisión que contrastaban con la juventud de la mujer que la había hecho. Laurie lo notó de manera instintiva y volvió a tumbarse presa de una desazón que no alcanzaba a explicar. El semblante y el silencio del muchacho, así como su propia mala conciencia, hicieron que Amy se sulfurara y decidiera afearle su conducta sin más dilación.

—Te agradecería que te incorporases para hablar conmigo —espetó con acritud.

—¡Vaya con la mujercita! Oblígame, si puedes.

—Si me lo propongo, seguro que consigo que te pongas en pie —dijo Amy como si tuviese prisa por empezar.

—Entonces, tienes mi permiso —repuso Laurie, feliz de recuperar su pasatiempo favorito, fastidiar a otro, después de tanto tiempo de abstinencia.

—En cinco minutos, estarás hecho una furia.

—Yo no me enfado nunca. Y te recuerdo que dos no pelean si uno no quiere.

—No sabes de lo que soy capaz. Tu indiferencia es pura pose. Si te provoco, no aguantarás.

—Bien, provócame. No me vendrá mal un poco de diversión. Imagina que soy un marido o una alfombra; puedes sacudirme hasta que te canses si es lo que te apetece.

Amy, que estaba muy enfadada y deseada que Laurie abandonase aquella apatía que tanto la irritaba, afiló la lengua y el lápiz y empezó:

—Flo y yo te hemos puesto un mote, Laurence el Perezoso. ¿Qué te parece?

Pensó que eso le molestaría, pero él cruzó los brazos por detrás de la cabeza y, sin inmutarse, contestó:

—No está mal, señoras. Gracias.

—¿Te interesa saber qué opino de ti?

—Me muero por que me lo digas.

—Bueno, te desprecio.

Si le hubiese dicho «te odio» con tono irritado o ligero, él habría reído y hasta le habría gustado, pero la seriedad, casi

tristeza de aquella voz hizo que abriese los ojos como platos y preguntase de inmediato:

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque a pesar de tenerlo todo para ser bueno, dichoso y ayudar a otros prefieres actuar mal, ser desdichado y no hacer nada.

—Menudo lenguaje, señorita.

—Si quieres, puedo continuar.

—Por favor, no te prives. Es muy interesante.

—Pensé que te lo parecería; a las personas egoístas les encanta hablar de sí mismas.

—¿Te parezco egoísta? —La pregunta se le escapó sin querer. Estaba francamente sorprendido ya que su generosidad era la virtud de la que se sentía más orgulloso.

—Sí, un grandísimo egoísta —prosiguió Amy con voz serena y fría, que hacía que el sermón tuviese el doble de efecto que si lo hubiera pronunciado con tono airado—. Y puesto que llevo tiempo observándote mientras tú te diviertes, te explicaré por qué no estoy nada orgullosa de ti. Llevas seis meses fuera de casa y lo único que has hecho ha sido malgastar tu tiempo y tu dinero y defraudar a tus amigos.

—¿Acaso un hombre no tiene derecho a divertirse un poco después de machacarse durante cuatro años?

—No parece que te hayas deslomado y, por lo que veo, no creo que estés muy dotado para el trabajo duro. Cuando nos encontramos aquí, me dio la sensación de que habías mejorado, pero ahora comprendo que me equivoqué; no creo que valgas ni la mitad que el joven que dejé cuando me marché de casa. Te has vuelto muy perezoso, te encanta contar chismes y perder el tiempo en frivolidades. Prefieres que te adulen y mimen personas sumamente estúpidas a ganarte el aprecio y el respeto de personas preparadas. Lo tienes todo, dinero, talento, posición, salud y apostura, ¡y no eres más que un vanidoso! Es cierto, siento decirlo. Con todas las cosas estupendas que tienes para ser feliz y útil a los demás, no haces más que haraganear y, en lugar de ser un hombre de provecho como deberías, eres de menos ayuda que... —Amy se contuvo, con una expresión de tristeza y piedad en el rostro.

—San Lorenzo en la parrilla —apuntó Laurie, con ironía, acabando la frase por ella. No obstante el sermón empezaba a dar frutos, porque el joven tenía otro brillo en la mirada y su proverbial indiferencia había dado paso a una mezcla de dolor y enfado.

—Ya imaginaba que te lo tomarías a risa. Vosotros, los hombres, nos decís que somos ángeles y que podemos hacer de vosotros lo que queramos, pero, en cuanto una mujer trata sinceramente de ayudaros a mejorar, os reís de ella y no le prestáis atención, lo que indica lo poco que valen vuestros halagos —sentenció Amy con amargura, tras lo cual dio la espalda al exasperante mártir que yacía a sus pies.

Enseguida, una mano cubrió la hoja de su cuaderno, impidiéndole dibujar, y Laurie dijo con voz de niño arrepentido:

—¡Seré bueno, lo prometo, seré bueno!

Pero Amy no estaba de humor para bromas, porque pensaba todo cuanto le había dicho. Golpeó con el lápiz la mano extendida y dijo, muy seria:

—¿No te da vergüenza tener una mano así? Es tan suave y blanca como la de una mujer, parece que lo único que has hecho con ella es usar guantes de piel de la mejor calidad y recoger flores para regalárselas a las damas. Gracias a Dios, no eres un dandi y no llevas diamantes ni grandes anillos con sellos. Solo llevas el anillo que Jo te regaló hace un año. ¡Mi querida hermana! Cómo me gustaría que estuviese aquí para ayudarme.

—A mí también.

Laurie retiró la mano con presteza, y en su voz había tanta vehemencia que hasta Amy sintió la intensidad de la emoción. De pronto, le miró con otros ojos, tratando de confirmar o desmentir la idea que acababa de asaltarle. Pero él seguía tumbado, con el rostro medio cubierto con el sombrero, como si le molestase el sol, y el bigote no dejaba ver sus labios. Lo único que ella veía era su pecho subir y bajar con cada respiración, tan larga y profunda que se dirían suspiros, y la mano que llevaba el anillo, hundida en la hierba, como si pretendiese ocultar algo que le era demasiado precioso o demasiado conmovedor para hablar de ello. En cuestión de segundos, Amy recordó anécdotas y

nimiedades que adquirieron un nuevo sentido y comprendió lo que su hermana nunca le había confiado. Cayó en la cuenta de que Laurie nunca hablaba de Jo y recordó la sombra que había nublado su expresión segundos antes, su cambio de actitud y la tenacidad con que seguía usando el pequeño anillo, que no era adorno para una mano tan hermosa. Las chicas entienden rápido lo que esa clase de detalles implica y conocen bien su significado. Amy ya había imaginado que la causa del cambio de su amigo podía ser un mal de amores; ahora estaba segura de ello. Los ojos se le llenaron de lágrimas y, cuando volvió a hablar, empleó su tono de voz más tierno y amable.

—Sé que no tengo derecho a hablar así, Laurie, y si no fueses el muchacho más dulce del mundo, estarías muy enfadado conmigo. Pero todas te queremos tanto y estamos tan orgullosas de ti que no podía soportar la idea de que en casa se sintiesen tan decepcionadas como yo al ver cuánto has cambiado, aunque ahora comprendo que tal vez ellas lo hubiesen entendido mejor que yo...

—Creo que sí —dijo Laurie sin levantar el sombrero, con un tono lúgubre que impresionó mucho a Amy.

—Tendrían que habérmelo advertido, en lugar de dejar que metiese la pata y te regañase cuando debía ser más paciente y comprensiva que nunca. ¡Nunca me cayó bien la señorita Randal, pero ahora la detesto! —dijo Amy hábilmente, tratando de confirmar sus sospechas.

—¡Al diablo con la señorita Randal! —exclamó Laurie descubriéndose el rostro, cuya expresión no dejaba lugar a dudas sobre los sentimientos que le inspiraba la joven dama.

—Te ruego que me disculpes, pensaba... —Amy se interrumpió, diplomática.

—No es cierto, sabes perfectamente que la única mujer que me ha interesado nunca es Jo —sentenció Laurie, con el tono impetuoso de siempre, antes de volver el rostro.

—Algo sospechaba pero, como nadie me dijo nada y tú partiste de viaje, supuse que estaba equivocada. ¿Jo no te correspondió? ¿Por qué? Hubiese jurado que te quería con locura.

—Me quería, sí, pero no en la forma que yo esperaba. Y puesto que crees que soy un hombre tan indigno, es una suerte para ella que no se enamore de mí. De todas formas, si ahora soy como soy, es por su culpa. Se lo puedes decir cuando la veas.

A Amy le inquietó que la expresión del rostro de Laurie volviese a ser dura y amarga, porque no sabía qué bálsamo aplicar.

—He hecho mal en criticarte, no sabía qué te ocurría. Discúlpame, estaba muy enfadada. Teddy, querido, me gustaría que lo encajases mejor.

—No me llames como lo hace ella. —Laurie levantó una mano para impedir que Amy siguiese hablando con ese tono, mitad comprensivo, mitad reprobador, tan propio de su hermana—, Veremos cómo te lo tomas cuando te ocurra a ti —añadió en voz baja, mientras arrancaba un puñado de hierbas.

—Yo lo encajaría con mayor entereza, y procuraría ganarme el respeto de la otra persona si no pudiera conquistar su amor —exclamó Amy, con la seguridad que da hablar de lo que no se ha sufrido.

En verdad, Laurie consideraba que lo había encajado especialmente bien, puesto que no se había quejado ni había pedido comprensión y se había alejado para poder olvidar sus penas. El sermón de Amy arrojaba una nueva luz sobre la situación, pues, por primera vez, sentía que descorazonarse al primer fracaso era una muestra de debilidad y de egoísmo, al igual que protegerse adoptando una actitud de indiferencia. De pronto sintió como si hubiese despertado de un sueño y no pudiese volver a dormirse. Se sentó y preguntó con voz pausada:

—¿Crees quejo me despreciaría tanto como tú?

—Si te viese en este estado, por supuesto que sí. No soporta a los perezosos. ¿Por qué no haces algo maravilloso y la conquistas?

—Me esforcé tanto como pude, pero fue en vano.

—¿Te refieres a graduarte con buenas notas? Eso era lo mínimo que cabía esperar de ti y lo hiciste más por dar una satisfacción a tu abuelo. Hubiese sido una vergüenza no aprobar después de invertir tanto tiempo y dinero. Y todos sabíamos que podías hacerlo.

—Pero el caso es que fracasé porque no conseguí quejo me quisiese —dijo Laurie, con la cabeza apoyada en la mano, en un gesto melancólico.

—No, eso no es cierto, y al final tú también te darás cuenta. Lograste algo bueno y demostraste que podías conseguir lo que te propusieses. Si te fijas un nuevo objetivo, el que sea, recuperarás la ilusión y la alegría, y tus penas serán cosa del pasado.

—Eso es imposible.

—Prueba y verás. Encogerte de hombros y decirte «Qué sabe ella de estas cosas» no te ayudará. No pretendo ser una experta, pero soy observadora y entiendo mucho más de lo que crees. Me gusta analizar la vida y las contradicciones de la gente porque, aunque no siempre las pueda explicar, me sirven de ejemplo para evitar cometer el mismo error. Nada te impide amar a Jo todos los días de tu vida, pero no permitas que eso arruine tu existencia. Desechar todos los regalos que nos brinda la vida porque no nos da el que queremos es una mezquindad. Bueno, se acabó el sermón. Sé que reaccionarás y te comportarás como un hombre, a pesar de esa muchacha con el corazón de piedra.

Ambos guardaron silencio durante unos minutos. Laurie daba vueltas al anillo en su dedo, mientras Amy retocaba el dibujo que había realizado apresuradamente mientras hablaba; luego lo colocó sobre la rodilla de su amigo y preguntó:

—¿Qué te parece?

Él lo miró y no pudo evitar sonreír ante una obra tan diestramente realizada. Un cuerpo, largo y perezoso, sobre la hierba, con una expresión lánguida, los ojos medio cerrados y, en una mano, un puro del que salía una espiral de humo que rodeaba la cabeza del joven soñador.

—¡Qué bien dibujas! —dijo grata y genuinamente sorprendido por la habilidad de la joven, tras lo que añadió, entre risas—: Sí, en efecto, soy yo.

—Así eres ahora, y así... eras antes. —Amy colocó otro dibujo al lado del anterior.

El segundo dibujo no estaba realizado con tanta maestría, pero tenía una vida y una gracia que compensaban sus muchos fallos, y evocaba tan vívidamente el pasado que el semblante

del joven cambió de repente mientras lo miraba. Se trataba de un esbozo sin terminar en el que aparecía Laurie domando a un caballo. Se había quitado el sombrero y la chaqueta, y todo en su figura —la expresión decidida del rostro, la actitud de mando— denotaba energía y determinación. El hermoso animal, que acababa de rendirse, arqueaba el cuello bajo las tensas riendas, golpeaba impaciente el suelo con una pata y aguzaba las orejas, como si quisiera oír la voz de quien le había dominado las crines ondeantes del animal, el cabello al viento del jinete y su porte erguido transmitían un arrojo, una fuerza, un valor y un optimismo juvenil que contrastaban vivamente con la abúlica elegancia del retrato del Dolce far niente. Laurie no comentó nada pero, mientras su mirada iba de uno a otro, Amy se percató de que enrojecía y apretaba los labios, como si aceptase la lección que ella acababa de darle. Eso la satisfizo y, sin esperar que él dijese nada, explicó con su habitual tono animoso:

—¿Recuerdas aquel día que jugaste a vaqueros con tu caballo Puck? Meg y Beth tenían miedo, mientras Jo aplaudía y saltaba de emoción y yo te dibujaba sentada en la valla. El otro día, encontré este dibujo en una carpeta y lo rescaté para mostrártelo.

—Te lo agradezco. Has mejorado mucho desde entonces y te felicito. A pesar de encontrarnos en un paraíso para una luna de miel... ¿puedo recordarte que en tu hotel se cena a las cinco?

Al decir esto, Laurie se puso en pie, le devolvió los dibujos con una sonrisa y una reverencia, y echó un vistazo al reloj como para recordarle que hasta las lecciones morales han de tener un final. Y aunque procuró retomar el aire desenfadado e indiferente de antes, se notaba que era fingido, porque la provocación de la joven había surtido más efecto del que era capaz de reconocer. A Amy le apenó que recuperara su frialdad y se dijo: Se ha ofendido. Bueno, si le sirve para algo, bienvenido sea. Si acaba detestándome, lo sentiré, pero todo lo que he dicho es cierto y no podría retirar ni una sola palabra.

En el camino de vuelta, rieron y charlaron animadamente, y el pequeño Baptiste, que iba atrás, concluyó que monsieur y mademoiselle estaban de excelente humor. Pero lo cierto es que ambos se sentían inquietos, la franqueza propia de toda

amistad había quedado dañada, el sol estaba oculto bajo varios nubarrones y, a pesar de su aparente alegría, ambos tenían el corazón triste.

—¿Quieres que quedemos esta noche, mon frère? —preguntó Amy al despedirse ante la puerta de la habitación de su tía.

—Lo lamento, pero tengo un compromiso. Au revoir, mademoiselle. —Laurie se inclinó a besar su mano, siguiendo una costumbre extranjera que le iba a la perfección. Algo en su expresión hizo que Amy se apresurase a decir:

—Te lo ruego, compórtate como siempre conmigo y despídete como solías hacerlo. Prefiero un sincero apretón de manos a la inglesa que una despedida grandilocuente a la francesa.

—Adiós, querida. —Y con esas palabras, pronunciadas en el tono que ella deseaba, Laurie la dejó tras darle un apretón de manos tan entusiasta que casi le dolió.

Al día siguiente, en lugar de recibir la visita acostumbrada, Amy encontró una nota que la hizo sonreír al principio y suspirar al final:

Mi querida Mentor:

Te ruego me despidas de tu tía y te alegres porque Laurence el Perezoso va a visitar a su abuelo, como un buen muchacho. Espero que pases un buen invierno y que los dioses te bendigan con una hermosa luna de miel en Valrosa. Creo que a Fred le vendría bien uno de tus sermones. Díselo de mi parte y felicítale en mi nombre.

Tu agradecido, Telemaco

¡Buen chico! Me alegra que se haya marchado, pensó Amy con una sonrisa de aprobación; pero al minuto siguiente se le cayó el alma a los pies al observar su habitación vacía y añadió para sí, con un suspiro involuntario: Sí, me alegro, pero... ¡cómo le voy a echar de menos!



Capítulo 40

Un valle de sombras



Una vez superada la amargura inicial, la familia se resignó ante lo inevitable y procuró mantener el ánimo, ayudándose los unos a los otros con esas muestras de afecto que surgen espontáneamente en los hogares que han de unirse ante una desgracia. Hicieron a un lado el dolor y todos se esforzaron al máximo para que el último año de Beth fuese lo más feliz posible.

Le dejaron la habitación más agradable de la casa, y colocaron en ella sus objetos preferidos: flores, cuadros, su piano, una pequeña mesa de trabajo y sus queridos mininos. Allí fueron a parar también los mejores libros del padre, la mecedora de la madre, el escritorio de Jo, los dibujos más hermosos de Amy, y Meg llevaba cada día a sus hijos en peregrinación, a visitar a la tía Beth. John ahorró una pequeña suma para poder comprar cada día a la enferma su fruta preferida, que le apetecía más que nunca; la vieja Hannah no se cansaba de preparar platos exquisitos para satisfacer el caprichoso apetito de la joven y no paraba de llorar mientras cocinaba. Y desde allende el mar llegaban pequeños regalos y cartas de aliento que traían consigo un poco del calor y el aroma de aquellas tierras lejanas que no conocían el invierno.

Y en esa habitación, venerada como un santo en su ermita, se sentaba Beth, tan serena y atareada como siempre; porque nada cambiaba su naturaleza dulce y entregada. Mientras se preparaba para abandonar la vida, trataba de hacer felices a los que dejaría atrás. Sus débiles dedos no permanecían nunca inactivos y uno de sus entretenimientos favoritos era confeccionar detalles para los escolares que pasaban por allí. Desde su ventana, lanzaba unos mitones para unas manos amoratadas por el frío, un par de agujas de tejer para una madre de muchas muñecas, papel secante para los jovencitos que daban sus primeros pasos en los bosques de la caligrafía, cuadernos de dibujo para amantes del arte y toda clase de artículos agradables, hasta que los escaladores que subían de mala gana por la cuesta del saber, viendo su camino cubierto de flores, llegaron a considerar que su benefactora, sentada en el piso de arriba, era una especie de hada madrina que milagrosamente entregaba siempre los regalos que mejor convenían a sus necesidades y gustos. De haber buscado recompensa, a Beth le habría bastado con el brillo que los niños tenían en los ojos cuando miraban hacia su ventana, sonriendo y saludándola con la cabeza, y con las graciosas cartas que le hacían llegar, llenas de borrones de tinta y de gratitud.

Los primeros meses fueron muy felices, y Beth acostumbraba a mirar en torno a sí y exclamar «Qué hermoso es esto» cuando se reunían todos en su dormitorio bañado por el sol; los niños lanzaban gritos y pataleaban en el suelo, la madre y las hermanas trabajaban cerca y su padre leía en voz alta y clara libros sabios llenos de palabras de consuelo tan válidas hoy como siglos atrás, cuando fueron escritas. En aquella improvisada capilla, un paternal pastor enseñaba a su rebaño la lección más dura que hemos de aprender y trataba de mostrar que la esperanza puede reforzar el amor y que la fe hace posible la resignación. Sus sencillos sermones tocaban el corazón de quienes le escuchaban, porque el sacerdote hablaba en calidad de padre, y la frecuencia con la que se le quebraba la voz cuando hablaba o leía dotaba a sus palabras de una elocuencia mayor de la habitual.

La paz de aquellos días era un preludio de las tristes horas por venir. No transcurrió mucho tiempo antes de que Beth considerara que las agujas de tricotar pesaban demasiado y las dejase para siempre. Hablar la cansaba en exceso, recibir visitas la incomodaba, el dolor se había apoderado de ella y su espíritu tranquilo se vio tristemente enturbiado por la enfermedad que afligía a su débil cuerpo. ¡Pobrecilla! Qué días tan duros, qué noches tan largas, cuánto dolor en los corazones y cuántas oraciones implorantes pronunciadas por quienes más la querían, al verla extender hacia ellos sus delgados brazos y oír la exclamar con angustia: «¡Ayudadme, ayudadme!», sabiendo que nada podían hacer. El triste eclipse de un alma serena, la dura lucha de una vida joven con la muerte; pero ambos fueron misericordiosamente breves y, una vez vencida la rebeldía natural, la paz volvió con más belleza que nunca. El naufragio de su delicado cuerpo dio más fuerza al alma de Beth. Y, aunque hablaba poco, quienes la rodeaban sintieron que estaba lista, comprendieron que el primer peregrino llamado a partir es el mejor preparado y esperaron junto a ella, en la orilla, hasta ver cómo los seres resplandecientes salían a recibirla cuando cruzara el río.

Desde que Beth anunciara: «Me siento más fuerte cuando estás a mi lado», Jo no se apartaba de ella ni un segundo. Dormía en un sofá, en la habitación de su hermana, se despertaba con frecuencia para avivar el fuego, darle de comer, ayudarla a incorporarse o cuidar a la paciente criatura, que rara vez pedía nada y «procuraba no molestar a nadie». Permanecía en el dormitorio día y noche, celosa de cualquier otra persona que fuese a cuidar a Beth y orgullosa de haber sido elegida para cumplir con la tarea más importante de su vida. Aquellas horas fueron preciosas y de gran ayuda para Jo, porque su corazón recibió las enseñanzas que más necesitaba: la paciencia, que aprendió mediante lecciones tan dulces que era imposible que no las asimilara; la caridad por todos, que un alma buena es siempre capaz de perdonar y olvidar cualquier afrenta; la lealtad hacia el deber, que hace más llevadera la tarea más dura, y la fe sincera, que no conoce el miedo y confía sin albergar dudas.

A menudo, despertaba y veía a Beth leer su librito, ya gastado, o la oía cantar en voz baja para entretener sus noches en vela. Otras veces la encontraba con el rostro entre las manos, llorando mansamente, mientras las lágrimas rodaban por sus transparentes dedos; Jo la miraba sin levantarse de la cama, tan impresionada que ni llorar podía, y comprendía que Beth se despedía a su modo, sencillo y desinteresado, de su antigua vida y se preparaba para la siguiente buscando consuelo en la palabra de Dios, en oraciones quedas y en la música que tanto amaba.

Ser testigo de aquellos momentos enseñó a Jo más que el sermón más sabio, el himno más santo o la oración más fervorosa jamás pronunciada. Con los ojos anegados de lágrimas y el corazón más sensible por la pena, entendió la belleza de la vida que había llevado su hermana: sin incidentes, sin ambición y, sin embargo, llena de virtudes «que perfuman y adornan la sepultura» y de ese desapego por uno mismo, que convierte a los más humildes en los favoritos del cielo, el mayor éxito al que uno pueda aspirar.

Una noche, cuando Beth repasaba los libros que tenía en su mesilla, en busca de algo que la ayudase a olvidar la fatiga mortal que era casi más difícil de sobrellevar que el dolor, hojeando uno de sus clásicos favoritos, *El progreso del peregrino*, encontró una nota escrita a mano por Jo. El título despertó su curiosidad, y al ver letras emborronadas supuso quejo habría llorado al escribirlo.

Pobre Jo, está rendida, no la despertaré para pedirle permiso para leer este texto. Ella no tiene secretos para mí y no creo que le importe que le eche un vistazo, pensó Beth mirando de reojo a su hermana, que se había dormido sobre la alfombra, con el atizador en la mano, lista para despertar y avivar el fuego en cuanto este empezase a consumirse.

MI BETH

Pacientemente sentada en la sombra, a la espera de ver llegar la sagrada luz, tu serena y santa presencia bendice nuestro afligido hogar. Las alegrías y las penas terrenas no son nada cuando pienso en las aguas profundas y solemnes del río que moja tus pies.

Querida hermana, que en todo me superas, enséñame a vivir como tú, ajena a luchas y preocupaciones, haciendo de la vida algo hermoso. Légame tu gran paciencia, que es capaz de mantener alegre y resignado a un espíritu encerrado en una cárcel de dolor.

Dame, porque en verdad lo necesito, parte de tu valor, tu sabiduría y tu dulzura, que te han permitido recorrer gozosamente el duro camino del deber. Dame algo de tu naturaleza desinteresada, que, unida a tu divina caridad, te lleva a perdonar las afrentas en nombre del amor. Corazón bondadoso, ¡apiádate de mí!

De ese modo, la hora de nuestra separación resultará menos dolorosa y amarga y, mientras aprendo la dura lección, esta terrible pérdida se convierte en ganancia. Porque el dolor moderará mi natural rebeldía, dará a mi vida aspiraciones más elevadas y renovará mi fe en lo desconocido.

Y, cuando hayas cruzado el río, sé que habrá un espíritu amado y cercano a mí esperándome en la otra orilla. La esperanza y la fe nacidas del pesar se convertirán en mis ángeles guardianes, y tú, querida hermana, que partiste antes que yo, serás quien me guíe en el camino a casa.

La lectura de aquellas líneas, emborronadas y llenas de tachones, desiguales y débiles, aportó un gran consuelo a Beth, porque si algo lamentaba era pensar que no había aprovechado bien su vida. Las palabras de su hermana indicaban que su existencia no había sido en vano y que su muerte no aportaría solo desconsuelo, como temía. Permaneció un rato sentada, con la nota doblada entre las manos, hasta que el tronco de la chimenea, ya carbonizado, se partió y Jo se despertó para avivar el fuego. Se deslizó hacia la cama de Beth pensando que dormía.

—No estoy dormida, querida, pero soy muy feliz. Mira, he encontrado esto y lo he leído. Supuse que no te importaría. ¿En verdad significo todo esto para ti, Jo? —preguntó con tristeza y sincera humildad.

—¡Oh, Beth, eso y mucho más, mucho más! —Jo hundió el rostro en la almohada, junto a la cabeza de su hermana.

—Entonces, no he desperdiciado mi vida. No soy tan buena como tú me pintas, pero he intentado hacer el bien y ahora, cuando ya es tarde para todo, me alegra saber que alguien me quiere tanto y siente que le he sido de ayuda en algo.

—Somos muchos los que lo sentimos, Beth. Pensaba que no te podría dejar marchar, pero he aprendido que no te perderé, que estarás más en mí que nunca y que la muerte no podrá separarnos, aunque lo parezca.

—Sé que es así, y por eso ya no temo a la muerte, porque estoy segura de que seguiré siendo tu Beth y te ayudaré y querré más que nunca. Debes ocupar mi lugar, Jo, y cuidar de papá y mamá cuando yo me haya ido. Te necesitan, no les falles. Si te resulta duro trabajar sola, recuerda que yo te tendré presente y que esa tarea te reportará más satisfacción que escribir magníficos libros o ver mundo. El amor es lo único que nos llevamos cuando morimos y hace que el final sea mucho más dulce.

—Lo intentaré, Beth. —Y en ese momento, Jo renunció a su antigua ambición, para comprometerse con una nueva y mejor, consciente de la vanidad de cualquier otro deseo y sintiendo el bendito consuelo que proporciona creer que solo el amor vence a la muerte.

La primavera llegó y siguió su curso, el cielo se tornó más limpio; los campos, más verdes, las flores salieron pronto y los pájaros volvieron a tiempo para despedirse de Beth, que, cansada pero llena de fe, murió cogida de las manos que la habían guiado en la vida, puesto que fueron su padre y su madre quienes la acompañaron dulcemente en su paso por el valle de las sombras y se la entregaron a Dios.

Rara vez, salvo en los libros, los moribundos pronuncian frases que todos recuerdan, tienen visiones o parten con el semblante en paz. Quienes han acompañado a muchos en su tránsito saben que, la mayor parte de las veces, la muerte llega de un modo tan natural y sencillo, como el sueño. Tal y como Beth esperaba, «la marea bajó serenamente» y, en una hora oscura, antes del amanecer, en el bogar que la había visto respirar por primera vez, la joven exhaló el último aliento, sin más despedida que una mirada llena de amor y un leve suspiro.

Entre lágrimas y oraciones, la madre y las hermanas prepararon el cuerpo para el sueño eterno que el dolor ya no puede perturbar. Y al contemplar, llenas de gratitud, cómo el gesto de sufrimiento de la joven que las había tenido en vilo durante tanto tiempo daba paso a una majestuosa serenidad comprendieron, con inmensa alegría, que para su querida Beth la muerte no era un fantasma lleno de horror, sino un ángel bondadoso.

Al llegar la mañana, por primera vez en mucho tiempo el fuego estaba apagado, Jo no ocupaba su lugar y en la habitación reinaba el silencio. Pero, en una rama cercana, un pajarillo cantaba alegremente, en la ventana florecieron las campanillas de invierno y el sol de primavera entró como una bendición para iluminar el plácido rostro que reposaba sobre la almohada, un rostro tan lleno de paz imperturbable que sus seres queridos sonrieron a pesar de las lágrimas y agradecieron a Dios que Beth se encontrase bien, al fin.



Capítulo 41

Aprendiendo a olvidar



Aunque Laurie, el sermón de Amy le hizo reaccionar aunque, por supuesto, no lo hubiese reconocido por nada del mundo. Los hombres rara vez lo hacen, porque, cuando una mujer aconseja algo, los amos de la creación no aceptan sus instrucciones hasta estar seguros de que coinciden con lo que ellos mismos pretenden hacer. Entonces pasan a la acción y, si sale bien, conceden la mitad del mérito a la parte más débil, mientras que si no resulta, en un alarde de generosidad, le atribuyen la totalidad de la responsabilidad. Laurie fue a visitar a su abuelo y se mostró tan atento durante varias semanas que el anciano concluyó que el clima de Niza le había sentado de maravilla y le invitó a que regresara. El joven se moría de ganas de volver pero, después del regaño recibido, ni un elefante le hubiese podido llevar a rastras hasta allí. Y cuando el deseo era más fuerte que él, repetía las frases que más impresión le habían causado: «Te desprecio», y «¿Por qué no haces algo maravilloso y la conquistas?».

Laurie pensó mucho sobre lo que Amy le había dicho y llegó a la conclusión de que, en efecto, había sido egoísta y perezoso. Sin embargo, opinaba que, cuando un hombre ha de hacer frente a un dolor tan grande, es lógico que satisfaga todos sus

caprichos, hasta que se haya recuperado. Ahora sentía que la frustración era cosa del pasado y, aunque no podía dejar de lamentarse por la pérdida, comprendía que no debía hacer ostentación de sus pesares. Estaba claro que Jo no le querría nunca, pero aún podía ganarse su respeto y admiración si demostraba que no iba a echar a perder su vida por un desengaño amoroso. Él ya había pensado hacer algo mucho antes de que Amy lo sugiriera, su consejo no era necesario, pero había preferido aguardar a que la antedicha frustración quedase decorosamente sepultada. Una vez logrado, estaba listo para ocultar su afligido corazón y seguir adelante.

Al igual que Goethe, que cuando sentía una alegría o una pena la convertía en canción, Laurie decidió embalsamar con música su mal de amores y componer un réquiem que desgarrase el alma de Jo y derritiera el corazón de todo el que lo oyera. Así pues, un día en que el anciano le notó especialmente inquieto y malhumorado y le propuso que se marchara, Laurie partió hacia Viena, donde tenía varios amigos músicos, y comenzó a trabajar con el firme propósito de destacar en la ciudad. Pero, ya fuera porque la pena era demasiado vasta para tomar forma en una composición musical, o porque la música era excesivamente etérea para ayudar a superar un dolor tan profundo, lo cierto es que Laurie no tardó en concluir que el réquiem no estaba a su alcance, por el momento. Era evidente que su mente aún no trabajaba de forma ordenada y que necesitaba aclarar sus ideas. A menudo, en medio de un arranque de dolor, se ponía a tararear una melodía que le hacía recordar el baile de Navidad en Niza, sobre todo a la muchacha francesa robusta, y entonces decidía abandonar por un tiempo la composición trágica.

Luego probó con la ópera —porque, de entrada, nada le parecía imposible—, pero, una vez más, hubo de hacer frente a dificultades imprevistas. Quería quejo fuese la protagonista y buscó en su memoria momentos que retratasen su tierno y romántico amor. Pero la memoria le traicionaba y, como si estuviera poseída por el espíritu rebelde de la joven, solo le permitía recordar rarezas, defectos y manías de Jo o verla en

situaciones de lo más prosaicas, como sacudiendo alfombras con un pañuelo anudado en la cabeza, escondiéndose tras los cojines del sofá o enfriando su pasión, al estilo de la gobernanta de David Copperfield, la señora Gummidge, con una carcajada que echaba a perder el cuadro poético que él se esmeraba por pintar. En vista de que Jo se resistía a convertirse en una protagonista operística, el pobre muchacho se resignó con un sufrido «¡Bendito Dios, qué tormento de mujer!», mientras se tiraba del cabello, como todo compositor angustiado que se precie.

Al tratar de imaginar a una dama menos difícil a la que inmortalizar con su música, le venía a la mente siempre una imagen. El rostro variaba indefectiblemente, pero la joven en cuestión tenía el cabello dorado, estaba rodeada de una nube diáfana y flotaba en una maraña de rosas, pavos reales, ponis blancos y lazos azules. Aunque la sumisa dama carecía de nombre, Laurie la convirtió en la protagonista de sus composiciones y le tomó mucho cariño. La dotó de todas las gracias y dones que puedan existir y la hizo salir indemne de pruebas que hubiesen aniquilado a cualquier mujer mortal.

Gracias a la inspiración, las cosas fueron de maravilla durante un tiempo pero, poco a poco, el trabajo fue perdiendo el encanto y se olvidó de componer. En su lugar, pasaba las horas sentado, fantaseando, pluma en mano, o deambulaba por la ciudad para despejar su mente —que estaba especialmente inquieta aquel invierno— y dar con ideas nuevas. No hizo demasiado, pero sí pensó mucho y comprendió que se estaba produciendo un cambio en él, aun a su pesar. Tal vez sea que mi genialidad está a punto de aflorar; la dejaré hacer y veré qué pasa, se dijo; aunque, en secreto, sospechaba que no se trataba de genialidad, sino de algo mucho más común. Fuera lo que fuese, aquel sentimiento tenía un propósito y a él cada vez le interesaba menos la vida ociosa que llevaba. Empezó a soñar con un trabajo serio y honesto al que poder entregarse en cuerpo y alma hasta que, al final, concluyó que no todos los amantes de la música tenían vocación de compositores. Una noche, al volver de una magnífica representación de una de las grandes óperas de Mozart en el Teatro Real, echó un vistazo a

su composición y tocó alguna de las mejores partes, sentado de cara a los bustos de Mendelssohn, Beethoven y Bach, que parecían mirarle con benevolencia; luego rompió, una a una, sus partituras. Cuando llegó a la última, dijo en tono grave:

—¡Amy tiene razón! Tener talento no es lo mismo que ser un genio, y la genialidad no se puede alcanzar. La música que he oído hoy me ha dado una lección de humildad como a ella le pasó al ver las obras de arte en Roma, y no quiero seguir siendo un farsante por más tiempo. Ahora, ¿qué voy a hacer?

Aquella era una pregunta difícil de responder y Laurie deseó haber tenido que trabajar para ganarse el pan. Ahora se encontraba en la situación perfecta para «ir por el mal camino», porque tenía mucho dinero y nada que hacer, y Satán siempre está dispuesto a proporcionar alguna ocupación a las manos que están ociosas. El pobre muchacho tenía tentaciones de sobra, pero las sorteaba bastante bien, pues, aunque valoraba la libertad, apreciaba más aún la buena fe y la confianza, de modo que la promesa hecha a su abuelo y el deseo de poder decir a la mujer que le amara: «Todo está bien», mirándola a los ojos, lo mantuvieron a salvo y firme en su decisión.

Estoy segura de que no faltará una señorita que alegue: «No lo creo, los hombres no dejarán nunca de ser como son y los jóvenes se entregan siempre a la disipación, por lo que las mujeres no deben esperar milagros». Me gustaría contradecirla, señorita, aunque sé que tiene razón. Sin embargo, creo que las mujeres son capaces de obrar grandes milagros y sospecho que hasta podrían mejorar al conjunto de los hombres negándose a aceptar premisas como esta. Dejemos que los jóvenes actúen como jóvenes —cuanto más tiempo mejor— y, si necesitan entregarse a la disipación, que así sea, pero las madres, hermanas y amigas pueden ayudarlos a minimizar los riesgos y los daños mostrándoles que virtudes como la lealtad hacen a los hombres mucho más atractivos a los ojos de una mujer. Si es una falsa ilusión de mujer, permitidme disfrutarla mientras pueda, porque, si no creyera en esa posibilidad, la vida perdería gran parte de su atractivo y su romanticismo, y el corazón valiente y tierno de

los muchachos que aún aman a sus madres más que a sí mismos y no se avergüenzan de ello recibiría un amargo mensaje.

Laurie temía que la tarea de olvidar a Jo consumiera sus fuerzas durante años pero, para gran sorpresa suya, descubrió que cada día le resultaba más sencillo. Al principio, no daba crédito y hasta se enfadó consigo mismo porque no podía entender que así fuera, pero el corazón humano es curioso y contradictorio, y el tiempo y la naturaleza influyen en él aun en contra de nuestra voluntad. Al cabo de un tiempo, el corazón de Laurie ya no sentía dolor, la herida cicatrizaba con una rapidez que le dejaba perplejo, hasta el punto de que, en lugar de tener que hacer un esfuerzo por olvidar, se descubrió esmerándose por no perder todo recuerdo. No había previsto que pudiera darse semejante quiebro y no estaba preparado para asumirlo. Se sentía molesto, sorprendido por su volubilidad y decepcionado y aliviado a un tiempo al comprender que podía recuperarse de tamaño desengaño en tan poco tiempo. Hizo lo que pudo por avivar el rescoldo de su amor, pero ya no era posible salvar el fuego, solo quedaban unas brasas que iluminaban y daban calor a su corazón sin hacerlo arder de pasión. Aun a su pesar, hubo de reconocer que aquel enamoramiento juvenil había perdido intensidad lentamente hasta dar paso a un sentimiento más sereno —tierno, algo triste y con cierto poso de resentimiento— que, a su vez, terminaría por desaparecer en favor de un afecto fraternal que, ese sí, se mantendría intacto hasta el fin.

Al pensar en el término «fraternal», en uno de sus momentos de reflexión, Laurie sonrió mirando el retrato de Mozart que tenía ante sí. Bueno, él, que era un gran hombre, no pudo conquistar a una hermana y se casó con la otra y vivió feliz. Laurie no llegó a pronunciar estas palabras, pero el caso es que acudieron a su mente, y segundos después, tras besar el pequeño y viejo anillo, dijo para sus adentros: ¡No, no lo haré! No la he olvidado y nunca podré. Lo intentaré de nuevo y, si fracaso, entonces...

Dejando la frase inacabada, cogió papel y pluma y escribió a Jo para explicarle que no podía organizar su vida mientras

albergase la esperanza de que ella cambiase de idea. ¿Podría...? ¿Querría...? De ser así, él podría volver a casa y ser feliz. Mientras esperaba la respuesta, Laurie no hizo nada salvo morir de impaciencia. Al fin llegó y aclaró definitivamente sus ideas: Jo no podía y no quería. En lo único en que podía pensar era en Beth y no quería oír la palabra «amor» nunca más. Le rogaba que buscara a una mujer que le hiciese feliz, pero que reservase siempre un rincón de su corazón para su amante hermana Jo. En una posdata le pedía que no dijese a Amy que Beth había empeorado, porque esta regresaría a casa en primavera y no había necesidad de que se sintiera apenada el resto de su estancia en Europa. Ya habría tiempo para lamentos; mientras tanto, Jo le pedía a Laurie que escribiese con frecuencia a su hermana para que no se sintiese sola, melancólica o angustiada.

Así lo haré desde ahora, se dijo. Pobre muchacha, mucho me temo que su vuelta a casa será muy triste. Laurie fue hacia su despacho para escribir a Amy, como si esa carta fuese la continuación lógica a la frase que había dejado inacabada semanas antes.

Sin embargo, no escribió la carta ese día porque, mientras buscaba su mejor papel, encontró algo que le hizo cambiar de idea. En un rincón del escritorio, perdidas en una pila de facturas, pasaportes y documentos comerciales de diversa índole, encontró varias misivas de Jo, así como tres de Amy, cuidadosamente atadas con uno de sus lazos azules y con restos de rosas secas en su interior. Laurie cogió las de Jo entre arrepentido y divertido, las alisó, dobló y guardó pulcramente en un cajoncito del escritorio, se quedó unos minutos contemplando el anillo en su dedo, pensativo, y después se lo quitó con cuidado y lo depositó junto a las cartas, tras lo cual cerró el cajón con llave y fue a escuchar misa a la iglesia de San Esteban, con el ánimo de quien acude a un funeral. A pesar de que no sentía una pena demasiado honda, consideró que aquélla era una forma más digna de acabar el día que escribiendo cartas a hermosas damiselas.

Aun así, la carta no tardó en llegar a Amy, que contestó enseguida porque, como admitía con encantadora sinceridad, echaba mucho de menos su hogar. Al inicio de la primavera,

la correspondencia fue a más; las cartas iban y venían con una prontitud y una regularidad infalibles. Laurie vendió los bustos, quemó sus partituras y volvió a París con la esperanza de que alguien fuese a verle sin tardar demasiado. Ardía en deseos de ir a Niza, pero estaba decidido a no hacerlo hasta que se lo pidiesen, y Amy no se lo pedía porque en aquellos momentos estaba ocupada con experiencias personales que la hacían preferir evitar los ojos burlones de su «amigo».

Fred Vaughn había regresado y le había planteado la pregunta a la que ella había imaginado que contestaría con un «Sí, gracias», pero a la que respondió con un «No, gracias», amable pero decidido. Porque, una vez en situación, le faltó valor y comprendió que el dinero y una buena posición social no la ayudarían a satisfacer el nuevo anhelo que había llenado de tiernas esperanzas y miedos su corazón. Las palabras de Laurie sobre Fred: «Es un buen muchacho, pero no creo que sea tu tipo», y el recuerdo de su expresión al pronunciarlas la perseguían con la misma pertinacia con que lo hacía la forma en que había dado a entender que estaba dispuesta a casarse por dinero. Se avergonzaba al recordarlo y deseaba poder borrar aquel momento; aquello era muy poco femenino. No quería que Laurie pensase que era una joven materialista y sin corazón. Ahora ser una dama de la alta sociedad le interesaba mucho menos que ser una mujer adorable. Se alegraba de que, en lugar de odiarla por haberle dicho aquellas cosas tan horribles, él las hubiese aceptado tan elegantemente y se mostrase más atento que nunca. Sus cartas eran un gran consuelo para ella ahora que las de casa ya no llegaban con regularidad y resultaban mucho menos alegres que las que él enviaba. Contestarle no era una obligación sino un auténtico placer, y el pobre muchacho necesitaba que le animasen porque estaba abatido por la negativa de Jo a aceptarle. Esta debería hacer un esfuerzo e intentar amarle —no podía ser tan difícil—; muchas mujeres se sentirían honradas y felices de que un joven tan maravilloso se interesase por ellas, pero Jo era distinta a todas y Amy no podía hacer nada salvo ser amable con Laurie y tratarle como a un hermano.

Si todos los hermanos recibiesen un trato tan exquisito como el dispensado a Laurie en aquel trance, serían los seres más dichosos de la Tierra. Amy no volvió a sermonearle, le pedía su opinión en todo, se interesaba por cualquier cosa que él hiciese, le enviaba pequeños regalos y, cada semana, dos cartas con las últimas novedades, confidencias de hermana y hermosos dibujos hechos por ella. Dado que pocos hermanos pueden presumir de que sus hermanas lleven sus misivas en el bolsillo, las lean y releen diligentemente, lloren cuando son cortas, las besen cuando son largas y las guarden amorosamente como el mayor de los tesoros, no cabe imaginar a Amy haciendo tales cosas, tan alocadas y emotivas. Pero lo cierto es que, aquella primavera, la joven estaba más pálida y pensativa de lo normal, su entusiasmo por la vida en sociedad decreció sobremanera y solía ir a dibujar a solas. Cuando regresaba, no traía demasiado que mostrar, porque pasaba las horas muertas contemplando la naturaleza, cruzada de brazos, en la terraza de Valrosa, o dibujaba descuidadamente lo primero que le venía a la mente: la figura de un robusto caballero esculpido en una tumba, un joven dormitando en el césped con el rostro oculto bajo el sombrero, o una joven de cabellos rizados con un vestido espectacular paseando por una sala de baile del brazo de un joven alto, ambos —siguiendo las últimas tendencias artísticas— con el rostro difuminado, lo que sin duda era más seguro, pero menos agradable.

Su tía sospechaba que se arrepentía de la respuesta dada a Fred y, como Amy no era amiga de desmentidos ni de dar explicaciones, la dejó creer lo que quisiera. Su única preocupación era informar a Laurie de que Fred se había marchado a Egipto. No dijo nada más, pero él entendió el mensaje y se alegró mucho, hasta el punto de decir para sus adentros, con aire venerable: Estaba seguro de que Amy recapacitaría. Pobre muchacho, yo he pasado por eso y sé cómo se siente.

A continuación, lanzó un gran suspiro y, como si hubiese saldado las deudas con el pasado, apoyó los pies en el sofá y disfrutó plenamente de la carta de Amy.

Mientras eso ocurría en el extranjero, en casa vivían momentos de gran aflicción. Sin embargo, la carta en la que se explica-

ba que Beth había empeorado no llegó nunca a manos de Amy, y cuando recibió la siguiente, su hermana ya reposaba en paz. Se enteró de la triste noticia en Vevey, lugar al que habían llegado huyendo del calor de Niza, en mayo. Habían emprendido viaje hacia Suiza, recorriendo tranquilamente distintos lagos italianos y Génova. Lo encajó bien y aceptó la decisión de la familia de que no adelantase su vuelta porque ya era demasiado tarde para dar un último adiós a Beth y la distancia la ayudaría a mitigar la pena. Pero la pena embargaba su corazón y ansiaba estar nuevamente en casa. Todos los días, miraba hacia el lago, con la esperanza de ver llegar a Laurie para consolarla.

Él no acudió de inmediato, pues, aunque la familia había enviado las cartas con la triste noticia el mismo día, él se encontraba en Alemania y tardó unos días en recibirla. En cuanto la leyó, hizo la maleta, se despidió apresuradamente de sus amigos y partió a cumplir la promesa dada con una mezcla de pena, alegría, esperanza e incertidumbre en el corazón.

Como conocía bien Vevey, en cuanto el barco arribó al pequeño muelle, salió corriendo hacia La Tour, donde se alojaban los Carrol. El encargado del establecimiento le explicó que toda la familia había ido a pasear junto al lago, salvo la joven dama rubia, que se había quedado en el jardín del castillo. Si monsieur tomaba asiento, él iría a buscarla en un abrir y cerrar de ojos. Pero monsieur, que no podía aguardar ni un segundo, dejó al joven con la palabra en la boca y fue a buscar a Amy.

El antiguo y agradable jardín quedaba a orillas de un precioso lago y tenía castaños cuyas altas copas susurraban, hiedra que trepaba por todas partes, y la torre proyectaba su oscura sombra sobre unas aguas iluminadas por el sol. En un extremo del muro largo y bajo había un banco en el que Amy solía sentarse a leer, trabajar o consolarse contemplando la belleza circundante. Aquel día, estaba allí, con la cabeza apoyada en la mano, el corazón enfermo de nostalgia y los ojos llorosos de tanto pensar en Beth y preguntarse por qué razón Laurie no había acudido a su lado. No le oyó cruzar el patio que quedaba a sus espaldas ni le vio detenerse bajo el arco de la entrada del paso subterráneo que conducía al jardín. Una vez allí, se

detuvo unos segundos, la miró con ojos nuevos y descubrió algo que nadie conocía: el lado sensible de Amy. La joven era la viva imagen del amor y la pena, con cartas emborronadas en su regazo, una cinta negra en el pelo y aquella expresión de dolor y resignación femeninas. La cruz de marfil que colgaba de su cuello impresionó mucho a Laurie, ya que él se la había regalado y era la única joya que portaba la muchacha. Si le quedaba alguna duda de cómo le recibiría Amy, se disipó en cuanto ella levantó la mirada, le vio, dejó caer cuanto tenía en las manos y corrió a su encuentro exclamando con un tono que reflejaba un amor y una dicha inconfundibles:

—¡Oh, Laurie, Laurie! ¡Sabía que vendrías!

Creo que en aquel momento todo quedó claro entre ambos. Porque mientras permanecían en silencio unos segundos, con la cabeza de cabellos oscuros inclinada en actitud protectora sobre la rubia, Amy sintió que nadie podría consolarla ni apoyarla mejor que Laurie, y este se convenció de que ella era la única mujer en el mundo que podía ocupar el lugar de Jo y hacerle feliz. No dijo nada al respecto, pero Amy no se sintió decepcionada, pues ambos comprendieron lo que en verdad ocurría y, satisfechos, prefirieron abrazarse en silencio.

Al cabo de unos minutos, Amy volvió a sentarse y, mientras se secaba las lágrimas, Laurie se dispuso a recoger los papeles que habían caído al suelo, con lo que descubrió que se trataba de cartas suyas gastadas de tanto leerlas y varios dibujos elocuentes que consideró buenos augurios para su futuro en común. Cuando se sentó junto a ella, Amy sintió un arrebató de timidez y se ruborizó al recordar la impulsiva bienvenida que le había dispensado.

—No he podido evitarlo. Me sentía muy sola y triste, y al verte me he alegrado muchísimo. Menuda sorpresa levantar los ojos y encontrarte allí, justo cuando empezaba a temer que no vinieses nunca —explicó intentando en vano hablar con naturalidad.

—Me puse en camino en cuanto lo supe. Me gustaría poder decir algo que te consolara por la pérdida de nuestra querida Beth, pero solo puedo sentirlo y... —No pudo continuar, ya que de pronto sintió la misma vergüenza que ella y no supo qué decir.

Quería que Amy descansase la cabeza sobre su hombro y pedirle que llorase hasta desahogarse, pero no se atrevía, así que se limitó a darle un abrazo de aliento, mejor que cualquier discurso.

—No hace falta que digas nada, este es el mejor consuelo —repuso ella con dulzura—. Beth está bien donde está, y a buen seguro es feliz y nada la haría volver, pero yo, a pesar de las ganas que tengo de ver de nuevo a mí familia, temo el momento de regresar a casa. Pero no hablemos de eso ahora porque me pondré a llorar y prefiero disfrutar de tu presencia mientras dure. ¿Te quedarás un tiempo, verdad?

—Si así lo quieres, querida.

—¡Por supuesto! La tía y Flo son muy amables, pero tú eres como de la familia y sería estupendo gozar de tu compañía un poco más.

Al ver que Amy hablaba y actuaba como una niña que echaba de menos a los suyos y tenía el corazón encogido, Laurie hizo a un lado su timidez y le dio justo lo que necesitaba: los mimos a los que estaba acostumbrada y las palabras de ánimo precisas.

—¡Pobrecilla! Si sigues sufriendo así vas a caer enferma. Yo cuidaré de ti. Venga, no llores más. Ven, daremos un paseo, sopla un viento demasiado frío para que te quedes aquí sentada —dijo con ese tono medio amable medio imperativo que tanto gustaba a Amy, al tiempo que anudaba la cinta de su sombrero, le ofrecía el brazo y echaba a anclar por el soleado paseo, bajo las copas renovadas de los castaños. Se sentía mucho mejor al estar nuevamente en pie, y para ella era maravilloso contar con un brazo fuerte en el que apoyarse, la sonrisa de un rostro conocido y una voz que tan grato le era oír de nuevo.

El pintoresco y antiguo jardín había acogido a varias parejas de enamorados y parecía hecho especialmente para ellos, tan soleado e íntimo era, pues solo la torre los veía desde lo alto y el ancho lago apagaba el eco de sus palabras con el murmullo de sus aguas. Durante cerca de una hora, la nueva pareja paseó, conversó y descansó junto al muro, disfrutando de las dulces circunstancias que hacen que todo tiempo y lugar resulten encantadores, y cuando acudieron a la llamada de la poco román-

tica campana que anunciaba la cena, Amy sintió que dejaba atrás, en el jardín del castillo, su carga de pena y soledad.

En cuanto vio que la joven tenía el rostro cambiado, la señora Carrol lo entendió todo de repente y se dijo: Ahora lo veo claro, la pobre estaba sufriendo por el joven Laurence. ¡Válgame el cielo! ¡Nunca lo hubiese imaginado!

Con una discreción encomiable, la buena mujer optó por no hacer comentario alguno ni dar muestras de haberse percatado de nada, pero invitó cordialmente a Laurie a quedarse y rogó a Amy que disfrutase de su compañía porque le sentaría mejor que tanta soledad. Amy fue un ejemplo de docilidad y, como la tía estaba muy ocupada con Flo, se encargó de atender a su amigo y lo hizo mucho mejor que nunca.

En Niza, Laurie había haraganeado y Amy le había regañado por ello, pero en Vevey el joven no paró quieto un segundo: paseaba, montaba a caballo, iba a dar una vuelta en bote o estudiaba con gran aplicación. Amy admiraba todo lo que él hacía y seguía su ejemplo hasta donde podía. Él aseguraba que el cambio se debía al clima, y ella no le llevaba la contraria, feliz de contar con una excusa para recuperar la salud y el ánimo.

El aire vigorizante les sentó bien a ambos y la práctica de ejercicio aportó cambios muy sanos a sus cuerpos y sus mentes. Era como si allí, rodeados de aquellas montañas eternas, tuviesen una visión más clara de la vida y de sus responsabilidades; el frío viento se llevaba consigo las dudas, el desánimo, los caprichos ilusorios y las nieblas temperamentales; el cálido sol primaveral hacía aflorar ideas nuevas, tiernas esperanzas y pensamientos felices, mientras el lago limpiaba los problemas del pasado y las grandiosas montañas los contemplaban benevolentes como diciéndoles: «Niños, amaos el uno al otro».

A pesar de la pena, aquellos fueron días de tanta felicidad que Laurie no se atrevía a decir nada por no enturbiarla. Le costó un poco sobreponerse a la sorpresa que le produjo ver con qué rapidez se había curado la herida provocada por aquel primer amor que había creído, sinceramente, sería el único. Se consolaba de lo que entendía era una gran deslealtad diciéndose que la hermana de Jo era casi como la propia Jo y que, de no

haber sido Amy, jamás hubiese podido enamorarse tan rápido y con tanta intensidad. Su primera experiencia de galanteo había resultado tormentosa y ahora la recordaba como si hubiese ocurrido muchos años atrás, con una mezcla de compasión y remordimiento. No se avergonzaba, pero lo consideraba la experiencia más agri dulce de su vida y agradecía mucho haber superado aquel dolor. Decidió que su segunda declaración fuese más tranquila y lo más sencilla posible. No había necesidad de organizar una escena, casi no era preciso decir a Amy que la amaba porque ella lo sabía y, aun sin palabras, le había dado su respuesta hacía mucho. Todo había ocurrido de forma tan natural que era imposible que nadie tuviese inconveniente alguno y sabía que todo el mundo se mostraría complacido, incluida Jo. Con todo, cuando el primer amor ha fracasado, lo lógico es que seamos cautos y no nos precipitemos con el segundo. Laurie dejó pasar los días, disfrutó de cada hora y esperó a que se diese la ocasión adecuada para pronunciar la declaración que marcara el final de la primera y más dulce etapa de su nuevo romance.

Había supuesto que el *dénouement* llegaría en el jardín del castillo, a la luz de la luna, de una manera elegante y decorosa, pero todo ocurrió justo al revés, porque se comprometieron en el lago, a mediodía, y con unas pocas frases francas. Llevaban toda la mañana paseando en barca, desde el sombrío Saint-Gin golf hasta el soleado Montreux, con los Alpes de Saboya a un lado y el Saint-Bernard y el Dent du Midi al otro, la hermosa Vevey en el valle y Lausana detrás, en lo alto de la colina, bajo un cielo azul despejado y en un lago aún más azul salpicado de pintorescas barquitas que parecían blancas gaviotas.

Al pasar por Chillón, hablaron de Bonnivard, y en Clarens, de Rousseau, porque allí fue donde escribió sobre la nueva Éloïse. Ninguno de los dos había leído la obra, pero sabían que era una historia de amor y cada uno se preguntó, en silencio, si sería tan interesante como la suya propia. En el único rato en el que estuvieron callados, Amy jugó con la mano en el agua, hasta que levantó la vista y vio a Laurie inclinado sobre los remos con una expresión que le hizo decir, sin pensar, simplemente por romper el hielo:

—Debes de estar agotado, descansa un poco y déjame remar a mí. Me sentará bien porque desde que has vuelto he estado muy perezosa y comodona.

—No estoy cansado pero, si quieres, puedes coger un remo. Hay sitio para los dos, aunque debemos estar en el centro para que el bote no vuelque —comentó Laurie, bastante conforme con la idea.

Sin saber si había mejorado demasiado las cosas, Amy aceptó el asiento, se separó el cabello de la cara y cogió un remo. Remaba tan bien como hacía muchas otras cosas y, aunque ella usaba las dos manos y Laurie solo una, ambos remaban a la par y la barca se deslizaba suavemente por el agua.

—¿No te parece que remamos muy bien juntos? —preguntó Amy, incómoda con el silencio que de nuevo se había creado.

—Lo hacemos tan bien que desearía que fuésemos siempre en el mismo bote. ¿Te gustaría, Amy? —preguntó, a su vez, con suma ternura.

—¡Sí, Laurie! —contestó ella en voz baja.

En ese momento, ambos dejaron de remar y, sin habérselo propuesto, sumaron otra hermosa estampa de amor y felicidad a las muchas reflejadas en el espejo de agua del lago.



Capítulo 42

Sola

Es fácil prometer abnegación cuando vivimos entregados al cuidado de otro y su dulce ejemplo purifica nuestro corazón y nuestra alma, pero cuando la voz que tanto nos ayudaba se acalla, la lección diaria termina, la presencia amada desaparece y lo único que queda es soledad y dolor, descubrimos que mantener la promesa resulta muy duro. Así le ocurrió a Jo. ¿Cómo iba a consolar a sus padres si su corazón moría de añoranza por su hermana? ¿Cómo alegrar a otros si toda la luz, calidez y belleza de su universo parecían haberse ido con Beth cuando dejó este mundo? ¿Y cómo iba a equipararse a Beth y ser útil y dichosa sirviendo a otros con la certeza de que se hace el bien como única recompensa? Jo se esforzaba mucho por cumplir con sus obligaciones, pero en secreto se rebelaba contra ellas porque le parecía injusto renunciar a las pocas alegrías que le quedaban, que su carga se volviese aún más pesada y que la vida fuese cada vez más dura. Era como si algunas personas consiguiesen siempre lo mejor, y otras, lo peor. No era justo, ella se esmeraba más que Amy por ser buena pero, lejos de premiarla por ello, la vida le pagaba con más decepciones, problemas y trabajo duro.

¡Pobre Jo! Aquellos fueron días duros. Cuando pensaba en que pasaría toda su vida en aquella casa, ahora silenciosa, entregada al cuidado de otros, con pocos o ningún gusto que darse y cada vez más obligaciones, se desesperaba. No puedo hacerlo. No estoy hecha para vivir así. Si no viene alguien a ayudarme, sé que escaparé y cometeré una locura, se decía cuando sus primeros esfuerzos fracasaron y se sumió en ese profundo desánimo que aqueja a quienes, a pesar de hacer gala de la mejor voluntad y fortaleza, han de hacer frente a lo inevitable.

Pero sí hubo quien acudió a ayudarla, aunque Jo no reconoció a sus ángeles, pues adoptaron formas conocidas y utilizaron hechizos sencillos más propios de los pobres seres humanos. A menudo, despertaba en plena noche pensando que Beth la llamaba; cuando veía la cama vacía, lloraba con la amargura que dan las penas que no cesan, y exclamaba: «¡Oh, Beth, vuelve, vuelve!», estirando los brazos. Pero su llamada no era en vano, porque su madre acudía a consolarla, tan rápida en oír su llanto como lo era antes para captar el más leve suspiro de su hermana. No solo la confortaba con palabras, sino con su dulce abrazo, con sus lágrimas, que eran mudo testimonio de un dolor mayor aún que el de Jo, con suspiros rotos más elocuentes que cualquier plegaria, porque al lógico dolor sumaban la resignación esperanzada. ¡Menudos momentos aquellos en los que un corazón hablaba a otro en el silencio de la noche y la aflicción se transformaba en una bendición que alejaba el sufrimiento y reforzaba el amor! Al sentir eso, bajo el protector abrazo de su madre, la carga de Jo se hacía más llevadera; el deber, más dulce, y la vida, más soportable.

Y del mismo modo que su corazón herido pudo encontrar consuelo así, su atormentada mente logró la ayuda necesaria. Un día, fue al estudio, se inclinó sobre la cabeza gris de su padre, que la recibió con una sonrisa serena, y dijo muy humildemente:

—Padre, háblame como lo hacías con Beth. Lo necesito mucho más, porque yo lo hago todo mal.

—Querida, será un gran consuelo para mí —repuso él con voz quebrada, y abrazó a su hija como si también él necesitase ayuda y no temiese pedirla.

Jo se sentó en la silla de Beth, que estaba junto a su padre, y relató sus problemas, el resentimiento que sentía por la pérdida de su hermana, cómo sus infructuosos esfuerzos la descorazonaban, la falta de fe que oscurecía su vida y todos los tristes desconciertos que conforman eso que llamamos «desesperación». Se confió a él por completo, y él le brindó la ayuda que necesitaba, y así fue como ambos se consolaron el uno al otro. Habían llegado a ese momento en que podían conversar no solo como un padre y una hija, sino como un hombre y una mujer contentos de ayudarse con su compasión mutua así como con su mutuo amor. Vivían momentos de felicidad y reflexión en el estudio, quejo llamaba «la iglesia de un solo miembro», de donde salía llena de coraje, habiendo recuperado la alegría y con el ánimo más sumiso, ya que los padres que habían enseñado a una hija a morir sin miedo intentaban ahora enseñar a otra a aceptar la vida sin abatimiento ni desconfianza, y a utilizar las oportunidades que se le brindaban con gratitud y energía.

Las obligaciones y los entretenimientos sanos y humildes también fueron de mucha ayuda para Jo, que aprendió a valorarlos poco a poco. Las escobas y paños ya no eran tan desagradables como antes, puesto que Beth los había usado, y era como si algo de su espíritu de ama de casa hubiese quedado impregnado en la pequeña fregona y el viejo cepillo que nadie se había atrevido a tirar. Cuando los empleaba, Jo se descubría cantando como Beth solía hacer, imitando su estilo al ordenar y dar un repaso aquí y allá para que todo estuviese limpio y bonito, que, aunque ella no lo supiera, es el primer paso para lograr un hogar feliz. Una vez, Hannah le dio un apretón en la mano, en señal de aprobación, y comentó:

—¡Qué buena eres, criatura! Se ve que te has propuesto que no echemos tanto en falta a nuestra querida corderita, en la medida en que tú puedas evitarlo. Aunque no digamos demasiado, nos damos cuenta. ¡Que el Señor te bendiga por tus esfuerzos! Estoy segura de que así será.

Un día, mientras cosía con Meg, Jo observó lo cambiada que estaba su hermana. Hablaba sin parar de lo mucho que estaba aprendiendo sobre los instintos, pensamientos y sentimientos

de una buena mujer, de cuan feliz era con su marido y sus hijos, y de lo mucho que todo el mundo la había ayudado.

—Al final va a resultar que el matrimonio es algo bueno. Me pregunto si a mí me sentaría la mitad de bien que a ti, De ser así, debería probarlo de estar aún a tiempo —dijo Jo mientras construía una cometa para Demi en su desordenado dormitorio.

—Simplemente has de dejar que aflore la mujer tierna que hay en ti, Jo. Eres como un erizo de castaña; por fuera, estás llena de pinchos, pero por dentro eres pura seda y tienes reservado un fruto dulce para quien llegue hasta él. Tarde o temprano, el amor hará que abras tu corazón, y entonces la parte áspera de ti desaparecerá.

—Son las heladas las que abren los erizos de las castañas, señora, y para que caigan al suelo hay que sacudir mucho el árbol. A los chicos les encanta ir de árbol en árbol, y a mí no me interesa que me sacudan para que caiga —repuso Jo mientras acababa de montar una cometa que difícilmente podría alzar el vuelo, por mucho viento que hiciese, pues Daisy estaba pegada a ella.

Meg sonrió, contenta de ver que Jo recuperaba su antiguo sentido del humor, pero sentía que debía insistir para convencerla con todos los argumentos a su alcance. Aquellas charlas de hermanas no cayeron en saco roto, sobre todo porque Meg disponía de dos argumentos de peso, los niños, a los que Jo adoraba tiernamente. Algunos corazones se abren con la tristeza y el de Jo estaba listo para caer del erizo... Solo hacía falta un poco de sol para que la castaña estuviese madura y lista para que un hombre, no un niño impaciente, se acercase y, con ternura, desprendiese la castaña del erizo y gozase de un fruto dulce y en su sazón. De haber sabido que aquello ocurriría, la joven se hubiese cerrado más que nunca y hubiese sacado todos sus pinchos pero, por fortuna, en aquellos momentos no pensaba en su persona, de modo que, cuando se dieron las circunstancias, cayó mansamente del árbol.

De haber sido la protagonista de un libro de contenido moral, en ese momento de su vida Jo se hubiese transformado en santa, hubiese renunciado al mundo y se hubiese dedica-

do a recorrer los caminos haciendo el bien, con un sencillo sombrero y los bolsillos llenos de panfletos. Pero lo cierto es que Jo no era una protagonista de novela, sino una joven real, que luchaba por salir adelante en la vida, como hacen cientos de mujeres, y actuó conforme a su naturaleza, sintiéndose enfadada, triste, lánguida o animada según los casos. Está muy bien decir que vamos a ser buenos, pero eso no se consigue de inmediato, hay que hacer un gran esfuerzo, un esfuerzo en el que es precisa la ayuda de otros, para situarnos en el buen camino. Jo ponía de su parte, estaba aprendiendo a cumplir con sus obligaciones y a sentirse mal cuando las descuidaba, pero llegar a realizar su trabajo con alegría... ¡eso ya era otro cantar! Antaño solía decir que esperaba hacer algo espléndido en la vida, por muy duro que resultase, y ahora podía ver cumplido su deseo, porque ¿qué podía haber más hermoso que dedicar la vida al cuidado de los padres y crear para ellos un hogar feliz como ellos habían hecho antes por ella? Y si las dificultades no hacían sino aumentar el mérito, ¿qué podía resultarle más difícil a una joven ambiciosa y trabajadora que el renunciar a sus esperanzas, planes y deseos para volcarse amorosamente en el cuidado de los demás?

La divina providencia le había tomado la palabra y le había encomendado una labor. No era como ella había imaginado, pero mejor, porque así suponía un reto mayor. Pero ¿saldría airoso? Decidió intentarlo y, en un primer momento, encontró las ayudas antes citadas. Pero todavía habría de recibir otra que aceptó no como premio sino como consuelo, al igual que en el Progreso del peregrino Cristiano acepta el refugio que le presta el cenador mientras sube por la colina llamada Dificultad.

—¿Por qué no vuelves a escribir? Eso te hacía feliz —le comentó su madre al verla un tanto abatida.

—No tengo ánimo para escribir y, aunque lo tuviera, mis obras no interesan a nadie.

—A nosotros sí. Escribe algo para nosotros y olvídate del resto del mundo. Pruébalo, querida. Estoy segura de que te hará bien y a nosotros nos agradará mucho.

—No creo que pueda —repuso Jo, que sin embargo volvió a su despacho y repasó sus manuscritos inacabados.

Cuando, una hora después, la madre asomó la cabeza, encontró a Jo escribiendo a toda prisa, muy concentrada, con el delantal negro puesto. La señora March sonrió y se alejó, muy contenta al observar el éxito de su consejo. Sin saber cómo, Jo escribió una historia que llegaba directa al corazón de los lectores. Una vez que toda la familia hubo reído y llorado con la lectura, su padre envió el texto —en contra de la opinión de Jo— a una de las revistas más conocidas del país y, para gran sorpresa de la autora, no solo le pagaron por publicar su historia sino que le pidieron que escribiese más. Tras la publicación, varias personas importantes escribieron cartas para elogiar la calidad de la obra, los periódicos se hicieron eco y todo el mundo, conocidos y extraños, pudo admirarla. A Jo le parecía que un texto tan breve no merecía un éxito tan grande y estaba más sorprendida que cuando recibió tantas críticas como alabanzas por su primera novela.

—No lo entiendo. ¿Qué puede haber en una historia tan corta y sencilla para que la gente la alabe de este modo? —preguntó con auténtica perplejidad.

—Es una obra sincera, Jo, ese es su secreto, y el humor y el pathos le dan vida. Creo que al fin has encontrado tu estilo. Has escrito sin pensar en la fama o el dinero y has puesto tu corazón en el texto, hija mía. Tú ya has probado lo amargo, ahora viene lo dulce. Sigue esforzándote y alégrate de tu éxito como lo hacemos nosotros.

—Si hay algo bueno o verdadero en lo que escribo, el mérito no es mío. Os lo debo todo a ti, a mamá y a Beth —afirmó Jo, a la que las palabras de su padre habían emocionado más que todas las buenas críticas del mundo.

Así fue como el amor y el dolor enseñaron a Jo a escribir nuevas historias que ella enviaba para hacer nuevos amigos. Tan humildes viajeras encontraban siempre una generosa acogida y mandaban a su madre prendas de amor, como hijas cumplidoras que hubiesen encontrado la buena fortuna sin esperarlo.

Cuando Amy y Laurie escribieron para anunciar su compromiso, la señora March temió que a Jo le costase alegrarse de la noticia, pero enseguida su miedo desapareció porque, aunque Jo se puso seria al principio, lo encajó con mucha tranquilidad, leyó dos veces la carta y dijo esperar y desear lo mejor para «los niños». La carta la habían escrito prácticamente a dúo y se echaban flores el uno al otro, era encantadora y la noticia resultaba tan buena que nadie hizo objeción alguna.

—¿Te gusta la idea, mamá? —preguntó Jo cuando terminaron de leer aquellas hojas escritas con letra apretada y se miraron la una a la otra.

—Sí, lo esperaba desde que Amy escribió para contarnos que había rechazado a Fred. Estaba segura de que, puesto que ya había superado lo que tú llamas «el espíritu mercenario», vendría algo mejor. Y algunas cosas en sus cartas me hacían sospechar que el amor y Laurie terminarían por conquistarla.

—Qué aguda eres, mamá, y qué bien guardado lo tenías. No me habías dicho ni una palabra.

—En lo que respecta a sus hijas, las madres han de tener una mirada aguda y una lengua discreta, No quería decirte nada para que no se te ocurriese escribirlos y felicitarlos antes de que fuese oficial.

—Ya no soy la cabeza loca de antes, mamá, puedes confiar en mí. ¡Soy formal y sensata, la confidente ideal para cualquiera!

—Es verdad, querida, y tendría que habértelo contado todo, pero temí que te apenase saber que Teddy se había enamorado de otra mujer.

—Por favor, mamá... ¿De verdad creíste que podía ser tan tonta y egoísta después de haberle rechazado en el mejor momento?

—Sé que cuando le rechazaste fuiste sincera, Jo, pero en los últimos tiempos había llegado a sospechar que, si volvía y pedía nuevamente tu mano, tu respuesta sería distinta. Perdóname, querida, no puedo evitar ver que te sientes sola y el anhelo de afecto que percibo en tus ojos me duele. Por eso imaginé que nuestro muchacho podría llenar ese vacío si lo intentaba de nuevo.

—No, madre, es mejor así. Me alegro mucho de que Amy se haya enamorado de él, pero tienes razón en una cosa: me siento

sola y tal vez si Teddy hubiese insistido le habría aceptado, no porque le ame, sino porque ahora valoro más el ser amada que cuando él se marchó.

—Me alegro de que así sea, Jo, porque eso indica que estás creciendo. Somos muchos los que te queremos. Cuentas con el cariño de tus padres, de tus hermanas y sus parejas, de tus amigos y de los niños; confórmate con eso mientras esperas que llegue el gran amor.

—No hay amor más grande que el de una madre, pero no me molesta confesarte, Marmee, que anhelo probar otras clases de amor. Es curioso... cuanto más trato de conformarme con el afecto que recibo, más me parece necesitar. No imaginaba que un corazón podía albergar tanto amor... quiero decir, que podría ser tan elástico y no terminar de llenarse nunca. No lo entiendo, a mí me solía bastar con el amor de los míos.

—Pues yo sí lo entiendo. —Y la señora March sonrió con picardía mientras Jo volvía a coger la carta y releía lo que Amy decía de Laurie.

Es tan hermoso sentirse amada como Laurie me ama. No es un hombre romántico, no habla demasiado de ello, pero lo veo y siento en todas sus palabras y gestos, y me siento tan feliz y honrada que no parezco la misma persona. No sabía lo bueno, generoso y tierno que era hasta ahora que me ha abierto su corazón, y he visto que está lleno de esperanzas y propósitos nobles. Saber que es para mí me llena de orgullo. Dice que, ahora que sabe que yo voy a estar a su lado, siente que su viaje será próspero y estará lleno de amor. Rezo para que así sea y para estar a la altura de lo que él espera de mí, porque amo a mi galante capitán con toda la fuerza de mi alma y mi corazón y no le dejaré nunca mientras Dios quiera que sigamos juntos. ¡Oh, madre, nunca imaginé que el mundo podría parecerse tanto al cielo cuando dos personas se aman y viven la una para la otra!

—¡Y esto dicho por nuestra fría, reservada y mundana Amy! En verdad el amor obra milagros. ¡Qué felices deben de ser! —Y Jo dobló con cuidado las hojas, como quien termina de leer una historia de amor que le ha mantenido en vilo hasta el final y ha de volver al día a día de nuevo.

Como llovía y no podía salir a pasear, Jo subió al desván, Se sentía intranquila y el viejo anhelo volvía a rondarla, no con la amargura de antaño, pero se preguntaba, con paciente pesar, cómo era posible que una hermana consiguiese todo cuanto se proponía y la otra no obtuviese nada. Sabía que eso no era del todo cierto y procuraba alejar ese pensamiento, pero el anhelo de afecto que había surgido espontáneamente en ella era cada más intenso y la felicidad de Amy había avivado su deseo de amar a alguien con «toda la fuerza de su alma y su corazón, alguien de quien no se separaría nunca mientras Dios lo permitiese».

Allí arriba, en aquel desván en el que divagaba la inquieta Jo, había cuatro baúles de madera dispuestos en fila. Cada uno tenía escrito el nombre de su dueña y contenía recuerdos de una infancia y adolescencia que ya todas habían dejado atrás. Jo se los quedó mirando, fue hacia el suyo, lo abrió, apoyó la barbilla en el borde y contempló con expresión ausente su caótico contenido, hasta que unos antiguos cuadernos de notas le llamaron la atención. Los cogió y, al revisarlos, revivió el grato invierno que había pasado en casa de la señora Kirke. Primero sonrió, luego se quedó pensativa y, por último, triste. Y al encontrar una breve nota del profesor, le temblaron los labios, los cuadernos cayeron de su regazo al suelo, y se sentó a leer las palabras de su amigo, que, de pronto, parecían adquirir un nuevo sentido y le llegaron al corazón: «Espérame, amiga mía, puede que tarde, pero sin duda llegaré».

—¡Ojalá fuese cierto! Mi querido Fritz, siempre tan dulce y paciente conmigo. No le valoré como merecía cuando le tuve cerca y, ahora que todo el mundo se va y me siento tan sola, ¡me gustaría tanto verle!

Sujetando fuertemente aquella nota como si fuese una promesa por cumplir, Jo descansó la cabeza en una bolsa de retales y lloró como si pretendiese competir con la lluvia que repique-teaba en el tejado.

¿Por qué lloraba? ¿Se compadecía de sí misma, se sentía sola o estaba desanimada? ¿O sería acaso por el despertar de un sentimiento que había esperado pacientemente, al igual que quien lo inspiraba, que llegase su momento? ¿Quién podría decirlo?



Capítulo 43

Sorpresas



nochecía y Jo estaba sola, tumbada en el viejo sofá, contemplando el fuego pensativa. Así era como le gustaba pasar la hora del ocaso, sin que nadie la molestara, descansando la cabeza sobre el pequeño cojín rojo de Beth, ideando historias, soñando despierta o recordando con ternura a una hermana que seguía tan presente como siempre. Tenía el semblante cansado, serio y bastante triste porque al día siguiente era su cumpleaños y pensaba en lo rápido que se habían ido los años, lo mayor que se estaba haciendo y lo poco que había logrado. A punto de cumplir los veinticinco, y con tan poco que mostrar. Jo no estaba en lo cierto en eso, tenía mucho que mostrar y, con el tiempo, llegaría no solo a verlo, sino a sentirse agradecida por ello.

A este paso, acabaré convertida en una solterona. Una solterona casada con la pluma que, en lugar de hijos, tendrá obras y tal vez, dentro de veinte años, un pequeño fragmento de gloria, cuando, como el pobre Johnson, ya sea demasiado vieja para disfrutarla o compartirla y no la necesite. Bueno, no tengo por qué ser una santa amargada ni una pecadora egoísta, supongo

que las solteronas pueden vivir a gusto cuando se acostumbran a la idea, pero... Jo suspiró ante un panorama tan poco halagüeño.

Rara vez lo es y, desde la perspectiva de quien cumple veinticinco años, los treinta pueden parecer el fin de todo, pero la verdad no es tan mala como amenaza y es posible seguir feliz cuando se tiene un buen respaldo. A los veinticinco, las jóvenes empiezan a comentar la posibilidad de quedarse solteras pero, en secreto, piensan que eso no les ocurrirá jamás. A los treinta, no dicen nada pero aceptan las circunstancias en silencio y, si son inteligentes, se consuelan pensando que tienen por delante veinte años de felicidad en los que aprender a envejecer con elegancia. No os riais de las solteronas, jovencitas, porque suelen ser muy sensibles y ocultan trágicas historias de amor en corazones que laten quedamente bajo sobrios vestidos, y su silente renuncia a la juventud, la ambición y el amor vuelve sus apagados rostros especialmente hermosos a los ojos de Dios. Hay que entender incluso a las hermanas tristes y amargadas, porque no han conocido el aspecto dulce de la vida, y verlas con compasión, no con desdén; vosotras, jovencitas en la flor de la vida, recordad que la flor se marchitará, que la tez no permanecerá eternamente tersa y sonrosada, que en el cabello castaño aparecerán hebras plateadas y que, llegado un punto, la ternura y el respeto os parecerán tan valiosos como hoy lo son el amor y la admiración.

Caballeros, me refiero a vosotros, muchachos, sed educados con las solteronas, por pobres, poco atractivas y estiradas que sean, porque la única caballerosidad que merece la pena tener es aquella que nos lleva a respetar a nuestros mayores, proteger al débil y servir a las mujeres, sin importar su clase social, edad o color de piel. Recordad que las buenas tías, además de sermonear y preocuparse por todo, os han cuidado y mimado, a menudo sin que nadie se lo agradeciera, os han salvado de más de un aprieto, os han dado «propinas» en la medida de sus pequeños presupuestos; sus viejos y pacientes dedos han dado muchas puntadas y sus ancianos pies, muchos pasos por vosotros, de modo que no olvidéis tener con ellas, en justa gratitud, esas atenciones que toda mujer espera recibir a lo largo de su

vida. Vuestra actitud no pasará inadvertida a las jóvenes de ojos vivos y os valorarán más por ello. Y si la muerte, que es el único poder que puede separar a una madre de su hijo, os roba la vuestra, a buen seguro os quedará el abrazo, tierno, cálido y maternal, de una tía soltera que habrá reservado siempre un lugar privilegiado en su solitario corazón para «el mejor sobrino del mundo».

Jo se debió de quedar dormida (como imagino que le habrá ocurrido al lector tras este pequeño sermón), ya que de pronto se encontró de frente con el fantasma de Laurie, Era un fantasma de carne y hueso, y estaba inclinado sobre ella, mirándola con aquella cara que solía poner cuando sentía algo y no quería que se le notase. Ella se quedó mirándole fijamente, perpleja y sin decir una sola palabra, hasta que él se encorvó y le dio un beso. Entonces, supo que era él, se levantó de golpe y exclamó con gran alegría:

—¡Teddy! ¡Mi Teddy!

—Querida Jo, entonces, ¿te alegras de verme?

—¿Alegrarme? ¡Válgame el cielo, no hay palabras para describir lo contenta que estoy! ¿Dónde está Amy?

—Se ha quedado con tu madre en casa de Meg, donde paramos de camino, y no he podido arrancar a mi esposa de allí.

—¿Tu qué? —exclamó Jo, pues Laurie había pronunciado aquellas dos palabras con un orgullo y una satisfacción que le delataban.

—¡Oh, vaya, qué diantre! Bueno, ya lo he dicho... —Y adoptó un aire culpable que hizo quejo se le echara encima.

—¿Os habéis casado?

—Sí, pero prometo no volver a hacerlo. —Y se arrodilló y juntó las manos como si fuese un penitente, pero con la expresión picara y alegre del que se siente un triunfador.

—¿De veras estáis casados?

—Eso creo, gracias.

—¡Por favor! ¿Qué otra barbaridad vas a cometer a continuación? —Jo se dejó caer en el sofá, ahogando un grito.

—Bueno, esa es una forma de felicitarnos muy original, aunque propia de ti —repuso Laurie, que seguía arrodillado pero radiante de satisfacción.

—¿Qué esperabas después de dejarme sin aliento? Te cue-
las sin hacer ruido, como un ladrón, ¡y me das una noticia así,
como si nada! Levántate, no seas ridículo, y cuéntamelo todo.

—No diré nada a menos que me dejes ocupar mi lugar de
siempre y prometas no construir una barricada con los cojines.

Jo se rio porque hacía mucho tiempo que no hacía eso, dio unas
palmadas en el sofá para invitarle a sentarse y dijo en tono cordial:

—El viejo cojín está en el desván, ya no es necesario. Ven
aquí y confíesalo todo, Teddy.

—Cómo me alegra que me llames Teddy. Eres la única que lo
hace. —Y Laurie se sentó muy contento.

—¿Cómo te llama Amy?

—Mi señor.

—Eso es muy propio de ella. Bueno, de verdad pareces un
señor. —Por la forma en que le miró, estaba claro que Jo en-
contraba a su muchacho más apuesto que nunca.

El cojín había desaparecido, pero aun así había una barrica-
da entre ellos. Era un muro lógico, creado por efecto del tiempo,
la ausencia y los cambios en sus corazones. Ambos lo sintieron
y, por un instante, se miraron el uno al otro como si una barre-
ra invisible proyectase una pequeña sombra sobre ellos. Sin
embargo, la distancia se disipó de inmediato cuando Laurie
comentó, con fingida dignidad:

—Dime, ¿a que parezco un hombre casado, un auténtico ca-
beza de familia?

—En absoluto, y no creo que logres parecerlo nunca. Aunque
has crecido y eres más fuerte, no has dejado de ser el pícaro
de siempre.

—Venga, Jo, deberías tratarme con más respeto —empezó
Laurie, que lo estaba pasando en grande.

—¿Cómo? Si pensar que te has casado y has sentado la cabe-
za me hace tanta gracia que no consigo ponerme seria —repu-
so Jo sonriendo con una alegría tan contagiosa que ambos se
echaron a reír, tras lo que pudieron, al fin, mantener una buena
charla, a la vieja usanza.

—No salgas a buscar a Amy con este frío, porque ya vienen todos hacia aquí. ¡Yo no podía esperar! Quería ser el primero en darte la gran noticia y ver tu reacción.

—¡Cómo no! ¡Pero has echado a perder la historia empezando por el final! En fin, ahora cuéntamelo todo, desde el principio. ¿Cómo empezó? Estoy ansiosa por saberlo.

—Bueno, accedí para complacer a Amy —dijo Laurie, con una risita maliciosa que hizo quejo exclamase:

—¡Primera mentira! Seguro que fue Amy la que accedió para complacerte a ti. Siga, caballero, pero diga la verdad, si es posible.

—Vaya, empieza a reaccionar, es un gusto verla así, ¿no te parece? —dijo Laurie mirando a la chimenea como si mantuviese una conversación con el fuego, y este respondió aumentando su brillo e intensidad como si le diese la razón—. Verás, como somos uno, da igual quién accediera a qué. Teníamos previsto volver a casa con los Carrol, hace un mes, pero de pronto cambiamos de idea y decidimos quedarnos a pasar el invierno en París. Sin embargo, mi abuelo tenía ganas de volver a casa y, puesto que había ido a Europa para acompañarme a mí, sentí que no podía dejarle marchar solo. Tampoco me quería separar de Amy pero, como la señora Carrol cree a pies juntillas en las carabinas a la antigua usanza inglesa y todas esas tonterías, no permitía que Amy me acompañase. Así que zanjé el asunto diciendo: «Casémonos, así podremos hacer lo que nos plazca».

—Por supuesto, siempre consigues lo que quieres.

—No siempre. —Al decir esto, algo en la voz de Laurie hizo quejo se precipitara a cambiar de tema.

—¿Y cómo lograste que la tía diese su consentimiento?

—No fue fácil, pero entre los dos conseguimos convencerla porque teníamos muchas razones a favor. No había tiempo para escribir y pedir permiso, pero sabíamos que a todos os encantaba la idea y que ya la habíais aceptado... Así que no era más que un trámite, como dice mi esposa.

—¡Hay que ver lo orgulloso que está de esas dos palabras y lo mucho que le gusta pronunciarlas! —apuntó Jo dirigiéndose a su vez al fuego, encantada de ver que los ojos de su amigo, que

en su último encuentro estaban tristes y apagados, brillaban de felicidad.

—No me lo tengas en cuenta. Es una mujer tan fascinante que no puedo sino estar orgulloso de ella. Bueno, como te decía, ya que el tío y la tía se erigieron en defensores del decoro y nosotros estábamos tan perdidamente enamorados que no éramos capaces de pensar en nada más, decidimos que casarnos simplificaría mucho la cuestión. Así que lo hicimos.

—Pero ¿cuándo, dónde, cómo? —preguntó Jo dando rienda suelta a una incontrolable y febril curiosidad femenina.

—Hace seis semanas, en el consulado de Estados Unidos en París. Fue una boda muy discreta, claro está, porque, a pesar de nuestra felicidad, tuvimos muy presente a nuestra querida Beth.

Al oírle decir esto, Jo le tomó la mano y Laurie acarició el pequeño cojín rojo que tantos recuerdos le traía.

—¿Por qué no nos informasteis de inmediato? —preguntó Jo en voz más baja, tras un momento de silencio.

—Queríamos daros una sorpresa. Pensábamos venir directamente a casa, pero mi querido abuelo, una vez casados, dijo que necesitaba un mes para dejarlo todo listo antes de partir y propuso que fuésemos a pasar la luna de miel a donde quisiéramos. En una ocasión, Amy había comentado que Valrosa era un lugar ideal para una luna de miel, así que fuimos allí y pasamos los días más felices de nuestra vida. Imagínatelo, ¡amor entre las rosas!

A Jo le pareció que Laurie se olvidaba de que hablaba con ella y se alegró, porque el hecho de que le contase con tanta naturalidad y libertad esas cosas indicaba claramente que había olvidado y perdonado lo ocurrido entre ambos. Hizo además de separar la mano de la de Laurie pero, como si adivinase su intención, él la sujetó con firmeza y dijo, con una seriedad y una madurez desconocidas en el joven:

—Jo, querida, quiero decirte algo y, después, olvidaremos el asunto para siempre. Como te comenté en la carta en la que refería lo amable que era Amy conmigo, nunca dejaré de amarte, pero mi amor ha cambiado y he comprendido que es mejor así. Amy y tú habéis intercambiado los puestos que ocupabais en mi

corazón, eso es todo. Creo que era mi destino y hubiese llegado a él de cualquier modo, aunque fuese dejando pasar el tiempo como tú pretendías. Pero, como la paciencia no es mi fuerte, se me rompió el corazón. Era muy joven, pasional e impulsivo. Me costó mucho comprender mi error. Y en verdad era un error, como tú me advertías, Jo, pero no me di cuenta hasta después de haberme puesto en ridículo. He de confesar que, en un momento dado, estaba muy confundido y no podía determinar a quién quería más, si a ti o a Amy, y traté de quererlos a las dos igual, pero no me fue posible. Cuando me reuní con Amy en Suiza, las dudas se disiparon de golpe. Cada una pasó a ocupar el lugar que le correspondía y entendí que había dejado de amarte a ti antes de enamorarme de Amy y que podía quererlos de forma distinta, a ti como a una hermana y a ella como a mi esposa. Te pido que creas en mi palabra y volvamos a ser los amigos que éramos en los viejos tiempos, cuando nos conocimos.

—Te creo, de verdad, pero nunca podremos volver a ser los niños que fuimos, Teddy, los buenos y viejos tiempos nunca volverán y no podemos esperar que eso ocurra. Ahora somos un hombre y una mujer con obligaciones, el tiempo de jugar terminó y debemos dejar atrás la fiesta y las travesuras. Estoy segura de que sientes lo que dices, veo que has cambiado y tú verás que yo tampoco soy la misma. Echaré de menos a mi joven amigo, pero querré tanto o más al hombre en el que te has convertido y te admiraré porque harás lo posible por ser quien yo creía que podrías ser. No podemos seguir actuando como compañeros de juegos, pero sí ser un hermano y una hermana que se quieren y se ayudan toda la vida. ¿No te parece, Laurie?

Él no dijo nada, pero tomó la mano que ella le tendía y bajó la mirada unos segundos, sintiendo que de la sepultura de una pasión juvenil surgía ahora una hermosa y sólida amistad que sería una bendición para ambos. Jo, que no quería que la vuelta a casa se tiñese de tristeza, apuntó con voz alegre:

—Me cuesta creer que estéis casados y vayáis a formar un hogar. Parece que fue ayer cuando le ataba el delantal a Amy y te tiraba del pelo cuando te burlabas de nosotras. ¡Válgame el cielo, el tiempo vuela!

—Puesto que uno de nosotros es mayor que tú, no tienes por qué hablar como una abuela. Como dice Peggotty, el aya de David Copperfield, soy un «muchacho bastante crecido» y, cuando veas a Amy, convendrás conmigo en que es una niña muy precoz —dijo Laurie, divertido al ver que Jo adoptaba un aire maternal.

—Puede que tengas más años que yo, pero, en lo relativo a sentimientos, yo soy mucho más madura, Teddy. Las mujeres siempre lo somos. Y este último año ha sido tan duro que me siento como si hubiese cumplido los cuarenta.

—¡Pobre Jo! Te hemos dejado cargar sola con todo, mientras nosotros nos divertíamos. Estás más vieja; ahí veo una arruga, y allá otra. Cuando no sonríes, tienes la mirada triste, y al tocar el cojín, hace un segundo, he notado que estaba empapado con tu llanto. Es mucho lo que has tenido que sobrellevar, y lo has hecho sola. ¡Soy un animal egoísta! —Laurie se tiró del cabello, con aire arrepentido.

Jo dio la vuelta al cojín que la había delatado y, Ungiendo un ánimo que no tenía, dijo:

—No es así; cuento con la ayuda de papá y mamá, y los niños son un auténtico consuelo. Por otro lado, saber que tanto tú como Amy estabais bien y dichosos hizo que la pena fuese más llevadera. A veces me siento sola, pero creo que me hará bien y...

—Ya no te sentirás sola nunca más —la interrumpió Laurie, y le pasó el brazo por encima del hombro, como para protegerla de todo mal—. Amy y yo no podemos vivir sin ti, así que tendrás que venir a casa y recordarnos que debemos ser buenos y compartirlo todo, como hacíamos nosotros, y dejar que te mimemos. Así podremos disfrutar de la bendición y la felicidad que proporciona una amistad como la nuestra.

—Si no he de ser un estorbo, me encantaría. Me siento mucho mejor ahora porque, contigo cerca, mis males desaparecen. Siempre me consuelas, Teddy. —Jo descansó la cabeza sobre su hombro, como había hecho tiempo atrás, cuando Beth estaba enferma y Laurie le ofreció su apoyo.

Él la miró y se preguntó si estaría recordando aquel instante, pero Jo sonreía como si, en verdad, todas sus preocupaciones se hubiesen esfumado con su llegada.

—Sigues siendo la misma, Jo. Puedes llorar en un instante y, al minuto siguiente, estar riendo. ¿A qué viene esa cara de pícara, abuelita?

—Me preguntaba cómo os llevaríais tú y Amy.

—Como dos ángeles.

—Claro, eso de entrada. Pero... ¿quién manda?

—No tengo reparo en reconocer que, por ahora, manda ella. O, por lo menos, dejo que lo crea. Eso la hace feliz, ¿sabes? Con el tiempo, nos iremos turnando, porque dicen que el matrimonio divide los derechos y multiplica las obligaciones.

—Si sigues como ahora, Amy llevará la voz cantante hasta el fin de tus días.

—Bueno, lo hace con tanta sutileza que no creo que me incomode nunca. Es la clase de mujer que sabe cómo llevar a un hombre. De hecho, me agrada que así sea, porque te enreda con la suavidad de un ovillo de seda y consigue que sientas que es ella quien te hace un favor.

—¡Quién iba a pensar que te vería convertido en un calzonazos y disfrutando de ello! —exclamó Jo alzando las manos.

Ante tal insinuación, Laurie se encogió de hombros y sonrió con sorna masculina mientras apostillaba, con aire digno:

—Amy está demasiado bien educada para hacer algo así, y yo no soy la clase de hombre que se somete a su mujer. Mi esposa y yo nos respetamos demasiado el uno al otro para tiranizarnos o pelearnos.

A Jo le gustó oír aquello, y la recién adquirida dignidad de su amigo le pareció entrañable, pero ver que su muchacho se había convertido demasiado rápido en hombre le provocaba una mezcla de pesar y alegría.

—No me cabe duda. Amy y tú nunca peleabais como hacíamos nosotros. Ella es el sol y yo, el viento de la fábula. Y el sol sabe cómo llevar a un hombre, ¿recuerdas?

—Te aseguro que ella, además de brillar, puede sacarte los colores. —Laurie se echó a reír—. ¡Si hubieses visto el sermón

que me soltó en Niza! Te aseguro que fue mil veces peor que tus sarcasmos. Fue una provocación en toda regla. Ya te lo contaré en otra ocasión. Ella no lo hará nunca, porque, después de decir que me despreciaba y que se avergonzaba de mí, resulta que se enamora de tan mal partido y se casa con el inútil.

—¡Menuda bajeza! Bueno, si te trata mal, ven a decírmelo y yo saldré en tu defensa.

—Parece que necesito ayuda, ¿verdad? —dijo Laurie, y se levantó y puso una pose divertida, que cambió de pronto al oír a Amy preguntar:

—¿Dónde está mi querida Jo?

La familia en pleno llegó y todos se dieron abrazos y besos una y otra vez y, tras varios intentos fallidos, los tres viajeros se sentaron y los demás los estudiaron en medio de una alegría generalizada. El señor Laurence, más sano y robusto que nunca, era sin duda el que más había mejorado con el viaje. Había perdido en gran medida su dureza, y su tradicional cortesía era aún más exquisita, por lo que resultaba especialmente encantador. Era maravilloso verle sonreír ante «mis niños», como llamaba a la joven pareja; era aún mejor ver cómo el afectuoso y filial trato que Amy le dispensaba le tenía totalmente robado su anciano corazón, pero sin duda lo mejor de todo era observar cómo Laurie revoloteaba feliz, alrededor de ambos, disfrutando de tan hermoso cuadro.

Cuando Meg vio a Amy, comprendió que el vestido que ella llevaba no tenía para nada un toque parisino... que la señora Moffat quedaría totalmente eclipsada en presencia de la señora Laurence y que su «señoría» se había convertido en una dama fina y elegante. Al ver a los dos enamorados juntos, Jo pensó: ¡Qué buena pareja hacen! Yo tenía razón, Laurie ha encontrado una joven hermosa y educada que encajará en su hogar mucho mejor que la vieja y desgarbada Jo y que, en lugar de un tormento, será motivo de orgullo. La señora March y su esposo sonreían y asentían felices al comprobar que la prosperidad de su hija menor no sería solo material, sino que contaba con la mayor riqueza de todas: amor, confianza y felicidad.

El rostro de Amy irradiaba ese dulce brillo que nace de un corazón en paz, su voz poseía una ternura distinta y su aspecto, antaño frío y cursi, denotaba una dignidad femenina e irresistible. Había abandonado toda afectación, y la amable dulzura que presidía todos sus gestos contribuía a aumentar su encanto más que su belleza recién adquirida o su antigua elegancia, porque era la prueba inequívoca de que se había convertido en una auténtica dama, tal y como siempre había soñado.

—El amor ha transformado a nuestra pequeña —susurró la madre.

—Siempre ha tenido un buen espejo en el que mirarse, querida —murmuró el señor March observando amorosamente el rostro ajado y el cabello gris de su esposa.

Daisy no podía apartar los ojos de su hermosa tía y se pegó a la maravillosa dama como un perro faldero. Demi se tomó su tiempo antes de mostrarse incondicional de la pareja mediante la inmediata aceptación del soborno que sus tíos le ofrecieron: una tentadora familia de osos de madera procedente de Berna. Laurie, que sabía cómo ganarse su favor con un sencillo movimiento, le dijo:

—Jovencito, cuando tuve el honor de conocerte, me golpeaste en el rostro; ¡ahora exijo una compensación de caballeros! —Dicho esto, el alto tío procedió a sacudir y despeinar a su pequeño sobrino de una manera que dañó su dignidad filosófica casi tanto como hizo las delicias de su alma de niño.

—¡Válgame Dios, si va toda de seda, de pies a cabeza! ¡Qué gracia verla así, tan arreglada! ¡Y que todo el mundo llame «señora Laurence» a mi pequeña Amy! —musitó la vieja Hannah, que aprovechaba mientras ponía la mesa para entrometerse abiertamente y echar vistazos a los recién llegados.

¡Y había que verlos! ¡Cómo hablaban! Primero uno, después el otro, y al final los tres a la vez, tratando de resumir las anécdotas de tres años de viaje en media hora. Por fortuna, llegó la hora de la cena y pudieron hacer una pausa y sosegarse, ya que, de haber seguido a aquel ritmo, habrían terminado roncos y agotados. Qué feliz procesión formaban al entrar en el comedor. El señor March acompañaba orgulloso a la «señora Laurence»

y la señora March caminaba dichosa del brazo de «su hijo». El anciano caballero, que se apoyaba en Jo, le susurró al oído: «Ahora, tendrás que ser mi niña», y lanzó una mirada hacia el rincón vacío, junto a la chimenea; con labios temblorosos, Jo murmuró: «Intentaré estar a la altura, señor».

Los gemelos iban detrás, dando brincos la mar de felices, porque, como todo el mundo estaba pendiente de los recién llegados, los dejaban divertirse a sus anchas, y ellos no dudaron en sacar el máximo partido a las circunstancias. Bebieron un poco de té a escondidas, se hincharon de pan de jengibre ad libitum, comieron sendas magdalenas y, en el colmo del atrevimiento, escondieron un tentador pastelillo de mermelada en sus bolsillitos, donde se pegó y desmigajó traicioneramente, lo que les enseñó que la naturaleza humana y los pastelillos son ¡igualmente delicados! Abrumados por el peso de la culpa por los pastelillos sustraídos, y temerosos de que la aguda mirada de la tía Dodo, como llamaban a Jo, descubriese el botín oculto tras la fina tela de batista y lana, los jóvenes pecadores no se despegaron de su abuelo, que no llevaba las gafas puestas. Amy, que iba de mano en mano, como la comida, volvió al salón del brazo del abuelo de Laurie y, como el resto se emparejó, Jo se quedó sola, circunstancia que aprovechó para quedar rezagada y charlar con Hannah, que, ilusionada, le había preguntado:

—¿Crees que la señorita Amy irá en su propio carruaje y comerá en la hermosa vajilla de plata que guardan en la casa?

—Si usase un carruaje tirado por seis caballos blancos, comiese en platos de oro y nevase diamantes y vestidos de encaje todos los días, no me sorprendería. Para Teddy, nada es lo suficientemente bueno para su esposa —contestó Jo muy satisfecha.

—¡No se puede pedir más! ¿Qué querrás para desayunar, picadillo o pescado? —preguntó Hannah, que mezclaba sabiamente poesía y prosa.

—Me es igual. —Y Jo cerró la puerta sintiendo que la comida no era un tema adecuado para el momento. Se quedó mirando cómo todos iban a la planta de arriba y, cuando vio desaparecer los pantalones de cuadros escoceses de Demi, al llegar este al último escalón, la embargó un repentino sentimiento

de soledad, tan intenso que miró alrededor, con los ojos llenos de lágrimas, en busca de algo a lo que asirse, ahora que hasta Teddy la había abandonado. De haber sabido qué regalo de cumpleaños la esperaba, no se habría dicho: Ya lloraré cuando me acueste, ahora no puedo estar deprimida. Se secó las lágrimas con la mano —pues una de sus costumbres masculinas consistía en no recordar nunca dónde tenía el pañuelo— y cuando, no sin esfuerzo, consiguió esbozar una sonrisa, alguien llamó a la puerta principal.

La abrió con hospitalaria prontitud y se sobresaltó como si hubiese recibido la visita de un fantasma. Frente a ella había un caballero robusto, con barba, cuya sonrisa lo iluminaba todo, como el sol de medianoche.

—¡Señor Bhaer! ¡Qué alegría verle! —exclamó Jo, que lo abrazó con fuerza, como si con ello pudiese evitar que la noche se lo tragase.

—Lo mismo digo, señorita March. Disculpe, creo que he interrumpido su fiesta... —El profesor hizo una pausa al oír voces y música de baile procedentes de la planta superior.

—No, no es una fiesta, es una reunión familiar. Estamos celebrando que mi hermano y mi hermana han vuelto de su viaje. Entre y súmese a nosotros.

Como hombre educado que era, el señor Bhaer hubiese preferido marcharse y regresar en otro momento, pero le fue imposible ya que Jo cerró la puerta y le despojó de su sombrero. Tal vez la expresión del rostro de la joven hizo el resto, porque esta no pudo disimular la alegría que le produjo aquel encuentro y la mostró con una franqueza que al solitario caballero, que no esperaba tan grata bienvenida, le pareció irresistible.

—Si no es molestia, me encantará saludarlos. ¿Ha estado enferma, querida?

La pregunta pilló a Jo desprevenida mientras colgaba el abrigo en el perchero, y al señor Bhaer no se le escapó el cambio que produjo en el semblante de la joven.

—No, enferma no. Me he sentido cansada y triste, han ocurrido muchas cosas desde que hablamos por última vez.

—¡Ah, sí, estoy al corriente! Me sentí muy triste por usted cuando me enteré. —Y le estrechó la mano tan afectuosamente que Jo pensó que no había consuelo comparable al de aquella mirada dulce y aquel cálido apretón de manos.

—Papá, mamá, este es mi amigo, el profesor Bhaer —dijo ella sin poder disimular su orgullo y alegría. A buen seguro, de haber podido, le habría anunciado con trompetas y haciendo una reverencia en la puerta.

Si a nuestro caballero le quedaba alguna duda sobre la pertinencia de su visita, se disipó de inmediato al observar lo bien que lo recibía la familia. Todos le trataron con exquisita amabilidad, primero por cortesía hacia Jo, pero enseguida lo hicieron por gusto. No podía ser de otro modo, puesto que el señor Bhaer llevaba el talismán que abre todos los corazones, y aquellas personas sencillas le acogieron con más calidez y amabilidad porque era pobre, ya que la pobreza enriquece a quienes la trascienden y es un pasaporte seguro para ganar la hospitalidad de los espíritus bienintencionados. El señor Bhaer se sentó y miró alrededor sintiéndose como un viajero que llama a la puerta de unos desconocidos y estos le acogen como a uno de ellos, Los niños fueron hacia él, atraídos como las moscas a la miel, se sentaron en sus rodillas y se dedicaron a revisar sus bolsillos, tirarle de la barba y estudiar su reloj de bolsillo con audacia infantil. Las mujeres intercambiaron mudas señales de aprobación. El señor March sintió que había encontrado un igual y conversó animadamente con su nuevo huésped, mientras John escuchaba en silencio, muy atento, y el señor Laurence se resistía a retirarse.

Si no hubiese estado tan ocupada, a Jo le habría hecho gracia el comportamiento de Laurie, pues este sintió una incomodidad que, más que a los celos, obedecía al recelo, y se mantuvo distante al principio, observando al recién llegado con la circunspección de un hermano. Sin embargo, la desconfianza no duró demasiado, el señor Bhaer le cautivó a pesar suyo y, sin darse cuenta, se unió a la agradable charla. El señor Bhaer rara vez se dirigía a Laurie, pero le miraba con frecuencia con cierta pena, como si, al ver a aquel joven en la flor de la vida,

pensase con nostalgia en su juventud perdida. Luego miraba a Jo con una intención tan transparente que, de haberle visto ella, habría respondido de inmediato a su muda pregunta. Pero Jo, consciente de que una mirada podría delatar sus sentimientos, no quitaba ojo del calcetín que estaba confeccionando en su mejor estilo de solterona modelo.

De vez en cuando, le echaba un cauteloso vistazo que calmaba su ansia como el agua mitiga la sed del esforzado caminante, porque todo cuanto veía eran buenos presagios. El señor Bhaer había perdido su aire distraído y se mostraba apasionado, totalmente centrado en el momento presente, y parecía mucho más joven y apuesto que de costumbre. Curiosamente, Jo no lo comparó con Laude, como solía hacer con los hombres a los que conocía, para detrimento de la mayoría. El señor Bhaer parecía muy inspirado, aunque las costumbres funerarias de los antiguos —el tema del que estaban hablando— no resultase precisamente muy alegre. Cuando Jo vio que Teddy se apasionaba con la conversación y su padre escuchaba con atención, sintió una gran satisfacción y se dijo: ¡Cómo disfrutaría pudiendo hablar cada día con un hombre como este! Por último, el señor Bhaer vestía un traje negro que le daba el aspecto de un auténtico caballero. Se había recortado la poblada barba y llevaba el cabello muy bien peinado, aunque no le duró mucho, ya que, con la pasión de la charla, se lo alborotó y volvió a tener el divertido aspecto de costumbre, quejo prefería porque pensaba que le favorecía mucho más. ¡Pobre Jo! Allí sentada, tricotando, no dejaba de alabar a aquel hombre sencillo y no había detalle que se le escapase, ni siquiera el hecho de que el señor Bhaer llevaba gemelos de oro en sus immaculados puños.

Mi querido amigo no se habría vestido con más cuidado si hubiese ido a una petición de mano, pensó Jo. De pronto, le asaltó una sospecha que le hizo sonrojarse de tal manera que dejó caer la labor y se agachó a recogerla para poder ocultar su rostro.

Sin embargo, la maniobra no le dio tan buen resultado como esperaba porque, aunque estaba hablando de cómo se prendía fuego en una pira funeraria, el señor Bhaer soltó metafórica-

mente la antorcha y se agachó a recoger el pequeño ovillo azul. Y, cómo no, se dieron un golpe en la cabeza, vieron las estrellas y ambos se incorporaron ruborizados y sonrientes, sin haber recuperado el ovillo, y volvieron a sus asientos deseando no haberse levantado.

Como Hannah se encargó de acostar a los niños y el señor Laurence se fue a casa a descansar, la velada se alargó sin problemas. Sentados alrededor de la chimenea, todos charlaron animadamente, sin ver el tiempo pasar, hasta que Meg, convencida de que Daisy se había caído de la cama y de que Demi se había prendido fuego al camisón al jugar con unas cerillas, decidió que era hora de regresar a casa.

—Ahora que volvemos a estar todos reunidos, deberíamos cantar como hacíamos en los viejos tiempos —propuso Jo, convencida de que cantar sería una forma segura y agradable de dar salida a la jubilosa emoción que sentía.

No estaban todos, pero nadie juzgó incorrectas o irrespetuosas esas palabras, puesto que Beth parecía estar allí —una presencia serena—, invisible, pero más querida que nunca, pues la muerte no podía romper los lazos familiares que el amor había vuelto indisolubles. La pequeña silla seguía en su lugar, el pulcro cesto que guardaba la labor que la joven dejó inacabada cuando la aguja se volvió demasiado pesada para sus dedos continuaba en el estante, y su amado instrumento, que casi nunca sonaba ya, seguía donde siempre. Y, por encima de todo eso, el rostro de Beth, sereno y sonriente como en los buenos tiempos, parecía observarlos y decir: «¡Sed felices, sigo aquí!».

—Amy, toca algo para que vean cuánto has aprendido —propuso Laurie, con el comprensible orgullo de un maestro que desea ver lucirse a su pupila.

Amy suspiró, miró con lágrimas en los ojos el taburete y dijo:
—Esta noche no, querido. Hoy no puedo tocar nada.

Sin embargo, mostró algo mejor que su habilidad o su brillantez al piano, ya que cantó las canciones que solía entonar Beth con una dulzura que ningún maestro puede enseñar y que llega al corazón de quienes la escuchan con una fuerza que solo la inspiración puede dar. La sala estaba en silencio,

y a Amy se le quebró la voz al pronunciar la última frase de la canción favorita de Beth, que decía: «No existe dolor terreno que el cielo no pueda curar». Después, abrazó a su esposo, que estaba detrás de ella, y sintió que su regreso al hogar no era tan perfecto sin el beso de su hermana Beth.

—Y ahora, para terminar, el señor Bhaer nos cantará una canción —dijo Jo para evitar que aquel silencio lleno de dolor se prolongara.

El señor Bhaer se aclaró la garganta, dio un paso hacia Jo y repuso:

—Si usted la canta conmigo. Nos sale muy bien juntos.

Tal afirmación era una mentira piadosa, puesto que Jo tenía la gracia musical de un grillo. No obstante, habría aceptado hasta cantar una ópera si él se lo hubiese pedido. Así pues, se puso a gorjear sin prestar atención ni al tono ni al compás, pero no se notó mucho porque el señor Bhaer, como buen alemán, cantaba alto y bien, de modo que Jo se limitó a tararear para oír aquella voz melodiosa que parecía cantar exclusivamente para ella. La canción hablaba de una tierra lejana a la que el protagonista ansiaba ir con su amada, y Jo, emocionada, deseó contestar a tan dulce invitación que partiría feliz con él a esa tierra desconocida cuando él quisiese.

La canción fue del agrado de todos y el intérprete, tímido, recibió las alabanzas del público. Momentos después, al ver que Amy se ponía el gorro para salir, el señor Bhaer olvidó sus buenos modales y la miró boquiabierto. No entendía qué ocurría, porque Jo se la había presentado como su hermana y nadie se había referido a la joven como la señora Laurence. Sin embargo, cuando Laurie declaró: «Mi esposa y yo estaremos encantados de recibirle en nuestra casa, donde siempre será bienvenido», el profesor comprendió todo de golpe y mostró tal satisfacción que Laurie se dijo que era el hombre más agradecido que conocía.

—Yo también he de irme, pero volveré pronto, si me lo permite, querida señora. He de atender un asunto en la ciudad que me retendrá aquí varios días.

El profesor hablaba a la señora March, pero miraba a Jo. La hija consintió con la mirada y la señora March lo hizo con pa-

labras, pues, contrariamente a lo que pensaba la señora Moffat, no era ajena a los intereses de sus hijas.

—Parece un hombre inteligente —comentó el señor March, con plácida satisfacción, desde la alfombrilla, una vez que el último de los huéspedes se hubo marchado.

—Estoy segura de que es un buen hombre —añadió la señora March mostrando su decidido apoyo al profesor, mientras daba cuerda al reloj.

—Sabía que os caería bien —fue todo lo que dijo Jo al despedirse para ir a la cama.

Se preguntaba qué asunto había traído al señor Bhaer a la ciudad y, al final, concluyó que le habrían otorgado algún premio al que él, por su modestia, habría preferido no referirse. Si le hubiese podido ver la cara mientras, ya de vuelta en su habitación, contemplaba el retrato de una joven severa y rígida, con una buena mata de pelo, que parecía tener la mirada perdida en un oscuro futuro, habría imaginado de qué se trataba. Y si le hubiese visto besar el retrato antes de apagar la luz, no le habría quedado ninguna duda.



Capítulo 44

Señor y señora

Por favor, mamá, ¿podría prestarme a mi esposa media hora? El equipaje ya ha llegado y, aunque he estado revolviendo entre las galas parisinas de Amy, no encuentro lo que busco —dijo Laurie al día siguiente, cuando fue a buscar a su esposa y la encontró sentada en las rodillas de su madre, como si volviese a ser una niña.

—Por supuesto. Ve, querida. Había olvidado que ahora tienes otro hogar. —Y la señora March apretó la blanca mano que llevaba el anillo de casada como si pidiera perdón por su codicia maternal.

—No habría venido a buscarla de haber podido evitarlo, pero ya no sé vivir sin mi mujercita, soy como un...

—Una veleta sin viento —apuntó con una sonrisa Jo, que desde que Teddy había regresado a casa volvía a ser la muchacha desvergonzada de siempre.

—Exactamente, porque Amy me tiene mirando al oeste la mayor parte del tiempo y solo me deja girar de vez en cuando hacia el sur. Desde que me he casado no sé qué es el viento del este ni he visto el del norte. Aun así, sigo sano y tranquilo... No, ¿querida?

—Por ahora, hemos tenido buen tiempo, pero no sé cuánto durará. De todos modos, las tormentas no me asustan porque

estoy aprendiendo a guiar mi barco. Iré a casa, querido, y te ayudaré a buscar tu sacabotas, que imagino es lo que has estado rebuscando entre mis cosas. Madre, los hombres son unos inútiles —dijo Amy, con ese tono de joven recién casada que entusiasmaba a su esposo.

—¿Qué pensáis hacer una vez instalados? —preguntó Jo, mientras abrochaba el abrigo de Amy como hacía con su delantal cuando era pequeña.

—Tenemos planes pero no queremos decir nada todavía porque estamos ultimándolos. Eso sí, no vamos a quedarnos ociosos. Yo trabajaré en el negocio con una entrega que satisfará a mi abuelo y le demostraré que no soy un niño malcriado. Necesito algo que me dé estabilidad, estoy harto de vagar sin rumbo; voy a trabajar como un hombre.

—¿Y Amy qué hará? —inquirió la señora March, contenta de que Laurie hubiese tomado tal decisión y hablase de ella con tanto entusiasmo.

—Después de cumplir con todas las formalidades sociales, sorprenderá a todos con la organización de elegantes encuentros en nuestra casa a los que acudirá la flor y nata de la sociedad y que tendrán una influencia benéfica sobre el mundo en su conjunto, ¿Lo he explicado bien, madame Recamier? —preguntó Laurie mientras miraba a Amy con socarronería.

—El tiempo dirá. Ve a casa, impertinente, y no te burles de mí delante de mi familia —contestó Amy, convencida de que en un hogar, antes de una dama de sociedad que organiza reuniones, debe haber una buena esposa.

—¡Qué felices parecen juntos! —comentó el señor March, al que le costaba reanudar la lectura de Aristóteles después de que la pareja se marchara.

—Sí, y creo que durará —añadió la señora March, con el alivio de un capitán que ha llevado el barco sano y salvo al puerto.

—Seguro que sí. Amy será muy feliz —dijo Jo con un suspiro. Después, al ver que el profesor Bhaer abría la puerta del jardín con impaciencia, su rostro se iluminó con una sonrisa.

Más tarde, ese mismo día, después de encontrar el sacabotas, Laude dijo de improviso a su esposa, que estaba organizando sus nuevos tesoros artísticos:

—Señora Laurence...

—Sí, mi señor.

—¡Ese hombre pretende casarse con nuestra Jo!

—Eso espero; ¿tú no, querido?

—Bueno, amor mío, me parece estupendo en todos los sentidos, pero me gustaría que fuese algo más joven y mucho más rico.

—Venga, Laurie, no seas tan quisquilloso y tan práctico. Si se aman, ¿qué importan los años que tenga o lo pobre que sea? Una mujer nunca debería casarse por dinero... —Amy se interrumpió al oírse decir eso y miró a su esposo, que repuso con maliciosa seriedad:

—Estoy de acuerdo. Sin embargo, he oído a algunas jovencitas encantadoras decir en ocasiones que esa es su intención. Si la memoria no me falla, en algún momento tú pensaste que tenías la obligación de casarte con un hombre rico. Tal vez esa sea la razón por la que te has unido a un inútil como yo...

—¡Oh, querido, no digas eso! Cuando te di el «sí» había olvidado que eras rico. Me hubiese casado contigo aunque no tuvieses un centavo y, a veces, me gustaría que fueses pobre para poderte demostrar lo mucho que te amo. —Dicho esto, Amy, que era muy digna en público y muy cariñosa en privado, dio sobradas muestras de la veracidad de sus palabras—. Supongo que ya no creerás que soy una persona tan interesada como pude ser en otro momento, ¿verdad? Si me dijese que no crees que remaría contigo en el mismo bote aunque no tuvieses de qué vivir, me partirías el corazón.

—No soy tonto, querida. ¿Cómo iba a no creerte cuando rechazaste a un hombre más rico por mí y no permites que te compre la mitad de lo que mereces? Hoy en día, a muchas chicas las educan para que se casen por dinero, pobrecillas, y creen que es su única salida. Pero, aunque en algún momento temí por ti, has estado a la altura de las enseñanzas que recibiste y no me has decepcionado. Precisamente ayer se lo comenté a mamá, y ella se puso más contenta y estuvo más agradecida

que si le hubiese regalado un millón para obras de caridad. Señora Laurence, no me está escuchando... —Laurie se interrumpió porque, aunque Amy le miraba, parecía ausente.

—Sí te escucho, pero estoy admirando el hoyuelo que se te forma en la barbilla. No quiero que te vuelvas vanidoso, pero estoy más orgullosa de mi esposo por lo guapo que es que por todo el dinero que tiene. No te rías, pero tu nariz me gusta muchísimo... —Y al decir eso, Amy acarició la perfecta nariz de Laurie con satisfacción de artista.

Laurie había recibido muchos elogios a lo largo de su vida, pero ninguno le había complacido tanto, como bien demostró, aunque se rio del peculiar gusto de su esposa mientras ella decía:

—Querido, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—Si Jo se casa con el señor Bhaer, ¿te molestará?

—Oh, ya veo, de modo que ese es el problema, ¿no es cierto? Pensaba que mi hoyuelo no te acababa de convencer... Te aseguro que el día en que Jo se case bailaré feliz en el convite, ya que me siento el hombre más afortunado de la Tierra. ¿Lo dudas, mon amie?

Amy le miró satisfecha, el último rastro de celos desapareció para siempre y le dio las gracias llena de amor y confianza.

—Me gustaría hacer algo por nuestro magnífico y viejo profesor. ¿Y si nos inventamos que un pariente lejano suyo acaba de morir en Alemania dejándole una pequeña fortuna? —comentó Laurie cuando empezaron a caminar por la sala cogidos del brazo, como les gustaba hacer para recordar sus paseos por el jardín del castillo.

—Jo lo descubriría y desbarataría el plan. Ella le quiere como es y ayer me comentó que la pobreza le parecía algo hermoso.

—Que Dios la bendiga, no creo que piense lo mismo cuando esté casada con un hombre de letras y tenga que mantener a sus pequeños profesores y profesoras. No nos meteremos ahora, pero buscaremos la ocasión y los ayudaremos aunque no lo quieran. Yo le debo a Jo parte de mi educación y, como es de bien nacidos pagar las deudas, lo haré de forma indirecta.

—Qué hermoso es poder ayudar a los demás, ¿no te parece? Ese ha sido siempre mi sueño, estar en condiciones de dar sin pedir nada a cambio, ahora, gracias a ti, mi sueño se ha hecho realidad.

—Haremos mucho bien, ya lo verás. Me gustaría ayudar a una clase de pobres en particular. Los mendigos reciben ayuda, pero los caballeros pobres no, porque no la piden y nadie se atreve a ofrecerles caridad. Sin embargo, existen mil maneras de ayudarlos con delicadeza, sin ofenderlos. He de confesar que prefiero ayudar a un caballero venido a menos que a un pobre que me dé coba. Quizá no esté bien, pero es lo que pienso, aunque resulte más difícil.

—Porque hay que ser un caballero para hacerlo —añadió el otro miembro de la sociedad de ayuda al necesitado.

—Gracias, no creo merecer ese calificativo. Sin embargo, cuando estaba dando tumbos por el mundo, conocí a muchos jóvenes con talento que tenían que hacer toda clase de sacrificios y soportar privaciones para poder cumplir sus sueños. La mayoría de ellos eran muchachos estupendos, que trabajaban como héroes, pobres y sin amigos, pero con un coraje, una paciencia y una ambición que hacían que me avergonzara de mí mismo y sintiese ganas de echarles una mano. A esa clase de gente da gusto ayudarlos, porque tienen talento, y es un honor servirlos e impedir que se detengan o se retrasen por falta de medios. Es un consuelo poder animarlos y brindarles ayuda para que no desesperen.

—Tienes razón, pero hay otra clase de personas que no piden ayuda y sufren en silencio. Sé de qué hablo porque lo he vivido, antes de que me convirtieses en una princesa. Laurie, las jóvenes con ambición lo pasan francamente mal y, a menudo, ven escapar oportunidades preciosas porque les falta la ayuda en el momento preciso, La gente se ha portado muy bien conmigo y, cuando veo a una joven luchar como nosotras teníamos que hacerlo, siento ganas de tenderle una mano y ayudarla como hicieron conmigo.

—¡Y lo harás, querida, porque eres un ángel! —exclamó Laurie, que, en un arrebato filantrópico, decidió crear y apoyar una institución para ayudar a las jóvenes con intereses artísticos—.

Los ricos no tienen derecho a quedarse cruzados de brazos, disfrutando de su dinero o acumulando más para que otros lo malgasten. En lugar de dejar herencias millonarias al morir, es mucho más inteligente utilizar el dinero sabiamente en vida y disfrutar haciendo felices a los demás. Lo pasaremos bien, querida, pero ayudaremos a que otros tengan una vida mejor. ¿Querrás ser como Tabita y vaciar el cesto de la comodidad para llenarlo de buenas obras?

—Sin duda, y tú, querido, ¿querrás ser como san Martín y compartir tu capa con los pobres?

—Trato hecho. Haremos lo que podamos.

La joven pareja selló su pacto con un apretón de manos y siguieron su paseo, felices, convencidos de que su hogar sería mejor si ayudaban a otros a iluminar el suyo, que sus pies pisarían más rectamente el sendero de flores que tenían ante ellos si despejaban el duro camino que otros debían recorrer y seguros de que sus corazones permanecerían unidos por un amor que no les impedía recordar a aquellos que no eran tan afortunados como ellos.



Capítulo 45

Daisy y Demi



o podría considerar cumplida mi humilde labor de cronista de la familia March si no dedicase, por lo menos, un capítulo a sus dos miembros más preciosos e importantes. Daisy y Demi habían alcanzado ya cierta madurez, pues, en estos tiempos en que todo va tan rápido, los niños de tres o cuatro años hacen valer sus derechos y consiguen lo que quieren, lo que no siempre es el caso de muchos de sus mayores. Dudo que hayan existido dos gemelos más consentidos que los hermanos Brooke, Bien es cierto que eran unos niños extraordinarios, como evidencia el hecho de que a los ocho meses caminaron, a los doce hablaran con fluidez y a los dos años comieran en la mesa y se comportasen con una propiedad que embobaba a todo el que los veía. A los tres años, Daisy pidió una aguja y confeccionó una bolsa con cuatro puntadas, se dedicó a hacer labores domésticas en el aparador y usaba una cocina microscópica de juguete con una gracia que hacía que a Hannah se le llenasen los ojos de lágrimas de orgullo. Mientras, Demi aprendía a escribir con su abuelo, que inventó un nuevo método para enseñar el alfabeto formando las letras con las piernas y los brazos, con lo que conseguía unir saber y gimnasia. El niño dio tempranas muestras de

tener talento para la mecánica, para alegría de su padre y entretenimiento de su madre, puesto que su afán por imitar todas las máquinas que veía hacía que su dormitorio fuese un auténtico caos, en el que instaló una misteriosa estructura creada con cuerdas, sillas, pinzas de ropa y bobinas que hacían girar unas ruedas constantemente. También había colgado un cesto del respaldo de una silla grande y trataba en vano de izar en él a su demasiado confiada hermana, que, con femenina entrega, soportaba coscorrones en la cabecita, hasta que su madre acudía en su rescate y el joven inventor protestaba airado.

A pesar de tener caracteres muy distintos, los dos hermanos se llevaban extraordinariamente bien y rara vez se peleaban más de tres veces al día. Por supuesto, Demi, que tiranizaba a Daisy a su antojo, la defendía galantemente si otra persona la agredía, y Daisy, que aceptaba de buen grado ser galeote, adoraba a su hermano, al que consideraba el ser más perfecto del mundo. Daisy era una niña rechoncha, adorable y sonrosada que se ganaba el corazón de todos. Era una de esas criaturas encantadoras que parecen hechas para recibir besos y mimos, para que las adoren y cuiden como pequeños dioses y para lucir en los días de fiesta. Era tan virtuosa y dulce que, de no ser por alguna que otra travesura, hubiese parecido más angelical que humana. Vivía en un mundo de color de rosa y cada mañana, al despertar, corría a la ventana en camisón, la abría y, lloviese o hiciese sol, exclamaba siempre: «¡Qué día tan bonito!». Era amiga de todo el mundo y besaba a los desconocidos con tanta confianza que los solteros empedernidos se ablandaban y los amantes de los niños se convertían en fieles devotos de su persona.

«Yo quiero a todo el mundo», anunció en una ocasión abriendo los brazos, con una cuchara en una mano y una taza en la otra, como si quisiese estrechar y alimentar al mundo entero.

Al verla crecer, su madre comprendió que el Dovecote conocería la misma bendición que su anterior hogar, la de albergar a un ser sereno y cariñoso, y rogó no volver a sufrir una pérdida como la de su hermana, que le había hecho darse cuenta de que habían vivido con un ángel sin saberlo. El abuelo a menudo

se confundía y la llamaba «Beth», y la abuela la cuidaba con incansable entrega, como si tratase de compensar algún error pasado que solo ella podía ver.

Demi, como yanqui que era, todo lo preguntaba y todo lo quería saber, y se molestaba mucho cuando no recibía una respuesta satisfactoria a su sempiterno «¿Por qué?».

Para dicha de su abuelo, que mantenía conversaciones socráticas con él, Demi tenía cierta predisposición hacia la filosofía y, a menudo, tan precoz pupilo ponía en apuros a su profesor.

—¿Qué mueve mis piernas, abuelo? —preguntó el joven filósofo contemplando esa parte de su anatomía con aire meditabundo, una noche, mientras descansaba después de cometer varias travesuras.

—Tu mente, Demi —contestó el sabio acariciando la dorada cabecita respetuosamente.

—¿Qué es la mente?

—Es lo que hace que tu cuerpo se mueva, del mismo modo que la cuerda del reloj lo mantiene en marcha, tal y como te mostré.

—Ábreme, quiero ver cómo funciona.

—Yo no puedo hacer eso, del mismo modo que tú no podías abrir solo mi reloj. Dios se encarga de darte cuerda y seguirás funcionando hasta que Él te pare.

—¿De veras? —Demi abrió aún más sus ojos marrones, más brillantes que nunca ante aquella revelación—. Entonces, ¿él me da cuerda como si fuese un reloj?

—Sí, pero no te puedo mostrar cómo lo hace, porque siempre ocurre cuando no podemos verlo.

Demi se palpó la espalda buscando semejanzas con un reloj y comentó muy serio:

—Supongo que Dios me da cuerda mientras duermo.

A eso siguió una detallada explicación por parte del abuelo que Demi escuchó con suma atención y que llevó a la abuela, algo angustiada, a preguntar:

—Querido, ¿crees oportuno hablar de estas cosas con un niño? Dudo que las entienda y solo conseguirás que haga preguntas cada vez más difíciles de contestar.

—Si tiene edad para plantear la pregunta, tiene edad para escuchar la respuesta. Yo no le meto ideas en la cabeza, me limito a ayudarle a desarrollar las que ya tiene. Estos niños son más inteligentes que nosotros y no me cabe la menor duda de que el muchacho entiende todo lo que le digo. Veamos, Demi, ¿dónde se encuentra tu mente?

Si el niño hubiese respondido, como Alcibíades: «Por todos los dioses, Sócrates, no tengo idea», su abuelo no se hubiese sorprendido. Sin embargo, cuando el niño, tras permanecer unos segundos apoyado en una sola pierna, como una cigüeña meditabunda, contestó muy seguro de sí: «En mi estómago», el anciano caballero se echó a reír con la abuela y dio por terminada la clase de metafísica.

La madre hubiese tenido motivos para angustiarse de no haber dejado claro Demi que, además de un filósofo en ciernes, era un muchacho de carne y hueso. A menudo, tras una conversación que hacía a Hannah profetizar, con un nial presentimiento: «Este niño no durará mucho en este mundo», él iba y tranquilizaba a su madre cometiéndole alguna de las travesuras con las que los pequeños y queridos granujas entretienen y hacen las delicias de sus padres.

Meg impuso varias normas de conducta e hizo lo posible por mantenerlas, pero ¿qué madre está preparada para las artimañas, ingeniosas salidas y tranquila audacia de hombres y mujeres en miniatura que actúan como los taimados ladronzuelos de *Oliver Twist*?

—Demi, no comas más pasas o te pondrás malo —dice la madre a la personita que se ofrece a ayudar en la cocina con tenaz regularidad los días en los que está previsto preparar pudín de pasas.

—Me gusta estar malo.

—No te quiero aquí, así que ve a ayudar a Daisy con las empanadas.

Se va de mala gana pero, como sus errores pesan sobre su conciencia, al cabo de un rato, cuando encuentra una nueva oportunidad de enmendarlos, consigue engatusar a su madre.

—Ahora, como te has portado muy bien, puedes pedirme lo que quieras —comenta Meg acompañando a su ayudante escaleras arriba, con el pudin a salvo en la cocina.

—¿De verdad, mamá? —pregunta Demi, al que se le acababa de ocurrir una idea brillante.

—Sí, de verdad; puedes pedir lo que sea —contesta la madre, ajena al riesgo, imaginando que tendrá que cantar la canción de los tres gatitos media docena de veces o salir a comprar un centavo de magdalenas haga el tiempo que haga. Pero Demi la acorrala con una estudiada respuesta:

—Entonces, deja que coma todas las pasas que quiera.

La tía Dodo era la confidente y compañera de juegos favorita de ambos niños y, una vez reunidos, el trío ponía la casa patas arriba. La tía Amy era poco más que un nombre para ellos, y la tía Beth se fue diluyendo plácidamente en el recuerdo, pero la tía Dodo era una realidad cotidiana de la que disfrutaban al máximo, algo que ella agradecía sobremanera. Sin embargo, con la llegada del señor Bhaer, Jo descuidó a sus compañeros de juegos, lo que sumió a los pequeños en un profundo abatimiento y desolación. Daisy, a la que le encantaba ir por ahí repartiendo besos, perdió a su mejor cliente y cayó en la bancarrota, y Demi, con su infantil intuición, comprendió de inmediato que la tía Dodo prefería jugar con «el hombre de la barba» antes que con él, pero, aunque se sintió dolido, ocultó su disgusto puesto que no podía insultar a un rival que tenía una mina de chocolate en el bolsillo del chaleco y un reloj que sus ardientes admiradores podían sacar del estuche y agitar a placer.

No faltará quien considere sobornos esas pequeñas libertades, pero Demi no lo veía con esos ojos y seguía siendo condescendiente y afable con el hombre de la barba; Daisy, por su parte, le hizo entrega de su afecto en la tercera visita y pasó a considerar sus hombros como su trono; sus brazos, como su refugio, y sus regalos, como tesoros de valor incalculable.

A menudo, los caballeros suelen fingir una repentina admiración por los jóvenes parientes de las damas a las que tratan de conquistar, pero esa falsa amistad no es del agrado de los

pequeños y no convence a nadie. Los sentimientos del señor Bhaer eran sinceros a la par que eficaces, porque la honradez es la mejor consejera tanto en el amor como ante la ley. Al señor Bhaer, en verdad, le gustaban los niños y era especialmente entretenido ver el contraste entre su adusto y viril rostro y la alegre expresión de los pequeños. El negocio que le había llevado allí le retuvo varios días, pero no le impedía acudir a casa de los March casi todas las tardes para ver... Bueno, puesto que siempre preguntaba por el señor March, hemos de suponer que él era la razón de sus visitas. Nuestro excelente padre vivía engañado pensando que, en efecto, él era el objeto de tanta atención y disfrutaba mucho de las largas charlas con aquel hombre inteligente, hasta que su nieto, más observador que él, le abrió súbitamente los ojos.

Una tarde, cuando el señor Bhaer llegó, se detuvo en el umbral del estadio, atónito ante el espectáculo que encontró. El señor March estaba tumbado en el suelo, con sus respetables piernas en alto, y a su lado, igualmente tendido, Demi se esforzaba por imitar su postura con sus piernecitas, cubiertas con medias rojas. Ambos estaban tan absortos en su actividad que no se percataron de la presencia de espectadores, hasta que el señor Bhaer soltó una sonora carcajada y Jo exclamó escandalizada:

—¡Papá, papá! ¡El profesor está aquí!

Las piernas negras descendieron y se alzó una cabeza de cabellos canos que saludó con imperturbable dignidad:

—Buenas tardes, señor Bhaer. Le ruego que me disculpe un instante, estamos terminando una clase. Ahora, Demi, forma la letra y dime cuál es.

—La conozco. —Y tras varios esfuerzos convulsos, las piernas rojas adoptaron la forma de un compás y el inteligente pupilo exclamó triunfal—: ¡Es una uve, abuelo, una uve!

—Este niño es un genio —comentó Jo entre risas mientras su padre se levantaba y su sobrino trataba de hacer el pino para mostrar su alegría ante el fin de la clase.

—¿Qué has hecho hoy, bübchen? —preguntó el señor Bhaer, ayudando al gimnasta a ponerse en pie.

—Hemos ido a visitar a la pequeña Mary.

—Y una vez allí, ¿qué hiciste?

—La besé —reconoció Demi con su natural franqueza.

—¡Caramba! Eso sí que es empezar pronto, ¿Y qué dijo la pequeña Mary? —inquirió el señor Bhaer, convertido en confesor del joven pecador, que, sentado sobre sus rodillas, revisaba el contenido del bolsillo de su chaleco.

—¡Oh, le gustó, me besó y a mí me gustó! A los niños les gustan las niñas, ¿no? —dijo Demi con la boca llena y cara de satisfacción.

—Eres un joven muy precoz. ¿Quién te ha metido eso en la cabeza? —intervino Jo, que disfrutaba con aquellas inocentes revelaciones tanto como el profesor.

—No está en mi cabera, está en mi boca —contestó el pequeño Demi, y sacó la lengua para mostrar un trozo de chocolate, pensando que su tía no se refería a las ideas sino a los dulces.

—Deberías guardar un poco para tu pequeña amiga. Dulces para las dulces. —Dicho esto, el señor Bhaer ofreció un poco de chocolate a Jo, que se preguntó si no sería el néctar que bebían los dioses.

Demi los vio sonreír e, impresionado, preguntó:

—Profesor, ¿a los niños grandes les gustan las niñas grandes?

Como, al igual que el presidente Washington, el señor Bhaer era incapaz de mentir, dio una respuesta imprecisa; dijo que creía que sí, pero en un tono que hizo que el señor March dejase de cepillarse la chaqueta, mirase a Jo, que desvió la vista, y se dejase caer sobre el sofá, abrumado por la idea, a un tiempo dulce y amarga, que su precoz nieto había puesto en su mente.

Demi nunca entendió por qué cuando su tía Dodo le sorprendió escondido en la despensa, media hora después, en lugar de reñirle, le abrazó tan fuerte que casi le dejó sin respiración, y el hecho de que a tan extraña y novedosa actitud se sumase el que le premiase con una rebanada de pan con mermelada se convirtió en un misterio insondable para él.



Capítulo 46

Bajo el paraguas



Mientras Laurie y Amy daban sus paseos conyugales por alfombras de terciopelo, ponían en orden su casa y planeaban un futuro lleno de bendiciones, el señor Bhaer y Jo disfrutaban de paseos distintos por caminos embarrados y campos empapados.

Siempre salgo a dar un paseo al atardecer, y no veo por qué debería dejar de hacerlo solo por haberme encontrado varias veces al profesor, se dijo Jo, la segunda o tercera vez. Porque, aunque se podía ir a casa de Meg por dos caminos, siempre se topaba con él, a la ida o la vuelta, tomase el que tomase. Él siempre iba a buen paso y parecía no verla hasta que ella estaba muy cerca; entonces, la miraba como si sus miopes ojos no le hubiesen permitido reconocerla hasta ese instante. Si ella se dirigía a casa de Meg, él, casualmente, llevaba un regalo para los niños; si ella iba de vuelta a casa, él había salido a dar un paseo por el río y pensaba pasar a verlos, salvo, claro está, que estuviesen cansados de sus frecuentes visitas.

Dadas las circunstancias, ¿qué otra cosa podía hacer salvo saludar e invitarle a entrar? Si estaba harta de sus visitas, lo disimulaba muy bien, ya que siempre se preocupaba de que

hubiese café a la hora de la cena porque «a Friedrich... al señor Bhaer, quiero decir, no le gusta el té».

En la segunda semana, todos estaban perfectamente al tanto de lo que ocurría, pero fingían ceguera ante los cambios operados en la expresión de Jo. Nadie preguntaba por qué cantaba mientras trabajaba, se retocaba el peinado tres veces al día o volvía radiante de los paseos vespertinos. Era como si ninguno de ellos sospechase que el señor Bhaer charlaba de filosofía con el padre mientras le daba a la hija lecciones de amor.

Como Jo no sabía abrir su corazón de una manera decorosa, trataba a toda costa de frenar sus sentimientos y, al no conseguirlo, vivía en un constante estado de inquietud. Temía que los demás se riesen de ella si se enamoraba después de haber defendido con tanto denuedo su independencia. A quien más temía era a Laurie, que sin embargo, desde que Amy llevaba las riendas, no había vuelto a llamar al señor Bhaer «viejo estupendo», no comentaba nada sobre el hecho de quejo cuidase más su aspecto ni se mostraba sorprendido cuando encontraba al profesor cenando en casa de los March casi todas las noches. No obstante, en secreto el joven se sentía jubiloso y esperaba con ilusión el momento en que pudiera entregar a Jo un plato con el dibujo de un oso y un bordón en campo de gules como adecuado blasón.

Durante dos semanas, el profesor acudió a la casa de los March con una puntualidad de enamorado y, después, estuvo tres días sin dar señales de vida, lo que preocupó a todos. Jo al principio se inquietó, pero luego —cosas del amor— se mostró muy enfadada.

Es indignante. Se ha ido como vino, sin avisar. No es que me deba nada, claro está, pero lo más indicado era que pasase a despedirse de nosotros, como un caballero, se dijo, y miró con expresión desesperada hacia la puerta mientras se preparaba para ir a dar el acostumbrado paseo, en una tarde gris.

—Querida, coge el paraguas, parece que va a llover —indicó la madre, que, aunque se dio cuenta de que llevaba puesto el sombrero nuevo, prefirió no hacer comentarios al respecto.

—Sí, mamá. ¿Necesitas algo de la ciudad? Voy a acercarme a comprar papel —explicó Jo, que se había vuelto hacia el espejo para colocarse bien el lazo debajo de la barbilla y no tener que mirar a su madre.

—Sí, tráeme algodón de bordar, un paquete de agujas del número nueve y dos metros de cinta estrecha de color malva. ¿Llevas unas buenas botas y algo de abrigo?

—Sí —contestó Jo, ausente.

—Si por casualidad te encuentras con el señor Bhaer, invítale a cenar, tengo muchas ganas de ver a este buen hombre —añadió la señora March.

Jo oyó sus palabras, pero no dijo nada. Dio un beso a su madre y salió muy apurada, pensando con gratitud, a pesar del mal de amores que la aquejaba: ¡Qué buena es conmigo! ¿Qué hacen las jóvenes que no tienen una madre como la mía para sacarlas de apuros?

Las mercerías no se encontraban junto a los bancos, los despachos y los almacenes al por mayor en torno a los que se congregaban los caballeros. Sin embargo, antes de ir a cumplir los encargos, Jo se dio una vuelta por esa zona de la ciudad; remoloneó como si esperase a alguien, se detuvo a mirar la maquinaria de ingeniería expuesta en un escaparate y las muestras de lana que había en otro, con un interés impropio de una dama; caminó entre los barriles, exponiéndose a ser aplastada por los fardos que caían y sufriendo los codazos poco educados de hombres muy atareados que parecían preguntarse de dónde demonios había salido. Al sentir una gota de lluvia en la mejilla, dejó de pensar en sus frustradas esperanzas y se concentró en evitar que el agua le estropease el sombrero, y se dijo que, si como mujer enamorada era demasiado tarde para resguardar su corazón, por lo menos sí estaba a tiempo de salvar su atuendo. Recordó el paraguas que, con las prisas, había dejado en casa, pero de nada servía ya lamentarse; si no pedía uno prestado, acabaría empapada. Miró primero el cielo encapotado, después, el lazo carmesí, que ya tenía motas negras, la calle llena de barro y, por último, volvió la vista atrás, a un lejano y mugriento almacén en cuya puerta se leía «Hoffmann, Swartz & Co.», y

se reprendió a sí misma con dureza: ¡Me está bien empleado! ¿Quién me mandaba ponerme mis mejores galas y salir a dar vueltas con la esperanza de encontrarme con el profesor? ¡Qué vergüenza, Jo! Ahora, no debes ir ahí a pedir prestado un paraguas ni a preguntar a sus amigos si saben dónde se encuentra. Lo que tienes que hacer es aguantar el chaparrón y comprar lo que te han encargado aunque llueva, y si te buscas la muerte o se estropea el sombrero, lo tendrás bien merecido, ¡Venga!

En ese instante, cruzó corriendo la calle tan impetuosamente que a punto estuvo de atropellada un camión y se dio de bruces con un imponente y elegante caballero que protestó con un «Señorita, por favor» y puso cara de sentirse muy ofendido. Desmoralizada, Jo se arregló el traje, cubrió con su pañuelo los adorados lazos y, dando la espalda a la tentación, apresuró el paso, mientras notaba cómo el bajo de la falda se empapaba y oía el ruido metálico de los paraguas que entrechocaban por encima de su cabeza. De pronto, le llamó la atención que un desvencijado paraguas azul permaneciese quieto sobre su desprotegido sombrero y, al levantar la vista, se encontró con la mirada del señor Bhaer.

—Yo diría que conozco a esta dama resuelta que avanza valientemente entre los carruajes y cruza a toda prisa las calles llenas de barro. ¿Qué la trae por aquí, querida?

—He venido de compras.

El señor Bhaer sonrió al ver una fábrica de encurtidos en una acera y una peletería en la otra, pero, educadamente, no dijo nada salvo:

—Veo que no tiene paraguas, ¿me permite que la acompañe y le lleve los paquetes?

—Sí, gracias.

Jo, que tenía las mejillas tan rojas como el lazo del sombrero, se preguntó qué pensaría de ella, pero, al cabo de un minuto, eso había dejado de preocuparla, puesto que estaba caminando del brazo de su profesor; parecía que el sol había vuelto a salir y tuviera un brillo más intenso de lo habitual, que el mundo cobraba sentido de nuevo y que había una mujer plenamente feliz mojándose los pies en un día de lluvia.

—Pensamos que se había marchado —explicó Jo, apresuradamente, consciente de que él la estaba mirando; como el sombrero no le tapaba el rostro, temía que su alegría le pareciese al profesor poco recatada.

—¿Cree que podría marcharme sin despedirme de quienes han sido tan sumamente amables conmigo? —preguntó con un deje de reproche en la voz que hizo quejo sintiera que le había insultado, por lo que añadió enseguida:

—No, no lo creo. Sabía que tenía asuntos que atender, pero todos le echábamos de menos... Sobre todo papá y mamá.

—¿Y usted?

—A mí siempre me es grato verle, señor.

En su afán por que su voz no delatase la emoción, Jo había adoptado un tono bastante frío y eso, unido a la gélida formalidad de llamarle «señor», dejó al profesor helado e hizo que se le borrara la sonrisa del rostro.

—Se lo agradezco —dijo, muy serio—; iré a verles antes de irme.

—Entonces, ¿se marcha ya?

—Ya no tengo ningún asunto pendiente aquí. He terminado.

—Espero que haya sido provechoso —comentó Jo, decepcionada por lo tajante de la respuesta.

—Supongo que podría verse así, porque me permitirá ganarme el pan y ayudar a mis sobrinos.

—¡Cuéntemelo, por favor! Todo lo que tiene que ver con... los niños me interesa mucho —pidió ella con impaciencia.

—Es usted muy amable, se lo contaré con mucho gusto. Mis amigos me han conseguido un puesto en una escuela, donde podré enseñar como en casa y ganar lo bastante para ofrecer una buena vida a Eran y Emil. Les estoy muy agradecido por ello. ¿No le parece que hay motivo?

—Por supuesto. Me alegra mucho que pueda trabajar en lo que le gusta y poder ver con más frecuencia a los niños y a usted... —Jo se escudó en los niños para disimular una satisfacción que no alcanzaba a ocultar.

—Mucho me temo que no nos veremos con frecuencia, pues el puesto de trabajo es en el oeste.

—¿Tan lejos? —Jo dejó caer su falda como si ya no le importase lo que pudiese ocurrirles ni a su ropa ni a su persona.

Aunque el señor Bhaer sabía muchos idiomas, aún no había aprendido a leer el de la mujer. Dado que creía conocer muy bien a Jo, no sabía cómo interpretar los vertiginosos cambios de voz, expresión y actitud de la joven, que, en media hora, había pasado por media docena de estados de ánimo distintos. Al verle, había parecido sorprenderse, aunque era fácil sospechar que había ido allí, precisamente, para encontrarse con él. Cuando luego él le ofreció su brazo, la expresión con la que lo aceptó le alegró el corazón pero, al preguntarle si le había echado de menos, obtuvo una respuesta tan educada y fría que le robó toda esperanza. Después, casi aplaudió al conocer la buena nueva de su trabajo. ¿Realmente se alegraba por los niños? Y, al enterarse del destino, exclamó «¿tan lejos?» con un tono desesperado que lo subió a una cumbre de ilusión, de la que sin embargo cayó al minuto siguiente, cuando ella apuntó, como si verdaderamente fuese su única preocupación:

—Aquí es donde venía a comprar. ¿Querrá entrar conmigo? No tardaré.

Jo, que estaba muy orgullosa de su talento para las compras, quería impresionar a su acompañante mostrándole la pulcritud y eficacia con que cumplía los encargos. Sin embargo, con lo nerviosa que estaba, todo le salió al revés. Volcó las agujas, recordó que la tela de algodón era para bordar cuando ya le habían cortado otra pieza y, desorientada, pretendía comprar cinta de color malva en el mostrador del percal. El señor Bhaer, que aguardaba en un rincón, observó cómo se sonrojaba y metía la pata y, al ver su turbación, la suya perdió fuerza ya que comprendió que con las mujeres, al igual que con los sueños, todo puede ocurrir al revés de lo que uno espera.

Cuando salieron de la tienda, el profesor se puso el paquete debajo del brazo, con aire dichoso, y fue pisando los charcos como si lo estuviese pasando en grande.

—¿Qué le parece si compramos algo para los niños y luego vamos a su encantadora casa para organizar una fiesta de des-

pedida esta noche? —preguntó tras detenerse ante un escaparate lleno de fruta y flores.

—¿Qué quiere que compremos? —preguntó Jo, haciendo caso omiso de la segunda parte de la propuesta, Entraron y ella aspiró la mezcla de aromas con fingida calma.

—¿Qué le parece si llevamos naranjas e higos? —preguntó el señor Bhaer con aire paternal.

—Si los hay, los comerán.

—¿Les gustan las nueces?

—Tanto como a una ardilla.

—Llevemos también mosto de Hamburgo. ¿Se puede brindar por la patria con eso?

Jo frunció el entrecejo ante tamaño dispendio y se preguntó por qué no comprar un capazo de dátiles, un barril de pasas y un saco de almendras y acabar de una vez. Mientras tanto, el señor Bhaer le confiscó el monedero, sacó el suyo y compró uvas, un tiesto de margaritas rosas y miel en una bonita damajuana. Después, metió como pudo los paquetes en los bolsillos, que se deformaron, le hizo entrega de las flores, abrió el viejo paraguas y siguieron su camino.

—Señorita March, le he de pedir un gran favor —empezó el profesor después de recorrer, mojándose, media calle.

—Sí, señor. —El corazón de Jo empezó a palpitar con fuerza, tan ansiosa estaba por oír lo que le tenía que pedir.

—Disculpe que se lo diga así, bajo la lluvia, pero el tiempo apremia.

—Sí, señor. —Jo apretó tan fuerte el tiesto de flores que a punto estuvo de romperlo.

—Me gustaría comprarle un vestido a la pequeña Tina y no me atrevo a hacerlo solo, soy demasiado estúpido. ¿Le importaría acompañarme y ayudarme a elegirlo?

—Claro, señor. —Jo se tranquilizó y se enfrió de inmediato, como si hubiese entrado en el interior de una nevera.

—Y tal vez también un chal para la madre de Tina, es pobre y está enferma y su marido no se encuentra bien. ¿No le parece que es buena idea regalarle un chal grueso que la abrigue?

—Lo haré encantada, señor Bhaer —dijo Jo, y añadió para sus adentros: Más vale que me dé prisa, el profesor cada vez resulta más encantador. Y entró en la tienda con tal decisión que daba gusto verla.

El señor Bhaer dejó que ella lo eligiese todo. Jo escogió un hermoso vestido para Tina y pidió que le mostrasen unos cuantos chales. El dependiente, un hombre casado, se esmeró en atender a aquella pareja que parecía estar haciendo compras para su familia.

—A la señora le gustará más este. Es un artículo de excelente calidad, el color es precioso y resulta discreto y elegante —explicó sacando un cómodo chal gris y poniéndoselo a Jo sobre los hombros.

—¿Qué le parece, señor Bhaer? —preguntó ella de espaldas a él, agradecida de poder ocultar su rostro.

—Muy bien, nos lo llevamos —contestó el profesor, y mientras lo pagaba, sonriendo para sus adentros, Jo echó otro vistazo a la tienda, como si fuese una consumada cazadora de ofertas—. Ahora, ¿le parece que vayamos a casa? —preguntó deleitándose en cada palabra.

—Sí, es tarde y estoy muy cansada. —La voz de Jo denotaba más pesar de lo que ella creía. El sol ya no lucía y el mundo parecía más triste y lleno de barro que nunca; por primera vez, se percató de que tenía los pies helados, le dolía la cabeza y su corazón estaba aún más frío y dolorido. El señor Bhaer se marcharía lejos; su único interés hacia ella era en calidad de amigo. Se había confundido y, cuanto antes acabara aquello, mejor. Con esa idea en la mente, hizo un gesto para detener a un ómnibus y, en su precipitación, el tiesto de las margaritas cayó al suelo, con el consiguiente daño.

—Este no es nuestro ómnibus —apuntó el profesor, que, tras hacer una seña al conductor para que se alejase, se agachó a recoger las pobres flores.

—Le ruego que me disculpe, no me fijé en el número. Da igual, sigamos caminando, ya me he acostumbrado a arrastrar la falda por el barro —comentó Jo, avergonzada, y pestañeó con fuerza para contener el llanto.

Aunque volvió el rostro, el señor Bhaer alcanzó a ver las lágrimas rodar por sus mejillas. Y esa visión debió de conmoverle mucho porque, de pronto, se inclinó hacia ella y preguntó en un tono que hablaba por sí solo:

—Querida, ¿por qué llora?

De no haber sido Jo nueva en estas lides, habría respondido que no estaba llorando, que le había entrado algo en el ojo o cualquier otra de las excusas típicamente femeninas para estos casos. Pero la pobre, dando pocas muestras de dignidad, dejó escapar un sonoro sollozo y contestó:

—Porque se va lejos.

—¡Dios mío, qué alegría! —exclamó el señor Bhaer, que, a pesar de los paquetes y del paraguas, alcanzó a dar una palmada—. Jo, vine aquí a declararle mi amor, pero quería asegurarme de que me consideraba algo más que un amigo. ¿Es así? ¿Tiene un rincón en su corazón para el viejo Fritz? —añadió de un tirón.

—¡Oh, sí! —contestó Jo, y él se mostró muy satisfecho cuando ella le estrechó el brazo y le miró con una expresión que no dejaba lugar a dudas sobre lo feliz que la haría recorrer el camino de la vida junto a él, aunque no tuviesen más techo que aquel viejo paraguas, si era él quien lo llevaba.

Ciertamente, la situación no era la más propicia para una declaración porque, aun de haber querido hacerlo, el señor Bhaer no podía arrodillarse por culpa del barro, y tampoco podía tenderle la mano a Jo —salvo en sentido figurado—, pues tenía ambas ocupadas. Además, estando en plena calle, no podía permitirse grandes muestras de afecto, aunque a punto estuvo de hacerlo. Así, la única forma en que podía expresar la felicidad que le embargaba era mirarla, y lo hacía con una expresión que embellecía hasta tal punto su rostro que parecía que de cada gota que brillaba en su barba surgiese un pequeño arco iris. De no haber amado ya a Jo, dudo mucho que se hubiese enamorado de ella en aquel instante, pues no tenía, precisamente, un aspecto muy agradable: la falda estaba en un estado deplorable, sus botas de goma estaban salpicadas de barro hasta los tobillos y la lluvia le había estropeado el sombrero. Por fortuna, al señor Bhaer le parecía la mujer más bella sobre la Tierra, y ella se dijo

que él parecía un auténtico Júpiter, a pesar de que tenía el ala del sombrero caída por culpa del agua, que le mojaba también los hombros (porque el paraguas solo cubría a Jo), y no había dado de sus guantes que no estuviese roto.

Quienes pasaban a su lado probablemente los tomaran por un par de locos inofensivos, porque se olvidaron del ómnibus y caminaron entre el barro como si dieran un agradable paseo, a pesar de que empezaba a anochecer y la niebla se espesaba. No les preocupaba lo que pensarán los demás, ya que para ellos había llegado ese momento de felicidad que solo se conoce una vez en la vida. Un instante mágico que proporciona juventud al viejo, belleza a la persona corriente, riqueza al pobre, y que da al corazón humano una muestra de lo que se siente estando en el cielo. El profesor se sentía como si hubiese conquistado un reino y no pudiese esperar mayor bendición, y Jo, que avanzaba a duras penas a su lado, se decía que por fin había encontrado su lugar, junto al profesor, y se asombraba de haber pretendido elegir otro destino. Como no podía ser menos, ella fue la primera en hablar, aunque de forma ininteligible, porque lo que dijo tras su impetuoso «¡Oh, sí!» no tenía demasiado sentido.

—Friedrich, ¿por qué no...?

—¡Dios mío, nadie me llamaba así desde que Minna murió! —exclamó el profesor; tras detenerse en medio de un charco para mirarla agradecido y encantado.

—Siempre que pienso en usted, le llamo así. No volveré a hacerlo si no le gusta.

—¿Gustarme? No encuentro palabras para decirte lo mucho que me agrada. Y, por favor, no me trates de usted.

—¿«Tú» no es demasiado cercano? —preguntó Jo, aunque le parecía un monosílabo adorable.

—Cercano, claro. El «usted» resulta demasiado frío para hablar de amor, y tú, querida mía, significas mucho para mí —explicó el señor Bhaer, que parecía más un estudiante enamorado que un profesor.

—Sí es así, ¿por qué has esperado tanto para decírmelo? —preguntó Jo tímidamente.

—Ahora puedo abrirte mi corazón, querida, y lo haré con gusto porque sé que estará en buenas manos. Verás, querida Jo (¡ah, cómo me gusta ese divertido diminutivo!), estuve a punto de decirte algo cuando nos despedimos en Nueva York, pero pensé que preferías a tu apuesto amigo y opté por callar. ¿Me habrías respondido igual de haber hablado entonces?

—No lo sé. Tal vez no, porque en aquel momento no tenía corazón.

—Eso no es cierto. Estaba dormido, a la espera de que el príncipe encantado fuese al bosque a rescatarlo. Bueno, Die erste Liebe ist die beste, pero las cosas son como son.

—Es verdad, el primer amor es el mejor, y en ese sentido puedes estar tranquilo, pues no he tenido otro. Teddy era mi amigo y no tardó en superar su encaprichamiento —explicó Jo, ansiosa por sacar al profesor de su error.

—¡Bien! Eso me hace muy feliz. Asegúrate de darme tocio tu amor, porque lo he aguardado largo tiempo y, como tendrás ocasión de comprobar, me he vuelto más insaciable, querida profesora.

—Me gusta —repuso Jo, encantada con su nuevo apodo—. Ahora dime, ¿qué te trajo, al fin, cuando más te necesitaba?

—Esto. —Y el señor Bhaer sacó del bolsillo de su chaleco un papel gastado.

Al desdoblarlo y ver de qué se trataba, Jo se ruborizó, ya que era un texto que había escrito con la intención de enviarlo a un periódico para su publicación.

—¿Cómo pudo este texto hacerte venir? —preguntó sin entender a qué se refería.

—Lo encontré por casualidad. Reconocí las iniciales y los nombres y hubo una frase que me llamó mucho la atención. Léelo, yo me encargo de que no te mojes.

Jo obedeció y leyó por encima aquel texto al que había dado por título:

EN EL DESVÁN

Cuatro baúles en fila, hoy cubiertos de polvo y gastados por el paso del tiempo, que antaño hicieron suyos y llenaron unas niñas, ahora en la flor de la vida. Cuatro llavecitas cuelgan de cintas desvaídas que en el pasado, cuando sus orgullosas propietarias cerraban los cerrojos, eran de colores vivos y alegres. Bajo las tapas, con los nombres grabados con trazos infantiles, quedan recuerdos de las niñas que subían al desván a jugar y a oír el dulce repiqueteo de la lluvia de verano sobre el tejado.

El primer baúl es el de Meg. En su interior, amorosamente doblados, están los recuerdos de una vida tranquila. Un traje de novia, un zapatito, un mechón de un bebé. No hay juguetes en este baúl, porque se los ha llevado todos para seguir jugando, ya de mayor, a otro juego, el de madre feliz que canta nanas en voz baja, mientras la lluvia de verano repiquetea sobre el tejado.

El baúl de Jo tiene la tapa rayada y gastada, y dentro conserva una variopinta mezcla de muñecas, libros de texto usados, pájaros y bestias que callan para siempre. Botines procedentes de la tierra de las hadas, que solo pueden pisar los pies de los niños. Sueños de un futuro que nunca se alcanzó, dulces recuerdos, poemas, historias y cartas a medio hacer. Diarios de una niña testaruda, trazas de una mujer que envejeció antes de tiempo, pensando en aquella frase que dice «Hazte digno del amor, y este vendrá», mientras la lluvia de verano repiquetea sobre el tejado.

Sobre el baúl de mi Beth nunca se acumula el polvo porque a él acuden con frecuencia muchas manos. La muerte la canonizó

santa. La volvió menos humana y más divina a nuestros ojos, y conservamos con dulce duelo sus recuerdos, que son como reliquias en un sepulcro hogareño. La campana de plata, que rara vez suena, el último gorro que llevé... Y las canciones que cantaba sin una sola queja, desde su cárcel de dolor, se mezclan para siempre con el sonido de la lluvia de verano que repiquetea sobre el tejado.

En la tapa del último baúl se ve a un apuesto caballero en cuyo escudo, escrito en letras doradas y azules, se lee el nombre de «Amy». Ese caballero, entonces inventado, es ahora real. En el interior del baúl, hay redecillas que sujetaron el cabello de su dueña, zapatos que han bailado hasta el final, flores secas conservadas con cuidado, abanicos gastados, alegres tarjetas de enamorados, adornos que han cumplido su servicio. Esperanzas, temores y vergüenzas infantiles. Armas de una joven soltera que ahora conoce un hechizo más auténtico y oye el sonido de las campanas de su boda mientras la lluvia de verano repiquetea sobre el tejado.

Cuatro pequeños baúles en fila, cubiertos de polvo y gastados por el paso del tiempo. Cuatro mujeres que han aprendido a trabajar y a amar. Cuatro hermanas, separadas por el tiempo; ninguna de ellas falta, aunque una se marchó antes que el resto, pues el amor inmortal la hace más presente que nunca. Cuando a las cuatro les llegue la hora de abrir sus baúles ante el Señor, espero que rebosen de horas de dicha, actos de bondad y vidas llenas de valor. Que sus almas se eleven felices y, que, tras la lluvia, luzca un sol eterno.

—No es un gran texto; cuando lo escribí, estaba muy melancólica porque me sentía sola y había estado llorando. Nunca pensé que llegaría a tus manos —dijo Jo mientras rompía la hoja que el profesor había atesorado tanto tiempo.

No importa, ya ha cumplido su propósito y encontraré textos mejores cuando me deje leer el cuaderno marrón en el que guarda todos sus secretos, se dijo el señor Bhaer viendo volar los fragmentos con una sonrisa.

—Sí —repuso—, cuando lo leí me dije: «Está triste, se siente sola y el amor podría consolarla». Y yo tenía el corazón lleno de amor para ti, así que me animé a venir a ver si no te parecía un regalo demasiado pobre. En verdad es poco en proporción a lo que yo esperaba recibir.

—Y, cuando viniste, comprendiste que no era poco sino el regalo más valioso y el que más necesitaba —murmuró Jo.

—Al principio, no me atreví a considerarlo así, a pesar de lo bien que me recibiste. Pero, al cabo de un tiempo, empecé a albergar esperanzas. Y, llegado un momento, me dije que tenía que conseguirte o moriría. ¡Y lo liaría! —exclamó el señor Bhaer con un gesto desafiante, como si la niebla que los cercaba fuese una barrera que tuviese que franquear o derribar valientemente.

A Jo le pareció maravilloso y decidió que debía ser digna de su caballero, aunque este no hubiese venido a lomos de un corcel con una brillante armadura.

—¿Y por qué no acudiste antes? —preguntó, incapaz de comedirse ahora que podía hacer preguntas personales que sabía que él respondería amablemente.

—Fue duro, pero no quería venir a sacarte de tu adorable casa hasta tener la posibilidad de ofrecerte un hogar y tuve que esperar y trabajar de firme. ¿Cómo podría pedirte que lo dejases todo por un hombre pobre y viejo como yo, cuya única fortuna es lo poco que sabe?

—Me gusta que seas pobre. ¡No soportaría a un marido rico! —repuso Jo, y añadió en un tono más dulce—: La pobreza no me asusta; la he conocido durante el tiempo suficiente para

perderle el miedo y me siento feliz trabajando para mis seres queridos. Yo no te veo viejo, nunca me lo has parecido, y no podría dejar de amarte aunque tuvieses setenta años.

Al profesor estas palabras le conmovieron tanto que, de haber podido coger su pañuelo, hubiese echado mano de él. Pero, como no le era posible, fue Jo quien le secó las lágrimas y, mientras le liberaba de un par de bultos, dijo entre risas:

—Puede que sea una mujer de carácter, pero ahora nadie podría decir que estoy fuera de lugar, pues se supone que las mujeres hemos venido a secar lágrimas y soportar cargas. Friedrich, deja que lleve mi parte y colabore en el sustento de la casa. Hazte a la idea o no aceptaré ser tu esposa —añadió decidida mientras él protestaba.

—Ya veremos. Jo, ¿tendrás paciencia para esperar un tiempo? Debo marcharme y cumplir con este trabajo. Primero he de ayudar a mis sobrinos, porque no puedo faltar a la palabra que le di a Minna, ni siquiera por ti. ¿Podrás perdonarme y esperar?

—Sí, porque el amor que nos tenemos hará más fácil la espera. Yo también tengo obligaciones y un trabajo que hacer. Y, al igual que tú, no podría ser feliz si descuidase mis deberes. Así que no hay lugar para la prisa o la impaciencia. Ve al oeste y cumple con tu deber; yo cumpliré con el mío aquí. Seamos felices, esperemos lo mejor y dejemos que Dios decida nuestro futuro.

—¡Ah, querida, me das tanta esperanza y valor y, a cambio, yo no te puedo entregar más que mi corazón y estas manos vacías! —exclamó el profesor, abrumado.

Estaba visto que Jo nunca aprendería a comportarse como una dama porque, en cuanto le oyó decir eso, de pie, en las escaleras, colocó sus manos entre las suyas y murmuró con dulzura:

—Ahora ya no están vacías.

A continuación, se inclinó y besó a su Friedrich bajo el paraguas. Era una falta de decoro, pero lo hubiese hecho aunque la bandada de gorriones que había sobre el seto hubiesen sido personas, puesto que ya había ido demasiado lejos y lo único que la preocupaba era su felicidad. Y esta llegó de un modo

muy sencillo, pues, en un momento decisivo en sus vidas, Jo dio la espalda a la noche, a la tormenta y a la soledad, fue hacia la luz, la calidez y la paz del hogar donde los esperaban con un alegre «Bienvenidos a casa», dejó entrar al amor y cerró la puerta tras de sí.



Capítulo 47

Bajo el paraguas

Durante el primer año, Jo y su profesor trabajaron, esperaron y se amaron; se reunieron en contadas ocasiones y se escribieron cartas tan voluminosas que, a decir de Laurie, provocaron un alza en el precio del papel. El segundo año tuvo un inicio más triste porque la perspectiva no parecía mejorar y, además, la tía March murió repentinamente. Cuando la pena empezaba a menguar —porque, a pesar de su afilada lengua, querían a la anciana—, descubrieron un motivo de celebración: Jo había heredado la casa de Plumfield, lo que prometía toda clase de perspectivas halagüeñas.

—Es una propiedad vieja, pero conseguirás una buena suma por ella, porque imagino que querrás venderla, ¿no? —preguntó Laurie cuando, semanas después, se reunieron todos para comentar el asunto.

—No, no pienso hacerlo —contestó Jo, decidida, mientras acariciaba al gordo perro de la tía March, que había adoptado por respeto a la memoria de su antigua ama.

—¿No pretenderás vivir allí?

—Pues sí.

—Querida, es una casa enorme y necesitarás dinero para mantenerla en buen estado. Solo el jardín y el huerto requieren

del trabajo de dos o tres hombres, y me parece que ese no es el fuerte de Bhaer, ¿me equivoco?

—Si se lo pido, hará lo que pueda por aprender.

—¿Y qué esperas, vivir de lo que cultivéis? Puede que suene idílico pero es un trabajo duro y desesperante.

—La cosecha que tendremos será muy provechosa —dijo Jo entre risas.

—Vaya, ¿y puedo saber de qué estupenda cosecha me habla, señora?

—¡Niños! Quiero abrir una escuela... una escuela que sea como un hogar en el que aprendan a ser buenos y felices. Yo los cuidaré y Fritz les dará clase.

—¡Qué idea tan estupenda! ¿No os parece que es un plan perfecto para ella? —preguntó Laurie al resto de la familia, que estaba tan sorprendida como él.

—Me gusta —dijo la señora March, rotunda.

—A mí también —convino su esposo, que celebraba la posibilidad de aplicar el método socrático a la educación de los jóvenes.

—Jo tendrá demasiado trabajo —argumentó Meg acariciando la cabeza de su absorbente hijo.

—Ella puede hacerlo y se sentirá feliz. Es una idea espléndida. ¡Cuéntanoslo todo! —exclamó el señor Laurence, que ansiaba echar una mano a la pareja pero sabía que ellos no aceptarían su ayuda.

—Sabía que contaría con su apoyo, señor. Amy también está a favor, lo veo en sus ojos, aunque, prudentemente, prefiere pensarlo bien antes de dar su opinión. Bueno, querida familia —prosiguió Jo, más en serio—, tened en cuenta que no se trata de una idea que se me acabe de ocurrir, sino de un plan largamente elaborado. Antes de conocer a Fritz, ya solía pensar que, cuando me hiciese rica y nadie me necesitase en casa, alquilaría una vivienda grande y acogería a unos cuantos niños abandonados que no tuviesen madre, para cuidarlos y hacerles la vida agradable antes de que fuese demasiado tarde para ellos. He visto a muchos arruinar su vida por no conseguir ayuda en el momento oportuno; me encantaría hacer algo por ellos. Yo

sabría ver sus necesidades y comprendería sus problemas. ¡Oh, me gustaría tanto ser como una madre para ellos!

La señora March tendió la mano a Jo, que la aceptó con una sonrisa y lágrimas en los ojos y prosiguió con un entusiasmo que no le habían visto en mucho tiempo.

—En una ocasión, le expliqué mi idea a Fritz y dijo que era exactamente lo que él quería hacer, y acordamos que lo haríamos cuando nos volviésemos ricos. ¡Que Dios le bendiga! Lleva haciéndolo toda la vida, me refiero a ayudar a niños pobres, no a hacerse rico. Eso nunca lo será porque no es capaz de retener el dinero en su bolsillo el tiempo suficiente para que aumente. Pero ahora, gracias a mi vieja tía, que me quería más de lo que merecía, soy rica... O cuando menos, me siento como si lo fuera, y si la escuela funciona bien podremos vivir en Plumfield sin apuros. El lugar es perfecto para los niños, la casa es grande y los muebles son sencillos y resistentes. Dentro, hay sitio para muchos y, fuera, les sobraré espacio para jugar. Podrían ayudarnos con el jardín y el huerto. Es un trabajo saludable, ¿no? Fritz les enseñará y dará clases a su modo, y papá podría echarle una mano. Yo me encargaré de darles de comer, cuidarlos, mimarlos y reñirlos, y mamá será mi ayudante. Siempre he querido tener muchos niños y nunca he tenido suficientes. Ahora podré llenar la casa y divertirme con ellos. ¡Imaginad qué lujo! Plumfield mío y un montón de niños libres disfrutándolo a sus anchas junto a mí.

Mientras Jo hacía gestos con la mano y dejaba escapar un suspiro de felicidad, en la familia se desataba una tormenta de carcajadas. El señor Laurence rio tanto que pensaron que iba a sufrir una apoplejía.

—No le veo la gracia —dijo ella, muy seria, cuando pudieron oírla—. Me parece muy normal que un profesor quiera abrir una escuela y que yo prefiera vivir en una casa de mi propiedad.

—Se está dando aires —dijo Laurie, que pensaba que la idea no era más que una buena broma—. ¿Puedo preguntar cómo pensáis mantener el colegio? Si todos los estudiantes son pequeños granujas, mucho me temo que la cosecha no será muy provechosa desde el punto de vista material, señora Bhaer.

—Vamos, Teddy, ¡no seas aguafiestas! Por supuesto, también tendré alumnos ricos, tal vez incluso empiece solo con ellos. Después, cuando ya haya arrancado, acogeré a dos o tres granujas para disfrutar. Con frecuencia, los hijos de los ricos necesitan tanto apoyo y atención como los de los pobres. He visto a muchos niños desgraciados al cuidado exclusivo de los criados, y a otros tímidos obligados a sobresalir, lo que es una crueldad. Algunos son traviesos porque no los saben educar o no los atienden, y otros han perdido a su madre. Además, la mayoría tiene problemas durante la edad del pavo, que es cuando más paciencia y ternura necesitan. Los mayores se ríen de ellos o los incordian, los mantienen fuera de su vista y esperan que, de sopetón, pasen de ser unos niños preciosos a unos jóvenes educados. Estos pobrecillos valientes rara vez protestan, pero lo sienten. Lo he vivido de cerca y sé de qué hablo. Me interesan mucho estos jovencitos y quiero mostrarles que, a pesar de la torpeza de sus pies y sus brazos y el desorden de sus ideas, yo veo al muchacho afectuoso, honrado y bienintencionado que llevan dentro. Y tengo experiencia, ¿acaso no he educado a un joven que ahora es la honra de esta familia?

—Yo doy fe de que lo intentaste —dijo Laurie mirándola con gratitud.

—Y el éxito ha superado con creces mis expectativas; mírate, un hombre industrial, estable y sensato, que invierte su dinero en hacer el bien a los demás y, en lugar de apilar dólares, suma ayudas a los más necesitados. Pero no eres simplemente un hombre industrial, aprecias las cosas buenas y hermosas, las disfrutas y te gusta compartirlas con los demás, como hacíamos antaño. Estoy orgullosa de ti, Teddy, porque cada año eres mejor que el anterior y todos nos damos cuenta, aunque no quieras que te lo digamos. Sí, cuando tenga a mi grupo de niños, te señalaré y diré: «Caballeros, ese es el modelo a seguir».

El pobre Laurie no sabía dónde mirar, pues, a pesar de ser un hombre hecho y derecho, se sintió de nuevo como un niño vergonzoso cuando aquella ráfaga de elogios hizo que todos se volvieran hacia él y le mirasen con aprobación.

—Bueno, Jo, me parece que exageras —dijo, en el mismo tono que empleaba cuando era un muchacho—. El mérito es tuyo y no sé cómo dártelas gracias, salvo, tal vez, esmerándome por no decepcionarte. He de decir que en los últimos tiempos me sentí algo abandonado, pero encontré la mejor de las ayudas, así que, si he logrado algo, el mérito es de ellos dos. —Y, al decir esto, puso dulcemente una mano sobre la cabeza cana de su abuelo y la otra en la de Amy, que nunca estaban demasiado lejos de él.

—¡Sin dúdala familia es lo más hermoso del mundo! —exclamó Jo, que se sentía más animada de lo normal—. Cuando tenga la mía, confío en que será tan dichosa como las tres que tan bien conozco y tanto quiero. Si John y Fritz estuviesen aquí, esto sería el cielo en la Tierra —añadió más serena. Y aquella noche, cuando se retiró a su habitación, tras una velada de consejos familiares, esperanzas y planes, su corazón estaba tan pictórico que, para calmarse, se arrodilló junto a la cama vacía que estaba junto a la suya y, llena de ternura, evocó el recuerdo de Beth.

Aquel fue un año sorprendente en el que todo pareció ocurrir a un ritmo extrañamente rápido y de la mejor de las maneras. Sin apenas darse cuenta, Jo se encontró casada e instalada en Plumfield. Después, una familia de seis o siete muchachos surgió de la nada, como una seta, y floreció de manera sorprendente. Eran niños pobres y ricos; el señor Laurence les remitía continuamente niños indigentes con historias emotivas, rogaba a los Bhaer que se hiciesen cargo de ellos y se ofrecía a costear su manutención. De ese modo, el astuto anciano sorteaba el orgullo de Jo y la ponía en contacto con la clase de muchachos con los que ella tanto disfrutaba.

Por supuesto, al principio el trabajo se le hizo un poco cuesta arriba y Jo cometió más de un error; pero el inteligente profesor la supo guiar hacia aguas más tranquilas y, al final, conquistaron el corazón de hasta el más granuja. ¡Cómo disfrutaba Jo con sus muchachos libres, y cómo hubiese sufrido la pobre tía March de haber visto a Tom, Dick y Harry invadir el sagrado recinto, ordenado y pulcro, de Plumfield! Al fin y al cabo, había cierta justicia poética en la situación, ya que la vieja dama

había atemorizado a los jóvenes de la comarca y, ahora, los desterrados disfrutaban de los ciruelos prohibidos, armaban jaleo en el patio con sus profanas botas sin que nadie los riñese y jugaban al críquet en el amplio campo en el que «la irritable vaca con un cuerno roto» solía recibir a embestidas a los mozalbetes que se acercaban. Aquello se convirtió en un paraíso para muchachos y Laurie propuso que le llamasen «Jardín de Infancia Bhaer» en honor a su maestro y para describir mejor a sus habitantes.

Nunca fue una escuela de moda ni sirvió para que el profesor amasase una fortuna, pero fue exactamente lo quejo esperaba, «un hogar feliz para muchachos que necesitaban formación, atención y ternura». Pronto, todas las habitaciones estuvieron llenas, cada tiesto del jardín tuvo dueño y se creó un equipo de mantenimiento para el granero y el establo —estaba permitido tener animales domésticos—, y tres veces al día Jo sonreía a Fritz desde la cabecera de una larga mesa a la que se sentaban jóvenes que tenían siempre una mirada afectuosa, una palabra confiada y un corazón lleno de amorosa gratitud hacia «mamá Bhaer». Al fin tenía tantos niños como quería y no se cansaba de ellos, a pesar de que no eran unos angelitos y algunos daban al profesor y la profesora más de un quebradero de cabeza. Pero su fe en que aun el más travieso, descarado y provocador albergaba bondad en su corazón les proporcionaba paciencia y habilidad para, con el tiempo, salir airoso, porque ningún muchacho se podía resistir a la benevolente presencia de papá Bhaer, que los iluminaba constantemente como un sol, ni al sempiterno perdón de mamá Bhaer. Jo valoraba mucho la amistad de los muchachos, las palabras de arrepentimiento que musitaban entre lágrimas después de hacer una barrabasada, las graciosas o emotivas confidencias en las que le participaban sus ilusiones, esperanzas y planes, incluso sus penas, que solo compartían con ella y con las que se ganaban su simpatía. Había muchachos torpes y vergonzosos, sosos y divertidos, muchachos que ceceaban y otros que tartamudeaban, alguno que cojeaba y un alegre cuarterón al que no aceptaban en ningún otro lugar y que acogieron en el Jardín de Infancia Bhaer,

a pesar de que ciertas personas predijeron que su admisión supondría la ruina del colegio.

Sí, Jo era una mujer muy feliz allí, a pesar del duro trabajo, de los muchos nervios y del perpetuo estruendo. Disfrutaba de verdad y el aplauso de sus muchachos le producía mucha mayor satisfacción que cualquier elogio. Ahora solo contaba historias a su pequeño grupo de admiradores. Con el paso de los años, Jo tuvo dos hijos que aumentaron su felicidad. Al primero le llamaron Rob, en honor a su abuelo, y el segundo, Teddy, era un niño despreocupado que había heredado la naturaleza noble de su padre y el espíritu animoso de su madre. Que pudieran criarse bien en aquella vorágine de muchachos era un misterio para su abuela y sus tías, pero el caso es que ambos florecieron como dientes de león en primavera, y sus rudas niñeras los querían y cuidaban estupendamente.

De las muchas fiestas que celebraban en Plumfield, una de las más entrañables era la de la recogida de la manzana, porque todos, los March, los Laurence, los Brooke y los Bhaer, se reunían y pasaban el día juntos. Cinco años después de la boda de Jo, organizaron una de esas fiestas. Era un apacible día de octubre y el aire tenía un frescor estimulante que animaba los sentidos y hacía que la sangre fluyese más rápido por las venas. El viejo huerto estaba vestido de gala; los muros, llenos de musgo, estaban rematados con varas de oro y ásteres, los saltamontes daban enérgicos brincos sobre la marchita hierba y los grillos cantaban como gaiteros en un día de feria. Las ardillas estaban muy ocupadas con su pequeña cosecha, los pájaros piaban su despedida desde los alisos del camino y los árboles estaban listos para dejar caer una lluvia de manzanas rojas o amarillas al primer golpe de vara. No faltaba nadie, todos reían y cantaban, trepaban por los troncos y caían; todos dijeron no recordar otro día más feliz ni un marco mejor para celebrarlo, y todos se dedicaron a disfrutar del momento en libertad, como sí la pena y la preocupación se hubiesen borrado del mundo.

El señor March paseaba plácidamente, citando a Tusser, Cowley y Columella mientras charlaba con el señor Laurence y saboreaba una dulce sidra. El profesor iba arriba y abajo por

los verdes pasillos como un robusto caballero teutón, con un palo por lanza, seguido por los muchachos, que formaban una auténtica compañía con ganchos y escaleras y hacían maravillas tanto recogiendo del suelo como haciendo caer los frutos de los árboles. Laurie se dedicó a los más pequeños, paseó a su hijita en un cesto, levantó a Daisy para que viera los nidos de los pájaros y cuidó de que el aventurero Rob no se partiese el cuello. La señora March y Meg, sentadas entre las montañas de manzanas cual Pomonas, clasificaban los frutos que llegaban sin parar. Mientras tanto, Amy dibujaba, con una hermosa y maternal expresión en el rostro, a los distintos grupos y vigilaba al caballero pálido que estaba sentado junto a ella, con su muleta al lado y cata de adoración.

Aquel día, Jo estaba a sus anchas y corría con el vestido recogido, el sombrero en cualquier lugar menos en la cabeza y su hijo bajo el brazo, dispuesto a vivir cualquier aventura. El pequeño Teddy parecía protegido por un hechizo, ya que nunca le ocurría nada malo. Jo no se angustiaba si le veía trepar por un árbol con un muchacho, galopar sobre una rama o comer las amargas bayas rojas que le daba su indulgente papá, que, como buen alemán, creía a pies juntillas que el estómago de un niño puede digerir cualquier cosa, desde col en vinagre hasta botones, uñas o sus propios zapatos. Sabía que el pequeño Ted volvería, sonrosado y sin un rasguño, sucio y tranquilo, y siempre le recibía afectuosamente, porque Jo quería mucho a sus hijos.

A las cuatro, hicieron una pausa. Los cestos permanecieron vacíos mientras los recolectores descansaban y comparaban sus cosechas y sus magulladuras. Entonces, Jo y Meg, ayudadas por un destacamento de los muchachos mayores, montaron la mesa sobre la hierba, porque un día de júbilo como aquel siempre terminaba con una gran merienda. En aquellas ocasiones, la tierra se inundaba, literalmente, de leche y miel, ya que no obligaban a los chicos a sentarse a la mesa y estos podían comer como les venía en gana y disfrutar de la libertad que tan esencial es para un alma joven; para sacar el máximo partido a una situación tan poco frecuente, algunos probaban a beber

leche haciendo el pino, otros jugaban a la pídola y comían pastel entre salto y salto; sembraban galletas a voleo por todo el campo y las empanadas de manzana acababan posadas sobre las ramas de los árboles como una nueva clase de pájaro. Las niñas organizaron su propia merienda y Ted picoteaba de los platos a su antojo.

Cuando ya nadie era capaz de comer más, el profesor propuso el primero de los brindis, que solían hacer en tales circunstancias:

—¡Dios bendiga a la tía March! —El brindis era sincero, pues el bueno de Bhaer no olvidaba lo mucho que debía a la anciana, y bebió en silencio, junto a los muchachos, que habían aprendido a respetar y mantener viva la memoria de la tía—. ¡Y ahora, por los sesenta años de la abuela!

Como era de esperar, todos respondieron entusiasmados y, una vez iniciada la ronda de vítores, fue difícil pararla. Brindaron a la salud de todos, desde la del señor Laurence, que era considerado el mecenas del grupo, hasta la de un conejillo de Indias que se había acercado a buscar a su joven dueño. Por ser el mayor de los nietos, Demi fue el encargado de entregar a la reina del día los regalos, que eran tantos que tuvieron que usar una carretilla para acercarlos. Algunos estaban mal hechos, pero lo que para otra persona hubiesen sido defectos, para la abuela eran virtudes, porque le encantaba recibir regalos de sus nietos. Para la señora March, cada puntada que Daisy había dado pacientemente al hacer la bastilla de su pañuelo era mejor que el más delicado de los bordados. La caja de zapatos que había hecho Demi era una obra de arte, aunque la tapa no cerrase bien; el escabel de Rob tenía unas patas inestables y se movía mucho, pero la abuela lo encontró muy blandito. Y ninguna página del suntuoso libro que la hija de Amy le entregó tenía más valor para la señora March que aquella en la que la niña había escrito en titubeante caligrafía: «Para mi querida abuela, de su pequeña Beth».

Mientras duró esta ceremonia, los muchachos desaparecieron misteriosamente, y después de que la señora March tratase de dar las gracias a sus nietos y rompiese a llorar, y mientras Teddy le secaba las lágrimas con su delantal, el profesor empezó

a cantar. Poco a poco, se fueron sumando voces que llegaban, como un eco, de la copa de los árboles, hasta formar un coro invisible que entonaba una canción compuesta por Laurie a la que Jo había puesto letra, y que el profesor había ensayado con los muchachos para lograr un efecto espectacular. Aquello era una novedad y fue todo un éxito. La señora March no salía de su asombro y se empeñó en estrechar la mano de todos aquellos pájaros sin alas, desde los altos Franz y Emil hasta el pequeño cuarterón, que era el que tenía la voz más dulce.

Al terminar, los muchachos fueron a divertirse otro poco y dejaron a la señora March y a sus hijas charlando a la sombra de los árboles.

—No creo que nunca vuelva a sentirme desgraciada, ya que he visto cumplirse mi mayor deseo —dijo la señora Bhaer, apartando la mano de Teddy del jarro de la leche que el pequeño agitaba con pasión.

—Sin embargo, tu vida es muy distinta de la que imaginaste hace tiempo. ¿Recuerdas nuestros castillos en el aire? —preguntó Amy, que sonrió al ver a Laurie y a John jugar a críquet con los chicos.

—¡Mis queridos muchachos! Me alegra ver que se olvidan del trabajo y se divierten por un día —comentó Jo, que ahora siempre hablaba en tono maternal sobre todo el mundo—. Sí, los recuerdo, pero la vida que quería entonces ahora me parece egoísta, solitaria y fría. No he perdido la esperanza de escribir un buen libro algún día, pero puedo esperar y estoy segura de que será para mejor, porque podré inspirarme en escenas como esta —añadió Jo señalando desde los alegres muchachos que se veían a lo lejos hasta su padre, que caminaba del brazo del profesor, embebidos en una conversación de la que ambos disfrutaban, y, por último, a su madre, sentada como una reina en su trono, rodeada de sus hijas, con sus nietos en el regazo y a sus pies, como si aquel rostro que nunca envejecería para ellos les aportase consuelo y dicha.

—Mi sueño es el que mejor se ha cumplido. Yo aspiraba a tener grandes lujos pero, en el fondo de mi corazón, sabía que podría ser feliz en una casa pequeña, con un hombre como

John y mis queridos hijos. Gracias a Dios, tengo todo eso y soy la mujer más dichosa del mundo. —Meg descansó la mano sobre la cabeza de su hijo mayor, con una expresión llena de ternura y de satisfacción.

—Mi sueño es muy distinto del que había imaginado, pero no lo cambiaría por nada, aunque, al igual quejo, no renuncio por completo a mi afición artística ni me quiero limitar a ayudar a otros a cumplir sus sueños creativos. He empezado a trabajar en una escultura de nuestra hija y Laurie dice que es mi mejor obra hasta la fecha. Yo estoy de acuerdo con él y tengo pensado hacerla en mármol para que, pase lo que pase, conserve siempre la imagen de mi angelito.

Mientras Amy hablaba, un lagrimón cayó sobre el cabello dorado de la niña, que dormía en sus brazos, pues su amada hija era un ser frágil y el miedo a perderla era la única sombra que enturbiaba la afortunada vida de Amy. Aquella cruz había hecho mucho bien a los padres, porque la pareja estaba más unida no solo por el amor, sino también por el dolor. Amy era cada vez más dulce, profunda y tierna, y Laurie se había vuelto más serio, fuerte y firme; ambos estaban aprendiendo que la belleza, la juventud, la fortuna e incluso el amor no evitan que los más bendecidos conozcan la preocupación y el pesar, la pérdida y la aflicción, porque:

En toda vida, hay días de lluvia,
días oscuros y días tristes y grises.

—Está mejorando, querida, estoy segura de ello. No pierdas la esperanza ni la alegría —repuso la señora March cuando la amorosa Daisy se inclinó desde su regazo para acercar su sonrosada mejilla a la de su pálida prima.

—No desfalleceré mientras te tenga a ti para animarme, mamá, y a Laurie para llevar más de la mitad de la carga —afirmó Amy con cariño—. Ante mí, nunca da muestras de preocupación, es atento y paciente conmigo, y afectuoso con Beth. Es mi mayor apoyo y consuelo. ¡Le quiero mucho! Así que, a pesar de mi cruz, puedo decir, al igual que Meg, que soy una mujer feliz.

—No es preciso que yo diga nada, porque salta a la vista que soy mucho más feliz de lo que merezco —aseguró Jo, y miró a su bondadoso marido y a sus mofletudos hijos, que daban volteretas por el césped, detrás de ella—. Fritz está encaneciendo y engordando, y yo me estoy volviendo más delgada que una sombra y tengo más de treinta años. No seremos ricos jamás y Plumfield podría ser pasto de las llamas una noche de estas, porque el incorregible Tommy Bangs sigue fumando cigarrillos en la cama, aunque se ha quemado la ropa en tres ocasiones ya. Pero, a pesar de estos hechos tan poco románticos, no me puedo quejar de nada y mi vida nunca había sido tan pistonuda. Perdonad la expresión pero, como vivo rodeada de muchachos, no puedo evitar utilizar alguna de sus palabras de vez en cuando.

—Sí, Jo, creo que tendrás una buena cosecha —dijo la señora March espantando con la mano un gran grillo negro que miraba a Teddy desconcertado.

—Ni la mitad de buena que la tuya, mamá. Aquí está la prueba. Nunca te agradeceremos lo bastante tu paciencia a la hora de sembrar y dejarnos madurar —comentó Jo, con la amorosa impetuosidad que jamás lograría controlar.

—Espero que, cada año, haya más trigo y menos paja —murmuró Amy.

—Es un buen haz, querida Marmee, pero sé que en tu corazón tienes lugar para todos —añadió Meg con ternura.

Emocionada, la señora March estiró los brazos como si quisiera acercar a su pecho a sus hijas y a sus nietos, y dijo, con una expresión y una voz llenas de amor, gratitud y humildad de madre:

—¡Oh, mis niñas, por mucho que viváis, nunca seréis más felices que hoy!

Fin

Te ayuda a liberar lo
que has estado guar-
dando por mucho tiempo

Facilita ordenar tus ideas
y comprender el significa-
do de lo que te ocurre.



Escribir es terapéutico

Libera emociones y
pensamientos que no
has podido verbalizar



¡DESCUBRE MÁS!



Pequeñas cosas
que dan
felicidad



Cuando te miras
en un espejo

Cuando te miras en un espejo



¡DESCUBRE MÁS!

Playlist Mujercitas



Escanea el código Qr



Esta reedición de *Mujercitas* se imprimió en Pasto, Nariño - Colombia en Noviembre de 2024 en la Biblioteca ENTRETRAMAS

Agradezco al equipo editorial por su compromiso, paciencia y creatividad para dar forma a parte de esta reedición, a quienes ofrecieron ideas, críticas constructivas y apoyo.